[DE TRINITATE LIBRI DUODECIM.]

IN LIBROS DE TRINITATE PREFACIO.

I. Estos libros atribuidos a Atanasio. Cuánta alabanza le han dado a Hilario.---Sería considerado un desperdicio de tiempo, con razón, quien lo empleara en reivindicar estos libros para su verdadero autor. Aunque Felipe, abad de Buena Esperanza, y un tal Juan, contemporáneo y amigo suyo, los vieron atribuidos a Atanasio, posteriormente reconocieron que provenían de Hilario a partir de manuscritos más corregidos. En este asunto, todas las épocas de tiempos antiguos coinciden con tal consenso que nada más cierto ni más claro hemos recibido de nuestros mayores. Especialmente por estos libros, Hilario obtuvo entre todos, tanto latinos como griegos, la alabanza de ciencia, fe y elocuencia, de tal manera que, lo que es muy raro, incluso sus adversarios los recomendaron encarecidamente. Así lo dejó testimoniado Sozomeno en el libro III, capítulo 14: Se dice que los libros de Hilario sobre la fe fueron muy recomendados incluso por aquellos que defendían una opinión contraria a la fe católica.

II. No se titulan de la misma manera por los antiguos.---No hay un consenso constante entre los antiguos sobre cómo titularlos. Jerónimo, en De Script. eccl. en Marcelo y Hilario, el antiguo Código de cánones de la Iglesia Romana c. 41, y Ado de Vienne en su Crónica los titulan contra los arrianos. Otros, en mayor número y no inferiores en autoridad, los llaman de la fe. Entre estos destacan Rufino en el libro I de la historia, capítulo 31; Casiano en el libro VII de la Encarnación, capítulo 24; el Papa León en la epístola alias 97, capítulo 3; los Padres del Concilio de Calcedonia en el Acta 2, página 357; Teodoreto en el Diálogo II, página 106; Leontio de Bizancio en el libro I contra Nestorio y Eutiques, donde falsamente presenta a Hilario como uno de los Padres del Sínodo de Nicea. Tampoco los alaban con otro título Alcuino en contra de Félix en el libro IV; Ratramno de Corbie en Spicil. t. VII, p. 335, Juan Diácono en un comentario aún no publicado sobre el Pentateuco, e Hincmaro sobre la Predestinación, capítulo 25. A estos claramente se suma una oración que solía leerse entre los sacrificios sagrados de la Misa en el Natalicio de San Hilario, en la que se dice: Dios, que infundiste en el corazón del bienaventurado Hilario, obispo, como desde tu templo, las respuestas de la fe, etc. A esto parece aludir también la bendición en un antiquísimo Pontifical de la Iglesia de Évreux anotada para el 1 de noviembre en el Natalicio de San Hilario: Que sea intercesor ante ti por nosotros, quien entonces se mantuvo como defensor contra los herejes por ti: para que, con tu recompensa, el pueblo crezca innumerable, lo que sudó en la fe el sacerdote, etc. En cambio, en Casiodoro en el libro I de las Instituciones, capítulo 16, se les ve titulados de la Trinidad, coincidiendo con Fortunato en el libro I de la Vida de San Hilario, según los cuales Felipe el abad los llama de la fe de la santísima Trinidad. Agustín también alaba estos mismos libros en la epístola CLXXX, n. 3, y en el libro VI de la Trinidad, capítulo 10, pero se abstiene de indicar el título en ambos casos. Nos convencemos de que Ambrosio también los estudió, al menos por los primeros libros de su obra sobre la Fe, en los que advertimos repetidamente muchas cosas expresadas a imitación de estos libros de Hilario. Aunque los convirtió a su propio estilo, aún se percibe de dónde fueron tomados. Pero, como es su costumbre, ni siquiera nombra a aquel de cuyas obras se benefició, no tenemos nada de él que nos aclare lo que buscamos. A menos que digamos que también tomó su título de la fe de Hilario. Aunque parece que el emperador Graciano se lo prescribió de alguna manera.

III. En esto no hay más consenso en los manuscritos.---Tampoco se puede establecer nada más cierto a partir de los antiguos ejemplares. En los más antiguos, de hecho, falta la inscripción, que en otros es de la Fe, en otros de la Trinidad, en el Vindocinense de la fe de la

santa Trinidad contra los arrianos, a los que en el Remigiano se añade, o contra los demás herejes, mientras que en el Telleriano se titula de la Trinidad contra todas las herejías. Pero en el Corbeiensi y otro de los Sorbonicos se encuentra esta notable epígrafe: Aquí están los libros de Hilario obispo, en número de doce, que escribió en el exilio, enviado (es decir, al exilio) por los herejes arrianos por la unidad de la deidad del Señor Jesucristo con el Padre. Beatísimo presbítero Barbario en Cristo Jesús nuestro Señor, úsalo feliz con todos los tuyos. Que la fe, la esperanza y la caridad permanezcan en nuestros corazones. La misma inscripción, con pocas modificaciones, se presenta en el códice Pratellensis, y en él, en lugar de, feliz con todos los tuyos, se lee, feliz con tus curaciones. Dedicamos algún esfuerzo a examinar el título, no tanto preocupados por la inscripción misma, sino para que de ahí se pueda explorar el propósito del autor.

IV. Se les puede titular DE FIDE.---Aunque no parece a primera vista por qué esta obra se titula de la Fe; si, sin embargo, se examina más de cerca la razón de toda la obra, no desagrada el título bastante congruente con aquellos libros en los que la consubstancialidad del Hijo y el Padre, el principal capítulo y fundamento de nuestra fe, se defiende en todas partes; y que fueron emprendidos principalmente para que esa fe, en la que renacimos, se mantuviera intacta e íntegra. Y ciertamente no parece probable que tantos y tan diversos escritores griegos y latinos pudieran haber conspirado en la misma inscripción, a menos que hubiera sido instituida por el mismo autor. Esta conjetura se ve muy favorecida por el hecho de que en el libro I, n. 16, Hilario mismo testifica que se dedicó a escribir estos libros para refrenar a aquellos que corrompen el sacramento de la fe evangélica. De hecho, en el número 34, declara que todo el esfuerzo de su obra debe ponerse en insinuar la máxima y más grave inteligencia de toda la fe. Por lo tanto, en el libro X, número 5, llama demostración de toda la fe a todo lo que ha discutido hasta ese punto. ¿Y qué quiere decir con el sacramento de la fe evangélica? Lo explica en el capítulo 13 de Mateo, n. 6, con estas palabras: Aunque al sacramento de la fe, es decir, a la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, etc., donde sacramento de la fe significa para él lo mismo que misterio de la Trinidad. Mientras tanto, omitimos que en estos libros se encuentra una singular defensa de la fe. Pues el primer libro lleva inmediatamente a la conclusión de que en las cosas de Dios no se debe creer al sentido humano, sino a los testimonios de Dios mismo sobre sí mismo. Luego, el tercer libro parece esforzarse en un solo objetivo, convencer al hombre de su debilidad para comprender las cosas divinas, y enseñarle que no tiene otro refugio que la fe. Esto, de hecho, se inculca repetidamente en el cuarto, quinto y otros libros.

V. Cómo son contra todas las herejías.---De aquí que no sin razón se les haya llamado contra todas las herejías, en los que no solo se combate y refuta en todas partes el principio y cabeza de todas las herejías en general, que permite a cada uno encerrar la fe dentro de los límites de su propio entendimiento y torcer las Escrituras a sus propios placeres; sino que también se confutan las blasfemias ya entonces propagadas de Arrio, Fotino, y de los antiguos herejes Ebión, Valentín, Maniqueo, Hieracas, Sabelio; e incluso se previenen las aún no surgidas de Apolinar, Macedonio, Nestorio, Eutiques, los Sacramentarios, etc. Luego, cuando Atanasio en la epístola a Epicteto llama al Sínodo de Nicea un trofeo contra toda herejía, y cuando el Símbolo de este Sínodo se lee en los antiguos ejemplares titulado contra todas las herejías; con casi el mismo derecho, estos libros defensores de la misma fe merecieron ser distinguidos con el mismo título.

VI. Están principalmente dirigidos contra los arrianos.---Sin embargo, se debe admitir que fueron escritos principalmente contra la secta arriana. Hilario mismo declara su propósito en el libro I, número 17, donde, después de hablar de los arrianos, cuyo nombre suele evitar, inmediatamente añade: El ánimo se encendió para responder a la furia de estos. Y ese

comienzo del séptimo libro, Este séptimo libro se escribe contra la temeridad insensata de la nueva herejía, no significa otra cosa que indicar que hasta ahora se ha discutido sobre una sola herejía arriana. Y para no detenernos más tiempo en pruebas superfluas, basta con el libro X, número 8, donde Hilario, aunque se acerca al final de esta obra, testifica que ha tratado con los mismos herejes, cuyas profesiones más estúpidas ha respondido hasta ahora. No es oscuro a quiénes llama profesiones más estúpidas, ya que describe toda la carta de Arrio y sus socios enviada a Alejandro, en la que consignaron su perfidia, en los libros cuarto y sexto, y en refutarla está completamente ocupado tanto en esos libros como en los siguientes. A esto se refiere esa parte del título que lleva el ejemplar Vindocinense: En este códice del Beato Hilario, el cuarto libro en orden expone manifiestamente la doctrina engañosa de los herejes. El mismo Doctor, habiendo expuesto esa misma exposición de su perfidia, con la que intentaban debilitar la fe de la Iglesia, la insertó en su volumen: para que, reconociendo sus proposiciones astutas, con las respuestas de los testimonios de la ley, los profetas y los evangelios, destruyera su doctrina insensata y fortaleciera más firmemente la fe de la Iglesia.

VII. Para refutarlos más eficazmente, también se refuta a Sabelio.---No parece esforzarse menos contra los comentarios de Sabelio que contra los de Arrio: pero solo busca golpear más eficazmente a los arrianos, a quienes, como él mismo señala en el libro X, número 5, intentaba en vano destruir con los argumentos más poderosos mientras dejara en sí la más leve sospecha de la mancha sabeliana. Pues, dice, hablo bajo la vigilancia de todos los herejes, pendientes de cada una de las palabras que salen de mi boca. Pero, aunque así, confía en haber eliminado toda ocasión de ser acusado de ello, que en el libro X, número 5, no teme decir: Pues también ahora, según el don del Espíritu Santo, hemos moderado la demostración de toda la fe, para que no pudieran al menos mentir contra nosotros con algún crimen.

VIII. Libros escritos contra los arrianos, no están titulados CONTRA ARIANOS.---Aunque concedamos que toda esta obra fue escrita contra los arrianos, difícilmente admitiremos que esté titulada contra los arrianos. ¿Quién creería que Hilario, que se abstiene deliberadamente de designar a los arrianos por su nombre, lo haya inscrito en la misma portada de los libros? Apenas dos veces el término de Arrio, una vez el de arrianos, se le escapa en el libro VI: de lo contrario, se abstiene completamente de nombrar a la secta. A veces se llama (Libro VII, n. 3) nueva herejía, a veces (Ibid. n. 6) nueva herejía, a veces (Libro XII, n. 17) infidelidad de nuestro tiempo. Y a sus autores los oyes llamar con palabras veladas, o predicadores de un Dios no verdadero, o (Libro II, n. 4) algunos predicadores de este tiempo, o (Libro VII, n. 6) herejes presentes, o (Ibidem) predicadores de un Hijo diferente al Padre, o (Libro XI, n. 4) nuevos predicadores de Cristo, o incluso (Libro I. n. 26) predicadores de la criatura; nunca arrianos.

IX. Hilario mostró su moderación en estos libros.---Así como prudentemente evitó parecer favorecer a Sabelio, dio un excelente ejemplo de prudencia; de la misma manera, con esta forma de actuar, mostró una singular moderación de ánimo. Esto lo demuestra mucho más claramente, ya que en todos esos libros, contento con desmantelar la doctrina errónea de los arrianos, no se lanza contra nadie en particular. En algún lugar lo oyes lamentarse de los males que entonces afligían miserablemente a la Iglesia por su causa: pero en vano esperarías que revelara el nombre de uno solo de aquellos por quienes sufría tan injustamente. Una vez en el libro X, se menciona su exilio; pero, como si olvidara la injuria sufrida, busca más bien de qué alegrarse que de qué quejarse. Y a nadie le debería parecer que este propósito de moderación se opone al hecho de que frecuentemente llama a la herejía arriana no solo nueva, sino también furiosa e impía. Pues debía ser indicada con ciertas notas, cuyo nombre propio se callaba. Comúnmente, sin embargo, se la llamaba furiosa, con una razón de nombre acorde

con su nefaria índole. Pues, como dice Gregorio Nacianceno en Or. XXI, n. 3, Arrio es epónimo de la locura; y nuevamente en Or. XXIX, n. 4, llama a esta secta la locura de Arrio, correctamente nombrada por la furia. ¿Por qué no también impía, dicha por alguien moderado, que separaba al Padre óptimo de su amado Hijo? Finalmente, Hilario mismo, consciente de cuán moderadamente se había comportado en esos libros y durante todo el tiempo de su exilio, cuando se vio constreñido por cierta necesidad de escribir contra Constancio, libremente testificó que hasta entonces no había escrito ni dicho nada injurioso contra los tiempos, ni nada infame y digno de su impiedad contra la que entonces se hacía pasar por la Iglesia de Cristo (Libro en Const. num. 2). Por lo tanto, no sin razón creeremos que él, que estaba tan dispuesto, no inscribió sus lucubraciones contra los arrianos.

X. Se debe mantener la inscripción DE TRINITATE.---Menos claro es si no las llamó de la fe. Aunque a esta inscripción, como se ha mostrado anteriormente, muchas cosas favorecen, y a ellas se suma el ejemplo de Ambrosio, quien tituló de la fe los libros que escribió contra la secta arriana; sin embargo, dado que no es verdadera, a menos que por fe se entienda el misterio de la Trinidad, no hay razón suficientemente grave para cambiar el antiguo y ya por muchos siglos aceptado título de la Trinidad: especialmente con el apoyo de Fortunato, cuya autoridad debe ser más valorada por todos, ya que pudo haber visto el mismo autógrafo de Hilario. Pues si en su tiempo la epístola del piadoso prelado a Abram se conservaba en Poitiers como un regalo, ¿cuánto más esos insignes libros? El mismo título lo confirman las oraciones litúrgicas que se leen en la solemne celebración anual del Beato Hilario, que aún se conservan en dos códices de la Iglesia de San Gatiano de Tours, escritos hace al menos 800 años: en uno para el primer día de noviembre, en el otro para el trece de enero. Así dicen: Dios, que has dedicado solemnemente la festividad del bienaventurado Hilario, tu confesor y obispo, a tu pueblo, cuya lengua en el mundo tronó por la igualdad de la SANTA TRINIDAD, de tal manera que tu soldado derribó al príncipe de este mundo, etc. La misma oración se encuentra asignada al primero de noviembre en el Sacramentario de la biblioteca real not. 3865, que lleva aproximadamente 900 años, en el que el Símbolo de Nicea se encuentra sin la adición Filioque.

XI. Cómo se cumple este título.---Ciertamente, Hilario mismo parece apresurarse de alguna manera a cumplir este título, ya que en la defensa de la verdadera fe de la Trinidad y en la disertación sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, consume todo el segundo libro, que por eso en el libro I, n. 22, llama breve discurso de la Trinidad demostrada: para que no sin razón en el inicio del libro IV profese haber transmitido suficientemente la fe y confesión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en los libros anteriores. Y de ahí en adelante, de hecho, se dedica más diligentemente a defender la consubstancialidad del Padre y el Hijo, sobre la cual casi toda la controversia giraba; sin embargo, no olvidando su propósito, regresa al objetivo prescrito por el título antes del final de la obra, y no concluye el libro XII sin haber defendido la totalidad de la Trinidad, y específicamente la divinidad del Espíritu Santo. Aquí no deben callarse las cosas que escribe en el primero sobre el argumento del mencionado libro XII, a saber, que eliminó las predicaciones viciosas e irreligiosas sobre el Espíritu Santo para que el sacramento de la TRINIDAD regeneradora permaneciera intacto e incontaminado dentro de la definición saludable de la autoridad apostólica y evangélica; y que ya nadie se atreviera a referir al Espíritu de Dios entre las criaturas por el juicio del sentido humano, a quien tomamos como prenda de inmortalidad y para la participación de la naturaleza divina (Libro I, n. 36). Pues de esto se hace evidente que quiso defender con estos libros el sacramento de la Trinidad regeneradora, para que nada faltara en la absolución de toda la fe (recibida en el bautismo).

XII. Erasmus erróneamente nota que el Espíritu Santo no es llamado Dios.---Apenas podemos contenernos de no enojarnos con Erasmo aquí, escribiendo en su prefacio sobre nuestro docto prelado y los antiguos Padres como si temieran afirmar la divinidad del Espíritu Santo. Los hace adoradores del Espíritu Santo, pero de tal manera que al mismo tiempo induce a pensar que o bien adoraban a quien no conocían con certeza como Dios, o no se atrevían a confesar con palabras o escritos lo que creían en su corazón. Y las argucias de Erasmo no son nuevas. Mucho antes que él, según el testimonio de Gregorio Nacianceno en Or. XXXVII, num. 52, los Pneumatomachi objetaron que no encontraban en las Escrituras el nombre de Dios atribuido al Espíritu Santo. Y alaba a Basilio, el mismo prelado, en Or. XX, n. 100, porque cediendo un poco a su disputa, a quienes deseaba con benevolencia llevar a la verdad, en los libros sobre el Espíritu Santo se abstuvo con gran consideración de esa palabra de la que aborrecían, mientras que, entretanto, con otras palabras tomadas de la Escritura, y con testimonios no dudosos que tenían la misma fuerza, y con argumentos necesarios, comprimía a los adversarios de tal manera que de ningún modo podían resistir y oponerse. Sin embargo, testifica que nunca dudó en llamar al Espíritu Santo Dios en sus discursos tanto privados como públicos.

XIII. Dios es llamado por los antiguos y en las Escrituras.---El discurso se alejaría demasiado del objetivo si intentáramos enumerar aquí a todos los antiguos que afirmaron lo mismo. Así que uno solo sea el ejemplo de todos, ese testimonio de Tertuliano en el libro contra Práxeas, número 13: Definimos dos, el Padre y el Hijo, y ya tres con el Espíritu Santo, según la razón de la economía que hace el número; para que, como vuestra perversidad infiere, no se crea que el Padre mismo nació y sufrió, lo cual no se puede creer, ya que no fue así transmitido. Sin embargo, nunca decimos de nuestra boca dos dioses y dos señores: no como si no fueran también el Padre Dios, y el Hijo Dios, y el ESPÍRITU SANTO DIOS, y cada uno Dios, etc. Tampoco se debe conceder que el Espíritu Santo no es llamado Dios en las Escrituras. Ambrosio en el libro III sobre el Espíritu Santo, capítulo 9, lo prueba especialmente con las palabras de Pedro, Hechos III, 3, etc., en las que dice primero, Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para mentir al Espíritu Santo; y luego añade, No has mentido a los hombres, sino a Dios.

XIV. Es un error buscar el nombre de una cosa cuando ya se tiene la cosa misma. Por qué Hilario no atribuye el nombre de Dios al Espíritu Santo.---Pero sea lo que sea de esta discusión, que Gregorio respondió a los herejes mencionados, quienes entendían la letra y no el espíritu, en Or. XXXVII, num. 56, ahora es oportuno volverlo contra Erasmo, a quien, sin embargo, comparamos con los Pneumatomachianos en este razonamiento, aunque de ninguna manera queremos compararlo en la fe. Gregorio enseña que aquellos que, dejando de lado las cosas, persiguen las sílabas, y que, al escuchar que en las Escrituras se atribuyen al Espíritu Santo cosas que solo son coherentes con Dios, todavía buscan dónde se le asigna el nombre de Dios. ¿Qué importa si se dice diez o dos veces cinco, si se dice hombre o animal racional y mortal? Ciertamente, aquellos a quienes les agrada este razonamiento de Gregorio no pensarán que es un escrúpulo vano que Hilario no añada el nombre de Dios al término Espíritu Santo. Más bien, creerán que esto se hizo porque solía entender la misma naturaleza de Dios incluso con el solo nombre de Espíritu. Y no hay duda de que él consignó en sus escritos algo más expresivo con ese sonido externo de las letras, para recomendar la divinidad del Espíritu Santo.

XV. Constantemente predica la naturaleza divina en él.---Y en primer lugar, cada vez que inculca, lo que hace con frecuencia, que las palabras del bautismo indican y se cree que el Hijo es consustancial al Padre, profesa igualmente que el Espíritu Santo es consustancial a

ambos. Pues las palabras del bautismo no significan más que el Hijo sea de la misma naturaleza y sustancia con el Padre que el Espíritu Santo. Pero también en el cap. 13 de Mateo, num. 6, declara explícitamente que en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, sin la ayuda de ninguna causa externa que los una y los conecte como la levadura, todo es uno. Así, en el libro II de la Trinidad, num. 28, considera al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo como un todo que de ninguna manera puede separarse. Porque, dice específicamente del Espíritu Santo, quien está unido a la confesión del Padre y del Hijo, no puede separarse de la confesión del Padre y del Hijo. Pues el todo es imperfecto para nosotros si algo falta del todo. De aquí que en el mismo libro II, n. 4, señala las doctrinas de los arrianos como nuevas y fabricadas por la mente humana, porque disuelven la verdad de este sacramento perfecto, mientras intentan diversidades de sustancias en cosas tan comunes. Por lo tanto, consideró que esto fue transmitido por Dios y siempre creído en la Iglesia, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son cosas comunes, y que no hay diversidades de sustancias en ellos. Así estaba convencido de que el Espíritu Santo es consustancial al Padre, que demuestra que hay una sola sustancia del Padre y del Hijo en el libro IX, num. 72, porque el Espíritu Santo, al igual que toma de lo que es del Padre, también toma de lo que es del Hijo. Pues no, dice allí, el Espíritu Santo no tomaba de las criaturas. Tomaba, por lo tanto, del Creador. Pues como dice Ferrando el Diácono en la carta a Anatolio, toda cosa es o Dios o criatura: si es Dios, no es criatura; si es criatura, no es Dios. Y como nuestro Hilario sabía con certeza que el Espíritu Santo tomaba su sustancia de Dios Creador, también trabajó con gran empeño, como escuchamos en el libro I, num. 36, para que nadie se atreviera a referirlo entre las criaturas. Pues le parecía absurdo que no fuera de naturaleza incorrupta y divina aquel que tomamos como prenda de inmortalidad y para la participación de la naturaleza divina. Quien quiera más, consulte el libro XII, n. 54, etc., donde se demuestra claramente que el Espíritu Santo es de la misma naturaleza, poder y sustancia que el Padre.

XVI. Un argumento claro sobre la divinidad del Espíritu Santo.---Solo presentamos un argumento de ese lugar, tomado de las palabras del apóstol, el Espíritu todo lo escudriña, incluso las profundidades de Dios. De las cuales, volviéndose al Padre, lo aborda con gran reverencia hacia el Espíritu Santo: Nada te penetra sino tu propia cosa: ni la profundidad de tu inmensa majestad es medida por la causa de una virtud extraña y ajena a ti. Es tuyo, lo que te penetra: ni es ajeno, lo que está presente por la virtud del que escudriña, como si dijera: Quien escudriña incluso las profundidades de Dios, mide la inmensa majestad: pero no mide sino el inmenso e igual a la misma majestad. Asimismo: Quien escudriña las profundidades de Dios, debe ser interno a Dios mismo: pero no es interno a él, lo que es ajeno a él, o no es de la misma sustancia que él. Por lo tanto, se debe confesar que el Espíritu Santo es inmenso, e igual a Dios, y de la misma virtud y sustancia que él. Lo enseña más brevemente, pero no menos claramente, en el libro II, n. 31, cuando escribe que Dios es adorado en el Espíritu Santo, donde es adorado en el Espíritu; y donde es adorado en el Espíritu, ya no es adorado sino en sí mismo.

XVII. De lo dicho sobre el Espíritu Santo no se sigue que estos libros fueron escritos después de surgir la herejía de Macedonio. ---Debido a estos y otros argumentos tan claros para probar la divinidad del Espíritu Santo, algunos quieren que estos libros hayan sido escritos después de surgir la herejía de Macedonio, y por lo tanto después del año 360, cuando Macedonio, depuesto del episcopado por el Sínodo de Constantinopla, comenzó a difundir su error. Sin embargo, de ahí no se concluye necesariamente nada. Pues, ¿quién no sabe que, al igual que la divinidad del Hijo, también la del Espíritu Santo fue socavada por Arrio? Él mismo en su Thalia, según Atanasio en Or. 2 contra los arrianos, p. 312, proclama que las sustancias del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo son divididas, desunidas, separadas, ajenas

e incomunicables. A quien luego Atanasio, criticándolo en la página 315, dice: ¿Cómo podría tener una opinión correcta sobre el Espíritu Santo, quien es blasfemo contra el Verbo que suministra el Espíritu? De manera similar, nuestro Hilario, en el libro II, n. 4: ¿Qué maravilla que tengan diferentes opiniones sobre el Espíritu Santo, quienes son tan temerarios autores en crear, cambiar y abolir al dador de él (es decir, el Verbo)? A quienes pronto añade que el Espíritu Santo es desconocido para ellos porque ignoran al Hijo, su autor. ¿Dijo esto, pregunto, contra los partidarios de Macedonio, quienes no se atrevían a tener malas opiniones sobre el Verbo, a quienes él mismo en el libro de los Sínodos alabó como quienes trajeron esperanza de restaurar la verdadera fe, a quienes finalmente no negó su comunión en Constantinopla después del concilio de Seleucia, e incluso obtuvo cartas de los demás obispos de las Galias reunidos en el concilio de París?

XVIII. Es más probable que la divinidad del Espíritu Santo se haya afirmado contra los arrianos que contra los macedonianos.---Por lo tanto, es mucho más probable que Hilario, en lo que discute sobre el Espíritu Santo, se haya referido solo a los arrianos; quienes no parecerían completamente derrotados si no se afirmara también la divinidad del Espíritu Santo. Pero como la divinidad del Hijo, demostrada por el hecho de que toma su sustancia del Padre, era una consecuencia que el Espíritu Santo, que toma la suya de ambos, no fuera inferior a ninguno de los dos; esto debía hacerse con menos palabras, ya que aquello ya había sido concluido con más. Así como Gregorio Nacianceno, Or. 27, n. 1, otorga a Alejandro de Alejandría, quien no tuvo ninguna contienda contra los macedonianos, el elogio de gran defensor y pregonero de la Trinidad, y antes en Or. XXI, num. 36, llama a la huida de Atanasio, expulsado por los arrianos, no por los macedonianos, una huida emprendida por la Trinidad y con la Trinidad: así es creíble que la igualdad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo fue defendida por Hilario contra los arrianos, no contra los macedonianos.

XIX. El décimo libro es contra los errores de Apolinar.---Aquí se debe considerar si en el libro X no se discute contra los apolinaristas: pues no es más contradictorio que en el duodécimo libro o en otros lugares se discuta contra los macedonianos, que en el décimo contra los apolinaristas; ya que el líder de aquellos fue descubierto con opiniones erróneas en el año 360, y el de estos no antes del año 361. Sin duda, no se puede negar que todo el décimo libro está escrito contra errores cuyo autor se considera comúnmente Apolinar. Pues desde el num. 15 hasta el 23, se defiende con gran empeño que Cristo asumió un verdadero y completo hombre, perfecto en alma y cuerpo; y al mismo tiempo se refuta la opinión de aquellos que piensan que nuestro mismo Señor no solo asumió carne, sino también un alma propagada de Adán. Sin embargo, nadie ignora que Apolinar predicaba que Cristo asumió un hombre imperfecto: quien también, como testifica Nemesio en el cap. 2, pensaba que las almas son engendradas por los hombres, como los cuerpos por los cuerpos; pues progresan como la propagación del primer hombre en todos los que de él son generados. Por lo tanto, los monjes enviados por Apolinar al concilio de Alejandría, para purgarse de las sospechas que sobre él recaían, al profesar que el Verbo fue engendrado como hombre de María (según Atanasio en la carta a Antioquía), parecen añadir no sin razón, en cuanto a la carne se refiere, para que no quede la sospecha de que piensan que Cristo fue engendrado de María según el alma. Del mismo concilio de Alejandría se desprende que Apolinar fue acusado de creer que el Verbo del Señor estaba en Jesús como en los profetas. Esta opinión también se nota y se rechaza en el mencionado n. 21 del libro X, donde en adelante se refutan tanto esos mismos errores como especialmente la impiedad de aquellos que afirmaban que Cristo sufrió en su divinidad. Sin embargo, nada es más común en León y otros Padres que atribuir esta impiedad a los apolinaristas.

XX. Los autores de esos mismos errores son refutados como arrianos.---Sin embargo, se puede afirmar igualmente que Hilario no tuvo ningún conflicto con Apolinar en estos libros, ni siquiera pensó en este hereje. Y de hecho, cuando leemos que en el concilio de Sirmio del año 351, se condenaron en el can. 8 a quienes dicen que el Hijo de Dios es un verbo proferido; y en los can. 11 y 12, a quienes predican que el Verbo fue trasladado a la carne, o que sufrió cambio, corrupción y pasión en su divinidad cuando el Hijo de Dios fue crucificado; cuando también en la prefación general § 3, hemos demostrado con Teodoreto, Agustín, Gregorio Nacianceno y Atanasio que los arrianos negaban el alma a Cristo, para que en el mismo Verbo recayeran la tristeza, el dolor y otras debilidades que se le atribuyen como hombre: cuando esto, digo, es así, es evidente que los apolinaristas son más recientes que las invenciones que Hilario refuta en el libro X: y así como Eutiques, según el testimonio de León en la carta ahora XCVII a los Monjes de Palestina, cap. 2, y en otros lugares, resucitó los errores de Apolinar; así Apolinar recogió y diseminó las semillas de opiniones erróneas de los arrianos; y por lo tanto no debe considerarse tanto su autor como su defensor. Si a alguien todavía le queda alguna duda sobre si el décimo libro fue escrito contra los arrianos o no; consulte el mismo libro, y escuchará que se refutan en él aquellos mismos a quienes se respondió en los libritos anteriores, con la diferencia de que no se examina ya lo que todos quieren por consenso unánime, sino lo que la mayoría de ellos quieren.

XXI. Esta obra fue escrita por Hilario en el exilio.---Pero, ¿por qué demoramos? Los antiguos manuscritos atestiguan que esta obra de Hilario fue escrita durante su exilio, y él mismo lo testifica con palabras explícitas en el libro X, n. 4: por lo tanto, debe haber sido completada antes del año 360, cuando fue devuelto a su patria y a su propia iglesia, y por lo tanto antes de que surgieran las herejías de Macedonio o Apolinar. Ciertamente, las palabras del libro X no son congruentes para alguien que ya está en su patria y en su propia iglesia, aunque sin la indulgencia del exilio: Hablaremos como exiliados a través de estos libros: y la palabra de Dios, que no puede ser encadenada, correrá libre. Pues aunque, como quiere alguien, entendamos que dijo o escribió esto no siendo aún exiliado, sino solo preparado y dispuesto en su ánimo para el exilio, otras cosas que están estrechamente relacionadas con ellas no lo permiten. Sin embargo, no se sabe en qué año del exilio se dedicó a esta obra. Sin embargo, es muy probable que no haya demorado en emprenderla.

XXII. Los tres primeros libros fueron completados mucho antes que los demás. ---Del inicio del cuarto libro es evidente que los tres primeros fueron completados mucho antes que los siguientes. Sospechamos que la herejía de Fotino no era aún conocida por Hilario en ese momento, porque al proponer en el libro I, como argumento del libro VII, la invención suscitada por Fotino, y al refutarla en el libro II, n. 23, trata de esto en ambos lugares solo bajo el nombre de Ebión, no de Fotino: cuyo nombre, como más reciente y por lo tanto más nocivo, debía ser expresado más bien que el de Ebión. Por el contrario, en el libro VII, ya más instruido, retuerce prudentemente en Fotino el argumento que en el libro I se había propuesto contra Ebión, de modo que no parezca olvidarse de su propósito, repitiendo deliberadamente en los números 3 y 7 que Ebión es Fotino.

XXIII. No falta razón para pensar que el primero fue escrito primero.---Por esta razón, nos vemos algo impedidos de suscribirnos a Erasmo, quien afirmó, sin que nadie hasta ahora se opusiera, que el libro que ahora es el primero en orden fue el último escrito por el autor. Nos mueve además que el mismo Hilario, al inicio del cuarto libro, testifica que los libritos anteriores, sin excepción, fueron escritos mucho antes: y luego en el num. 2, indica claramente que el primer libro ya había sido escrito cuando comenzó el cuarto; pues así dice: Y estas cosas, como hemos testificado en el primer librito, ahora también han sido recordadas

por nosotros, etc. Y no solo en el cuarto libro, sino también en el noveno, num. 10, recuerda lo que trató en el libro I.

XXIV. Algunas consecuencias de esto para la alabanza del autor y el tiempo de la obra.---Si algo se concluye de esto, el doctísimo obispo no merece menos alabanza por la amplitud de su ingenio, con el que abarcó tantas y tan grandes cosas desde el mismo comienzo de su obra, que por la agudeza con la que penetró en cosas tan abstrusas. De esto también se sigue que al menos los tres primeros libros fueron compuestos antes del libro de los sínodos, en el que discute extensamente sobre los hechos en la condenación de Fotino. Pero como estos hechos contra Fotino no pudieron permanecer ocultos por mucho tiempo a alguien que vivía en Oriente, de aquí se puede conjeturar que Hilario dedicó los primeros momentos de su exilio a escribir los tres libros mencionados. A menos que alguien prefiera pensar que fueron escritos por él incluso antes de este tiempo, es decir, antes de mediados del año 356, de modo que el exilio, al intervenir, lo retrasó un poco para que no continuara con los demás. Si la lucubración de los sínodos debe considerarse posterior a los demás libros, no me atrevo a afirmarlo, aunque se puede opinar. Pero que quede claro que la obra fue interrumpida de tal manera que el piadoso confesor, aún detenido en el exilio, completó el décimo libro.

XXV. Si estos libros fueron enviados por Hilario a Constancio.---Si alguien quiere dar crédito a Gregorio de Tours, debe creer que no solo toda esta obra fue completada en el exilio, sino también enviada desde allí a Constancio por Hilario. Pues no parece indicar otra cosa en el libro I de la Historia de los Francos, cap. 38, donde dice: El beatísimo Hilario, obispo de Poitiers, fue enviado al exilio por instigación de los herejes: y allí, escribiendo libros por la fe católica, los envió a Constancio. Pues no se debe entender que habla de los libelos a Constancio, de los cuales uno fue enviado por Hilario antes del exilio, y el otro no fue enviado, sino que él mismo se lo dio a Constancio. Sin embargo, se puede conjeturar que Gregorio confundió lo que el confesor hizo escribiendo esos libros por la fe católica, y lo que intentó al enviar o dar libelos a Constancio para solicitar audiencia.

XXVI. El presbítero Barbario.---Al considerar el título, aún no hemos dicho quién es ese presbítero Barbario, cuyo nombre encontramos añadido en el códice de Corbie y en otros dos; si fue a quien Hilario mismo destinó el autógrafo, o a quien un copista mucho después de Hilario envió, ya sea por su propia voluntad o a petición. Esto último se indica con estas palabras del manuscrito de Pratellensis, usa felizmente tus curaciones. Por la antigüedad del códice de Corbie, que mostraremos que fue consultado en la biblioteca de Aquisgrán por Hincmar y Alcuino en el libro II, n. 27, es evidente que ese Barbario no es posterior a los tiempos de Carlomagno. Pero como su nombre no aparece en otros manuscritos, ¿quién pensaría que fue contemporáneo de Hilario?

XXVII. Las razones que llevaron a Hilario a escribir.---Por lo demás, él mismo declara que no fue Barbario, ni ningún otro consejero, sino solo la caridad y la necesidad urgente del oficio episcopal lo que lo movió a escribir, en el libro VI, n. 1: Y a mí, dice, además de la necesidad de mi oficio, por la cual como obispo de la Iglesia debo este ministerio de la predicación evangélica: sin embargo, mi cuidado por escribir fue tanto más propenso cuanto más personas estaban detenidas en el peligro de una inteligencia infiel, buscando un gozo más abundante de la salvación de muchos, si al conocer los sacramentos de la fe perfecta en Dios, abandonaran las impías instituciones de la necia humanidad y se entregaran a Dios. Aquellos que desean clementia en Hilario hacia muchos que abrazaron la herejía no de mala fe, se convencen de no haber atendido a este lugar y otros. Ciertamente, sabía distinguir perfectamente a aquellos que favorecían a las partes de Arrio por error e ignorancia, de aquellos que estaban detenidos en la misma herejía por un afecto perverso de la voluntad. Y

de estos últimos, pensaba con horror e indignación sobre su malicia y perversidad de sentimientos: pero se conmovía con singular misericordia hacia aquellos. Pero como deseaba ayudar a ambos, escribió para ambos.

XXVIII. Qué pensaba sobre la inclinación de los arrianos.---Escribió, en efecto, tanto para corregir o al menos refutar a los maestros de la iniquidad: como para instruir a aquellos que ellos habían engañado. Previendo que la enmienda de aquellos era muy difícil, porque, dice en el libro VI, num. 11, de ellos no se busca la razón de la inteligencia, y lo que se les comunica por un inteligente no se capta, consideraba que su refutación era fácil debido a su imprudencia, y necesaria para los simples. Pero sobre los demás tenía una esperanza muy diferente, sobre los cuales añade en el mismo lugar: Pero si algunos han sido detenidos en el error por el amor de Dios y la ignorancia de la inteligencia, no por la voluntad de la impiedad, espero que sean proclives a la enmienda, cuando la demostración de la verdad absoluta revele el estudio de la impiedad. Con esta esperanza algo reconfortado, decía anteriormente, buscando un gozo más abundante de la salvación de muchos, si al conocer los sacramentos de la fe perfecta, abandonaran las impías instituciones de la necia humanidad y se entregaran a Dios.

XXIX. Con estos libros logró que la sana doctrina no se exiliara de los santos.---No solo por los arrianos, para refutarlos o corregirlos, sino también para instruir a los fieles, emprendió estas lucubraciones; de modo que fueran, en cierto modo, vicarias de los Doctores exiliados, y a quienes no podía enseñar en persona, los instruyera y fortaleciera en su ausencia a través de ellas. Aunque, dice en el libro X, número 4, ahora que muchos se amontonan maestros según sus propios deseos, la sana doctrina está exiliada; sin embargo, la verdad de la predicación no será exiliada de los santos: hablaremos como exiliados a través de estos libros, etc. Resume así en pocas palabras la triple causa de escribir en el libro II, número 5: Nos vemos forzados a querer esto, mientras se resiste a la audacia, se atiende al error y se provee a la ignorancia.

XXX. Considera ilícito hablar sobre la Trinidad.---No fue, por tanto, espontáneamente, ni por consejo de alguien, que se lanzó a hablar sobre el misterio de la santa Trinidad: sino que esta voluntad le fue impuesta por causas tan necesarias para la utilidad de la Iglesia. Estaba convencido de que aquello debía ser contenido solo por la fe, solo por la religión de las mentes (lib. II, n. 2; ibid. n. 5), lo que está fuera del significado del discurso, fuera de la intención de los sentidos, fuera de la concepción de la inteligencia. Por lo tanto, al considerar ilícito y vicioso hablar de tan gran misterio, se lamenta en el libro II de verse obligado a esta necesidad. Nos vemos compelidos, dice en el n. 2, por los vicios de los herejes blasfemos a hacer lo ilícito, a escalar lo arduo, a hablar lo inefable, a presumir lo no permitido: y pronto, Nos vemos obligados a extender la humildad de nuestro discurso a lo que es inenarrable: y nos vemos constreñidos en un vicio por el vicio ajeno.

XXXI. Con qué ánimo aborda esta obra.---Por lo tanto, se acerca a tratar este tema con el ánimo de primero pedir perdón por la falta, y no promete nada de sí mismo, salvo que su fe supla lo que no duda que faltará a su discurso. Así lo expresa en el ibid. número 5: Pero nosotros, pidiendo perdón por esta necesidad al que es todo esto, nos atreveremos, buscaremos, hablaremos: y lo único que prometemos en tan gran cuestión es que creeremos lo que será significado.

XXXII. Cuánta es su fe en este misterio.---Porque su fe en el ocultísimo misterio de la Trinidad no era incierta, ni temerosa, ni vulgar. La veía tan claramente afirmada en las

Escrituras, que consideraba a los líderes herejes, a quienes no les eran desconocidas, como quienes resistían a la verdad manifiesta por terquedad y un perverso afán de impiedad: De ahí lo que dice en el libro XII, número 48: La impiedad no tiene siquiera el pretexto de error para excusarse: lo cual solía inculcar frecuentemente con otras palabras. Él mismo había bebido tan profundamente de esa fe, que confiaba en que más fácilmente se separaría de la vida que de ella: Porque así lo aprendí, así lo creí, y así lo mantengo con la fe de una mente confirmada, que no puedo creer de otra manera, ni quiero. A estas palabras del libro VI, n. 20, son similares estas del número 21: De lo que mantengo fui instruido, de esto estoy imbuido de manera incurable: y perdóname, Dios omnipotente, porque en esto no puedo ser corregido, y puedo morir. Por lo tanto, rogando fervientemente en el librito 2 a Constancio para que se le escuche disputando sobre la fe, No pido tanto audiencia para mí, dice en el número 8, como para ti y para la Iglesia de Dios. Porque yo tengo la fe conmigo, no necesito lo exterior: lo que recibí lo mantengo, no cambio lo que es de Dios.

XXXIII. De dónde proviene su fe tan constante, y la fe tan dudosa de los herejes.---En esto tenemos la razón de su fe tan constante, porque se adhirió a la antigua tradición, y no cambió nada de lo que había recibido. En cambio, la doctrina de los herejes, por su novedad, debe ser rechazada y se demuestra carente de verdad en el libro VI, n. 21, de manera ingeniosa: Tarde me ha producido esta edad del siglo presente estos impiísimos, según creo, maestros: tarde los tuvo mi fe, que tú instruiste, como maestros. Con nombres inauditos en ti así creí, por ti así renací; y desde entonces soy tuyo así.

XXXIV. Defiende la fe afirmada en las Escrituras en los mismos lugares donde es atacada.---La fe que había extraído de las Escrituras, la explica con las Escrituras, primero las proféticas, luego las evangélicas, y finalmente las apostólicas. Para entenderlas y narrarlas con palabras adecuadas, ruega fervientemente ser dotado del mismo espíritu (lib. I, n. 38) con el que primero fueron inspirados los profetas y apóstoles para escribirlas. De ahí que, entre varios temores de ofender con la palabra, en el libro VII, n. 3, confirma y serena su mente con estas palabras: No escalo con mis propios pasos, sino con los apostólicos. Pero también muestra más claramente en el libro anterior número 20, cuán seguro escala con las Escrituras como guías, donde, al enumerar a qué autores había creído, y proponiendo si bien anteponía a los doctores arrianos, teje una cadena de tradición perpetua de los escritores divinos que sigue. Pero como los herejes también se glorían de apoyarse en las Escrituras, se preocupa de quitarles esa confianza, cuando prudentemente emplea los mismos pasajes de las Escrituras que suelen abusar para destruir la fe, para construirla; para que allí se encuentre la verdad, donde se niega, dice en el libro II, número 7, donde luego se advierte a sí mismo que debe hacer lo que hasta ahora confía haber hecho. En el mismo lugar número 6, declara que en los libros anteriores ha enseñado que todas las fraudes y errores de los arrianos surgen de que toman la dispensación del cuerpo asumido para insultar a la divinidad, y no saben o no quieren distinguir la doble naturaleza de Cristo. Por lo tanto, para que se erradiquen los errores de raíz; y caigan las vanas artimañas y falacias de los herejes; se esfuerza con gran dedicación en demostrar que Cristo es verdadero Dios, al nacer de Dios, y hombre perfecto, al ser engendrado de la Virgen; para que subsista con la verdad del cuerpo en la naturaleza de Dios, y con la naturaleza de Dios permanezca en la verdad del cuerpo (lib. XI, n. 6).

XXXV. Por qué Cassiodoro dijo que eran trece libros.---Tememos que, mientras investigamos la ocasión, las causas, el tiempo, la razón y el propósito de esta obra ilustre, el lector se moleste por ser retenido más tiempo en el umbral. Es hora de que no solo se le permita saborear algunas gotas de la doctrina de Hilario, sino beber a pleno de su inmenso profundo. Sin embargo, aún quedan algunas cosas por explicar brevemente. Y primero, debe eliminarse el escrúpulo que Cassiodoro introduce en De Div. instit. c. 16, donde enumera

trece libros de Hilario sobre la Trinidad. No debe retenernos más la investigación de ese decimotercer libro. Sin duda, añade a los libros sobre la Trinidad el libro sobre los Sínodos, que en el manuscrito Colbertino, escrito hace al menos mil años, así como en el Germanense y otro Colbertino, se titula Libro XIII junto a los libros mencionados.

XXXVI. Su estilo, que coincide con los libros de Quintiliano.---Por lo demás, el mismo Hilario distribuyó toda su obra en solo doce libros, y es recordado por Jerónimo en la epístola LXXXIV a Magno por haber imitado el estilo y el número de los doce libros de Quintiliano. Exceptuando cierta afectación de sutileza, que es peculiar de Quintiliano, los eruditos juzgan que el estilo de estos libros no es diferente al de Quintiliano. Aunque concedamos a Quintiliano esa sutileza afectada, creemos que en Hilario proviene del agudo ingenio natural, no de la afectación. Nadie debe ofenderse si, compartiendo con nosotros el sentir sobre nuestros misterios, expresa sus pensamientos a veces con palabras diferentes a las que usamos ahora. Él mismo, siendo el primero de los latinos en escribir contra los arrianos, pudo prescribirnos voces, no pudo recibirlas de nosotros. Sin embargo, para que no nos costara tanto entender su pensamiento, prudentemente evitó explicarlo de una sola manera. De ahí que la abundancia de palabras que utiliza no nació para una vana ostentación de elocuencia: ya que, al tener pensamientos tan magníficos sobre Dios, nunca consideró que las palabras expresaran suficientemente lo que sentía. Así, el discurso es extenso en palabras, pero denso en ideas. Como notó Agustín, se esforzó por la brevedad (Agustín, lib. VI de Trin., cap. 10). Sin embargo, se esforzó mucho más por el orden. Al observarlo, algunos eruditos juzgaron fácil que cada libro se distribuyera en diferentes capítulos, y que sería conveniente para el lector si cada capítulo tuviera un resumen de lo que se trata en él. No dejando nada sin intentar para aliviar el trabajo del lector, no dejamos esto sin intentar: pero experimentamos que no sin alguna confusión podemos lograr lo que Hilario no hizo. Sin embargo, se proveyó de otra manera lo que querían. Dividimos los libros en varios números, intentando resumir en pocas palabras, tanto como lo permitió el margen, lo que se discute en ellos.

XXXVII. Dudamos durante mucho tiempo si debíamos poner algo similar al frente de cada libro. Pues, dado que el mismo Hilario publicó un resumen de toda su obra en el primer libro, era incierto y dudoso si debíamos forjar uno nuevo para cada uno, o más bien repetir del primero lo que corresponde a cada uno, o incluso enviar al lector allí para que viera resumidamente lo que se discute más ampliamente en cada uno, o finalmente, si debíamos contentarnos con describir algunos breves argumentos que en el margen de los manuscritos Corbeiensis y Pratellensis fueron propuestos por una mano antigua al frente de cada libro. Pero estos parecieron más breves de lo que podrían proporcionar un conocimiento suficiente de lo que se va a decir. Sin embargo, el resumen de Hilario es a menudo más extenso: y quienes aún no están suficientemente acostumbrados a sus modos de hablar, tal vez desearían que la suma de cada libro, expuesta con locuciones más simples, les allanara el camino hacia la comprensión del discurso de Hilario. No nos rehusamos a asumir este trabajo. Pero para que no se pierda nada de los estudios de los antiguos, presentamos aquí reunidos los argumentos que en los manuscritos Corbeiensis y Pratellensis están prefijados a cada libro, excepto el primero.

SUMA DE LOS LIBROS SIGUIENTES DE DOS MANUSCRITOS.

I. El libro, que es como el prólogo de toda la obra, es el único que carece de epítome en los manuscritos mencionados.

II. Enseña todo el sacramento de la generación divina, demostrando de manera absoluta tanto la verdad de la Trinidad como de los nombres; de modo que ni el nombre no sea la verdad, ni la verdad no sea el nombre.

III. Adapta a la fe de la inteligencia toda la dificultad de la expresión en la que el Señor dice, Yo en el Padre, y el Padre en mí, con muchos ejemplos: de modo que ni debe dejar de creerse en Dios, ni debe pensarse que la inteligencia del poder está fuera de la razón de la fe.

IV. Expone la doctrina de los herejes. Luego, demostrando con todos los testimonios de la ley y los profetas, refuta su perfidia de tal manera que confesar un solo Dios sin Cristo Dios y no predicarlo con él es perfidia.

V. Se enfrenta a todas las profesiones de los herejes, a quienes, al proclamar un solo Dios según la ley para negar el nacimiento del Señor Cristo, responde de tal manera que, proclamado el verdadero Padre único de Dios según la ley y los profetas, la fe de un solo Dios permanece incorrupta, y no se niega el nacimiento.

VI. Expone abiertamente todas las impías y fraudulentas afirmaciones de los herejes, a saber, de Valentín, Sabellio, Maniqueo y Jerarca. Así, corrigiendo las palabras de cada uno, no permite que se comparta nada con los herejes condenados, ni permite que se ignore al Hijo de Dios según el testimonio del Padre y su propia profesión.

VII. Se enfrenta a Sabellio y Ebion y a estos predicadores de un Dios no verdadero, demostrando de manera absoluta, al comparar las diversas cuestiones de perfidia entre ellos, cuánta es la diferencia entre la sana e inviolable doctrina de nuestra fe. Así, prosigue las causas de cada género extraídas de los Evangelios, de modo que ni nuestra profesión ha callado el poder del Hijo de Dios, ni el poder no ha manifestado la naturaleza, ni la naturaleza no es de su nacimiento, ni el nacimiento no es de su nombre.

VIII. Está completamente dedicado a la demostración de un solo Dios, sin quitar al Hijo de Dios el nacimiento, pero tampoco introduciendo la divinidad de dos dioses a través de él. Luego enseña de qué maneras los herejes intentan eludir la verdad de Dios Padre y Dios Hijo, ya que no pueden negarla. Prosigue también las demás cosas, de modo que el Hijo es entendido en el Padre, y el Padre es conocido en el Hijo, la natividad del unigénito de Dios y la perfecta (Ms. Corb. perfecti. Confer. Breviarium Hilarii lib. I) divinidad en él se manifiestan en toda verdad.

IX. Está completamente dedicado a repeler las fraudes de los herejes: a quienes, resistiendo con un sentido corrupto y depravado de las profesiones del Señor para debilitar la divinidad del unigénito de Dios, responde de tal manera que, demostradas todas las causas de las palabras de estos mismos ya sea por géneros de interrogaciones, tiempos o dispensaciones, no se refiere a la injuria de la verdadera divinidad lo que se predica bajo el sacramento de la fe evangélica en la dispensación y el tiempo y el nombre.

X. Demuestra que todo lo que los herejes han tomado con un sentido estúpido para injuriar la naturaleza divina en el Señor Jesucristo, ha sido entendido impíamente por ellos, y que más bien ha sido mencionado por el Señor para la protesta de su verdadera y perfecta majestad, no dejando nada inexplorado o no dicho que pertenezca al sacramento del alma y cuerpo del Señor Jesucristo, sino que confirma la fe de todas las palabras con la predicación absoluta del misterio evangélico.

XI. Primero demuestra a partir de las palabras apostólicas que la sujeción no solo no contribuye a la debilidad de la divinidad, sino que a través de ella misma muestra la verdad de Dios que ha nacido de Dios. Luego enseña con todos los testimonios evangélicos y apostólicos que siempre ha habido Padre y siempre Hijo, y no después de algunas cosas Dios de todos, sino antes de todas: así que el Hijo ha nacido de tal manera que manifiesta que siempre ha sido, y que en él no hay excepción de innascibilidad, sino eternidad de natividad; de modo que la natividad tiene un autor, y la divinidad no carece de eternidad.

XII. Está completamente dedicado a repeler las ocasiones de los herejes, a quienes, por lo que está escrito, El Señor me creó como principio de sus caminos, respondiendo a los que dicen, Hubo un tiempo cuando no era, y, No fue antes de nacer, y, Fue hecho de cosas no existentes, de tal manera que enseña que siempre ha habido Padre, siempre Hijo, y no después de algunas cosas Dios de todos, sino antes de todas: y que el Hijo ha sido siempre de tal manera que predica que ha nacido, y manifiesta que siempre ha sido, de modo que en él no hay excepción de innascibilidad (mss. nascibilitatis, mal, como es claro del lib. I, n. 34), sino eternidad de natividad: de modo que la natividad tiene un autor, y la divinidad no carece de eternidad.

SANCTI HILARII PICTAVENSIS EPISCOPI DE TRINITATE LIBRI DUODECIM. (C)

1 LIBRO PRIMERO.

En el cual Hilario, tras exponer las opiniones de los filósofos sobre la felicidad y sobre Dios, declara que las Escrituras, tanto las antiguas como especialmente el Evangelio de Juan, nos ofrecen un conocimiento más verdadero y sublime de Dios, y una esperanza más segura de inmortalidad. Luego, a partir del conocimiento de Dios obtenido de las Escrituras, observa que la suma majestad de Dios supera las fuerzas del ingenio humano, y no puede ser alcanzada sino por la fe; de ahí nacen las herejías, porque han querido encerrar su infinitud dentro de los límites de su sentido. Propone impugnar especialmente dos, a saber, la arriana y la sabeliana. Finalmente, después de advertir al lector con qué ánimo deben leerse las sagradas palabras de Dios y de qué manera desea que se reciba lo que él va a decir sobre Dios, presenta el orden y los argumentos de sus libros, y concluye con una oración muy humilde y llena de fe a Dios.

1. En el ocio y la opulencia no hay más que felicidad animal. ---Al considerar el deber propio de la vida humana y religioso, que, ya sea emanando de la naturaleza o procediendo de los estudios de los prudentes, obtuviera algo digno de ser comprendido por el don divino concedido, había muchas cosas que, en opinión común, parecían hacer la vida útil y deseable, especialmente aquellas que ahora y siempre antes se consideran las más importantes entre los mortales, el ocio y la opulencia, ya que una sin la otra sería más bien materia de mal que ocasión de bien; porque el descanso sin recursos se entiende casi como un exilio de la vida misma, y la inquietud opulenta trae más calamidad cuanto mayor es la indignidad de carecer de lo que más se desea y busca para disfrutar. Y aunque estas cosas contienen en sí mismas los mayores y mejores encantos de la vida, no parecen estar muy alejadas de la costumbre de la diversión animal: para quienes, vagando por lugares boscosos y especialmente ricos en pastos, hay seguridad del trabajo y saciedad de los pastos. Porque si se considera que este es el mejor y más completo uso de la vida humana, descansar y abundar; es necesario que este mismo, según el sentido de cada especie, sea común a nosotros y a todos los animales irracionales: a quienes, con la naturaleza misma sirviendo en la máxima abundancia y seguridad de las cosas, les sobra la abundancia de lo que tienen para usar.

2. Muchos hombres sintieron que nacieron para otras cosas.---Y muchos mortales, a mi parecer, no por otra razón rechazaron esta costumbre de vida absurda y animal y la criticaron en otros, sino porque, impulsados por la misma naturaleza como autora, consideraron indigno del hombre pensar que nacieron solo para el servicio del vientre y la inercia; y que no fueron llevados a esta vida por algún estudio de hazañas ilustres o de buenas artes, o que esta misma vida no fue concedida para algún progreso de eternidad (que ciertamente no se dudaría que no debe considerarse un don de Dios, cuando, afligida por tantas angustias y obstaculizada por tantas molestias, se consume a sí misma y dentro de sí misma desde la ignorancia de la infancia hasta los delirios de la vejez): y por eso se trasladaron a algunas virtudes de paciencia, continencia y apacibilidad tanto en doctrina como en obra, porque consideraban que obrar bien y entender bien era, en definitiva, vivir bien: y que la vida no debe considerarse otorgada por el Dios inmortal solo para la muerte; ya que no se entendería que es propio de un buen dador otorgar el sentido más placentero de vivir al temor más triste de morir.

3. Hilario le consume el deseo de conocer a Dios.---Y aunque no consideraba absurda ni inútil la opinión de aquellos que piensan que es importante mantener la conciencia libre de toda culpa, y prever prudentemente, evitar con cuidado o soportar pacientemente todas las molestias de la vida humana, no me parecían estos mismos autores suficientemente idóneos para vivir bien y felizmente, ya que establecían preceptos doctrinales comunes y convenientes al sentido humano: lo cual, si no entenderlo sería propio de una bestia, entenderlo y no actuar sería una rabia más allá de la brutalidad bestial. Sin embargo, mi espíritu se apresuraba no solo a hacer estas cosas, que no hacerlas estaría lleno de crímenes y dolores, sino a conocer a Dios, el padre de tan gran don, a quien debía todo de sí mismo, a quien sirviendo se consideraba ennoblecido, a quien refería toda la esperanza de su opinión, en cuya bondad, entre tantas calamidades de los asuntos presentes, descansaba como en el puerto más seguro y familiar. Por lo tanto, mi espíritu se encendía con el más ardiente deseo de entender o conocer a este Dios.

4. Hilario no aprueba las diversas opiniones de los antiguos sobre Dios, teniendo por cierto que Dios no es sino uno. ---Pues muchos de ellos introducían numerosas familias de dioses inciertos: y pensando que actuaban con sexo masculino y femenino en las naturalezas divinas, afirmaban nacimientos y sucesiones de dioses a partir de dioses. Otros proclamaban dioses mayores y menores y diferentes según su poder. Algunos afirmaban que no había ningún Dios en absoluto, venerando solo la naturaleza que existía por movimientos fortuitos y encuentros. La mayoría hablaba públicamente de que Dios existía, pero lo declaraban descuidado y negligente de los asuntos humanos. Algunos adoraban las mismas formas corporales visibles de las criaturas en los elementos terrenales y celestiales. Finalmente, algunos colocaban a sus dioses en imágenes de hombres, animales, bestias, aves, serpientes, y confinaban al Señor del universo y al padre de la infinitud dentro de las estrecheces de metales, piedras y maderas. No era digno ya que estos fueran autores de la verdad, quienes, siguiendo cosas ridículas, feas e irreligiosas, discrepaban en las mismas opiniones vacías de sus sentencias. Pero entre estas cosas, mi espíritu, ansioso, esforzándose por un camino útil y necesario para el conocimiento de su Señor, no consideraba digno de Dios la negligencia de las cosas creadas por Él, ni que el sexo de los dioses y las sucesiones de nacimientos y generaciones fueran compatibles con la naturaleza poderosa e incorrupta: además, tenía por cierto que nada divino y eterno era sino uno e indiferente, porque lo que era autor de lo que es, no necesitaba dejar fuera de sí algo que fuera superior a sí mismo: y así, la omnipotencia y la eternidad no eran sino de uno; porque ni en la omnipotencia cabría algo más fuerte o más

débil, ni en la eternidad algo posterior o anterior; y en Dios nada sino lo eterno y poderoso es digno de veneración.

5. Aprende de las Escrituras qué es Dios; que es eterno. ---Considerando, pues, estas y muchas otras cosas de este tipo en mi mente, me encontré con esos libros que la religión de los hebreos transmitía como escritos por Moisés y los profetas: en los cuales, con el mismo Dios creador testificando sobre sí mismo, se contenían estas palabras: Yo soy el que soy (Éxodo 3, 14); y de nuevo: Esto dirás a los hijos de Israel. Me ha enviado a vosotros el que es (Ibídem). Me admiré profundamente de tan absoluta significación de Dios, que hablaba de la incomprensible cognición de la naturaleza divina con un lenguaje aptísimo para la inteligencia humana. Pues no se entiende que haya algo más propio de Dios que el ser; porque lo que es, no es de algo que alguna vez cesa o comienza: sino que lo que es perpetuo con el poder de la felicidad incorrupta, no pudo ni podrá alguna vez no ser; porque todo lo divino no está sujeto ni a abolición ni a comienzo. Y como en nada le falta a Dios la eternidad; dignamente mostró esto solo, que es, para la manifestación de su incorrupta eternidad.

6. Dios es infinito; no puede ser comprendido por la mente.---Y a esta significación de infinitud parecía haber satisfecho la expresión del que dice: Yo soy el que soy; pero era necesario que comprendiéramos su magnificencia y virtud. Pues siendo propio de Él el ser, quien permaneciendo siempre no había comenzado en algún momento; digno de un Dios eterno e incorrupto fue de nuevo este discurso sobre sí mismo: El que mide el cielo con la palma, y la tierra con el puño (Isaías 40, 12); y de nuevo: El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis, o qué lugar será mi descanso? ¿No ha hecho mi mano todas estas cosas? (Isaías 66, 1-2). El universo del cielo es sostenido por la palma de Dios, y el universo de la tierra está contenido en su puño. Pero la palabra de Dios, aunque avanza hacia la opinión de la inteligencia religiosa, contiene más significado en el sentido introspectivo que lo que se percibe al oído (Ver Agustín, epístola 137 a Volusiano, n. 3). Pues el cielo contenido en la palma es de nuevo trono para Dios; y la tierra, que está contenida en el puño, es también el escabel de sus pies: para que en el trono y el escabel, según el hábito del que se sienta, no se pueda entender una extensión de especie corpórea, ya que lo que es trono y escabel para Él, de nuevo esa misma infinitud poderosa lo concluye con la palma y el puño que lo aprehenden; sino que en todos estos orígenes de las criaturas, Dios sea conocido como dentro y fuera, y sobreeminente e interno, es decir, circundante e infundido en todo, ya que la palma y el puño que contienen muestran el poder de la naturaleza exterior; y el trono y el escabel muestran que lo exterior está sometido a lo interior, cuando lo exterior es contenido por lo interior que se sienta, Él mismo de nuevo exterior concluye lo interior: y así, Él mismo todo dentro y fuera de sí mismo conteniendo (suplir, todo), ni infinito está ausente de todo, ni todo no está en Él que es infinito. Por lo tanto, mi espíritu, cautivado por estas opiniones religiosísimas sobre Dios, se deleitaba. Pues no consideraba digno de Dios otra cosa que estar más allá de las inteligencias de las cosas, de modo que en cuanto la mente infinita se extendiera hacia algún modo de opinión asumida, en tanto la infinitud de la eternidad desmedida excediera toda la infinitud de la naturaleza que lo persigue. Lo cual, aunque lo entendíamos piadosamente, sin embargo, era confirmado manifiestamente por el profeta diciendo así: ¿A dónde iré de tu espíritu, o a dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás; si desciendo al infierno, allí estás. Si tomo mis alas al amanecer, y habito en los confines del mar: aun allí me guiará tu mano, y me sostendrá tu diestra (Salmo 138, 7 y ss.). Ningún lugar está sin Dios, ni hay lugar que no esté en Dios. Está en los cielos, está en el infierno, está más allá de los mares. Está dentro, excede fuera. Así, cuando tiene, y es tenido; ni está en algo, ni no está en todos.

7. Dios es bellísimo. Porque percibimos la apariencia de las demás cosas, si no con palabras, ciertamente con el sentido; pero la apariencia de Dios de ninguna manera.---Aunque, por tanto, el espíritu se alegraba con el sentido de esta excelente e inexplicable inteligencia, porque veneraba esta infinitud de eternidad inmensa en su padre y creador; sin embargo, con un deseo aún más intenso, buscaba la misma apariencia de su Señor infinito y eterno, para que opinara que la inmensidad incircunscripta estaba adornada con alguna belleza de inteligencia. En estas cosas, cuando la mente religiosa se veía encerrada en el error de su propia debilidad, aprehendió este modo de la más hermosa sentencia sobre Dios con voces proféticas: Porque por la grandeza de las obras y la belleza de las criaturas, el Creador de las generaciones es visto consecuentemente (Sabiduría 13, 5, según los LXX). El creador de las cosas grandes está en las más grandes, y el creador de las cosas bellísimas está en las más bellas. Y aunque la operación exceda el mismo sentido, sin embargo, es necesario que el operador exceda en mucho todo sentido. Por lo tanto, el cielo es hermoso, el éter, la tierra, los mares, y todo el universo, que por su ornato, como también agrada a los griegos, parece ser dignamente llamado κόσμος, es decir, mundo. Pero si el sentido mide esta misma belleza de las cosas con un instinto natural, como sucede también en la apariencia de ciertas aves y animales, de modo que mientras el discurso está por debajo de la sentencia, el sentido, sin embargo, entendiendo eso mismo, no lo expresa; lo cual, sin embargo, de nuevo, mientras todo discurso es del sentido, el sentido se lo dice a sí mismo entendiendo: ¿no es necesario que el Señor de esta misma belleza sea entendido como el más bello de toda belleza; para que, cuando la apariencia de su ornato eterno escape al sentido de toda inteligencia, la opinión del sentido de la inteligencia no abandone el ornato? Y así, Dios debe ser confesado como bellísimo: para que no esté dentro de la sentencia de entender, ni fuera de la inteligencia de sentir.

8. Dios, excediendo la inteligencia, debe ser alcanzado por la fe.---Con estos estudios de opinión y doctrina piadosa, el espíritu, imbuido, descansaba en un cierto retiro y atalaya de esta bellísima sentencia, no dejando nada más a su naturaleza, entendiendo que no podía prestar un mayor servicio a su Creador que entenderlo tanto como no puede ser entendido, pero puede ser creído: mientras la fe asume la inteligencia necesaria de la religión, y la infinitud del poder eterno excede.

9. Hilario se eleva a la esperanza de la inmortalidad. La misma razón se lo sugiere.---Sin embargo, subyacía a todo esto un sentido natural, para que alguna esperanza de felicidad incorrupta alimentara la profesión de piedad, que la santa opinión sobre Dios y las buenas costumbres merecieran como una especie de recompensa de una milicia victoriosa. Pues no habría fruto alguno en tener una buena opinión sobre Dios: cuando toda sensación es destruida por la muerte, y un cierto ocaso de la naturaleza decadente aboliera. Además, la misma razón sugería que esto no era digno de Dios, haber conducido al hombre a esta vida partícipe de consejo y prudencia bajo la deficiencia de vivir y la eternidad de morir: para que solo existiera para no existir, no para que existiendo no existiera; cuando se entendía que la única razón de nuestra constitución era que lo que no era comenzara a ser, no que lo que había comenzado a ser no fuera.

10. El Evangelio de Juan aumenta la esperanza y el conocimiento de Dios. ---Sin embargo, el espíritu se fatigaba, en parte por su propio miedo, en parte por el miedo del cuerpo. Que aunque mantenía su constante sentencia con una piadosa profesión sobre Dios, y había asumido una preocupación ansiosa por sí mismo y por esta morada suya que pensaba que perecería con él, después del conocimiento de la ley y los profetas, también conoce las enseñanzas de este tipo del evangelio y los institutos apostólicos: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios.

Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada. Lo que fue hecho en él, era vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan. Este vino como testimonio, para dar testimonio de la luz. No era él la luz, sino para dar testimonio de la luz. Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció. A los suyos vino, y los suyos no lo recibieron. Pero a todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre: que no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros: y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad (Juan 1, 1-14). La mente progresa más allá de la inteligencia del sentido natural, y se le enseña más sobre Dios de lo que pensaba. Aprende que su Creador es Dios de Dios: oye que el Verbo es Dios, y que estaba con Dios en el principio. Entiende que la luz del mundo permanece en el mundo, y no es reconocida por el mundo. También entiende que vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron: pero reconoce que los que lo recibieron, por el mérito de su fe, progresaron a ser hijos de Dios; no por el abrazo de la carne, ni por el concepto de sangre, ni por la voluntad de los cuerpos, sino nacidos de Dios. Luego (suplir, reconoce) que el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y que su gloria fue vista, que como del único del Padre, es perfecta con gracia y verdad.

11. El Hijo de Dios es Dios. Ser hechos hijos de Dios es potestad, no necesidad. El Hijo de Dios se hizo hombre, para que el hombre se hiciera hijo de Dios. Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre.---Aquí ya la mente temerosa y ansiosa encuentra más esperanza de la que esperaba. Y primero se instruye en el conocimiento de Dios Padre. Y lo que antes opinaba por el sentido natural sobre la eternidad, infinitud y apariencia de su Creador, ahora lo recibe como propio también del unigénito Dios: no relajando la fe en dioses, porque oye que es Dios de Dios; no descendiendo a una diversidad de naturaleza en Dios de Dios, porque aprende que es Dios lleno de gracia y verdad de Dios; ni sintiendo un Dios de Dios preposteroso, porque descubre que en el principio estaba con Dios. Luego conoce que esta fe de conocimiento salvador es rarísima, pero el premio es máximo: porque los suyos no lo recibieron, y los que lo recibieron fueron aumentados a hijos de Dios, no por nacimiento de carne, sino por fe. Ser hijos de Dios, sin embargo, no es necesidad, sino potestad: porque el don de Dios propuesto a todos no es traído por la naturaleza de los que engendran, sino que la voluntad obtiene el premio. Y para que eso mismo, que es potestad de ser hijo de Dios para cada uno, no impida en algo la fe temerosa por su dificultad, porque se espera con gran dificultad lo que se desea más y se cree menos: el Verbo Dios se hizo carne, para que por el Verbo Dios hecho carne, la carne progresara en el Verbo Dios. Y para que el Verbo hecho carne no fuera algo distinto de Dios Verbo, ni fuera carne de nuestro cuerpo, habitó entre nosotros: para que mientras habitaba, no fuera otra cosa que Dios; mientras habitaba en nosotros, no fuera otra cosa que Dios hecho carne de nuestra carne; por la dignación de la carne asumida no carecía de lo suyo, porque como unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad, es perfecto en lo suyo y verdadero en lo nuestro.

12. Lo divino no se comprende sino por la fe.---Por lo tanto, el espíritu alegremente recibió esta doctrina del sacramento divino, progresando en Dios por la carne, y llamado a una nueva natividad por la fe, y permitido a su potestad para obtener la regeneración celestial, reconociendo el cuidado de su padre y Creador de no ser reducido a la nada por aquel por quien había sido establecido de la nada en esto que es: y midiendo todas estas cosas más allá del sentido de la inteligencia humana, porque la razón de las opiniones comunes es incapaz del consejo celestial, pensaba que esto solo estaba en la naturaleza de las cosas, lo que o

entendía dentro de sí, o podía proporcionar por sí mismo. Pero las virtudes de Dios según la magnificencia del poder eterno, no las medía por el sentido, sino por la infinitud de la fe: para que Dios en el principio con Dios, y el Verbo hecho carne habitando entre nosotros, no lo creyera por no entenderlo; sino que recordara que podría entenderlo si creyera.

15. Las obras de Cristo no sucumben a los sentidos naturales de las mentes.---Y para que no se detuviera en algún error de la prudencia secular, a la fe absolutísima de esta piadosa confesión se le instruye además por el Apóstol con palabras divinas: Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y vanas sutilezas, según la tradición de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo: porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad, y estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad: en quien también fuisteis circuncidados, con circuncisión no hecha a mano, en el despojo del cuerpo de la carne, sino con la circuncisión de Cristo, sepultados con él en el bautismo, en el cual también resucitasteis por la fe en la operación de Dios, que le levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en delitos y en la incircuncisión de vuestra carne, os vivificó juntamente con él, perdonándoos todos los delitos, borrando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria: y la quitó de en medio, clavándola en la cruz: despojando a los principados y potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en sí mismo (Colosenses II, 8 y ss.). La fe constante rechaza las cuestiones capciosas e inútiles de la filosofía, y no sucumbiendo a las falacias de las ineptitudes humanas, no se ofrece como botín la verdad a la falsedad; no reteniendo a Dios según el sentido de la inteligencia común, ni juzgando de Cristo según los elementos del mundo, en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad: para que, mientras en él está la infinita potestad eterna, el poder de la infinita eternidad exceda todo alcance de la mente terrena: quien, atrayéndonos a la naturaleza de su divinidad, no nos ha constreñido aún con la observancia corporal de los preceptos, ni nos ha instruido a través de la sombra de la ley en las solemnidades de la circuncisión de la carne; sino que, para que toda necesidad natural del cuerpo sea purgada por la limpieza de los crímenes del espíritu circuncidado de vicios: en cuya muerte fuimos sepultados en el bautismo, para que resucitáramos a la vida de la eternidad; mientras que la regeneración a la vida sería la muerte de la vida, y muriendo a los vicios renaceríamos a la inmortalidad; él mismo muriendo por nosotros desde la inmortalidad, para que con él fuéramos levantados de la muerte a la inmortalidad. Porque recibió la carne del pecado, para que al asumir nuestra carne perdonara los delitos, siendo partícipe de ella por la asunción, no por el crimen; borrando por la muerte la sentencia de muerte, para que con una nueva creación de nuestro género en él aboliera la constitución del decreto anterior; permitiendo ser clavado en la cruz, para que, borrado el maldito de la cruz, fijara todas las maldiciones de la condenación terrena: finalmente, sufriendo en el hombre, para deshonrar a los poderes; mientras Dios, según las Escrituras, muriendo, y triunfando en sí mismo con confianza sobre ellos; mientras él mismo, inmortal, no vencido por la muerte, moría por la eternidad de los que mueren. Así, estas cosas realizadas por Dios, más allá de la inteligencia de la naturaleza humana, no sucumben nuevamente a los sentidos naturales de las mentes; porque la operación de la infinita eternidad exige una opinión de medir infinita: para que cuando Dios es hombre, cuando el inmortal es muerto, cuando el eterno es sepultado, no sea una cuestión de inteligencia, sino una excepción de poder; así, nuevamente, al contrario, no sea una cuestión de sentido, sino de modo de virtud, que Dios sea de hombre, que el inmortal sea de muerto, que el eterno sea de sepultado. Por lo tanto, somos resucitados por Dios en Cristo a través de su muerte. Pero mientras en Cristo está la plenitud de la divinidad, tenemos también la significación de Dios Padre resucitándonos en el muerto, y a Cristo Jesús no se le debe confesar otra cosa que Dios en la plenitud de la divinidad.

14. La fe en Cristo elimina el miedo a la muerte y el tedio de la vida. ---En esto, pues, la mente, consciente de su seguridad, descansaba alegre en sus esperanzas: no temiendo hasta tal punto la intercesión de esta muerte, que incluso la consideraba como vida de eternidad. Sin embargo, no consideraba la vida de este cuerpo suyo como molesta o enferma, de modo que la creía ser para los que mandan lo que las letras para la infancia, lo que la medicina para los enfermos, lo que la natación para los náufragos, lo que la disciplina para los jóvenes, lo que el servicio militar para los que van a gobernar: la tolerancia de las cosas presentes, que conduce al premio de la bienaventurada inmortalidad. Además, lo que creía para sí mismo, también lo predicaba a los demás a través del ministerio del sacerdocio impuesto, extendiendo su don al oficio de la salvación pública.

15. El ingenio de los herejes.---Pero entre estas cosas surgieron ingenios de temeridad impía, desesperados en sí mismos y crueles para con todos (suplir, hombres), que moderan la poderosa naturaleza de Dios con la debilidad de su propia naturaleza: y no para que ellos mismos emergieran hasta la infinitud de opinar sobre cosas infinitas, sino para que concluyeran indefinidamente dentro del fin de su sentido; y fueran árbitros de la religión para sí mismos, cuando la obra de la religión es el oficio de la obediencia; olvidándose de sí mismos, negligentes de las cosas divinas, correctores de los preceptos.

16. Dos herejías principales sobre Cristo. Sabellio y Arrio.---Porque, para no hablar de los demás estudios estupidísimos de los herejes, de los cuales, sin embargo, no callaremos cuando la razón del discurso ofrezca ocasión; algunos corrompen el sacramento de la fe evangélica de tal manera que, bajo la piadosa profesión de un solo Dios, niegan el nacimiento del unigénito Dios; para que sea más una extensión hacia el hombre que un descenso: y no para que quien fue hijo del hombre según los tiempos de la carne asumida, haya sido siempre antes y sea hijo de Dios: para que en él no haya nacimiento de Dios, sino que de lo mismo sea lo mismo; para que la serie de la fe inviolable de un solo Dios, como piensan, conservada desde lo sólido hasta la carne, mientras se extiende hasta la virgen, el Padre se haya nacido a sí mismo en el hijo. Otros, sin embargo (porque no hay salvación sin Cristo, que en el principio era el Verbo con Dios), negando el nacimiento, profesaron solo la creación: para que el nacimiento no admitiera la verdad de Dios, sino que la creación enseñara falsedad, que mientras mentía en el género de un solo Dios, no excluyera en el sacramento: pero sometiendo el verdadero nacimiento al nombre y fe de la creación, lo hicieran separable de la verdad de un solo Dios, para que la creación de la sustitución no usurpara para sí la perfección de la divinidad, que el nacimiento de la verdad no le había dado.

17. La verdadera fe contra ambas debe ser establecida en toda esta obra.---Por lo tanto, el ánimo se encendió para responder a la furia de estos: recordando que esto era especialmente saludable para sí mismo, no solo haber creído en Dios, sino también en Dios Padre; ni haber esperado solo en Cristo, sino en Cristo Hijo de Dios; ni en la criatura, sino en Dios creador nacido de Dios. Por lo tanto, nos apresuramos principalmente a confundir su locura e ignorancia con las proclamaciones proféticas y evangélicas, que bajo la sola útil y religiosa predicación de un solo Dios, o niegan que Cristo sea Dios nacido, o sostienen que no es verdadero Dios; para que la creación de la poderosa criatura deje el sacramento de la fe dentro de un solo Dios; porque el nacimiento de Dios fuera de la fe de un solo Dios arrastra la religión del confesor. Pero nosotros, enseñados divinamente, ni predicamos dos dioses ni uno solo, traeremos esta razón de la proclamación evangélica y profética en la confesión de Dios Padre y Dios Hijo, para que ambos sean uno en nuestra fe, no uno: ni el mismo ambos, ni confesando otra cosa entre lo verdadero y lo falso; porque nacido Dios de Dios, ni el nacimiento permite que sea el mismo, ni otra cosa.

18. La fe necesaria para el lector.---Y vosotros, a quienes el calor de la fe y el estudio de la verdad desconocida para el mundo y los sabios del mundo ha llamado a leer, debéis recordar que las opiniones débiles e inestables de las mentes terrenales deben ser rechazadas, y todas las estrecheces de la sentencia imperfecta deben ser ampliadas con la expectativa religiosa de aprender. Porque se necesita de los sentidos del ingenio regenerado, para que cada uno sea iluminado por su propia conciencia según el don del origen celestial. Por lo tanto, primero se debe permanecer por la fe, como advierte el santo Jeremías (XXIII, 22), en la sustancia de Dios: para que, al escuchar sobre la sustancia de Dios, modere su sentido a lo que sea digno de la sustancia de Dios; pero no lo modere de alguna manera de entender, sino con infinitud. Además, consciente de haber sido hecho partícipe de la naturaleza divina, como dice el bienaventurado apóstol Pedro en su segunda epístola (cap. II, 14), no mida la naturaleza de Dios por las leyes de su naturaleza, sino que evalúe las profesiones divinas según la magnificencia de la protesta divina sobre sí mismo. Porque el mejor lector es aquel que espera la comprensión de lo dicho más bien de lo dicho que la impone, y devuelve más que trae, y no fuerza a que parezca que lo dicho contiene lo que antes de la lectura presumió que debía entenderse. Por lo tanto, cuando se trate de las cosas de Dios, concedamos a Dios el conocimiento de sí mismo, y sirvamos a sus palabras con piadosa veneración. Porque es testigo suficiente de sí mismo, quien no es conocido sino por sí mismo.

19. Ninguna comparación con lo divino es perfecta.---Si en verdad, al tratar sobre la naturaleza de Dios y el nacimiento, traemos ejemplos de comparaciones, nadie piense que contienen en sí la perfección de una razón absoluta. Porque no hay comparación de las cosas terrenales con Dios: pero la debilidad de nuestra inteligencia nos obliga a buscar ciertas especies de las inferiores, como indicios de las superiores; para que, advertidos por la costumbre de las cosas familiares, seamos llevados de la conciencia de nuestro sentido a la opinión de un sentido inusual (Estas cosas se mencionan en el libro IV, n. 2). Por lo tanto, toda comparación debe considerarse más útil para el hombre que adecuada para Dios, porque más bien significa inteligencia que la completa: y no debe considerarse presumida para igualar las naturalezas de la carne y el espíritu, y de lo invisible y lo tangible, protestando ser necesaria para la debilidad de la inteligencia humana, y estar libre de la envidia de un ejemplo que no satisface. Por lo tanto, procedemos a hablar de Dios con las palabras de Dios, aunque imbuyendo nuestro sentido con la especie de nuestras cosas.

20. Orden de toda la obra.---Y primero hemos dispuesto el modo de toda la obra de tal manera que el orden de los libros conectados entre sí sucediera de la manera más adecuada para el progreso de los lectores. Porque no nos ha complacido traer nada desordenado e indigesto: para que la confusa multitud de la obra no ofreciera un tumulto rústico con una vociferación perturbada. Pero como no hay ascenso por precipicios, a menos que el paso se lleve gradualmente a las alturas con escalones colocados; también nosotros, ordenando ciertos inicios de ascenso, hemos suavizado este arduo camino de la inteligencia con una pendiente casi más suave, no ya cortado en escalones, sino inclinado con una planicie que se desliza, para que casi sin el sentido de los que ascienden, el ascenso de los que avanzan progrese.

21. Qué contiene el segundo libro.---Después de este primer librito del discurso, el siguiente enseña así el sacramento de la generación divina, para que los que van a ser bautizados en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo no ignoren la verdad de los nombres, ni confundan la inteligencia con los vocablos, sino que conciban cada uno en el sentido en que es y se nombra; reconociendo absolutamente en lo que se ha dicho, que ni la verdad del nombre no es, ni el nombre no es de la verdad.

22. Tercer libro.---Después de este discurso leve y breve de la Trinidad demostrada, el tercer libro, aunque avanza gradualmente, ya lo hace con más progreso. Porque lo que el Señor ha profesado de sí mismo, más allá de la inteligencia del sentido humano, lo adapta a la fe de la inteligencia con cuantos ejemplos de poder puede, diciendo: Yo en el Padre, y el Padre en mí (Juan X, 38): para que lo que no se capta por el hombre debido a la naturaleza obtusa, lo alcance ya la fe de una ciencia razonable: porque ni se debe no creer a Dios sobre sí mismo, ni se debe pensar que la inteligencia del poder está fuera de la razón de la fe.

23. Cuarto libro.---El cuarto libro, entonces, comienza con las doctrinas de los herejes, purgándose a sí mismo de los vicios con los que se infama la fe de la Iglesia: exponiendo aquella misma perfidia que no hace mucho fue publicada por muchos, y demostrando que subrepticiamente y por ello impiamente defendieron un solo Dios según la ley, con todos los testimonios de la ley y los profetas demostrados de tal manera que confesar un solo Dios sin Cristo es irreligiosidad; y confesado el unigénito Dios Cristo, no predicar un solo Dios es perfidia.

24. Quinto libro.---El quinto libro, en verdad, mantuvo el orden de respuesta que los herejes habían establecido en su profesión. Porque, habiendo mentido que predicaban un solo Dios según la ley; también se engañaron a sí mismos al afirmar que traían un solo Dios verdadero de la misma: para que, por la excepción de Dios y uno y verdadero, le quitaran el nacimiento al Señor Cristo; porque donde hay nacimiento, allí también está la inteligencia de la verdad. Pero nosotros, enseñando con los mismos pasos con los que se negaba eso mismo, ni corrompimos la fe de un solo Dios, ni negamos el nacimiento. Pero porque, según ellos, el nombre de Dios se atribuía más bien al Señor Jesucristo creado que nacido; la verdad de la divinidad fue demostrada de tal manera a partir de las autoridades proféticas, que nosotros, habiendo predicado al Señor Jesucristo como verdadero Dios, la verdad de la divinidad nativa en él nos contuviera dentro de la inteligencia de un solo Dios verdadero.

25. Sexto libro.---El sexto libro ya revela toda la fraudulentia de la afirmación herética. Porque, para dar fe a sus palabras, condenando las palabras y vicios de los herejes, a saber, de Valentín, Sabellio, Maniqueo y Hieracas, robaron las piadosas predicaciones de la Iglesia con el velo de una profesión impía: para que, corrigiendo las palabras de los irreligiosos para mejor, y moderándolas con una significación ambigua, bajo la condenación de la impiedad extinguieran la doctrina de la piedad. Pero nosotros, habiendo demostrado las palabras y profesiones de cada uno, absolvemos las santas predicaciones de la Iglesia, y no permitimos que tuvieran nada en común con los herejes condenados, para que condenando a los condenados, siguiéramos solo lo que debe venerablemente seguirse, enseñando que el Señor Jesucristo es el Hijo de Dios, lo que principalmente era negado por ellos, enseñando esto a través de lo que el Padre testifica de él, lo que él mismo profesa de sí mismo, lo que los Apóstoles predican, lo que los religiosos creen, lo que los demonios claman, lo que los judíos negando confiesan, lo que las naciones ignorantes entienden; para que ya no se permitiera dudar de lo que no se dejaba ignorar.

26. Séptimo libro. Sabellio, Hebión y Arrio se vencen a sí mismos y vencen a la Iglesia.---El séptimo libro, según el grado de la fe perfecta, moderó el discurso de la disputa asumida. Porque primero, a través de la sana e incorrupta demostración de la fe inviolable, disputó entre Sabellio y Hebión y estos predicadores no del verdadero Dios, sobre por qué Sabellio negaba que subsistiera antes de los siglos, a quien otros confesaban creado. Porque Sabellio ignoraba al Hijo subsistente mientras no dudaba que el verdadero Dios había obrado en el cuerpo. Pero estos negaban el nacimiento y afirmaban la creación, mientras no entendían que sus obras eran obras del verdadero Dios. Su disputa es nuestra fe. Porque mientras Sabellio

niega al hijo (y por eso yerra), en eso vence, porque el verdadero Dios (como correctamente prueba) ha obrado: y la Iglesia vence a aquellos que han negado al verdadero Dios en Cristo. Pero cuando estos demuestran que Cristo subsistió antes de los siglos, siempre obrando, triunfan sobre Sabellio condenado con nosotros, sabiendo que es Dios verdadero, pero no sabiendo que es Hijo de Dios. Pero Hebión es vencido por ambos, de modo que este (Arrio) demuestra que subsistió antes de los siglos, y este (Sabellio) demuestra que el verdadero Dios ha obrado. Y todos, al vencerse mutuamente, son vencidos: porque la Iglesia, tanto contra Sabellio, como contra los predicadores de la criatura, y contra Hebión, testifica que el Señor Jesucristo es Dios verdadero de Dios verdadero, y nacido antes de los siglos, y después engendrado hombre.

27. Argumento del séptimo libro.---A nadie le cabe duda de que esto fue especialmente congruente con la piedad de la doctrina, para que, habiendo predicado primero al Hijo de Dios, después también al verdadero Dios con el sacramento de la unidad, de nuevo confirmando la ley y los profetas a través de los Evangelios, primero enseñáramos al Hijo de Dios, después también al verdadero Dios. Por lo tanto, fue muy adecuado, después del nombre del hijo, mostrar su verdad: aunque, según el sentido común, la absolución de la verdad la obtendría la denominación de hijo. Pero para que no se dejara ninguna ocasión de engañar y burlar a los que se oponen a la verdad del unigénito Dios; hemos asegurado esa misma fe de la propiedad a través de la verdad de la divinidad: enseñando que él es Dios, quien no se negaría que es Hijo de Dios, de estos modos, por nombre, nacimiento, naturaleza, poder, profesión; para que no sea otra cosa que lo que se nombra, ni la denominación no sea del nacimiento, ni el nacimiento haya perdido la naturaleza, ni la naturaleza no haya retenido el poder, ni el poder no se haya dado a conocer también con la profesión consciente de la verdad. Por lo tanto, hemos sometido todas las causas de cada género extraídas de los Evangelios, para que ni la profesión haya callado el poder, ni el poder no haya manifestado la naturaleza, ni la naturaleza no sea de su nacimiento, ni el nacimiento no sea de su nombre: para que por ello no se dejara la calumnia de la impiedad, cuando el Señor Jesucristo mismo hubiera enseñado la divinidad del verdadero Dios de Dios verdadero, según el nombre y el nacimiento y la naturaleza y el poder, también con la protesta de su verdad nativa.

28. Octavo libro.---El octavo libro, en verdad, después de los dos libros anteriores sobre el Hijo de Dios y el verdadero Dios, que mucho han contribuido a la fe de los creyentes, se ha dedicado enteramente a la demostración de un solo Dios; no quitando al Hijo de Dios el nacimiento, pero tampoco introduciendo la divinidad de dos dioses a través de él. Y primero enseñó de qué maneras los herejes, porque no podían negar la verdad de Dios Padre y Dios Hijo, sin embargo, intentaban eludirla; disolviendo sus ocasiones ineptas y ridículas, por las cuales, por lo que se ha dicho: Y la multitud de los que creían era de un corazón y un alma (Hechos IV, 32); y de nuevo: El que planta y el que riega son uno (I Cor. III, 8); y otra vez: No ruego solo por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos: para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros (Juan XVII, 20, 21): afirman la verdad más bien de la voluntad y la unanimidad que de la divinidad. Pero nosotros, tratando estas mismas cosas según sus virtudes (es decir, según la fuerza de las palabras), mostramos que contienen en sí la fe de la divina natividad: y revolviendo todas las profesiones de las palabras del Señor, enseñamos todo y perfecto, a partir de las proclamaciones apostólicas y las propiedades del Espíritu Santo, el sacramento de la majestad paterna y unigénita: cuando tanto en el Padre se entiende al Hijo, y en el Hijo se conoce al Padre, mostraban la natividad del unigénito Dios, y la verdad del perfecto Dios en él.

29. Libro noveno. Argumentos contra la divinidad de Cristo.---Es insuficiente, en asuntos de máxima necesidad para la salvación, presentar solo aquello que es propio para satisfacer la fe, ya que a menudo las afirmaciones no verificadas de nuestras palabras pueden engañar al sentido, a menos que también las vanidades demostradas de las proposiciones adversas afiancen nuestra fe en el mismo hecho de que se demuestre que son ridículas. Por lo tanto, el noveno libro está completamente dedicado a rechazar aquellas cosas que los impíos usan para debilitar la natividad del unigénito de Dios, quienes, olvidando el misterio oculto de la dispensación desde los siglos, no recuerdan que en la fe evangélica se proclama a Dios y al hombre. Pues cuando niegan que nuestro Señor Jesucristo es Dios, que es semejante a Dios y igual como Hijo de Dios al Padre, nacido de Dios, y que subsiste en la verdad del Espíritu (es decir, de la divinidad) según la propiedad de la natividad; suelen apoyarse en las profesiones de las palabras del Señor: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo Dios (Luc. XVIII, 19); para que, al refutar que se le llame bueno, y testificar que solo Dios es bueno, esté fuera de la bondad de Dios quien es bueno, y no esté en la verdad de Dios quien es uno. A estas palabras también conectan estos argumentos para su impiedad: Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan XVII, 3): para que, confesando al Padre como el único Dios verdadero, ni él mismo sea verdadero, ni Dios; porque la excepción del único Dios verdadero no excede al autor de la propiedad significada. No debe entenderse ambiguamente que esto fue dicho por él, porque él mismo dijo: El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre (Juan V, 19): para que, al no poder hacer nada sino por el ejemplo de la obra, se entienda en él la debilidad de la naturaleza; porque no puede compararse con la omnipotencia lo que está sujeto a la necesidad de una operación ajena; y la razón de la inteligencia sugiere que, en todo, el poder y la incapacidad difieren. Difieren hasta el punto de que de Dios Padre profesó esto: El Padre es mayor que yo (Juan XIV, 28) y cesa en la profesión absoluta la calumnia de adversar; porque es de impía locura negar el honor y la naturaleza de Dios. De todos modos, está tan alejado de la propiedad del verdadero Dios, que incluso testificó esto: Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre (Marcos XIII, 32): para que, al no saber el Hijo lo que solo el Padre sabe, esté muy alejado el ignorante del que sabe; porque la naturaleza sujeta a la ignorancia no es de aquella virtud y poder que está exenta del dominio de la ignorancia.

30. Se responde a los argumentos.---Por lo tanto, mostrando que estas cosas, con un sentido corrupto y depravado, han sido entendidas impíamente de esta manera, hemos presentado todas las causas de las palabras de estos mismos géneros de interrogaciones, tiempos o dispensaciones, sometiendo más bien las palabras a las causas, no las causas a las palabras: para que, cuando se contradiga a sí mismo, El Padre es mayor que yo (Juan XIV, 28); y, Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30); ni sea lo mismo, Nadie es bueno, sino solo Dios (Luc. XVIII, 19); y, El que me ha visto, ha visto al Padre (Juan XIV, 9); o ciertamente sean tan contrarios con tanta diversidad: Padre, todo lo tuyo es mío, y lo mío es tuyo (Juan XVII, 10); y, Para que te conozcan a ti, el único Dios verdadero (Ibíd., 3); o aquello, Yo en el Padre, y el Padre en mí (Juan XIV, 11); y, Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre (Marcos XIII, 31). Se entiendan en cada uno las predicaciones de las dispensaciones, y las profesiones de la potestad natural consciente: y siendo el mismo autor de ambas declaraciones, demostradas las virtudes de cada género (de las naturalezas singulares que están en Cristo), no pertenezca a la injuria de la verdadera divinidad lo que se predica en el sacramento de la fe evangélica bajo la dispensación y causa y tiempo y natividad y nombre.

31. Libro décimo. Algunas palabras de la Escritura que parecen favorecer a los herejes.---La razón del décimo libro es la misma que la de la fe. Pues porque, por el género de la pasión y la profesión, algunas cosas han sido arrebatadas al desprecio de la naturaleza divina en el Señor Jesucristo por el sentido de una inteligencia necia; esas mismas cosas debieron ser demostradas, y que han sido entendidas impíamente por ellos, y que fueron recordadas por el Señor para la protesta de la verdadera y perfecta majestad en sí mismo. Pues con estas palabras, para ser religiosamente impíos, se halagan: Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38); para que esté lejos de la bienaventuranza e incorruptibilidad de Dios, en cuya alma ha caído el temor de la tristeza inminente: quien incluso hasta esta oración ha sido consternado por la necesidad de la pasión: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Ibíd., 39): y sin duda parecería temer sufrir lo que oró para no sufrir; porque la trepidación de sufrir trajo la causa de suplicar: tanto que la fuerza del dolor prevaleció sobre su debilidad, que en el mismo tiempo de la cruz dijo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mat. XXVII, 46); quien incluso hasta la queja de su desolación, movido por la amargura de la pasión, desprovisto de la ayuda paterna, emitió su espíritu con esta voz cuando dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Luc. XXIII, 46); y turbado por la trepidación de exhalar el espíritu, lo encomendó a Dios Padre para que lo guardara; porque la necesidad de la encomienda fue exigida por la desesperación de la seguridad.

32. Se oponen otras cosas a estas.---Pero hombres muy necios e impíos, no entendiendo que nada contrario ha sido dicho en las mismas cosas por el mismo, adheridos solo a las palabras, dejaron las mismas causas de las palabras. Pues cuando es muy diferente, Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38); y, Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder (Ibíd., 64); ni es lo mismo, Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Ibíd., 39); y aquello, ¿No beberé el cáliz que me dio mi Padre? (Juan XVIII, 11)? y es muy diferente: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mat. XXVII, 46)? de aquello: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43): también disiente mucho: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Ibíd., 46); y aquello, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Ibíd., 34): han recaído en la impiedad, incapaces de los dichos divinos. Y como no conviene a la trepidación y a la libertad, a la prisa y a la excusa, a la queja y a la exhortación, a la desconfianza y a la intercesión, olvidando la profesión divina y la naturaleza, han sostenido los hechos y dichos de la dispensación para el argumento de su impiedad. Por lo tanto, habiendo demostrado todo lo que está en el sacramento del alma y del cuerpo del Señor Jesucristo, no hemos dejado nada inexplorado, nada en silencio: sino que, adaptando la pacífica inteligencia de todas las palabras a cada uno de los géneros de causas, hemos mostrado que ni la confianza trepida, ni la voluntad evita, ni la seguridad se queja, ni la encomienda de sí mismo orando, ha deseado el perdón para otros: afirmando la fe de todas las palabras con la absoluta predicación del misterio evangélico.

33. El libro XI refuta otros argumentos de los herejes. ---Por lo tanto, porque ni siquiera la gloria de la resurrección misma ha contenido a los hombres más desesperados dentro de la inteligencia de la religión, sino que han tomado las armas de su impiedad ya sea por la profesión de dignación, o han trasladado la revelación del sacramento al desprecio de Dios: para que por lo que se ha dicho, Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios (Juan XX, 17), mientras que el Padre es común a nosotros y a él, y Dios es Dios, esté fuera de la excepción del verdadero Dios en la profesión común, y así como nosotros, la necesidad de la creación lo someta al Dios creador, y la adopción lo asuma como hijo; ya no debe considerarse en él ninguna propiedad de la naturaleza divina, según la palabra del Apóstol, Cuando haya dicho que todas las cosas están sujetas a él, excepto aquel que le sujetó todas las cosas; porque cuando todas las cosas le sean sujetas, entonces también él mismo se

sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 27, 28). Porque la sujeción proclama la debilidad del sujeto, y significa el poder del dominante: en estos también, con la máxima demostración de la religión, el libro undécimo está ocupado, demostrando incluso de estos mismos dichos apostólicos, no solo que la sujeción no avanza hacia la debilidad de la divinidad, sino que por ella misma (suplemento, sujeción) se muestra la verdad de Dios, porque ha nacido de Dios: y por el hecho de que para él y para nosotros el Padre es padre y Dios es Dios, se adquiere mucho para nosotros, y nada se le quita a él; ya que, nacido hombre, y habiendo cumplido con todas las pasiones de nuestra carne, ascendió a Dios y a nuestro Padre, para que como nuestro hombre fuera glorificado en Dios.

34. El libro XII combate más abiertamente la herejía arriana. El Hijo de Dios ha nacido de tal manera que siempre ha existido.---Pero lo que siempre hemos recordado observar en todo tipo de doctrinas, es que si algunos han sido instruidos durante mucho tiempo con un ejercicio primero tenue y un largo uso de un estudio más humilde, entonces ya sean enviados a las experiencias de las mismas cosas en las que han sido instruidos; para que, cuando ya hayan jugado bien las guerras que van a luchar, sean llevados al servicio militar; o cuando hayan intentado las disputas forenses con materia escolar, entonces sean enviados a las luchas de los tribunales; o cuando en estanques domésticos un marinero intrépido haya equipado su nave, entonces sea confiado a las tormentas del gran y extranjero mar: eso mismo hemos cuidado de hacer en esta máxima y gravísima inteligencia de toda la fe. Pues cuando antes, desde los inicios leves sobre la natividad, sobre el nombre, sobre la divinidad, sobre la verdad, habíamos instruido la fe tierna, y con un progreso suave incluso hasta arrancar todas las ocasiones de los herejes, habíamos elevado los estudios de los lectores; entonces ya los llevamos a la misma palestra de glorioso y gran combate: para que en cuanto la mente humana, por la opinión común del sentido, se queda corta para comprender la inteligencia de la natividad eterna, en tanto se esfuercen con estudios divinos para sentir aquellas cosas que están más allá de la opinión de nuestra naturaleza; resolviendo principalmente esta cuestión, que prevaleciendo por la torpeza de la sabiduría secular, piensa decir con razón sobre el Señor Jesús: Hubo un tiempo cuando no era, y, No fue antes de que naciera, y, Fue hecho de cosas no existentes: para que, porque la natividad parece traer esa causa, para que existiera quien no era, y cuando no existía naciera; por eso también someten al unigénito Dios al sentido de los tiempos: (como si la fe misma y la razón de la natividad mostraran que no fue en algún momento, y por eso dicen que nació de lo que no era, porque la natividad proporciona ser lo que no era). Pero nosotros, proclamando siempre al Padre, siempre al Hijo con testimonios apostólicos y evangélicos, enseñaremos que no es después de algunas cosas, sino antes de todas las cosas que es Dios de todos: ni cae en él la temeridad de esta irreligiosa inteligencia, para que naciera de cosas no existentes, y no fuera antes de que naciera; sino que siempre ha sido, de tal manera que también proclamamos que ha nacido; y así ha nacido, de tal manera que manifestamos que siempre ha sido: y que en él no hay excepción de innascibilidad, sino eternidad de natividad; porque la natividad tiene un autor, y la divinidad no carece de eternidad.

35. Se exponen las palabras: El Señor me creó, etc.---Y porque son ignorantes de la palabra profética, e inexpertos en la doctrina celestial; con un sentido corrupto y la propiedad de la sentencia, se esfuerzan por afirmar que Dios fue creado por eso más bien que nacido, porque se dijo, El Señor me creó al principio de sus caminos, en sus obras (Prov. VIII, 22); para que sea de la naturaleza común de las creaciones, aunque sea más excelente en el género de la creación; y no esté en él la gloria de la natividad divina, sino la virtud de una poderosa criatura. Pero nosotros, no trayendo nada nuevo, nada presumido externamente, proporcionaremos la verdad del dicho y la razón con ese mismo testimonio de la Sabiduría, ni

puede ser arrastrado a la inteligencia de la natividad divina y eterna lo que ha sido creado al principio de los caminos de Dios y en sus obras, porque no es lo mismo ser creado en estas cosas, y ser nacido antes de todas las cosas: ya que donde está la significación de la natividad, solo está la profesión de la natividad; donde está el nombre de la creación, allí la causa de la misma creación es anterior: y aunque la Sabiduría haya nacido antes de todas las cosas, sin embargo, porque también ha sido creada en algunas cosas, no es lo mismo lo que es antes de todas las cosas, y lo que comenzó a ser después de algunas.

36. El libro XII revela lo que debe confesarse sobre el Espíritu Santo.---Luego pareció consecuente, rechazado el nombre de creación de la fe que tenemos sobre el unigénito Dios, enseñar también aquellas cosas que son congruentes y religiosas para la confesión del Espíritu Santo: para que ya confirmados con el largo y diligente tratamiento de los libros anteriores, no falte nada en la absolución de toda la fe, cuando, eliminadas las irreligiosidades de las predicaciones viciosas incluso sobre la opinión del Espíritu Santo, el sacramento de la Trinidad regeneradora quede intacto e incontaminado dentro de la definición saludable de la autoridad apostólica y evangélica: y ya nadie se atreva, por el juicio del sentido humano, a referir al Espíritu de Dios entre las criaturas, a quien tomamos como prenda de inmortalidad, y para la participación de la naturaleza divina e incorruptible.

37. Se implora la gracia necesaria para escribir correctamente. ---Yo, ciertamente, soy consciente de que debo a ti, Padre omnipotente Dios, este deber principal de mi vida, que toda mi palabra y sentido te hablen. Pues ningún otro mayor premio puede devolverme este mismo uso de hablar que me has concedido, que al predicarte te sirva, y te demuestre como eres, padre, padre del unigénito Dios, al mundo ignorante o al hereje negador. Y en esto, ciertamente, solo está la profesión de mi voluntad: pero debe ser implorado el don de tu ayuda y misericordia, para que extiendas las velas de nuestra fe y confesión hacia ti, y las llenes con el soplo de tu Espíritu, y nos impulses en el curso de la predicación emprendida. Pues no es infiel para nosotros el autor de esta promesa, diciendo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá (Luc. XI, 9). Nosotros, ciertamente, pobres, pediremos lo que necesitamos, y en la búsqueda de las palabras de tus profetas y apóstoles traeremos un estudio perseverante, y llamaremos a todas las puertas cerradas de la inteligencia: pero es tuyo, tanto conceder lo pedido, como estar presente en lo buscado, y abrir lo llamado. Pues languidecemos con una cierta pereza estúpida de nuestra naturaleza, y estamos contenidos dentro de la necesidad de la ignorancia por la debilidad de nuestro ingenio para entender tus cosas: pero los estudios de tu doctrina nos instruyen hacia el sentido de la divina cognición, y la obediencia de la fe nos lleva más allá de la opinión natural.

38. Por lo tanto, esperamos que incites los comienzos temerosos de este empeño, y los confirmes con un progreso creciente, y a la compañía de la voz profética o apostólica: para que comprendamos las palabras de ellos no con otro sentido que el que ellos hablaron, y sigamos las propiedades de las palabras con las mismas significaciones de las cosas. Pues hablaremos de lo que ha sido predicado por ellos en el sacramento, tú, Dios eterno, padre del eterno unigénito Dios: y uno sin natividad, y un Señor Jesucristo nacido de ti de natividad eterna, no para ser referido en el número de los dioses por la diversidad de la verdad: ni no nacido de ti, que eres el único Dios, para ser predicado; ni otra cosa que el verdadero Dios, que ha nacido de ti, verdadero Dios padre, para ser confesado. Concede, por lo tanto, a nosotros la significación de las palabras, la luz de la inteligencia, el honor de las palabras, la fe de la verdad: y otorga que lo que creemos, también lo hablemos; a saber, que nos sea dado, a ti, Dios padre único, y a un Señor Jesucristo, de los Profetas y Apóstoles conocedores, ahora contra los herejes negadores, así celebrar a Dios y a ti, no solo; y a él predicar, no falso.

25-26 LIBRO SEGUNDO.

Diserta sobre la verdad de la Trinidad en general, y sobre la dignidad y oficio de cada una de las personas en particular. Y primero declara que el conocimiento de tan gran misterio transmitido en el bautismo es suficiente. Luego, habiendo hablado brevemente sobre el origen de las herejías y sobre los herejes que atacan la fe de la Trinidad, protesta en varios términos que se siente reacio y temeroso al ser llevado a escribir sobre asuntos tan profundos. Luego, después de haber expuesto lo que piensa sobre el Padre, muestra que las palabras no explican suficientemente la realidad como es. Después expone qué es o qué no es el Hijo; y acusa a aquellos que injustamente se quejan de no poder comprender el sacramento de esa generación; cuando en tantas otras cosas, incluso en las suyas, son equánimemente ignorantes. Esta generación inenarrable del Hijo de Dios, desconocida para los sabios del mundo, los escribas de la ley y los herejes, después de haber demostrado brevemente su naturaleza divina, la explica con las palabras del Pescador.

Luego, recomendando la fe fundada en las Escrituras, la compara con un medicamento adecuado para curar todas las enfermedades, y lo confirma con testimonios de la Escritura, con los cuales se debilitan simultáneamente los comentarios de Sabellio, de los ebionitas y de los arrianos. No deja de mencionar algunas cosas sobre Cristo recordadas en las Escrituras, que parecen indignas de Dios; pero en esas mismas cosas que se narra que soportó por causa del género humano, muestra que no faltan signos de poder y dignidad, por los cuales se nos enseña que es verdaderamente Dios.

Finalmente, prueba que el Espíritu Santo existe distinto del Padre y del Hijo, y alivia el escrúpulo de aquellos que ignoran o dudan de esto, porque ven que frecuentemente se entiende al Padre o al Hijo con la voz de Espíritu. Además, se demuestra la naturaleza divina del Espíritu Santo, su oficio, cuán necesario es para nosotros su don, y con qué dedicación debe ser merecido.

1. Que la noción de la Trinidad dada en el bautismo es suficiente. ---Bastaba a los creyentes la palabra de Dios, que ha sido transmitida a nuestros oídos con el testimonio del Evangelista y con la misma fuerza de su verdad, cuando el Señor dice: Id ahora y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado: y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 19, 20). ¿Qué hay en esto que no contenga el sacramento de la salvación humana? ¿O qué queda que sea oscuro o incompleto? Todo está lleno como de lo pleno, y perfecto de lo perfecto. Pues comprenden tanto el significado de las palabras, como la eficacia de las cosas, el orden de los asuntos y la inteligencia de la naturaleza. Mandó bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, es decir, en la confesión del autor, del unigénito y del don. El autor es uno de todos. Porque hay un solo Dios Padre, de quien son todas las cosas; y un solo Unigénito, nuestro Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas; y un solo Espíritu, don en todos. Por tanto, todas las cosas están ordenadas según sus virtudes y méritos: un solo poder del cual son todas las cosas, una sola progenie por la cual son todas las cosas, un solo don de esperanza perfecta. No se encontrará que falte nada a una consumación tan grande, dentro de la cual está, en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, la infinitud en lo eterno, la especie en la imagen, el uso en el don.

2. El vicio de los herejes obliga a discutir más sobre esto. ---Pero nos vemos obligados por los vicios de los herejes y blasfemos a hacer lo ilícito, a escalar lo arduo, a hablar de lo inefable, a presumir lo no permitido. Y cuando debería bastar la sola fe para cumplir lo que se

ha mandado, a saber, adorar al Padre, venerar con él al Hijo, abundar en el Espíritu Santo; nos vemos forzados a extender la humildad de nuestro discurso a lo que es inenarrable, y nos vemos constreñidos por el vicio ajeno: de modo que lo que debería ser contenido por la religión de las mentes, ahora se expone al peligro del discurso humano.

3. La herejía nace de una interpretación errónea de la Escritura. ---Han surgido muchos que reciben la simplicidad de las palabras celestiales según el sentido de su voluntad, no según la absolución de la verdad misma, interpretando de manera diferente a lo que la fuerza de las palabras requeriría. Porque la herejía proviene de la inteligencia, no de la Escritura: y el sentido, no el discurso, se convierte en crimen. ¿Acaso puede corromperse la verdad? Cuando se escucha el nombre del padre, ¿acaso no se contiene la naturaleza del hijo en el nombre? ¿Acaso no será el Espíritu Santo, quien es nombrado? Pues no puede no estar en el Padre lo que es del padre, ni faltar en el Hijo lo que es del hijo, ni no existir en el Espíritu Santo lo que se toma. Pero los hombres de mente perversa confunden e implican todo, y hasta la mutación de la naturaleza se esfuerzan con la perversidad de su sentido; de modo que lo que es del Padre se lo quitan al Padre, mientras quieren quitarle al Hijo lo que es del hijo. Lo quitan, cuando el hijo no es de la misma naturaleza con ellos. No es de la naturaleza, cuando no tiene en sí el mismo origen y el que genera. Pues no es hijo aquel cuya sustancia será diferente y disímil a la del padre. Pero, ¿cómo será padre, si no ha engendrado en el hijo lo que es de su sustancia y naturaleza?

4. Nuevas doctrinas de los herejes, de Sabellio, de Hebión, de los arrianos, de los pneumatómacos.---Estas cosas, aunque no puedan cambiar de lo que son de ninguna manera, sin embargo, traen nuevas doctrinas y comentarios humanos: como Sabellio extiende al Padre en el Hijo, y piensa que debe confesarse esto más por los nombres que por las cosas, proponiendo al Hijo como el mismo que el Padre: como Hebión, concediendo todo principio al hijo de Dios desde María, no desde Dios, presenta al hombre no desde Dios, sino desde el hombre a Dios; ni subsistiendo antes lo que en el principio estaba con Dios era el Verbo Dios, sino que la virgen concibió carne por el verbo; porque en el Verbo antes, no dice la naturaleza del unigénito Dios existente, sino el sonido de la voz emitido: como algunos predicadores de este tiempo, que promueven la forma y la sabiduría y la virtud de Dios desde la nada y desde el tiempo; no sea que si el Hijo es del Padre, Dios sea disminuido en el Hijo; demasiado preocupados, no sea que el Hijo nacido de él vacíe al Padre: y por eso ayudan a Dios en la creación del hijo, comparándolo desde lo no existente, para que el Padre, porque nada ha sido engendrado de él, permanezca dentro de la perfección de su naturaleza. Ahora bien, ¿qué maravilla que sientan de manera diversa sobre el Espíritu Santo, quienes en su creador son tan temerarios autores al crear, y cambiar, y abolir? y así disuelven la verdad de este sacramento perfecto, mientras intentan diversidades de sustancias en cosas tan comunes: negando al Padre, mientras le quitan al Hijo lo que es del hijo; negando al Espíritu Santo, mientras ignoran tanto su uso como su autor. Así también pierden a los inexpertos, mientras afirman la razón de esta predicación; y engañan a los oyentes, mientras quitan la naturaleza a los nombres, porque no pueden quitar los nombres a la naturaleza. Paso por alto los demás nombres de peligro humano, los valentinianos, los marcionitas, los maniqueos y otras pestes, que a veces ocupan las mentes de los inexpertos, y las infectan con el mismo contagio de la conversación: y se convierte en una sola plaga de todos, mientras el mal de los predicadores se infunde en el sentido de los oyentes.

5. Cómo Hilario establece su discurso sobre lo divino con dificultad y temblor.---La infidelidad de estos, por tanto, nos empuja a un peligro incierto, de modo que es necesario decir algo más allá de lo prescrito por el cielo sobre cosas tan grandes y tan ocultas. El Señor había dicho que las naciones debían ser bautizadas, En el nombre del Padre y del Hijo y del

Espíritu Santo. La forma de la fe es cierta: pero en cuanto a los herejes, todo sentido es incierto. Por lo tanto, no se debe añadir nada a los preceptos, sino que se debe establecer un límite a la audacia: para que, como la malicia excitada por el instinto de la fraude diabólica elude la verdad de las cosas a través de los nombres de la naturaleza, nosotros expongamos la naturaleza de los nombres; y, según lo que tengamos en las palabras, no se frustren los nombres con las propiedades de las naturalezas, sino que se limiten dentro de la significación de la naturaleza. Y no sé qué ánimo tienen aquellos que piensan de manera diferente sobre estas cosas, corrompiendo la verdad, trayendo tinieblas a la luz, cortando lo inseparable, dividiendo lo incorrupto, partiendo lo indiviso. Si para ellos es tan fácil destruir lo perfecto, poner límites al poder, circunscribir lo infinito: ciertamente para mí, que respondo a estas preocupaciones, hay agitación, hay corrupción en el sentido, hay estupor en la inteligencia; y en el discurso no confesaré ya debilidad, sino silencio. Y ciertamente se me arranca este deseo, mientras se resiste a la audacia, se consulta al error, y se provee a la ignorancia. Sin embargo, lo que se exige es inmenso, lo que se atreve es incomprensible; para que haya un discurso sobre Dios más allá de la definición de Dios. Ha puesto los nombres de la naturaleza, Padre, Hijo, Espíritu Santo. Está fuera de la significación del discurso, fuera de la intención del sentido, fuera de la concepción de la inteligencia, cualquier cosa que se busque más allá, no se enuncia, no se alcanza, no se retiene. La significación de las palabras la consume la naturaleza misma de la cosa, la contemplación del sentido la ciega la luz impenetrable, la capacidad de la inteligencia excede lo que no se contiene en ningún fin. Pero nosotros, pidiendo perdón por esta necesidad al que es todo esto, nos atreveremos, buscaremos, hablaremos: y, lo único que prometemos en tan gran cuestión de cosas, creeremos lo que será significado.

6. Noción del Padre.---El Padre es, de quien todo lo que es ha consistido. Él es en Cristo y por Cristo el origen de todo. Sin embargo, su ser es en sí mismo, no tomando de otro lo que es, sino obteniendo de sí mismo y en sí mismo lo que es. Infinito, porque no está él en algo, sino que todo está dentro de él; siempre fuera del lugar, porque no se contiene; siempre antes del tiempo, porque el tiempo es de él. Corre con el sentido si piensas que hay algo último para él, siempre lo encontrarás: porque cuando siempre intentes, siempre hay algo que intentes. Siempre, sin embargo, intentar su lugar es para ti, como para él es ser sin fin. El discurso en él fallará, no se cerrará la naturaleza. Vuelve a recorrer los tiempos, siempre lo encontrarás siendo: y cuando el número de los cálculos en el discurso falle, sin embargo, a Dios no le falta ser siempre. Mueve la inteligencia, y abarca todo con la mente; no sostienes nada. Todo esto tiene restante, pero este restante siempre está en el todo. Por lo tanto, ni es todo, lo que tiene restante; ni es todo el restante. Porque el restante es una porción; pero todo es lo que es todo. Sin embargo, Dios está en todas partes, y es todo dondequiera que esté. Así excede la región de la inteligencia, fuera de la cual no hay nada, y para quien es siempre ser siempre. Esta es la verdad del sacramento de Dios, este es el nombre de la naturaleza imperscrutable en el Padre. Dios invisible, inefable, infinito: ante quien el discurso debe callar para hablar, el sentido debe embotarse para investigar, y la inteligencia debe ser constreñida para abarcar. Sin embargo, tiene, como hemos dicho, el nombre de su naturaleza en el padre: pero es solo padre. Pues no tiene de otro modo lo que es padre de manera humana. Él es no engendrado, eterno, teniendo en sí mismo siempre para ser siempre. Conocido solo por el Hijo: porque nadie conoce al Padre sino el Hijo, y a quien el Hijo quiera revelar; ni al Hijo sino el Padre: tienen conocimiento mutuo, tienen conocimiento perfecto recíprocamente. Y porque nadie conoce al Padre sino el Hijo, sobre el Padre, junto con el Hijo revelador, que es el único testigo fiel, pensemos.

7. El Padre es inefable. La ciencia de Dios es perfecta.---Y estas cosas las he sentido más sobre el Padre, que las he dicho: pues no me escapa que todo discurso es débil para expresar lo que es de él. Debe ser sentido como invisible, incomprensible, eterno. Sin embargo, el mismo hecho de que sea en sí mismo y de sí mismo, y que él mismo sea por sí mismo; que sea invisible, e incomprensible, e inmortal: en estas cosas ciertamente hay confesión de honor, y significación de sentido, y una cierta circunscripción de opinión, pero el discurso sucumbe a la naturaleza, y las palabras no explican la cosa como es. Pues cuando escuchas que es en sí mismo, no se presenta a la razón humana la absolución; porque tener y ser tenido se distingue, y será una cosa lo que es, otra en lo que es. Si de nuevo tomas que es de sí mismo; nadie es a sí mismo tanto el donador como el don. Si es inmortal; entonces hay algo no de él, a quien otro no se hace sujeto: ni es solo lo que es, lo que por la enunciación de esta palabra se reivindica de otro. Si es incomprensible: entonces no estará en ningún lugar, lo que se niega que se alcance. Si es invisible, carece de sí mismo lo que no se presenta a la vista. Por lo tanto, la confesión falla en la denominación, lo que sea que se adapte de los discursos, no expresará a Dios como es, ni cuán grande es. La ciencia perfecta es saber así a Dios, como aunque no sea ignorado, sin embargo, sepas que es inenarrable. Debe ser creído, debe ser entendido, debe ser adorado; y con estos oficios debe ser expresado.

8. Qué es el Hijo, qué no es.---Hemos sido llevados de lugares peligrosos a lo alto en un mar agitado, y no es lícito retroceder ni avanzar sin peligro: sin embargo, hay más dificultad en lo que queda por recorrer que en lo recorrido. El Padre es como es, y como es debe ser creído. La mente se consterna al alcanzar al Hijo, y todo discurso tiembla al exponerse. Porque es la progenie del no engendrado, uno de uno, verdadero de verdadero, vivo de vivo, perfecto de perfecto, virtud de virtud, sabiduría de sabiduría, gloria de gloria, imagen del Dios invisible, forma del padre no engendrado. Pero, ¿qué progenie pensaremos del unigénito del no engendrado? Pues el Padre clama muchas veces desde los cielos: Este es mi hijo amado, en quien me he complacido (Mat. III, 17). No hay corte ni división: porque es impasible el que engendró, y es imagen del Dios invisible el que nació; y testifica: Porque el Padre está en mí, y yo en el Padre (Juan X, 38). No es asunción: porque es verdadero hijo de Dios, y clama: Quien me ha visto, ha visto al Padre (Juan XIV, 9). Pero tampoco fue hecho como las demás cosas: porque el Unigénito es de uno, y tiene en sí mismo la vida, como tiene en sí mismo la vida el que engendró; pues dice: Como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo (Juan V, 26). Pero tampoco es parte del Padre en el Hijo; pues el Hijo testifica: Todas las cosas que son del Padre, son mías (Juan XVI, 15): y de nuevo: Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías (Juan XVII, 10); y: Todo lo que tiene el Padre, lo dio al Hijo; y el Apóstol testifica: Porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente (Col. II, 9). Ni la naturaleza tiene todas las cosas que son, lo que es parte. Pero es perfecto de perfecto: porque quien tiene todas las cosas, dio todas las cosas. Ni debe pensarse que no dio, porque tiene; ni que no tiene, porque dio.

9. La generación del Hijo de Dios supera la comprensión humana.---Por tanto, ambos tienen el secreto de esta natividad. Y si alguien acaso atribuye a su inteligencia que no puede alcanzar el sacramento de esta generación, aunque el Padre ha sido entendido absolutamente y el Hijo; escuchará de mí con mayor dolor que lo ignoro. Yo no sé, no busco; y sin embargo me consolaré. Los arcángeles no saben, los ángeles no han oído, los siglos no lo sostienen, el profeta no lo sintió, el apóstol no lo preguntó, el mismo hijo no lo reveló. Cese el dolor de las quejas. No te llamo, quienquiera que seas que busques esto, a lo alto, no me extiendo en amplitud, no te conduzco a lo profundo: ¿no ignorarás con ecuanimidad la natividad del Creador, ignorando el origen de la criatura? Al menos pregunto esto, ¿sientes que has sido engendrado, y entiendes lo que engendras? No pregunto de dónde has obtenido el sentido, de

dónde has recibido la vida, de dónde has adquirido la inteligencia, qué es lo que en ti es el olor, el sentido de la vista, el oído; ciertamente nadie ignora lo que hace: pregunto de dónde concedes estas cosas a aquellos que engendras, cómo insertas el sentido, enciendes los ojos, fijas el corazón. Estas cosas, si puedes, narra. Por tanto, tienes cosas que no sabes, y concedes cosas que no entiendes: ignorante en tus cosas, ignorante insolentemente en las cosas de Dios.

10. Cómo se investiga piadosamente la generación de Dios y con qué fruto. ---Escucha, por tanto, al Padre no engendrado, escucha al Hijo unigénito; escucha: El Padre es mayor que yo (Juan XIV, 28); escucha: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30); escucha: Quien me ha visto, ha visto al Padre (Juan XIV, 9); escucha: El Padre está en mí, y yo en el Padre (Juan X, 38); escucha: Yo salí del Padre (Juan XVI, 28); y, Quien está en el seno del Padre; y, Todas las cosas que tiene el Padre, las ha dado al Hijo; y, El Hijo tiene vida en sí mismo, como el Padre tiene vida en sí mismo (Juan V, 26); escucha al Hijo imagen, sabiduría, virtud, gloria de Dios: y entiende al Espíritu Santo proclamando: ¿Quién narrará su generación? (Isa. LIII, 8) y objurga al Señor testificando: Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre nadie lo conoce sino el Hijo, y a quien el Hijo quiera revelar (Mat. XI, 27): e insértate en este secreto, y entre un Dios no engendrado y un Dios unigénito, sumérgete en el misterio de la natividad inopinable. Comienza, corre, persiste: y aunque sé que no llegarás, sin embargo me alegraré de que progresarás. Porque quien persigue piadosamente lo infinito, aunque no lo alcance alguna vez, sin embargo progresará avanzando. La inteligencia se detiene en este fin de las palabras.

11. La naturaleza del Hijo. El deber de la fe.---El Hijo es del Padre que es, unigénito del no engendrado, progenie del padre, vivo del vivo. Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también al Hijo se le ha dado tener vida en sí mismo. Perfecto de perfecto, porque todo de todo; no división ni desgarramiento, porque uno está en el otro, y la plenitud de la divinidad está en el Hijo. Incomprensible del incomprensible; pues nadie lo conoce, sino mutuamente. Invisible del invisible: porque es imagen del Dios invisible; y porque quien ha visto al Hijo, ha visto al Padre. Otro de otro; porque padre e hijo: no otra y otra naturaleza de la divinidad; porque ambos son uno. Dios de Dios, de un Dios no engendrado un Dios unigénito; no dos dioses, sino uno de uno; no dos no engendrados, porque ha nacido del no nacido; uno del otro no difiere en nada, porque la vida del viviente está en el vivo. Estas cosas sobre la naturaleza de la divinidad las hemos tocado, no comprendiendo la suma de la inteligencia, sino entendiendo que son incomprensibles las cosas que hablamos. Por tanto, dices, no hay deber de la fe, si nada puede ser comprendido. Al contrario, que la fe profese este deber, que lo que se busca es incomprensible para ella saberlo.

12. La generación del Hijo de Dios, desconocida para los sabios del mundo, los escribas de la ley, no suficientemente probada por los milagros.---Queda aún algo sobre la generación inenarrable del Hijo, más bien ese algo es aún todo. Me agito, me disperso, me aturdo, y no sé por dónde empezar. Pues no sé cuándo nació el Hijo; y es un sacrilegio para mí no saber que nació. ¿A quién invocaré? ¿A quién imploraré? ¿De qué libros presumiré palabras para la narración de tan grandes dificultades? ¿Revisaré toda la escuela de Grecia? Pero he leído: ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el investigador del siglo? (I Cor. I, 20). En esto, por tanto, los sofistas del mundo y los sabios del siglo están mudos; pues han rechazado la sabiduría de Dios. ¿Consultaré entonces al escriba de la ley? Pero lo ignora; porque para él la cruz de Cristo es un escándalo. ¿Quizás exhortaré a vosotros a cerrar los ojos y callar, porque es suficiente para la veneración que se predique que los leprosos fueron limpiados, los sordos oyeron, los cojos corrieron, los paralíticos se levantaron, los ciegos recibieron la luz, un ciego de nacimiento obtuvo la vista, los demonios fueron expulsados, los enfermos se recuperaron, los muertos vivieron? Pero los herejes confiesan estas cosas, y perecen.

13. Lo mismo revelado al pescador. El Verbo es libre del tiempo. — Esperad, pues, nada menos que la carrera de los cojos, la vista de los ciegos, la huida de los demonios, la vida de los muertos. Pues conmigo está, en defensa de las dificultades expuestas anteriormente, un pescador necesitado, ignorante, indocto, ocupado con las manos en el lino, con la vestidura húmeda, los pies cubiertos de lodo, todo él salido de la barca. Buscad y comprended si fue más maravilloso resucitar a los muertos o infundir en un ignorante el conocimiento de esta doctrina. Pues dice: En el principio era el Verbo (Juan 1, 1). ¿Qué significa esto, en el principio era? Los tiempos pasan, las edades se transmiten, las épocas se levantan. Pon cualquier cosa que quieras como principio según tu opinión: no lo sostienes en el tiempo, pues era de donde se trata. Mira al mundo, comprende lo que de él está escrito: En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Gén. 1, 1). Así, en el principio se hace lo que se crea, y lo que se contiene en el principio para que se haga, se contiene en la edad. Pero mi pescador iletrado, indocto, está libre del tiempo, suelto de las edades, ha vencido todo principio: pues era lo que es, y no se concluye en ningún tiempo para que comenzara, lo que era más bien en el principio que se hacía.

14. Sin embargo, no está solo. — Pero tal vez descubramos que nuestro pescador se ha salido del orden de la distribución propuesta: pues el Verbo lo liberó del tiempo, y es suyo y para sí mismo, lo que es libre, y solitario y obediente a nadie. Levantemos los oídos para lo demás. Dice: Y el Verbo estaba con Dios (Juan 1, 1). Ya sin principio está con Dios, lo que era antes del principio. Es, pues, quien era, con Dios: y quien está ausente del tiempo del conocimiento, no está ausente del autor. Nuestro pescador ha escapado: pero tal vez se detenga en lo demás.

15. Si es sonido de voz según Hebión. El sonido de la voz no concuerda con era. El Verbo es Dios. — Dirás, pues: El Verbo es sonido de voz, y enunciación de asuntos, y expresión de pensamientos. Esto estaba con Dios, y en el principio era: porque el discurso del pensamiento es eterno, cuando quien piensa es eterno. Te respondo por mi pescador con pocas palabras, mientras veremos cómo él mismo defiende su rusticidad. El discurso tiene en su naturaleza que puede ser, pero le sigue que haya sido; es verdadero solo cuando se escucha. ¿Y cómo en el principio era, lo que no es ni antes del tiempo ni después del tiempo? Y no sé si puede ser en el tiempo: pues el discurso de los que hablan no es antes de que hablen, y cuando hayan hablado no será; y en el mismo momento en que hablan, mientras terminan, ya no será aquello de donde comenzaron. Esto de mí, como de uno entre otros. Pero el pescador de otra manera por sí mismo: y te reprenderá primero, por qué escuchaste negligentemente. Pues aunque perdiste la primera sentencia como oyente rudo: En el principio era el Verbo, ¿de qué te quejas de lo siguiente, Y el Verbo estaba con Dios? ¿Acaso escuchaste, en Dios (y no con Dios), para que tomaras el discurso del pensamiento oculto? ¿O engañó al rústico, qué diferencia había entre estar en y estar con? Pues lo que en el principio era, no se predica que esté en otro, sino con otro. Pero de lo anterior no tomo nada, que las consecuencias estén presentes; espera el estado del Verbo y el nombre. Pues dice: Y el Verbo era Dios. Cesa el sonido de la voz, y la expresión del pensamiento. Este Verbo es cosa, no sonido; naturaleza, no discurso; Dios, no vacuidad.

16. No daña la unidad de Dios. — Pero temo en lo dicho, y el discurso insolente me conmueve. Oigo: Y el Verbo era Dios, a quien los profetas anunciaron como un solo Dios. Pero para que mi temor no pueda avanzar más, devuelve la dispensación de tan gran sacramento mi pescador, y refiere todo a uno sin injuria, sin abolición, sin tiempo. Dice: Esto estaba en el principio con Dios. Cuando esto estaba en el principio, no se retiene en el

tiempo; cuando es Dios, no se refiere a la voz; cuando está con Dios, nada se ofende ni se quita: pues no se abole en otro y con un solo Dios no engendrado, de quien él mismo es un solo Dios unigénito, se predica.

17. El tiempo es de él, qué es el tiempo. — Aún esperamos de ti, pescador, la plenitud del Verbo. Era en el principio, pero pudo no ser antes del principio. Aquí también te ofrezco algo por mi pescador: Lo que era, no pudo no haber sido; pues era no tiene en el tiempo no haber sido. Pero ¿qué dice él por sí mismo? Todas las cosas por él fueron hechas (Ibid., 3). Por tanto, si nada es sin él; por quien todas las cosas comenzaron; y es infinito, por quien todo lo que es fue hecho. Pues el tiempo es la moderación significada del espacio, no en lugar, sino en edad. Y siendo todas las cosas de él, ninguna cosa no es de él: y por eso el tiempo es de él.

18. El Verbo no es solitario. — Pero alguien te dice, mi pescador: Fuiste demasiado fácil y promiscuo aquí; todas las cosas por él fueron hechas no tiene medida. Es no engendrado, quien no fue hecho por nadie: es también él engendrado por el no nacido. Sin excepción son todas las cosas, y nada que esté fuera se deja. Pero mientras no nos atrevemos a decir más, o tal vez mientras intentamos decir, interviene: Y sin él nada fue hecho. Has devuelto al autor, cuando has profesado al compañero. Pues cuando nada sin él, entiendo no solo; porque uno es por quien, otro es sin quien: con ambos se discierne la significación del que interviene y del que actúa.

19. No solo asistió al que hace todas las cosas, sino que también hizo. — Pero preocupado por el autor, que es uno no engendrado, para que en lo que dijiste todas las cosas, nada quedara exceptuado, resolviste el miedo diciendo: Y sin él nada fue hecho. Pero me confundo y me turba en lo que sin él nada fue hecho. Por tanto, algo fue hecho por otro, que sin embargo no fue hecho sin él: y si algo por otro, aunque no sin él; ya no por él todas las cosas; porque una cosa es hacer, otra es intervenir en el que hace. No tengo aquí, mi pescador, como en los demás, qué ofrecer de lo mío; de lo tuyo debe responderse de inmediato, Todas las cosas por él fueron hechas. Lo entiendo. Pues el Apóstol enseñó: Visibles e invisibles, sean Tronos, sean Dominaciones, sean Principados, sean Potestades, todas las cosas por él y en él (Col. I, 16).

20. Que todas las cosas fueron creadas en el Verbo. El Verbo no existe sucesivamente, sino que es perfecto al nacer. — Por tanto, ya que todas las cosas por él, ayuda y explica, qué no fue hecho sin él. Lo que fue hecho en él, vida es (Juan 1, 4). Esto, pues, no sin él, lo que en él fue hecho: pues lo que en él fue hecho, también por él fue hecho. Todas las cosas por él y en él fueron creadas (Col. I, 16). En él, sin embargo, fueron creadas, porque nacía el Dios creador. Pero también de esto sin él nada fue hecho, lo que en él fue hecho, porque naciendo Dios era vida: y quien era vida, no después de que nació, se hizo vida; pues no es en él otra cosa lo que nació, y otra cosa lo que nacido recibió. No tienen entre sí tiempo y nacimiento y progreso. Pero nada sin él se hacía de las cosas que en él se hacían, porque vida es (suplir él) en quien se hacían, y Dios que de Dios nació, no después de que nació, sino naciendo Dios existió. Pues naciendo del viviente vivo, del verdadero verdadero, del perfecto perfecto, no sin el poder de su nacimiento nació, a saber, no sintiendo su nacimiento después, sino entendiendo que él es Dios en lo mismo que Dios de Dios nacía. Esto el unigénito del no engendrado: esto, Yo y el Padre uno somos (Juan 10, 30): esto en la confesión del Padre y del Hijo un solo Dios: esto el Padre en el Hijo, y el Hijo en el Padre. De aquí, Quien me ha visto, ha visto al Padre (Juan 14, 9). De aquí, Todas las cosas que tiene el Padre, las ha dado al Hijo (Juan 16, 15). De aquí, Como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado al Hijo tener vida en sí mismo (Juan 5, 26). De aquí, Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre sino el Hijo (Mat. 11, 27). De aquí, En él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Col. 2, 9).

21. La generación del Verbo no se comprende con razón humana; debe sostenerse, pues, con fe. — Esta vida es la luz de los hombres, esta luz ilumina las tinieblas. Y para que el pescador consolara la imposibilidad de narrar su generación según el profeta (Isa. 53, 8); añadió, Y las tinieblas no la comprendieron (Juan 1, 4). Cesa el discurso de la naturaleza, y no tiene a dónde correr; y sin embargo, este pescador recostado en el pecho del Señor lo recibió. No es este discurso del siglo; porque de lo que se trata, no es cosa del siglo. Que se exponga algo, si en la significación de las palabras se puede encontrar más de lo que se ha dicho: y si hay otros nombres de la naturaleza expuesta por nosotros, que se presenten. Que si no los hay, más bien porque no los hay; admiremos esta doctrina en el pescador, y en él sintamos los oráculos de Dios: y la confesión del Padre y del Hijo, del no engendrado y del unigénito inenarrable, y que excede todo alcance tanto del discurso como del sentido, sostengamos y adoremos: y en el Señor Jesús, a ejemplo de Juan, para que podamos sentir y hablar estas cosas, recostémonos (Juan 13, 25).

22. Las artes de los herejes contra la fe son vanas. Una fe vence todas las herejías. — Sin embargo, la integridad de esta fe la recomienda tanto la autoridad evangélica como la doctrina apostólica, y la ociosa falsedad de los herejes que nos rodean por todas partes. Pues este fundamento está firme e inamovible contra todos los vientos, lluvias, torrentes, no siendo movido por soplos, no penetrado por goteos, no socavado por inundaciones (Mat. 7, 25): y es óptimo, lo que, aunque atacado por muchos, no podrá ser derribado por ninguno. Así como algunos tipos de medicamentos están tan preparados que no solo son útiles para enfermedades individuales, sino que curan a todas en común, y tienen en sí la virtud de una ayuda general: así también la fe católica no imparte su ayuda curativa contra pestes individuales, sino contra todas las enfermedades, no debilitada por el género, no vencida por el número, no engañada por la diversidad; sino que una y la misma permanece contra cada una y todas. Pues es grande; hay en ella tantos remedios como enfermedades; y tantas doctrinas de verdad como estudios de falsedad habrá. Que se reúnan en uno los nombres de los herejes, y que todas las escuelas salgan: que oigan un solo Dios no engendrado padre, y un solo hijo unigénito de Dios, descendencia perfecta de un padre perfecto; no engendrado por disminución, no cortado de un sólido en alguna parte, sino teniendo todo, habiendo conseguido todo al engendrar; no derivado por flujo o emanación, sino nacido de todo y en todo de aquel que en todo en lo que está no deja de ser; libre del tiempo, suelto de las edades, por quien todas las cosas fueron hechas: pues no pudo estar en estas (edades) que por él fueron instituidas. Esta es la confesión católica y apostólica de los Evangelios.

23. Testimonios contra Sabelio, contra Hebión, contra los arrianos. La confesión de Pedro es la roca. — Que Sabelio se atreva a predicar al Padre y al Hijo como el mismo, y que él mismo sea aquel que ha sido llamado ambos; para que con él uno sea ambos, no uno. Oirá de inmediato de los Evangelios no una vez ni dos, sino frecuentemente, Este es mi hijo amado, en quien me complazco (Mat. 17, 5). Oirá, El Padre es mayor que yo (Juan 14, 28). Oirá, Yo voy al Padre (Ibíd., 12); y, Padre, te doy gracias (Juan 11, 41); y, Glorifícame, Padre (Juan 17, 5); y, Tú eres el Hijo de Dios vivo (Mat. 16, 17). Que se insinúe Hebión, concediendo al hijo de Dios un inicio desde María, y entendiendo el Verbo desde los días de la carne. Que relea, Padre, glorifícame junto a ti con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera (Juan 17, 5); y, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan 1, 1); y, Todas las cosas por él fueron hechas (Ibíd. 3); y, En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, y el mundo no lo conoció (Ibíd., 10). Que surjan los nuevos apóstoles, pero del anticristo, predicadores, burlándose del hijo de Dios con toda injuria: y que oigan, Yo salí del Padre (Juan 16, 28); y, El Hijo en el seno del Padre (Juan 1, 18); y, Yo y el Padre uno somos (Juan 10, 30); y Yo en el Padre, y el Padre en mí (Juan 14, 11). Y

finalmente, que se enojen junto con los judíos, porque Cristo confesando a Dios como su propio padre, se hizo igual a Dios: y junto con ellos oigan, Al menos creed por las obras, porque el Padre está en mí, y yo en el Padre (Juan 14, 28). Por tanto, este es el único fundamento inamovible, esta es la única feliz roca de la fe confesada por la boca de Pedro, Tú eres el Hijo de Dios vivo (Mat. 16, 17), sosteniendo en sí tantos argumentos de verdad como cuestiones de perversidad y calumnias de infidelidad se moverán.

24. Qué asumió Cristo por nuestra salvación. — Ya en lo demás está la dispensación de la voluntad paterna. Virgen, y parto, y cuerpo; y después la cruz, la muerte, el infierno, es nuestra salvación. Pues por causa del género humano el hijo de Dios nació de una virgen y del Espíritu Santo, sirviéndose él mismo en esta operación; y con su propia, a saber, virtud divina, sembró en sí mismo los inicios del cuerpo, e instituyó los principios de la carne; para que hecho hombre de una virgen tomara en sí la naturaleza de la carne, y por la sociedad de esta mezcla el cuerpo de todo el género humano en él existiera santificado: para que así como todos en él por lo que quiso ser corporal se reunieran, así de nuevo en todos él por lo que es invisible se refiriera. Por tanto, la imagen invisible de Dios no rechazó la vergüenza del origen humano, y a través de la concepción, el parto, el llanto, la cuna, pasó por todas las afrentas de nuestra naturaleza.

25. Que no podemos devolver nada digno. — ¿Qué, entonces, se devolverá digno del afecto de tan gran dignación? El único Dios unigénito de origen inenarrable de Dios, crece insertado en la forma de un pequeño cuerpo humano en el vientre de la santa Virgen. Quien todo lo contiene, y dentro de quien y por quien todas las cosas son, es traído por la ley del parto humano, y a cuya voz tiemblan los Arcángeles y Ángeles, el cielo y la tierra y todos los elementos de este mundo se disuelven, es escuchado en el llanto de la infancia. Quien es invisible e incomprensible, no moderado por la vista, el sentido, y el tacto, está envuelto en pañales. Si alguien recuerda estas cosas indignas de Dios, se confesará tanto más obligado a un beneficio mayor, cuanto menos estas cosas convengan a la majestad de Dios. No necesitó hacerse hombre, por quien el hombre fue hecho: pero nosotros necesitábamos que Dios se hiciera carne, y habitara en nosotros, es decir, que por la asunción de una carne habitara internamente en toda la carne. Su humildad es nuestra nobleza, su afrenta es nuestro honor: lo que él es Dios en carne, eso nosotros a su vez renovados en Dios desde la carne.

26. La dignidad de la concepción y el parto recomienda la humildad. — Pero para que no detengan las cunas, el llanto, el parto y la concepción las escrupulosas reflexiones de las mentes; debe devolverse a cada uno la dignidad de Dios: para que la humildad de la voluntad preceda a la ambición del poder, y la dignidad no abandone la dignación. Veamos, pues, cuáles son los ministerios de la concepción. El ángel habla a Zacarías, se anuncia el parto a la estéril, el sacerdote sale mudo del lugar del incienso, Juan irrumpe en voz aún retenido en el vientre de su madre, el ángel bendice a María, promete a la madre del hijo de Dios virgen. Ella, consciente de su virginidad, se conmueve por la dificultad del hecho, el ángel expone la eficacia de la operación divina; pues dice, El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. 1, 35). El Espíritu Santo viniendo de lo alto santificó el interior de la virgen, y en estos soplando [porque donde quiere, el Espíritu sopla (Juan 3, 8)] se mezcló con la naturaleza de la carne humana; y lo que era ajeno a él, lo asumió con su fuerza y poder: y para que nada se separara por la debilidad del cuerpo humano, el poder del Altísimo cubrió con su sombra a la virgen, confirmando su debilidad como si la rodeara con una sombra, para que la eficacia de la siembra del Espíritu que entraba templara la sustancia corporal con la sombra del poder divino. Esta es la dignidad de la concepción.

27. La dignidad del nacimiento.---Veamos la dignidad que sigue al nacimiento, al llanto y a la cuna. El ángel habla a José sobre la Virgen que dará a luz, y que el nacido será llamado Emmanuel, es decir, Dios con nosotros. El Espíritu proclama a través del profeta (Is. VII, 14), el ángel es testigo, Dios con nosotros es el que nace. Una nueva luz de estrella se manifiesta en el cielo para los Magos, y el signo celestial sigue al Señor del cielo. El ángel anuncia a los pastores el nacimiento de Cristo el Señor, la salvación de todos. Una multitud del ejército celestial se reúne en alabanza del parto, y las alabanzas de tan gran obra expresan la alegría del coro divino. Luego se anuncia la gloria a Dios en los cielos, y la paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Luego llegan los Magos, adoran al envuelto en pañales: y después de aquella operación vana de su ciencia secreta, se arrodillan ante el que está en la cuna. Así, a través de los Magos, se adoran las humildes cunas, así el llanto es honrado por las divinas alegrías de los ángeles, así el Espíritu proclamando a través del profeta, y el ángel anunciando, y la estrella de nueva luz sirven. Así, los comienzos del nacimiento son obra del Espíritu Santo que desciende y la virtud del Altísimo que cubre. Se entiende una cosa, se ve otra; se contempla una cosa con los ojos, otra con el alma. La virgen da a luz: el nacimiento es de Dios. El niño llora: se oyen los ángeles alabando. Los pañales son humildes: Dios es adorado. Así, la dignidad del poder no se pierde, mientras se adopta la humildad de la carne.

28. Cristo actuó como Dios en sus obras.---El curso de la vida es igualmente par. Pues todo el tiempo que vivió como hombre, lo cumplió en las obras de Dios. No hay tiempo para hablar de cada una: solo debe observarse en todos los géneros de virtudes y curaciones, que en la asunción de la carne se manifiesta al hombre, pero en las obras se revela como Dios.

29. El Espíritu Santo es.---Sobre el Espíritu Santo no se debe guardar silencio, ni es necesario hablar: pero no puede ser silenciado por nosotros, por causa de aquellos que no saben. No es necesario hablar de él, quien debe ser confesado con el Padre y el Hijo como autores. Y ciertamente creo que no debe discutirse si existe. Pues existe; ya que se da, se recibe, se obtiene; y quien está unido a la confesión del Padre y del Hijo, no puede separarse de la confesión del Padre y del Hijo. Pues todo es imperfecto para nosotros si algo falta del todo. Si alguien requiere el sentido de nuestra inteligencia, leemos en el Apóstol ambos, Porque sois hijos de Dios, Dios envió el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones clamando, Abba Padre (Gál. IV, 6). Y de nuevo: No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, en el cual fuisteis sellados (Efes. IV, 30). Y de nuevo: Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado (I Cor. II, 12). Y de nuevo: Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu; si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él (Rom. VIII, 9). Y de nuevo: Pero si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Ibid. 11). Por lo tanto, porque es, y se da, y se tiene, y es de Dios; cese aquí el discurso de los calumniadores. Cuando dicen por quién es, y por qué es, o cómo es: si nuestra respuesta desagrada a los que dicen, Por quien son todas las cosas, y de quien son todas las cosas, y porque el Espíritu es de Dios, don de los fieles; desagraden también los Apóstoles y los Profetas, hablando solo de que es; y después de esto, desagraden también el Padre y el Hijo.

30. Y el Padre y el Hijo son el Espíritu Santo.---Creo que algunos permanecen en la ignorancia y la ambigüedad porque ven que este tercero, es decir, lo que se llama Espíritu Santo, se entiende frecuentemente como el Padre y el Hijo. En lo cual no hay escrúpulo: pues ya sea el Padre, ya sea el Hijo, también es Espíritu y santo.

31. Cómo se dijo que Dios es Espíritu. Error de la Samaritana que encierra a Dios en el templo o en el monte.---Pero lo que se lee en los Evangelios, Que Dios es espíritu (Juan IV, 24), debe ser considerado cuidadosamente cómo y por qué razón se dijo. Pues toda palabra se dice por una causa, y la razón de lo dicho se entenderá por el sentido de lo que se dice; no porque el Señor respondió, Dios es Espíritu, por eso se niega el uso y el don del nombre del Espíritu Santo. El Señor estaba hablando con la Samaritana: pues había venido la redención de todos. Después de mucho hablar sobre el agua viva, y los cinco maridos, y ahora el que era ajeno (Ibid., 20), la mujer respondió: Señor, veo que eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte; y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar. El Señor respondió: Créeme, mujer, que viene la hora cuando ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis, nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero viene la hora, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad: porque el Padre busca tales que le adoren. Porque Dios es Espíritu, y los que le adoran, deben adorarle en Espíritu y en verdad, porque Dios es espíritu (Ibid., 21 y ss.). La mujer, pues, recordando las tradiciones de sus padres, pensaba que Dios debía ser adorado ya sea como Samaria en el monte, o como Jerusalén en el templo: porque Samaria había elegido el lugar del monte para adorar a Dios por transgresión de la ley, y los judíos consideraban el templo construido por Salomón como la sede de la religión: la presunción de ambos, ya sea en la altura del monte o en el recinto de la casa construida, contenía a Dios, dentro de quien está todo y fuera de quien nada es capaz de contenerlo. Por lo tanto, porque Dios es invisible, incomprensible, inmenso; dijo el Señor que había llegado el tiempo en que Dios no debía ser adorado en el monte o en el templo: porque Dios es espíritu, y el espíritu no se circunscribe ni se retiene, que por la virtud de su naturaleza está en todas partes, y no está ausente en ningún lugar, abundando en todo. Por lo tanto, estos son los verdaderos adoradores, que adorarán en Espíritu y en verdad. Pero al adorar en Espíritu al Dios Espíritu, uno está en el oficio, el otro en el honor; porque está separado en qué cada uno debe ser adorado. Pues no se quita el nombre y el don del Espíritu Santo, porque se dijo, Dios es Espíritu. Pero se respondió a la mujer que encerraba a Dios en el templo y en el monte, que todo está en Dios, Dios en sí mismo, y que debe ser adorado invisible e incomprensible en lo que es invisible e incomprensible. Y así se significó la naturaleza y el oficio y el honor, cuando enseñó que Dios Espíritu debe ser adorado en Espíritu, mostrando la libertad y el conocimiento de los adoradores, y la infinitud de la adoración, mientras en Espíritu se adora a Dios Espíritu.

32. También es similar a esto lo que dice el Apóstol: Porque el Señor es Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (II Cor. III, 17). Distinguió para la significación de la inteligencia al que es, de aquel de quien es. Pues tener y ser tenido no es lo mismo, ni la misma significación contiene a él y a lo suyo. Así, cuando dice, El Señor es Espíritu, muestra la naturaleza de su infinitud; pero cuando añade, Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad, significa a aquel que es de él; porque el Espíritu también es Señor, y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Estas cosas no se dijeron porque la causa lo requiera, sino para que no quede ninguna oscuridad en ellas. Pues el Espíritu Santo es uno en todas partes, iluminando a todos los patriarcas, profetas, y todo el coro de la ley, inspirando incluso a Juan en el vientre de su madre: dado luego a los apóstoles y a los demás creyentes, para el conocimiento de la verdad que se nos ha concedido.

33. Cuál es el oficio del Espíritu Santo en nosotros.---Pero escuchemos de las palabras del mismo Señor cuál es su oficio en nosotros. Dice: Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no podéis soportarlas (Juan XVI, 12). Os conviene que yo me vaya; si me voy, os enviaré al Abogado (Ibid. 7). Y de nuevo: Yo rogaré al Padre, y os dará otro Abogado para

que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad (Juan XIV, 16 y 17). Él os guiará a toda la verdad: porque no hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere, y os anunciará lo que ha de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío (Juan XVI, 13 y 14). Estas cosas se dijeron de muchas maneras para el camino de la inteligencia, en las cuales se contiene tanto la voluntad del que otorga el don, como la razón y la condición del don: para que, como nuestra debilidad no era capaz ni del Padre ni del Hijo, el don del Espíritu Santo iluminara nuestra fe en la encarnación de Dios con un cierto pacto de intercesión.

34. Ahora es consecuente que escuchemos también al apóstol explicando la virtud y el oficio de este don; dice: Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para volver al temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, en el cual clamamos: Abba Padre (Rom. VIII, 14). Y de nuevo: Porque nadie que hable por el Espíritu de Dios dice anatema a Jesús, y nadie puede decir Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo (I Cor. XII, 3). Y de nuevo: Hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu; y hay diversidad de ministerios, pero el mismo Señor; y hay diversidad de operaciones, pero el mismo Dios, que opera todo en todos. A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para provecho. A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu, a otro fe en el mismo Espíritu, a otro dones de sanidades en un mismo Espíritu, a otro operación de milagros, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus: a otro géneros de lenguas, a otro interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu (Ibid. 4 y ss.). Tenemos, por lo tanto, la causa de este don, tenemos los efectos, y no sé qué ambigüedad puede haber sobre él, cuya causa, razón y poder están en lo absoluto.

35. El don del Espíritu Santo es sumamente necesario. Sin él se tiene la naturaleza de entender a Dios, pero no el uso. ---Usemos, pues, de tan liberales dones y busquemos el uso del don más necesario. Pues dice el Apóstol, como ya mostramos antes: Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado (I Cor. II, 12). Se recibe, pues, para el conocimiento. Pues así como la naturaleza del cuerpo humano será ociosa si cesan las causas de su oficio; pues los ojos, si no hay luz o día, no tendrán uso de su ministerio; así como los oídos, si no se emite voz o sonido, no reconocerán su función; así como las narices, si no perciben olor, no sabrán en qué oficio están; no porque la naturaleza les falte por la causa, sino que el uso se tiene por la causa: así también el alma humana, si no recibe el don del Espíritu por la fe, tendrá ciertamente la naturaleza de entender a Dios, pero no tendrá la luz del conocimiento. Pero el don que está en Cristo, está abierto a todos: y lo que no falta en ninguna parte, se da en la medida en que alguien quiera recibirlo; en la medida en que alguien quiera merecerlo. Este está con nosotros hasta la consumación del siglo, este es el consuelo de nuestra esperanza, este es la prenda de la esperanza futura en las operaciones de los dones, esta es la luz de las mentes, este es el esplendor de las almas. Por lo tanto, este Espíritu Santo debe ser buscado, debe ser merecido, y luego retenido por la fe y la observancia de los preceptos.

LIBRO TERCERO.

Afirma la generación eterna del Verbo, y refuta a aquellos que se apoyan en la razón humana contra ella. Y en primer lugar, explica claramente estas palabras del Hijo, Yo en el Padre, y el Padre en mí, demostrando que superan la capacidad del sentido humano, a partir de la misma doctrina de las Escrituras sobre el Padre y el Hijo. Luego, a partir de la maravillosa conversión del agua en vino, y del incremento de los cinco panes, demuestra que Dios puede hacer muchas cosas en las que la mente humana falla. Luego se presenta la razón humana, que sostiene que no puede haber ninguna generación de Dios, y se refuta de muchas maneras:

1º porque tiene su origen en la sabiduría humana, que Dios ha declarado que destruirá mediante oráculos proféticos y apostólicos. 2º Porque es mejor escuchar a Cristo, hecho hombre para esto; para que sea testigo de las cosas divinas para nosotros (Aquí se examinan las palabras con las que expuso la obra y el oficio de su dispensación, y se atestigua su verdadera generación de Dios con muchos argumentos). 3º Porque ni siquiera comprendemos los hechos visibles de Cristo, como su entrada a los discípulos con las puertas cerradas. 4º Finalmente, porque tal es la naturaleza de la mente humana, que siendo creada e imperfecta, no puede concebir al perfecto y a su Creador. Por último, se alaba la sabia necedad de los fieles, que desconfían de sí mismos para creer en Dios, y no moderan las cosas divinas según la debilidad de su propia razón, sino que las consideran según la infinitud de la virtud del omnipotente.

1. El Hijo en el Padre, y viceversa, el sentido humano no lo comprende.---El discurso del Señor trae oscuridad a muchos, cuando dice: Yo en el Padre, y el Padre en mí (Juan XIV, 11), y no sin razón; pues la naturaleza de la inteligencia humana no comprende la razón de esta afirmación. Parece que no puede ser posible que lo que está en otro, igualmente esté fuera de ese otro; y cuando es necesario que esas cosas de las que se habla no sean solitarias en sí mismas, conservando sin embargo su número y estado en el que están, no pueden contenerse mutuamente, de modo que quien tiene algo dentro de sí, y así permanece siempre exterior, permanezca igualmente siempre interior a aquel a quien tiene dentro de sí. Esto ciertamente no lo alcanzará el sentido de los hombres, ni la comparación humana proporcionará algún ejemplo para las cosas divinas: pero lo que es ininteligible para el hombre, es posible para Dios. Esto no lo digo yo para que la autoridad de lo dicho por Dios sea suficiente para la razón de lo dicho. Por lo tanto, debe conocerse y entenderse qué significa eso: Yo en el Padre, y el Padre en mí; si es que podremos comprenderlo tal como es: para que lo que se considera que la naturaleza de las cosas no puede soportar, lo logre la razón de la verdad divina.

2. Conociendo al Padre y al Hijo según las Escrituras, se percibe más fácilmente. Qué es el Padre.---Y para que podamos alcanzar más fácilmente la inteligencia de esta cuestión tan difícil, primero debemos conocer al Padre y al Hijo según la doctrina de las Escrituras divinas, para que el discurso sea más completo sobre lo conocido y familiar. La eternidad del Padre, como tratamos en el libro anterior, excede los lugares, los tiempos, la apariencia, y cualquier cosa que pueda concebirse con el sentido humano. Él está fuera de todo y en todo, abarcando el universo y siendo abarcado por nadie, no mutable por acceso o descenso; sino que es invisible, incomprensible, pleno, perfecto, eterno, no tomando nada de otro lugar, sino siendo suficiente para sí mismo en lo que así permanece.

3. Qué recibió el Hijo al nacer del Padre. Qué asumió al nacer en la carne por nosotros.---Este, pues, no engendrado antes de todo tiempo, engendró de sí mismo al Hijo, no de alguna materia subyacente, porque por el Hijo todas las cosas; no de la nada, porque de sí mismo al Hijo: no como un parto, porque nada en Dios es mutable o vacío; no una parte de sí mismo ni dividida ni desgarrada ni extendida; porque Dios es impasible e incorpóreo, y estas cosas son de la pasión y de la carne, y, según el Apóstol, en Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente (Col. II, 9). Pero incomprensiblemente, inenarrablemente, antes de todo tiempo y siglos, engendró al Unigénito de lo que en él era no engendrado, impartiendo a su nacimiento todo lo que Dios es por amor y virtud: y así del Padre no engendrado, perfecto y eterno, el Hijo es unigénito, perfecto y eterno. Pero lo que es según el cuerpo que asumió, es la voluntad de su bondad para nuestra salvación. Pues invisible e incorpóreo e incomprensible, como nacido de Dios, recibió en sí mismo tanta materia y humildad como

había en nosotros de virtud para entenderlo y sentirlo y contemplarlo; obedeciendo más bien a nuestra debilidad, que faltando en lo que él mismo estaba.

4. De qué manera está en el Padre.---Por lo tanto, el perfecto Padre tiene un perfecto Hijo, y el unigénito del Dios no engendrado, quien ha recibido todo de aquel que tiene todo, Dios de Dios, espíritu de espíritu, luz de luz, dice con confianza: El Padre está en mí, y yo en el Padre (Juan X, 38): porque así como el Padre es espíritu, también el Hijo es Espíritu; como el Padre es Dios, así el Hijo es Dios; como el Padre es luz, así el Hijo es luz. De lo que está en el Padre, en eso está el Hijo, es decir, del Padre entero ha nacido el Hijo entero; no de otro lugar, porque nada existía antes que el Hijo; no de la nada, porque el Hijo es de Dios; no en parte, porque la plenitud de la deidad está en el Hijo; ni en algunas cosas, porque está en todas: sino como quiso quien pudo, como sabe quien engendró. Lo que está en el Padre, eso está en el Hijo; lo que está en el no engendrado, eso está en el unigénito; uno del otro, y ambos uno; no dos en uno, sino uno en el otro, porque no hay otra cosa en ambos; el Padre en el Hijo, porque de él es el Hijo; el Hijo en el Padre, porque no es de otro lugar que el Hijo; el unigénito en el no engendrado, porque del no engendrado es el unigénito. Así en uno al otro; porque así como todo en el Padre no engendrado es perfecto, así todo en el Hijo unigénito es perfecto. Esta es la unidad en el Hijo y el Padre, esta es la virtud, esta es la caridad, esta es la esperanza, esta es la fe, esta es la verdad, el camino, la vida, no calumniar a Dios por sus virtudes, ni menospreciar al Hijo por el secreto y el poder de su nacimiento; no comparar nada al Padre no engendrado, ni distinguir al Unigénito de él ni en tiempo ni en virtud, confesar que el Hijo es Dios porque es de Dios.

5. El poder de Dios se muestra en sus obras: cuya razón es desconocida. El hombre no comprende cómo el agua se convirtió en vino. ---Existen en Dios poderes de tal naturaleza, cuya razón es incomprensible para nuestra inteligencia, pero la fe, sin embargo, está en lo absoluto por la verdad de su eficacia. Y no solo lo encontramos en lo espiritual, sino también en lo corporal; no como ejemplo de nacimiento, sino como muestra de un hecho admirable. En el día de las bodas, el vino se hizo de agua en Galilea (Juan II, 9): ¿acaso nuestro discurso o sentido puede alcanzar de qué manera la naturaleza fue transformada, de modo que la simplicidad del agua desapareció y nació el sabor del vino? No fue una mezcla, sino una creación; y la creación no comenzó por sí misma, sino que existió de una cosa a otra: no se obtiene lo más fuerte por la transfusión de lo más débil, sino que se abole lo que era, y comienza lo que no era. El esposo está triste, la familia se turba, la solemnidad del banquete nupcial está en peligro. Jesús es solicitado: no se levanta, ni insiste, sino que esta obra es de su quietud. Se vierte agua en las tinajas, se extrae vino en las copas; el sentido del que vierte no concuerda con el del que extrae. Quienes vertieron, creen que se extrae agua; quienes extraen, piensan que se ha vertido vino; el tiempo que está en medio no sirve para que la naturaleza del líquido nazca y perezca. La razón del hecho frustra tanto la vista como el sentido: sin embargo, la virtud de Dios se siente en lo que se ha hecho.

6. O cómo crecieron cinco panes.---Pero también de los cinco panes hay una admiración no disímil del hecho (Mateo XIV, 17). Con su incremento, se vence el hambre de cinco mil hombres y de innumerables mujeres y niños: escapa a nuestros ojos la inteligencia de la obra. Se ofrecen cinco panes y se parten, en las manos de quienes los parten surgen ciertas procreaciones de fragmentos. No se disminuye de donde se parte; y sin embargo, siempre la mano del que parte está ocupada por fragmentos. Los momentos engañan la vista; mientras sigues la mano llena de fragmentos, ves la otra sin daño de su porción; entre esto, el cúmulo de fragmentos aumenta. Los que parten están en el ministerio, los que comen están en el negocio, los hambrientos están saciados, doce cestas llenan las sobras. Ni el sentido ni la vista

alcanzan el progreso de una operación tan visible. Existe lo que no existía, se ve lo que no se entiende: solo queda creer que Dios puede todo.

7. Cristo no hizo esto por sí mismo, sino para refrenar el deseo humano de juzgar las cosas de Dios.---Por lo tanto, las cosas divinas no tienen adulación, ni hay simulación en Dios para agradar y engañar. Estas obras del Hijo de Dios no surgieron de un deseo de jactancia: pues aquel a quien sirven innumerables millares de millares de ángeles, no aduló al hombre. ¿Qué necesitaba de lo nuestro, aquel por quien son todas las cosas que son nuestras? ¿Acaso pedía honor de nosotros, ahora a los que estamos aturdidos por el sueño, ahora a los cansados por el lujo de las noches, ahora a los que tienen mala conciencia después de las riñas y muertes de los días, ahora a los ebrios después de los banquetes, a quien los Arcángeles, y Dominaciones, y Principados, y Potestades alaban con voces eternas e incansables en el cielo sin sueño, sin ocupación, sin crimen: y alaban, porque él, la imagen invisible de Dios, creó todo en sí mismo, hizo los siglos, afirmó el cielo, distinguió las estrellas, fundó la tierra, sumergió los abismos; él mismo después nació hombre, venció la muerte, rompió las puertas del infierno, adquirió un pueblo como coheredero, trasladó la carne a la gloria de la eternidad desde la corrupción. Por lo tanto, no necesitaba de nosotros para que estas obras inenarrables e ininteligibles lo adornaran como necesitado de alabanza. Pero Dios, previendo el error de la maldad y la necedad humana, y sabiendo que la infidelidad llegaría hasta el punto de presumir juicio sobre las cosas de Dios, venció nuestra audacia con ejemplos de aquellas cosas sobre las que se dudaba.

8. La razón humana es reprobada contra la generación de Dios. ---Porque hay muchos sabios del siglo, cuya sabiduría es necedad para Dios, que cuando oyen que Dios de Dios, verdadero de verdadero, perfecto de perfecto, uno de uno ha nacido, contradicen como si fueran imposibles para nosotros que predicamos, aferrándose a ciertas colecciones de sentencias, cuando dicen: «Nada pudo nacer de uno, porque todo nacimiento es de dos. Ahora bien, si este hijo ha nacido de uno, ha tomado parte de aquel que lo engendró: y si es parte, entonces ninguno es perfecto; pues le falta lo que ha disminuido: ni habrá plenitud en aquel que consiste en una porción: por lo tanto, ninguno es perfecto, ya que quien engendró pierde su plenitud, ni quien nació la alcanza.» Esta sabiduría del mundo, Dios, previendo a través del profeta, la condena, diciendo: Destruiré la sabiduría de los sabios, y reprobaré el entendimiento de los prudentes (Isaías XXIX, 14). También en el Apóstol: ¿Dónde está el sabio, dónde el escriba, dónde el investigador de este siglo? ¿No ha hecho Dios necia la sabiduría de este mundo? Porque en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la necedad de la predicación: porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría: pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente escándalo, para los gentiles necedad, pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios: porque lo que es necio de Dios, es más sabio que los hombres; y lo que es débil de Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I, 20 y ss.).

9. El oficio de Cristo entre nosotros.---Por lo tanto, teniendo cuidado del género humano, el Hijo de Dios, primero, para que se creyera en él, se hizo hombre: para que fuera testigo de las cosas divinas entre nosotros desde las nuestras, y a través de la debilidad de la carne nos predicara a Dios Padre a nosotros, débiles y carnales, cumpliendo en él la voluntad de Dios Padre, como dice: No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió (Juan VI, 38), no porque no quiera y él haga; sino que muestra su obediencia bajo el efecto de la voluntad paterna, queriendo él mismo cumplir la voluntad del Padre. Pero esta era la voluntad de la voluntad a realizar, de la cual él mismo es testigo diciendo: Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique a ti: como le diste potestad sobre

toda carne, para que todo lo que le diste, le dé vida eterna. Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. Yo te he glorificado en la tierra, habiendo consumado la obra que me diste para hacer. Y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti, con la gloria que tuve contigo antes que el mundo existiera. He manifestado tu nombre a los hombres que me diste (Juan XVII, 1 y ss.). Con breves y pocas palabras expuso toda la obra de su oficio y dispensación, no menos fortaleciendo la verdad de la fe contra toda inspiración de la fraudulencia diabólica. Corramos, pues, a través de cada una de las virtudes de su discurso.

10. Qué pide diciendo, GLORIFICA AL HIJO.---Dice: Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. No dice que ha llegado el día, ni el tiempo, sino la hora. En la hora se dice que es una porción. ¿Y cuál será esta hora? Sin duda aquella, de la que habló confirmando a los discípulos en el tiempo de la pasión: He aquí que ha llegado la hora, para que el Hijo del Hombre sea glorificado (Juan XII, 23): Esta es, pues, la hora en la que ora ser glorificado por el Padre, para que él glorifique al Padre. Pero ¿qué es esto? Espera ser glorificado para glorificar, y pide el honor que va a devolver, y necesita lo que de nuevo impartirá? Y aquí que se presenten los sofistas del mundo y los sabios de Grecia, y con sus silogismos enreden la verdad. Pregunten cómo y de dónde y cuál es la causa: y cuando se queden perplejos, escuchen, Porque Dios eligió lo necio del mundo (I Cor. I, 27). Por lo tanto, entendamos a través de nuestra necedad lo que es ininteligible para los sabios del mundo. El Señor había dicho, Padre, ha llegado la hora: había mostrado la hora de la pasión; pues hablaba en ese momento: luego añadió, Glorifica a tu Hijo. Pero ¿cómo iba a ser glorificado el Hijo? Pues nacido de una virgen, había venido desde la cuna y la infancia hasta el hombre consumado: había actuado como hombre a través del sueño, el hambre, la sed, el cansancio, las lágrimas, incluso ahora iba a ser escupido, azotado, crucificado. ¿Qué, entonces? Solo a nosotros nos iban a testificar estas cosas como hombre en Cristo. Pero no nos avergonzamos de la cruz, no nos desanimamos por los azotes, no nos ensuciamos por los escupitajos. El Padre glorifica al Hijo. ¿De qué manera? Finalmente es clavado en la cruz. ¿Qué sigue entonces? El sol no se pone, sino que retrocede. ¿Qué digo que retrocedió? No fue recibido en una nube, sino que se detuvo en su curso: y el resto de los elementos del mundo sintieron su desaparición con él: y para que ninguna operación celestial asistiera a este crimen, por la necesidad de esta intercesión, carecieron de su abolición. Pero ¿qué hizo la tierra? Tembló ante la carga del Señor colgando en el madero, testificando que no podía contener a aquel que iba a morir. ¿Acaso también las rocas y las piedras ceden su porción? Pero se rompen y se abren, y pierden su naturaleza, confesando que no pueden contener el cuerpo que se les confía.

11. Cristo es el propio Hijo de Dios.---¿Qué hay de esto? También el centurión de la cohorte, y el guardián de la cruz, proclaman: verdaderamente este era el Hijo de Dios (Mateo XXVII, 54). La creación es liberada por la intercesión de este pecado; las piedras no retienen su firmeza y virtud. Los que crucificaron confiesan que verdaderamente era el Hijo de Dios: el efecto concuerda con la predicación. El Señor había dicho: Glorifica a tu Hijo. No solo se testificó a sí mismo como hijo por el nombre, sino también por la propiedad, al decir tuyo. Porque muchos de nosotros somos hijos de Dios, pero no tal hijo como este. Este es el verdadero y propio hijo, por origen, no por adopción; por verdad, no por denominación; por nacimiento, no por creación. Por lo tanto, después de su glorificación, la confesión siguió a la verdad. Pues el centurión confiesa al verdadero Hijo de Dios; para que ninguno de los creyentes dudara, lo que el hombre de los perseguidores no negó.

12. La claridad dada al Hijo y devuelta al Padre significa la unidad de virtud en ambos.---Pero tal vez se cree que el Hijo necesitaba esa glorificación que oraba: y se encontrará débil,

mientras espera la glorificación del más poderoso. Y ¿quién no confesará al Padre más poderoso, como no engendrado del engendrado, como padre del hijo, como aquel que envía de aquel que es enviado, como el que quiere de aquel que obedece? Y él mismo será nuestro testigo: El Padre es mayor que yo (Juan XIV, 28). Estas cosas deben entenderse tal como son: pero se debe tener cuidado de que entre los ignorantes la gloria del Hijo no debilite el honor del Padre. Ni permite que se debilite esta misma glorificación solicitada: porque a lo que se ha dicho, Padre, glorifica a tu Hijo; sigue también aquello, para que el Hijo te glorifique a ti. Por lo tanto, el Hijo no es débil, ya que él mismo, cuando va a ser glorificado, devolverá la glorificación. Pero si no es débil, ¿qué pedía? pues nadie pide sino lo que necesita. ¿O acaso es débil también el Padre? ¿O ha sido tan generoso con lo que tiene, que la glorificación le será devuelta por el Hijo? Pero ni este necesitaba, ni aquel desea: y sin embargo, uno imparte al otro. Por lo tanto, la solicitud de glorificación a dar, y a devolver recíprocamente, no quita nada al Padre, ni debilita al Hijo; sino que muestra la misma virtud de la divinidad en ambos cuando el Hijo ora para ser glorificado por el Padre, y el Padre no desdeña la glorificación del Hijo: sino que estas cosas en el Padre y el Hijo muestran la unidad de virtud, a través de la reciprocidad de la glorificación a dar y a devolver.

13. Qué es la claridad que el Padre y el Hijo se exhiben mutuamente.---Pero se debe conocer qué es esta glorificación y de qué consiste. No creo que Dios sea mutable, ni que en la eternidad caiga en defecto o enmienda, o progreso o pérdida; sino que lo que es, siempre es, pues esto es peculiar de Dios. Lo que siempre es, no puede tener en su naturaleza que alguna vez no sea: ¿cómo, entonces, será glorificado, lo que no necesita de sí mismo, ni decae de sí mismo; (suplir, de modo que) ni hay nada que reciba en sí mismo, ni ha perdido para recuperar? Nos detenemos, nos demoramos. Pero el Evangelista no abandona la debilidad de nuestra inteligencia, quien mostró qué glorificación iba a devolver el Hijo al Padre, diciendo: Como le diste potestad sobre toda carne, para que todo lo que le diste, le dé vida eterna. Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan XVII, 2 y 3). Por lo tanto, el Padre es glorificado por el Hijo, en que debe ser entendido por nosotros. Y esta era la claridad, que el Hijo había recibido de él potestad sobre toda carne, hecho él mismo carne, que iba a devolver la vida eterna a los caducos y corporales y mortales. Pero la eternidad de nuestra vida no era el efecto de una operación, sino de una virtud: ya que la gloria de la eternidad no iba a ser tomada por una nueva construcción, sino solo por el conocimiento de Dios. Por lo tanto, no se añade claridad a Dios; pues no había disminuido para que se añadiera: sino que por el Hijo es glorificado entre nosotros, ignorantes, rebeldes, sucios, sin esperanza muertos, sin ley oscuros; y es glorificado por el hecho de que el Hijo había recibido de él potestad sobre toda carne, para darles vida eterna. Por lo tanto, a través de las obras del Hijo, el Padre es glorificado. Así que cuando el Hijo ha recibido todo, es glorificado por el Padre; y al contrario, el Padre es glorificado cuando todas las cosas se hacen por el Hijo. Y la claridad recibida se devuelve de tal manera que lo que es claridad en el Hijo, es toda claridad del Padre: porque ha recibido todo del Padre; porque el honor del que sirve es en honor del que envía, como el honor del que engendra es en honor del que nace.

14. La esperanza de vida no está solo en el Padre, sino también en el Hijo. La misión no discrimina la naturaleza, sino las personas.---Pero ¿en qué finalmente está la eternidad de la vida? Él mismo dice: Para que te conozcan a ti, el único Dios verdadero; y a Jesucristo, a quien has enviado. ¿Qué cuestiones de dificultades hay aquí, y qué lucha de palabras hay? La vida es conocer al verdadero Dios: pero esto solo no hace la vida. ¿Qué se conecta entonces? Y a Jesucristo, a quien has enviado. El honor debido al Padre es devuelto por el Hijo, cuando dice a ti, el único Dios verdadero. Sin embargo, el Hijo no se separa de la verdad de Dios,

cuando añade: y a Jesucristo, a quien has enviado. La confesión de los creyentes no tiene intervalo, en quien en ambos está la esperanza de vida: ni el verdadero Dios falta en aquel que sucede en la conjunción. Por lo tanto, cuando se dice: Para que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado; bajo esta significación, es decir, del que envía y del enviado, no se discierne la verdad y divinidad del Padre y del Hijo bajo alguna diversidad de significación o dilación, sino que la fe de la religión se instruye en la confesión del que engendra y del engendrado.

15. La alabanza del Hijo es la alabanza del Padre.---Por lo tanto, el Hijo glorifica absolutamente al Padre en lo que sigue: Yo te he glorificado en la tierra, habiendo consumado la obra que me diste para hacer. Toda alabanza del Padre es del Hijo: porque en lo que se alabará al Hijo, será alabanza del Padre. Pues consuma todo lo que el Padre quiso. El Hijo de Dios nace hombre; pero la virtud de Dios está en el parto de la virgen. El Hijo de Dios es visto como hombre; pero Dios existe en las obras del hombre. El Hijo de Dios es clavado en la cruz; pero en la cruz Dios vence la muerte del hombre. Cristo, el Hijo de Dios, muere; pero toda carne es vivificada en Cristo. El Hijo de Dios está en los infiernos; pero el hombre es llevado al cielo. En cuanto estas cosas sean alabadas en Cristo, tanto más alabanza recibirá de aquel por quien Cristo es Dios. De esta manera, el Padre glorifica al Hijo en la tierra: y de nuevo el Hijo glorifica a aquel de quien es, a través de las obras de sus virtudes, ante la ignorancia de las naciones y la necedad del siglo. Y esta reciprocidad de glorificación no pertenece al progreso de la divinidad, sino al honor que se recibía del conocimiento de los ignorantes. Pues ¿de qué carecía el Padre, de quien son todas las cosas? ¿O qué le faltaba al Hijo, en quien complació que habitara toda la plenitud de la divinidad? Por lo tanto, el Padre es glorificado en la tierra, porque se realiza la obra que mandó.

16. Qué gloria espera el Hijo del Padre.---Veamos qué gloria espera el Hijo del Padre: y está completo. Pues está contenido en: Yo te he glorificado en la tierra, he terminado la obra que me diste para hacer: y ahora glorifícame, Padre, junto a ti con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera. He manifestado tu nombre a los hombres (Juan XVII, 4). Por las obras del Hijo, el Padre es glorificado: cuando se entiende que es Dios, cuando se manifiesta como el Padre del unigénito de Dios, cuando quiso que para nuestra salvación su Hijo naciera como hombre también de una virgen, en quien se cumplen todas las cosas en la pasión, que comenzaron con el parto de la virgen. Así, porque el Hijo de Dios es perfecto en todo aspecto, y nacido en la plenitud de la divinidad antes de todo tiempo, ahora desde el origen de su carne como hombre, se perfeccionaba hasta la muerte; pide ser glorificado ante Dios, como él mismo glorificaba al Padre en la tierra: porque entonces las virtudes de Dios se glorificaban en la carne para un mundo ignorante. 59 Ahora bien, ¿qué es lo que espera de la glorificación ante el Padre? Sin duda, lo que tuvo con él antes de que el mundo existiera. Tuvo la plenitud de la divinidad; y la tiene, pues es el Hijo de Dios. Pero quien era Hijo de Dios, también había comenzado a ser hijo del hombre; pues el Verbo se hizo carne. No perdió lo que era, sino que comenzó a ser lo que no era; no dejó de ser lo suyo, sino que asumió lo nuestro: pide para lo que asumió, el progreso (digamos, de la naturaleza humana) de aquella gloria de la que no se apartó. Por tanto, porque el Hijo es el Verbo, y el Verbo se hizo carne, y Dios es el Verbo, y esto en el principio con Dios, y el Verbo antes de la constitución del mundo es el Hijo: el Hijo ahora hecho carne oraba, para que esta carne comenzara a ser para el Padre lo que el Verbo; para que lo que era temporal recibiera la gloria de aquella claridad que es eterna; para que la corrupción de la carne, transformada en la virtud de Dios y la incorruptibilidad del espíritu, fuera absorbida. Esta es, por tanto, la oración a Dios, esta es la confesión del Hijo al Padre, esta es la súplica de la carne: en la que todos lo verán en el día del juicio, compungido y reconocido desde la cruz, en la que fue prefigurado en el monte, en

la que fue elevado a los cielos, en la que se sentó a la derecha de Dios, en la que fue visto por Pablo, en la que fue honrado por Esteban.

17. El nombre de Dios desconocido para los hombres antes de Cristo.---Manifestado, por tanto, el nombre del Padre a los hombres, pide esto: pero ¿con qué nombre? ¿Acaso el nombre de Dios era desconocido? Esto lo oyó Moisés del arbusto, esto lo anunció el Génesis al inicio del mundo creado, esto lo expuso la ley, lo proclamaron los profetas, los hombres lo percibieron en estas obras del mundo, las naciones incluso lo veneraron mintiendo; por tanto, no era desconocido el nombre de Dios. Pero claramente era desconocido. Pues nadie conoce a Dios, a menos que confiese tanto al Padre como padre del unigénito Hijo, y al Hijo no como porción, o expansión, o emisión; sino nacido de él de manera inenarrable, incomprensible, como hijo del padre, poseyendo la plenitud de la divinidad de la cual y en la cual nació, verdadero y perfecto Dios; pues esta es la plenitud de Dios. Porque si algo de esto faltara, ya no sería plenitud, la cual complació habitar en él (Colosenses I, 19). Esto es predicado por el Hijo, esto es manifestado a los ignorantes; así es glorificado el Padre por el Hijo, cuando se reconoce al padre de tal hijo.

18. Cristo demostró la fe en su nacimiento con sus obras. Los que niegan lo divino son reprendidos.---Deseando, por tanto, el Hijo demostrar la fe en su nacimiento, nos puso el ejemplo de sus obras para que por la eficiencia inenarrable de sus gestos inenarrables fuéramos enseñados sobre la virtud de su nacimiento inenarrable: cuando el agua se convierte en vino, cuando cinco panes sacian a cinco mil hombres, excluyendo el sexo y la edad restante, llenan doce cestas con fragmentos. Se ve la cosa, y no se sabe; se hace y no se entiende; no se aprehende la razón, y el efecto se impone. Es necio, sin embargo, dirigir la calumnia de la investigación a aquello que por su naturaleza no puede ser comprendido. Pues así como el Padre es inenarrable en cuanto es no engendrado; así el Hijo no puede ser narrado en cuanto es unigénito; porque es imagen del no engendrado quien es engendrado. Pues cuando aprehendemos la imagen con sentido y palabras, es necesario también alcanzar a aquel de quien es imagen. Pero perseguimos lo invisible, y tentamos lo incomprensible, a los cuales la inteligencia se ve constreñida a cosas visibles y corporales. No nos avergonzamos de la necedad, no nos acusamos a nosotros mismos de irreligiosidad, calumniando los arcanos de Dios, las virtudes de Dios. ¿Cómo es el Hijo, y de dónde es el Hijo, y con qué daño del Padre, o de qué porción ha nacido, inquirimos? Tenías en el ejemplo de las operaciones, para que creyeras que Dios puede hacer lo que no puedes entender su eficiencia.

19. Se les desafía a explicar la entrada de Cristo con las puertas cerradas. ---Preguntas cómo el Hijo ha nacido según el Espíritu: yo te interrogo sobre cosas corporales. No pregunto cómo ha nacido de una virgen; si la carne que genera carne perfecta de sí misma ha sufrido detrimento. Y ciertamente no asumió lo que produjo, sino que la carne promovió carne sin la vergüenza de nuestros elementos, y generó perfecta de lo suyo sin disminuirse. Y ciertamente sería lícito, no imposible en Dios opinar, lo que por su virtud reconocemos que fue posible en el hombre.

20. Pero a ti, quienquiera que seas, que persigues lo inescrutable, y juez severo de los secretos y virtudes divinas, te consulto, para que a mí, ignorante, y que solo creo en todo lo que ha sido dicho por Dios, me ofrezcas al menos la razón de este hecho. Oigo al Señor, y porque creo en lo que está escrito, sé que ya después de la resurrección se mostró frecuentemente en cuerpo a muchos que no creían; ciertamente a Tomás, que no creería sino tocando sus heridas, como dice: Si no veo en sus manos la marca de los clavos, y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré (Juan, XX, 25). El Señor se acomoda a toda nuestra debilidad de entendimiento, y para satisfacer la duda de los

incrédulos, obra el misterio de una virtud invisible: la razón del hecho, quienquiera que seas investigador de las cosas celestiales, expónla. Estaban los discípulos reunidos en secreto y en un lugar cerrado después de la pasión del Señor. El Señor, para confirmar la fe de Tomás bajo las condiciones propuestas, se presenta, ofrece la facultad de palpar el cuerpo y tocar la herida: y ciertamente quien ha de ser reconocido por la herida, necesariamente ha traído el cuerpo en el que está herido. Pregunto, entonces, por qué partes de la casa cerrada se introdujo corporalmente. Pues el evangelista expresó diligentemente diciendo: Vino Jesús con las puertas cerradas, y se puso en medio (Ib., 26). ¿Acaso penetrando la construcción de las paredes y la solidez de la madera, trascendió la naturaleza impenetrable de ellas? Pues se puso en medio corporalmente, no simulado ni engañoso. Que los ojos de tu mente sigan la entrada penetrante, y con él entre la casa cerrada de tu entendimiento. Todo está intacto y cerrado: pero está presente en medio, para quien por su virtud todo es accesible. Calumnias lo invisible: yo te pido la razón de lo visible. Nada cede de lo sólido, ni por su naturaleza algo como un deslizamiento insensible admiten la madera y las piedras. El cuerpo del Señor no se aparta de sí mismo, para que se recupere de la nada: ¿y de dónde está en medio quien está presente? A esto ceden tanto el sentido como la palabra, y la verdad del hecho está fuera de la razón humana. Por tanto, así como erramos sobre el nacimiento, así también mintamos sobre la entrada del Señor. Digamos que no ocurrió, porque no aprehendemos la inteligencia del hecho: y cesando nuestro sentido, cese el efecto del hecho mismo. Pero nuestra mentira es vencida por la fe del hecho. El Señor se presentó en medio de los discípulos en la casa cerrada: y el Hijo ha nacido del Padre. No niegues que estuvo presente, porque por la debilidad de la inteligencia no comprendas la entrada del que está presente: no ignores que del Dios no engendrado y perfecto ha nacido el Hijo unigénito y perfecto Dios, porque la virtud de la generación excede el sentido y la palabra de la naturaleza humana.

21. Si pudieran, perturbarían todas las obras de Dios.---Y ciertamente todas las obras del mundo podrían estar presentes para nosotros como testimonio, para que no creyéramos lícito dudar de las cosas y virtudes de Dios. Pero nuestra infidelidad se lanza hacia la misma verdad, y violentos irrumpimos en la destrucción del poder de Dios. Si fuera posible, elevaríamos cuerpos y manos al cielo, perturbaríamos el sol y las demás estrellas de los límites de su curso anual, mezclaríamos las retiradas y avances del Océano, también detendríamos los flujos de las fuentes, y revertiríamos las naturalezas de los ríos, sacudiríamos los fundamentos de la tierra, y con todo este parricidio nos ensañaríamos en las obras de Dios. Pero es bueno que la naturaleza de los cuerpos nos retenga dentro de esta necesidad de modestia. Ciertamente no fallamos en lo que, si fuera posible, estaríamos dispuestos a hacer. Pues porque podemos, con la audacia de una voluntad profana, desarraigamos la naturaleza de la verdad, y declaramos la guerra a las palabras de Dios.

22. Cristo nos manifestó al Padre como padre, no como creador.---El Hijo dijo: Padre, he manifestado tu nombre a los hombres (Juan XVII, 6). ¿Qué calumniamos a esto? ¿Qué nos inquietamos? ¿Niega el Padre? Pero esta fue la mayor obra del Hijo, para que conociéramos al Padre. Niega claramente, cuando según tú el Hijo no ha nacido de él. ¿Y por qué se dirá hijo, hecho por voluntad como las demás cosas? Puedo admirar a Dios como creador del mundo, a Cristo creando: y es digna de Dios la virtud, para que haya hecho al creador de arcángeles y ángeles, de lo visible e invisible, del cielo y la tierra, y de toda esta creación. Pero no es este el trabajo del Señor, para que tú sientas que Dios puede todo en la creación de las cosas; sino para que sepas que Dios es el padre de aquel hijo que habla. Hay muchas virtudes en el cielo, eficientes y eternas: pero un solo hijo unigénito, no solo diferente de los demás en poder, porque por él son todas las cosas. Pero porque es un verdadero hijo, no se haga degenerado, para que haya nacido de la nada. Oyes al Hijo: cree que es hijo. Oyes al

Padre: recuerda que es padre. ¿Por qué interpones sospecha, malicia, audacia a estos nombres? Según la inteligencia de la naturaleza, los nombres se han adaptado a las cosas divinas. ¿Por qué traes violencia a la verdad de las palabras? Oyes padre e hijo: no dudes que son lo que se llaman. La suma de la dispensación es para el Hijo, para que conozcas al Padre: ¿por qué haces inútil la obra de los profetas, la encarnación del Verbo, el parto de la virgen, la virtud de las obras, la cruz de Cristo? Todo esto te ha sido dado, te ha sido concedido: para que por esto te sea manifiesto tanto el Padre como el Hijo. Ahora supones voluntad, creación, adopción: observa también la milicia y el estipendio de Cristo. Ciertamente proclama: Padre, he manifestado tu nombre a los hombres; no oyes, creador de los celestiales has creado; no oyes, hacedor de los terrenales has hecho; sino oyes: Padre, he manifestado tu nombre a los hombres. Usa el don de tu Salvador: sabe que es padre quien engendró, hijo quien nació; nacido de ese padre, que es, por la verdad de la naturaleza. Recuerda que no se te ha manifestado que Dios es padre, sino que se te ha manifestado que Dios es padre.

23. El Hijo se distingue del Padre por subsistencia, no por naturaleza. Como imagen, tiene todo lo que el Padre.---Oyes: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). ¿Por qué divides y separas al Hijo del Padre? 65 Son uno: ciertamente el que es, no tiene nada que no esté también en aquel de quien es. Cuando oyes al Hijo diciendo: Yo y el Padre somos uno; acomoda la cosa a las personas, permite a quien engendra y al engendrado la sentencia de su profesión. Sean uno, como son quien engendró y quien es engendrado. ¿Por qué excluyes la naturaleza? ¿Por qué eliminas la verdad? Oyes: El Padre en mí, y yo en el Padre (Ibid., 38): y esto del Padre y del Hijo lo testifican las obras del Hijo. No introducimos un cuerpo en otro por nuestra inteligencia, ni como agua en vino: sino que confesamos la misma semejanza de virtud y plenitud de deidad en ambos. Pues el Hijo ha recibido todo del Padre, y es la forma de Dios, y la imagen de su sustancia. Pues de aquel que es: la imagen de la sustancia solo para la fe de subsistir, no también para entender alguna disimilitud de naturaleza lo distingue. Pero el Padre en el Hijo, y el Hijo en el Padre, es la plenitud perfecta de la divinidad en ambos. Pues el Hijo no es una disminución del Padre, ni el Hijo es imperfecto del Padre. La imagen sola (esto es, solitaria) no es, y la semejanza no es para sí misma. Pero algo semejante a Dios no puede ser, a menos que sea de sí mismo. Pues no es de otro, lo que en todo es semejante: ni la semejanza permite que se mezcle diversidad entre dos. No cambies lo semejante, ni separes lo que es inseparable por la verdad: porque quien dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Génesis I, 26), muestra que son semejantes entre sí, en cuanto dice nuestra semejanza. No toques, no manipules, no corrompas. Mantén los nombres de la naturaleza, mantén la profesión del Hijo. No quiero que adules, para que alabes al Hijo de lo tuyo: está bien, que estés contento con lo que está escrito.

24. La prudencia humana en las cosas de Dios falla. Se engaña cuando cree saber perfectamente.---No se debe confiar tanto en la prudencia humana, como para que alguien piense que sabe perfectamente lo que sabe: y crea que en eso se contiene la suma de la razón absoluta, lo que considera con su mente, creyendo que la opinión de la verdad es uniforme en todo. Pues lo imperfecto no concibe lo perfecto, ni lo que subsiste de otro puede obtener absolutamente la inteligencia de su autor, ni la propia: sintiéndose a sí mismo solo en lo que es, pero no extendiendo su sentido más allá de lo que le ha sido constituido por naturaleza. Pues no debe su movimiento a sí mismo, sino al autor: y por eso, lo que subsiste en otro del autor, es imperfecto para sí mismo, mientras consta de otro; y es necesario que en lo que se cree saber perfectamente, se engañe: porque no moderando la necesidad de su naturaleza, y creyendo que todo está contenido en los límites de sus debilidades, ya se gloría falsamente del nombre de sabiduría: porque saber, no le es lícito más allá del poder de su sentido, y así como es débil en virtud de subsistir, así es su sentido. Y por eso la sustitución de una

naturaleza imperfecta, gloriándose de obtener la sabiduría de un sentido perfecto, es ridiculizada por el reproche de una sabiduría necia, diciendo el Apóstol: No me envió Cristo a bautizar, sino a evangelizar, no con palabras de sabiduría, para que no se haga vana la cruz de Cristo: porque la palabra de la cruz es necedad para los que perecen, pero para los que se salvan, es poder de Dios. Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y rechazaré el entendimiento de los entendidos. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el escriba? ¿Dónde el investigador de este siglo? ¿No ha hecho Dios necia la sabiduría de este mundo? Porque en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por la sabiduría, decidió Dios salvar a los creyentes por la necedad de la predicación: porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría: pero nosotros predicamos a Cristo Jesús crucificado, para los judíos escándalo, para los gentiles necedad, pero para los llamados judíos y griegos, Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios: porque lo que es débil de Dios, es más fuerte que los hombres; y lo que es necio de Dios, es más sabio que los hombres (I Cor. I, 17 y ss.). Por tanto, toda infidelidad es necedad: porque usando la sabiduría de su sentido imperfecto, mientras modera todo por la opinión de su debilidad, cree que no puede hacerse lo que no sabe. Pues la causa de la infidelidad es por la sentencia de la debilidad, mientras alguien no cree que se ha hecho, lo que define que no puede hacerse.

25. La sabiduría de los fieles en la necedad. — Y por eso el Apóstol, sabiendo que el pensamiento humano imperfecto considera que solo lo que parece sensato es verdadero, dijo que no predicaba con palabras de sabiduría, para que su predicación no fuera una afirmación vana. Y para que no se pensara que era un predicador de necedades, añadió que la palabra de la cruz es necedad para los que se pierden, porque los infieles creen que solo es prudente lo que entienden; y como no entienden nada más allá de la naturaleza de su propia debilidad, consideran que la única sabiduría perfecta de Dios es necedad; por lo cual, en su misma opinión de sabiduría, se vuelven insensatos. Por lo tanto, lo que es necedad para los que se pierden, es poder de Dios para los que se salvan, porque no miden nada con la debilidad de su sentido natural, sino que evalúan la eficacia del poder divino según la infinitud del poder celestial. Y por eso Dios desaprueba la sabiduría de los sabios y la inteligencia de los inteligentes, porque a los creyentes se les concede la salvación a través de la opinión de la necedad humana: mientras que los infieles consideran necio lo que está fuera de su entendimiento, los fieles permiten que el poder y la virtud de Dios les otorguen todos los sacramentos de su salvación. No son, por tanto, necedades las cosas de Dios; sino que es la prudencia insensata de la naturaleza humana la que pide a su Dios señales o sabiduría para creer. Y es propio de los judíos pedir señales, porque, no siendo del todo ignorantes por la familiaridad con la ley en nombre de Dios, se escandalizan con la cruz. Pero es propio de los griegos pedir sabiduría, porque con la necedad gentil y la prudencia humana buscan la razón del Dios crucificado. Y como esto es un misterio oculto para los débiles según el sentido de la naturaleza, se convierte en necedad para el infiel: ya que lo que la mente imperfecta no concibe naturalmente, lo considera fuera de la causa de la prudencia. Pero debido a esta imprudente sabiduría del mundo, que no conoció a Dios a través de la sabiduría de Dios, es decir, a través de la magnificencia de este mundo y el ornamento de una obra tan sabiamente instituida, no veneró la sabiduría de su creador; agradó a Dios salvar a los creyentes mediante la predicación de la necedad, es decir, que la fe en la cruz traiga la eternidad a los mortales: para que, confundida la opinión de la sentencia humana, se encontrara la salvación donde se cree que hay necedad. Porque Cristo, que es necedad para los gentiles y escándalo para los judíos, es poder de Dios y sabiduría de Dios: porque lo que se considera débil y necio en las cosas de Dios según el sentido humano, supera en verdad a la prudencia y al poder terrenal.

26. Sobre las cosas de Dios no se debe juzgar con el propio sentido, sino con fe. — Por lo tanto, nada en los efectos divinos debe ser tratado con la opinión de la mente humana, ni debe juzgarse al creador por la materia de su obra. Debemos asumir la necedad para adquirir sabiduría, no con el sentido de la imprudencia, sino con la conciencia de nuestra naturaleza: para que lo que la razón del pensamiento terrenal no concibe, nos lo insinúe de nuevo la razón del poder divino. Porque cuando, reconociendo la inteligencia de nuestra necedad, sentimos la ignorancia de la imprudencia natural en nosotros, entonces, a través de la prudencia de la sabiduría divina, seremos instruidos en la sabiduría de Dios: cuando medimos las virtudes y el poder de Dios sin límite, cuando no confinamos al Señor de la naturaleza dentro de las leyes naturales, cuando entendemos que solo se puede creer bien de Dios lo que Él mismo, como testigo y autor, nos ha dado a creer de Él.

LIBRO CUARTO.

Se dispone a proteger la simplicidad de los católicos contra las astucias de los arrianos. Por esta razón, expone cuál es la opinión de ellos sobre Cristo. Luego defiende que el Hijo es consustancial al Padre y que siempre ha existido, y declara que la Iglesia aborrece los sentidos perversos con los que intentan suprimir esas voces necesarias. A continuación, presenta varios testimonios de la Escritura, con los cuales insinúan astutamente que el Hijo está excluido de la posesión de la naturaleza divina, y exhibe la profesión íntegra de fe que envió Arrio, expulsado de Alejandría, y otros adictos a sus partes al obispo Alejandro. Luego refuta la primera parte de esta, basada principalmente en las palabras: "Escucha, Israel, el Señor tu Dios es uno", como si Moisés hubiera proclamado a Dios no solo uno en naturaleza, sino también en persona, mostrando tanto por la creación del mundo, como por varios hechos vistos por Agar, Abraham, Jacob y Moisés, como también por los testimonios de los profetas, y en particular de Moisés, el Salmista, Oseas, Isaías y Baruc, o como lo llama, Jeremías, que Dios, aunque uno en naturaleza, no es solitario, sino que tiene un Hijo, que con Él posee tanto el nombre como la naturaleza de la divinidad.

Observaciones sobre las visiones expuestas en este contexto. — Dado que los argumentos de este y del libro siguiente se basan en gran medida en las visiones de los patriarcas, vale la pena hacer algunas observaciones sobre ellas. Parece haber una opinión constante entre los antiguos de que el Hijo se hizo visible a los hombres de varias maneras desde el principio del mundo. Esto lo enseñan claramente Justino mártir, Ireneo, Orígenes, Teófilo de Antioquía, Clemente de Alejandría, Tertuliano, Cipriano, los Padres del concilio de Antioquía contra Pablo de Samosata, sin mencionar a Faustino Presbítero, Ambrosio, León y muchos otros. Pero ni siquiera fue negado por aquellos que favorecían a Arrio. Eusebio lo proclama en todas partes en su libro "Demostración Evangélica", y el concilio de Sirmio condena con anatema a aquellos que piensan de otra manera contra Fotino.

Pero como los arrianos intentaron un fraude en esta doctrina, para proclamar que el Hijo, que es visible y fue visto, es diferente en naturaleza del Padre invisible, es importante retener firmemente que los santos Padres afirmaron que Dios fue visto, no por su sustancia, en la cual es invisible e inmutable, sino a través de una criatura sujeta a Él, cuando quiso aparecer a los ojos de los mortales. Y para no adoptar cosas extrañas aquí, Hilario es un testigo elocuente de esto en su libro XII, números 45 y 46. Ciertamente, dice, "quien antes era ángel, ahora también es hombre: para que no se entienda que esta es la forma natural de Dios, la diversidad de esta misma creación asumida lo impediría. Sin embargo, está presente con Jacob incluso hasta el abrazo de la lucha en forma humana... Pero el mismo después se muestra a Moisés como fuego: para que aprendas que la naturaleza creada se refiere más a la apariencia que a la sustancia de la naturaleza". Agudamente, Agustín en la carta alias CXII,

ahora CXLVII, número 20, en esas palabras de Moisés, "Si he hallado gracia ante ti, muéstrame tu rostro". ¿Qué, entonces?, dice. ¿No era él mismo? Si no fuera él, no le diría, muéstrame tu rostro, sino, muéstrame a Dios: y sin embargo, si viera su naturaleza y sustancia, mucho menos diría, muéstrame tu rostro. Por lo tanto, él era en esa forma en la que quiso aparecer: pero no aparecía en su naturaleza propia, que Moisés deseaba ver.

Si de las palabras próximas de la Escritura Agustín afirmó correctamente que Moisés vio a Dios mismo; por la misma razón, se debe conceder que Dios mismo dijo a Moisés en la zarza: "Yo soy el Dios de Abraham", etc., y que el verdadero Dios habló a Agar, quien exclamó: "Tú eres el Dios que me ve". Ni siquiera los Padres que piensan que verdaderos ángeles estuvieron presentes en esas visiones lo niegan. No creen que esos ángeles se atribuyeran el nombre de Dios y del Señor, porque hablaban en nombre de Dios y del Señor como legados; ¿quién, siendo legado de un rey, emperador o príncipe, se atribuiría el nombre de aquel cuya persona representa? sino más bien porque Dios mismo hablaba en ellos. Esto lo enseña claramente Atanasio en su Oración IV contra los arrianos, página 467: "El que era percibido por los ojos era un ángel, pero Dios hablaba en el ángel. Porque así como en la columna de nube hablaba a Moisés en el tabernáculo, así también Dios aparecía hablando en los ángeles". Así también Jerónimo, en el capítulo III a los Gálatas: "Lo que significa que la Ley fue ordenada por ángeles, quiere decir que en todo el Antiguo Testamento, donde primero se refiere que un ángel fue visto, y luego se introduce hablando como Dios, el ángel era verdaderamente uno de los muchos ministros que se vieron, pero en él hablaba el mediador, quien dice: 'Yo soy el Dios de Abraham'". A esto se suma Agustín, en el libro II contra Máximo, capítulo 26, número 11. "Pregunto", dice, "quién apareció a Moisés en el fuego cuando la zarza ardía y no se consumía. Aunque allí mismo la Escritura declara que apareció un ángel... Pero, ¿quién duda que Dios estaba en el ángel?". Según estos, el Papa Gregorio, en la prefacio de Job, capítulo 2: "El ángel que se dice que apareció a Moisés, a veces se menciona como ángel, a veces como Dios. Ángel, evidentemente, porque servía hablando externamente; pero se le llama Señor porque, presidiendo internamente, ministraba la eficacia de hablar. Por lo tanto, cuando el que habla externamente es gobernado por el interior, se le llama ángel por el servicio y Señor por la inspiración".

Además, Agustín concede, en el libro II contra Máximo, capítulo 26, número 9, que a esos ángeles se les permitió presentarse en nombre de Dios y del Señor "por la profecía que anuncia el futuro", porque en ellos se figuraba a Cristo, quien es Dios y Señor. Así también Ireneo, en el libro V, capítulo 1: "Hemos predicho que Abraham y los demás profetas veían proféticamente a aquel que había de venir, profetizando lo que sería a través de la visión profética". Pero de cualquier manera que se entiendan esas visiones, el peso de los argumentos que Hilario extrae de ellas es casi el mismo.

1. Tres cosas que deben afirmarse antes de la verdad contra los herejes. — Aunque en los libros anteriores, que escribimos hace tiempo, consideramos que se ha conocido de manera absoluta que mantenemos la fe y confesión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo según las enseñanzas evangélicas y apostólicas, y que no podemos tener nada en común con los herejes, ya que ellos niegan sin medida, razón y temor la divinidad de nuestro Señor Jesucristo: sin embargo, en estos libros también se han incluido algunas cosas necesariamente, para que, al exponer todas sus falacias e impiedades, se logre un conocimiento más completo de la verdad. Y primero se debe conocer cuál es la temeridad de sus doctrinas y el peligro de su irreligiosidad: luego, qué tienen en contra de la fe apostólica, a la que nosotros nos adherimos, qué suelen decir en contrario, y con qué ambigüedad de palabras engañan a la simplicidad de los oyentes: finalmente, con qué arte de sus interpretaciones corrompen la verdad y el poder de las palabras divinas.

2. Las cosas divinas no se explican bien con palabras humanas. — No ignoramos, sin embargo, que ni la elocuencia humana ni la comparación de la naturaleza humana pueden ser suficientes para explicar las cosas divinas. Porque lo que es inefable no tiene fin ni medida de significación: y lo que es espiritual es diferente de la especie y el ejemplo de las cosas corporales. Sin embargo, cuando se trata de naturalezas celestiales, esas mismas cosas que se contienen en el sentido de las mentes deben expresarse con el uso común de la naturaleza y el lenguaje, no adecuadas a la dignidad de Dios, sino necesarias para la debilidad de nuestro ingenio; hablando, por supuesto, de las cosas y palabras que sentimos y entendemos. Y como testificamos en el primer libro (número 19), ahora también estas cosas han sido recordadas por nosotros, para que cuando presentemos algo de las comparaciones humanas, no se crea que pensamos de Dios según las naturalezas corporales, ni que comparamos las cosas espirituales con nuestras pasiones, sino que hemos presentado la apariencia de las cosas visibles para la comprensión de las invisibles.

3. Opiniones de los herejes sobre el Hijo de Dios. — Dicen los herejes que Cristo no es de Dios, es decir, que el Hijo no nació del Padre, ni es Dios por naturaleza, sino por constitución; su adopción, por así decirlo, en el nombre, porque así como hay muchos hijos de Dios, también este es hijo; luego, su liberalidad en la dignidad, porque así como hay muchos dioses, también este es Dios: pero con un afecto más indulgente en él de adopción y denominación, para que sea adoptado por encima de los demás, y él mismo sea mayor que los otros hijos adoptivos, y creado más excelentemente que todas las naturalezas, supere a las demás criaturas. Algunos de ellos también afirman, confesando la omnipotencia de Dios, que fue creado a semejanza de Dios, y que, como las demás cosas, fue constituido de la nada a imagen de su eterno Creador: es decir, que fue ordenado a existir por la palabra de las cosas no existentes, con Dios pudiendo adaptar a su semejanza de la nada.

4. Pretenden rechazar el homousion por sentidos perversos. Cuáles son esos sentidos. — Incluso añaden esto, cuando oyen que los obispos anteriores predicaron que el Padre y el Hijo son de una sola sustancia, para sutilmente debilitarlo bajo la apariencia de una opinión herética: diciendo que usan y expresan el significado de esta palabra, es decir, de una sola sustancia, que en griego se dice ὁμοούσιον, en el sentido de que el mismo es el Padre que también es el Hijo, extendido desde su infinitud en la Virgen, de la cual asume un cuerpo, y en ese cuerpo que asumió, se añadió a sí mismo el nombre de hijo. Y esta es la primera falsedad de ellos sobre el homousion. La siguiente es que afirman que la declaración del homousion significa que hay una comunión de una cosa anterior y diferente en dos, y como si una sustancia o esencia anterior de alguna materia hubiera existido, que participada por dos, y consumida en ambos, testificara que ambos son de una sola naturaleza y cosa anterior. Y por eso dicen que rechazan la confesión del homousion, porque su declaración no distingue al Hijo del Padre, y muestra al Padre como posterior a la materia que tiene en común con el Hijo. También inventan esta tercera razón para rechazar el homousion, que según el significado de esta palabra, se considera que el Hijo es de la sustancia del Padre por división; como si hubiera sido cortado de él, de modo que una cosa se divide en dos; y por eso se dice que son de una sola sustancia, porque una porción cortada del todo está en la naturaleza de donde fue cortada: y que no puede caer en Dios la pasión de la división, porque también será mutable si se hace susceptible de disminución por división: y se hará imperfecto, ya que su sustancia de perfección se retira a otra porción.

5. Por qué niegan que el Hijo siempre ha existido. — Tampoco se creen capaces de contradecir elegantemente la doctrina profética, y también la evangélica y apostólica, al predicar que el nacimiento del Hijo está dentro del tiempo. Pues cuando afirman

incorrectamente que decimos que el Hijo siempre ha existido, es necesario que, al excluir que siempre ha existido, confiesen su nacimiento en el tiempo. Porque si no siempre ha existido, habrá un tiempo en que no existió. Y si hay un tiempo en que no existió, habrá tiempo antes de él: porque quien no siempre es, comenzó a existir en el tiempo. Pero quien carece de tiempo, no puede carecer de lo que siempre es. Afirman que rechazan que el Hijo siempre ha existido por la razón de que, al decir que siempre ha existido, se cree que es sin nacimiento: como si al decir que siempre ha existido, se proclamara innacible.

6. Ni el homousion ni que el Hijo siempre ha existido son admitidos por la Iglesia en los sentidos relatados. — ¡Oh, necios e impíos temores, e irreligiosa preocupación sobre Dios! Estas cosas que se argumentan en el significado del homousion y en que se dice que el Hijo siempre ha existido, la Iglesia las abomina, rechaza y condena. Sabe que hay un solo Dios de quien son todas las cosas: sabe también que hay un solo Señor nuestro Jesucristo por quien son todas las cosas, uno de quien, y uno por quien; de uno la origen de todas las cosas, por uno la creación de todas las cosas. En uno de quien, entiende la autoridad de la innascibilidad; en uno por quien, venera el poder no diferente del autor: ya que de quien y por quien, en lo que se crea, hay una autoridad común en las cosas creadas. Sabe que en el Espíritu Dios es Espíritu impasible e indivisible; ha aprendido del Señor que el espíritu no tiene carne ni huesos (Lucas 24, 39): no sea que se crea que cae en él la disminución de las pasiones corporales. Sabe que hay un solo Dios innacible: sabe también que hay un solo Hijo unigénito de Dios. Confiesa al Padre eterno y libre desde el origen: confiesa también el origen del Hijo desde la eternidad: no desde el principio, sino desde lo ininiciable: no por sí mismo, sino de aquel que siempre es de nadie, nacido desde la eternidad, tomando su nacimiento de la eternidad paterna. Por lo tanto, nuestra fe carece de la opinión de la perversidad herética. Se ha expuesto la profesión de nuestro sentido, aunque aún no se ha explicado la razón de la profesión. Sin embargo, para que no quede ninguna sospecha en la declaración del homousion pronunciada por los Padres, y en la confesión de que siempre ha existido: se han recordado estas cosas, por las cuales se conocería que el Hijo subsiste en la sustancia en la que fue engendrado del Padre, y que al Padre no se le ha quitado nada de la sustancia en la que permanecía por el nacimiento del Hijo, y que el homousion del Hijo con el Padre no fue mencionado por los santos y hombres fervientes en la doctrina de Dios por los vicios y causas mencionados anteriormente; no sea que alguien piense que se le quita al unigénito Hijo su nacimiento por la usía, porque se dice que es homousios con el Padre.

7. La necesidad con la que se adoptó la palabra HOMOUSION. — Pero para entender la necesidad de esta palabra adoptada y la razón de su uso contra los herejes que se desbocan, para la máxima seguridad de la fe: creo que se debe responder a la perversidad de los herejes, y todas sus instituciones necias y mortíferas deben ser refutadas con testimonios evangélicos y apostólicos. Porque parecen pensar que pueden dar razón de cada una de las cosas que afirman: ya que han añadido a cada una de sus afirmaciones algunos testimonios de los volúmenes divinos, que con un sentido de inteligencia corrupto solo halagan a los ignorantes, ofreciendo la apariencia de verdad según la interpretación perversa.

8. Escrituras con las que los arrianos engañan a los simples.---Intentan, al celebrar únicamente la divinidad de Dios Padre, quitarle al Hijo el hecho de ser Dios; porque está escrito: Escucha, Israel, el Señor tu Dios es uno (Deut. VI, 4). Y lo mismo al doctor de la ley, cuando preguntó cuál era el mandamiento más grande en la ley, el Señor dijo: Escucha, Israel, el Señor tu Dios es uno (Marcos XII, 29). Y nuevamente Pablo predicando así: Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres (I Tim. II, 5). Luego, que solo Él es sabio, para que no quede nada de sabiduría al Hijo, según el dicho del Apóstol: Al que

puede confirmaros según mi Evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio mantenido en silencio durante tiempos eternos, pero manifestado ahora por las Escrituras proféticas según el mandato del Dios eterno, para la obediencia de la fe en todas las naciones conocidas, al único sabio Dios por Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos (Rom. XVI, 25 y ss.). Luego, que solo Él es innascible, y que solo Él es verdadero, porque Isaías dijo (LXVI, 16): Bendecirán al Dios verdadero. Y que el mismo Señor lo atestiguó en los Evangelios diciendo: Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan XVII, 3). Luego, que solo Él es bueno, para que no haya nada de bondad en el Hijo, porque se dijo: Nadie es bueno sino solo Dios (Marcos X, 18). Luego, que solo Él es poderoso; porque Pablo dijo: A quien en su tiempo mostrará el bienaventurado y único poderoso: Rey de reyes, y Señor de señores (I Tim. VI, 15). Luego, que lo conocen como inconvertible e inmutable; porque dijo por el profeta: Yo soy el Señor vuestro Dios, y no cambio (Malaquías III, 6); y el apóstol Santiago dijo (I, 17): En quien no hay cambio. Lo conocen como justo juez (aquí y más adelante, se sobreentiende), porque está escrito: Dios es un juez justo, fuerte y paciente (Salmo VII, 12). Lo conocen como el que provee a todos, porque el Señor dijo, cuando hablaba de las aves: Y vuestro Padre celestial las alimenta (Mateo VI, 26); y nuevamente: ¿No se venden dos pajarillos por un as, y uno de ellos no cae a tierra sin la voluntad de vuestro Padre? Pero aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados (Mateo X, 29). Lo conocen como el que todo lo prevé, como dice la bienaventurada Susana: Dios eterno, conocedor de lo oculto, que sabe todo antes de su generación (Daniel XIII, 42). Lo conocen también como inconcebible, según lo dicho: El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis, o qué lugar de mi descanso? Porque mi mano hizo todas estas cosas, y todas son mías (Isaías LXVI, 1). Lo conocen también como el que abarca todo, testificando Pablo: Porque en él vivimos, nos movemos y somos (Hechos XVII, 28); y el salmista diciendo: ¿A dónde me iré de tu espíritu, y a dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás; si bajo al infierno, allí estás; si tomo las alas del alba, y habito en el extremo del mar: aun allí me guiará tu mano, y me sostendrá tu diestra (Salmo CXXXVIII, 7 y ss.). Lo conocen también como incorpóreo, porque se dijo: Dios es espíritu, y los que le adoran, deben adorarle en espíritu y en verdad (Juan IV, 24). Lo conocen como el que tiene inmortalidad e invisible, diciendo Pablo: El único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver (I Tim. VI, 16); y según el Evangelio: A Dios nadie le ha visto jamás, sino el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre (Juan I, 18). Lo conocen también como el único que permanece innascible, porque se dijo: Yo soy el que soy (Éxodo III, 14); y nuevamente: Así dirás a los hijos de Israel: Me ha enviado a vosotros el que es (Ibid.); y por Jeremías: Tú eres el Señor, Señor (Jeremías I, 6).

9. Se revela el engaño latente en lo dicho.---¿Y quién no entendería que estas cosas están llenas de engaño y de falacia? Aunque están sutilmente confusas y mezcladas, sin embargo, atestiguan absolutamente la astucia y la ineptitud de la malicia y la necedad. Entre otras cosas, han añadido que solo ellos conocen al Padre como innascible: como si alguien pudiera dudar de que aquel, del cual ha nacido aquel por quien son todas las cosas, no ha recibido de nadie lo que él mismo es. En el mismo hecho de que se le llama padre, se muestra el autor de aquel a quien ha engendrado; teniendo ese nombre que no se entiende como procedente de otro, y del cual se enseña que aquel que ha sido engendrado ha subsistido. Por lo tanto, lo que es propio de Dios Padre, dejémoslo propio y secreto para él, confesando en él el poder innascible de la virtud eterna. No creo que haya duda alguna de que, por esta razón, en la confesión de Dios Padre se mencionan algunas de sus cosas como peculiares y privadas, para que nadie más que él participe de ellas. Porque cuando dicen que solo él es verdadero, solo justo, solo sabio, solo invisible, solo bueno, solo poderoso, solo tiene inmortalidad; en el

hecho de que solo él es estas cosas, el Hijo es separado de su comunión según ellos. Porque, como dicen, lo que es propio de uno no se comparte con otro. Si estas cosas no se consideran en el Padre solo, sino también en el Hijo, es necesario que el Hijo sea considerado Dios falso, insensato, corpóreo según materias visibles, malévolo, débil, y fuera de la inmortalidad, ya que es excluido de todas estas cosas, mientras que el Padre es el único en ellas.

10. El honor del Hijo no le quita nada al Padre.---Al hablar de la majestad absolutísima y de la divinidad plenísima del Hijo unigénito de Dios, no creemos que nadie piense que todo este discurso que usaremos se refiere a la deshonra de Dios Padre, como si se disminuyera su dignidad si algo de esto se refiere al Hijo: cuando más bien el honor del Hijo es la dignidad paterna; y es un autor glorioso aquel de quien ha surgido alguien digno de tal gloria. Porque el Hijo no tiene nada que no sea nacido, y la admiración del honor del engendrado está en el honor del que engendra. Por lo tanto, cesa la opinión de deshonra: ya que cualquier majestad que se demuestre que está en el Hijo, redundará en la ampliación del poder de aquel que ha engendrado a alguien de tal naturaleza.

11. Doctrina de los arrianos sobre el Hijo.---Es consecuente, entonces, que, habiendo conocido ya lo que han confesado sobre el Padre para deformar al Hijo, se escuche lo que han profesado sobre el Hijo. Respondiendo a cada una de sus proposiciones, y con los testimonios de las palabras divinas revelando su doctrina irreligiosa, debemos añadir a lo que se ha dicho del Padre lo que se ha dicho del Hijo: para que la confesión de lo que es del Padre y del Hijo, comparada entre sí, mantenga un mismo orden en la resolución de cada proposición. Porque mencionan que el Hijo de Dios no fue engendrado de ninguna materia subyacente, porque por él fueron creadas todas las cosas; ni es de Dios, porque nada puede disminuir de Dios: sino que es de las cosas que no eran: es decir, una criatura perfecta de Dios, sin embargo, no similar a las demás criaturas. Pero es una criatura; porque está escrito, El Señor me creó al principio de sus caminos (Prov. VIII, 22). También es una obra perfecta, pero no similar a las demás obras: obra, sin embargo, por lo que Pablo dijo a los Hebreos: Tanto mejor hecho que los ángeles, cuanto más excelente nombre posee que ellos (Hebr. I, 4). Y nuevamente: Por tanto, hermanos santos, participantes de la vocación celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra confesión, Jesucristo, quien fue fiel al que le hizo (Hebr. III, 1). Para debilitar la virtud y el poder y la divinidad del Hijo, usan principalmente el hecho de que dijo: El Padre es mayor que yo (Juan XIV, 28). Por eso no conceden que él sea uno de todas las criaturas, porque está escrito: Todas las cosas fueron hechas por él (Juan I, 3). Concluyen, por tanto, toda su doctrina irreligiosa con palabras de este tipo, diciendo: Ejemplo de blasfemia de aquellos que dicen que el Hijo de Dios es una criatura.

12. «Conocemos a un solo Dios, el único no hecho, el único eterno, el único sin principio, el único verdadero, el único que tiene inmortalidad, el único bueno, el único poderoso, el creador de todo, el organizador y dispensador inconvertible, inmutable, justo y bueno de la ley y los profetas y del nuevo Testamento: este Dios engendró al Hijo unigénito antes de todos los siglos, por quien hizo el siglo y todas las cosas: nacido no de manera ficticia, sino verdaderamente, obedeciendo a su voluntad, inmutable e inconvertible, una criatura perfecta de Dios, pero no como una de las criaturas; una obra, pero no como las demás obras; ni como Valentín, que inventó que el Hijo del Padre era una emanación; ni como Maniqueo, que expuso que el Hijo era parte de una sustancia del Padre; ni como Sabelio, que dividió la unión, dijo que el Hijo era el mismo que el Padre; ni como Hieracas, una lámpara de una lámpara, o una lámpara en dos partes; ni que fue antes, luego nacido o supercreado en el Hijo, como tú mismo, santísimo papa, en medio de la iglesia y en la asamblea de los hermanos, frecuentemente rechazaste a aquellos que introducen tales cosas: sino, como dijimos, creado por la voluntad de Dios antes de los tiempos y los siglos, recibiendo vida y ser del Padre, y

glorias con el Padre consubstancial. Porque el Padre, al darle la herencia de todo, no se privó a sí mismo de lo que no se considera hecho por él; es la fuente de todo.

13. «Por lo tanto, hay tres sustancias (ὑποστάσεις) Padre, Hijo, Espíritu Santo. Y ciertamente Dios es la causa de todo, absolutamente sin principio, solitario: el Hijo, sin embargo, engendrado del Padre sin tiempo, y antes de los siglos creado y fundado, no existía antes de nacer: pero sin tiempo antes de todo nacido, solo del solo Padre subsistió. Porque no es eterno, ni coeterno, ni no hecho junto con el Padre, ni tiene ser junto con el Padre, como algunos dicen, o algunos introducen dos principios no nacidos: sino como la unión y el principio de todo, así también Dios es antes de todo. Por lo cual también es antes del Hijo, como aprendimos de ti predicando en medio de la iglesia. Según lo que tiene de Dios, y glorias, y vida, y todo le es dado; según esto, Dios es su principio. Pero le gobierna, como su Dios, siendo antes que él. Porque si lo que es de él, y lo que es del vientre, y lo que es del padre salí y vine, se entiende como una parte de su única sustancia y como una extensión de la proyección; el Padre será compuesto, y divisible, y convertible, y cuerpo según ellos, y, en cuanto a ellos, sosteniendo las consecuencias de un cuerpo sin cuerpo Dios.

14. Porque el hombre no percibe lo divino sino por las palabras de Dios sobre sí mismo, las herejías deben refutarse a partir de estas. Las palabras de Dios no deben tomarse desnudas, sino examinadas en sus causas.---Este es su error, esta es su enseñanza mortal: para cuya confirmación, con un sentido de inteligencia corrupto, usan los testimonios de las palabras divinas, y mienten sobre ellas bajo el pretexto de la ignorancia humana. Sin embargo, no debe haber duda de que para el conocimiento de las cosas divinas se debe usar la doctrina divina. Porque la debilidad humana no alcanzará por sí misma el conocimiento celestial, ni el sentido corporal asumirá por sí mismo la inteligencia de lo invisible. Porque ni lo que es creado en nosotros y carnal, ni lo que se nos ha dado para el uso de nuestra vida por Dios, discierne por su propio juicio la naturaleza del Creador y su obra. Nuestras mentes no alcanzan el conocimiento celestial, ni nuestra debilidad concibe con algún sentido la virtud incomprensible. Debemos creer en Dios sobre sí mismo: y obedecer a lo que ha dado a nuestro conocimiento sobre sí mismo. O bien, como los gentiles, se le debe negar, si se desaprueban sus testimonios: o si se cree en él como Dios, no puede ser entendido de otra manera que como él mismo ha testificado sobre sí mismo. Por lo tanto, cesen las opiniones propias de los hombres, y no se extiendan más allá de la constitución divina los consejos humanos. Seguimos, por lo tanto, contra las enseñanzas irreligiosas e impías sobre Dios, esas mismas autoridades de las palabras divinas: y trataremos cada cosa con el mismo autor de lo que se pregunta, no para engañar y mal instruir la ignorancia de los oyentes adaptando ciertas enunciaciones de palabras sustrayendo sus causas. Porque la inteligencia de las palabras debe asumirse de las causas de decir: porque no es la cosa la que está sujeta a la palabra, sino la palabra a la cosa. Pero todo lo trataremos exponiendo simultáneamente las causas de decir y las virtudes de las palabras. Por lo tanto, cada cosa se revisará según el orden de la proposición.

15. Moisés diciendo, Dios es uno, no negó la deidad del Hijo.---Porque este es su principal argumento: Conocemos, dicen, un solo Dios, como dice Moisés, Escucha, Israel, el Señor tu Dios es uno (Deut. VI, 4). Pero, ¿acaso alguien se atrevió a dudar de esto? ¿O alguna vez se ha conocido que alguien que cree en Dios haya predicado de otra manera, sino que hay un solo Dios de quien son todas las cosas, una sola virtud innascible, y un solo poder sin principio? Pero no porque Dios sea uno, se le niega al Hijo de Dios que sea Dios. Porque Moisés, o más bien Dios a través de Moisés, estableció este mandamiento principal para un pueblo ocupado en Egipto y en el desierto con ídolos y religiones de dioses, como pensaban, que creyera en un solo Dios: y verdaderamente y con razón lo estableció. Porque hay un solo

Dios de quien son todas las cosas. Pero veamos si el mismo Moisés también confesó que aquel por quien son todas las cosas es Dios. Porque no se le quita al Padre que Dios sea uno, porque también el Hijo sea Dios. Porque es Dios de Dios, uno de uno: por eso un solo Dios, porque es Dios de sí mismo. Por el contrario, el Hijo no es menos Dios porque el Padre sea un solo Dios; porque es el Hijo unigénito de Dios: no innascible, para quitarle al Padre que Dios sea uno; ni es otra cosa que Dios, porque ha nacido de Dios. De quien, aunque no debe haber duda de que al nacer de Dios es Dios, por lo cual nuestra fe es un solo Dios; sin embargo, veamos si Moisés, quien dijo a Israel, El Señor tu Dios es uno, predicó que el Hijo de Dios es Dios. Porque nos convendrá usar el testimonio de aquel cuya autoridad los herejes, confesando un solo Dios, piensan que al Hijo se le debe negar que sea Dios.

16. En la historia de la creación, se enseña que Dios no está solo. Uno dice, otro hace; ambos son Dios. El Hijo es Dios haciendo. Por lo tanto, dado que esta es una confesión absoluta y perfecta sobre Dios, según el Apóstol, hablar así: Un solo Dios, el Padre, de quien son todas las cosas, y un solo Señor, nuestro Jesucristo, por quien son todas las cosas (I Cor. VIII, 6), veamos el origen del mundo, qué dice Moisés sobre él. Dice: Y dijo Dios: Haya un firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas; y fue así, e hizo Dios el firmamento, y separó Dios las aguas (Gén. I, 6, 7). Tienes, por tanto, a Dios de quien, tienes a Dios por quien. O si lo niegas, es necesario que enseñes por quién fue hecho lo que fue hecho: o ciertamente demuestres que la naturaleza misma de las cosas a crear obedece a Dios, que al mandato de Dios: Haya un firmamento, se fortaleció a sí misma por la palabra de Dios. Pero esta razón de la Escritura divina no lo admite. Porque todas las cosas, según el profeta, fueron hechas de la nada (II Mac. VII, 28): ni ninguna naturaleza permaneció transformada en otra cosa, sino que lo que no existía fue creado y completado. ¿Por quién? Escucha al evangelista: Todas las cosas fueron hechas por él (Juan I, 3). Si preguntas por quién, escucharás al mismo Evangelista diciendo: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios, este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él (Ibid. 1-3). Si deseas negar que fue dicho por el Padre, Haya un firmamento (Gén. I, 6), escucharás de nuevo al profeta diciendo: Él dijo, y fueron hechas; él mandó, y fueron creadas (Sal. CXLVIII, 5). Por lo tanto, lo que se dijo, Haya un firmamento; en eso se muestra que el Padre habló. Pero lo que se añade: Y fue así, y que Dios hizo; en eso se debe entender la persona del que efectúa, quien hace. Porque dijo, y fueron hechas, no solo quiso, y lo hizo: mandó, y fueron creadas, no porque le complació, existieron; para que el oficio del Mediador entre él y las cosas que debían ser creadas no cesara. Por lo tanto, se dice que Dios de quien son todas las cosas, y Dios por quien son todas las cosas, con el mismo y equitativo nombre y en el significado del que habla y en la operación del que efectúa, confesado. Pero si te atreves a decir que no se dice del Hijo, Y Dios hizo; ¿y dónde quedará lo que se dijo, Todas las cosas fueron hechas por él y aquello apostólico: Y un solo Señor, nuestro Jesucristo, por quien son todas las cosas (I Cor. VIII, 6); y aquello, Él dijo, y fueron hechas (Sal. CXLVIII, 5)? Si estas palabras divinas convencen tu impudencia; no se le quita al Hijo de Dios que sea Dios, por lo que se dijo: Escucha, Israel, el Señor tu Dios es uno: ya que por el mismo que habló estas cosas, en la misma constitución del mundo, fue proclamado Dios y Hijo. Pero veamos, en qué progreso se aumenta esta distinción del Dios que manda y del Dios que hace. Porque aunque el sentido común de la inteligencia no admite que en lo que se dijo: Mandó, y fueron hechas, se crea que hay un significado solitario y el mismo; sin embargo, para que no pueda haber duda, es necesario explicar las cosas que siguieron a la creación del mundo. (V. Tract. Ps. XCI, n. 6.)

17. Tampoco en la creación del hombre está Dios solo. Cuando, por lo tanto, el mundo perfecto debía tener un habitante formado, tal es el discurso sobre él: Y dijo Dios: Hagamos

al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gén. I, 26). [Y de nuevo, Y Dios hizo al hombre; a imagen de Dios lo hizo (Ibid. 27)]. Pregunto ahora, ¿crees que Dios habló solo consigo mismo, o entiendes que este discurso no fue para sí mismo, sino que existió hacia otro? Si dices que fue solo, eres refutado por su propia voz diciendo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Porque Dios habló a través del legislador (Moisés) según nuestra inteligencia, evidentemente con palabras que él mismo quiso que usáramos, impartiendo a nosotros el conocimiento de lo que hizo. Porque la significación del Hijo de Dios por quien todas las cosas fueron hechas, en lo que se dijo, Y dijo Dios: Haya un firmamento; y en lo que se dijo de nuevo, Y Dios hizo el firmamento: para que este mismo discurso no se considerara vano y superfluo, si se hubiera dicho a sí mismo que se hiciera, y de nuevo él mismo lo hubiera hecho (¿qué hay tan ajeno a quien es solo, que se dijera a sí mismo que debía hacer, cuando solo con la voluntad bastaría para que se hiciera?); quiso que se entendiera más plenamente que esta significación no debía referirse solo a sí mismo. Al decir, Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, eliminó la inteligencia singular con la profesión de compañía. Pero no puede haber compañía alguna para quien es solitario consigo mismo. Ni tampoco la soledad del solitario admite hagamos; ni nadie habla de nuestra con respecto a otro que no sea él mismo. Ambos discursos, hagamos y nuestra, no permiten que sea solitario y el mismo; así tampoco significan diferente de sí mismo y ajeno. O pregunto, si cuando escuchas solitario, ¿no piensas que es el mismo? o cuando escuchas no el mismo ni él mismo, ¿acaso entiendes que es solo solitario? En el solitario, por lo tanto, se encuentra solitario, en el no mismo ni él mismo, no se encuentra solitario. Al solitario le conviene, haré, y mío: al no solitario, hagamos, y nuestra.

18. No hay soledad ni diversidad de divinidad. Por lo tanto, cuando leemos, Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; porque ambos discursos, no solo significan que no es solitario, sino tampoco diferente; también nosotros debemos confesar que no es solo solitario, ni diverso: conociendo por lo que dice nuestra imagen, no también nuestras imágenes, la propiedad de una sola naturaleza en ambos. Pero no basta con haber presentado solo la razón de las palabras, a menos que la operación de las cosas dichas también siga la inteligencia de las palabras: porque está escrito así: Y Dios hizo al hombre, a imagen de Dios lo hizo (Gén. I, 27). Pregunto, si el discurso fue para el solitario y el mismo consigo mismo, ¿qué piensas que debe entenderse aquí? Porque ahora veo una triple significación, del que hace, del hecho, y del ejemplo. El que fue hecho, es hombre; pero Dios lo hizo; y a quien hizo, lo hizo a imagen de Dios. Si Génesis hablara de un solitario, ciertamente habría dicho, Y lo hizo a su imagen. Pero anunciando el sacramento evangélico, no habló de dos dioses, sino de Dios y Dios, cuando dice que el hombre fue hecho por Dios a imagen de Dios. Y así Dios se encuentra operando al hombre a la imagen común y la misma semejanza con Dios: para que la significación del que efectúa no admita la inteligencia de soledad, ni la operación constituida a la misma imagen y semejanza sufra diversidad de divinidad.

19. En otro lugar se confirma lo mismo. Y aunque después de esto se considere superfluo aportar algo más, porque en las cosas divinas no se requiere que se diga con frecuencia, sino que basta con que se diga una vez: sin embargo, es necesario conocer lo que se ha dicho sobre esto mismo. Porque no se debe dar cuenta de las palabras divinas, sino de nuestra inteligencia. Dios habla a Noé entre muchos mandatos así: Quien derrame sangre de hombre, por su sangre será derramada su alma; porque a imagen de Dios hice al hombre (Gén. IX, 6). Aquí también se distingue el ejemplo, la obra, el operante. Dios testifica que hizo al hombre a imagen de Dios. Cuando el hombre debe ser hecho, porque no hablaba de sí mismo, ni para sí mismo, dijo a nuestra imagen: pero cuando el hombre fue hecho, Dios hizo al hombre a imagen de Dios. Ciertamente no ignoró la propiedad de la palabra, si hablara para sí mismo,

para decir, Hice a mi imagen. Porque había dicho para demostrar la unidad de la naturaleza, Hagamos a nuestra. Ni tampoco confundió la inteligencia de solitario y no solitario: cuando Dios haciendo al hombre, lo hizo a imagen de Dios.

20. Que el Padre no se habló a sí mismo como solitario al decir HAGAMOS. Pero si deseas afirmar que Dios Padre se habló a sí mismo como solitario, como si pudiera concederse que uno consigo mismo hablara como con otro, y se creyera que en lo que dice hice al hombre a imagen de Dios, quiso que se entendiera como, Hice al hombre a mi imagen; primero serás refutado por tu propio testimonio. Porque dijiste, De Padre todas las cosas, pero por el Hijo todas las cosas. Porque por lo que se dijo, Hagamos al hombre, de ahí es el origen de donde comenzó también el discurso: en lo que Dios hizo al hombre a imagen de Dios, se significa también aquel por quien se consuma la operación.

21. Pero la Sabiduría, que los herejes admiten que es Cristo, estaba presente con él. Luego, para que no puedas mentir sobre esto, la Sabiduría, que tú mismo has confesado que es Cristo, contradice diciendo: Cuando establecía los cielos, cuando trazaba el horizonte sobre la faz del abismo, cuando afirmaba las nubes arriba, cuando fortalecía las fuentes del abismo, cuando ponía límites al mar para que las aguas no traspasaran su mandato, cuando establecía los cimientos de la tierra, yo estaba junto a él como arquitecto. Yo era su delicia diaria, alegrándome siempre en su presencia, alegrándome en su mundo habitado, y teniendo mis delicias con los hijos de los hombres (Prov. VIII, 28 y ss.). Se ha cerrado toda ocasión, y todo error se ve obligado a confesar la verdad. La Sabiduría engendrada antes de los siglos está presente con Dios. Y no solo está presente, sino que también compone. Por lo tanto, está componiendo junto a él. Entiende el oficio de composición o disposición. Porque el Padre en lo que habla, efectúa; el Hijo en lo que opera lo que se ha dicho que debe hacerse, compone. Pero la distinción de personas se ha hecho de tal manera que la obra se refiere a ambos. Porque en lo que se dice, Hagamos, se iguala tanto el mandato como el hecho: en lo que se escribe, Yo estaba junto a él componiendo (Ibid. 30), no se significa que él sea solitario en la operación. Pero se alegra ante él, quien se significaba que se alegraba con él. Yo me alegraba diariamente en su presencia en todo tiempo, cuando se alegraba en el mundo perfecto, y se alegraba en los hijos de los hombres (Ibid. 30, 31). La Sabiduría ha enseñado la causa de su alegría. Se alegra por la alegría del Padre, en la perfección del mundo y en los hijos de los hombres que se alegran. Porque está escrito: Y vio Dios que era bueno (Gén. I). Se complace en que sus obras agraden al Padre, hechas por él según su mandato. Porque profesa que su alegría proviene de que el Padre se alegrara en el mundo consumado y en los hijos de los hombres: en los hijos de los hombres porque ya en un solo Adán se había constituido todo el principio de la raza humana. Por lo tanto, en la fabricación del mundo, el Padre no se habla a sí mismo solitario, con su Sabiduría presente y cooperante, y alegrándose con la cooperación consumada.

22. Conclusión de lo que se ha probado desde el número 16. No ignoramos, sin embargo, que quedan muchas y grandes cosas para la absolución de estas palabras: pero se tienen más bien pospuestas por nosotros que disimuladas; porque un tratamiento más completo de ellas se reserva para otras proposiciones. Porque ahora solo se responde a lo que en la exposición de su fe, o más bien de su perfidia, ha sido dicho por los impíos, que Moisés predicó un solo Dios. Y verdaderamente recordamos que así fue predicado, porque hay un solo Dios de quien son todas las cosas: pero no por eso debe ignorarse que el Hijo es Dios; ya que el mismo Moisés ha profesado a Dios y Dios en todo el cuerpo de su obra. Por lo tanto, debe verse cómo tanto la elección como la legislación predican a Dios y Dios en el mismo orden de confesión.

23. El ángel de Dios que habló a Agar es Dios. El Hijo es tanto ángel de Dios como Dios. Después de muchas locuciones de Dios a Abraham, cuando Sara se irritó contra Agar, envidiando a la sierva por haber concebido, y cuando se alejó de su presencia, así habla la Escritura de ella: Y el ángel del Señor le dijo a Agar: Vuelve a tu señora, y humíllate bajo sus manos. Y el ángel del Señor le dijo: Multiplicando multiplicaré tu descendencia, y no se podrá contar por su multitud (Gén. XVI, 9, 10). Y de nuevo: Y llamó el nombre del Señor que hablaba con ella, Tú eres Dios que me ve (Ibid., 13). El ángel de Dios habla (hay un doble significado en el ángel de Dios: él mismo que es, y aquel de quien es): y habla no cosas según el nombre de su oficio; porque dice: Multiplicando multiplicaré tu descendencia, y no se podrá contar por su multitud. El ministerio del ángel excede el poder de multiplicar las naciones. Pero ¿qué testifica la Escritura sobre aquel que, siendo ángel de Dios, hablaba cosas que son propias solo de Dios? Y llamó el nombre del Señor que hablaba con ella, Tú eres Dios que me ve. Primero ángel de Dios, segundo Señor; porque llamó el nombre del Señor que hablaba con ella; luego tercero Dios, Tú eres Dios que me ve. El que fue llamado ángel de Dios; el mismo es Señor y Dios. Pero según el profeta, es el hijo de Dios, el ángel del gran consejo (Isa. IX, 6, según LXX). Para que la distinción de personas fuera absoluta, fue llamado ángel de Dios; porque el que es Dios de Dios, él mismo es también ángel de Dios. Pero para que se le rindiera el honor debido, fue proclamado tanto Señor como Dios.

24. Por qué el mismo que habla a Agar como ángel, se llama Dios al hablar a Abraham. Y aquí, en efecto, primero ángel, luego el mismo después tanto Señor como Dios: pero a Abraham solo Dios. Porque ya con la distinción de personas establecida, para que no hubiera error de solitario, se declara su nombre absoluto y verdadero. Porque está escrito: Y Dios dijo a Abraham: He aquí que Sara tu esposa te dará un hijo, y llamarás su nombre Isaac: y estableceré mi pacto con él como pacto eterno, y con su descendencia después de él. En cuanto a Ismael, he aquí que te he escuchado, y lo he bendecido, y lo multiplicaré mucho: doce príncipes engendrará, y lo haré una gran nación (Gén. XVII, 19, 20). ¿Acaso se duda de que el que fue llamado ángel de Dios, el mismo se dice de nuevo Dios? Y de Ismael se habla tanto ahora como antes de ser multiplicado por el mismo. Y para que no se creyera que no era el mismo que había hablado a Agar, el discurso divino testifica la significación de la misma persona, diciendo, Y lo he bendecido y lo multiplicaré. La bendición es del pasado; porque ya había sido el discurso a Agar: pero la multiplicación es para el futuro; porque ahora por primera vez Dios habla a Abraham sobre Ismael. Y a Abraham Dios habla; pero a Agar había hablado el ángel de Dios. Por lo tanto, es Dios quien también es ángel: porque el que es ángel de Dios, es Dios nacido de Dios. Pero fue llamado ángel de Dios porque es el ángel del gran consejo: pero el mismo fue demostrado después como Dios, para que no se creyera que el que es Dios, es ángel. Que el discurso siga el orden de las cosas. El ángel del Señor habló a Agar; el mismo habla a Abraham como Dios, el discurso es del mismo a ambos. Ismael es bendecido, y se le promete ser multiplicado en una gran nación.

25. Se refieren otras visiones, palabras, hechos. La Escritura también muestra a través de Abraham que es Dios quien habla. A Abraham también se le promete un hijo, Isaac. Luego, después, se presentan tres hombres. Abraham, al ver a los tres, adora a uno, y confiesa al Señor. La Escritura dice que se presentaron tres hombres: pero el patriarca no ignora quién debe ser adorado y confesado. La apariencia de los asistentes es indistinta; pero él reconoció a su Señor con los ojos de la fe y la visión de la mente. Luego sigue: Y le dijo: Volveré a ti al tiempo señalado, y Sara tu esposa tendrá un hijo (Gén. XVIII, 10). Y después de esto le dijo el Señor: No ocultaré a Abraham mi siervo lo que voy a hacer (Ibid., 17). Y de nuevo: Dijo el Señor: El clamor de Sodoma y Gomorra se ha multiplicado, y su pecado es muy grave (Ibid., 20). Y de nuevo, después de mucho otro discurso que omitimos por brevedad, cuando

Abraham estaba preocupado por los justos que serían destruidos junto con los injustos, dijo: No harás tal cosa, el que juzga toda la tierra. Y el Señor dijo: Si encuentro en Sodoma cincuenta justos en la ciudad, perdonaré a todo el lugar por ellos (Ib., 25, 26). Y de nuevo, al final del discurso a Lot, el hermano de Abraham, la Escritura dice: Y el Señor hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego del Señor desde el cielo (Gén. XIX, 24). Y de nuevo: Y el Señor visitó a Sara, como había dicho, e hizo el Señor a Sara como había hablado, y concibió y dio a luz a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios le había dicho (Gén. XXI, 1, 2). Luego, cuando la sierva fue expulsada de la casa de Abraham con su hijo, y en el desierto temía por la vida del niño por falta de agua, la misma Escritura dice: Y Dios oyó la voz del niño donde estaba, y el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo, y le dijo: ¿Qué tienes, Agar? No temas; porque Dios ha oído la voz del niño desde el lugar donde está. Levántate, toma al niño, y tenlo de la mano; porque haré de él una gran nación (Ibid., 17, 18).

26. Se analizan los detalles. El Hijo es el ángel del gran consejo, y es Señor y Dios. — ¿Qué ceguera de perfidia es esta, qué embotamiento de corazón incrédulo, qué temeridad de irreligiosidad, o ignorar estas cosas, o no ignorarlas y descuidarlas? Ciertamente, fueron mencionadas y dichas de tal manera que ningún error u oscuridad impidiera la comprensión de la verdad. Si enseñamos que no pueden ser ignoradas, es necesario que sea un crimen de impiedad lo que se niega. El ángel de Dios comenzó a hablar a Agar, prometiéndole que Ismael se convertiría en una gran nación y le aseguraría una descendencia innumerable. La confesión de quien escucha enseña que él es tanto Señor como Dios. El inicio del discurso comenzó con el ángel de Dios, pero se estableció en la confesión de Dios. Así, quien bajo el ministerio de anunciar el gran consejo es el ángel de Dios, es él mismo por naturaleza y nombre Dios. Porque el nombre se compone de la naturaleza, no la naturaleza del nombre. Dios también habla a Abraham sobre las mismas cosas: se le enseña que Ismael ya ha sido bendecido y que será multiplicado en una nación: "Lo he bendecido", dice (Gén. XVII, 20). Por lo tanto, no cambió la significación de su persona: ya demuestra que lo ha bendecido. La Escritura ciertamente mantuvo el orden del sacramento y el modo de la verdadera predicación, comenzando con el ángel de Dios y luego confesando que Dios habló sobre las mismas cosas.

27. El hombre a quien Abraham adora entre los tres es Señor, Dios y juez. — Además, el discurso divino avanza con un progreso más pleno de doctrina, Dios habla allí a Abraham, prometiéndole que Sara dará a luz. Después de esto, tres hombres se presentan ante él mientras está sentado, adora a uno y lo confiesa como Señor. Y el mismo que fue adorado y confesado por él, promete regresar en el futuro y que Sara tendrá un hijo, Dios habló a Abraham. Más tarde, el mismo hombre que fue visto por él habla sobre las mismas cosas. Solo hay un cambio de nombres, pero nada se pierde de la confesión. Aunque Abraham vio al hombre, lo adoró como Señor (Gén. XVII, 2, 3), reconociendo el sacramento de la futura encarnación. Y no careció del testimonio de tal fe; cuando el Señor en los Evangelios dice: "Abraham, vuestro padre, se regocijó de ver mi día; y lo vio, y se alegró" (Juan VIII, 56). Por lo tanto, el hombre visto promete regresar en el mismo tiempo. Observa el efecto de la promesa: recuerda, sin embargo, que es un hombre quien promete. ¿Qué dice entonces la Escritura? "Y el Señor visitó a Sara" (Gén. XXI, 1). Por lo tanto, este hombre es el Señor, cumpliendo lo que prometió. ¿Y qué sigue? "E hizo Dios a Sara como había dicho" (Ibíd.). El hombre es mencionado al hablar, el Señor es significado en la visita, Dios es proclamado en el hecho. Ciertamente no ignoras que el hombre habló, quien fue visto y habló a Abraham. ¿Cómo ignorarás a Dios, cuando la misma Escritura que llamó hombre, confiesa a Dios? Porque ella misma dijo: "Y concibió y dio a luz Sara un hijo a Abraham en su vejez, en el

tiempo que Dios le había dicho" (Ibíd., 2). Pero el hombre habló de venir. Cree solo en el hombre, a menos que quien vino sea tanto Dios como Señor. Compara la causa. Ciertamente, el hombre vendrá para que Sara conciba y dé a luz. Aprende la fe. El Señor y Dios vino para que Sara concibiera y diera a luz. En el poder de Dios, el hombre habló; en el efecto de Dios, Dios lo cumplió. Así se significa a sí mismo como Dios tanto al hablar como al hacer. Luego, de los tres hombres vistos, dos se van; pero el que permanece es tanto Señor como Dios. Y no solo es Señor y Dios, sino también juez. Porque Abraham, estando de pie ante el Señor, dijo: "De ninguna manera harás esto, matar al justo con el impío, y el justo será como el impío. No harás esto, tú que juzgas toda la tierra" (Gén. XVIII, 25). Por lo tanto, en todo su discurso, Abraham enseña la fe por la cual fue justificado, reconociendo a su Señor entre los tres, adorándolo solo, y confesándolo como Señor y juez.

28. Abraham adora a uno de los tres, no a tres en uno. Diferencia entre la visión de Lot y la de Abraham. — Y para que no pienses que en la confesión de uno se contiene el honor de los tres hombres que parecían juntos, observa lo que Lot dijo a los dos que vio: "Y cuando Lot los vio, se levantó para recibirlos, y se postró rostro en tierra, y dijo: He aquí, señores, desvíense a la casa de su siervo" (Gén. XIX, 1, 2). Aquí la simple visión de los ángeles retuvo la significación plural, allí la fe del patriarca confiesa un honor singular. Aquí la historia de la Escritura divina indica que solo dos de los tres eran ángeles, allí proclama al Señor y Dios. Porque dice: "Y el Señor dijo a Abraham: ¿Por qué se rió Sara, diciendo: '¿En verdad daré a luz siendo vieja?' ¿Hay algo imposible para Dios? En este tiempo volveré a ti en el futuro, y Sara tendrá un hijo" (Gén. XVIII, 13 y ss.). Por lo tanto, la Escritura mantiene el orden de la verdad, sin mezclar la significación plural en aquel que era reconocido como Dios y Señor, ni impartiendo a los dos ángeles el honor que solo a Dios fue dado. Lot ciertamente dice señores, pero la Escritura los llama ángeles. Allí es el oficio del hombre, aquí la confesión de la verdad.

29. El Señor del Señor, el Hijo. — Luego viene el castigo del justo juicio sobre Sodoma y Gomorra. ¿Y qué importancia tiene esto? "El Señor hizo llover azufre y fuego del Señor" (Gén. XIX, 24). Así como el Señor del Señor; no separó por el nombre de la naturaleza a aquellos que distinguió por la significación (no de una sola persona). Porque leemos en el Evangelio: "El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo el juicio al Hijo" (Juan V, 22). Por lo tanto, el Señor dio lo que el Señor recibió del Señor.

30. Jacob lo vio como Dios, no solitario. — Pero quien ha recibido en el Señor y el Señor el conocimiento del juez, reconoce la comunión del mismo nombre en Dios y Dios. Jacob, al partir por temor a su hermano, soñó que veía una escalera apoyada en la tierra y tocando el cielo, y por ella subían y bajaban ángeles de Dios, y al Señor sobre ella, impartiendo todas las bendiciones que había dado a Abraham e Isaac (Gén. XXVIII). Después, tal es el discurso de Dios a él: "Y Dios dijo a Jacob: Levántate, sube al lugar de Betel, y habita allí, y haz allí un altar a Dios, que se te apareció cuando huías de la presencia de tu hermano" (Gén. XXXV, 1). Dios pide honor a Dios, y lo pide con la significación de otra persona: "Que se te apareció cuando huías"; para que no surgiera confusión de su persona. Por lo tanto, es Dios quien habla, y Dios de quien habla: la confesión del honor no distingue por el nombre de la naturaleza a aquellos que la significación distingue como subsistentes.

31. Sinopsis y objetivo de lo dicho desde el número 23. — Y en este lugar recuerdo algunas cosas necesarias para una conclusión más completa: pero según el orden de la proposición, también debe mantenerse el orden de la respuesta. Por lo tanto, lo que queda para él, lo trataremos en su lugar en otro libro. Solo esto ahora en Dios, quien pide honor a Dios, debía demostrarse, que el ángel de Dios, que habló con Agar, es tanto Dios como Señor, ya que él

mismo habló con Abraham sobre las mismas cosas: y el hombre que fue visto por Abraham es tanto Dios como Señor; pero los dos ángeles, vistos con el Señor y enviados por él a Lot, no fueron proclamados por el profeta como otra cosa que ángeles. No solo Dios estuvo presente con Abraham en el hombre, sino también Dios vino a Jacob en el hombre. Y no solo vino, sino que se mostró luchando (Gén. XXXII, 24): y no solo luchando, sino también débil contra aquel con quien luchaba. Ahora no es el momento ni el lugar para tratar el sacramento de la lucha. Ciertamente es Dios; porque Jacob prevaleció contra Dios, e Israel vio a Dios.

32. Visto por Moisés en la zarza, es Señor y Dios. — Veamos, sin embargo, si también en otro lugar, además de con Agar, este ángel de Dios es conocido como Dios. Claramente lo es. Y no solo Dios, sino también el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Porque el ángel del Señor apareció a Moisés en la zarza, el Señor habla desde la zarza: ¿de quién crees que es la voz que debe entenderse, de aquel que fue visto, o de algún otro? Aquí no hay lugar para la mentira. Porque la Escritura dice: "Y se le apareció el ángel del Señor en una llama de fuego en medio de una zarza" (Éxodo III, 2). Y de nuevo, "El Señor lo llamó desde la zarza, Moisés, Moisés. Y él respondió: ¿Qué es? Y el Señor dijo: No te acerques aquí, quita el calzado de tus pies; porque el lugar en que estás es tierra santa. Y le dijo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob" (Ibíd., 4 y ss.). Quien apareció en la zarza, habla desde la zarza: y el lugar de la visión es también el de la voz; y no se escucha a otro que al que fue visto. Quien es llamado ángel de Dios cuando es visto, es el mismo Señor cuando es escuchado; y el mismo Señor que es escuchado, es luego conocido como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Cuando se le llama ángel de Dios, no se muestra que sea propio y solitario; porque es ángel de Dios: cuando se le llama Señor y Dios, es proclamado en el honor de su naturaleza y nombre. Por lo tanto, tienes al ángel que apareció en la zarza, y al Señor y Dios.

33. Moisés no proclama a Dios y Señor una sola vez. Sin embargo, ambos son un solo Dios. Se pide honor al Hijo como Dios por naturaleza. El Hijo es tanto ángel de Dios como Dios. — Recorre aún los testimonios de Moisés; y entiende si descuida alguna ocasión de proclamar a Dios y Señor. Tienes, por supuesto, de sus palabras: "Escucha, Israel, el Señor tu Dios es uno" (Deut. VI, 4). Ahora retén las palabras de su divina canción: porque dice: "Vean, vean que yo soy el Señor, y no hay Dios fuera de mí" (Deut. XXXII, 39). Y aunque todo su discurso fue en la persona de Dios hasta el final de la canción, dice: "Alégrense, cielos, junto con él, y adórenlo todos los hijos de Dios. Alégrense, naciones, con su pueblo, y glorifíquenlo todos los ángeles de Dios" (Ib., 43). Dios debe ser honrado por los ángeles de Dios, diciendo: "Porque yo soy el Señor, y no hay Dios fuera de mí". Porque es el Unigénito Dios: ni el nombre de unigénito admite consorte (así como el innascible no recibe participante en lo que es innascible); porque es uno de uno. Ni antes del Dios innascible hay otro Dios innascible, ni después del unigénito Dios hay otro unigénito Dios. Por lo tanto, ambos son uno y único, por la propiedad de innascibilidad y origen en cada uno. Y así, ambos son un solo Dios; ya que entre uno y uno, es decir, de uno uno, no hay una segunda naturaleza de divinidad eterna. Por lo tanto, debe ser adorado por los hijos de Dios, y honrado por los ángeles de Dios. Así, se pide honor y veneración a Dios por los hijos y ángeles de Dios. Entiende la significación de honrar, y por quienes debe ser honrado, a saber, por los ángeles y los hijos de Dios, Dios. Y para que no pienses que se pide un honor no natural a Dios, y creas que Moisés en este lugar pensó en honrar a Dios Padre, aunque el Padre debe ser honrado en el Hijo; sin embargo, observa la bendición que bajo el mismo discurso dispone para José. Porque dice: "Y lo que fue aceptado por aquel que apareció en la zarza, venga sobre la cabeza de José y la frente" (Deut. XXXIII, 16). Por lo tanto, Dios debe ser adorado por los hijos de Dios, pero Dios que también es hijo de Dios. Sin embargo, Dios

debe ser honrado por los ángeles de Dios, pero Dios que es ángel de Dios: porque el ángel de Dios apareció en la zarza, y lo que le complació, se desea para José cuando es bendecido. No por eso no es Dios, porque es ángel de Dios; ni tampoco por eso no es ángel de Dios, porque es Dios: sino que, con la inteligencia de las personas significadas, y con el sentido de innascibilidad y natividad distinguido, y con la manifestación de la dispensación de los sacramentos celestiales, no enseñó a pensar en Dios como solitario, cuando el ángel y el hijo de Dios, Dios, serán adorados por los ángeles y los hijos de Dios.

34. Y estas son las respuestas de los libros de Moisés, o más bien Moisés mismo ha respondido: porque los herejes, usando a él como autor, piensan que pueden persuadir, por la confesión de un solo Dios, que no se proclame que el Hijo de Dios es Dios; contra el testimonio de su propio autor, impíos, cuando él, confesando un solo Dios, no dejó de enseñar sobre el Hijo de Dios que es Dios. Pero es consecuente presentar múltiples sentencias de los profetas sobre el mismo.

35. Qué profeta enseña sobre el Hijo y Dios, y lo separa del Padre. Por qué el Padre es Dios del Hijo. — Tienes dicho: "Escucha, Israel, el Señor tu Dios es uno": y ojalá lo retuvieras correctamente. Pero según tu sentido de la declaración profética, busco la razón. Porque dice en los salmos: "Te ungió, Dios, tu Dios" (Sal. XLIV, 8). Distingue para la inteligencia del lector al ungido y al que unge: distingue "te" y "tu": demuestra a quién y de quién es el discurso. Porque este orden de confesión está sujeto a las palabras anteriores. Porque había dicho: "Tu trono, Dios, es por los siglos de los siglos, el cetro de tu reino es cetro de equidad; amaste la justicia y odiaste la iniquidad" (Ibíd., 7). Ahora también añadió a esto: "Por eso te ungió, Dios, tu Dios". Por lo tanto, Dios del reino eterno, por el mérito de la justicia amada y la iniquidad odiada, es ungido por su Dios. ¿Acaso alguna distancia de nombres confunde nuestra inteligencia? Porque la discreción de la persona está solo en "te" y "tu", pero no se distingue en la confesión de la naturaleza. Porque "tu" se refiere al autor, y "te" a la significación de aquel que es del autor. Porque es Dios de Dios, confesando el profeta en el mismo orden: "Te ungió, Dios, tu Dios". Pero no hay Dios antes del innascible Dios, diciendo él mismo: "Sed mis testigos, y yo soy testigo, dice el Señor Dios, y mi siervo a quien elegí, para que sepáis y creáis y entendáis que yo soy, y antes de mí no hay otro Dios, y después de mí no habrá" (Isa. XLIII, 10). Por lo tanto, se ha demostrado la dignidad de aquel que es sin principio; y se ha conservado el honor de aquel que es de lo innascible: "Te ungió, Dios, tu Dios". Porque lo que dice "tu", se refiere a la natividad, pero no destruye la naturaleza. Y por eso es Dios de él, porque de él nació en Dios. Sin embargo, no porque el Padre sea Dios, el Hijo no es Dios: "Te ungió, Dios, tu Dios": designando la significación tanto del autor como del engendrado de él, en una misma declaración los constituyó a ambos en la misma naturaleza y dignidad.

36. Cómo Isaías proclama al Hijo del Padre. — Pero para que no se pueda tomar ocasión de impía afirmación de lo que se ha dicho: "Porque yo soy, y antes de mí no hay otro Dios, y después de mí no habrá" (Isa. XLIII, 10); como si por eso el Hijo no fuera Dios, porque después de Dios, antes de quien no hay otro Dios, tampoco habrá otro Dios después: por eso debe tratarse la razón de toda la declaración. Dios mismo es testigo de su discurso, pero también su siervo elegido es testigo junto con él, de que no hay Dios antes de él, ni después de él habrá. Ciertamente, él mismo es suficiente testigo para sí mismo: pero a su testimonio sobre sí mismo, añadió el testimonio de su siervo a quien eligió. Por lo tanto, el testimonio de dos es uno, que no hay Dios antes de él; porque de él son todas las cosas: ni habrá Dios después de él; no porque no haya sido de él. Porque ya estaba el siervo en el testimonio del Padre diciendo estas cosas, el siervo elegido en la tribu de la cual había de nacer. Esto mismo lo demuestra así en los Evangelios: "He aquí mi siervo a quien elegí, mi amado, en quien se

complace mi alma" (Mat. XII, 18). Por lo tanto, no hay otro Dios antes de mí, y después de mí no habrá: mostrando la infinitud de la virtud eterna e inmutable en que antes y después no hay otro Dios fuera de él: pero colocando a su siervo, como en su testimonio, así también en su nombre.

37. Lugar de Oseas sobre la deidad del Hijo. Ninguno es Padre, el Hijo es Padre, para nosotros el Padre y el Hijo son Dios. — Y esto mismo es fácil de aprender de su propia persona. Porque dice al profeta Oseas: "No añadiré más para tener misericordia de la casa de Israel, sino que ciertamente me opondré a ellos: pero tendré misericordia de los hijos de Judá, y los salvaré en el Señor su Dios" (Oseas I, 6, 7). Por lo tanto, absolutamente el Padre llama Dios al Hijo, en quien nos eligió antes de los tiempos seculares (Efes. I, 4). Por eso dice "su", porque el Dios innascible no es de nadie, y nosotros somos dados al Hijo en herencia por Dios Padre. Porque leemos: "Pide de mí, y te daré las naciones por herencia" (Sal. II, 8). Porque para Dios de quien son todas las cosas no hay Dios, quien es eterno sin principio. Pero para el Hijo, Dios es el Padre; porque de él nació Dios. Pero para nosotros, tanto el Padre es Dios, como el Hijo es Dios: el Padre confesando del Hijo que es nuestro Dios, el Hijo enseñando del Padre que es nuestro Dios: sin embargo, al Hijo Dios del Padre, es decir, por el mismo nombre de su virtud innascible, siendo llamado. Y esto es lo que se dice a Oseas.

38. Testimonio claro de Isaías. La adoración de los Magos predicha. Quiénes fueron los Magos.---Por Isaías, cuán absoluta es la profesión de Dios Padre sobre nuestro Señor. Dice: Porque así dice el Señor Dios, el Santo de Israel, que hizo lo que ha de venir: Preguntadme sobre vuestros hijos y vuestras hijas, y sobre las obras de mis manos mandadme. Yo hice la tierra, y al hombre sobre ella, yo ordené a todas las estrellas, yo levanté al rey con justicia, y todos sus caminos son rectos. Él edificará mi ciudad, y convertirá la cautividad de mi pueblo, no con premio ni con regalos, dice el Señor de los Ejércitos. Trabajará Egipto, y el mercado de los etíopes, y los sabeos. Hombres excelsos pasarán a ti, y serán tus siervos, y te seguirán atados con cadenas, y te adorarán, y en ti suplicarán; porque en ti está Dios, y no hay Dios fuera de ti. Tú eres Dios, y no lo sabíamos. Dios de Israel salvador. Se avergonzarán y se confundirán todos los que se le oponen, y se irán con confusión (Isaías 45, 11 y ss.). ¿Queda aún algún lugar para la temeridad? ¿O alguna ocasión de ignorancia? A menos que solo quede que la impiedad se declare a sí misma. Dios, de quien son todas las cosas, que hizo todo mandando, asumiendo las obras hechas, no ciertamente para ser hechas, a menos que hubiera dicho que se hicieran, testifica que el rey fue levantado por él justo, y edificando para sí una ciudad de Dios, y apartando la cautividad del pueblo, no con premio ni con regalos; porque por gracia todos somos salvados. Luego habla así, cuando después del trabajo de Egipto, es decir, la calamidad del mundo, y el mercado de los etíopes y los sabeos, hombres excelsos pasarán a él. ¿Y qué trabajo de Egipto, y mercado de los etíopes y los sabeos se ha de considerar? Recordemos a los Magos de Oriente adorando al Señor y ofreciendo regalos, y midamos el trabajo de venir hasta Belén de Judea de tan largo viaje. En el trabajo de los príncipes se demostró el trabajo de todo Egipto. A los Magos, que mentían sobre las operaciones de la divina virtud con falsa apariencia de cosas, se les rendía el mayor honor de la religión impía por todo el mundo. A estos Magos y al mercado de los etíopes y los sabeos, llevando regalos de oro, incienso y mirra: lo cual también otro profeta predijo, diciendo: Ante él se postrarán los etíopes, y sus enemigos lamerán el polvo. Los reyes de Tarsis ofrecerán regalos, los reyes de Arabia y de los sabeos traerán presentes, y se le dará oro de Arabia (Salmo 71, 9-10). En los Magos y sus regalos, se muestra el trabajo de Egipto y el mercado de los etíopes y los sabeos, es decir, el error del mundo adorando los Magos, y los regalos escogidos de las naciones ofrecidos al Señor adorado por ellos.

39. Los apóstoles, hombres excelsos.---Los hombres excelsos que pasarán a él, y lo seguirán atados, ¿quiénes son, sino los que no están en la oscuridad? Mira los Evangelios; Pedro, que iba a seguir a su Señor, se ciñe (Juan 21, 7). Observa a los Apóstoles: el siervo de Cristo, Pablo, se gloría en las cadenas (Filemón 1). Y veamos si el prisionero de Cristo Jesús cumplió lo que Dios había dicho de su Hijo, Dios. Rogarán, dice, porque en ti está Dios (Isaías 45, 14). Reconoce lo dicho por el Apóstol, y entiende lo reconocido: Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo (2 Corintios 5, 19). Luego sigue, Y no hay Dios fuera de ti. A quienes el mismo Apóstol dice, porque hay un solo Señor nuestro Jesucristo por quien son todas las cosas (1 Corintios 8, 6); y no se ve otro fuera de él, porque es uno. También dice en tercer lugar, Tú eres Dios, y no lo sabíamos. Pero como perseguidor de la Iglesia dijo: De quienes son los padres, de los cuales es Cristo, que es sobre todas las cosas, Dios (Romanos 9, 5). Estos, pues, atados, predicarán estas cosas: excelsos, y que juzgarán a las tribus de Israel en los doce tronos, y seguirán a su Señor en el martirio de su doctrina y pasión.

40. El Padre dice de sí mismo, No hay Dios fuera de mí, y del Hijo, No hay Dios fuera de ti. El Hijo, persona distinta del Padre, no por género.---Dios, pues, está en Dios: y en quien está Dios, es Dios. ¿Y cómo no hay Dios fuera de ti, si en el mismo está Dios? Usurpas, oh hereje, para la confesión del único Dios Padre, No hay Dios fuera de mí: ¿cómo interpretarás lo dicho por la predicación de Dios Padre, No hay Dios fuera de ti, si por lo que se dijo, No hay Dios fuera de mí (Deuteronomio 32, 39), afirmas que el Hijo de Dios no es Dios? ¿Y a quién, pues, dijo Dios (Padre), No hay Dios fuera de ti? No te será lícito aquí añadir la persona del solitario. Porque el Señor dijo al rey que levantó, desde la persona de los hombres excelsos que adoran y suplican, Porque en ti está Dios. Esta cosa no admite un solitario. En ti, pues, presente, como a quien se dirige el discurso, significa. Lo que sigue, En ti está Dios, no solo muestra a quien está presente, sino también a quien permanece en el presente: distinguiendo al que habita de aquel en quien habita, solo por la distinción de la persona, no del género: porque Dios está en él: y en quien está Dios, es Dios. Porque Dios no está en una morada de naturaleza diversa y ajena a sí mismo, sino que permanece en su propio y engendrado de sí mismo. Dios en Dios, porque de Dios es Dios. Tú eres Dios, y no lo sabíamos, Dios de Israel salvador (Isaías 45, 15).

41. Los que se oponen al Hijo se avergonzarán. Quien niega al Hijo, deshonra al Padre.---El siguiente discurso refuta tu negación de Dios en Dios: dice, Se avergonzarán y se confundirán todos los que se le oponen, y se irán con confusión (Isaías 45, 16): Este es el decreto de Dios contra tu impiedad. Te opones a Cristo, de quien la profesión de la voz paterna te reprende. Porque es Dios, a quien tú niegas ser Dios. Lo niegas bajo la apariencia de honrar a Dios (Padre), diciendo, No hay otro Dios fuera de mí (Isaías 45, 18). Pero confúndete y avergüénzate: el Dios innascible no necesita el honor que le ofreces, no solicita esta gloria de su soledad, no desea esta comprensión de tu opinión; para que por haber dicho, No hay Dios fuera de mí, niegues al que engendró de sí mismo como Dios. Y para que no atribuyas esto a ti mismo, para destruir la divinidad del Hijo, llenó la gloria de su Unigénito con el honor de la divinidad perfecta, diciendo, Y no hay Dios fuera de ti. ¿Por qué discriminas lo igualado? ¿Por qué distingues lo comparado? Es propio del Hijo de Dios que no haya Dios fuera de él; es propio de Dios Padre que no haya nadie sin él que sea Dios: usa las palabras de Dios sobre Dios. Confiesa así, y suplica al rey: Porque en ti está Dios, y no hay Dios fuera de ti. Tú eres Dios, y no lo sabíamos, Dios de Israel salvador. El oficio del honor carece de injuria, ni tiene ofensa el ejemplo de la confesión; especialmente cuando su oposición está llena de confusión y vergüenza. Permanece en las palabras de Dios, confiesa con las voces de Dios; y huye de la denuncia de la confusión. Porque al negar al Hijo de Dios, no venerarás tanto al Dios solitario

con el honor de la gloria, como despreciarás al Padre del Hijo con la deshonra. Confiesa la fe del honor al Dios innascible, que fuera de él no hay otro Dios: predica al Unigénito Dios, que sin él no hay Dios.

42. Jeremías apoya la divinidad del Hijo. ¿Quién es el Dios visto sobre la tierra? El Hijo, único Mediador en la ley y en la asunción de la carne. El Padre y el Hijo son uno.---Escucha, pues, además de Moisés e Isaías, también a Jeremías enseñando lo mismo, cuando dice: Este es nuestro Dios, y no se contará otro junto a él. Él encontró todo el camino de la ciencia, y se la dio a Jacob su siervo, y a Israel su amado. Después de esto fue visto sobre la tierra, y convivió entre los hombres (Baruc 3, 36 y ss.). Porque ya había dicho antes, Y es hombre, y ¿quién lo conocerá? Tienes, pues, a Dios visto en la tierra, y convivido entre los hombres: y pregunto cómo crees que debe entenderse, A Dios nadie lo ha visto jamás, sino el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre (Juan 1, 18); cuando Jeremías predica a Dios, que fue visto en la tierra, y convivió entre los hombres. Ciertamente el Padre no es visible sino solo al Hijo. ¿Quién, pues, es este que fue visto y convivió entre los hombres? Ciertamente es nuestro Dios, y visible en el hombre y palpable Dios. Y entiende al profeta hablando: No se contará otro junto a él. Si preguntas, ¿cómo? escucha lo que sigue: para que no pienses que no es propio también del Padre lo que se dijo: Escucha, Israel, el Señor tu Dios es uno (Deuteronomio 6, 4). Porque estas cosas están conectadas: No se contará otro junto a él: quien encontró todo el camino de la ciencia, y se la dio a Jacob su siervo, y a Israel su amado: después de esto fue visto sobre la tierra, y convivió entre los hombres. Porque hay un solo Mediador entre Dios y los hombres, Dios y hombre: y en la legislación, y en la asunción del cuerpo, mediador. Por tanto, no se contará otro junto a él. Porque este es uno en Dios nacido de Dios, por quien fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, por quien fueron hechos los tiempos y los siglos. Porque todo lo que es, subsiste por su operación. Este, pues, es uno disponiendo a Abraham, hablando a Moisés, testificando a Israel, permaneciendo en los profetas, nacido de la virgen por el Espíritu Santo, clavando en el madero de la pasión las virtudes enemigas que nos adversan, destruyendo la muerte en el infierno, confirmando la fe de nuestra esperanza con la resurrección, destruyendo la corrupción de la carne humana con la gloria de su cuerpo. Por tanto, no se contará otro junto a él. Porque estas cosas son propias del Unigénito Dios, y este es uno en esta peculiar bienaventuranza de sus virtudes nacido de Dios. No se cuenta otro Dios junto a él: porque no es de otra sustancia, sino de Dios es Dios. Por tanto, no hay en él nada nuevo, nada extraño, nada reciente. Porque cuando Israel escucha que su Dios es uno, y al Hijo de Dios no se le cuenta otro Dios, para que sea Dios; absolutamente el Padre Dios y el Hijo Dios son uno, no por unión de persona, sino por unidad de sustancia: porque el profeta no permite que al Hijo de Dios se le cuente como otro Dios, porque es Dios.

LIBRO QUINTO.

También se le llama segundo: porque es el segundo contra la perfidia de las partes arrianas, comenzada a impugnar en el libro anterior. Hilario reconoce que esta está tan sutilmente tejida, que quien consienta en ella, niega que el Hijo es Dios; quien se oponga, parece predicar al Padre y al Hijo como dos Dioses, o como uno y el mismo al modo de Sabellio. Por lo tanto, habiendo en el libro anterior armado a los fieles contra el fraude preparado en las primeras palabras de los herejes, Conocemos a un solo Dios, con testimonios de la ley y los profetas; ahora en las siguientes, solo verdadero, rechaza el veneno oculto, defendiendo que el Hijo es Dios verdadero con casi los mismos testimonios con los que en el cuarto libro mostró que Dios y Dios, o que Dios no es solitario y singular. Luego, al final del libro, prueba que el Padre y el Hijo son uno en personas distintas como Dios. En todo esto, sin exceder aún los testimonios evangélicos, se mantiene completamente dentro de los límites de la ley, en la

cual demuestra que el nombre de Dios, la virtud, la cosa y la naturaleza, y por ende la verdad, se atribuyen al Hijo. Por ley entiende todo lo contenido en las sagradas escrituras escritas antes del nacimiento de Cristo.

1. Peligroso tanto asentir como oponerse a los herejes que predican un solo Dios.--- Respondiendo a las impías y locas doctrinas de los herejes en los libros anteriores, no ignoramos que nos vimos llevados a la necesidad de contradecir, de modo que nuestra respuesta no causara menos peligro a los oyentes que el silencio. Porque cuando la afirmación infiel profanamente imponía un solo Dios, y nuevamente una fe sana no podía negar religiosamente un solo Dios; no podía tratarse sin la conciencia de un peligro incierto, lo que no menos impíamente se confirmaba que se negaba. Y ciertamente esto podría parecer inepto a la opinión del sentido humano y ajeno a la razón, que lo que es irreligioso negar, lo mismo sea irreligioso confesar: cuando la piedad de confesar condena la impiedad de negar; ni conviene a la razón que se afirme útilmente lo que se destruye útilmente. Pero el sentido imprudente del humano, y según la prudencia celestial necio, siente según sus debilidades, y según la debilidad de su naturaleza, sabio para sí mismo, para que sea sabio para Dios, es decir, para que reconociendo la pobreza de su sentido, y buscando la sabiduría de Dios, no sea prudente según la sabiduría humana, sino que sea sabio según lo que aprovecha a Dios, pasando a la sabiduría de Dios desde la reconocida necedad del mundo. La sutileza herética, adaptando el sentido de esta sabiduría necia a la ocasión de engañar, profesó un solo Dios, usando la autoridad de la Ley y los Evangelios, donde se dijo: Escucha, Israel, el Señor tu Dios es uno (Deuteronomio 6, 4; Marcos 12, 29): no ignorando cuánto peligro había en ello, ya sea de respuesta o de silencio; y esperando la oportunidad de la impiedad de ambos: para que si la connivencia del silencio confirmara la santidad de la palabra usurpada infielmente, por el hecho de que Dios es uno, el Hijo de Dios no sería Dios, permaneciendo solo Dios como es; pero si surgiera contradicción a esta presunción impía, la respuesta no conservaría la verdad de la fe evangélica al no confesar un solo Dios, cuando la profesión de nuestra fe es según un solo Dios; y recaería en la impiedad de otra herejía, confesando a Dios Padre y al Hijo como Dios, parecería predicar un solo Dios según la impía opinión de Sabellio. Y así, la sabiduría del mundo, que es necedad ante Dios, con la apariencia de una simplicidad engañosa y pestilente, burlaría, cuando estableciera esto como el comienzo de su fe, en lo que impíamente o asentiríamos, o nos opondríamos: y por esto, el peligro de ambas cosas, obtendría que el Hijo de Dios no es Dios, porque Dios es uno; o extorsionaría la necesidad de herejía, si confesando a Dios Padre y al Hijo como Dios, se considerara impío predicar un solo Dios.

2. Qué temperamento ha evitado todo peligro Hilario. Propósito del libro anterior.---Pero nosotros, siguiendo la sabiduría de Dios, que es necedad para el mundo, y por la confesión saludable y sincera de la fe del Señor, para revelar la astucia de la doctrina viperina, hemos comenzado este orden de respuesta, que adquiriría para sí mismo el acceso para demostrar la verdad, y no se insertaría en el peligro de una profesión impía: con un moderado equilibrio entre ambos; no negando un solo Dios, sino predicando a Dios y Dios, por quien se ha predicado un solo Dios; y enseñando un solo Dios no por unión, ni cortando nuevamente al número de la diversidad, ni confesando solo en los nombres; sino mostrando a Dios y Dios, con la cuestión de la unidad aún reservada y diferida para una confirmación más plena. Porque los Evangelios testifican que Moisés predicó un solo Dios: y nuevamente, fielmente en los Evangelios se enseña a Dios y Dios, siendo Moisés el autor que predica un solo Dios. Y así, no se ha contravenido la autoridad, sino que se ha respondido desde la autoridad, para que no se permitiera negar que el Hijo de Dios es Dios, porque para Israel Dios es uno:

cuando el mismo autor que es autor de predicar un solo Dios, es autor de confesar que el Hijo de Dios es Dios.

3. Propósito de este otro libro. De dónde se constata la verdad de la cosa.---Sigue, pues, el orden de la cuestión también el orden del libro conectado. Porque esta es la siguiente sentencia del impío halago: Conocemos a un solo Dios verdadero: de aquí también consiste todo el discurso de este segundo libro, si el Hijo de Dios es Dios verdadero. Porque sin duda la sutileza del ingenio herético se ha adaptado a este orden, diciendo primero un solo Dios, luego confesando un solo Dios verdadero: para que por esto apartara al Hijo de Dios de la naturaleza de Dios y de la verdad, cuando la verdad permaneciendo en la naturaleza de uno, no excediera la verdad natural de uno. Por lo tanto, porque no hay lugar a ambigüedad, que Moisés predicando un solo Dios, se entienda que significó del Hijo de Dios que es Dios, recurramos a esas mismas autoridades de su significación: y busquemos si a quien significó como Dios, también enseñó que debe entenderse como Dios verdadero. No hay duda para nadie, que la verdad proviene de la naturaleza y de la virtud: para que, por ejemplo, se diga, el trigo verdadero es, que estructurado en espiga, y rodeado de aristas, y descascarado en folículos, y molido en harina, y amasado en pan, y tomado como alimento, haya devuelto de sí mismo tanto la naturaleza del pan como el don. Por lo tanto, porque la virtud de la naturaleza proporciona la verdad; veamos si es Dios verdadero, a quien Moisés significa como Dios: hablando después de un solo Dios, y del mismo Dios verdadero; para que no, sin interponer la promesa de la confirmación de un solo y verdadero Dios subsistiendo en el Padre y el Hijo, una peligrosa sospecha fatigue la inquietud de una expectativa pendiente.

4. El Hijo es probado como verdadero Dios por su poder de crear.---La creación del mundo, después de que se ha aceptado el conocimiento de Dios, significando que el Hijo de Dios es Dios, pregunto en qué se niega que sea verdadero Dios. No hay duda de que todo fue hecho por el Hijo. Porque todo, según el Apóstol, fue hecho por él y en él (Colosenses I, 16). Si todo fue hecho por él, y todo de la nada, y nada no fue hecho por él; pregunto en qué le falta la verdad de Dios, a quien no le falta ni la naturaleza ni el poder de Dios. Usó el poder de su naturaleza para que existieran las cosas que no existían y se hicieran las que le agradaban. Porque Dios vio que eran buenas.

5. La ley distingue solo las personas en el que dice y en el que hace. La naturaleza del que dice y del que hace es una. El Hijo de Dios no es un Dios falso o adoptivo.---La ley no introdujo otra significación que la de persona cuando dice: Y dijo Dios, hágase el firmamento (Génesis I, 6); y luego añade: Y Dios hizo el firmamento (Ibid., 7). Sin embargo, no distinguió el poder, ni separó la naturaleza, ni cambió el nombre en aquel en quien solo proporcionó la inteligencia del que dice, para traer la significación del que hace. La significación del que habla no quita la verdad de la naturaleza y del poder; más bien, con cuánta propiedad recomienda la misma verdad. Porque dar eficacia a lo dicho es propio de la naturaleza de aquel que puede realizar lo que dice. ¿En qué, entonces, no será verdadero aquel que hace, cuando es verdadero aquel que dice; cuando la verdad de lo dicho sigue a la verdad de lo hecho? Dios es quien dijo, Dios es quien hizo. Si en lo dicho (en aquel que dijo) hay verdad; pregunto por qué se niega en lo hecho (en aquel que hizo). A menos que tal vez aquí sea verdadero al decir, y no sea verdadero al hacer. Tenemos, por lo tanto, en el Hijo de Dios la verdad de la naturaleza de Dios. Es Dios, es creador, es Hijo de Dios, puede todo. Es poco que pueda lo que quiere, porque siempre la voluntad es poder; sino que también puede lo que se le dice. Porque es de poder perfecto que la naturaleza del que hace pueda lo que el discurso del que dice puede significar. Y así, cuando todo lo que se puede decir, también se puede hacer; la operación que se iguala a las palabras mantiene la naturaleza de la verdad.

Por lo tanto, el Hijo de Dios no es un Dios falso, ni un Dios adoptivo, ni un Dios llamado, sino un Dios verdadero. Y no es necesario demostrar algo en contrario por lo cual no sea Dios verdadero: porque me basta en él el nombre y la naturaleza de Dios. Porque es Dios, por quien fueron hechas todas las cosas. Esto me lo ha dicho la creación del mundo. Dios se iguala a Dios en nombre, la verdad se iguala a la verdad en obra. Así como hay significación de Dios poderoso en lo dicho, así hay inteligencia de Dios poderoso en lo hecho. Y después de esto pregunto, en la confesión del Padre y del Hijo, con qué autoridad se niega la verdad de la naturaleza, que tanto el poder del nombre como el nombre del poder han cumplido.

6. Las objeciones tomadas de los Evangelios se refutarán en otro lugar. Por qué. La verdad no se entiende, a menos que se demuestre que las objeciones son falsas. ---El lector debe recordar que no estoy olvidando ni desconfiando de las cuestiones que suelen plantearse, al guardar silencio sobre ellas ahora. Porque no es que lo que se suele decir: El Padre es mayor que yo (Juan XIV, 28), y otras cosas similares, sean desconocidas o no entendidas, para que no se enseñe por estas mismas la naturaleza del verdadero Dios en el Hijo: sino que el orden de nuestra respuesta debe ser el mismo que el de la proposición adversa; para que, siguiendo aquí los pasos de la impía enseñanza, esta predicación piadosa borre las señales de ese primer camino profano e irreligioso de la doctrina engañosa. Por lo tanto, posponiendo y reservando para el final los testimonios evangélicos y apostólicos, toda nuestra lucha contra los impíos será por ahora con la ley y los profetas, refutando por estos mismos dichos la falsedad y el engaño de su perversidad. Porque la verdad no puede entenderse de otra manera, que si se demuestra que son falsas las cosas que se oponen a la verdad; y esto con mayor deshonra para los mentirosos, si las mismas mentiras sirven para la verdad. Y ciertamente, en el juicio común de la opinión humana, es que las cosas falsas no se asocian con las verdaderas, ni estos géneros de cosas se contienen mutuamente con consentimiento: porque por la diferencia de género, la naturaleza adversa nunca permite que se unan las cosas disidentes, ni que las diversas consientan, ni que las ajenas sean comunes entre sí.

7. El Padre al decir Hagamos indica que es igual a aquel a quien lo dice.---Siendo así, pregunto cómo se entiende esta expresión entre el verdadero y el falso Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Génesis I, 26). Las palabras expresan un sentido, el sentido es el movimiento de la razón, la verdad incita el movimiento de la razón. Sigamos, pues, el sentido de las palabras, entendamos la razón a partir del sentido, y aprehendamos la verdad a partir de la razón. Porque a quien se le dice: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, pregunto en qué no es verdadero según aquel que lo dice: pues sin duda esta expresión proviene del afecto y sentido del que habla. Por lo tanto, quien dice Hagamos, indica que con él hay alguien para hacer que no disiente, no es ajeno, no es débil, sino que es poderoso para hacer aquello de lo que se habla. Por lo tanto, debe entenderse que quien habla, sintió esto porque lo dijo.

8. Al decir a nuestra imagen indica que tiene una sola naturaleza con el Hijo.---Para que se enseñara más plenamente la verdad de la naturaleza y de la operación; quien expresaba su sentido con palabras, también añadió la razón del sentido con la naturaleza y la verdad, diciendo a nuestra imagen y semejanza. ¿Dónde está aquí el falso Dios, a quien el verdadero Dios dice a nuestra imagen y semejanza? Nuestra no implica unión, no implica diversidad, no implica discreción. El hombre es hecho a la imagen común, según la verdad del discurso. La comunión no se ajusta al falso y al verdadero. Dios, que habla, habla a Dios: el hombre es creado a la imagen del Padre y del Hijo. El nombre no discrepa, la naturaleza no difiere. Porque hay una sola especie de imagen a la que el hombre fue creado. Y entre esto, ¿dónde se pierde la verdad, permaneciendo entre ambos la comunión de lo hecho y la verdad de la imagen común? Aún no es el momento de resolver esta cuestión: más adelante

demostraremos a qué imagen del Dios Padre y del Dios Hijo fue creado el hombre. Por ahora, mantenemos esto, si no es verdadero Dios aquel a quien el verdadero Dios dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Distingue, si puedes, en esta comunión de imagen lo verdadero y lo falso: y con furia herética corta estas cosas indivisibles. Porque son uno, de los cuales el hombre fue hecho ejemplo de una sola imagen y semejanza.

9. El hombre a ser hecho a la imagen del Padre y del Hijo es hecho a la imagen de Dios.---Pero sigamos el orden de la lectura, para que la verdad siempre coherente consigo misma no sea alterada por el obstáculo de la falsedad. Y Dios hizo al hombre; a imagen de Dios lo hizo (Génesis I, 27). La imagen es común: Dios hizo al hombre a imagen de Dios. Quien niega que el Hijo de Dios sea verdadero Dios, pregunto a imagen de qué Dios entiende que fue hecho el hombre por Dios. Sin embargo, recuerde siempre que todo fue hecho por el Hijo; no sea que la inteligencia herética se apropie la operación de Dios Padre. Si, por lo tanto, el hombre es creado a imagen de Dios Padre por el Hijo Dios, también es creado a imagen del Hijo: porque nadie niega que al Hijo se le dijo a nuestra imagen y semejanza. Por lo tanto, el discurso divino mantuvo la razón de la verdad en las palabras, que la obra cumplía en los hechos: para que Dios formara al hombre a imagen de Dios, para significar a Dios, y no quitar la verdad a Dios: ya que en la comunión de la imagen era verdadero Dios, quien en la obra de hacer se entendía como Dios Hijo.

10. Los herejes son reprendidos por las palabras.---¡Oh furor de mente desesperada! ¡Oh temeridad insensata de ciega impiedad! Oyes a Dios y a Dios, oyes nuestra imagen: ¿qué añades tú de verdadero y no verdadero? ¿qué insertas de natural y falso? ¿qué bajo el nombre de religión destruyes la religión? ¿qué por un solo Dios, y un solo Dios verdadero, intentas que no haya un solo Dios verdadero? Aún no sofoco tus espíritus insanos con las palabras evangélicas y apostólicas, en las que el Padre y el Hijo no son uno en persona, sino en naturaleza, ambos son un solo y verdadero Dios: por ahora, solo la ley te mata. ¿Acaso dice Dios verdadero y no Dios verdadero? ¿Acaso usó de otro modo en ambos que no fuera el nombre de la naturaleza? Dijo Dios y Dios, quien dijo un solo Dios. Pero ¿por qué digo solo que lo dijo? Proclamó Dios verdadero y Dios verdadero por la verdad de la imagen. Usó primero en la denominación el nombre de la naturaleza: luego usa en el género la verdad de la naturaleza. Porque quien es hecho, es creado según la imagen de ambos, no puede no consistir en lo verdadero, ya que ambos son verdaderos Dioses.

11. El Hijo, como persona distinta del Padre, fue llamado ángel de Dios; pero Dios en cuanto a la misma naturaleza. Por qué fue llamado ángel de Dios.---Pero sigamos ahora también por el camino de nuestra predicación, por el cual la santa ley enseñó sobre Dios. El ángel de Dios habla a Agar, y el mismo ángel es Dios. Pero tal vez por eso no es verdadero Dios, porque es ángel de Dios. Porque este nombre parece de naturaleza inferior: y donde hay denominación de género ajeno, allí se estima que no hay verdad del mismo género. Y ciertamente ya el libro anterior mostró la inanidad de esta cuestión. Porque en el ángel hay más bien inteligencia de oficio que de naturaleza. Y el profeta es mi testigo, diciendo: Quien hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego ardiente (Salmo CIII, 4). Por lo tanto, ese fuego ardiente son sus ministros: y el espíritu que viene, son sus ángeles. Porque por estos se muestra la naturaleza o el poder de los mensajeros, que son llamados ángeles, y de los ministros. Por lo tanto, aquí este espíritu se convierte en ángel, o este fuego ardiente en ministro de Dios: y esta naturaleza de ellos recibe el oficio de mensajero y ministro. Queriendo, por lo tanto, la ley, más bien por la ley Dios, indicar la persona del nombre paterno, habló del Hijo de Dios como ángel de Dios, es decir, mensajero de Dios. Porque atestigua la significación del oficio en el mensajero: pero confirmó la verdad de la naturaleza en el nombre, cuando dijo Dios. Pero aquí ahora es el orden de la dispensación, no del

género. Porque no predicamos otra cosa que al Padre y al Hijo: y así igualamos la naturaleza de los nombres, para que la verdad de Dios mantenga la generación del unigénito Dios del Dios innascible. Pero la significación del enviado y del que envía aquí no enseña otra cosa que al Padre y al Hijo, sin embargo, no quita la verdad de la naturaleza, ni en el Hijo destruye la propiedad de la divinidad nativa: porque nadie duda que la naturaleza del autor nace con la generación del hijo, para que de uno consista en uno, lo que por uno no se distingue de uno: y así son uno por lo cual uno es de uno.

12. Hilario, por el ardor de la fe, excede el objetivo.---¡Oh impaciente calor de la fe, y silencio incontinente del deseado discurso! Porque ya en el libro anterior excedimos el límite de la predicación establecida, cuando al refutar impíamente lo dicho por los herejes de un solo Dios, y enseñando que Moisés predicó a Dios y a Dios, descendimos con piadosa, aunque inconsiderada, prisa a la verdadera y religiosa confesión de un solo Dios: y ahora también, al demorarnos en el asunto de otra cuestión, no hemos mantenido el orden establecido; y mientras hablamos del verdadero Dios Hijo de Dios, hemos irrumpido con el ardor de un espíritu ferviente hasta la confesión del verdadero Dios en el Padre y el Hijo. Pero la verdad de nuestra fe se reservará para su tratado: que aunque ha comenzado para la seguridad del lector, sin embargo, debe ser tratada y completada más plenamente para la desesperación del contradictor.

13. El ángel a Agar se muestra como Dios por sus palabras y acciones.---Por lo tanto, el nombre del oficio no trae cambio de naturaleza: porque quien es ángel de Dios, es Dios. No sea en absoluto verdadero Dios, si no ha hablado y hecho las cosas de Dios. Porque aumenta a Ismael en una gran nación, y promete multiplicaciones de naciones a su nombre: y pregunto, si esto es obra de un ángel. Pero si es poder de Dios; ¿por qué quitas la verdad de la naturaleza, a quien no quitas el poder de la verdad? Por lo tanto, el poder de la naturaleza mantiene la fe de la verdad: y entre los sacramentos saludables de su dispensación al mundo, quien es verdadero Dios, no sabe ser alguna vez no verdadero Dios.

14. Quien es Dios, es verdadero Dios.---Y primero pregunto, ¿qué significación tiene Dios verdadero y no Dios verdadero? porque no entiendo la razón de esta expresión, si se me dice, Es fuego, pero no es verdadero fuego; o es agua, pero no es verdadera agua: y pregunto, ¿en qué la verdad del mismo género difiere de la verdad del mismo género? Porque lo que es fuego, no puede no ser verdadero: ni la naturaleza permaneciendo puede carecer de lo que es verdadero. Elimina de la agua lo que es agua: y por eso podrás abolir que no sea verdadera. Pero si el agua permanece, también es necesario que persista en eso para que sea verdadera. Así puede perecer la naturaleza, si no es: pero no puede no ser verdadera, si permanece. O el Hijo de Dios es verdadero Dios, para que sea Dios; o si no es verdadero Dios, no puede ser tampoco lo que es Dios: porque si no hay naturaleza, no le compete el nombre de la naturaleza; pero si en él está el nombre de la naturaleza, no puede faltarle la verdad de la naturaleza.

15. A quien Agar llamó Dios en forma de ángel, Abraham adoró en forma de hombre. Fue justificado adorando. Adoró al verdadero Dios.---Pero tal vez en eso, cuando el ángel de Dios es llamado Dios, se le concede el nombre de adopción, y es más bien denominación de Dios que verdad. Si poco demostró entonces la naturaleza de Dios en sí, cuando fue llamado ángel de Dios; entiende aún en el nombre inferior de naturaleza del ángel, si de sí mismo ha mostrado la verdad de Dios. Porque a Abraham le habló un hombre; pero Abraham adoró a Dios. Pero oh hereje pestilente, Abraham confesó a Dios, a quien tú niegas que es Dios. ¿Qué bendiciones prometidas a Abraham esperas impíamente? No es para ti aquel, como es, padre de las naciones: ni renaces en la familia de su simiente por las bendiciones de su fe. No eres

hijo de Abraham levantado de las piedras; sino que te manifiestas como nación de víboras, enemigo de tu propia confesión. No eres Israel de Dios, no eres sucesión de Abraham, no estás justificado por la fe: porque no has creído en Dios. Porque por esa fe fue justificado, y fue constituido Abraham padre de las naciones, por la cual adoró a Dios en quien había creído. Porque el bienaventurado y fiel patriarca adoró a Dios (Génesis XVIII, 14); y entiende qué verdadero Dios, a quien, como él mismo dijo de sí, no es imposible ninguna palabra. ¿O acaso no es posible toda palabra solo a Dios? ¿O a quien es posible toda palabra, pregunto qué le falta de verdadero Dios?

16. Reconoció al juez justo. Solo Dios es justo juez, según los mismos herejes.---Y pregunto, ¿quién es este Dios destructor de Sodoma y Gomorra? Porque el Señor hizo llover desde el Señor: ¿acaso no es verdadero Señor desde verdadero Señor? o ¿qué otra cosa que Señor desde Señor? o ¿qué más que significación de persona en Señor y Señor vas a añadir? Y recuerda que a quien conoces como el único verdadero Dios, a este mismo lo has profesado como el único justo juez. Y entiende que el Señor, que hizo llover desde el Señor, no matando al justo con el impío, juzgando toda la tierra, es tanto Señor como justo juez, y llovió desde el Señor. Y entre esto, a quien has dicho que es el único justo juez, pregunto. Porque el Señor hizo llover desde el Señor: y no negarás que este es el justo juez, quien hizo llover desde el Señor. Porque Abraham dijo, padre de las naciones, no ciertamente de los infieles: De ninguna manera harás esta cosa, que mates al justo con el impío, y será el justo como el impío. De ninguna manera, quien juzgas la tierra, harás este juicio (Génesis XVIII, 25). Por lo tanto, este Dios justo juez, es necesario que también sea verdadero Dios. Te tengo, impío, en tu propia mentira. Aún no presento al juez Dios desde los Evangelios: la ley me ha hablado del juez Dios. Quita al Hijo lo que es juez, para que quites lo que es verdadero Dios. Porque has profesado que el único verdadero Dios es el único justo juez: y a quien enseñas como justo juez, no puedes según tú negar que es verdadero Dios. Quien es juez, Señor es, poderoso para toda palabra es, es garante de bendiciones eternas, es juez de los piadosos e impíos, es Dios de Abraham, por él fue adorado: miente al menos algo por esta impía y estúpida impudencia de tu palabra, por lo cual no es verdadero.

17. Al Hijo le pareció a los Padres que nació sin daño de su naturaleza. Los sacramentos de la misericordia celestial no destruyen la verdad de la naturaleza, ni las apariencias que se adaptan a la visión de la fe engañan la fe de los santos. Los sacramentos de la ley prefiguran el misterio de la dispensación evangélica: para que el patriarca vea y crea lo que el Apóstol contempla y predica. Pues, siendo la ley sombra de lo futuro, la apariencia de la sombra expresa la verdad del cuerpo. Y Dios en el hombre es visto, creído y adorado, quien según la plenitud de los tiempos habría de nacer en el hombre. Pues para la visión se asume la apariencia de la verdad prefigurada. Sin embargo, bajo la ley, Dios fue visto en el hombre, no nació: pronto también lo que fue visto, nació. A la verdad del nacimiento se avanza con la familiaridad de la forma asumida para contemplar la apariencia. Allí el hombre es asumido para ser visto por Dios según la debilidad de nuestra naturaleza: aquí, por la debilidad de nuestra naturaleza, nace lo que fue visto. La sombra recibe el cuerpo (en tiempos evangélicos), la apariencia la verdad, y la visión la naturaleza. Sin embargo, Dios no se transforma a sí mismo cuando en el hombre se nos ve o nace, con la propiedad familiar entre sí de la visión y el nacimiento: para que lo que nació, sea visto; y lo que fue visto, nazca. Y como aún no es el momento de la comparación evangélica y profética, sigamos por ahora el orden instituido desde la ley. Pues, probando después por los Evangelios que el verdadero Hijo de Dios nació en el hombre, ahora enseñamos por la ley que el Hijo de Dios fue visto en la apariencia de hombre por los patriarcas. Pues cuando Abraham vio a un hombre, adoró a Dios, y fue proclamado juez: y cuando el Señor hizo llover desde el Señor, no se duda que lo

que el Señor hizo llover desde el Señor, la ley habla en señal del Padre y del Hijo: ni se debe pensar que el patriarca no sabía que adoraba al verdadero Dios, a quien adoraba entendiendo que era Dios.

18. Los herejes no comprenden la fe en el Verbo encarnado. Por qué los Evangelios provienen de la Ley. La impiedad de la incredulidad tiene una dificultad no pequeña para la comprensión de la verdadera fe. Pues la enseñanza de la doctrina religiosa no alcanza al sentido augusto por la irreligiosidad. De ahí que lo que Dios realizó al nacer en el hombre para el sacramento de la salvación humana, la mente irreligiosa no lo comprende: mientras no entiende que la obra de su salvación es el poder de Dios. Y al contemplar el parto del nacimiento, la debilidad de la infancia, el progreso de la niñez, la edad de la juventud, las pasiones del cuerpo, la cruz de las pasiones, y la muerte de la cruz, no perciben a través de esto al verdadero Dios; cuando esto en sí mismo generó a la naturaleza, lo que antes no era en la verdad de la naturaleza; de modo que no perdiera la verdad de la naturaleza, ni al hacerse hombre dejara de ser Dios, cuando quien es Dios comenzó a ser hombre: no entendiendo que no es sino por el poder del verdadero Dios que lo que no era, sea; ni sin embargo lo que era, deje de ser: cuando la asunción de la naturaleza débil no sería, sino por el poder de la naturaleza poderosa, que mientras permanecía en lo que era, podía sin embargo ser lo que no era. ¡Oh imprudencia herética, y necia sabiduría del mundo, que no entiende que el oprobio de Cristo es el poder de Dios, y que no siente que la necedad de la fe es la sabiduría de Dios! ¿Por qué, entonces, Cristo no es Dios para ti, porque quien era nace, porque quien es inmutable crece en edad, porque el impasible sufre, porque el viviente muere, porque el muerto vive, porque todo en él es contra la naturaleza? ¿Te pregunto qué otra cosa es esto, sino ser omnipotente, que es ser Dios? Aún no toco los sagrados y venerables Evangelios, para que de vosotros Cristo Jesús en estas pasiones sea Dios. Pues sois de la ley: y es necesario enseñar que por la asunción de la debilidad no pierde Dios ser quien es Dios. Pues el sacramento de vuestra fe ha testificado con el poder de sus misterios.

19. Jacob vio a Dios en la lucha, no con los ojos del cuerpo sino de la fe. Ven, ven ahora conmigo en el espíritu de tu fe contra los venenosos silbidos de la infidelidad, santo y bienaventurado patriarca Jacob, y fortaleciéndote en la lucha del hombre, suplica ser bendecido por el más fuerte (Gén. XXXII, 26). ¿Qué es esto, que ruegas al débil, que esperas del débil? A este a quien pides bendiciones, lo vences con tu abrazo más fuerte. Las obras de tu cuerpo difieren de las de tu mente: pues sientes algo diferente de lo que haces. Tienes en el gesto de tu lucha a un hombre débil: pero este hombre para ti es el verdadero Dios, no por denominación, sino por naturaleza. No pides, patriarca, ser bendecido con bendiciones adoptivas, sino verdaderas. Luchas con un hombre: pero ves a Dios cara a cara (Ibid., 30). No ves esto con los ojos de tu cuerpo, lo que sientes con la visión de tu fe. El hombre es débil según tú: pero tu alma según la visión ha sido salvada por Dios. Eres Jacob en la lucha: después de la fe de la bendición pedida eres Israel (Ibid., 28; ver Tr. Sal. LII, n. 21). Se te somete según la carne el hombre, al misterio de la pasión en la carne: no ignoras a Dios en la debilidad de la carne, al sacramento de la bendición en el Espíritu. Ni la apariencia impide que la fe permanezca; ni la debilidad desvía que se pida la bendición. Ni el hombre impide que quien es hombre, sea Dios: ni quien es Dios, no sea verdadero Dios; porque no puede no ser verdadero Dios, quien es Dios, tanto bendiciendo como transfiriendo y denominando.

20. El Hijo se muestra verdadero Dios en otra visión de Jacob. Dios no se entiende sino por Dios. La sombra de la ley aún mantiene el orden del sacramento evangélico, y con sus misterios prefigura la verdad de la doctrina apostólica, emulando la verdad. En la visión del sueño, el bienaventurado Jacob vio a Dios (Gén. XXVIII, 13): en el sueño hay revelación del sacramento, no contemplación corporal. Pues se muestra el descenso y ascenso de los ángeles

por la escalera al cielo, y Dios se muestra sobre la escalera, y la interpretación de la visión profetizó la revelación del sueño. Pues al patriarca se le muestra que el lugar de la visión es la casa de Dios y la puerta del cielo (Ibid., 17). Y después de mucha narración de sus hechos sigue: Y Dios dijo a Jacob, levántate y sube al lugar de Betel, y habita allí, y haz allí sacrificio a Dios, que se te apareció cuando huías de la presencia de Esaú (Gén. XXXV, 1). Si la fe evangélica tiene acceso a Dios Padre por Dios Hijo, y no se puede entender a Dios sino por Dios; ahora Dios, que reclama el honor de Dios que está sobre la escalera del cielo, enseña cómo no es verdadero. ¿O qué diversidad de naturaleza hay en ambos, donde el nombre es uno y el mismo de la misma naturaleza? Dios fue visto, Dios habla del Dios visto. No se puede entender a Dios sino por Dios, así como tampoco recibe honor de nosotros Dios sino por Dios. Pues no se entenderá que debe ser honrado, a menos que este enseñe que debe ser honrado: ni se sabrá que es Dios, a menos que este Dios sea conocido. La dispensación de los sacramentos tiene su orden. Somos enseñados al honor de Dios por Dios. La naturaleza mantiene su nombre: no es otro que Dios cada uno. Y entre el nombre de una naturaleza del Padre y del Hijo, pregunto cómo el Hijo de Dios puede degenerar de sí mismo, para que no sea verdadero.

21. Para esto no basta la doctrina secular ni la inocencia de vida. No se debe pensar de Dios con juicios humanos. Pues no tenemos tal naturaleza que se eleve por sus propias fuerzas al conocimiento celestial. Debe aprenderse de Dios lo que debe entenderse de Dios: porque no se conoce sino por su propio autor. Aunque esté presente la elaborada enseñanza de la doctrina secular, esté presente la inocencia de vida: estas cosas ciertamente contribuyen a la gratificación de la conciencia, pero no alcanzarán el conocimiento de Dios. Moisés, adoptado como hijo de la reina, y educado en todas las doctrinas de los egipcios (Hechos VII, 22), aunque por afecto natural vengó la injuria del hebreo con la muerte del egipcio (Éxodo II, 12), sin embargo, no conocía al Dios de las bendiciones paternas. Pues dejando Egipto por miedo al asesinato descubierto, cuando era pastor de ovejas en la tierra de Madián, viendo el fuego en la zarza sin que la zarza se consumiera, oyó a Dios, preguntó su nombre, y conoció su naturaleza (Éxodo III, 1 y ss.). Pues estas cosas no podrían haber sido conocidas de Dios, sino por Dios. Por tanto, no se debe hablar de Dios de otra manera que como él mismo ha hablado de sí mismo para nuestra comprensión.

22. El Hijo habló desde la zarza, y es verdadero Dios. El ángel de Dios es quien apareció en el fuego desde la zarza: y desde la zarza en el fuego Dios habla. Tienes la dispensación en el ángel, porque en el ángel hay oficio, no naturaleza: tienes en el nombre de la naturaleza a Dios, porque el ángel de Dios es Dios. Pero tal vez no es verdadero. ¿Acaso no es verdadero el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? Pues el ángel que habla desde la zarza es Dios para siempre. Y para que no tomes ocasión de un nombre adoptivo, habla a Moisés aquel Dios que es. Pues así está escrito: Y el Señor dijo a Moisés: Yo soy el que soy. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: El que es, me ha enviado a vosotros (Éxodo III, 14). El discurso comenzó por el ángel de Dios; para que se entienda el sacramento de la salvación humana en el Hijo: el mismo es el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob; para que sea el nombre de su naturaleza: luego envía a Israel el Dios que es; para que se entienda verdaderamente ser lo que es Dios.

23. Tampoco es falso quien dio la ley. ¿Qué dices a esto, ineficaz necedad de la impiedad herética, con espíritu insensato mientes, y contra el conocimiento de tantos patriarcas siembras cizaña que será quemada entre el trigo de la noble semilla? Pero si creyeras a Moisés, creerías también al Hijo de Dios: a menos que tal vez niegues que Moisés habló de él. Cuando quieras negarlo, oirás las palabras de Dios: Porque si creyerais a Moisés, creeríais también a mí; porque de mí escribió él (Juan V, 46). Te acusará claramente, te acusará él con

todo el volumen de la ley, que recibió dispuesta por el Mediador a través de los ángeles. Y pregunta si quien dio la ley es verdadero Dios, cuando ciertamente es el Mediador quien la dio. ¿O acaso no sacó Moisés al pueblo al encuentro de Dios al monte (Éxodo XIX, 17)? ¿O acaso no descendió Dios al monte (Ibid. 20)? ¿O tal vez esto es falso y es un nombre adoptivo más que de su naturaleza? Entiende las trompetas resonantes, las llamas de las antorchas, el humo de los hornos que sube del monte, y el temblor de la debilidad humana consciente del advenimiento de Dios, y la muerte confesada por el pueblo bajo la voz de Dios, rogando a Moisés que hable (Éxodo XX, 19). ¿Para ti, hereje, no es verdadero Dios, aquel cuya sola voz Israel temió tanto que moriría, y cuya voz la debilidad humana no soportó? ¿Para ti, por eso no es Dios, porque para que oyeras y vieras, habló a través de la debilidad del hombre? Moisés subió al monte (Ibid. 24); adquirió el conocimiento de los sacramentos divinos y celestiales en el tiempo de cuarenta días y noches, instituyó todo según la apariencia de la verdad mostrada a él en el monte, por la familiaridad del Dios que le hablaba, recibió la gloria de la claridad inconspicua, testifica a Dios, habla de Dios, con alegría de las naciones convoca a los ángeles de Dios para adorarle, imparte las bendiciones agradables de José a su cabeza (Deut. XXXIII, 16): y después de esto, con el nombre concedido solo a él, ¿se atreve alguien a negar que es verdadero?

24. Resumen de lo que hasta ahora se ha probado en este libro. Ahora, porque creemos que con todo este discurso nuestro se ha demostrado que no hubo ninguna razón interpuesta para la inteligencia, para que Dios verdadero y Dios falso cayeran en el sentido de la mente humana, cuando la ley habló de Dios y Dios, y del Señor y el Señor; ni hubo diversidad significada en los nombres y naturalezas, para que no pudiera entenderse según el nombre de la naturaleza y la naturaleza del nombre; cuando el poder de Dios, la potestad de Dios, la obra de Dios, el nombre de Dios estaba en aquel a quien la ley proclamaba Dios: que según la distribución del sacramento evangélico, para la significación de la persona, mostrara tanto a Dios obediente a las palabras de Dios en la creación del mundo, como a Dios creador común consigo y de la imagen de Dios en la formación del hombre, y al juez Señor desde el Señor en el juicio de los sodomitas, y al ángel de Dios Dios en la concesión de bendiciones y en la determinación de los misterios de la ley: para que a la confesión salvadora en Dios Padre y en Dios Hijo, Dios siempre mostrado, enseñara la verdad de la naturaleza con el mismo nombre de la naturaleza, cuando la ley significando a ambos como Dios, no dejara ambigüedad de la verdad.

25. Se responde a los herejes que niegan que el Hijo sea verdadero Dios. El Hijo es verdaderamente lo que nació. Ya es tiempo de que lo que la ley enseñó piadosa y religiosamente, no permitamos que se predique impíamente por el robo de la necedad herética, que al negar al Hijo de Dios comenzó así: Escucha, Israel, el Señor tu Dios es uno (Deut. VI, 4). Y porque su impiedad peligraría en el nombre, cuando la ley había hablado de Dios y Dios; para negar la naturaleza del nombre por la autoridad de la palabra profética, añadió: Te bendecirán al Dios verdadero (Isaías LXV, 16): para que por eso la ley hablara de un solo Dios, y fuera en el Hijo de Dios Dios nombre más que verdad, entendiendo un solo Dios verdadero. Y tal vez piensas que contradicimos tus palabras, oh necio, para que neguemos un solo Dios verdadero. No, ciertamente no negamos según tú (es decir, como tú) confesando. Pues esta es nuestra fe, esta es nuestra conciencia, este es nuestro discurso. Pero entendemos a Dios uno, y el mismo Dios verdadero. Ni nuestra confesión peligra en el nombre, que en la naturaleza del Hijo predica a un solo y verdadero Dios. Aprende la inteligencia de tu confesión, y conoce a un solo y verdadero Dios, para que piadosamente prediques a un solo y verdadero Dios. Pues llevas a tu impiedad la profesión de nuestra religión: y niegas lo que es, mientras no niegas lo que es. Así engañas a la necia sabiduría,

para que destruyas la verdad con la apariencia de la verdad. Confiesas un solo Dios verdadero, para que niegues un solo Dios verdadero. Pues tu profesión se considera piadosa, porque es más impía; así verdadera porque es falsa. Así predicas a un solo y verdadero Dios, para que no sea. Pues niegas que el Hijo de Dios sea verdadero Dios, aunque no niegas que sea Dios; sin embargo, confesando que es Dios no por naturaleza, sino por nombre. Si su nacimiento es más de nombre que de verdad, puedes quitarle la verdad al nombre: pero si verdaderamente nació Dios, pregunto cómo puede no ser verdaderamente lo que nació. O niega que sea, para que no sea; o si es, ¿cómo lo que es no será, cuando lo que es no puede ser, para que no sea? Y sobre el nacimiento habrá pronto discurso. Sin embargo, por ahora con la confesión profética convenceré la impiedad de tu mentira sobre la verdad de la naturaleza de Dios; sin embargo, para que no se atreva la herejía de Sabelio, que profesó al Padre y al Hijo como uno mismo, a reclamar que predicamos a un solo y verdadero Dios, ni tú mientas sobre la verdad del Hijo de Dios predicando a un solo Dios verdadero.

26. Los herejes citando subrepticiamente la Escritura interpolada son refutados. La impiedad no tiene en sí misma nada de sabiduría: y el temor de Dios, que es el principio de la sabiduría, donde falta, lleva consigo todo principio de prudencia. Pues para debilitar la fe en el verdadero Dios en el Hijo se cita el discurso profético, donde se dijo: Y te bendecirán al Dios verdadero. Primero fue esta necedad de la impiedad, para que lo que se dijo antes (suplemento, por el mismo profeta) o no se entendiera; o si se entendía, se callara. Luego, ¿a qué fraude se dirigió con la adición de una sílaba, que no está en los libros: usando la mentira de su necedad, como si a sus palabras debiera darse tal fe, que no se considerara necesario buscar la misma autoridad de las palabras proféticas? Pues no está escrito así: Te bendecirán al Dios verdadero (Isaías LXV, 16): sino Bendecirán al Dios verdadero. Pues no es pequeño el momento de ambigüedad entre te al Dios verdadero, y al Dios verdadero. Pues parece ser de otra persona el pronombre, donde está te: pero donde no está la sílaba del pronombre, allí se refiere al autor de la palabra y al nombre.

121 27. De la misma manera que insinuaban lo falso, se muestra que el Hijo es el verdadero Dios. La Escritura aquí proclama al Hijo como Dios y, contrariamente a la costumbre, añade "verdadero", porque habría quienes no lo entenderían. Y para que la razón de la verdad entendida sea completa, se citarán las palabras sólidas del profeta. Por eso dice el Señor: "He aquí que los que me sirven comerán; pero vosotros tendréis hambre: he aquí que los que me sirven beberán; pero vosotros tendréis sed: he aquí que los que me sirven se regocijarán con alegría; pero vosotros clamaréis por el dolor de vuestro corazón y aullareis por la tribulación del espíritu. Porque dejaréis vuestro nombre en alegría a mis elegidos, pero el Señor os matará. A los que me sirven se les dará un nuevo nombre que será bendecido sobre la tierra: y bendecirán al Dios verdadero, y los que juran sobre la tierra jurarán por el Dios verdadero" (Isaías LXVII, 13 y ss.). Nunca es sin motivo cuando se excede la costumbre de la predicación: y la razón de la novedad introduce la razón de la falsedad. Pues cuando antes habían existido tantas profecías sobre Dios, y para demostrar la dignidad y naturaleza de Dios se había mencionado el simple y único nombre de Dios; es necesario preguntar por qué razón ahora, a través de Isaías, el Espíritu de la profecía habla de bendecir al Dios verdadero y de jurar sobre la tierra por el Dios verdadero. Y primero debemos saber que este discurso anuncia cosas del tiempo futuro. Y pregunto si no es Dios verdadero aquel que, según la opinión de los judíos, era bendecido y jurado. Pues los judíos, ignorando el misterio del sacramento de Dios, y por ello ignorando al Hijo de Dios, veneraban solo a Dios, no también al Padre (V. l. III, n. 17). Porque ciertamente, venerando al Padre, venerarían también al Hijo. Así que estos bendecían a Dios y juraban por Él. Pero el profeta testifica que se debe bendecir al Dios verdadero: proclamando al verdadero Dios porque, por el misterio del cuerpo

asumido, no todos entenderían en Él la verdad de Dios. Y fue necesario confirmar lo verdadero donde estaba a punto de surgir la afirmación de lo falso. Y repasemos cada una de las sentencias de las mismas palabras.

28. Esta profecía significa algo presente y algo futuro. Lo que es presente se refiere a Israel carnal; lo que es futuro, al espiritual. Por eso dice el Señor: "He aquí que los que me sirven comerán; pero vosotros tendréis hambre: he aquí que los que me sirven beberán; pero vosotros tendréis sed" (Isaías LXV, 13). Reconoce en la misma declaración el significado de ambos tiempos, para que comprendas el sacramento de la era. Porque los que me sirven comerán. La religión presente es recompensada con premios futuros: de modo que la impiedad de los presentes es consumida por el castigo de la sed y el hambre futuras. Luego añadió: "He aquí que los que me sirven se regocijarán con alegría; pero vosotros clamaréis por el dolor de vuestro corazón y aullareis por la contrición del espíritu" (Ibid., 14). Según el sentido anterior, también ahora se demuestra el tiempo futuro y presente: para que los que sirven se regocijen con alegría; pero los que no sirven permanezcan en clamor y aullido por el dolor del corazón y la contrición del espíritu. Luego añadió: "Porque dejaréis vuestro nombre en alegría a mis elegidos, pero el Señor os matará" (Ibid., 15). El discurso es para el Israel carnal con el significado del tiempo futuro, al que se le reprocha que dejará su nombre a los elegidos de Dios. Pregunto, ¿cuál es este nombre? Sin duda, Israel, a quien entonces se dirigía el discurso. Luego pregunto, ¿quién es hoy Israel? Y ciertamente el Apóstol testifica: "El que es en espíritu, no en letra, el que procede según la regla de Cristo, son el Israel de Dios" (Rom. II, 29).

29. El Hijo es mostrado por Isaías como el verdadero Dios con un triple título. El nombre cristiano es nuevo. Además, cuando se ha dicho anteriormente: "Por eso dice el Señor"; debe entenderse por qué sigue esto: "Pero el Señor os matará"; luego, después de esto, qué significa este discurso: "A los que me sirven se les dará un nuevo nombre que será bendecido sobre la tierra" (Ibid. 16). ¿Acaso hay ambigüedad en lo que se ha dicho: "Por eso dice el Señor", y en lo que sigue: "Pero el Señor os matará", que se ha demostrado que quien habla y quien matará no se entiende que sea otro que el Señor; quien después recompensará a los que le sirven con un nuevo nombre, y no se ignorará que ha hablado en los profetas y será el juez de los piadosos e impíos? Por lo tanto, el resto del discurso explicó el misterio del sacramento evangélico, para que no pueda haber ambigüedad en el Señor que habla y en el Señor que mata: "A los que me sirven se les dará un nuevo nombre que será bendecido sobre la tierra". Todo este discurso es del tiempo futuro. ¿Y cuál es este nuevo nombre de religión que será bendecido sobre la tierra? Si desde los siglos la bienaventuranza del nombre cristiano existió antes, ahora no es nuevo. Pero si este nombre nuevo es santificado por nuestra piedad en Dios, esta novedad de profesión es ciertamente la recompensa de las bendiciones celestiales sobre la tierra.

30. Lo que debe entenderse de Cristo, "y bendecirán al Dios verdadero". Ahora bien, el discurso siguiente confirma la conciencia de toda nuestra fe, diciendo: "Y bendecirán al Dios verdadero, y los que juran sobre la tierra jurarán por el Dios verdadero". Ciertamente, estos bendecirán al Dios verdadero, cuyo nuevo nombre está en el servicio de Dios: luego, el Dios por quien se jurará es el Dios verdadero. ¿Acaso hay ambigüedad sobre quién será jurado, quién será bendecido, por quien el nuevo nombre bendecido será para los que le sirven? La fe absoluta del discurso eclesiástico se mantiene conmigo contra tu impía predicación, hereje, del nuevo nombre por ti, Cristo, y por la profesión de servicio bendecida por ti sobre la tierra, jurando que eres el verdadero Dios. Porque toda boca de los creyentes, Cristo, te proclama Dios. Toda la fe de los creyentes te jura Dios, confesando que eres el verdadero Dios, proclamando que eres el verdadero Dios, consciente de que eres el verdadero Dios.

31. Lo mismo se ilustra a partir de las palabras anteriores del profeta. Aunque, por tanto, todo este discurso profético no ha dejado ninguna dificultad, para que se entienda que ha significado a Dios, y a quien se sirve con el nuevo nombre, y por quien la novedad de ese nombre es bendecida en la tierra, y quien es bendecido como el verdadero Dios, y quien es jurado como el verdadero Dios; todo lo cual, según la plenitud de los tiempos, la fe piadosa de la Iglesia profesa en el Señor Cristo con religión (y así se ha adaptado el discurso profético en él, para que la significación de otra persona no se altere con la adición de un pronombre. Porque si hubiera añadido "tú, el verdadero Dios", el discurso podría haberse referido a otro del que habla: pero cuando dice "el verdadero Dios", dejó la comprensión de la significación al que habla): y aunque no hay ambigüedad sobre a quién se refiere el presente discurso; sin embargo, las palabras conectadas anteriormente demuestran de quién debe entenderse esta profesión. Porque dice: "Me manifesté a los que no preguntaban por mí, y fui hallado por los que no me buscaban. Dije: 'Aquí estoy' a una nación que no invocó mi nombre. Extendí mis manos todo el día a un pueblo incrédulo y contradictor" (Isaías LXV, 1, 2). ¿Acaso la falsedad impía de la predicación furtiva está en la oscuridad, y se ignorará quién es el verdadero Dios que dice estas cosas? Pregunto, ¿quién se manifestó a los que no preguntaban, y quién fue hallado por los que no buscaban? ¿Y quién es de las naciones que no invocaron antes su nombre? ¿Y quién extendió sus manos todo el día a un pueblo incrédulo y contradictor? Compara con esto el sagrado y divino Cántico de Deuteronomio (Deut. XXXII, 21), en el que, exacerbado por no dioses, Dios incita a los infieles a celos sobre una no nación y una nación insensata: y entiende quién se manifiesta a los ignorantes, y quién es apropiado por los ajenos, y quién extendió sus manos ante un pueblo incrédulo y contradictor, clavando en la cruz el manuscrito del edicto anterior. Porque aquí el Espíritu del profeta dijo a través del discurso continuo y conectado en orden: "A los que me sirven se les dará un nuevo nombre que será bendecido sobre la tierra, y bendecirán al Dios verdadero: y los que juran sobre la tierra jurarán por el Dios verdadero" (Isaías LXV, 16).

32. Pablo interpreta las palabras de Isaías sobre el Hijo. Si esta impiedad y herejía, para engañar a los ignorantes y más simples, miente diciendo que estas palabras se han dicho desde la persona de Dios Padre, para que no se pueda entender que se refieren al Hijo de Dios: que escuche la acusación de su mentira por parte del apóstol y doctor de las naciones; predicando que todas estas cosas se refieren al sacramento de la pasión del Señor y a los tiempos de la fe evangélica, cuando reprocha la incredulidad de Israel que no entiende la venida del Señor en la carne. Porque dice así: "Porque todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo. ¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito: '¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas!' (Isaías LII, 7): Pero no todos obedecen al Evangelio. Porque Isaías dice: 'Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?' (Isaías LIII, 1). Así que la fe es por el oír, y el oír por la palabra. Pero digo, ¿acaso no han oído? Al contrario, por toda la tierra ha salido su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras. Pero digo: ¿Acaso Israel no lo supo? Primero Moisés dice: 'Yo os provocaré a celos con una no nación, con una nación insensata os irritaré'. Pero Isaías se atreve y dice: 'Me manifesté a los que no preguntaban por mí, fui hallado por los que no me buscaban' (Isaías LXV, 1). Pero a Israel dice: 'Todo el día extendí mis manos a un pueblo desobediente' (Rom. X, 13 y ss.). ¿Quién, habiendo salido de los círculos del cielo, ya sea incorpóreo o corpóreo, ha sido un intérprete más fiel que Pablo de las palabras proféticas (II Cor. XII, 2)? ¿Quién, habiendo oído los inenarrables misterios celestiales y guardado silencio, ha predicado estas cosas con mayor confianza de la ciencia revelada por Dios? ¿Quién, reservado para la plenitud de la pasión del

Señor en la cruz, habiendo sido arrebatado antes al paraíso, ha enseñado mejor sobre las Escrituras divinas como vaso de elección, sin saber que estas cosas han sido dichas y hechas por el verdadero Dios, y predicadas para la comprensión del verdadero Dios por su verdadero y elegido apóstol?

33. Pablo interpreta a Isaías a partir de las palabras de Isaías. Isaías vio a Dios, y no vio a otro que al Hijo. A menos que el Apóstol, al usar las palabras proféticas no tomadas del espíritu de la profecía, sea un intérprete temerario de un discurso ajeno. Todo lo que el Apóstol dice es por revelación de Cristo: pero conoce las palabras de Isaías a partir de las palabras del mismo Isaías. Porque al comienzo de su discurso, en el que el verdadero Dios debe ser bendecido y jurado por los que le sirven, se lee esta oración del profeta: "Desde la antigüedad no hemos oído, ni nuestros ojos han visto a Dios fuera de ti, y tus obras que harás para los que esperan tu misericordia" (Isaías LXIV, 4). Isaías habla, diciendo que no ha visto a otro Dios fuera de este. Porque vio la gloria de Dios, cuyo misterio de encarnación de la virgen había predicho. Y si tú, hereje, ignoras que en esa gloria vio al unigénito Dios; escucha al evangelista Juan diciendo (XII, 41): "Estas cosas dijo Isaías cuando vio su gloria, y habló de él" (Isaías VI, 1). Aquí, con las palabras apostólicas, evangélicas y proféticas, eres condenado, impío hereje. Porque Isaías vio a Dios; y aunque está escrito: "A Dios nadie le ha visto jamás, sino el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer" (Juan I, 18); sin embargo, el profeta vio a Dios, y contempló su gloria hasta la envidia de la dignidad profética. Pues por esta causa fue llevado a juicio de muerte por los judíos.

126 34. Se muestra más claramente que Isaías proclamó al Hijo como el verdadero Dios. El engaño de los herejes que lo niegan. Por tanto, a Dios nadie lo ha visto, el unigénito Hijo que está en el seno del Padre lo ha dado a conocer. O disuelve la revelación del unigénito, o cree en quien fue visto, quien se manifestó a los que no lo entendían, y se hizo de las naciones que no lo invocaban, y extendió sus manos ante un pueblo contradictor: de tal manera que a los que le sirven se les llame con un nuevo nombre, y en la tierra se bendiga y se jure por el verdadero Dios. La profecía habla, el Evangelio testifica, el Apóstol interpreta, la Iglesia confiesa que es el verdadero Dios quien fue visto; aunque nadie confiese que el Padre Dios fue visto: y la locura de la herejía ha estallado en tal furor que, mientras simula confesar, lo niega. Porque lo niega con un nuevo e impío consejo de confesión; y con un arte engañoso, mientras finge la fe, la elude. Porque al confesar un solo Dios, el mismo verdadero y único justo, único sabio, único inmutable, único inmortal, único poderoso, se somete también al Hijo en la diversidad de sustancia, no nacido de Dios en Dios, sino asumido en el Hijo por creación, no teniendo el nombre de naturaleza, sino habiendo obtenido el nombre de adopción; es necesario que el Hijo carezca de todas estas cosas que se predican como privilegio de la majestad solitaria en el Padre.

35. Los arrianos no conocen al único verdadero Dios. Por qué. Lo que se ha logrado en los dos libros anteriores, lo que se debe lograr ahora. La perversidad herética no sabe ni confiesa al único verdadero Dios; y fuera del sentido de impiedad, esta confesión es tanto fe como inteligencia. Primero se debe confesar al Padre y al Hijo, para que se pueda entender al único verdadero Dios: y conocidos los sacramentos de la salvación humana, que en nosotros se consuman por la virtud de la regeneración en el Padre y el Hijo, se deben seguir los misterios de la ley y los profetas. La impiedad ignorante de la predicación evangélica y apostólica no comprende al único verdadero Dios. Aunque proporcionaremos su comprensión hasta la profesión más absoluta de la verdadera piedad, a partir de sus propias doctrinas, para que el unigénito, indiviso e inseparable, no se entienda por persona, sino por naturaleza, subsistiendo del Padre; y por ello sea un solo Dios, porque es Dios de la naturaleza de Dios: sin embargo, la fe de esta unidad perfecta debe construirse a partir de las palabras proféticas,

y aquí deben colocarse los cimientos de la casa evangélica; para que por la misma naturaleza de la divinidad de uno, se entienda que es un solo Dios porque no se refiere a otro Dios. Hemos mantenido en todo este libro de nuestro discurso ese orden, para que en los mismos en los que en el libro anterior habíamos enseñado que el Hijo es Dios, ahora mostremos que es el verdadero Dios. Y, como espero, la conclusión de todas las palabras fue tal que se entendiera que es el verdadero Dios, quien no se negaba que fuera Dios. Pero ahora todo el discurso restante avanzará para que quien se entiende que es el verdadero Dios, no se considere como otro Dios; y lo que no se refiere a otro, se entienda como uno: pero ese uno no destruya la naturaleza subsistente en el Hijo, sino que conserve en Dios y en Dios la naturaleza de Dios como uno.

36. Lo que de Moisés se entiende que el Hijo es uno con el Padre. La razón de la verdad exige que se tome el comienzo de esta inteligencia de aquel por quien Dios comenzó a manifestarse al mundo, Moisés, por cuya boca el unigénito Dios ha profesado estas cosas de sí mismo: "Ved, ved que yo soy Dios, y no hay Dios fuera de mí" (Deut. XXXII, 39). Y para que la impiedad herética no refiera la virtud de esta declaración al Padre innascible Dios; tanto la razón de la declaración como el Apóstol como autor se oponen, quien es el intérprete de toda esta declaración desde la persona del unigénito Dios, como hemos enseñado anteriormente (lib. IV, n. 33), y ha demostrado que lo que se ha dicho: "Alégrense, naciones, con su pueblo" (Deut. XXXII, 43; y Rom. XVII, 10), es propio de él, añadiendo a la fe de la declaración: "Y será la raíz de Isaí, y el que se levantará para gobernar las naciones, en él esperarán las naciones" (Ibid., 12). Por lo tanto, habiendo demostrado por Moisés a aquel que había dicho: "No hay Dios fuera de mí", en lo que dice: "Alégrense, naciones, con él"; y el Apóstol entendiendo lo mismo en nuestro Señor Jesucristo, el unigénito Dios, en quien según la carne, levantándose de la raíz de Isaí, el rey de las naciones es la esperanza, ahora debe tratarse la razón de la declaración misma, para que, aunque no se dude que se ha dicho, se pueda entender en qué sentido se ha dicho.

37. Que Dios es de Dios y en la misma naturaleza.---El verdadero, absoluto y perfecto sacramento de nuestra fe es confesar a Dios de Dios, y a Dios en Dios; no de modos corporales, sino con virtudes divinas; ni por transfusión de naturaleza en naturaleza, sino por misterio y poder de la naturaleza. Pues Dios no es Dios por separación, extensión o derivación de Dios, sino que subsiste por la virtud de la naturaleza en la misma naturaleza por nacimiento. Un libro que interprete claramente las palabras evangélicas y apostólicas hablará de estas cosas: pero mientras tanto, esto que hablamos y creemos debe enseñarse desde la ley y los profetas. Por lo tanto, el nacimiento de Dios no puede dejar de mantener la naturaleza de la que procede. Pues no subsiste otra cosa que Dios, que no subsiste de otra parte que de Dios. Sin embargo, la misma naturaleza no es que haya nacido el que engendró (pues ¿cómo será él mismo, si ha sido engendrado?), sino que en estos mismos subsiste el que ha sido engendrado, que es todo él mismo el que engendró: porque no es de otra parte lo que ha sido engendrado. Y por esto no se refiere a otra cosa, lo que subsiste en uno de uno: ni es nuevo en sí, lo que vive de lo vivo: ni está ausente de sí, lo que vivo engendró en vivo. Y así en la generación del Hijo, Dios incorpóreo e inmutable sigue su naturaleza, engendrando a Dios incorpóreo e inmutable: ni la perfecta natividad de Dios incorpóreo e inmutable abandona su naturaleza de Dios incorpóreo e inmutable, por esto ciertamente el sacramento de Dios subsistente de Dios. Así lo testifica el unigénito Dios por medio del santo Moisés: Ved, ved, que yo soy el Señor, y no hay Dios fuera de mí (Deut. XXXII, 39). Pues no hay otra naturaleza de divinidad, para que haya algún Dios fuera de sí. Pues aunque él mismo es Dios, también por la virtud de la naturaleza en él es Dios. Y por lo que él mismo es Dios y en él es

Dios, no hay Dios fuera de él: ya que no existe de otra parte lo que es Dios, y en él es Dios, teniendo en sí tanto lo que él mismo es, como de lo que él mismo subsiste.

38. La indivisible divinidad del Padre y del Hijo según Isaías.---Confirma además la verdadera y saludable profesión de nuestra fe el mismo y único Espíritu de profecía en muchos, no cambiando la predicación de la doctrina religiosa a través de sucesiones e intervalos de tiempos. Pues para que lo dicho por Moisés en persona del unigénito Dios se confirmara con un progreso más pleno para entender; nuevamente el mismo Espíritu de profecía habla por Isaías en el discurso de Dios Padre en persona de hombres excelsos: Porque en ti está Dios, y no hay fuera de ti Dios. Tú eres Dios, y no lo sabíamos, Dios, salvador de Israel (Isaías XLV, 14, 15). Que se manifieste en esta profesión inseparable de naturaleza y nombre la desesperada furia de la impiedad herética: y que, si puede, con su rabiosa boca de vesania, desgarre estas cosas unidas en palabras y hechos. En Dios está Dios, y fuera de él no hay Dios; disuelva al que está en él, de aquel en quien está: y divida la inteligencia de este sacramento por la variedad de géneros. Pues en lo que dice, En ti está Dios, enseñó la verdad de la naturaleza de Dios Padre en Dios Hijo, cuando en él se entendía que estaba Dios quien es Dios. En lo que añadió: Y fuera de ti no hay Dios: mostró que fuera de él no hay Dios, porque en sí Dios está Dios. Esto que es tercero, Tú eres Dios, y no lo sabíamos, testifica la piadosa y fiel profesión de la inteligencia humana, que conociendo los misterios del nacimiento, y anunciado el nombre (Emmanuel) a José por el Ángel, confesara, Tú eres Dios, y no lo sabíamos, Dios salvador de Israel: entendiendo la naturaleza de Dios subsistente en él, cuando en Dios está Dios, y fuera de él que es Dios no hay otro Dios: porque él mismo es Dios, y en él está Dios, no dejando a nosotros el error de ningún otro Dios. Y esto ciertamente Isaías, testificando la indivisible e inseparable divinidad del Padre y del Hijo, así profetizó.

39. Lo mismo se demuestra por Jeremías.---Jeremías, por su parte, con no menor virtud profética, enseñó que el unigénito Dios es de naturaleza indistinta del Dios Padre, diciendo: Este es nuestro Dios, y no se le atribuirá otro. Él encontró toda la vida del conocimiento, y la dio a Jacob su siervo, y a Israel su amado. Después de esto fue visto sobre la tierra, y convivió entre los hombres (Baruc. III, 36). ¿Por qué supones heréticamente otro Dios en el Hijo de Dios? Aprende a entender y confesar un solo Dios verdadero. No se atribuye otro Dios a Cristo para que sea Dios. Es Dios por naturaleza, por nacimiento, de Dios. Pues lo que es Dios, es de Dios, no es también otro Dios. Pues no se le atribuye otro; porque no hay en él otra verdad que la de Dios. ¿Por qué compones bajo la religión fingida de un solo Dios lo verdadero y lo no verdadero, lo degenerado y lo noble, lo diverso y lo diverso? Dios es Padre, Dios es también Hijo. En Dios está Dios; fuera de él no hay Dios, no se le atribuye otro para que sea Dios. Si en estas cosas entiendes un Dios más que solitario; profesarás la religión de la Iglesia, que confiesa al Padre en el Hijo. Pero si presentas un Dios, en el sentido de solitario, ignorante del sacramento celestial; estás fuera del conocimiento de Dios, no confesando que Dios está en Dios.

131-132 LIBRO SEXTO.

Desde el principio representa la plaga arriana extendiéndose por casi todas las provincias del imperio romano: cuya cura es muy difícil, porque el error, por el consenso de muchos, había adquirido para sí autoridad pública. Sin embargo, llevado por el deber episcopal y la esperanza de devolver a muchos a la verdad, Hilario asume la defensa de la fe. Aunque en el cuarto libro había transcrito una carta de las partes arrianas para refutarla desde la ley y los profetas, en este la transcribe nuevamente para refutarla más plenamente desde los Evangelios y los apóstoles. Luego, al recorrerla, explica sus nudos y expone su veneno:

quienes, bajo el pretexto de condenar a los herejes, intentan suprimir las piadosas voces de la Iglesia, el Hijo proferido de Dios, homoousion, luz de luz, y engendrado sin principio, e introducir la herejía extinguiendo la fe. Por lo tanto, revela lo que es vicioso entre los herejes, y declara que debe ser condenado por la Iglesia, y confirma lo que en ella se predica piadosamente.

Luego, por la ocasión de la razón humana, que quieren que Dios sea compuesto o corpóreo, si entendemos que el Hijo es engendrado de la sustancia paterna, observa primero que la herejía es audaz, pero carece de prudencia: luego que no se puede negar que Cristo dijo, De él soy; y, al decir esto, testificó que no es de la nada, ni de otra sustancia que la del Padre, ni es el mismo que aquel de quien es: finalmente, que es un sacrilegio no creer a Dios, y que no hay lugar para la razón humana que se oponga al testimonio de Cristo, y aunque se pudieran oponer muchas cosas, no se debe oponer otra cosa a él. Aquí, recordando la sentencia de los herejes, que interpretan a Cristo como hijo por adopción, Dios por nominación, unigénito por privilegio, y primogénito por el orden que ocupa en las cosas creadas, se dirige a Dios en modo de queja, porque lo ha engañado por Moisés y los profetas, y, imbuido incurablemente de las doctrinas evangélicas y apostólicas, le ha presentado tan tarde a esos nuevos maestros.

Finalmente, llega a establecer la verdadera fe. Y porque sigue que Cristo tiene la naturaleza de Dios, si es verdadero Hijo de Dios; en la última y más importante parte de este libro demuestra que es verdadero y natural, y no adoptivo, Hijo de Dios, con el testimonio del Padre, del mismo Hijo, de los apóstoles conspirando en uno, y por separado de Pedro, Pablo, Juan; así como de Marta, del ciego de nacimiento, de los demonios, de los judíos, de algunos en peligro en el mar, y finalmente de la confesión de las naciones.

1. La herejía arriana, extendiéndose ampliamente, difícilmente puede ser erradicada. ---No ignoro que he emprendido escribir estas cosas contra la insensata herejía de los impíos, que afirma que el Hijo de Dios es una criatura, en un tiempo muy difícil y áspero; con muchas iglesias ya infectadas por casi todas las provincias del imperio romano con la enfermedad de esta predicación pestilente, y como si estuvieran imbuidas de la persuasión mal usurpada de esta fe piadosa, por el largo uso de la doctrina, y el nombre fingido de la verdadera religión, no ignorando que es difícil el progreso hacia la corrección de una voluntad que, en el estudio de su error, está contenida por la autoridad de una sentencia pública ya por el consenso de muchos. Pues el error en muchos es grave y peligroso: y la caída de muchos, aunque se entienda a sí misma, sin embargo, por la vergüenza de levantarse, se presume autoridad, teniendo esto de impudencia por el número, que lo que yerra, quiere que se considere prudencia; y lo que yerra con muchos, afirma que es inteligencia de la verdad, mientras se considera que hay menos error en muchos.

133 2. Qué mueve a Hilario a refutarla. ---Y a mí, además de la necesidad de mi estudio y deber, que como obispo de la Iglesia debo este ministerio de la predicación evangélica; sin embargo, mi cuidado fue más propenso a escribir, cuanto más se detenían muchos en el peligro de una inteligencia infiel; buscando un gozo más abundante de la salvación de muchos, si, conocidos los sacramentos de la fe perfecta en Dios, abandonaran las impías instituciones de la necia humanidad, y se entregaran a Dios rechazando a los herejes, y se elevaran en vuelo de libre seguridad desde el alimento de muerte, con el que las aves suelen ser atraídas a la trampa; siguieran a Cristo como guía, a los profetas como mensajeros, a los apóstoles como precursores, la fe consumada, y la salvación perfecta en la confesión del Padre y del Hijo; y recordando lo dicho por la boca del Señor: El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió (Juan V, 23), se refirieran a honrar al Padre por el honor del Hijo.

3. La plaga de la herejía arriana.---Ha surgido una plaga pestilente y letal para los pueblos que, con un contagio enorme, ha traído la ruina de una muerte lamentable. Pues no tanto la repentina devastación de ciudades con sus pueblos cayendo en el caos, ni las frecuentes muertes bélicas y funerarias, ni los contagios populosos de enfermedades incurables han devastado, en cuanto esta funesta herejía ha asolado para la destrucción del género humano. Pues para Dios, en quien todo vive en los muertos, solo se pierde lo que se pierde para sí mismo. Pues él mismo, que juzgará sobre todos, y por la misericordia de su majestad moderará el mérito del castigo al error ignorante, no juzgará a los que lo niegan, sino que los negará (Mat. X, 33; ver Tr. sal. CXL, n. 8).

4. Cómo derrama subrepticiamente su veneno.---Niega, niega la furiosa herejía el sacramento de la verdadera fe, usando los principios de la religión para la doctrina de su impiedad, cuando la exposición de su infidelidad, como se contiene en los libros anteriores, comenzó así: «Conocemos a un solo Dios, solo no hecho, solo eterno, solo sin principio, solo verdadero, solo teniendo inmortalidad, solo óptimo, solo poderoso.» Pues el piadoso comienzo de la confesión se usa para que, por estas cosas que se muestran religiosamente con palabras, se introduzcan las demás impíamente. Pues después de muchas otras cosas, que sobre el Hijo también había proferido con una profesión de religión igualmente simulada, añadió: «Criatura perfecta de Dios, pero no como una de las criaturas; hechura, pero no como las demás hechuras.» Y después de muchas otras cosas, con las que, intercalando confesiones de verdad, se oscureciera la intención de la impiedad herética, para defender que subsiste de lo no existente con la sutileza de una interpretación astuta, dijo: «Y antes de los siglos creado y fundado, no era antes de nacer.» Finalmente, como si ya todas las cosas estuvieran muy bien fortificadas para la defensa de la impiedad, para que no se entendiera ni hijo ni Dios, añadió, «Pues si lo que es de él, y lo que es del útero, y lo que de Padre salí y vine, se entiende como parte de su única sustancia, y como una extensión de la prole; el Padre será compuesto, y divisible, y convertible, y cuerpo según ellos, y, en cuanto a ellos respecta, sosteniendo las consecuencias del cuerpo sin cuerpo Dios.» Y porque ahora nos será el discurso evangélico contra esta exposición de la doctrina impiísima; hemos considerado conveniente insertar toda la edición de esta herejía ya en el primer libro, también en este sexto: para que la reciente lectura, y la respuesta a cada cosa sujeta, por las instituciones evangélicas y apostólicas, extraiga el sentido de la verdad, aunque sea a pesar de ellos y contradiciendo. Dicen, pues.

Ejemplo de blasfemia.

5. Carta de Arrio y sus seguidores a Alejandro. ---«Conocemos a un solo Dios, solo no hecho, solo eterno, solo sin principio, solo teniendo inmortalidad, solo óptimo, solo poderoso, creador de todo, ordenador y dispositor inconvertible, inmutable, justo y óptimo de la ley y los profetas y del nuevo Testamento. Este Dios engendró al Hijo unigénito antes de todos los siglos, por quien también hizo el siglo y todo. Nacido no de manera ficticia, sino verdaderamente obediente a su voluntad, inmutable e inconvertible, criatura perfecta de Dios, pero no como una de las criaturas; hechura, pero no como las demás hechuras; ni como Valentín comentó la prole del Padre; ni como Maniqueo expuso al nacido como parte de una sustancia del Padre; ni como Sabellio, que dividió la unión, dijo que el Hijo era el mismo que el Padre; pero tampoco como Hieracas, lámpara de lámpara, o lámpara en dos partes; ni el que fue antes, después nacido o supercreado en hijo, como tú mismo, beatísimo papa, en medio de la iglesia y en el concilio frecuentemente renunciaste a los que introducen tales cosas: sino como dijimos, creado por la voluntad de Dios antes de los tiempos y siglos, y viviendo y siendo recibido del Padre, y glorias a él consubstancial al Padre. Pues el Padre,

dándole la herencia de todo, no se defraudó a sí mismo de las cosas que no hechas por él se tienen: es, sin embargo, la fuente de todo.

6. «Por lo tanto, hay tres substancias, Padre, Hijo, Espíritu Santo. Y ciertamente Dios es la causa de todo, absolutamente sin principio solitario. El Hijo, sin embargo, engendrado del Padre sin tiempo, y antes de los siglos creado y fundado, no era antes de nacer: pero sin tiempo antes de todo nacido, solo del solo Padre subsistió. Pues no es eterno ni coeterno, ni no hecho junto con el Padre, ni tiene ser junto con el Padre, como algunos dicen, o algunos, introduciendo dos principios no nacidos: sino como la unión y el principio de todo, así también Dios es antes de todo. Por lo cual también es antes del Hijo, como aprendimos de ti predicando en medio de la iglesia. Según lo que, por lo tanto, tiene de Dios, y glorias, y vivir, y todo le es dado; según esto, su principio es Dios. Pero le gobierna, como Dios suyo, siendo antes de él. Pues si lo que es de él, y lo que es del útero, y lo que de Padre salí y vine, se entiende como parte de su única sustancia y como una extensión de la prole; el Padre será compuesto, y divisible, y convertible, y cuerpo según ellos, y, en cuanto a ellos respecta, sosteniendo las consecuencias del cuerpo sin cuerpo Dios.»

7. El veneno latente en esta carta.---¿Quién no siente en estas cosas los resbaladizos giros del camino serpentino, o no entiende los nudos viperinos con espirales tortuosas, en los que el poder principal de la boca venenosa se concluye con el círculo del cuerpo doblado? Pero con todo extendido y resuelto, todo el veneno de la cabeza oculta se revelará. Pues primero se nos imponen los nombres de la verdad, para que entre el veneno de la falsedad. El bien está en la boca, para que el mal entre en el corazón. Y entre estas cosas nunca oigo de ellos que se diga Dios Hijo de Dios: nunca encuentro que el Hijo sea predicado como tal, que sea hijo. Se introduce el nombre de hijo, para que se calle la naturaleza; se quita la naturaleza, para que el nombre sea ajeno. Se pretenden otras herejías, para que la herejía mienta sobre sí misma (Lo mismo nota Atanasio. Or. I, p. 313). Se introduce un solo Dios y solo verdadero, para que no se deje al Hijo de Dios ser lo que es verdadero y propio.

8. Qué se propone ahora tratar Hilario.---Aunque en los libritos anteriores (a saber, IV y V) hemos enseñado sobre Dios y Dios, y Dios verdadero y Dios verdadero, y en Dios verdadero Padre y en Dios verdadero Hijo un solo Dios verdadero entendiendo según la unidad de la naturaleza, no según la unión de la persona, desde las predicaciones de la ley y los profetas; sin embargo, la perfecta absolución de esta fe debe ser proporcionada desde las doctrinas evangélicas y apostólicas, para que el verdadero Hijo de Dios, Dios, no de naturaleza ajena al Padre y diversa, sino de la misma divinidad, existiendo por la verdad del nacimiento, pueda ser entendido. Y ciertamente no creo que nadie pueda ser tan insensato, que no entienda las profesiones de Dios sobre sí mismo, o que, entendiéndolas, no quiera que se entiendan, o que piense que deben ser corregidas por la opinión humana de la prudencia. Pero antes de que comencemos a hablar de las cosas mismas de los sacramentos saludables; para que en algo, con los nombres de los herejes publicados, la profesión de la herejía no se adule a sí misma, debe demostrarse todo el velo de esta malicia astuta: para que por lo que el veneno latente se cubre, por eso mismo sea revelado y descubierto, y el sentido de la conciencia pública entre en la inteligencia del veneno halagador.

9. Comentario de Valentín. La Iglesia está alejada de estas cosas. Los herejes intentan abolir el nacimiento en nombre de la prolatio. ---Deseando, por tanto, los herejes que el Hijo de Dios no sea de Dios, ni nacido de la naturaleza y en la naturaleza de Dios como Dios de Dios, ya que anteriormente habían mencionado un solo Dios verdadero, sin añadir "y Padre", para negar que el Padre y el Hijo sean de una sola verdad excluyendo la propiedad del nacimiento,

dijeron: «Ni como Valentín comentó que el Hijo del Padre es una prolatio»: para que, bajo la apariencia de la herejía valentiniana, al desaprobar el nombre de prolatio, desaprobaran el nacimiento de Dios de Dios. Valentín, al comentar algunas cosas ridículas y vergonzosas, habiendo introducido, además del Dios principal, una familia de dioses y numerosos poderes de eternidades, entonces afirmó que nuestro Señor Jesucristo fue prolatio por el misterio de la voluntad oculta. Esta prolatio vacía, buscada por el furor de un autor temerario y necio, la fe evangélica y apostólica de la Iglesia la desconoce. Ignora, en efecto, el bythos de Valentín, y el silencio, y los treinta aeones: pero sabe que no hay más que un solo Dios Padre de quien son todas las cosas, y un solo Señor nuestro Jesucristo por quien son todas las cosas, nacido de Dios como Dios. Pero porque Dios nacido de Dios, ni por su nacimiento le quitó a Dios ser lo que es Dios, ni él mismo en su nacimiento no es Dios; y lo que es Dios, no comenzó a ser, sino que nació de Dios; y lo que nace, según el sentido de la naturaleza humana parece ser prolatio, de modo que la prolatio misma se considera ser el nacimiento: por eso se intentó excluir el nombre de prolatio a través de la herejía de Valentín, para que no permaneciera la verdad del nacimiento; porque la comprensión de la prolatio, en opinión terrena, no estaría muy alejada de la naturaleza del nacimiento terrenal. La inteligencia lenta y difícil de la naturaleza humana para las cosas divinas exige ser advertida con frecuencia sobre lo que una vez dijimos (lib. I, n. 10 y lib. IV, n. 2), para que no se crea que los ejemplos de comparación humana satisfacen los sacramentos de la virtud divina; sino que solo se ofrece la apariencia del género terrenal para imbuir espiritualmente el sentido de las cosas celestiales, para que a través de este paso de nuestra naturaleza avancemos hacia la comprensión de la magnificencia divina. No se debe estimar el nacimiento de Dios según las prolaciones de los nacimientos humanos. Donde uno es de uno, y Dios es nacido de Dios, el nacimiento terrenal solo aporta la comprensión del significado: de lo contrario, el origen de los nacidos no satisface con el ejemplo de comparación, que tiene en sí mismo el coito, la concepción, el tiempo y el parto; ya que Dios nacido de Dios no debe entenderse como otra cosa que nacido. Y ciertamente sobre la verdad del nacimiento divino, según la fe evangélica y apostólica, trataremos en su lugar: sin embargo, debía mostrarse el ingenio del arte herético, que, para abolir la verdad del nacimiento, extinguiría el nombre de prolatio.

10. Condenan a Maniqueo para remover el ὁμοούσιον. La Iglesia no conoce en el Hijo una porción de Dios, sino la plenitud. ---También mantiene en otros aspectos de su arte la misma maligna astucia, diciendo: «Ni como Maniqueo expuso al Hijo como parte de una sustancia del Padre.» Se negó anteriormente la prolatio para negar el nacimiento: ahora también bajo el nombre de Maniqueo se introduce la negación de una sustancia y porción, para que no se crea que Dios es de Dios. Maniqueo, en su furor al reprobar la ley y los profetas, y proclamado defensor del diablo en cuanto a él mismo, y desconocido adorador del sol, predicó que lo que estaba en la Virgen era una porción de una sustancia, y quiso que se entendiera que el Hijo era lo que aparecía en la carne deducido de alguna parte de la sustancia de Dios. Así, para que se eliminara el nacimiento del Hijo unigénito y el nombre de una sustancia, se presenta la porción de una sustancia en el nacimiento del Hijo: para que, como se predica profanamente que el nacimiento es de una porción de una sustancia, primero no fuera el nacimiento mismo, que en Maniqueo fue condenado por la profesión de porción; luego, el nombre y la fe de una sustancia serían eliminados, porque entre los herejes correspondería a una porción; y por eso no sería Dios de Dios, porque en él no estaría la propiedad de la naturaleza divina. ¿Qué locas preocupaciones simula el impío furor con la apariencia de una religión falsa? La fe piadosa de la Iglesia condena a Maniqueo, según los predicadores de la locura herética. No conoce en el Hijo una porción: sino que conoce a Dios todo de Dios todo: conoce de uno uno; no cortado, sino nacido: conoce que el nacimiento de Dios no es disminución del que engendra, ni debilidad del que nace. Si lo sabe de sí mismo, introduce la calumnia de una ciencia

usurpada temerariamente: si lo aprendió de su Señor, permite al que nace el conocimiento de su nacimiento. Porque estas cosas le han sido reveladas por el unigénito de Dios, que el Padre y el Hijo son uno, que la plenitud de la deidad está en el Hijo: por lo cual odia la porción de una sustancia hacia el Hijo, y por la verdad del nacimiento, venera la propiedad de la verdadera divinidad en el Hijo. Pero dejando la resolución más completa de cada respuesta, avancemos por lo demás.

11. Rechazan a Sabelio para quitar la unidad de naturaleza en el Padre y el Hijo.---Porque sigue: «Ni como Sabelio, que divide la unión, dijo que el mismo era el Hijo que el Padre.» Sabelio, creyendo así, ignora los sacramentos evangélicos y apostólicos. Pero esto no es simplemente condenado por los herejes en el hereje. Deseando que nada sea uno entre el Padre y el Hijo, reprochan el crimen de la unión dividida por Sabelio: cuya división de la unión no introdujo el nacimiento, sino que dividió al mismo en la Virgen. Para nosotros, en cambio, en la confesión está el nacimiento: y detestando la unión, mantenemos la unidad de la divinidad; es decir, que Dios de Dios son uno en el género de la naturaleza, mientras que lo que por la verdad del nacimiento de Dios en Dios existió, no subsistió de otro lugar que de Dios. Pero lo que no permanece de otro lugar que de Dios, debe permanecer en esa verdad en la que es Dios: y por lo tanto son uno, cuando el que es Dios de Dios, ni es él mismo otro, ni de otro lugar lo que es Dios. Por eso se presenta la impiedad de la unión en Sabelio, para que se quite la religión de la unidad de la fe de la Iglesia. Luego perseguiré también los demás artificios del ingenio herético, no sea que se me considere un intérprete malicioso de la simplicidad ajena, más por sospechas que por verdaderas preocupaciones: mostrando con la conclusión de toda la profesión, hacia qué fin se ha dirigido la premisa de un discurso tan engañoso.

12. Hieracas entiende mal al Hijo como luz de luz. Que lo entienda la Iglesia.---Porque sigue: «Pero ni como Hieracas, lámpara de lámpara, o antorcha en dos partes. Ni el que fue antes, después nació o fue supercreado en hijo.» Hieracas, ignorando el nacimiento del Unigénito, y no habiendo alcanzado la virtud de los sacramentos evangélicos, predicó dos luces de una lámpara, para que la división bipartita de las lámparas imitara la sustancia del Padre y del Hijo, que de un solo recipiente de aceite se encendiera en luz: como si hubiera una sustancia exterior, como el aceite en la lámpara, conteniendo la naturaleza de ambas luces; o ciertamente como una antorcha tejida con el mismo papiro, brillara en ambos extremos, y fuera una materia media extendiendo de sí misma ambas luces. Este error de la necedad humana introdujo, mientras lo que saben, lo saben más de sí mismos que de Dios. Pero porque la profesión de la verdadera fe es, así como Dios nacido de Dios como luz de luz, que sin detrimento suyo presta su naturaleza de sí mismo, para dar lo que tiene, y lo que ha dado lo tiene, y nazca lo que es; cuando no ha nacido otra cosa que lo que es, el nacimiento ha recibido lo que era; ni ha quitado lo que ha recibido; y ambos son uno, mientras de lo que es nace, y lo que nace, ni es de otro lugar, ni es otra cosa; es luz de luz: para que la inteligencia de esta fe se apartara, se objetó la lámpara o la antorcha de Hieracas al crimen de confesar luz de luz; para que no se considere religioso decir lo que impíamente dicho ahora y antes ha sido condenado. Detente, detente, temor vanísimo de los herejes, y no mientas con la falsa opinión de una afirmación ansiosa el patrocinio de la fe eclesiástica. Nada corporal según nosotros, nada inanimado hay en las cosas de Dios: lo que es Dios, es todo Dios. Nada en él, sino virtud, sino vida, sino luz, sino bienaventuranza, sino espíritu. Esa naturaleza no recibe materias torpes, ni consta de diversas cosas para permanecer: Dios, como es Dios, permanece lo que es: y permaneciendo Dios engendró a Dios. No están contenidos, como lámpara y lámpara, o lámpara y lámpara, por una naturaleza exterior. La natividad de Dios unigénito de

Dios no es una serie, sino una progenie, no es un trazo, sino luz de luz. Es unidad de la naturaleza de la luz, no una extensión por conexión.

13. La natividad de Dios de Dios impugnada, se afirma.---Ahora bien, cuán astuta y cuán hábil fue la profesión de la astucia herética: «Ni el que fue antes, después nació o fue supercreado en hijo.» Dios, que es nacido de Dios, no nació ciertamente de la nada, ni de cosas no existentes; sino que tuvo en su nacimiento la naturaleza viviente. Ni el mismo Dios, que era; sino que Dios de Dios, que era, nació: y el nacimiento tuvo en su misma naturaleza de origen la naturaleza. Si hablamos de nosotros, somos insolentes: pero si nos enseñamos a hablar por Dios, el nacimiento de Dios debe confesarse según la doctrina de Dios. Este furor herético, intentando excluir esta unidad de naturaleza en el Padre y el Hijo, y este inenarrable sacramento del nacimiento viviente, dice: «No el que fue antes, después nació o fue supercreado en hijo.» ¿Quién será tan insensato, que piense que el Padre se ha despojado de sí mismo; que el mismo que fue, después naciera o fuera supercreado en hijo; y que hubiera una abolición de Dios, para que de la abolición sucediera el nacimiento, cuando el nacimiento testifica al autor que permanece? ¿O quién es tan demente, que no confiese que el Hijo subsistió sino por el nacimiento? ¿Quién, además, es tan necio, que no se atreva a predicar que Dios existió de lo que Dios nace? No es que el Dios que permanecía, sino que de Dios que permanecía nació Dios, teniendo en sí la naturaleza del que engendra en el nacimiento de la naturaleza. Pero el nacimiento de Dios, que de Dios en Dios existió, no tiene lo que no era, sino que obtuvo lo que permanecía y permanece de Dios, con la verdad de nacer. No es, por tanto, el que era el que nació; sino que de lo que era y en lo que era de Dios, Dios nació. Todo este discurso anterior de la fraudulencia herética preparó este camino de su doctrina impiísima: para que, negando al Dios Unigénito, como si por razón de verdad se hubiera dicho antes, predicara que nació de la nada más bien que de Dios, refiriendo su nacimiento a la creación de cosas no existentes por voluntad.

14. Con qué arte insinúan que el Hijo es de la nada.---Finalmente, después de mucho, como si de un acceso preparado para sí mismo, estalló diciendo: El Hijo, sin embargo, engendrado sin tiempo y creado y fundado antes de los siglos, no fue antes de nacer. El discurso herético se moderó, tanto como cree, para la confirmación de la impiedad, y para la excusa de la calumnia, si se planteara la cuestión, diciendo: no era antes de nacer: para que en lo que no fue antes de nacer, le negara la naturaleza de origen subsistente, y comenzara a ser de la nada, a quien antes de su nacimiento no se le diera autoridad existente: luego, si se considerara irreligioso este dicho, tuviera a mano una defensa pronta, porque no pudo nacer quien era; ni quien era antes, hubiera tenido causa de nacer por la cual fuera; ya que el nacimiento avanza para que subsista el ser que nace. Oh necio e impío, ¿quién esperaría el nacimiento en aquel que subsiste sin nacimiento? ¿O cómo se ha de considerar que nace quien es, cuando el nacimiento es por naturaleza de nacer? Pero astutamente, al intentar negar el nacimiento del Hijo unigénito de Dios Padre, por lo que no fue antes de nacer quisiste evadir; que Dios, de quien nació el Hijo de Dios, era; y permaneciera la naturaleza de Dios, de la cual el Hijo de Dios subsiste por nacimiento. Si, por tanto, es nacido de Dios, debe confesarse el nacimiento de la naturaleza que permanece; no para que el Dios que era naciera, sino para que se entendiera el nacimiento de Dios de Dios que era.

15. Herejía audaz, pero imprudente. En qué es difícil, en qué es más fácil curarla.---Pero el calor herético no contiene sus irreligiosos ardores; y por lo que dice, no era antes de nacer, esforzándose para que naciera de cosas no existentes, es decir, que no fuera nacido de Dios Padre en Dios Hijo por un verdadero y perfecto nacimiento, en la misma conclusión de toda la exposición estalló en el último y más profano ardor de su furor irreligioso, diciendo: «Porque si lo que es de él, y lo que es del útero, y lo que es del Padre salí y vine, se entiende

como una parte de su única sustancia, y como una prolatio extendida; el Padre será compuesto, y divisible, y convertible, y cuerpo según ellos, y, en cuanto a ellos, Dios sin cuerpo soportando las consecuencias del cuerpo.» Sería un trabajo grave y de mucha dificultad defender la verdad de la religión contra la impiedad de la falsedad, si tanto como se atreve la impiedad, tanto consultara prudentemente. Pero bien, que la voluntad de la irreligiosidad es por falta de prudencia. Y por eso, aunque la respuesta contra la necedad sea fácil, la corrección de los necios es difícil: por la cual primero no se busca la razón de la inteligencia, y luego no se capta lo intimado por el inteligente. Pero si algunos han sido detenidos en el error por el temor de Dios y la ignorancia de la inteligencia, no por la voluntad de la impiedad, espero que sean proclives a la corrección; ya que la demostración de la verdad revelará absolutamente la necedad de la impiedad.

16. El Hijo como de él, ni él mismo que es el Padre, ni otra cosa, ni de la nada.---Dijisteis, oh necios, que también hoy decís lo mismo, sin saber pensar en Dios, porque si lo que es de él, y lo que es del útero, y lo que es del Padre salí y vine. Pregunto a ti, ¿todo esto fue dicho por Dios, o no fue dicho? Ciertamente fue dicho: y es necesario, ya que fue dicho por Dios de sí mismo, que no se entienda de otra manera que como fue dicho. De lo dicho, en su lugar, trataremos, demostrando las virtudes de cada uno. Sin embargo, por ahora consulto la inteligencia de cada uno, qué piensa en ello, cuando se dice de él: si debe entenderse de otro, o de ninguno, o si debe creerse que es él mismo. No es de otro: porque es de él, es decir (de modo que no), no sea que Dios sea de otro lugar que de Dios. No es de la nada: porque es de él; se demuestra, en efecto, la naturaleza de donde es el nacimiento. No es él mismo: porque donde es de él, se refiere el nacimiento del hijo del padre. Luego, cuando se significa del útero, pregunto si puede creerse que es nacido de la nada, cuando la verdad del nacimiento se revela por los nombres de las eficiencias corporales. No es que Dios consista en miembros corporales, cuando al recordar la generación del Hijo dijo: Del útero te engendré antes del lucero (Sal. CIX, 3); sino confirmando esa inenarrable natividad de su Hijo unigénito de sí mismo por la verdad de su divinidad, habló para la fe de la inteligencia; para que de sus cosas divinas, según la naturaleza humana, instruyera el sentido de la naturaleza humana hacia el conocimiento de la fe: para que cuando dijo del útero, no de la nada la creación subsistiera, sino que se enseñara la natividad natural de su Unigénito de sí mismo. Finalmente, cuando dijo: Del Padre salí y vine (Jn. XVI, 27), ¿dejó alguna ambigüedad para que no se entendiera que no es de otro lugar que del Padre lo que es Dios? Porque saliendo del Padre, ni tuvo otra naturaleza de nacimiento, ni ninguna: sino que se testifica a sí mismo como autor, de quien se profesa haber salido. De estas cosas, sin embargo, mi discurso posterior es para demostrar y entender.

17. No creer a Dios sobre sí mismo es un sacrilegio.---Sin embargo, veamos esto, con qué confianza del hombre se inhibe entender de Dios lo que no se niega que fue dicho por Dios de sí mismo. Oh gravísima deshonra de la necedad y la insolencia humana, no solo acusar a Dios de su profesión sobre sí mismo no creyendo, sino condenar corrigiendo; y contaminar e impugnar ese inefable secreto de su naturaleza y virtud con doctrinas humanas, y atreverse a decir estas cosas: Si, dice, el Hijo es de Dios, Dios es mutable y corpóreo, que de sí mismo ha producido o extendido lo que sería para él en hijo. ¿Por qué te preocupas, no sea que Dios sea mutable? Nosotros confesamos el nacimiento, nosotros predicamos al unigénito de Dios enseñados: tú, para que no permanezca el nacimiento, para que el unigénito Dios no esté en la fe de la Iglesia, opones la naturaleza de Dios inmutable que no puede extenderse ni prolongarse. Te traería, infeliz error, incluso de las cosas del mundo el ejemplo de ciertas naturalezas que se engendran, para que no consideraras el nacimiento como una extensión, ni creyeras que las naturalezas de los nacidos son detrimentos de los que engendran, para que

incluso muchas cosas sin mezcla corporal se engendren de vivientes en vivientes: si no fuera un sacrilegio no haber creído a Dios sobre sí mismo; y se juzgaría la locura del último furor, quitar la autoridad para la fe, a quien profesas veneración para la vida. Porque si no hay vida sino por él, ¿cómo no es por él la fe de la vida? Pero, ¿cómo es la fe de la vida en aquel que se tiene como testigo infiel de sí mismo?

145 18. Las denominaciones de Hijo tal como son entendidas por los herejes. ---Usurpas, impiísimo hereje, la natividad del Hijo para la voluntad de la creación; de modo que no haya nacido de Dios, sino que, queriéndolo quien creó, subsista de la creación. Y por eso no es Dios contigo, porque permaneciendo un solo Dios, el Hijo no retiene en su nacimiento la naturaleza de su origen; sino que en una sustancia diferente, la condición, él, como unigénito, sea superior a las demás condiciones y creaciones: sin embargo, sustituido, para que tenga la sustitución de la creación concedida a él, no haya traído de Dios la naturaleza por generación; y digas que nació, lo que subsistió de la nada: y por eso lo llames hijo, no porque haya nacido de Dios, sino porque fue creado por Dios; porque recuerdas que también los hombres religiosos fueron considerados dignos de este nombre por Dios: entonces no le concedas el nombre de Dios bajo otra condición que aquella en la que se dijo: Yo dije, dioses sois: y todos hijos del Altísimo (Salmo LXXXI, 6), para que use la dignación en el vocablo del que lo nombra, no la verdad de la naturaleza en el nombre; y sea contigo hijo por adopción, dios por denominación, unigénito por privilegio, primogénito por orden, toda creación, de ningún modo Dios; porque su generación no es un nacimiento natural de Dios, sino sustancia de criatura.

19. Lo que Hilario ha aprendido de las Escrituras sobre Dios.--- Y primero, habiendo pedido de ti el perdón de mi dolor más impaciente, permíteme, Dios omnipotente, hablar ante ti, y a mí, tierra y ceniza, sin embargo, atado por la religión de tu caridad, permíteme libremente en estas palabras. Yo, infeliz, no fui nada antes, y sin sentido de vida, sin inteligencia de mí mismo, carecía de lo que soy. Pero tu misericordia es la causa de mi vivir: y no dudo que tú, siendo bueno, hayas decidido que sea bueno para mí haber nacido. Porque ciertamente, tú que no necesitas de mí, no habrías comenzado mi origen en el mal. Pero cuando me diste vida, también me hiciste inteligente de razón; me instruiste en el conocimiento de ti a través de los volúmenes sagrados, como creo, por medio de tus siervos Moisés y los profetas, de los cuales no te revelaste a ti mismo para ser venerado en tu soledad. Conocí allí contigo a Dios, no otro en naturaleza, sino en el sacramento de tu sustancia uno. Conocí a Dios en Dios, no confundido por mezcla, sino por la virtud de la naturaleza, mientras que lo que tú eres Dios, en aquel que es de ti, estabas presente: no para que tú fueras el mismo, y estuvieras presente; sino que la verdad de la perfecta natividad enseñara que estabas presente en aquel que es de ti. Esto me lo dicen nuevamente las voces evangélicas y apostólicas, y las palabras establecidas en los libros por la misma boca sagrada de tu Unigénito testifican, tu Hijo unigénito Dios nacido de ti, hombre nacido de la Virgen para el misterio de mi salvación: en quien la verdad de la generación de ti te contenía, y a quien la naturaleza de la natividad de ti, permaneciendo en ti, retenía.

20. Recomendación de aquellos en quienes ha creído.--- ¿En qué abismo de desesperado retorno me has sumergido, te ruego? Porque así he aprendido estas cosas, así he creído, y así sostengo con la fe de una mente confirmada, que ni puedo creer de otra manera, ni quiero. ¿Por qué me has engañado, miserable de mí, sobre ti, y has perdido mi carne y alma infeliz con la doctrina de un conocimiento ajeno a ti? Me engañó la gloria de Moisés descendiendo del monte después de la división del mar Rojo, y viendo contigo todos los secretos celestiales (Éxodo XXXIV, 29). A este le creí sobre ti con tus palabras. Me perdió David hallado según

tu corazón (Hechos XIII, 22), y Salomón digno del don de la sabiduría divina (I Reyes III, 12), e Isaías proclamando al Señor de los ejércitos visto (Isaías VI, 1), y Jeremías santificado en el vientre antes de la conformación como profeta de las naciones para arrancar y plantar (Jeremías I, 5), y Ezequiel testigo del misterio de la resurrección (Ezequiel XXXVII), y Daniel hombre de deseos consciente de los tiempos (Daniel IX, 23), y el coro consagrado de los profetas, y todo el sacramento de la predicación evangélica, Mateo elegido de publicano a apóstol, y Juan digno de la revelación de los misterios celestiales por su familiaridad con el Señor (Mateo XVI, 18), y después de la confesión del sacramento, el bienaventurado Simón sometido a la edificación de la Iglesia y recibiendo las llaves del reino celestial, y todos los demás predicando con el Espíritu Santo, y Pablo apóstol de tu elección de perseguidor (Hechos IX, 15), viviendo en el abismo del mar (II Corintios XI, 25), en el tercer cielo hombre (Ibid. XII, 2), en el paraíso antes del martirio, en el martirio consumada libación de fe perfecta (II Timoteo IV, 6 y 7).

21. Qué firme es su fe en la igualdad del Hijo con el Padre; y de dónde es firme.--- De estos he sido enseñado lo que sostengo, de estos he sido imbuido de manera incurable. Y perdona, Dios omnipotente, porque en estos ni puedo ser corregido, ni puedo morir. Tarde me ha traído la era de este siglo a estos impiísimos, según creo, doctores. Tarde los ha tenido mi fe, que tú has instruido, como maestros. Con estos nombres inauditos he creído en ti de esta manera, por ti he renacido de esta manera; y desde entonces soy tuyo de esta manera. Te conozco omnipotente, ni espero la razón de la inenarrable natividad consciente para ti y para tu Unigénito. Porque nada es imposible para ti, y no dudo que el hijo engendrado por ti sea por la virtud de tu omnipotencia. Porque dudando, ya negaré que eres omnipotente. También he aprendido que eres bueno por mi nacimiento: y por eso confío que no eres envidioso de tus bienes en la natividad de tu Unigénito. Porque creo que lo que es tuyo, es suyo; y lo que es suyo, es tuyo. También la misma creación del mundo me ha revelado que eres sabio: soy consciente de que has engendrado de ti a tu Sabiduría, no disímil. Verdaderamente eres para mí un solo Dios: pero no creeré que haya otra cosa en aquel que es de ti Dios, que lo que es tuyo. Y júzgame en esto, si es un crimen para mí, haber creído demasiado en tu Hijo y en la ley, y en los profetas, y en los apóstoles.

22. Si Cristo es verdadero Hijo de Dios, también es verdadero Dios. Que es verdaderamente Hijo de Dios se conoce de muchas maneras.--- Pero cese el discurso temerario, y de estas cosas, en las que por necesidad de demostrar la necedad herética había irrumpido, pase al ministerio de rendir razón: para que si algunos aún pueden ser salvos, mantengan la fe en el camino de la doctrina evangélica y apostólica, y entiendan que el verdadero Hijo de Dios no es por adopción, sino por naturaleza. Porque este debe ser el orden de nuestra respuesta: que primero enseñemos que es Hijo de Dios: para que la naturaleza de la divinidad en él, por la cual es hijo, sea absoluta. Porque principalmente la herejía, de la que ahora se trata, se esfuerza para que nuestro Señor Jesucristo no sea verdaderamente Hijo de Dios verdadero Dios. Que nuestro Señor Jesucristo es verdaderamente Hijo unigénito de Dios y se enseña, se conoce de muchas maneras, mientras el Padre testifica de él, mientras él mismo profesa de sí, mientras los apóstoles predican, mientras los religiosos creen, mientras los demonios confiesan, mientras los judíos niegan, mientras las naciones en la pasión reconocen. Porque no es por la comunión de la denominación que se dice de la fe de la propiedad. Y cuando todas las cosas que Cristo el Señor hizo o enseñó, son más allá de todas las de aquellos que son llamados hijos; y en todas estas cosas, que son principales de Cristo, se enseña que esto es principalmente, que es Hijo de Dios: no es en él el nombre de hijo por la familiaridad general.

23. No es adoptivo, sino propio, lo que el Padre testifica.--- No contamino la fe de la verdad, para añadir esto con mis palabras. Que hable, como suele hacerlo a menudo, el Padre de su Unigénito, para que bajo el sacramento del bautismo consumado, Jesucristo no pueda ser desconocido por el cuerpo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mateo III, 17). Pregunto en qué se pierde la verdad, y en qué es débil la fe de la profesión. No se considera suficiente para la demostración de la majestad el parto anunciado por el ángel del Espíritu Santo de la virgen, ni la estrella que lo indica a los Magos, ni el honor de ser adorado en el pesebre, ni la virtud de ser bautizado bajo la profesión del Bautista: el Padre habla desde el cielo, y así habla: Este es mi Hijo. ¿Qué significa la fe no de cognombres, sino de pronombres? Porque los cognombres se añaden a los nombres, pero los pronombres contienen en sí la virtud de los nombres. Sin embargo, es la significación de la propiedad, donde se escucha que se dice este es, y es mío. Y entiende cuál es la verdad y la razón de lo dicho. Has leído: Hijos engendré, y los exalté (Isaías I, 2): pero no has leído, mis hijos: porque los había engendrado para sí por la división de las naciones, y al pueblo de la herencia en hijos. Para que, por lo tanto, no se añadiera al unigénito Dios el cognombre de hijo por la comunión de la herencia adoptiva, la verdad de la naturaleza se mostró por la significación de la propiedad. Que se asigne ciertamente este nombre de comunión en Cristo, para que sea hijo, si se encuentra dicho de alguien: Este es mi Hijo. Pero si es propio y singular para él: Este es mi Hijo; ¿qué calumnia traemos a Dios Padre de la propiedad profesada del hijo? ¿Acaso no te parece que en lo que se dice este es, se significa: Otros ciertamente han sido llamados por él en hijos, pero este es mi Hijo; he dado a muchos el nombre de adopción, pero este es mi Hijo: no busques otro, no creas que no es este; a este yo, como señalándolo con el dedo y la significación de la palabra, lo toco, al decir y es mío, y este es, y es hijo? ¿Qué podrá ser después de esto para la inteligencia, para que no se crea que es? Y esta fue la significación de la voz paterna, para que no se ignorara quién era el que debía ser bautizado para cumplir toda justicia: sino para que el que era visto como hombre para el sacramento de nuestra salvación, fuera conocido por la voz de Dios como Hijo de Dios.

24. Lo mismo lo declara de nuevo. Da autoridad a las palabras del Hijo.--- Y porque en la confesión de esta fe está la vida de los creyentes (porque no hay otra vida de eternidad, sino que sepamos que Jesucristo es el Hijo unigénito de Dios); nuevamente se escucha la voz desde los cielos por los Apóstoles de esta significación reiterada; para que se creyera más firmemente para la vida, lo que no creer sería muerte. Porque cuando el Señor estaba en el monte en el hábito de su majestad, con Moisés y Elías asistiendo, y con tres columnas de testigos de las iglesias asumidas para la fe de la visión y la voz, esta voz paterna es desde el cielo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, a él escuchad (Mateo XVII, 5). No fue suficiente la claridad vista para la confirmación del honor; se designa con la voz: Este es mi Hijo. Los apóstoles no soportan la gloria de Dios, y los ojos mortales se embotan ante la visión, y la fe de Pedro, Jacobo y Juan se derrumba consternada por el miedo: sin embargo, está presente la profesión de la autoridad paterna, y el hijo es mostrado por la propiedad del que lo señala. Y no solo se indica la verdad del hijo por esto, que es este y es mío; sino que se añade, A él escuchad. Es testimonio del Padre desde el cielo: pero el testimonio del Hijo se confirma en la tierra, pues se muestra que debe ser escuchado. Y aunque no se deja ambigüedad por la profesión paterna, sin embargo, también se decreta que debe creerse la profesión del Hijo sobre sí mismo, y se enseña la verdad en él como hijo, hasta el punto de que la confirmación de la voz paterna requiere de nosotros la obediencia de escuchar. Por lo tanto, porque esta es la voz de la voluntad paterna, que el Hijo sea escuchado; escuchemos al Hijo profesando sobre sí mismo lo que es.

25. Cristo con razón llama a Dios su Padre y a sí mismo su Hijo.--- No creo que haya nadie tan ajeno al sentido común, que cuando en todos los libros de los Evangelios entienda por la profesión del Hijo la asunción de la humildad corporal, cuando dice: Padre, glorifícame (Juan XVII, 5); y nuevamente muy frecuentemente: Veréis al Hijo del hombre (Mateo XXVI, 64); y aquello: El Padre es mayor que yo (Juan XIV, 28); pero también esto: Ahora mi alma está turbada (Juan XII, 27); o incluso esto: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado (Mateo XXVII, 46)? y muchas otras cosas de este tipo, de las cuales se hablará en su orden: sin embargo, en esta tan frecuente declaración de humildad lo acuse de insolencia, porque se llama a sí mismo hijo de Dios, cuando dice: Toda planta que no plantó mi Padre, será arrancada (Mateo XV, 13); o aquello: Hicisteis de la casa de mi Padre una casa de comercio (Juan II, 16); y dondequiera que siempre llama a Dios su Padre, sea más bien de presunción temeraria que de naturaleza confiada, que consciente de su nacimiento sostenga el nombre de la verdad en el Padre. Por lo tanto, la frecuente profesión de humildad no tiene este vicio de insolencia, para que reclame para sí lo ajeno, y no defienda lo suyo, y presuma lo que debe ser igualado a Dios propiamente. Ni con igual temeridad, con la que llama al Padre, también se profese a sí mismo hijo diciendo: Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él (Juan III, 17); o nuevamente: ¿Crees en el Hijo de Dios (Juan IX, 35)? ¿Qué hacemos ahora, concediendo solo a Jesucristo el nombre de adopción? por lo cual también lo acusamos de presunción temeraria al llamarse a sí mismo Padre Dios. La voz paterna es desde el cielo: A él escuchad (Mateo XVII, 5). Escucho: Padre, te doy gracias (Juan II, 41): escucho, Decís que blasfemé, porque dije, soy Hijo de Dios (Juan X, 36): si no creo en los nombres, si no entiendo la naturaleza en los vocablos, busco quién debe ser creído y entendido. No se me deja otra sospecha. La autoridad paterna es desde el cielo: Este es mi Hijo. La profesión del Hijo sobre sí mismo es: La casa de mi Padre, y Mi Padre. La profesión del nombre es salvación, cuando la pregunta exige fe, diciendo: ¿Crees en el Hijo de Dios (Juan IX, 14)? Siguen los nombres de propiedad, donde es mío. Te pregunto, hereje, de dónde hay otra presunción. Le quitas al Padre la fe, al Hijo la profesión, a los nombres la naturaleza: haces violencia a las palabras de Dios, para que no sean lo que enuncian. La sola impudencia de tu impiedad es, para que acuses a Dios de mentir sobre sí mismo.

26. Las propiedades del hijo añadidas al nombre. Las obras testifican que es hijo.--- Aunque, por lo tanto, la simple confesión de la naturaleza muestre los nombres, para que de quien se dijo: Este es mi Hijo, y a quien se dijo, Mi Padre, sean lo que se llaman: sin embargo, para que no sea el nombre del Hijo de adopción, ni el del Padre de honor: veamos qué propiedades se han añadido al nombre del hijo por el Hijo. Dice: Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Mateo II, 27). A lo que se dijo: Este es mi Hijo, y Mi Padre, ¿le conviene: Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce nadie sino el Hijo? Porque no pudo ser conocido ni el Hijo por el Padre, ni el Padre por el Hijo, sino por mutua testificación. La voz es desde los cielos: también es el discurso del Hijo. Tan ignorado es el Hijo, como también el Padre. Todas las cosas le han sido entregadas: y en todas no se entiende que haya excepción. Si el poder es igualado, si el secreto del conocimiento es igual, si la naturaleza está en los nombres: pregunto cómo no son lo que se llaman, de quienes tanto el poder en la potestad, como la dificultad en el conocimiento no difiere. Por lo tanto, Dios no engaña en los vocablos, ni se miente a sí mismo ni el Padre, ni el Hijo: y recibe cuánta es la fe en estos nombres.

152 27. Las obras testifican que él es el Hijo. Ningún otro testimonio del Padre se afirma. Cristo se distingue de los hijos adoptivos.---Dice: Las obras que el Padre me dio para que las

cumpliera, esas mismas obras que hago, dan testimonio de mí, porque el Padre me envió: y el Padre que me envió, él mismo ha testificado de mí (Juan, V, 36 y 37). El Unigénito Dios no solo enseña que es Hijo por el testimonio del nombre, sino también por el de la virtud: sus obras, las que realiza, testifican que fue enviado por el Padre. Pregunto, ¿qué testifican las obras? Que fue enviado. Así, tanto la obediencia del Hijo como la autoridad paterna se enseñan en el enviado, ya que las obras que realiza no pueden ser de otro que de aquel que fue enviado por el Padre. Pero las obras no son suficientes para los incrédulos como testimonio de que el Padre lo envió. Pues sigue: Y el Padre que me envió, él mismo ha testificado de mí; ni habéis oído su voz, ni habéis visto su figura (Juan, V, 37). Pregunto, ¿cuál fue el testimonio del Padre sobre él? Revisa los volúmenes evangélicos y repasa toda su obra. Da el testimonio del Padre, aparte de lo que se oyó: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mateo, III, 17), y: Tú eres mi Hijo (Marcos, I, 11). Esto, aunque Juan no lo ignoraba, se envía como testimonio de la voz paterna para nuestra enseñanza: y esto no es suficiente. Juan, aunque en el desierto fue digno de esta voz, los apóstoles no debían ser privados de la autoridad de este testimonio. La misma voz del cielo está presente para ellos: pero reciben más que Juan. Pues Juan, ya profetizando desde el vientre, no necesitó esta voz: Escuchadle a él. Escucharé claramente: y no escucharé a nadie más que a él, a menos que sea aquel que escuchó para enseñar. Si no hay otro testimonio del Padre sobre el Hijo en los libros, que este es su hijo: la verdad de este testimonio es que las mismas obras del Padre, que realiza, afirman la verdad de este testimonio. ¿Qué se alega hoy como calumnia, que sea adopción de nombre, que Dios sea mentiroso, que los nombres sean vanos? El Padre ha testificado sobre el Hijo, el Hijo con sus obras iguala el testimonio del Padre: ¿por qué no se ve en él, es decir, la verdad del hijo que se dice y se prueba? No es por Dios Padre que el nombre de hijo en Cristo es por adopción de bondad: ni por santidad mereció este nombre, como muchos después de la confesión de la fe de Dios son hijos. Pues en estos no hay significado de propiedad: solo se ha concedido la dignidad del nombre, como es digno de Dios. Una cosa es este es, y este es mío, y escuchadle: en esto hay verdad, naturaleza, fe.

28. Se muestra la natividad del Hijo de Dios y su venida a nosotros. Quien solo conoce al Padre porque es de él, no es creado.---Ni ciertamente el Hijo testifica menos de sí mismo con esta propiedad de la significación paterna. Pues en lo que dice el Padre, Este es mi Hijo, hay una demostración de naturaleza, y en lo que añade, Escuchadle, hay una audición del sacramento y de la fe, por la cual vino de los cielos, cuando se nos advierte escucharle para la doctrina de la confesión salvadora: así en esto el Hijo enseñó la verdad de su natividad y de su venida, diciendo: Ni me conocéis, ni sabéis de dónde soy: porque no he venido de mí mismo, sino que es veraz quien me envió, a quien vosotros no conocéis; pero yo le conozco, porque soy de él, y él me envió (Juan VII, 28 y 29). Nadie conoce al Padre, y esta es una frecuente profesión del Hijo (Mateo XI, 27). Por eso dice que solo él lo conoce, porque es de él. Pregunto si lo que es de él muestra en él obra de creación o naturaleza de generación. Si es obra de creación, también todas las cosas que se crean son de Dios. ¿Y cómo no conocen al Padre todas las cosas, cuando el Hijo no lo ignora precisamente porque es de él? Pero si parece que es creado más que nacido en lo que es de Dios; cuando todas las cosas son de Dios, ¿cómo no ignora al Padre con las demás cosas que son de él? Pero si por eso, porque es de él, es propio conocerle; ¿cómo no será propio de él, que es de él, ser verdadero hijo por naturaleza de Dios; cuando por eso solo conoce a Dios, porque solo es de él? Tienes, por tanto, la propiedad del conocimiento de la propiedad de la generación: y lo que es de él, no tiene en él la virtud de la criatura (pues todas las cosas existen por la virtud de la creación), sino la verdad de la natividad (completa, tienes), por la cual solo conoce al Padre, mientras las demás cosas que son de él lo ignoran.

29. Aquello de soy de él, no puede referirse a la carne. Ni es creado quien no se sabe de dónde es.---Sin embargo, no sea que lo que es de él, la herejía lo invada al tiempo de su venida, inmediatamente añade: Porque soy de él, y él me envió. Mantuvo el orden del sacramento evangélico, profesándose nacido y enviado: para que tanto quién era, como de dónde era, naciera según la sentencia superior. Pues no es lo mismo soy de él, y él me envió: así como no es lo mismo ni me conocéis, ni sabéis de dónde soy. ¿Acaso no todo hombre en la carne, aunque nacido, según el sentido de la opinión común es de Dios? ¿Y cómo niega que se le conozca a él mismo o de dónde es, a menos que refiriera de dónde es al autor de su naturaleza? quien por eso sería ignorado, porque él mismo sería ignorado como hijo de Dios. Examina, infeliz, la necedad de qué es aquello: Ni me conocéis, ni sabéis de dónde soy. Todas las cosas ciertamente de la nada, y hasta tal punto de la nada, que te has atrevido a mentir que incluso el unigénito Dios subsistió de la nada. ¿Qué es, pues, lo que los impíos no conocen a Cristo, ni saben de dónde es? Pues aquello, de lo que se ignora de dónde es, muestra la naturaleza de la que es, mientras se ignora de dónde es. No puede ignorarse de dónde es, quienquiera que subsistió de la nada: porque esto mismo, que no se ignora de la nada, no tiene ignorancia de dónde es. No es de sí mismo aquel que vino; pero quien lo envió es veraz, a quien los impíos no conocen. Ya, pues, quien lo envió, es quien se ignora que lo envió. De él, pues, que lo envió, es aquel que fue enviado: y es de él de donde se ignora que es; y por esto se ignora quién es él mismo, mientras se ignora de quién es. No conoce a Cristo quien no sabe de dónde es Cristo; ni confiesa al hijo quien niega que es nacido; ni entiende al nacido quien pensó que es de la nada. Sin embargo, no es de la nada, hasta tal punto que los impíos no saben de dónde es.

30. Dios es padre solo de aquellos que veneran al hijo, no como adoptivo. Qué significa salir de Dios. La causa de amar al hijo, la razón de nacer.---No saben claramente, no saben, quienes quitan la naturaleza al nombre, quienes no sabiendo no aman saber. Y escuchen al Hijo reprochando a los impíos la ignorancia de este conocimiento, cuando los judíos decían que Dios era su padre; pues dice: Si Dios fuera vuestro padre, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios salí, y vine: no he venido de mí mismo, sino que él me envió (Juan VIII, 42). El Hijo de Dios no desaprobó la asunción del nombre religioso en aquellos que confesándose hijos de Dios decían que Dios era su padre; pero reprende la temeraria usurpación de los judíos, que presumen que Dios es su padre, por el hecho de que no lo aman: Si Dios fuera vuestro padre, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios salí. A todos aquellos para quienes Dios es padre por la fe, es padre por esa fe, por la cual confesamos a Jesucristo como Hijo de Dios. Pero confesar al hijo según el nombre general de los santos, ¿qué tiene de fe, para que digamos, Es uno de los hijos? ¿Pero acaso no son también los demás en esta debilidad de su criatura hijos? ¿En qué, pues, la fe que confiesa a Jesucristo como Hijo de Dios sobresale, cuando para él según los hijos, no es hijo por naturaleza, sino por nombre? Esta perfidia no ama a Cristo, ni esta impía profesión asume piadosamente a Dios como padre: porque si Dios fuera su padre, amarían a Cristo por el hecho de que salió de Dios. Pregunto qué significa salir de Dios. No puede decirse, ciertamente, que salir de Dios sea lo mismo que venir; pues ambos significan: Porque de Dios salí, y vine. Y mostrando qué es salir de Dios, y qué es venir: inmediatamente añade, No he venido de mí mismo, sino que él me envió. No enseñó que él mismo es su origen, cuando dice: No he venido de mí mismo, y (completa, cuando) nuevamente testifica que salió de Dios, y que fue enviado por él. Pero cuando dice que debe ser amado por aquellos que decían que Dios era su padre, porque salió de Dios; enseñó que la causa del amor es la causa del nacimiento. Pues refirió el nombre de salir a la natividad incorpórea: porque la religión de profesar a Dios como padre debe ganarse por el amor a Cristo, que fue engendrado de él. Pues cuando dice: Quien me odia, también odia a mi Padre (Juan XV, 23): cuando dice mi, excluyó la comunión

del nombre (completa, con otros) por la significación de la propiedad. Sin embargo, condena al que profesa a Dios como padre y no lo ama, en la usurpación del nombre paterno: porque quien lo odia, también odia al Padre; ni es religioso hacia Dios como padre, quien no ama al Hijo; cuando no hay otra causa para amar al Hijo, que el hecho de que es de Dios. Por tanto, el Hijo es de Dios, no por venida, sino por natividad: y todo amor hacia el Padre será aquí, si se cree que el Hijo es de él.

31. El mérito de la fe perfecta sobre el Hijo. Quien distingue tanto la natividad del Padre como la venida a nosotros.---El Señor testifica esto diciendo: No os diré que yo rogaré al Padre por vosotros: porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amáis, y creéis que yo de Dios salí, y del Padre vine a este mundo (Juan XVI, 27 y 28). La fe perfecta sobre el Hijo, que cree que salió de Dios y lo ama, carece de necesidad de intercesión ante el Padre: y por sí misma ya merece ser escuchada y amada, confesando al Hijo nacido de Dios y enviado. Por tanto, se muestra su natividad y su venida con la verdad más absoluta de significar la propiedad. De Dios, dice, salí; para que no se pensara que en él hay otra naturaleza que la de la natividad; pues salir de Dios, es decir, subsistir por natividad, ¿qué otra cosa podría ser sino Dios? Y del Padre, dice, vine a este mundo. Para que se entendiera que aquella salida de Dios significaba la natividad, se profesó que vino del Padre a este mundo. Por tanto, una cosa es en la dispensación, otra en la naturaleza. Ni permite que la salida se considere como venida, cuando después de la salida de Dios, menciona la venida del Padre. Pues venir del Padre, y salir de Dios, no es de la misma significación: y tanto como hay diferencia entre nacer y estar presente, tanto se distingue cada discurso. Pues una cosa es salir de Dios en la sustancia de la natividad, otra es venir del Padre a este mundo para consumar los sacramentos de nuestra salvación.

32. Cristo fue creído por los apóstoles como hijo por naturaleza, no por adopción.---Y ciertamente según el orden de la respuesta propuesta por nosotros, este es un lugar muy oportuno para que ahora por tercera vez enseñemos que el Señor nuestro Jesucristo, Hijo de Dios, fue creído por los apóstoles no por nominación, sino por naturaleza; ni por adopción, sino por natividad. Aunque aún existen muchas y grandes profesiones del unigénito de Dios sobre sí mismo, en las que testifica la verdad de su generación sin ocasión siquiera de una leve calumnia de mentir: sin embargo, porque no debe sobrecargarse el sentido de los lectores con palabras acumuladas en abundancia, y ya que se han mostrado algunas cosas sobre la propiedad de la natividad, todas las demás se reservarán para otras cuestiones. Ahora bien, porque este es el orden de nuestro discurso, que después de la testificación del Padre, después de la profesión del Hijo, también seamos enseñados por la fe de los Apóstoles sobre la verdadera y según la natividad confesión del Hijo de Dios; veamos si en lo que dice el Señor, Salí de Dios, entendieron en él algo más que la naturaleza de la natividad.

33. Qué significa que primero crean que él salió de Dios. ---Después de muchas oscuridades de proverbios, en las que había hablado en parábolas, a quien ya antes conocían como Cristo anunciado por Moisés y los profetas, también confesado por Natanael como Hijo de Dios y rey de Israel (Juan I, 49), incluso reprendiendo a Felipe, cuando preguntaba sobre el Padre, por qué no sabía que el Padre estaba en él y él en el Padre, y cuando ya había enseñado antes con frecuentes palabras que fue enviado por el Padre (Juan XIV, 9-12): sin embargo, cuando lo escucharon profesar que salió de Dios, esta fue su respuesta (pues este es un discurso conectado): Sus discípulos le dicen: Ahora hablas claramente, y no dices ningún proverbio. Ahora sabemos que sabes todas las cosas, y no tienes necesidad de que nadie te pregunte: en esto creemos que saliste de Dios (Juan XVI, 29). ¿Cuál, pregunto, es esta admiración de esta palabra, que profesó que salió de Dios? Vosotros, oh santos y bienaventurados hombres, y por el mérito de vuestra fe habéis obtenido las llaves del reino de los cielos, y el derecho de

atar y desatar en el cielo y en la tierra, habíais visto tantas y tan propias de Dios obras realizadas por nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios: y ahora por primera vez protestáis que alcanzáis la verdadera comprensión de quién es este enviado de los cielos, después de haber escuchado: Salí de Dios? Y esto os ha sido dicho ahora por primera vez sin proverbio, y por la virtud de la naturaleza entendéis que es verdad que salió de Dios, cuando contempla en silencio las intenciones de vuestras voluntades, cuando pregunta como ignorante sobre nada, cuando es conocedor de todo? Pues por todas estas cosas, que actúa con la virtud y naturaleza de Dios, debe creerse que salió de Dios.

34. Antes sabían que fue enviado por Dios: pero no habían recibido la razón de la natividad.---No entendieron aquí los santos apóstoles que salir de Dios, es decir, ser enviado por Dios; pues en todo el discurso anterior habían escuchado frecuentemente que confesaba que fue enviado: pero al escuchar que salió de Dios, viendo en él la naturaleza de Dios por las obras, reconocen la verdad de la naturaleza por el hecho de que salió de Dios, cuando dicen: Ahora sabemos que sabes todas las cosas, y no tienes necesidad de que nadie te pregunte: en esto creemos que saliste de Dios (Juan XVI, 29). Pues creen por el hecho de que salió de Dios, por lo cual puede y actúa las cosas que son de Dios. Pues no es que la naturaleza de Dios haya venido del Padre, sino que salió de Dios lo que completa. Por último, esto que ahora escuchan por primera vez, se confirma para la fe. Pues cuando el Señor dijo ambas cosas: Yo salí de Dios, y del Padre vine a este mundo (Ibid. 28); no tuvieron ninguna admiración en lo que habían escuchado frecuentemente, y del Padre vine a este mundo. Pero su respuesta testificó la fe y la inteligencia de este dicho, Yo salí de Dios. Pues solo a esto se respondió, cuando dicen, En esto creemos que saliste de Dios; ni añaden, Y del Padre viniste a este mundo. Y cuando una cosa está en la profesión, otra en el silencio; la novedad del dicho exigió la causa de la profesión, pero la inteligencia de la verdad provocó la contestación de la profesión. Sabían ciertamente que él podía todas las cosas como Dios, pero aún no habían recibido la razón de la natividad: y quienes sabían que fue enviado por Dios, sin embargo no sabían que salió de Dios. Entendiendo aquella inefable y perfecta natividad del Hijo por la virtud de este dicho, ahora profesan que habló con ellos sin proverbios.

35. La salida que tan adecuadamente anuncia la natividad del Hijo.---No es por la costumbre del parto humano que Dios nace de Dios, ni es impulsado como hombre de hombre por los elementos de nuestro origen. Esa natividad es íntegra, perfecta e incontaminada, cuya salida de Dios es más bien que un parto. Es uno de uno. No es una porción, no es una deficiencia, no es una disminución, no es una derivación, no es una extensión, no es una pasión; sino que es una natividad de naturaleza viviente de un viviente. Dios sale de Dios, no es una criatura elegida para el nombre de Dios; no comenzó a ser de la nada, sino que salió de uno que permanece: y salir tiene el significado de natividad, no de iniciación. No es lo mismo que la sustancia haya comenzado, y que Dios haya salido de Dios. Y aunque la conciencia de esta natividad no esté sujeta a palabras, ya que es inenarrable; sin embargo, tiene en la doctrina del Hijo la seguridad de la fe, manifestándose que salió de Dios.

36. Pedro confesó al Hijo de Dios creyendo en las cosas. Entonces por primera vez lo reconoció como Dios. Dónde lo aprendió.---No es fe evangélica y apostólica creer en el Hijo de Dios más por el nombre que por la naturaleza. Si esta es una denominación de adopción, y no es por eso Hijo porque salió de Dios; pregunto de dónde el bienaventurado Simón Bar Jona confesó, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente (Mat. XVI, 16)? ¿Acaso cuando todos tienen el poder de nacer como hijos de Dios por el sacramento de la regeneración? Si según esta denominación Cristo es el Hijo de Dios: pregunto qué es eso que no le reveló carne ni sangre a Pedro, sino el Padre que está en los cielos (Ibid. 17)? ¿Qué mérito tiene una

profesión general? ¿O cuál es la gloria de la revelación en una conciencia pública? Si es Hijo por adopción; ¿de dónde viene esta bienaventurada confesión en Pedro, que le atribuye al Hijo lo que es común a los santos? La fe apostólica se extiende más allá de la inteligencia humana. Había oído frecuentemente, Quien os recibe a vosotros, me recibe a mí: y quien me recibe a mí, recibe a aquel que me envió (Mat. X, 40). Por lo tanto, ya no ignoraba que había sido enviado: y a quien no ignoraba que había sido enviado, lo había oído profesar, Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre lo conoce nadie sino el Hijo (Mat. XI, 25). ¿Qué es esto que ahora el Padre revela a Pedro, que toma la gloria de la bienaventurada confesión? ¿Acaso no conocía el nombre de Padre y de Hijo? Pero lo había oído frecuentemente. Pero dice lo que aún la voz humana no había pronunciado, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Pues aunque permaneciendo en el cuerpo se había profesado Hijo de Dios; sin embargo, la fe apostólica ahora por primera vez reconoció en él la naturaleza de la divinidad. Pues no solo a Pedro se le devolvió la alabanza por el honor confesado, sino por el reconocimiento del misterio: porque no solo confesó a Cristo, sino que confesó a Cristo como el Hijo de Dios. Pues ciertamente para la confesión del honor habría bastado decir: Tú eres el Cristo. Pero habría sido vano que hubiera confesado a Cristo, si no hubiera confesado al Hijo de Dios. En lo que dice, Tú eres, explicó la virtud y la propiedad de la verdad natural. Y el Padre al decir, Este es mi Hijo (Mat. XVII, 5), reveló a Pedro para que dijera, Tú eres el Hijo de Dios: porque en lo que se dice, Este es, es indicio del que revela; y en lo que se responde, Tú eres, es reconocimiento del que confiesa. Sobre esta roca de confesión está la edificación de la Iglesia (Ver lib. II, n. 23, y cap. 16 en Mat. n. 7). Pero el sentido de la carne y la sangre no revela la inteligencia de esta confesión. Este es el sacramento de la revelación divina, no solo nombrar a Cristo como el Hijo de Dios, sino creerlo. ¿O acaso fue la denominación más que la naturaleza lo que se reveló a Pedro? Si fue la denominación; ya lo había oído frecuentemente del Señor, confesando ser el Hijo de Dios. ¿En qué, entonces, está la gloria de la revelación? Evidentemente en la naturaleza, no en el nombre; ya que la profesión del nombre ya había sido frecuente.

37. La fe de Pedro es encomiada.---Esta fe es el fundamento de la Iglesia: por esta fe las puertas del infierno son débiles contra ella. Esta fe tiene las llaves del reino celestial. Esta fe que en la tierra desatara o atara, también está atada en los cielos y desatada (Mat. XVI, 18 y 19). Esta fe es el don de la revelación paterna, confesando a Cristo no como una criatura de la nada, sino como el Hijo de Dios según la propiedad de la naturaleza. ¡Oh furor impío de la miserable necedad, que no entiende al mártir de la bienaventurada vejez y fe, y al mártir Pedro, por quien el Padre fue rogado, para que su fe no fallara en la tentación: quien, al ser interrogado por segunda vez sobre su amor a Dios, se lamentó de ser tentado aún como ambiguo e incierto en la tercera interrogación (Juan XXI, 17); por lo cual también del Señor, después de la tercera purificación de la tentación de las debilidades, mereció oír tres veces: Apacienta mis ovejas; quien en el silencio de todos los apóstoles, entendiendo por la revelación del Padre que era el Hijo de Dios, más allá del límite de la debilidad humana, mereció con la confesión de su bienaventurada fe una gloria sobresaliente! ¿A qué necesidad nos lleva ahora interpretar su voz? Él confesó a Cristo como el Hijo de Dios: pero tú hoy, falso sacerdocio de un nuevo apostolado, me impones a Cristo como una criatura de la nada. ¿Qué fuerza das a las palabras gloriosas? Confesó al Hijo de Dios, por eso es bienaventurado. Esta es la revelación del Padre, este es el fundamento de la Iglesia, esta es la seguridad de la eternidad. De aquí tiene las llaves del reino de los cielos, de aquí sus juicios terrenales son juicios celestiales. Aprendió por revelación el sacramento oculto desde los siglos, habló la fe, proclamó la naturaleza, confesó al Hijo de Dios. Quien confiesa más bien a una criatura de la nada, primero debe negar el apostolado de Pedro, su fe, su bienaventuranza, su sacerdocio, su

martirio: y después de esto, entender que está ajeno a Cristo, porque Pedro confesó al Hijo y por eso mereció estas cosas.

38. La sentencia de los herejes es desconocida para Pedro. No hay otra fe que la de Pedro.---¿O acaso, oh miserable, quienquiera que seas hoy, hereje, piensas que Pedro habría sido más bienaventurado si hubiera dicho: Tú eres Cristo, la perfecta criatura de Dios, y la obra que supera a todas las obras, y que comenzaste a existir de la nada, y por la bondad de Dios, que es el único bueno, mereciste el nombre de hijo por adopción, y que no naciste de Dios? Y te pregunto, ¿qué habría oído diciendo esto, quien al responder a la pasión oída, Señor, ten piedad de ti, no será esto (Mat. XVI, 22), oyó decirle: Apártate de mí, Satanás, eres un escándalo para mí (Ibid. 23)? Sin embargo, la ignorancia humana no llevó a Pedro al crimen; pues el Padre aún no le había revelado todo el misterio de la pasión: pero la fe pequeña recibió la sentencia de condenación. ¿Por qué, entonces, el Padre no reveló a Pedro esta fe de confesión, es decir, la de la criatura y la adopción? Creo que Dios envidió aquí a Pedro, para que disimulando en tiempos posteriores, reservara esto para vosotros, nuevos predicadores. Que haya otra fe, si hay otras llaves del reino de los cielos. Que haya otra fe, si habrá otra Iglesia futura, contra la cual las puertas del infierno no prevalecerán. Que haya otra fe, si habrá otro apostolado, atando y desatando por sí mismo en la tierra, atando en el cielo y desatando. Que haya otra fe, si otro Cristo, Hijo de Dios, será predicado, además del que es. Pero si esta sola fe, confesando a Cristo como el Hijo de Dios, mereció la gloria de todas las bienaventuranzas en Pedro; es necesario que aquella que confiese más bien a una criatura de la nada, no habiendo obtenido las llaves del reino de los cielos, y estando fuera de la fe y virtud apostólica, no sea ni aquella Iglesia, ni de Cristo.

39. Juan, al profesar al Hijo unigénito, negó al adoptivo.---Presentemos, pues, todas las profesiones de fe apostólica, en las cuales confesando al Hijo de Dios, no confiesan en él el nombre de adopción, sino la propiedad de la naturaleza; ni protestan la ignominia de la creación en él, sino la gloria de la natividad. Que hable Juan, así permaneciendo hasta la venida del Señor, y dejado y destinado bajo el sacramento de la voluntad divina, mientras no se dice que no morirá y permanecerá. Que hable, pues, con su voz, como suele: A Dios nadie lo ha visto jamás, sino el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre (Juan I, 18). La fe de la naturaleza no parecía suficientemente explicada por el nombre de hijo, a menos que la virtud de la propiedad se añadiera desde fuera por el significado de la excepción. Pues además del hijo, llamándolo unigénito, cortó completamente la sospecha de adopción: ya que la naturaleza del unigénito proporciona la verdad del nombre.

40. El Hijo unigénito para Juan no es una criatura perfecta. ---Aún no pregunto qué significa, que está en el seno del Padre; esta pregunta tiene su orden: pregunto qué exige la significación del unigénito. Y veamos si esto es lo que tú profesas ser, es decir, una criatura perfecta de Dios; para que lo perfecto pertenezca al unigénito, y la criatura se refiera al hijo. Pero Juan dijo que el Hijo unigénito es Dios, no una criatura perfecta. No ignoró estos nombres de blasfemia, diciendo: Que está en el seno del Padre; y oyendo de su Señor: Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito: para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna (Juan III, 16). Dios, amando al mundo, dio este testimonio de su amor por él, al dar a su Hijo unigénito. Si la fe de la adopción es que dio una criatura a las criaturas, y dio por el mundo lo que es del mundo, y para redimir a los que son de la nada, dio al que es de la nada: no hace gran mérito la fe de una pérdida vil y despreciable. Pero son preciosas las cosas que recomiendan la caridad, y las grandes se estiman con las grandes. Dios, amando al mundo, dio a su Hijo no adoptivo, sino suyo, sino unigénito. Aquí está la propiedad, la natividad, la verdad: no es creación, no es adopción, no

es falsedad. De aquí es la fe de la caridad y del amor, al haber dado para la salvación del mundo a su Hijo y a su unigénito.

41. La fe en Cristo como Hijo de Dios es necesaria para la salvación. ---Omito ahora todas las denominaciones del Hijo. No es una omisión dañosa, donde hay elección en la abundancia. El progreso de la cosa siempre es por causa, y toda obra tiene la necesidad manifiesta del negocio emprendido. Escribiendo ciertamente los Evangelios, debió aportar la razón de escribir: y veamos cuál mostró diciendo: Pero estas cosas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios (Juan XX, 31). Por lo tanto, no presentó otra causa para escribir el Evangelio, que para que todos creyeran que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Si basta para la salvación creer en Cristo, ¿por qué añadió el Hijo de Dios? Si creer en Cristo es la fe que lleva a la salvación, no es solo creer en Cristo, sino haber creído en Cristo como el Hijo de Dios; no es el nombre de hijo en Cristo, el unigénito Dios, por la costumbre de la adopción, lo que es propio para la salvación. Si, por lo tanto, la salvación está en la confesión del nombre; pregunto por qué no hay verdad en el nombre. Y si hay verdad en el nombre; ¿con qué autoridad se dirá que es creación, cuando no es la confesión de la creación la que proporcionará la salvación, sino la del hijo?

42. El Hijo nacido del Padre. Los que niegan al Hijo, son anticristos. ---Esta, por lo tanto, es la verdadera salvación, este es el mérito de la fe perfecta, haber creído que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. No hay amor en nosotros hacia Dios el Padre, sino por la fe en el Hijo. Y escuchemos a él hablando por la epístola: Todo aquel que ama al Padre, ama al que ha nacido de él (I Juan V, 1). ¿Qué es, pregunto, nacer de él? ¿Acaso es lo mismo que ser creado por él? ¿O por qué miente el Evangelista, al decir que ha nacido de él, a quien el hereje enseña que ha sido creado por él? Y escuchemos todos lo que dice este doctor. Pues se ha dicho: Este es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo (I Juan II, 22). ¿Qué haces tú, defensor de la criatura, y nuevo creador de Cristo de lo que no existe? Si mantienes la profesión, reconoce el nombre del que profesa. ¿O cuando predicarás al Creador y a la criatura como Padre e Hijo, crees que puedes excluir, por las voces asimiladas de los nombres, que se entienda que eres el anticristo? Si en tu fe el Padre es por naturaleza, y el Hijo es por naturaleza; yo soy el maldiciente, refiriendo en ti el oprobio de un nombre ajeno. Pero si todo es simulado, y más bien nombrado que propio; aprende de la epístola el nombre de tu fe, y escucha cuál es la fe del Hijo creído. Pues sigue, El que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre: el que confiesa al Hijo, tiene tanto al Hijo como al Padre (I Juan II, 23). El que niega al Hijo carece del Padre: el que confiesa al Hijo y lo tiene, tiene al Padre. Pregunto aquí qué lugar tienen los nombres adoptivos. ¿Acaso no es toda esta cuestión de naturaleza? Y cuán de naturaleza es, escucha.

43. Juan y los herejes comparados juntos.---Pues dice: Porque sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y se ha encarnado por nosotros, y ha sufrido, y resucitando de los muertos nos ha asumido, y nos ha dado el mejor entendimiento, para que entendamos al verdadero, y estemos en su verdadero Hijo Jesucristo: este es el verdadero, y la vida eterna, y nuestra resurrección (I Juan V, 20 y 21). Oh infeliz inteligencia, y carente del espíritu de Dios, y progresando en el espíritu y nombre del anticristo, y sin saber que el Hijo de Dios vino para el sacramento de nuestra salvación (por lo cual eres indigna del sentido de esta óptima inteligencia), confesando más bien el nombre adoptivo de la criatura que al verdadero Hijo de Dios Jesucristo, ¿en qué secretos de misterios arcanos has sido instruida? ¿O quién es hoy el nuevo autor de tu ciencia? ¿Acaso el Señor te mostró esto en secreto por la familiaridad del amor recostado en su pecho (Juan XIII, 23)? ¿O siguiendo solo hasta la cruz, entre otros preceptos de recibir a María como madre, aprendiste esto también en esa especial manifestación de amor hacia ti (Juan XIX, 27)? ¿O corriendo también antes que Pedro al sepulcro lo obtuviste (Juan XX, 4)? ¿O dentro de las asambleas de los ángeles y los insolubles vínculos de los

libros sellados, y las multiformes potestades de los signos celestiales, y los himnos eternos de nuevas e incomprensibles canciones, te ha sido revelada esta doctrina tan piadosa por el Cordero como guía, para que el Padre no sea padre, el Hijo no sea hijo, la naturaleza no sea naturaleza, la verdad no sea verdad (Apoc. V)? Pues todas estas cosas en ti se transforman en falsas. El apóstol, con la óptima inteligencia concedida, dice que es el verdadero Hijo de Dios: tú afirmas la creación, tú predicas la adopción, tú niegas la natividad. Y siendo este el verdadero Hijo de Dios para nosotros, y la vida eterna, y la resurrección; ni es vida eterna para aquel, ni resurrección, para quien él no es verdadero. Y esto ciertamente lo dice Juan, el discípulo amado por el Señor.

44. Pablo predica por todas partes a Cristo como el verdadero Hijo de Dios.---Pero nada diferente de esto predicó el apóstol y vaso de elección, que fue perseguidor. Pues ¿qué discurso suyo no está bajo la confesión del Hijo? ¿Qué epístola no comienza con el sacramento de esta verdad? ¿En qué nombre no está la significación de la propiedad? Pues cuando se dice: Hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (Rom. V, 10); y de nuevo: Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado (Rom. VIII, 3); y de nuevo: Fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a la comunión de su Hijo (I Cor. I, 9): ¿Qué lugar ha dejado aquí el robo de los herejes? Es su Hijo, es su Hijo: no es su adopción, no es su criatura. El nombre habla de la naturaleza, la propiedad enuncia la verdad, la confesión testifica la fe: no entiendo qué se puede añadir a la naturaleza del Hijo. Pues que es su Hijo, quien se cree que es el Padre; no habló de manera incierta e insegura aquel que es el vaso de elección: ni el Maestro de los gentiles y Apóstol de Cristo dejó error en su doctrina ambigua. Sabe quiénes son los hijos de adopción, y quiénes han merecido ser esto y ser llamados por la fe. Pues dice: Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. No habéis recibido el espíritu de esclavitud para volver al temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, en el cual clamamos, Abba Padre (Rom. VIII, 14 y 15). Este es el nombre de nuestra fe por el sacramento de la regeneración: y nuestra profesión nos otorga la adopción. Pues las obras realizadas según el Espíritu de Dios nos llaman hijos de Dios: y clamamos más bien Abba Padre, que permanece por la propiedad de la naturaleza; porque fuera de la propiedad de la naturaleza está el oficio de la voz, y decir y ser no es lo mismo.

45. El Hijo propio claramente afirmado. La Epístola a los Romanos escrita en griego.---Entendamos cuál es la fe del Apóstol sobre el Hijo de Dios. Pues con todo el discurso que tuvo para la enseñanza de la Iglesia, nunca habló del Padre sin la confesión del Hijo; sin embargo, para mostrar la verdad de este nombre con la mayor claridad posible en el lenguaje humano, dice: "¿Qué diremos a esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros" (Rom. 8:31-32). ¿Acaso aún habrá en esto una denominación de adopción, donde hay un nombre de propiedad? El Apóstol, queriendo mostrar el amor de Dios hacia nosotros, para que la magnificencia del amor de Dios se conociera por el tipo de comparación, enseñó que Dios no escatimó a su propio Hijo: no ciertamente por los adoptados adoptado, ni por las criaturas creado, sino por los ajenos su propio, por los co-nombrados propio. Busca la fuerza de lo dicho; para que entiendas la magnitud del amor. Examina qué es propio; no ignores la verdad. Ahora el Apóstol dice propio Hijo, cuando en muchos lugares había dicho su o de él frecuentemente. Y aunque muchos códices, por la simple comprensión de los traductores, en este lugar tienen escrito su Hijo en lugar de propio Hijo, sin embargo, el griego, en el cual el Apóstol habló, nombra más propio que su. Y aunque en el sentido de la comprensión común no difiere mucho entre propio y su, el Apóstol, cuando en otros lugares había mencionado su Hijo, que en griego es τὸν ἑαυτοῦ υἱὸν, sin embargo, en este lugar según lo que dice, ὅς γε

τοῦ ἰδίου υἱοῦ οὐκ ἐφείσατο, que no escatimó a su propio Hijo, expresó significativamente la verdad de la naturaleza: para que quien antes había mostrado muchos hijos por el espíritu de adopción, ahora mostrara al unigénito Hijo de Dios de propiedad.

46. Es inexcusable quien niega que Cristo es el Hijo de Dios. Va a recibir al Anticristo en lugar de a Cristo.---Este no es un error humano, ni en negar al Hijo de Dios hay un vicio de ignorancia, donde no se permite ignorar lo que se niega. La criatura subsistente de la nada es llamada Hijo de Dios. Si esto ni el Padre lo ha dicho, ni el Hijo lo ha testificado, ni el Apóstol lo ha predicado, sin embargo, atreverse a decirlo, es no solo ignorar a Cristo, sino odiarlo. Pues cuando el Padre dice de su Hijo, "Este es" (Mat. 3:17); y el Hijo dice de sí mismo, "El que habla contigo, ese es" (Juan 9:37); y Pedro confiesa, "Tú eres" (Mat. 16:16); y Juan testifica, "Este es el verdadero" (1 Juan 5:20); y Pablo no cesa de predicar sobre el propio: no entiendo otra cosa que el odio de negar, donde el error de la ignorancia no se excusa en el crimen. Habla esto mientras tanto, habla claramente a través de los profetas de su venida y sus precursores aquel que después hablará en el Anticristo: inquietando la confesión salvadora de la fe con estas nuevas tentaciones, para primero arrancar de nuestra conciencia, porque así creemos, la comprensión del Hijo natural; luego excluir el mismo nombre restante que será adoptivo. Pues con aquellos (o, en cuya opinión) Cristo es una criatura, es necesario que con ellos el mismo Anticristo sea Cristo; porque la criatura no tiene la propiedad del Hijo, y él se mentirá a sí mismo como Hijo de Dios: y por esto, por quienes aquí se niega que es el Hijo de Dios, por ellos entonces aquel Cristo será creído.

47. Para obtener la salud se requiere previamente la fe en el Hijo de Dios. ---¿Qué esperanzas, te pregunto, buscas con furia vana? ¿Y con qué confianza de tu salvación afirmas con lengua blasfema que Cristo es una criatura en lugar de Hijo? Debías haber conocido y mantenido el sacramento de esta fe a partir de los Evangelios. Pues aunque el Señor puede todo, sin embargo, en cada uno de aquellos que oraban, quiso que el efecto de su operación fuera mérito de confesión. Porque la confesión del que ora no añadía virtud a quien es la Virtud de Dios: sino que era premio de la fe, merecer esto. Pues cuando preguntó a Marta, que rogaba por Lázaro, si no creía que los que creyeran en él no morirían para siempre, ella expresó la fe de su conciencia diciendo, "Sí, Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que ha venido al mundo" (Juan 11:27); esta confesión es eternidad, y esta fe no muere. Marta, suplicando por la vida de su hermano, fue preguntada si así creía, así creyó. ¿Qué vida, te pregunto, espera o de quién, quien niega esto, cuando solo es vida creer así? Grande es el sacramento de esta fe, y perfecta es la bienaventuranza de esta confesión.

48. Para la salvación del alma se pide lo mismo al ciego que ya ve.---El Señor había concedido la vista al ciego de nacimiento, y el Señor había quitado el daño de la naturaleza a la naturaleza. Y porque este ciego había nacido para la gloria de Dios, para que en la obra de Cristo pudiera entenderse la obra de Dios, no se esperó de él la fe de confesión: pero quien en los ojos recibidos no conocía al autor de tan gran don para sí, mereció esto después para aprender la fe. Pues la eliminación de la ceguera no traía la eternidad de la vida. Por lo cual el Señor, ya sano y expulsado de la sinagoga, le pregunta diciendo: "¿Crees tú en el Hijo de Dios?" (Juan 9:35). Para que no pensara que era una pérdida para él carecer de la sinagoga, a quien esta fe confesada le devolvería la inmortalidad. Y cuando él, aún incierto, respondió, "¿Quién es, Señor, para que crea en él?" (Juan 9:36), no queriendo que permaneciera su ignorancia, a quien después de la recuperación de los ojos se le otorgaba la inteligencia de tan gran fe, así dijo: "Y lo has visto, y el que habla contigo, ese es" (Juan 9:37). ¿Acaso el Señor, como a los demás que oraban por sanidades, le exige la confesión de fe para merecer la salvación? No, ciertamente. Pues ya habló estas cosas al ciego que veía; pero solo para que él respondiera: "Creo, Señor" (Juan 9:38); porque la fe de la respuesta no traería la sanidad de la

ceguera, sino de la vida. Y consideremos diligentemente la fuerza de esta declaración. Pregunta el Señor, "¿Crees tú en el Hijo de Dios?" Si ciertamente la sola confesión de Cristo de cualquier tipo fuera la consumación de la fe; se habría dicho, "¿Crees tú en Cristo?" Pero porque casi todos los herejes tendrían este nombre en la boca, para confesar a Cristo, y sin embargo negar al Hijo; se pide para la fe lo que es propio de Cristo, es decir, que se crea en el Hijo de Dios. Pero, ¿de qué sirve haber creído en el Hijo de Dios, si se cree en una criatura; cuando de nosotros se pide fe en Cristo, no en la criatura de Dios, sino en el Hijo?

49. Los demonios no ignoraron que era el Hijo de Dios.---¿O acaso los demonios no conocieron la propiedad de este nombre? Pues es digno que los herejes no sean ya convencidos por las doctrinas apostólicas, sino por la boca de los demonios. Claman, y claman a menudo: "¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo?" (Lucas 8:28). La verdad extrajo la confesión a pesar de ellos, y el dolor de obedecer testifica el poder de la naturaleza. Son vencidos por la virtud, cuando abandonan los cuerpos poseídos por mucho tiempo: rinden honor, mientras confiesan la naturaleza. Cristo se testifica a sí mismo como Hijo de Dios tanto por la obra como por el nombre. ¿De dónde, entre estas voces de demonios confesores, oh hereje, el nombre de criatura y la indulgencia de adopción?

50. Los judíos sabían que Cristo era el Hijo de Dios, aunque no sabían quién era Cristo. Los arrianos son más contumeliosos con Cristo que los judíos.---Aprende qué es Cristo, al menos de aquellos que no saben; para que tu impiedad sea refutada por la misma necesaria profesión de los ignorantes. Pues aunque los judíos no conocían a Cristo corporalmente, sabían sin embargo que quien era Cristo era el Hijo de Dios; cuando usaban falsos testigos contra él sin ninguna afirmación de verdad, el sacerdote lo interroga así: "¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?" (Marcos 14:61). No conociendo el sacramento, sin embargo, no ignoran la naturaleza. Y no preguntan si Cristo es el Hijo de Dios, sino si este es el Cristo, el Hijo de Dios. El error está en el hombre, no en el Hijo de Dios. Pues no se duda que Cristo sea el Hijo de Dios: y así, mientras se pregunta si este es, sin embargo, no se niega que Cristo sea el Hijo de Dios. Y te pregunto, ¿con qué fe niegas esto, que ni siquiera niegan quienes no saben? Pues cuando la perfecta ciencia es conocer a Cristo, el Hijo de Dios, permaneciendo antes de los siglos, también nacido de la virgen; incluso aquellos que no conocen al nacido de María, no ignoran que Cristo es el Hijo de Dios. Y mira en qué te has mezclado, negando al Hijo de Dios, en la compañía de la impiedad judía. Pues ¿qué causa de condenación trajeron contra él, testifican diciendo: "Y según la ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios" (Juan 19:7). ¿Acaso no es también este el oprobio de tu voz impía, por qué se llama a sí mismo Hijo, a quien tú afirmas ser criatura? Él, confesando ser el Hijo de Dios, es juzgado reo de muerte por ellos: tú, negando que es el Hijo de Dios, pregunto qué juzgas. Pues su profesión desagrada tanto a los judíos como a ti. Pregunto si permaneces en una opinión diferente de ellos, de quienes no eres diferente en voluntad. Pues con la misma impiedad niegas que él sea el Hijo de Dios. Sin embargo, ellos con un crimen menor, porque no saben. Pues no saben de María a Cristo, pero no dudan que Cristo sea el Hijo de Dios. Tú, porque no puedes ignorar a Cristo de María, sin embargo, no predicas que Cristo sea el Hijo de Dios. Para ellos, en lo que no saben, aún puede haber salvación en seguridad si creen: para ti ya todo está cerrado a la salvación, que niegas lo que ya no puedes ignorar. Pues no ignoras que es el Hijo de Dios; tanto que concedes el nombre de adopción, para que mientas que la criatura es llamada Hijo. Pero quitando la naturaleza tanto como está en ti, también quitarías si te fuera posible el nombre. Pero porque eso no es posible, no dejas la naturaleza al nombre: para que lo que se dice Hijo, no sea el verdadero Hijo de Dios.

51. Los Apóstoles confiesan que Cristo es verdaderamente el Hijo de Dios. ---Tenías en la confesión de aquellos, a quienes, con el viento enfurecido y el mar agitado, en el mandato de

la palabra se les devolvió la tranquilidad, para que también tú confesases al verdadero Hijo de Dios, y usaras su voz: "Verdaderamente eres el Hijo de Dios" (Mat. 14:33). Pero el espíritu enfurecido te arrastra al naufragio de la vida, y la tormenta domina sobre los movimientos de tu mente como un mar agitado.

52. Confiesa también el Centurión que lo crucificó.---Si esta fe incierta de los navegantes te parece, porque se considerará que es de los Apóstoles; sin embargo, para mí, aunque ofrece menos admiración, sin embargo, aporta más autoridad. Sin embargo, también toma la fe de las naciones en esto; escucha entre las crueles guardias de la cruz al soldado romano sometido a la fe. Pues habla el centurión, al ver las obras de tan gran poder: "Verdaderamente este era el Hijo de Dios" (Mat. 27:54). Esto, después de haber entregado el espíritu, el velo del templo rasgado, la tierra movida, las rocas partidas, las tumbas abiertas, y los muertos resucitando lo testifican, y el hombre gentil de la perfidia lo confiesa; reconoce la naturaleza de la virtud en los hechos, profesa la verdad de la naturaleza en el nombre. Tan grande es la razón de la verdad, y tan grande es la fuerza de la fe, que la necesidad de la verdad vence la voluntad, y Cristo el Señor de la gloria eterna verdaderamente es el Hijo de Dios, ni siquiera quien lo crucificó lo negaría.

LIBRO SÉPTIMO.

En el inicio se expone la excelencia de este libro, las causas de su escritura, la astucia de los arrianos, que hasta ahora ha sido engañada y rechazada, el peligro de oponerse a ellos, para que no parezca que al refutar a Arrio se favorece a Sabelio, y al atacar a Sabelio se favorece a Fotino; y cómo en beneficio de la Iglesia Arrio, Sabelio y Fotino se vencen o son vencidos entre sí. Explicado brevemente esto, se comprueba que quien es verdaderamente Hijo de Dios por naturaleza, también es verdaderamente Dios por naturaleza, manteniendo la fe en un solo Dios y no singular, como aquel a quien el nombre de Dios, el nacimiento de Dios, la naturaleza divina, el poder divino, y finalmente porque él mismo se profesa Dios. Aunque Hilario confiesa que con el argumento tomado del nacimiento, las demás cosas están tan conectadas que no pueden tratarse por separado.

Y primero se establece que la naturaleza de la cosa siempre se significa por el nombre, a menos que por razón de los adjetivos adventicios y no propios se indique lo contrario: pero del Hijo se dice así por Juan, "y el Verbo era Dios", y por Tomás, "mi Señor y mi Dios", que estas denominaciones incluso por los adjetivos expresan en él la verdadera naturaleza de Dios. A quien, no menos que al Padre, el nombre propio de la naturaleza divina, es de una sola naturaleza con él: y por lo tanto él con el Padre no son dos dioses, sino uno. Aquí toca ligeramente los cognombres de Verbo, Sabiduría y Virtud, y declara que están adaptados al Hijo, para mostrar que en el Padre subsisten sin ninguna división o mutación de él.

Luego añade que no es menos conocido por sí mismo, que al nacido le pertenece la naturaleza de la cual subsiste: y no puede dudarse que Cristo nació de Dios, a quien por esto principalmente los judíos querían matar, porque "se hacía a sí mismo igual a Dios, llamando a Dios su propio Padre". Pero el nacimiento, como la igualdad, no sufre solo, ni diverso.

De ese mismo discurso que Cristo tuvo entonces con los judíos, se demuestra ampliamente su nacimiento de Dios y la unidad de la naturaleza paterna: la unidad de la naturaleza, mientras obra lo que el Padre, mientras hace todas las mismas cosas, mientras hay un poder único de ambos en vivificar a los muertos, un honor, una injuria, mientras finalmente tiene todo juicio; el nacimiento, mientras no cesa de llamarse a sí mismo Hijo, mientras actúa lo que el Padre, pero no de sí mismo, así las mismas cosas, pero sin embargo de manera similar, así tiene todo

juicio, pero sin embargo recibido del Padre. Lo cual se confirma tanto por la inteligencia de los judíos, que entendieron que Cristo con estas palabras se proclamaba verdaderamente Hijo de Dios y verdaderamente Dios, como por las respuestas del mismo Cristo, que no se refirió a sí mismo como mal entendido, sino como injustamente no creído, cuando las obras daban fe a las palabras.

Finalmente, de lo que Cristo dijo a Felipe cuando le pidió que le mostrara al Padre, se demuestra claramente que él mismo enseña que es nacido de Dios y de una sola y misma naturaleza con él.

1. Este libro supera a los anteriores. Causas de la escritura. Sutileza de los herejes.---Este séptimo libro se escribe contra la temeridad insensata de la nueva herejía: aunque es posterior en número a los anteriores, es el primero o el mayor para entender el sacramento de la fe perfecta. En el cual no ignoramos cuán difícil y arduo es el camino de la doctrina evangélica que escalamos. Aunque la conciencia de nuestra debilidad nos retrae con temor; sin embargo, incitados por el fervor de la fe, y movidos por la furia de los herejes, y perturbados por el peligro de los ignorantes, no podemos callar lo que no nos atrevemos a hablar: sometidos al miedo de ambos peligros, para que no sea culpable en nosotros el silencio o la predicación de la verdad abandonada. Pues la sutileza herética se ha envuelto a sí misma con increíbles artes de ingenio corrupto: primero para fingir religión, luego para engañar la seguridad de los oídos simples con palabras, además para adaptarse a la prudencia del mundo, finalmente para desviar la comprensión de la verdad mediante la apariencia de una razón expuesta. Pues habiendo profesado a Dios uno, mintió en piedad; habiendo profesado nuevamente al Hijo de Dios, engañó a los oyentes en el nombre; diciendo también que no fue antes de nacer, satisfizo a la sabiduría del mundo; confesando también a Dios inmutable e incorpóreo, excluyó el nacimiento de Dios de Dios mediante la demostración de una razón engañosa: usando nuestras doctrinas contra nosotros, y luchando con la fe de la Iglesia contra la fe de la Iglesia, con el mayor peligro para nosotros de respuesta o silencio, mientras por lo que no se niega, predica lo que se niega.

2. Qué intentaron insinuar con su epístola. Cómo Hilario les respondió. El libro anterior mostró al verdadero Hijo, este muestra al verdadero Dios.---Y ciertamente recordamos a los lectores advertidos en los demás libros anteriores, que al tratar toda la edición de la blasfemia, observaran que no se trabaja en otra cosa que en que nuestro Señor Jesucristo no sea creído ni Hijo de Dios ni Dios, mientras a él se le conceden solo nombres de cierta adopción, y se le niega la naturaleza de Dios y del Hijo: pues Dios inmutable e incorpóreo, tal como es, se afirma para que el Hijo no sea nacido de Dios; y Dios Padre solo es en la confesión Dios uno, para que en nuestra fe Cristo no sea Dios: porque ni la comprensión del nacimiento la admite la naturaleza incorpórea, y la fe de Dios de Dios uno en la confesión la disuelve. Pero en los libros anteriores ya enseñando esta predicación engañosa e inútil de ellos desde la ley y los profetas, mantuvimos esa forma de respuesta, que en Dios predicado de Dios, y uno Dios y verdadero profesado, ni en la unión de un solo Dios se fallara, ni se excediera a la fe de otro Dios; mientras ni es solitario para nosotros Dios en la confesión, ni son dos. Y entre esto, uno ni negando ni confesando, se conserva la perfección de la fe, mientras lo que son uno se refiere a ambos, y cada uno no es uno. Por lo tanto, este indisoluble sacramento de la fe perfecta que vamos a completar con las doctrinas evangélicas y apostólicas, no debíamos primero otra cosa que hacer conocer a los oyentes la naturaleza subsistente del Hijo de Dios de verdadera natividad; ni manifestar que es Hijo de otra parte o de la nada, sino de Dios. Lo cual, porque según lo que se ha expuesto en el libro anterior, no puede ser dudado, que cesando el nombre de adopción, es verdadero Hijo de la verdad de la natividad: ahora también traemos esto de los Evangelios, para que porque es verdadero Hijo,

también se conozca que es verdadero Dios: porque ni será verdadero Hijo, si no es verdadero y Dios; ni verdadero Dios, si no es verdadero y Hijo.

3. Al refutar una herejía, apenas se escapa de la sospecha de otra. Sabellio, Arrio, Hebión, Fotino.---Nada es más grave para la naturaleza humana que la conciencia del peligro (pues las cosas que son ignoradas o repentinas tienen una seguridad lamentable, pero no tienen miedo del futuro): porque para quien no ignora los accidentes, la ansiedad es en sí misma el castigo de sufrir. No soy yo ahora quien zarpa un barco del puerto ignorante del naufragio, ni emprendo un viaje inconsciente de los pasos infestados de ladrones, ni cruzo las arenas de Libia incierto de la presencia de escorpiones, áspides y basiliscos por doquier: nada está libre de mi preocupación, nada de mi conciencia. Hablo bajo la vigilancia de todos los herejes, atentos a cada palabra que pronuncio, y todo el camino de mi discurso está o bien abruptamente estrechado, o bien cortado por fosas, o bien tendido con lazos. Ya no me quejo tanto de lo arduo y difícil que es, pues no escalo con mis propios pasos, sino con los apostólicos. Para mí, retirarme de las estrecheces, caer en fosas excavadas, o ser atrapado por trampas, siempre es un peligro, siempre un temor. Pues al predicar según la ley, los profetas y los apóstoles un solo Dios, Sabellio está presente, devorándome con el más feroz mordisco bajo la profesión de esta palabra como si fuera un alimento deseado. Negando yo de nuevo contra Sabellio un solo Dios, y confesando al verdadero Dios Hijo de Dios, me espera una nueva herejía, para acusarme de predicar dos dioses. Al decir que el Hijo de Dios nació de María, Hebión, que es Fotino, está presente, dispuesto a tomar la autoridad de su mentira de la verdad de mi profesión. De los demás callo, que no se ignora que están fuera de la Iglesia. Este, aunque frecuentemente condenado y rechazado, es hoy todavía un mal interno. Impíamente, Galacia ha nutrido a muchos en la profesión de un solo Dios. Malamente, casi todo el mundo ha sido producido por Alejandría, que niega dos dioses. Pannonia defiende pestíferamente que Jesús Cristo nació de María. Y la Iglesia, entre estas cosas, corre el riesgo de no mantener la verdad a través de lo verdadero, mientras se le imponen cosas que tanto confirman como destruyen la religión. Pues no podemos predicar piadosamente un solo Dios, si lo predicamos solo (suplir, predicamos): porque el Hijo de Dios no será Dios en la fe de un solitario. Pero al predicar al Hijo de Dios, como es, Dios, corremos el riesgo (en la estimación de los hombres) de no mantener la fe de un solo Dios: y es asunto del mismo peligro negar uno, como lo es confesar uno solitario. Y estas cosas, de hecho, los necios del mundo no las sienten, mientras que en estas cosas no parece significarse uno solo, ni en uno no solo se entiende.

4. La fuerza de la verdad. La Iglesia desea tener a todos en su seno. Se conoce a partir de las mismas herejías. Es una. Se gloría en el triunfo sobre las herejías que se vencen mutuamente. Pero espero que la Iglesia llevará la luz de su doctrina incluso a la imprudencia del siglo, para que, aunque no acepte el sacramento de la fe, sin embargo, entienda que la verdad del sacramento es predicada por nosotros contra los herejes. Pues grande es la fuerza de la verdad, que aunque pueda ser entendida por sí misma, sin embargo, brilla a través de las mismas cosas que se le oponen: de modo que permaneciendo inmóvil en su naturaleza, adquiere la firmeza de su naturaleza cada día mientras es atacada. Pues esto es propio de la Iglesia, que vence cuando es herida, se entiende cuando es acusada, y prevalece cuando es abandonada. Ella querría que todos permanecieran con ella y dentro de ella, y no rechazar ni perder a otros de sus senos tranquilísimos, mientras se hacen indignos de la morada de tan gran madre: pero cuando los herejes se apartan de ella o son rechazados, tanto como pierde la ocasión de otorgar la salvación de sí misma, tanto adquiere para la fe la bienaventuranza que se debe buscar de ella. Pues esto es muy fácil de conocer a partir de los mismos estudios de los herejes. Porque aunque la Iglesia, instituida por el Señor y confirmada por los Apóstoles,

es una de todas, de la cual el error furioso de diversas impiedades se ha separado; y no se puede negar que, por el vicio de la mala inteligencia, ha surgido la disensión de la fe, mientras lo que se lee se adapta más al sentido que el sentido obedece a la lectura: sin embargo, mientras las partes individuales se oponen entre sí, no solo debe entenderse por sus doctrinas, sino también por las de los que se oponen; de modo que mientras todos están contra ella, aunque sea una sola, refuta el error impiísimo de todos por el hecho de que es sola y única. Por lo tanto, todos los herejes vienen contra la Iglesia: pero mientras todos los herejes se vencen mutuamente, no se vencen nada a sí mismos. Pues su victoria es el triunfo de la Iglesia sobre todos, mientras la herejía lucha contra otra en lo que la fe de la Iglesia condena en la otra herejía (pues no hay nada que sea común a los herejes): y entre estas cosas, afirman nuestra fe mientras se oponen entre sí.

5. El error de Sabellio y su refutación.---Sabellio predica un solo Dios eliminando el nacimiento del Hijo, mientras no duda que la Virtud de la naturaleza, que operó en el hombre, es Dios. Pues al ignorar el sacramento del Hijo, perdió la fe en la verdadera generación por la admiración de los hechos: y al escuchar, Quien me ha visto, ha visto al Padre (Juan XIV, 9), impíamente tomó la unión de la naturaleza indistinta e indisimilar en el Padre y el Hijo, sin entender que la unidad natural se muestra bajo el significado del nacimiento: pues en lo que el Padre se ve en el Hijo, es confirmación de la divinidad, no abolición del nacimiento. Por lo tanto, el conocimiento de uno está en el otro, porque no difiere uno del otro en naturaleza: y en lo que no difieren, en eso hay una contemplación indiferente de la propiedad de la naturaleza. Y ciertamente no se puede dudar que mostró de sí mismo la forma de Dios, quien permanecía en la forma de Dios. También sucede que a la insensata furia de esta opinión se añade esta declaración del Señor: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). Pues la unidad de naturaleza indisimilar avanzó irreligiosamente al error de la unión: y la razón de la declaración no se mantuvo solo por la virtud entendida. Pues no significa solitario, Yo y el Padre somos uno. Pues la conjunción que significa y el Padre, no admite la inteligencia de uno: y aquello que somos, no permite singular: pero esto que somos uno, no quita el nacimiento, sino que no distingue la naturaleza en el género; mientras que ni uno es de diversidad, ni somos es de uno.

6. Cómo Sabellio y Arrio, luchando entre sí, trabajan para la Iglesia.---Combina la furia de este (Sabellio) con la furia de los herejes presentes (Arianos), para que estén presentes contra Sabellio. Afirmarán haber leído, El Padre es mayor que yo (Juan XIV, 28): y sin entender nada del sacramento del nacimiento, ni del misterio del Dios evacuado y de la carne asumida, harán una disminución de la naturaleza por la profesión de mayor. Pues contendrán contra Sabellio, que el Hijo es hasta el punto de ser menor que el Padre, para reclamar el honor pasado, y temer morir: y murió. Por otro lado, él (Sabellio) defiende la naturaleza de Dios en los hechos: y aunque esta nueva herejía no negará un solo Dios, para no creer al Hijo Dios; sin embargo, Sabellio retendrá en la profesión un solo Dios, para que el Hijo no exista en absoluto. Este (Arrio) introducirá al Hijo operando: este (Sabellio) contendrá que Dios está en las obras. Este dirá uno: aquel negará un solo Dios. Sabellio se defenderá diciendo, Las obras que se realizaron, que la naturaleza de Dios no efectúa: el perdón de los pecados, la curación de las enfermedades, el curso de los cojos, la vista de los ciegos, la vida de los muertos es solo de Dios. Ninguna otra naturaleza, que es consciente de sí misma, diría, Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). ¿Por qué me arrastras a otra sustancia? ¿Por qué me incitas a otro Dios? Las obras que son propias de Dios, un solo Dios las realizó. Pero contra estas cosas, predicando al Hijo disímil al Dios Padre, clamarán no menos con boca venenosa: No conoces el sacramento de tu salvación, debe creerse en el Hijo por quien fueron hechos los siglos, por quien fue formado el hombre, quien dio la ley por los ángeles, quien nació de María, quien

fue enviado por el Padre, quien fue crucificado, muerto y sepultado, quien resucitando de los muertos está a la diestra de Dios, quien es juez de vivos y muertos. En él se debe renacer, él debe ser confesado, su reino debe ser merecido. Ambos enemigos de la Iglesia, trabajan para la Iglesia: mientras Sabellio predica a Dios por naturaleza en las obras, estos confiesan al Hijo de Dios por el sacramento de la fe.

7. La discordia de Fotino con Arrio y Sabellio proporciona lo mismo. La fe de la Iglesia contra los herejes mencionados.---Ahora bien, ¿cómo Hebión, que es Fotino, o vence o es vencido por la victoria de nuestra fe? Mientras acusa a Sabellio de por qué niega al hombre como Hijo de Dios; mientras es refutado por los arrianos, por qué no sabe del Hijo de Dios en el hombre. Contra Sabellio se defiende con los Evangelios del Hijo de María: Arrio no le deja los Evangelios solo por el Hijo de María. Contra este (Sabellio), que niega al Hijo, el hombre es usurpado por él (Fotino) como Hijo. Por este, que no conoce al Hijo de Dios antes de los siglos, se niega al Hijo de Dios solo del hombre. Que venzan, como quieran, porque al vencerse mutuamente son vencidos: mientras estos (es decir, los arrianos), que ahora son, son refutados sobre la naturaleza de Dios, y Sabellio es refutado sobre el sacramento del Hijo, y Fotino es acusado de ignorar o negar al Hijo de Dios nacido antes de los siglos. Pero entre estas cosas, la fe de la Iglesia, fundada en las doctrinas evangélicas y apostólicas, sostiene contra Sabellio la profesión del Hijo, contra Arrio la naturaleza de Dios, y contra Fotino al creador del siglo: y esto es más verdadero, porque estas cosas no son negadas por ellos entre sí. Pues Sabellio predica la naturaleza de Dios en las obras, pero no conoce al Hijo operante. Estos llaman al Hijo, pero no confiesan la verdad de la naturaleza de Dios en él. Pero Fotino usurpa al hombre, pero en el hombre usurpado ignora la natividad de Dios antes de los siglos. Así, mientras lo que cada uno defiende o condena, estas mismas cosas, tal como son, muestran religiosamente la verdad de nuestra fe tanto del defensor como del condenador.

8. Razón de lo dicho. Argumento de lo que se dirá.---Estas cosas, por lo tanto, debían ser demostradas por mí brevemente, no por el estudio de la abundancia, sino por la razón de la cautela: primero, para que se conociera que todas las cosas de los herejes son inciertas y erráticas, cuando a veces discrepan entre sí por nosotros: luego, para que nadie me retuviera en el error de dos dioses, o contra el de un único y solitario Dios, resistiendo a las blasfemas profesiones de estos que ahora son (es decir, los arrianos), y predicando a Dios Padre y al Hijo de Dios como Dios, luego profesando que el Padre y el Hijo son de un solo nombre y naturaleza, de género indisimilar de divinidad; cuando ni la unión en el predicado Dios Padre y Dios Hijo se encontraría, ni bajo la demostración de naturaleza indistinta se conveniría en la diversidad de dioses. Ahora, porque a los que niegan que el Hijo de Dios subsiste de Dios por la verdad del nacimiento, se respondió en el libro anterior según los Evangelios: se debe demostrar que aquel que es verdaderamente Hijo de Dios por naturaleza, también es verdaderamente Dios por naturaleza: de tal manera, que nuestra fe no perezca ni en un singular, ni en otro Dios; cuando ni predicará un solo Dios como solitario, ni confesará como no uno no solitario.

9. De qué maneras conocemos a Cristo como Dios. El nombre de Dios dado simplemente es indicio de naturaleza.---Conocemos, por lo tanto, a nuestro Señor Jesucristo como Dios de estas maneras: por nombre, nacimiento, naturaleza, poder, profesión. Y sobre el nombre no creo que haya ambigüedad. Pues leemos, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). ¿Qué calumnia hay, por qué no es lo que se nombra? ¿O acaso el nombre no es indicación de naturaleza? Y porque toda contradicción es por causa, ahora aquí busco la causa de negar a Dios. Pues la simple denominación es, y carece de la ofensa de una adición ajena. Pues el Verbo, que se hizo carne, no es otra cosa que Dios. No

queda aquí la sospecha de una denominación imputada o asumida: para que lo que es Dios no sea nombre por naturaleza.

10. El nombre de Dios añadido a Moisés. Otros dioses por la voluntad del que llama.---Mira las demás denominaciones imputativas o asumptivas. A Moisés se le dijo, Te he hecho dios para Faraón (Éxodo VII, 1). Pero, ¿acaso no se añade la causa del nombre cuando se dice para Faraón? ¿O acaso no le infundió la naturaleza de Dios, y no más bien el terror en aquel que temiera, cuando el dragón de Moisés devora inmediatamente las serpientes mágicas, cuando aleja la mosca que había enviado, cuando desvía el granizo con el poder con que lo había evocado, cuando repele las langostas con la misma virtud con que las había traído, cuando en sus operaciones los magos confiesan que es el dedo de Dios (Éxodo VII, 12; VIII, 31; IX, 33; X, 19; VIII, 19)? Así Moisés fue dado como dios a Faraón, mientras es temido, mientras es suplicado, mientras castiga, mientras cura. Y una cosa es ser dado como dios, otra cosa es ser Dios. Pues fue dado como dios sobre Faraón: pero no tiene en él la naturaleza y el nombre, para que sea Dios. También recuerdo otra denominación, donde se dice, Yo dije, dioses sois (Salmo LXXXI, 6), pero en eso hay una significación del nombre concedido. Y donde se refiere, yo dije, es más bien el discurso del que habla, que el nombre de la cosa: porque el nombre de la cosa trae la inteligencia de la cosa, pero la voluntad de la denominación es de otro. Y donde se muestra el autor de la denominación, allí la denominación es por el discurso del autor, no un nombre natural en el género.

11. Por qué el Hijo se llama Verbo, sabiduría y poder. El Hijo es, como se dice, Dios.---Pero aquí el Verbo es Dios: la cosa existe en el Verbo, la cosa del Verbo se enuncia en el nombre. Pues la denominación del Verbo en el Hijo de Dios es del sacramento del nacimiento, así como el nombre de sabiduría y poder: que aunque existieron en el Hijo de Dios con la sustancia de la verdadera natividad, sin embargo, no faltan a Dios, como propias, aunque nacidas de él en Dios. Pues no, como frecuentemente hemos dicho, predicamos el sacramento de la división en el Hijo, sino de la natividad. Ni fue una separación imperfecta, sino una progenie perfecta: porque la natividad no tiene detrimento en el engendrar, cuando mantiene el progreso en el nacer. Y por eso se han adaptado al unigénito Dios los nombres de aquellas cosas que, aunque lo consumen subsistente por la natividad, sin embargo, están en el Padre por la virtud inmutable de la naturaleza. Pues el unigénito Dios es el Verbo, pero el Padre innascible nunca en absoluto está sin el Verbo: no porque la prolatación de la voz sea la naturaleza del Hijo; sino que de Dios, Dios subsistiendo con la verdad de la natividad, para que se enseñara que era propio del Padre y por la indiferencia de la naturaleza inseparable, se significó en el Verbo. Así como Cristo es la sabiduría y el poder de Dios, no aquel, como se suele entender, eficaz movimiento de la potestad interna o del sentido: sino que sosteniendo por la natividad la verdad de la sustancia, fue mostrado subsistente por estos nombres significados de las cosas internas. Pues no puede parecer ser lo mismo que es siempre interno a cada uno lo que subsiste naciendo. Pero del eterno Dios Padre, el Hijo unigénito nacido en Dios subsistente, para que no pudiera entenderse que era ajeno a la naturaleza de la divinidad paterna, fue mostrado subsistente por estos nombres de propiedades, de los cuales no carecía desde que subsistía. Por lo tanto, Dios que es, no es otra cosa que Dios. Pues cuando escucho, Y el Verbo era Dios; no solo escucho que el Verbo es llamado Dios, sino que entiendo que se demuestra ser lo que es Dios: porque como arriba en Moisés dios y en los dioses cognominados por denominación se añadió el nombre; aquí, sin embargo, la cosa significada es de la sustancia, cuando se dice, Dios era. Pues ser no es un nombre accidental, sino la verdad subsistente, y la causa permanente, y la propiedad del género natural.

12. Tomás lo confiesa como Dios, con la fe intacta en el único Dios. Tomás profesa que Cristo es Dios por naturaleza. Y Cristo no rehúsa este nombre. Veamos si la confesión del apóstol Tomás sigue esta proclamación del Evangelista, cuando dice: "Señor mío y Dios mío" (Juan 20, 28). Por lo tanto, es su Dios a quien confiesa como Dios. Y ciertamente no ignoraba lo dicho por el Señor: "Escucha, Israel, el Señor tu Dios es uno" (Deut. 6, 4): ¿y cómo la fe apostólica principal se ha olvidado del mandato, para confesar a Cristo como Dios, cuando se debía vivir en la confesión de un solo Dios? Pero el Apóstol, entendiendo la fe de todo el sacramento por la virtud de la resurrección, habiendo escuchado frecuentemente: "Yo y el Padre somos uno"; y: "Todo lo que es del Padre es mío"; y: "Yo estoy en el Padre y el Padre en mí" (Juan 10, 30; 16, 15; 14, 11): ya sin peligro para la fe confesó el nombre de la naturaleza: porque la religión no se apartaría de la profesión del único Dios Padre al confesar a Dios el Hijo de Dios, ya que en el Hijo de Dios no se creía más que en la verdad de la naturaleza paterna; ni la fe en la naturaleza del único Dios se pondría en peligro bajo la impía confesión de otro Dios, porque la perfecta natividad de Dios no habría traído la naturaleza de otro Dios. Entendiendo, pues, Tomás la verdad del sacramento evangélico, confesó que su Señor y su Dios era. No es aquí un nombre de honor, sino una confesión de naturaleza: porque creyó en Dios por las cosas mismas y las virtudes. Y el Señor enseñó que la religión de esta profesión no es de honor, sino de fe, diciendo: "Porque has visto, has creído: bienaventurados los que no vieron y creyeron" (Juan 20, 29). Porque viendo, Tomás creyó. Pero, ¿qué creyó, preguntas? ¿Y qué otra cosa creyó que lo que profesó: "Señor mío y Dios mío"? Porque resucitar por sí mismo de entre los muertos a la vida, no pudo sino por la naturaleza de Dios: y la fe de la religión creída es lo que profesó, que es Dios. ¿Acaso, entonces, el nombre de Dios no se considerará una realidad de naturaleza, cuando la profesión del nombre ha seguido la fe de la naturaleza creída? Pues ciertamente el hijo religioso, que no hacía su voluntad sino la de aquel que lo envió, y que no buscaba su honor sino el de aquel de quien vino, habría rehusado el honor de este nombre en sí mismo; para que no se disolviera lo que él mismo había predicado como un solo Dios. Pero confirmando verdaderamente el misterio de la fe apostólica, y reconociendo en sí el nombre de la naturaleza paterna, enseñó que son bienaventurados los que, aunque no lo vieron resucitar de entre los muertos, creyeron en Dios por la inteligencia de la resurrección.

13. Padre e Hijo son un solo Dios.---El nombre de la naturaleza no abandona la profesión de nuestra fe. Porque el nombre que significa una cosa, también muestra la realidad de su mismo género: y ya no son dos cosas, sino que es una cosa del mismo género. Porque el Hijo de Dios es Dios; esto es lo que se significa por el nombre. El nombre no enumera dos dioses; porque el nombre de Dios es uno de una naturaleza única e indiferente. Porque cuando el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el nombre propio de la naturaleza divina está en ambos; ambos son uno: porque aunque el Hijo subsiste por la natividad de la naturaleza, sin embargo conserva la unidad en el nombre: ni la natividad del Hijo obliga la fe de los creyentes a la profesión de dos dioses, que profesa al Padre y al Hijo como de una sola naturaleza, así como de un solo nombre. Por lo tanto, el Hijo de Dios tiene el nombre por natividad. Este es para nosotros el segundo paso hacia la demostración, que Dios es por natividad. Aunque todavía me queda la autoridad apostólica sobre la propiedad del nombre: pero por ahora es conveniente tratar el discurso evangélico.

14. El Hijo, al nacer de Dios, tiene la naturaleza de Dios. Nacer y haber comenzado a ser no son lo mismo.---Y primero pregunto, ¿cómo la natividad del Hijo pudo introducir una novedad de naturaleza, para que no sea Dios? Este sentido excluye la inteligencia humana, que algo al nacer sea diferente de la naturaleza de su origen: a menos que, por la diversidad de naturalezas, algo nuevo venga a la vida (y así sea de ambos géneros, que no sea ninguno

de los dos); lo cual es común en los animales y las bestias. Pero esa misma novedad no existe, sino por las propiedades innatas bajo la diversidad de naturaleza: y la diversidad de ellos no la introdujo la natividad, sino que la recibió, mientras retiene lo que de ambos es uno para sí. Y como estas cosas son así en estas causas y pasiones corporales; ¿qué locura es, pregunto, referir la natividad del unigénito de Dios a una naturaleza degenerada de Dios: cuando la natividad no es sino de la propiedad de la naturaleza; y ya no será natividad, si no hay propiedad de la naturaleza en la natividad? De aquí surge todo ese ardor y furia, para que en el Hijo de Dios no haya natividad, sino creación; para que no sostenga el origen de su naturaleza, sino que tome una ajena a Dios de lo que no existe: porque según lo que dice: "Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es" (Juan 3, 6), porque Dios es espíritu, no es ambiguo que al que nace no le falte algo diferente y ajeno de aquel de quien nació. Por lo tanto, la natividad de Dios perfecciona a Dios, para que no se entienda que Dios comenzó a ser, sino que nació: porque comenzar a ser puede no ser lo mismo que nacer, mientras todo lo que comienza o existe de la nada en algo, o progresa y termina de uno a otro; como del suelo el oro, como de sólidos los líquidos, como de fríos los ardientes, como de blancos los púrpuras, como de las aguas los seres animados, como de los inanimados los vivientes: pero el Hijo de Dios no comenzó a ser Dios de la nada, sino que nació; ni fue algo antes de ser Dios. Y así, el que nació en Dios, ni comenzó lo que es Dios ni progresó. Por lo tanto, la natividad retiene la naturaleza de la que subsistió, y el Hijo de Dios no subsiste en otra cosa que en lo que es Dios.

15. Verdaderamente nació de Dios, a quien Dios es Padre y con quien hay igualdad con Dios. La igualdad no se aplica ni a los solos ni a los diferentes.---O si alguien duda de esto, aprenda de los judíos la inteligencia de la naturaleza, o más bien reconozca del Evangelio la verdad de la natividad, en el que está escrito: "Por esto los judíos buscaban más matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios" (Juan 5, 18). Ahora no se refiere aquí, como suele ser en otros casos, el discurso de los judíos: más bien esta es una exposición del Evangelista, mostrando la causa por la cual los judíos querían matar al Señor. Por lo tanto, cesa la excusa de la inteligencia viciosa por la impiedad de los blasfemadores; cuando por la autoridad del Apóstol, bajo la significación de la natividad, se ha mostrado la propiedad natural: "Decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios". ¿Acaso no es natividad natural, donde por el nombre del propio padre, se demuestra la igualdad de naturaleza? No se duda que la igualdad no difiere. ¿Quién dudará, entonces, que la natividad sigue a la naturaleza indiferente? De aquí proviene la única igualdad que verdaderamente puede existir: porque solo la natividad puede proporcionar la igualdad de naturaleza. La igualdad nunca se creerá que existe donde hay unión: ni tampoco se encontrará allí donde hay diferencia. Así, la igualdad de semejanza no tiene soledad ni diversidad: porque toda igualdad no es diversa ni sola.

16. La natividad del Hijo y la igualdad con el Padre según sus propias palabras. Diversos argumentos de la divinidad de Cristo tratados juntos.---Aunque, por lo tanto, los juicios de nuestra inteligencia sobre esto sean comunes con la opinión del sentido humano, para que la natividad tenga igualdad de naturaleza, y donde hay igualdad, no pueda haber algo ajeno a sí mismo, ni solo; sin embargo, la fe de nuestro discurso también debe afirmarse a partir de las mismas palabras del Señor, para que la temeridad de contradecir, bajo la libertad de una inteligencia diversa en los nombres, no se atreva a oponerse a las profesiones del testimonio divino sobre sí mismo. Porque el Señor respondió: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre: porque todo lo que el Padre hace, lo mismo hace el Hijo de igual manera. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él mismo hace: y le mostrará obras mayores que estas, para que os maravilléis. Porque así como el

Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo el juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió" (Juan 5, 19 y ss.). El orden de la proposición ciertamente exigía que se trataran cada uno de los géneros de las causas singulares; para que, habiendo aprendido que nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, es Dios por nombre, natividad, naturaleza, poder, profesión, nuestra demostración recorriera cada uno de los grados de la disposición propuesta: pero la naturaleza de la natividad no lo permite, que en sí misma abarca el nombre, la naturaleza, el poder y la profesión. Porque sin estas cosas no habrá natividad; ya que contiene en sí todas estas cosas al nacer. Tratando, pues, esto, caemos en la necesidad de que no se permita diferir lo mencionado anteriormente al orden propio del tratado.

17. Cristo acusado por los judíos expone su naturaleza y natividad. La virtud de Cristo por el conocimiento. Qué es este conocimiento.---Porque el Señor, respondiendo a los judíos, que querían matarlo más por esto, porque diciendo que Dios era su Padre, se había hecho igual a Dios, expuso todo el sacramento de nuestra fe, mientras contradice sus impíos movimientos. Porque había dicho anteriormente, cuando, habiendo curado al paralítico, se le acusaba de violar el sábado y se le constituía reo de muerte, "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo" (Juan 5, 17). Y de aquí se encendía toda la envidia, porque se había igualado a Dios por la usurpación del nombre paterno. Queriendo, pues, confirmar su natividad y profesar la virtud de la naturaleza, dijo: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre" (Juan 5, 19). El comienzo de la respuesta se adaptó al impío movimiento de los judíos, por el cual se agitaban hasta la voluntad de infligir la muerte. Porque al objeto de la acusación de violar el sábado, había dicho: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo": para que se entendiera que había usurpado esto por la autoridad del ejemplo; significando, sin embargo, que lo que él hacía, era obra del Padre, porque él mismo operaba en sí mismo operando. Y de nuevo, contra la envidia de que se había igualado a Dios por el nombre y la naturaleza del Hijo, añadió: "En verdad, en verdad os digo, el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre". Para que esa igualdad por el nombre y la naturaleza del Hijo no quitara la fe de la natividad; dijo que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Y para que permaneciera el orden saludable de nuestra confesión en el Padre y el Hijo; mostró la naturaleza de la natividad, que no toma el poder de hacer por incrementos de fuerzas concedidas para cada obra, sino que lo presume del conocimiento: pero no presume de algún ejemplo de obra corporal, para que el Padre haga algo primero para que después el Hijo lo haga: sino que, como la naturaleza de Dios subsistió en la naturaleza de Dios, es decir, el Hijo nació del Padre; por la conciencia de la virtud y naturaleza paterna en sí mismo, testificó que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre: y como el unigénito Dios operaba con las operaciones de la virtud paterna, presumía tanto para hacer, cuanto en su conciencia estaba, la naturaleza de Dios Padre inseparable de sí mismo, que obtenía por la legítima natividad. Porque Dios no ve por modos corporales, sino que toda su visión está en la virtud de la naturaleza.

18. Mientras hace las MISMAS COSAS, no es otro; mientras lo hace SIMILARMENTE, es otro.---Finalmente añadió: "Porque todo lo que el Padre hace, lo mismo hace el Hijo de igual manera" (Juan 5, 19). Añadió "de igual manera" para significar la natividad: pero habló de "todo" y "lo mismo" para mostrar la verdad de la naturaleza. Porque en las cosas que son "todo" y "lo mismo", no puede haber diversidad ni resto. Y así, en la naturaleza es lo mismo, a quien la naturaleza le es posible hacer lo mismo. Pero donde "de igual manera" el Hijo hace las mismas cosas, la similitud de las obras excluyó la soledad del operante: para que todo lo que el Padre hace, lo mismo haga el Hijo de igual manera. Esta es la inteligencia de la

verdadera natividad, y el sacramento más absoluto de nuestra fe, que confiesa la verdad de la divinidad única e indiferente en el Padre y el Hijo, para que haciendo lo mismo el Hijo lo haga de igual manera, y haciéndolo de igual manera sean las mismas cosas que hace: porque bajo esta única significación testifican tanto las cosas hechas de igual manera la natividad, como las cosas hechas lo mismo la naturaleza.

19. La demostración de las obras introduce la natividad, no la ignorancia. Es instrucción para nuestra fe. Querer qué.---Por lo tanto, el orden de la respuesta del Señor mantiene el orden íntegro de la fe eclesiástica, para que no distinga la naturaleza, y signifique la natividad. Esto es lo que sigue: "Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él mismo hace; y le mostrará obras mayores que estas, para que os maravilléis. Porque así como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere" (Juan 5, 20-21). ¿Acaso la demostración de las obras nos introduce otra cosa que la fe de la natividad, para que creamos que el Hijo subsiste del subsistente Dios Padre? A menos que, por ignorancia, se deba creer que el unigénito Dios necesitaba la enseñanza de la demostración; pero no se admite la temeridad de esta impía suposición. Porque no necesita ser enseñado quien sabe todo lo que debe ser enseñado. Porque después de que dijo: "El Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él mismo hace": para mostrar que toda esta demostración del Padre es doctrina para nuestra fe, para que tengamos al Padre y al Hijo en la confesión, y no pueda entenderse aquí ignorancia en el Hijo, a quien el Padre le muestra todas las obras que él mismo hace; inmediatamente dijo: "Y le mostrará obras mayores que estas, para que os maravilléis. Porque así como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere" (Juan 5, 21). La demostración, pues, de la obra futura no es ignorada por el Hijo, a quien se le debe mostrar esto, para que, por el ejemplo de la naturaleza paterna, resucite a los muertos. Porque dice que el Padre le mostrará al Hijo las cosas que deben maravillarse: y cuáles son esas mismas cosas, enseguida lo explicó: "Porque así como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere" (Juan 5, 21). La virtud está igualada por la unidad de la naturaleza indiferente. Y la demostración de las obras no es instrucción de ignorancia, sino de nuestra fe: que no introdujo al Hijo el conocimiento de lo ignorado, sino a nosotros la confesión de la natividad, confirmándola por el hecho de que todas las cosas le fueron demostradas que podía. Porque el discurso celestial no se condujo sin precaución, para que no se introdujera la significación de una naturaleza diversa bajo la ocasión de una palabra ambigua. Porque dice que las obras le fueron demostradas, más bien que la naturaleza de la virtud fue añadida para su operación: para que la demostración misma se enseñara como sustancia de la natividad, a la que por el amor del Padre, la cognición de las obras paternas, que quería realizar por él, le era connatural. Además, para que no se creyera que por la profesión de la demostración, la diversidad de naturaleza ignorante se creía en él; no ignora las mismas cosas que profesa que le serán demostradas. Hasta tal punto no actuará por la autoridad del ejemplo, para que vivifique a los que quiera. Porque querer es la libertad de la naturaleza, que subsiste con la voluntad del libre albedrío hacia la bienaventuranza de la perfecta virtud.

20. Todo juicio dado prueba la naturaleza y la natividad. El juicio dado, para que haya igualdad de honor.---Y para que de aquí en adelante, el hecho de que vivifique a los que quiera, no pareciera tener en sí la naturaleza de la natividad, sino que subsistiera más bien por el derecho de un poder no nacido; inmediatamente añadió: "Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo el juicio al Hijo" (Juan 5, 22). Y en el hecho de que todo juicio ha sido dado, se demuestra tanto la naturaleza como la natividad: porque solo la naturaleza indiferente puede tener todas las cosas, ni la natividad puede tener algo, a menos que le haya sido dado. Pero todo juicio ha sido dado; porque vivifica a los que quiere. Ni puede parecer

que el juicio ha sido quitado al Padre, cuando él mismo no juzga: porque el juicio del Hijo es del juicio paterno; porque todo juicio le ha sido dado. Pero la causa del juicio dado no se ha ocultado. Porque sigue: "Pero todo juicio ha sido dado al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió" (Juan 5, 23). ¿Qué, entonces, pregunto, queda de sospecha, o qué queda para la ocasión de la impiedad? El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo el juicio al Hijo. Pero la causa del juicio dado es que el Hijo tenga honor igual al Padre, y el que no honra al Hijo tampoco honra al Padre. ¿Y cómo se entiende después de esto que la naturaleza de la natividad difiere, cuando no solo la operación, la virtud, el honor, sino también la contumelia del honor negado lo iguala? Por lo tanto, el discurso de la respuesta divina no muestra otra cosa que el sacramento de la natividad. Ni de otra manera pudo o debió distinguirse el Hijo del Padre, que para enseñar que nació, pero no diferente.

21. Toda la fe sobre el Hijo se extrae de las palabras de Cristo mencionadas. El Padre, por tanto, hasta ahora opera, y el Hijo también opera. Tienes los nombres de la naturaleza, ya que tanto el Padre como el Hijo operan. Entiende también la naturaleza de Dios, por la cual Dios opera, operando. Y para que no pienses que se deben entender dos operaciones de naturalezas diferentes, recuerda que se dijo del ciego: "Pero para que se manifiesten las obras de Dios en él: me conviene hacer las obras de aquel que me envió" (Juan IX, 3). En lo que el Hijo opera, es obra del Padre: y la obra del Hijo es obra de Dios. Y sobre las obras aún hay un discurso siguiente. Por ahora, la respuesta no se ha esforzado en otra cosa que en referir toda obra a ambos; pero la naturaleza de ambos no difiere en operar, ya que en lo que hasta ahora el Padre opera, también opera el Hijo: para que no se crea impíamente que quien es señor del sábado (porque el hijo del hombre es señor del sábado, Lucas VI, 5) opera en sábado, cuya obra por la naturaleza de la natividad es la autoridad del trabajo paterno en sí mismo. Por lo tanto, no se confunde ni se abole la naturaleza, para que no sea hijo: ni tampoco se le quita la naturaleza, para que no sea Dios. No se distinguen por diversidad, para que sean uno: ni el hecho de que sean uno puede impedir que ambos existan. Y primero reconoce al hijo, cuando se dice: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre" (Juan V, 19). Tienes la natividad del hijo, que por sí misma no puede hacer nada, sino lo que ve. En lo que no puede por sí mismo, elimina el error de la innascibilidad; porque la natividad no puede poder por sí misma: pero lo que ve, se significa el reconocimiento de la naturaleza consciente en sí misma. Y ahora reconoce la verdadera naturaleza de Dios: "Porque todo lo que él hace, lo mismo hace el Hijo de igual manera" (Ibídem). Después de la virtud de la naturaleza, entiende la unidad de la naturaleza por eso indisimilar: "Para que todos honren al Hijo, como honran al Padre que lo envió" (Ibíd., 23). Y para que la unidad de la naturaleza no te contenga en la unión de lo solitario; aprende el sacramento de la fe en eso: "Quien no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió" (Ibídem). Todo está concluido contra las ingeniosidades del furor herético. Es hijo, porque no puede por sí mismo: es Dios, porque todo lo que el Padre hace, él también lo hace: son uno, porque se iguala en honor, y hace lo mismo, no otra cosa: no es el mismo padre, porque fue enviado. Por lo tanto, este sacramento lo tiene solo la natividad, para que abarque en sí mismo tanto el nombre, como la naturaleza, el poder y la profesión: porque toda la natividad no puede no estar en esa naturaleza de donde nace. No aporta la sustancia de un género externo: porque de uno no subsiste lo ajeno. Pero lo que no es ajeno a sí mismo, eso es uno en género de naturaleza: y todo lo que es uno por natividad, no tiene soledad; porque la soledad es singular, y la unidad de la natividad es hacia ambos.

22. La fe de los arrianos es adversa a su propio conocimiento. El poder de Cristo, la natividad de Dios, la naturaleza divina y la existencia en el Padre; la mano. Y sobre esto, que esté

presente el testimonio de la sentencia divina sobre sí mismo. Dice: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 27 y ss.). ¿Quién, pregunto, embota nuestra inteligencia con la estupidez de una mente obtusa, para que estas cosas dichas tan absolutamente no entren en nuestro sentido? ¿O quién se burla de la debilidad humana con la arrogancia de un espíritu insolente, para que, habiendo adquirido el conocimiento de Dios a partir de estas cosas, piensen que Dios no debe ser entendido en aquello en lo que ha sido conocido? O bien deben presentarse otros Evangelios que enseñen: o si estos (Evangelios) son los únicos que enseñan sobre Dios, ¿por qué no creemos como se nos enseña? Pero si el conocimiento se toma solo de estas cosas; ¿por qué no se tiene fe de donde se tiene conocimiento? Pero cuando se descubre que la fe es adversa al conocimiento; ya no es fe de conocimiento, sino de crimen, asumiendo una fe irreligiosa contra el conocimiento confesado de la religión. Por lo tanto, el Unigénito Dios, consciente de su propia naturaleza, el inenarrable sacramento de su propia natividad, para la confesión de nuestra fe, significa con la mayor claridad posible de palabras: para que se entienda que es nacido, y se crea que está en la naturaleza de Dios, y que es uno con el Padre, y al profesarse uno con el Padre, no obstante, no pierda ser lo que es el hijo. Testifica primero la virtud de la naturaleza, cuando dice de sus ovejas: "Ni nadie las arrebatará de mi mano" (Ibíd. 28). Esta es la voz de la potestad consciente, confesando la libertad de la virtud imperturbable por el hecho de que nadie arrebata las ovejas de su mano. Pero para que en la naturaleza de Dios, la natividad deba ser entendida como de Dios; añadió: "Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos" (Ibíd., 19). No oculta que ha nacido del Padre: porque lo que recibió del Padre, es mayor que todos. Y quien recibió, está en lo que recibió al nacer, no después; y sin embargo es de otro, mientras recibe. Pero quien es de otro, recibe, para que no se entienda que existe en la naturaleza de aquel de quien recibió; dice: "Nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre". De su mano nadie arrebata: porque del Padre recibió lo que es mayor que todos. ¿Qué significa esta profesión tan diversa, para que de nuevo de la mano de su Padre nadie arrebate? La mano del Hijo es la que recibió del Padre; la mano del Padre es la que dio al Hijo: y ¿cómo lo que no se arrebata de la mano del Hijo, no se arrebata de la mano del Padre? ¿Cómo si preguntas entiendes: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30). La mano del Hijo es la mano del Padre. Porque la naturaleza no degenera por la natividad, para que sea la misma: ni de nuevo porque es la misma ofende la inteligencia de la natividad, porque la natividad no admite nada ajeno en sí misma. Para que por la significación corporal puedas conocer la virtud de la misma naturaleza, se ha recordado la mano del Hijo como la mano del Padre; porque la naturaleza y la virtud del Padre estaban en el Hijo. Finalmente, para que por el sacramento de la natividad reconozcas la verdad de la naturaleza indiferente; se ha dicho: "Yo y el Padre somos uno": para que lo que son uno, no se crea diverso ni solitario, no existiendo otra naturaleza en ambos por la propiedad de la natividad y la generación.

23. Los arrianos son más injustos con Cristo que los judíos. Permanece, en cuanto se puede entender, la voluntad de las mentes insanas, aunque cese el efecto de la voluntad: y el estudio del ánimo maligno de la malevolencia, al cesar la ocasión de la obra maligna, no lo abandona. Ahora, en efecto, el furor de los herejes, ya que el Señor está sentado en los cielos, porque no pueden llevarlo a la cruz como los judíos, sin embargo, con igual infidelidad niegan que él sea lo que es: y aunque no pueden negar lo que se ha dicho, sin embargo, no obedeciendo a las palabras, ejercen el odio de la impiedad, lanzan piedras de palabras, y si pudieran, lo arrastrarían de su trono a la cruz. Y de los judíos, en efecto, se escribe así sobre la conmoción ante la novedad de este dicho (Juan X, 31 y ss.): "Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearlo. Les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado del Padre, ¿por cuál de ellas

me apedreáis? Le respondieron los judíos: No te apedreamos por una buena obra, sino por blasfemia; y porque tú, siendo hombre, te haces Dios". Pero tú, hereje, reconoce lo que haces y profesas; y entiende que eres consorte de aquellos cuyo ejemplo de perfidia reflejas en ti. Porque ante lo que se dijo, "Yo y el Padre somos uno", los judíos levantaron piedras, y su impío dolor ante el sacramento de la fe salvadora, impaciente, estalló hasta el impulso de infligir la muerte. ¿Qué haces tú, no teniendo a quién apedrear, negando logras menos? No difiere la voluntad: pero el trono celestial hace ineficaz tu voluntad. ¿Cuánto más irreligioso eres tú que el judío? Él levanta piedras contra el cuerpo, tú contra el Espíritu; él contra un hombre como pensaba, tú contra Dios; él contra quien andaba en la tierra, tú contra quien está sentado en el trono de la virtud; él contra quien no conocía, tú contra quien confiesas; él contra quien iba a morir, tú contra el juez de los siglos. Él dice: "Siendo hombre" (Ibíd., 33); tú dices: "Siendo criatura"; pero ambos decís, "te haces Dios"; este es el oprobio común de vuestra impía boca contra él. Niegas, en efecto, a Dios por generación de Dios, niegas al hijo por la verdad de la natividad, niegas esto, que "yo y el Padre somos uno", la confesión de una naturaleza única y semejante en ambos. Subyugas a Dios a una sustancia nueva, externa y ajena: para que o bien sea Dios de otro género, o bien no sea Dios en absoluto, porque no subsiste por natividad de Dios.

24. Respuesta de Cristo a los judíos, adecuada también para los arrianos. Causa y objetivo de la respuesta. Pero porque te has conmovido por el sacramento de este dicho: "Yo y el Padre somos uno"; para que, diciendo el judío: "Siendo hombre, te haces Dios", tú con igual impiedad digas: "Siendo criatura, te haces Dios" (dices, en efecto: No eres hijo por natividad, no eres Dios por verdad; eres una criatura más excelente que todas: pero no has nacido en Dios, porque no admito la natividad de la naturaleza de un Dios incorpóreo; no solo tú y el Padre no sois uno, sino que ni siquiera eres hijo, ni semejante, ni Dios). El Señor respondió a los judíos, pero toda esta respuesta es más adecuada a tu impiedad: "¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, y la Escritura no puede ser quebrantada; ¿a quien el Padre santificó y envió al mundo, decís vosotros que blasfemo, porque dije: Soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, y no queréis creerme, creed a las obras; para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí, y yo en él" (Ibíd., 34 y ss.). La causa de la respuesta fue la acusación de blasfemia que se le hizo. Porque se le imputaba como crimen que, siendo hombre, se hacía Dios. Pero se le acusaba de hacerse Dios por haber dicho: "Yo y el Padre somos uno". Por lo tanto, para demostrar que esto, que él y el Padre son uno, se usurpó de la naturaleza de la natividad; primero refuta la ineptitud del ridículo oprobio, de por qué se le llamaba a juicio por hacerse Dios siendo hombre. Porque cuando la ley decretaba esta apelación del nombre a los hombres santos, y la palabra de Dios indisoluble confirmaba esta profesión del nombre impartido; ¿cómo podría ser blasfemo este, a quien el Padre había santificado y enviado al mundo, confesando ser hijo de Dios; cuando la palabra indisoluble de Dios había establecido a los llamados dioses por la ley? Ya, por lo tanto, no es crimen que se haga Dios siendo hombre; cuando a aquellos que son hombres, la ley los llama dioses. Y si para los demás hombres no es irreligiosa la usurpación de este nombre; por aquel hombre, a quien el Padre santificó (toda esta respuesta es sobre el hombre, porque el hijo de Dios es también hijo del hombre), no parece usurpar impúdicamente el decir que es hijo de Dios; cuando supera a los demás, que pueden llamarse a sí mismos no irreligiosamente dioses, por el hecho de que ha sido santificado en hijo: el bienaventurado Pablo nos revela el conocimiento de esta santificación, cuando dice: "Lo que antes prometió por sus profetas en las Escrituras santas acerca de su Hijo, que fue hecho del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder según el espíritu de santidad" (Rom. I, 2 y ss.). Por lo tanto, cesa el crimen de blasfemia, que siendo hombre se haga Dios: cuando la palabra de

Dios ha conferido este nombre a muchos, y santificado y enviado por el Padre no ha profesado otra cosa que ser hijo de Dios.

25. YO Y EL PADRE SOMOS UNO, muestra la naturaleza de la natividad. No se ha dejado, creo, lugar a la ambigüedad, de que se ha dicho sobre la naturaleza de la natividad: "Yo y el Padre somos uno". Porque cuando los judíos lo acusaron de que por este dicho, siendo hombre, se hacía Dios: su respuesta confirma que se mostró hijo de Dios por esto que "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30), primero por el nombre, luego por la naturaleza, finalmente por la natividad. Porque "yo y el Padre" son nombres de cosas; "uno" es la profesión de la naturaleza, porque en lo que es, ambos no difieren; pero "somos" no permite la unión. Y donde lo que "somos uno" no es unión, la natividad los hace ser uno. Porque todo esto es porque se profesa hijo de Dios santificado por el Padre, y la profesión de hijo de Dios confirma esto que "Yo y el Padre somos uno": porque la natividad no puede traer otra naturaleza que aquella de la que subsiste.

26. La naturaleza de Dios en el Hijo se demuestra por los hechos. No puede igualarse a Dios lo que está fuera de él. Pero el discurso del unigénito Dios ha consumado el sacramento de toda nuestra fe. Porque cuando se había respondido a por qué se hacía Dios siendo hombre; para que ese dicho, "Yo y el Padre somos uno", tomara el orden de una inteligencia absoluta y perfecta, añadió estas cosas consecuentemente: "Vosotros decís que blasfemo, porque dije: Soy Hijo de Dios. Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, y no queréis creerme, creed a las obras; para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí, y yo en él" (Juan X, 36 y ss.). La salvación ya desesperada por la conciencia de la audacia desenfrenada, y toda impiedad profesada está fuera de la vergüenza. Porque ya quien no se avergüenza de la necedad, donde ha perdido la religión: contradecir a estas cosas es más locura que ignorancia. El Señor había dicho, "Yo y el Padre somos uno": este es el sacramento de la natividad, para que el Padre y el Hijo sean uno en la unidad de la naturaleza. Y porque la presunción de la naturaleza se llamaría a juicio, se enseña la razón de la presunción por la causa. Dice: "Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis" (Ibíd., 37). Si no hace las obras del Padre, no se le debe creer, profesando ser hijo de Dios. Por lo tanto, la natividad no tiene una naturaleza nueva y externa; porque por eso se debe creer que es hijo, porque hace las obras del Padre. ¿Qué encuentra aquí la adopción, qué indulgencia del nombre, para que no sea hijo de Dios por naturaleza; cuando se debe creer que es hijo de Dios por las obras de la naturaleza paterna que él mismo realiza? No se iguala ni es semejante a Dios la criatura, ni se compara el poder de una naturaleza ajena: solo se cree no impíamente igual la natividad del hijo. Porque cualquier cosa que esté fuera de él, será igualada con deshonra a su virtud honrada. Porque si algo que no es de él puede encontrarse semejante a él y de la misma virtud; ha perdido el privilegio de Dios bajo la compañía de un igual; y ya no será un solo Dios, de quien sea indiferente otro dios. Pero en verdad no tiene deshonra, la igualdad de la propiedad: porque es suyo, lo que es semejante a él; y es de él, lo que se compara a él por semejanza; y no está fuera de él, lo que puede lo que es suyo: y es un progreso de dignidad, haber engendrado el poder, y no haber alienado la naturaleza. El Hijo realiza las obras del Padre; y por eso pide ser creído como hijo de Dios. No es una presunción arrogante, que pide ser probada solo por lo que realiza. Pero testifica que no realiza lo suyo, sino lo que es del Padre; para que por la magnificencia de los hechos no se quite la naturaleza de la natividad. Y porque bajo el sacramento del cuerpo asumido, y nacido de María, no se entendía al hijo de Dios, se indica la fe del nombre por los hechos, cuando dice: "Pero si las hago, y no queréis creerme, creed a las obras" (Ibíd., 38). No quiere que se le crea primero que es hijo de Dios, sino por las obras del Padre que él mismo realiza. Si hace las obras, y por la humildad del cuerpo es indigno de la fe de la profesión, pide la fe de las obras. ¿Por qué el

sacramento del hombre nacido impide la inteligencia de la natividad divina; cuando la natividad divina ejecuta toda su obra bajo el ministerio del hombre asumido? Si, por lo tanto, no se cree al hombre que es hijo de Dios por las obras; créase a las obras que son del hijo de Dios, porque no se puede negar que son de Dios. Porque el hijo de Dios tiene en sí mismo al nacer, todo lo que es de Dios: y por eso la obra del Hijo es obra del Padre, porque la natividad no está fuera de la naturaleza de la que permanece, y tiene en sí misma la naturaleza de donde subsiste.

27. El Hijo en el Padre, y viceversa. Todo lo que está en Dios es uno. El Hijo es vida de vida, y por lo tanto no de la nada. Al hacer, pues, las obras del Padre, y al pedir que si no se le creyera a él, al menos se creyera en las obras mismas, debía demostrar en qué se debía creer por las obras, a saber, lo que sigue: "Pero si las hago, y no queréis creerme a mí, creed en las obras; para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí, y yo en él" (Juan 10, 38). Esto es aquello, "Soy el Hijo de Dios"; esto es aquello, "Yo y el Padre somos uno". Esta es la naturaleza de la natividad: este es el sacramento de la fe salvadora, no dividir lo que es uno, ni quitar a la natividad su naturaleza, y confesar la verdad del Dios viviente del Dios viviente. Pues Dios, que es vida, no subsiste de cosas compuestas e inanimadas: ni quien es virtud se contiene de cosas débiles: ni quien es luz se compone de cosas oscuras: ni quien es espíritu se forma de cosas dispares. Todo en lo que es, es uno: para que lo que es espíritu, sea también luz, virtud y vida; y lo que es vida, sea también luz, virtud y espíritu. Pues quien dice, "Yo soy, y no cambio" (Malaquías 3, 6); no se cambia por partes, ni se hace diverso por género. Estas cosas, que se han significado anteriormente, no están en él por partes; sino que todo esto en él es uno y perfecto, todo es Dios viviente. Por lo tanto, Dios viviente, y el poder eterno de la naturaleza viviente es: y lo que nace de él con el sacramento de su conocimiento, no pudo ser otra cosa que viviente. Pues cuando dice, "Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre" (Juan 6, 58); enseñó que la vida está en él por el Padre viviente. Luego, cuando dice, "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo" (Juan 5, 26); testificó que todo lo vivo es suyo del viviente. Pero lo que nace vivo del viviente, tiene el progreso de la natividad sin novedad de naturaleza. Pues no es nuevo lo que se genera vivo en vivo; porque ni de la nada se buscó la vida para la natividad, y la vida, que toma la natividad de la vida, es necesario que por la unidad de la naturaleza, y el sacramento de la natividad perfecta e inenarrable, viva en el viviente, y tenga en sí la vida viviente.

28. Quién está en el Padre. Comparación de la natividad humana. Diferencia entre ambas natividades. Recordamos haber advertido al inicio de nuestro discurso (Lib. I, n. 19; lib. IV, n. 2; y lib. VI, n. 9) que las comparaciones humanas no satisfacen los ejemplos divinos; sin embargo, para parte de nuestra inteligencia, el sentido se educa con formas corporales. Consulto la conciencia de la natividad humana, si el origen de los nacidos no permanece dentro de los padres. Pues aunque esos elementos inanimados y viles, por los cuales se inician las causas del nacimiento, fluyan hacia otro hombre, por la virtud de la naturaleza permanecen dentro de sí mismos: mientras que por el origen dado de la misma naturaleza, sigue al que engendra el que nace; y por la natividad recibida, cuya virtud aunque se derive, no se quita, permanece en el que engendra el que nace. Y esto ha sido recordado por nosotros solo para la inteligencia de la natividad humana, no también para el ejemplo perfecto de la natividad en el unigénito Dios: porque la debilidad de la naturaleza humana se compara con cosas dispares, y se contiene de cosas inanimadas para la vida. Ni inmediatamente en ella lo que se engendra vive, ni todo vive de la vida; pues en ella hay muchas cosas que, sin el sentido de su naturaleza, cuando crecen, se cortan. En Dios, sin embargo, todo lo que es vive. Pues Dios es vida: y de la vida no puede haber nada que no sea vivo. Ni de la derivación, sino

de la virtud es la natividad. Y así, mientras todo lo que es vive, y mientras todo lo que nace de él es virtud; tiene natividad, no tiene cambio; y imparte progreso, no pierde naturaleza: mientras que la natividad que dio sigue por la similitud de la naturaleza indiscreta, y la natividad que es viviente del viviente no abandona la naturaleza al nacer.

29. Otra comparación del fuego. Además, aporta en parte la significación de esta fe, el fuego teniendo fuego en sí, y permaneciendo fuego en el fuego. Pues aunque haya en él esplendor de luz, calor de naturaleza, virtud de quemar, movilidad de arder; sin embargo, todo es fuego, y todo esto es una sola naturaleza. Tiene ciertamente por debilidad, que subsiste y vive por la materia, y con ella, por la cual vivía, perece. Pero esto, que es incomparable de Dios, lo conocemos en parte por comparación; para que no sea increíble en Dios lo que en parte se encuentra en los elementos terrenales. Pregunto, pues, ahora si hay división y separación, cuando el fuego es de fuego. O si acaso se corta la naturaleza para que no permanezca, o no sigue la naturaleza para que no esté presente, cuando al encenderse la luz de la luz por un cierto progreso de natividad no hay corte de la naturaleza, y sin embargo, hay luz de luz. O si acaso esto no permanece en aquello, que subsiste de sí mismo sin corte. O esto no está en aquello, de donde no se ha cortado, sino que salió con la unidad de la sustancia natural. Y pregunto si no son uno, cuando la luz de la luz no puede separarse por división, ni por género de naturaleza.

30. Qué uso tienen las comparaciones. Y estas cosas, como dije, han sido comparadas solo para la inteligencia de la fe, no también para la dignidad de Dios, para que tomáramos más bien la inteligencia de las cosas invisibles de las corporales, no ciertamente para que algún ejemplo de comparación satisficiera la naturaleza de Dios: pues era digno y justo creer al Dios que testifica de sí mismo. Pero porque la furia herética turbaba la fe de los más simples, para que no se creyera de Dios lo que difícilmente podría entenderse, sino por comparación corporal: por eso, según lo que ya también hemos recordado anteriormente del dicho del Señor: "Lo que nace de la carne, carne es: lo que nace del espíritu, espíritu es" (Juan 3, 6), porque Dios es espíritu, hemos considerado útil insertar estos ejemplos de comparación en parte: para que no se pensara que mentía sobre su profesión, cuando algunos ejemplos naturales de las criaturas nos proporcionaran la inteligencia de la profesión divina.

31. Al Hijo la naturaleza divina por la fuerza de la natividad. Por esto él mismo está en el Padre y el Padre en él. Al decir Padre, dice también Hijo. Por lo tanto, del viviente el Hijo de Dios viviente, y de Dios Dios, mostrando la unidad inseparable e indisimil de la naturaleza y el sacramento de la natividad, dice, "Yo y el Padre somos uno". Y porque surgiría la calumnia de una declaración tan insolente; para demostrar más bien la conciencia de la naturaleza en la declaración, añadió, "Decís que blasfemé, porque dije, Hijo de Dios soy", testificando que la unidad de la naturaleza es por la natividad. Pero para que la fe de la natividad se afirmara con una profesión absoluta, y sin embargo, la natividad profesada no trajera disensión a la naturaleza; mantuvo esta absolución de toda su respuesta, "Creed en las obras, porque el Padre está en mí, y yo en el Padre". ¿Qué aquí no se ha mostrado natural y propio bajo el sacramento de la natividad? Están en sí mismos, mientras no hay natividad sino del padre, mientras en otro Dios no subsiste naturaleza ni exterior ni disímil, mientras permaneciendo Dios de Dios no es de otro lo que es Dios. Introduce dos, si la ocasión lo permite, dioses de la fe de la Iglesia: o miente al menos con falsa razón sobre un Dios solitario: distingue al Hijo del Padre si puedes, sin la verdad confesada de la natividad, el Hijo está en el Padre, y en el Hijo el Padre, no por transfusión y reflujo mutuo, sino por la perfecta natividad de la naturaleza viviente. Así en Dios Padre y en Dios Hijo no contarás dos dioses, porque ambos son uno; ni predicarás uno singular, porque ambos no son uno. Por lo tanto, la fe apostólica no tiene dos dioses, porque no tiene dos padres, ni dos hijos.

Confesando al padre, se confiesa al hijo: creyendo en el hijo, se cree también en el padre: porque el nombre del padre tiene en sí el nombre del hijo. Pues no es padre sino por el hijo; y la significación del hijo es la demostración del padre: porque no es hijo sino del padre. En la confesión de uno, por lo tanto, no es uno: mientras el Hijo consuma al Padre, y la natividad del Hijo es del Padre. Sin embargo, la naturaleza no se cambia por la natividad, para que según la similitud de su género sea la misma. Sin embargo, es la misma, para que por la natividad y generación ambos más bien deban ser confesados como uno, no uno.

32. Epílogo. Quien Padre e Hijo es un solo Dios y no solo, son mutuamente. Predique, pues, dos dioses quien pueda predicar uno sin uno: o enseñe un Dios singular quien pueda negar que uno está en uno por la virtud de la naturaleza y por el sacramento de la generación y natividad. También considere diversa la naturaleza para ambos quien no sepa que el Padre y el Hijo son predicados como uno. Borren los herejes la profesión evangélica del Hijo sobre sí mismo, "Yo en el Padre, y el Padre en mí": para que puedan predicar dos dioses, o uno solo. No hay significaciones de naturalezas en la propiedad de una naturaleza: ni la verdad de Dios de Dios perfecciona dos dioses, ni la natividad de Dios permite un Dios singular, ni no son uno quienes son mutuamente. Sin embargo, son mutuamente, cuando uno es de uno: porque ni uno dio a uno por generación otra cosa que lo que es suyo, ni uno obtiene de uno por natividad otra cosa que de uno. Por lo tanto, la fe apostólica, ya sea que predique al Padre, predicará un solo Dios; ya sea que confiese al Hijo, confesará un solo Dios: porque la misma e indisimil naturaleza de Dios está en ambos, y porque mientras el Padre es Dios y el Hijo es Dios, y el nombre de la naturaleza de ambos es uno, uno significa ambos. Pues de Dios Dios, o en Dios Dios, no perfecciona dos dioses, cuando uno de uno permanece en la naturaleza y nombre de uno; ni se reduce a un Dios solitario, cuando uno y uno en significación no es solo.

33. Camino al Padre por el Hijo: cómo se entiende esto. El Señor no dejó incierta ni dudosa la doctrina de tan gran sacramento, ni nos abandonó en el error de una inteligencia ambigua. Y escuchemos a él revelando todo el conocimiento de esta fe a los Apóstoles: dice, "Yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conocéis, también conoceréis a mi Padre: y desde ahora lo conoceréis, y lo habéis visto". Le dice Felipe: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta". Jesús le dice: "¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú, muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo; sino el Padre, que mora en mí, él hace sus obras. Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí. Si no, creedme por las mismas obras". No nos conduce a caminos erráticos e inciertos quien es el camino, ni engaña con falsedades quien es la verdad, ni nos deja en el error de la muerte quien es la vida. Y porque él mismo estableció estos nombres benévolos para nuestra salvación, para que nos condujera como camino a la verdad, y la verdad nos estableciera en la vida; debe conocerse que él demuestra que es el sacramento para obtener la vida. "Nadie viene al Padre sino por mí" (Juan 14, 6). El camino al Padre es por el Hijo. Y debe preguntarse si esto es por la advertencia de la doctrina, o por la fe de la naturaleza: porque podemos parecer venir al Padre más bien por la doctrina del Hijo, que por la confesión de la divinidad paterna en él. Por lo tanto, busquemos el sentido de la inteligencia en lo que sigue. Pues la fe no debe emprenderse por nuestro arbitrio, sino por las virtudes de lo dicho.

34. Quien conoce al Hijo, también conoce al Padre. Pues sigue esto: "Si me conocéis, también conoceréis a mi Padre" (Juan 14, 7). Se ve al hombre Jesucristo: y ¿cómo si él es conocido, será conocido el Padre; cuando los Apóstoles reconocen en él el hábito de su naturaleza, es decir, del hombre, y Dios libre de la carne corporal, no debe conocerse en esta

debilidad de la carne corporal? Pero el Señor, confirmando en el sacramento del cuerpo asumido la naturaleza de la divinidad paterna en sí, mantuvo este orden: "Si me conocéis, también conoceréis a mi Padre: y desde ahora lo conoceréis, y lo habéis visto". Separó el tiempo de la visión del tiempo del conocimiento. Pues a quien dijo que debía conocerse, ya dijo que había sido visto, para que recibieran ahora el conocimiento de la naturaleza ya vista en él desde el tiempo de esta revelación.

35. Felipe no entiende esto; por qué. Quien con fe intacta pide que se le muestre al Padre. Pero la novedad de las palabras conmovió al apóstol Felipe. Se ve al hombre, se confiesa Hijo de Dios, al conocerse a sí mismo confiesa que también se conocerá al Padre. Dice que el Padre ha sido visto, y por eso debe conocerse porque ha sido visto. La debilidad del ánimo humano no comprende esto, ni toma fe de la profesión de cosas tan diversas; para que quien entonces ha sido visto, ahora deba conocerse, cuando ver es conocimiento; para que si el Hijo es conocido, también el Padre sea conocido: cuando el mismo, según el hombre, ha introducido el conocimiento corporal y visto y tocado, pero la misma naturaleza del Padre, diferente de la del hombre visto, no proporciona el conocimiento del Padre, y frecuentemente el Hijo ha testificado que nadie ha visto al Padre. Por lo tanto, la familia apostólica, con sinceridad y constancia, preguntó al Señor Felipe: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta". Ahora no peligra la fe: pero aquí hay un error de ignorancia. Pues el Señor había dicho que el Padre ya había sido visto, y desde ahora debía conocerse: pero el Apóstol no había entendido que había sido visto. De hecho, no negó que había sido visto; pero pidió que se le mostrara: ni deseó la manifestación como contemplación corporal, sino que pidió la demostración de entender a quien ha sido visto. Pues había visto al Hijo en el hábito del hombre: pero no sabe cómo por eso ha visto al Padre. Pues a lo que había dicho, "Señor, muéstranos al Padre" (Juan 14, 8), para que esa manifestación fuera más bien una demostración de entender, que de ver, añadió, "y nos basta". No se ha quitado la fe al dicho; pero se ha pedido la demostración de entender, que bastaría para la fe del dicho: porque por la profesión del Señor habría una autoridad no incierta para creer. De aquí, sin embargo, surgió la petición de mostrar al Padre, porque se había dicho que había sido visto, y por esto debía conocerse, porque había sido visto. Ni era impudente pedir la manifestación de quien ha sido visto.

36. Se argumenta que aún no conocía la naturaleza de Dios en Cristo. El Señor, por lo tanto, respondió a las palabras de Felipe: "¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me conoces, Felipe?" (Juan 14, 9). Reprende la ignorancia del Apóstol al no conocerlo: porque anteriormente había dicho que al conocerse a sí mismo, también se conocería al Padre. Pero ¿qué es eso, que se queja de no haber sido conocido durante tanto tiempo? Evidentemente porque al conocerse a sí mismo, debía entenderse la naturaleza de la divinidad paterna en él. Pues cuando lo que hacía era propio de Dios, caminar sobre las aguas, mandar a los vientos, realizar con la fe de lo hecho la ininteligible transformación del vino y el incremento de los panes, expulsar demonios, alejar enfermedades, reparar los daños de los cuerpos, corregir los defectos de nacimiento, perdonar pecados, devolver la vida a los muertos; y hacer estas cosas siendo carnal, y confesándose Hijo de Dios entre estas cosas: de aquí surge toda la queja de que en el sacramento de la natividad humana, no se ha entendido que estas cosas las hizo en el hombre asumido la naturaleza de Dios.

37. El Padre se muestra como la imagen viviente de Él mismo. — Y por eso, al argumentar por qué, habiendo hecho estas cosas durante tanto tiempo, no había sido reconocido, a los que pedían que les mostrara al Padre, dijo: Quien me ha visto, ha visto al Padre (Ibid.). Aquí no se refiere a la contemplación corporal y a la visión de los ojos carnales, sino a aquellos de quienes había dicho: ¿No decís vosotros que aún faltan cuatro meses para la siega? He aquí

os digo, levantad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega (Job. IV, 35). Ni el tiempo lo permite, ni el significado de los campos blancos para la siega permite entender algo terrenal y corporal aquí: sino que mandó elevar los ojos de la inteligencia para contemplar la bienaventuranza de los frutos perfectos, como ahora diciendo: Quien me ha visto, ha visto al Padre. Pues no es lo que es carnal del parto de la virgen lo que sirve para contemplar en él la forma e imagen de Dios: ni la apariencia del hombre asumido es ejemplo para ver la naturaleza del Dios incorpóreo. Pero Dios es reconocido en él, si es que por algunos fue reconocido, por la virtud de la naturaleza: y el Dios Hijo, al ser entendido, hace que también el Padre sea entendido: siendo así imagen, no difiere en género, sino que significa al autor. Pues las demás imágenes, hechas de diversos metales o colores o géneros o artes, representan las formas de aquellos de quienes son imágenes instituidas: pero ¿acaso pueden igualarse las imágenes inanimadas a los seres vivientes, y las pintadas o esculpidas o fundidas a las nativas? Sin embargo, la imagen del Padre no es según estas (a semejanza de estas): porque es la imagen viviente de un viviente, y nacido de él no tiene diversidad de naturaleza, y en nada diferente mantiene el poder de su naturaleza de la cual no es diferente. Por lo tanto, lo que es imagen, progresa en que la natividad del Dios unigénito significa al Padre Dios; y significa, como forma él mismo e imagen del Dios invisible: y por esto no pierde la semejanza unida de la naturaleza, porque tampoco carece de la virtud de la naturaleza.

38. Las palabras de Dios no hacen al Hijo singular ni diferente. — Y de aquí es aquello: Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú, Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? (Juan XIV, 9, 10). No se deja a los discursos humanos sobre las cosas de Dios otro que no sea el discurso de Dios: todo lo demás es estrecho, cerrado, impedido y oscuro. Si alguien quiere demostrar esto con otras palabras que no sean las dichas por Dios; o él mismo no entiende, o deja a los lectores sin entender. El Señor dijo, cuando se le pidió que mostrara al Padre: Quien me ha visto, ha visto al Padre. Cambiar esto es del anticristo, negarlo es de los judíos, ignorarlo es de los gentiles. Pero tal vez el sentido de la inteligencia esté en el crimen. Que haya un defecto en nuestra fe, si en las palabras de Dios reside la oscuridad. Pues ni el discurso significa solitario, y la profesión enseña sin embargo la naturaleza indiferente. Pues visto en el Hijo y al Padre, no puede ser singular ni diferente: porque por él aquel es visto, ni no son uno en la profesión del sacramento, ni uno. Y pregunto qué se cree que significó el Señor en él, cuando dice: Quien me ha visto, ha visto al Padre. No sostienes la unión, donde por la misma conjunción se significa la adición del nombre paterno. Pues cuando se dice, y al Padre, se excluye la inteligencia de singular y único. ¿Y qué queda, sino que por la semejanza unida de la naturaleza el Padre sea visto por el Hijo? Y para que esto no nos quedara incierto para la fe; el Señor añadió: ¿Cómo dices tú, Muéstranos al Padre? Pues ¿qué necesidad quedaba de ignorar al Padre o de mostrarlo a los ignorantes, cuando el Padre había sido visto en el Hijo?

39. El Padre visto en el Hijo por la propiedad de la naturaleza. Contra Sabelio. Contra Arrio. Quien en sí mismo es el Padre y el Hijo. — Pero fue visto tanto por la propiedad de la naturaleza, mientras por la indiferencia y en el género de la verdad son uno el nacido y el que engendra, que siguió este discurso del Señor: ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? (Ibid., 10). No podemos enseñar con otras palabras que las del Hijo que el Padre y el Hijo son inseparables por la semejanza natural. Pues aquí no juega el Hijo, que es el camino, la verdad y la vida, con cambios teatrales de nombres y especies: para que en el hombre asumido se llame a sí mismo hijo de Dios, en la naturaleza, sin embargo, Dios padre, y uno y solo por cambio personal se mienta ahora en otro. Por lo tanto, no es él solitario, ahora es hijo

para sí mismo, ahora se profesa a sí mismo en padre, e introduce los nombres de la naturaleza cesando la naturaleza. Aquí hay otra simplicidad de palabras: pues el Padre es padre, y el Hijo es hijo. Pero en estos nombres y cosas no hay nada nuevo en sí, nada diferente, nada extraño. Pues la verdad de la naturaleza mantiene la propiedad; para que lo que es de Dios, sea Dios, y ni la natividad sea disminución, ni diversidad: mientras el Hijo no subsiste en una naturaleza externa y disímil al Dios padre, ni el Padre es algo ajeno a sí mismo adquiriendo a la natividad del Unigénito, sino que más bien concedió todo lo que es suyo sin daño al compartirlo. Y así, ni la naturaleza de Dios carece, mientras no es Dios de otro lugar que de Dios; ni difiere de Dios, mientras no es él mismo otra cosa que Dios: porque la natividad de Dios consiste en el Hijo, ni por la natividad de Dios perdió de sí mismo la naturaleza de Dios lo que es Dios. Por lo tanto, el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre, Dios en Dios: no por la doble conjunción de géneros convenientes, ni por la naturaleza de una sustancia más capaz injertada; porque por necesidad corporal, las cosas exteriores no pueden hacerse interiores a aquellas en las que están contenidas: sino por la natividad de la naturaleza viviente de viviente; mientras la cosa no difiere, mientras la natividad no degenera la naturaleza de Dios, mientras no nace otra cosa que Dios de Dios, mientras nada de esto es nuevo, nada ajeno, nada separable, mientras creer en dos dioses en el Padre y el Hijo es impío, mientras predicar al Padre y al Hijo como un solo Dios es sacrílego, mientras negar que lo que en la semejanza del género son uno es blasfemo.

40. Ni son otra cosa, ni uno: mientras el Hijo habla, pero no de sí mismo: mientras el Padre actúa, pero por el Hijo en quien también permanece. — Y para que la fe evangélica no recibiera este sacramento como dudoso y ambiguo, el Señor mantuvo este orden de su doctrina: ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo; sino el Padre, que permanece en mí, él hace sus obras (Juan XIV, 10). ¿Con qué otras palabras, pregunto, se pudo y puede demostrar la propiedad de la naturaleza en el Padre y el Hijo, que con estas mismas palabras, sin embargo, con la significación de la natividad en todo preferida? Pues cuando dice: Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo; no eximió la persona, ni se negó a sí mismo como hijo, ni ocultó en sí la naturaleza de la virtud paterna. Pues mientras él mismo habla (señalado por el pronombre yo), habla permaneciendo en la sustancia: pero mientras no habla de sí mismo, testifica en sí la natividad de Dios del Dios padre. Él mismo inseparable de él y no disímil en la unidad de la naturaleza: porque aunque hable de él, él mismo sin embargo habla. Pues quien no habla de sí mismo, y sin embargo habla, no puede no ser mientras habla: y mientras no habla de sí mismo, muestra que no es solo suyo lo que habla. Pues añadió: Pero el Padre, que permanece en mí, él hace sus obras. Permanecer en el Hijo el Padre, no es de singular y único: operar verdaderamente por el Hijo el Padre, no es de diferente o exterior. Así como no es de uno, no hablar de sí mismo lo que habla; ni tampoco es de ajeno y separable, hablar por el que habla: sino que este es el sacramento de aquellos que son uno. Y ambos no son otra cosa, que por la propiedad de la naturaleza están en sí mismos: cuya unidad es esta, que el que habla no hable de sí mismo; ni el que no habla de sí mismo, no hable. Y porque había enseñado que en sí el Padre habla y obra; estableció la fe de esta perfecta unidad, diciendo: Pero el Padre, que permanece en mí, él hace sus obras. Creedme, que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí. Si no, al menos por las mismas obras creed (Ibid., 11). El Padre obra en el Hijo; pero también el Hijo obra la obra del Padre.

41. Cristo exige fe en su natividad y naturaleza divina. Es propio del Unigénito estar en y subsistir al mismo tiempo. — Para que, por lo tanto, no se creyera que el Padre obra y habla en el Hijo por la eficiencia de la virtud, y no por la propiedad de la naturaleza que es según la natividad; dijo: Creedme, que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí (Ibid., 11). ¿Qué es esto,

pregunto: Creedme? Ciertamente se refiere a lo que se dijo: Muéstranos al Padre. La fe se confirma por el precepto de creer, y esa fe que pidió que se le mostrara al Padre. Pues no habría sido suficiente decir: Quien me ha visto, ha visto al Padre, si no extendiera nuestra inteligencia hasta el punto de que cuando conociéramos al Padre en el Hijo, recordáramos sin embargo que el Hijo está en el Padre: para que no se pensara que es más bien una transfusión de uno en otro, que una unidad de la misma naturaleza en ambos por generación y natividad. Por lo tanto, el Señor quiere que se le crea, no sea que por la dispensación del hombre asumido la conciencia de la fe peligre. Ciertamente, si algo trae ambigüedad la carne, y el cuerpo, y la pasión: al menos por las obras se crea, que Dios está en Dios, y que de Dios es Dios, que son uno: mientras por la virtud de la naturaleza ambos están en sí, y ninguno está sin el otro: mientras el Padre no pierde nada de lo suyo en el Hijo, y el Hijo toma todo del Padre lo que es hijo. Esta no es la condición de las naturalezas corporales, que estén en sí mismas, que tengan la perfecta unidad de la naturaleza subsistente, que la natividad del unigénito permaneciendo sea inseparable de la verdad de la divinidad paterna. Esto es propio solo del Unigénito Dios, y en el sacramento de la verdadera natividad esta es la fe, y esta es la obra de la virtud espiritual, que no difiere ser y estar en: estar en, sin embargo, no es otra cosa en otra, como el cuerpo en el cuerpo; sino ser y subsistir de tal manera, que esté en el subsistente; estar verdaderamente de tal manera, que él mismo subsista. Pues ambos subsistiendo, por eso no están sin el otro, mientras según la generación y natividad la naturaleza del subsistente no es otra. De aquí es aquello: Yo y el Padre somos uno, y: Quien me ha visto, ha visto al Padre, y: Yo en el Padre, y el Padre en mí (Juan X, 29; Ib., XIV, 9; Ibid., 11): porque no difiere ni degenera la natividad, porque el sacramento de la divinidad de uno en el Padre y el Hijo la naturaleza de la natividad lo consuma, mientras el Hijo de Dios no es otra cosa que Dios. Y por eso no se considera la generación del unigénito en dos dioses: porque al nacer el hijo de Dios en Dios, mostró en sí la naturaleza del Dios que lo engendra.

211-212 LIBRO OCTAVO.

Defiende la unidad natural del Hijo y el Padre. El prólogo se centra en mostrar que al obispo no le basta la inocencia sin ciencia, ni la ciencia sin inocencia. Luego, el piadoso y docto Prelado expone las diversas artimañas y preguntas engañosas de los arrianos para engañar a los simples. Pues bien, aquellos tuercen las palabras de Cristo, Yo y el Padre somos uno, solo a la concordia de la voluntad, y suelen confirmar esa interpretación con estas otras: Era un alma y un corazón de los creyentes; y, El que planta y el que riega son uno; y, Para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti: sostiene que son uno, los fieles ciertamente por una naturaleza de una sola fe, el que planta y el que riega, en cuanto hechos una sola cosa por un solo bautismo, también son ministros de una sola regeneración: finalmente, Cristo habría dicho imperitamente que sean uno, en lugar de que quieran ser uno, si hubiera querido rezar solo por la concordia de la voluntad para los suyos. De aquí explica de qué manera, mediando Cristo, somos uno con el Padre naturalmente: y defiende que esto se nos concede tanto por la gloria eterna, en la que recibimos el honor dado a él por el Padre, como por el misterio de la Encarnación, en el que retiene la propia naturaleza de nuestra carne unida estrechamente a sí mismo, y sobre todo por el sacramento de la Eucaristía, en el que tomamos su verdadera carne y sangre. Tampoco se omite aquí la increíble calumnia de los herejes, que comúnmente proclaman que el Padre y el Hijo son discordantes según ellos, que no aceptan la mera concordia de la voluntad.

Luego demuestra la unidad natural de ambos con más argumentos: Primero, porque el Espíritu Santo, aunque procede del Padre, sin embargo es enviado y recibe del Hijo; y esto ciertamente, porque son suyas todas las cosas que son del Padre. Segundo, porque el Espíritu del Padre y del Hijo es uno, de modo que el Espíritu de Cristo habita en nosotros, cuando en

nosotros está el Espíritu de Dios. Tercero, porque están sin anatema, quienes rinden culto a Cristo; mientras que la religión de la criatura está en maldición. Cuarto, porque en el Espíritu de Dios habla, quien confiesa que Jesús es verdaderamente Señor. Quinto, porque el Apóstol creyó que él es Señor no solo de nombre, sino de naturaleza, quien atribuye los dones espirituales de la Iglesia, debido a la unidad del Espíritu, a veces al Padre, a veces al Señor. Sexto, porque verdaderamente es Señor, quien es uno: o ciertamente si Cristo, uno Señor, no es Dios, porque Dios es uno; el Padre por igual derecho será negado como Señor. Séptimo, porque no solo es llamado Señor, sino también Dios sobre todas las cosas. Octavo, porque aunque esto, Dios de quien son todas las cosas, y: Señor por quien son todas las cosas, suena a distinción de personas, sin embargo significa unidad de eficiencia, virtud y naturaleza; tanto que en otros lugares también dice el Apóstol de Cristo, que de él y por él y en él son todas las cosas. Noveno, porque al otorgar vida eterna porque el Padre lo ha sellado; es necesario que sea un sello vivo y pleno de aquel cuya forma completa en sí mismo, toda virtud contiene. Así verdaderamente explica en décimo toda la forma del Padre, que el Apóstol lo predica en la forma de Dios, en la cual es igual a Dios. Undécimo, porque es la imagen del Dios invisible, por lo tanto ni visible, ni corporal, ni finito. Y no se puede decir que esta razón de la imagen esté situada en una cierta cualidad invisible, y no en la naturaleza; que debe ser colocada en la virtud y unidad de la naturaleza confirma Pablo, donde añade que por Cristo y en Cristo fueron creadas y reconciliadas todas las cosas; y eso ciertamente, de modo que en él reconciliando reconcilia el Padre. Finalmente, en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad, es decir, verdaderamente y sustancialmente, no puede no tener lo que es Dios, y por lo tanto es uno con él Dios. Así verdaderamente en todas estas cosas demuestra la unidad natural del Hijo con el Padre como también afirma la distinción de personas.

1. El obispo debe ser tanto piadoso como docto. Por qué el obispo debe ser bueno y docto. Pablo previó que el obispo tendría que contradecir a algunos. — El bienaventurado apóstol Pablo, al establecer la forma de constituir un obispo y al crear con sus preceptos un hombre nuevo para la Iglesia, enseñó que esta era la suma de las virtudes consumadas en él, diciendo: "Reteniendo la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que sea capaz de exhortar con sana doctrina y refutar a los que contradicen. Porque hay muchos insubordinados, habladores vanos y engañadores" (Tit. I, 9). Así, indica que las cosas propias de la disciplina y las costumbres son útiles para el mérito del sacerdocio, si también estas, que son necesarias para la ciencia de enseñar y defender la fe, no faltan entre las demás, porque no es inmediatamente propio de un buen y útil sacerdote actuar solo con inocencia o predicar solo con conocimiento: ya que el inocente solo se beneficia a sí mismo, a menos que sea docto; y el docto carece de la autoridad de la doctrina, a menos que sea inocente. Pues el discurso apostólico no conforma al hombre solo con preceptos de probidad y honestidad para la vida en el mundo, ni tampoco instruye al escriba de la Sinagoga en la ley a través del conocimiento de la doctrina: sino que instituye al perfecto príncipe de la Iglesia con los bienes de las máximas virtudes perfectas, para que su vida sea adornada enseñando, y su doctrina viviendo. Finalmente, instruyó a Tito, a quien dirigía su discurso, con este decreto de religión consumada: "En todo preséntate como ejemplo de buenas obras, enseñando con integridad, palabra sana e irreprochable; para que el adversario se avergüence, no teniendo nada malo que decir de nosotros" (Tit. II, 7, 8). Este doctor de las naciones, elegido maestro de la Iglesia, no ignoró, hablando desde la conciencia de Cristo que habitaba en él, que las infecciones de un discurso morboso se propagarían, y que la corrupción de una doctrina pestilente se desataría contra la salud de las palabras fieles, hundiendo la plaga de su impía inteligencia hasta el mismo asiento del alma, extendiéndose con un mal profundo. De estos dice: "Cuyo discurso se extiende como gangrena" (II Tim. II, 17), infectando con una

contagiosa latente y siempre insidiosa la salud de la mente invadida. Por esto quiso que en el obispo hubiera doctrina de sano discurso, conciencia de fe, y ciencia de exhortaciones, manteniendo contra las impías, mendaces y locas contradicciones. Porque hay muchos que, simulando la fe, no están sometidos a la fe, y más bien se constituyen a sí mismos en la fe que la reciben, inflados por el sentido de la vanidad humana, mientras saborean lo que quieren y no quieren saborear lo que es verdadero: ya que la verdad de la sabiduría es, a veces, saborear lo que no se quiere. A esta sabiduría de la voluntad sigue el discurso de la necedad: porque es necesario que lo que se saborea neciamente, también se predique neciamente. Y cuán grande es el mal de la necia predicación para los oyentes, cuando son seducidos hacia la sentencia de la necedad bajo la apariencia de sabiduría. Y por eso el Apóstol mantuvo este orden sobre ellos, diciendo: "Porque hay muchos insubordinados, habladores vanos y engañadores". Por lo tanto, se debe contradecir tanto a la impiedad insolente, como a la insolencia habladora vana, y al engaño del hablador vano: y se debe contradecir a través de la salud de la doctrina, la verdad de la fe, y la sinceridad de las palabras; para que haya tanto sinceridad de la verdad, como verdad de la salud.

2. Hilario siente que este tiempo le ha llegado. Qué ha logrado ya en este asunto. Qué camino sigue contra los herejes. — Y ciertamente, la razón por la que ahora he recordado esta sentencia apostólica es porque hombres de mente perversa, de profesión engañosa, de esperanza vana, y de discurso venenoso, nos imponen la necesidad de contradecir: mientras insinúan doctrinas letales, inteligencias morbosas, y voluntades corruptas a la simplicidad de los oyentes bajo la apariencia de religión: haciendo esto sin la sinceridad de las predicaciones apostólicas, para que el Padre no sea Padre, el Hijo no sea Hijo, Dios no sea Dios, y la fe no sea fe. Resistiendo a sus locas mentiras, hemos extendido ya nuestro discurso de respuesta hasta el punto de que, habiendo demostrado (Lib. IV) a Dios y a Dios, y (Lib. V) al verdadero Dios en el verdadero Dios a partir de la ley; luego (Lib. VI) mostramos la perfecta y verdadera natividad del unigénito Dios a partir de las doctrinas evangélicas y apostólicas; finalmente (Lib. VII) enseñamos al verdadero Dios, Hijo de Dios, de naturaleza indiferente al Padre, en el mismo curso de nuestra predicación: de modo que la fe de la Iglesia no profesara ni un Dios singular, ni dos dioses; ya que ni la natividad de Dios permitiría un Dios solitario, ni la natividad perfecta admitiría nombres de diferentes naturalezas en dos dioses. Sin embargo, tenemos un doble cuidado al refutar sus vanas habladurías, primero para enseñar lo que es santo, perfecto y sano, y que nuestro discurso no busque la verdad a través de desvíos y rodeos, emergiendo de caminos desviados y erráticos, sino que la muestre: y luego para exponer que lo que ellos adaptan con argucias de sentencias vanas y engañosas para la apariencia de verdad halagadora, es ridículo e inepto para la conciencia de todos. No nos basta con haber enseñado lo que es piadoso, a menos que se entienda que es piísimo, mientras se refuta lo que es impío.

3. Los herejes dedican más esfuerzo a insinuar falsedades que los católicos a la verdad. Preguntas con las que acechan la fe de los simples. — Así como es natural y propio de los hombres buenos y prudentes prepararse completamente para obtener alguna cosa o tiempo de esperanza bienaventurada, para que en nada sea menor la preparación que la expectativa; así estos, enloquecidos por el furor herético, se esfuerzan con el máximo ingenio de su impiedad contra la verdad de la fe piadosa: para que prevalezcan sobre los religiosos siendo irreligiosos; y sean superiores en la desesperación de su vida a nuestra esperanza de vida; y dediquen más pensamiento a lo falso, que nosotros adaptamos doctrina a lo verdadero. Porque a las piadosas profesiones de nuestra fe han elaborado estas contradicciones de su impía perfidia, primero preguntando si para nosotros en la fe hay un solo Dios; luego añadiendo si también Cristo es Dios; finalmente, si el Padre es mayor que el Hijo: para que,

al escuchar en la profesión que hay un solo Dios, usen esto para que Cristo no sea Dios. No preguntan sobre el Hijo, si es Dios: sino que solo quieren, al preguntar sobre Cristo, que no sea Hijo; para que, capturando al hombre de fe simple, lo aparten de la confesión de Cristo Dios por la fe en un solo Dios, mientras ya no hay un solo Dios, si se debe confesar a Cristo como Dios. Y aquí, con cuánta sutileza del ingenio secular se esfuerzan, cuando dicen: "Si es uno, cualquiera que sea el otro que parezca ser, ya no será. Pero si es otro, ya no será uno: ya que la naturaleza no permite que donde hay otro, haya uno: o donde hay uno, haya otro". Luego, cuando han engañado la facilidad del creyente y del oyente con el arte de esta afirmación engañosa, adaptan lo que obtienen por un camino ya más fácil, que Cristo sea Dios más por nombre que por naturaleza; porque este nombre general en él no destruye la fe, que es la única verdadera, de un solo Dios: y por esto el Padre es mayor que el Hijo, porque con naturaleza diferente, cuando no hay más que un solo Dios, el Padre es mayor por la propiedad de la naturaleza; y este es ahora llamado Hijo, y creación subsistente por la voluntad de Dios, porque también es menor que el Padre; y no es Dios, porque un solo Dios no permite que haya otro Dios, y quien es menor, necesariamente debe ser de naturaleza ajena a aquel que es mayor que él. Y estos son ciertamente ridículos en esto, prescribiendo a Dios, cuando afirman que de uno no puede nacer nada, porque el nacimiento de todas las cosas es de la conjunción de dos: pero que Dios, siendo inmutable, no puede otorgar ningún nacimiento de sí mismo al nacido; porque ni lo que no se muta está sujeto a la adición, ni la naturaleza solitaria y única tiene en sí la condición de engendrar.

4. La fe católica hasta ahora afirmada se confirma tanto por el sentido común como por las palabras del Señor. — Pero nosotros, habiendo alcanzado la fe evangélica y apostólica con doctrinas espirituales, y siguiendo la esperanza de la bienaventuranza en la confesión del Padre y del Hijo, habiendo demostrado el sacramento de Dios y de Dios a partir de la ley, sin exceder la fe de un solo Dios, ni dejando de predicar a Cristo como Dios, tomamos este orden de respuesta de los Evangelios, para enseñar la verdadera natividad del unigénito Dios del Padre; porque por ella sería verdadero Dios, y no estaría ajeno a la naturaleza del único Dios verdadero; y así no podría negarse que es Dios, ni decirse que es otro Dios; porque la natividad le otorgaría ser Dios, y la naturaleza en él del único Dios de Dios no lo separaría en otro Dios. Y aunque el sentido común de la inteligencia nos impulsara a esto; para que en la misma naturaleza los nombres de las naturalezas no coincidieran, y no fueran uno, en los que lo que son no difiere en género: sin embargo, esto agradó ser mostrado por las mismas profesiones de nuestro Señor, quien, habiendo frecuentemente insinuado a nuestra fe y esperanza que Dios es uno, para confirmar el sacramento del único Dios profesándose y probándose también Dios, dijo: "Yo y el Padre somos uno"; y, "Si me conocéis, conoceréis también a mi Padre"; y, "El que me ha visto, ha visto al Padre"; y, "El Padre, que mora en mí, él hace sus obras"; y, "Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras" (Juan X, 30; XIV, 7; Ibid. 9, 10, 11, 12). Expresó su natividad en el nombre del Padre, enseña que el Padre es conocido en él conocido. Confiesa la unidad de naturaleza, cuando el Padre es visto en él visto. Testifica que es inseparable del Padre, cuando permanece en el Padre que permanece en él. Mantiene la confianza de la conciencia, cuando con estas palabras suyas pide ser creído por la operación de la virtud. Y así, en esta fe beatísima de la natividad perfecta, se extingue todo vicio, tanto de dos dioses como de un Dios singular: ya que los que son uno, no son uno; y el que no es uno, no obstante, no difiere de aquel que es, de modo que ambos no sean uno.

5. YO Y EL PADRE SOMOS UNO, lo interpretan como unidad de consenso; con qué argumentos. — Por lo tanto, como los herejes no pueden negar estas cosas, ya que están dichas e interpretadas tan absolutamente, sin embargo, corrompen con la más necia mentira

de su impiedad lo que debe ser negado. Porque lo que dijo: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30), intentan referirlo a la unanimidad del consenso; para que la unidad en ellos sea de voluntad, no de naturaleza, es decir, que no sean uno por lo que son, sino por lo que quieren lo mismo. Y aquello que está en los Hechos de los Apóstoles, lo adaptan a su defensa: "La multitud de los creyentes era un corazón y un alma" (Hechos IV, 32); para que la diversidad de almas y corazones, en un solo corazón y alma por la conveniencia de la misma voluntad, sea unidad. O aquello que se escribe a los Corintios: "El que planta y el que riega son uno" (I Cor. III, 8): para que, no diferenciando el ministerio para la salvación y en el progreso del mismo sacramento, haya unidad de voluntad en dos. O aquello que el Señor, pidiendo al Padre la salvación de las naciones que habrían de creer en él, dice: "No ruego solo por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros" (Juan XVII, 20, 21): para que, ya que los hombres no pueden refundirse en Dios, ni ellos mismos unirse en un solo e indiscreto montón, lo que son uno sea por la unidad de la voluntad, cuando todos hacen lo que agrada a Dios, y ellos mismos se unen sin disensiones de los movimientos de sus almas; y así, no sea la naturaleza la que los haga uno, sino la voluntad.

6. La necedad de los arrianos. — No sabe realmente saborear quien no conoce a Dios. Y como Cristo es la sabiduría, es necesario que esté fuera de la sabiduría quien ignora o escucha a Cristo: como estos, que quieren que el Señor de la majestad, y Rey de los siglos, y unigénito Dios, sea más bien una criatura de Dios que un hijo: y mientras mienten neciamente, más neciamente aún en la defensa de su mentira saborean. Dejando de lado por un momento también ahora la propiedad de la unidad que hay en Dios Padre y en Dios Hijo, deben ser refutados con estas mismas cosas que usan.

7. La unidad de los fieles es natural por la naturaleza de la fe única. Los fieles son uno por la unidad de los sacramentos. — Porque aquellos cuyo corazón y alma eran uno, pregunto si era por la fe en Dios que eran uno. Ciertamente por la fe: porque por ella el corazón y el alma de todos eran uno. Y pregunto si la fe es una, o es otra. Ciertamente una, incluso por el mismo apóstol como autor (Efes. IV, 4, 5), predicando una fe, así como un Señor, y un bautismo, y una esperanza, y un Dios. Si, por lo tanto, por la fe, es decir, por la naturaleza de la fe única, todos son uno; ¿cómo no entiendes la unidad natural en ellos, que son uno por la naturaleza de la fe única? Porque todos han renacido a la inocencia, a la inmortalidad, al conocimiento de Dios, a la fe de la esperanza. Y si estas cosas no pueden ser diversas entre sí, porque también la esperanza es una, y Dios es uno, así como el Señor es uno, y el bautismo de regeneración es uno: si estas cosas son uno más por el consenso que por la naturaleza; también atribuye la unidad de voluntad a aquellos que han renacido en estas cosas. Pero si han renacido en la naturaleza de una vida y eternidad, por lo cual su corazón y alma son uno; cesa en ellos la unidad de consenso, que son uno en la regeneración de la misma naturaleza.

8. La sentencia de Pablo sobre este asunto. — No hablamos de lo nuestro, ni componemos algo de estas cosas con un sentido de las palabras corrompido para engañar los oídos de los oyentes: sino que, manteniendo la forma de la sana doctrina, saboreamos y predicamos lo que es sincero. Porque el Apóstol enseña que esta unidad de los fieles es por la naturaleza de los sacramentos, escribiendo a los Gálatas: "Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido. No hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Gal. III, 27, 28). Que sean uno en tanta diversidad de naciones, condiciones, sexos; ¿acaso es por el consenso de la voluntad, o por la unidad del sacramento, porque para ellos el bautismo es uno, y todos se han revestido de un solo Cristo? ¿Qué hará aquí la concordia de las almas, cuando por lo que son uno, es porque se revisten de un solo Cristo por la naturaleza de un solo bautismo?

9. El que planta y el que riega son uno por naturaleza. — O cuando el que planta y el que riega son uno; ¿acaso no son uno por esto, porque ellos mismos en un solo bautismo renacidos son una dispensación de un solo bautismo regenerador? ¿Acaso no hacen lo mismo? ¿Acaso no son uno en uno? Por lo tanto, los que son uno por la misma cosa, también son uno por naturaleza, no solo por voluntad: porque ellos mismos son la misma cosa, y son ministros de la misma cosa y eficiencia.

10. La necedad se revela a sí misma mientras se opone a la verdad. No hay esperanza para la fe perversa. El mérito del simple. — Sin embargo, la contradicción de los necios siempre avanza hacia la demostración de la necedad: porque lo que se adapta con el ingenio del insensato o de la inteligencia perversa contra la verdad, mientras es inconmovible e inmutable, es necesario que lo que es contrario se entienda como falso y necio. Porque los herejes, esforzándose por engañar con lo que se ha dicho: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30), para que no se creyera la unidad de naturaleza y la sustancia indiferente de la divinidad en ellos, sino que fueran uno por el amor mutuo y la concordia de las voluntades, han presentado un ejemplo de esta unidad, como hemos demostrado anteriormente, incluso de las palabras del Señor: "Para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros" (Juan XVII, 21). Está fuera de las promesas evangélicas quien está fuera de su fe: y el crimen de la inteligencia impía ha perdido la esperanza simple. Porque no tiene tanto perdón como premio ignorar lo que crees: porque el mayor estipendio de la fe es esperar lo que no sabes. Pero es el furor de la última impiedad, o no creer lo que se ha entendido, o haber corrompido la inteligencia de creer.

11. Impropiamente se ha dicho que UT UNUM SINT se refiere a la unanimidad, según Cristo.---Aunque la impiedad cambie el sentido de su inteligencia, no puede hacer que la inteligencia de las palabras no exista. El Señor ora al Padre para que quienes crean en Él sean uno, y así como Él está en el Padre y el Padre en Él, todos sean uno en ellos. ¿Qué tiene que ver aquí la equidad, qué introduces con la unidad del alma y del corazón por el consentimiento de la voluntad? Hubiera sido propio en la abundancia y propiedad de las palabras, que si la voluntad los hiciera uno, el Señor orara así: Padre, así como nosotros queremos ser uno, que ellos también quieran ser uno, para que todos seamos uno por la concordia. ¿O acaso el que es la Palabra ignoró el significado de la palabra? ¿Y el que es la Verdad no supo hablar la verdad? ¿Y el que es la Sabiduría erró en el hablar necio? ¿Y el que es la Virtud estuvo en tal debilidad que no pudo expresar lo que quería que se entendiera? Habló claramente los verdaderos y sinceros sacramentos de la fe evangélica. Y no solo habló para significar, sino que también enseñó para la fe, diciendo así: Para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros. Primero se ora por aquellos de quienes se dice: Para que todos sean uno; luego se muestra el progreso de la unidad con el ejemplo de la unidad, cuando dice: Como tú, Padre, en mí, y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros: para que así como el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, así por esta forma de unidad, todos sean uno en el Padre y el Hijo.

12. El honor recibido del Padre y dado por el Hijo a los creyentes, hace que sean uno.---Pero como solo al Padre y al Hijo les es propio por naturaleza ser uno, porque Dios de Dios, y el unigénito del innascible no puede ser sino en la naturaleza de su origen; de modo que en la sustancia de su nacimiento exista el que ha sido engendrado, y la verdad del nacimiento de la divinidad no tenga otra ni diversa de la que ha procedido, el Señor, no dejando nada ambiguo para la fe, enseñó la naturaleza de esta unidad absoluta en todo el discurso siguiente. Pues sigue: Para que el mundo crea que tú me enviaste (Juan XVII, 21). Por eso el mundo creerá

que el Hijo ha sido enviado por el Padre, porque todos los que han de creer en Él serán uno en el Padre y el Hijo. Y cómo serán, pronto se nos enseña: Y yo el honor que me diste, se lo he dado a ellos (Ibid., 22). Y ahora pregunto, si el honor es lo mismo que la voluntad; ya que la voluntad es un movimiento de la mente, pero el honor es la naturaleza o especie o dignidad. El honor recibido del Padre, el Hijo lo dio a todos los que han de creer en Él, no ciertamente la voluntad: que si se hubiera dado, la fe no tendría premio, ya que la fe nos impondría la necesidad de una voluntad fijada. La entrega del honor recibido muestra qué se logra: Para que sean uno, como nosotros somos uno (Ib.). Por esta razón, el honor recibido fue dado, para que todos sean uno. Ya, pues, todos son uno en el honor; porque no se dio otro honor que el recibido; ni se dio por otra razón que para que todos fueran uno. Y como por el honor dado al Hijo, y otorgado por el Hijo a los creyentes, todos son uno; pregunto cómo el Hijo es de diverso honor del Padre, cuando todos los creyentes son asumidos al honor del Hijo en la unidad del honor paterno. Y aunque este discurso pueda ser insolente para la esperanza humana, no será infiel: porque aunque sea temerario esperar esto, sin embargo, no haberlo creído es irreligioso, ya que el mismo y único es para nosotros el autor de la esperanza y de la fe. Y de esto trataremos más claramente y copiosamente en su lugar, como corresponde. Sin embargo, incluso del presente discurso se entiende que esta esperanza nuestra no es vana ni temeraria. Por el honor recibido y dado, todos son uno. Mantengo la fe, y acepto la causa de la unidad: pero aún no comprendo la razón de cómo el honor dado perfecciona que todos sean uno.

13. La unidad natural de los fieles en Dios se otorga por la encarnación del Verbo y el sacramento de la Eucaristía.---Pero el Señor, no dejando nada incierto a la conciencia de los fieles, enseñó el mismo efecto de la eficiencia natural, diciendo, Para que sean uno, como nosotros somos uno, yo en ellos, y tú en mí; para que sean perfectos en uno (Juan XVII, 22 y 23). Ahora pregunto a aquellos que introducen la unidad de la voluntad entre el Padre y el Hijo, si hoy Cristo está en nosotros por la verdad de la naturaleza, o por la concordia de la voluntad. Porque si verdaderamente el Verbo se hizo carne, y verdaderamente nosotros tomamos el Verbo hecho carne en el alimento del Señor; ¿cómo no se ha de considerar que permanece naturalmente en nosotros, quien ya asumió como hombre la naturaleza de nuestra carne inseparablemente para sí, y mezcló la naturaleza de su carne con la naturaleza de la eternidad bajo el sacramento de la carne que ha de comunicarse a nosotros? Así, pues, todos somos uno, porque el Padre está en Cristo, y Cristo en nosotros. Por tanto, quien niegue que el Padre está naturalmente en Cristo, niegue primero que no está naturalmente en Cristo, o que Cristo está en él; porque en Cristo el Padre, y Cristo en nosotros, nos hacen ser uno en ellos. Si verdaderamente, pues, Cristo asumió la carne de nuestro cuerpo, y verdaderamente aquel hombre que nació de María es Cristo, y nosotros verdaderamente bajo el misterio tomamos la carne de su cuerpo (y por esto seremos uno, porque el Padre está en Él, y Él en nosotros); ¿cómo se afirma la unidad de la voluntad, cuando la propiedad natural por el sacramento es el sacramento de la unidad perfecta?

14. Percibimos el verdadero cuerpo de Cristo en este Sacramento. --- No se debe hablar de las cosas de Dios con sentido humano o mundano (V. lib. IV, n. 14): ni por una predicación violenta e imprudente; no se debe forzar la perversidad de una inteligencia ajena e impía a la salud de las palabras celestiales. Leamos lo que está escrito, y entendamos lo que hemos leído: y entonces cumpliremos con el deber de la fe perfecta. Porque lo que decimos sobre la verdad natural de Cristo en nosotros, si no lo hemos aprendido de Él, lo decimos necia e impíamente. Él mismo dijo, Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él (Juan VI, 56, 57). Sobre la verdad de la carne y la sangre no se dejó lugar a la duda. Ahora, pues, tanto por la

profesión del mismo Señor, como por nuestra fe, es verdaderamente carne, y es verdaderamente sangre. Y estos recibidos y consumidos hacen que tanto nosotros estemos en Cristo, como Cristo en nosotros. ¿Acaso esto no es verdad? Que no sea verdad para aquellos que niegan que Cristo Jesús es verdadero Dios. Por tanto, Él está en nosotros por la carne, y nosotros estamos en Él: mientras que con Él, lo que somos, está en Dios.

15. Perfecta unidad con Dios, mediando Cristo.---Cuán unidos estamos en Él por el sacramento de la carne y sangre comunicadas, Él mismo lo testifica diciendo, Y el mundo ya no me verá; pero vosotros me veréis, porque yo vivo, y vosotros viviréis; porque yo en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros (Juan XIV, 19, etc.). Si solo quisiera que se entendiera la unidad de la voluntad: ¿por qué expuso un cierto grado y orden de la unidad consumada: sino para que, cuando Él estuviera en el Padre por la naturaleza de la divinidad; nosotros, en cambio, en Él por su nacimiento corporal, y Él de nuevo en nosotros por el misterio de los sacramentos, se creyera que estaba: y así se enseñara la unidad perfecta por el Mediador, cuando permaneciendo nosotros en Él, Él permaneciera en el Padre, y permaneciendo en el Padre permaneciera en nosotros; y así progresáramos hacia la unidad del Padre, cuando el que está en Él naturalmente según el nacimiento, nosotros también estuviéramos en Él naturalmente, permaneciendo Él en nosotros naturalmente?

16. Cuán natural es esta unidad. Unidad del Hijo con el Padre.---Cuán natural es esta unidad en nosotros, Él mismo lo testificó así: Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él (Juan VI, 57). Porque nadie estará en Él, a menos que Él esté en quien lo haya asumido: teniendo solo la carne de aquel que ha asumido su carne. El sacramento de esta unidad perfecta ya lo había enseñado antes, diciendo: Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre: así quien coma mi carne, vivirá por mí (Ibid. 58). Vive, pues, por el Padre: y del mismo modo que vive por el Padre, así nosotros vivimos por su carne. Toda comparación se presume para la forma de la inteligencia: para que lo que se trata, lo alcancemos según el ejemplo propuesto. Esta, pues, es la causa de nuestra vida, que tenemos a Cristo permaneciendo en nosotros carnales por la carne: viviendo nosotros por Él en la misma condición en que Él vive por el Padre. Si, pues, nosotros vivimos naturalmente según la carne por Él, es decir, habiendo adquirido la naturaleza de su carne: ¿cómo no ha de tener naturalmente al Padre en sí según el Espíritu, cuando Él vive por el Padre? Pero vive por el Padre, mientras que el nacimiento no le ha introducido una naturaleza ajena y diversa, mientras que lo que es, y de Él es, no se separa de Él por alguna disimilitud incidental de la naturaleza; mientras que tiene en sí al Padre por el nacimiento en la virtud de la naturaleza.

17. Epílogo. Estas cosas han sido recordadas por nosotros, porque los herejes, mintiendo sobre la unidad de la voluntad entre el Padre y el Hijo, usaban el ejemplo de nuestra unidad con Dios, como si a nosotros, unidos al Hijo, y por el Hijo al Padre, solo por el servicio y la voluntad de la religión, no se nos concediera ninguna propiedad de comunión natural por el sacramento de la carne y la sangre: cuando tanto por el honor dado a nosotros del Hijo, como por el Hijo permaneciendo en nosotros carnalmente, y corporalmente e inseparablemente unidos en Él, debe predicarse el misterio de la verdadera y natural unidad.

18. La unidad del Hijo y el Padre claramente afirmada en las Escrituras.---Por tanto, hemos respondido a la necedad de los que deliran, solo para demostrar la falsedad de su vana mentira: para que no engañen a los inexpertos con el error de una afirmación vana y ridícula. Sin embargo, la fe evangélica no necesitó nuestra respuesta. El Señor oró por nuestra unidad con Dios: pero Él mismo posee la suya, y permanece en ella. Y no son uno por el sacramento de la dispensación, sino por la natividad de la naturaleza, mientras que nada en Él se degenera de sí mismo al engendrarlo Dios. Son uno, mientras que lo que no se arrebata de su mano, no

se arrebata de la mano del Padre (Juan X, 28); mientras que al conocerlo a Él, se conoce al Padre; mientras que al verlo a Él, se ve al Padre; mientras que lo que Él habla, el Padre que permanece en Él lo habla; mientras que en Él operando, el Padre opera; mientras que Él está en el Padre, y el Padre en Él (Juan XIV, 7, 9, 10, 12). Esto no lo otorga la criatura, sino la natividad; no lo efectúa la voluntad, sino el poder; no lo habla la unanimidad, sino la naturaleza: porque no es lo mismo ser creado que nacer; ni querer es lo mismo que poder; ni concordar es lo mismo que permanecer.

19. No se niega la unanimidad, mientras se afirma la unidad. Testimonio claro de la unidad del Padre y el Hijo.---No negamos, pues, la unanimidad entre el Padre y el Hijo: porque los herejes suelen mentir diciendo que, al no aceptar solo la concordia como unidad, afirmamos que están en discordia. Pero escuchen cómo no negamos la unanimidad. El Padre y el Hijo son uno en naturaleza, honor, virtud: y la misma naturaleza no puede querer cosas diferentes. Y escuchen aún al Hijo testificando su unidad de naturaleza con el Padre; pues dice: Cuando venga el abogado, que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él testificará de mí (Juan XV, 26). Vendrá el abogado, y este lo enviará el Hijo del Padre, y es el Espíritu de verdad, que procede del Padre. Que toda la escuela de los herejes aguce los aguijones de su ingenio: y busque ahora qué puede mentir a los ignorantes, y enseñe qué es esto que el Hijo envía del Padre. Quien envía, muestra su poder en lo que envía. Pero lo que envía del Padre, ¿qué entenderemos, si es recibido, o enviado, o engendrado? pues es necesario que signifique algo de esto que ha de enviar del Padre. Y ha de enviar del Padre al Espíritu de verdad, que procede del Padre: ya, pues, no es recepción, donde se ha demostrado la procesión. Resta que confirmemos nuestra sentencia en esto, si hemos de considerar que es la salida de uno que permanece, o la procesión de uno que ha sido engendrado.

20. No es incierto de quién es el Espíritu Santo. Lo que recibe del Hijo, lo recibe también del Padre. De aquí que el Padre y el Hijo sean uno en naturaleza.---Ni en esto ahora calumnio la libertad de la inteligencia, si piensan que el Espíritu Paráclito es del Padre, o del Hijo. Pues el Señor no lo dejó en incertidumbre: porque bajo las mismas palabras habló así: Aún tengo muchas cosas que deciros, pero no podéis llevarlas ahora. Cuando venga el Espíritu de verdad, os guiará en toda verdad. Porque no hablará de sí mismo, sino que hablará todo lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre, es mío: por eso dije, Tomará de lo mío, y os lo anunciará (Juan XVI, 12, ss.). Por tanto, recibe del Hijo, quien también es enviado por Él, y procede del Padre. Y pregunto, si es lo mismo recibir del Hijo, que proceder del Padre. Si se cree que difiere entre recibir del Hijo, y proceder del Padre; ciertamente se considerará que es lo mismo y uno recibir del Hijo, que recibir del Padre. Pues el mismo Señor dice: Porque tomará de lo mío, y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre, es mío: por eso dije, Tomará de lo mío, y os lo anunciará (Ibid. 14 y 15). Esto que recibirá (sea poder, sea virtud, sea doctrina), el Hijo dijo que ha de ser recibido de Él: y de nuevo significa que ha de ser recibido del Padre. Pues cuando dice que todo lo que tiene el Padre, es suyo, y por eso dijo que ha de ser recibido de lo suyo: también enseña que ha de ser recibido del Padre, pero que ha de ser recibido de Él; porque todo lo que es del Padre, es suyo. Esta unidad no tiene diversidad: ni difiere de quién se ha recibido, lo que dado por el Padre, se refiere dado por el Hijo. ¿Acaso aquí se traerá la unidad de la voluntad? Todo lo que tiene el Padre, es del Hijo: y todo lo que es del Hijo, es del Padre. Pues Él mismo dice: Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío (Juan XVII, 10). Aún no es el lugar para demostrar por qué dijo así: Porque tomará de lo mío: pues es una significación de tiempo futuro, donde se muestra que ha de ser recibido. Ahora ciertamente dijo que ha de ser recibido de Él, porque todo lo del Padre es suyo. Divide, si puedes, la unidad de esta naturaleza: e introduce alguna necesidad de disimilitud, por la

cual el Hijo no esté en la unidad de la naturaleza. Pues el Espíritu de verdad procede del Padre: pero es enviado del Padre por el Hijo. Todo lo que es del Padre, es del Hijo: y por eso lo que reciba, lo ha de recibir del Hijo, porque todo lo del Padre es del Hijo. Por tanto, la naturaleza en todo mantiene su ley, y lo que ambos son uno, es la significación de la divinidad en ambos por generación y nacimiento: cuando lo que el Espíritu de verdad reciba del Padre, el Hijo confiesa que ha de ser dado por Él. Por tanto, no se debe permitir a la perversidad herética la libertad de una inteligencia impía: para que esta palabra del Señor, que porque todo lo del Padre es suyo, por eso el Espíritu de verdad ha de recibir de Él, no se confiese que ha de referirse a la unidad de la naturaleza.

21. El Espíritu de Dios y de Cristo es uno.---Hable aquel que es vaso de elección y doctor de los gentiles, según la inteligencia de la verdad ya alabada por la fe del pueblo romano. Queriendo enseñar la unidad de naturaleza en el Padre y el Hijo, dice así (Rom. VIII, 9, ss.): Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios está en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu es vida por la justicia. Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros. Todos somos espirituales si el Espíritu de Dios está en nosotros. Pero este Espíritu de Dios es también el Espíritu de Cristo. Y aunque el Espíritu de Cristo esté en nosotros, sin embargo, es su Espíritu el que resucitó a Cristo de entre los muertos: y el que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también nuestros cuerpos mortales por el Espíritu que habita en nosotros. Somos vivificados, por tanto, por el Espíritu de Cristo que habita en nosotros, por aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos. Y aunque el Espíritu de aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos esté en nosotros, el Espíritu de Cristo está en nosotros, y sin embargo, el Espíritu que está en nosotros es de Dios. Distingue, pues, oh hereje, el Espíritu de Cristo del Espíritu de Dios, y el Espíritu de Cristo resucitado de entre los muertos del Espíritu de Dios que resucitó a Cristo de entre los muertos; cuando el Espíritu de Cristo que habita en nosotros es el Espíritu de Dios; y cuando el Espíritu de Cristo resucitado de entre los muertos es, sin embargo, el Espíritu de Dios que resucitó a Cristo de entre los muertos.

22. Espíritu de Dios, ¿naturaleza o cosa de la naturaleza?---Y ahora pregunto si en el Espíritu de Dios crees que se significa la naturaleza o la cosa de la naturaleza. No es lo mismo la naturaleza que la cosa de la naturaleza: así como no es lo mismo el hombre que lo que es del hombre, ni es lo mismo el fuego que lo que es del fuego: y según esto, no es lo mismo Dios que lo que es de Dios.

23. A veces significa al Padre, a veces al Hijo.---Recuerdo que en el Espíritu de Dios se significa al Hijo de Dios, de tal manera que en él se entiende que se demuestra a Dios Padre, y que el Espíritu de Dios puede pertenecer a la demostración de cualquiera: y esto no solo se muestra por la autoridad profética, sino también por la evangélica, cuando se dice: El Espíritu del Señor está sobre mí, por eso me ha ungido (Luc. IV, 18); y de nuevo (Mat., XII, 18): He aquí mi siervo a quien he elegido, mi amado en quien se complace mi alma, pondré sobre él mi Espíritu; y el mismo Señor testificando de sí mismo: Pero si yo expulso demonios en el Espíritu de Dios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios (Ib., 28): pues estas cosas parecen no ambiguamente significar al Padre o al Hijo, manifestando sin embargo la virtud de la naturaleza.

24. Por qué ambos son llamados Espíritu.---Porque creo que por eso se ha dicho en ambos Espíritu de Dios, para que no creamos que el Hijo está en el Padre o el Padre en el Hijo según modos corporales: es decir, para que Dios permaneciendo en un lugar, no parezca estar en ninguna otra parte fuera de sí mismo. Pues el hombre, o algo similar a él, cuando está en algún lugar, no estará en otro lugar: porque lo que está allí, está contenido donde ha estado: su naturaleza es débil para estar en todas partes, quien está en algún lugar. Pero Dios es un poder viviente de inmensa virtud, que no está ausente en ningún lugar, ni falta en ningún lugar, se enseña a sí mismo por sus cosas, y sus cosas no significan otra cosa que él mismo: para que donde estén sus cosas, se entienda que él está. Pero no se crea que está en todas partes de manera corporal, cuando está en algún lugar: pues no deja de estar en todas las cosas por sus cosas; y sus cosas no son otra cosa que lo que él mismo es. Y estas cosas han sido dichas para la inteligencia de la naturaleza.

25. En el Espíritu de Dios se significa al Padre. Se significa al Hijo. Se significa también al Espíritu Santo.---En el Espíritu de Dios creo que debe entenderse que se significa a Dios Padre, porque el Señor Jesucristo ha profesado que el Espíritu del Señor está sobre él, por lo cual lo unge y lo envía a evangelizar. Pues en él se manifiesta la virtud de la naturaleza paterna; mostrando la comunión de su naturaleza en el Hijo, incluso nacido en la carne, por el sacramento de esta unción espiritual (Mat., III, 17), cuando después de la natividad del bautismo consumado también se escuchó esta significación de propiedad, con la voz testificando desde el cielo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Sal. II, 7). Pues no se debe entender que él mismo está sobre sí mismo, o que él mismo está presente desde los cielos, o que él mismo se ha llamado a sí mismo hijo: sino que toda esta fue una demostración de nuestra fe, para que bajo el sacramento de la natividad perfecta y verdadera, conociéramos la unidad de la naturaleza permaneciendo en el Hijo, que también había comenzado a ser hombre. Y se ha encontrado que el Padre se significa así en el Espíritu de Dios. Entendemos que el Hijo ha sido demostrado de esta manera, cuando dice: Pero si yo expulso demonios en el Espíritu de Dios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios: demostrando que él mismo, es decir, por el poder de su naturaleza expulsa demonios, que no pueden ser expulsados sino por el Espíritu de Dios. Pero también en el Espíritu de Dios se significa el Espíritu del Paráclito; y no solo por la autoridad profética, sino también por la apostólica, cuando se dice: Pero esto es lo que fue dicho por el profeta, Sucederá en los últimos días, dice el Señor, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas (Hech. II, 16, ss.) Y se enseña que todo esto se ha cumplido en los Apóstoles, cuando, enviado el Espíritu Santo, todos hablaron en las lenguas de las naciones.

26. En nosotros está Dios, con Cristo; con el Espíritu de Cristo, el Espíritu de Dios. La naturaleza del Hijo y del Padre es una.---Estas cosas han sido demostradas necesariamente, para que en cualquier parte que la falsedad herética se haya dirigido, sin embargo, se concluya dentro de los límites y el precepto de la verdad evangélica. Pues Cristo habita en nosotros: y habitando Cristo, habita Dios. Y cuando habita en nosotros el Espíritu de Cristo; sin embargo, habitando en nosotros el Espíritu de Cristo, no habita otro espíritu que el Espíritu de Dios. Y si por el Espíritu Santo se entiende que Cristo está en nosotros, sin embargo, este Espíritu debe ser conocido como el Espíritu de Dios, así como el Espíritu de Cristo. Y cuando, por la naturaleza de la cosa, la misma naturaleza habita en nosotros; se creerá que la naturaleza del Hijo es indiferente del Padre, cuando el Espíritu Santo, que es tanto el Espíritu de Cristo como el Espíritu de Dios, se demuestra que es cosa de una sola naturaleza. Pregunto ahora, por tanto, ¿cómo no son uno por naturaleza? El Espíritu de la verdad procede del Padre: es enviado por el Hijo, y recibe del Hijo. Pero todas las cosas que el Padre tiene son del Hijo: y por eso el que recibe de él, es el Espíritu de Dios, pero el mismo

es también el Espíritu de Cristo. Es cosa de la naturaleza del Hijo (suplir, Espíritu), pero la misma cosa es también de la naturaleza del Padre. Es el Espíritu del que resucita a Cristo de entre los muertos; pero el mismo es el Espíritu de Cristo resucitado de entre los muertos. Que la naturaleza de Cristo y de Dios difiera en algo, para que no sea la misma; si se puede demostrar que el Espíritu, que es de Dios, no es también de Cristo.

27. Una sola habitación del Hijo y del Padre en nosotros.---Pero el Apóstol te retiene y constriñe, oh hereje, furioso y llevado por el espíritu de doctrina mortal, poniendo a Cristo como fundamento de nuestra fe (I Cor., III, 11), no ignorante de esta palabra del Señor: Si alguno me ama, guardará mi palabra: y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él (Juan, XIV, 23). Pues al permanecer el Espíritu de Cristo en nosotros, ha testificado que el Espíritu de Dios permanece en nosotros, y que no es diferente de sí mismo el Espíritu del resucitado de entre los muertos y el Espíritu del que resucita de entre los muertos. Pues vienen y habitan en nosotros: y pregunto si vendrán y harán morada con diversidad de compañía, o con unidad de naturaleza. Pero el doctor de los gentiles se opone, no dos espíritus, de Dios y de Cristo, sino que el Espíritu de Cristo, que es también el Espíritu de Dios, está en los creyentes. No es cohabitación, sino habitación: bajo el sacramento de la cohabitación, es habitación, mientras no habitan dos, ni es diverso el habitador de otro. Pues está en nosotros el Espíritu de Dios, pero está en nosotros el Espíritu de Cristo: y cuando está el Espíritu de Cristo, está el Espíritu de Dios. Así, cuando lo que es de Dios, es también de Cristo; y cuando lo que es de Cristo, es de Dios: no puede ser Cristo algo diferente de lo que es Dios. Por tanto, Cristo es Dios uno con el Espíritu de Dios.

28. Los arrianos, ajenos al Espíritu Santo, niegan que Cristo es Dios, y sin embargo lo adoran.---Y aquel evangelio: Yo y el Padre somos uno (Juan, X, 30), enseña el Apóstol que es unidad de naturaleza, no soledad de unión, escribiendo a los Corintios: Por eso os hago saber que nadie en el Espíritu de Dios dice anatema a Jesús. ¿Sabes ahora, oh hereje, en qué espíritu dices que Cristo es criatura (I Cor., XII, 3)? Pues estando en anatema los que sirvieron a la criatura más que al Creador (Rom., I, 25); confesando que Cristo es criatura, entiende qué eres, que no ignoras que la religión de la criatura está en maldición. Y advierte qué sigue: Y nadie puede decir Señor a Jesús, sino en el Espíritu Santo (I Cor., XII, 3). ¿Sientes qué te falta, negando a Cristo lo que es suyo? Si por la naturaleza de Dios Cristo es Señor para ti, tienes el Espíritu Santo: pero si por un nombre adoptivo es Señor, careciendo del Espíritu Santo, eres animado por el espíritu de error: porque nadie puede decir Señor a Jesús sino en el Espíritu Santo. Y tú, diciendo que es criatura más que Dios, aunque lo llames Señor, sin embargo no dices que es Señor; porque para ti es Señor más por el género común y el nombre familiar, que por naturaleza. Pero aprende de Pablo la naturaleza.

29. Divisiones de gracias.---Sigue: Hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu; y hay diversidad de ministerios, pero el mismo Señor; y hay diversidad de operaciones, pero el mismo Dios, que opera todo en todos. Pero a cada uno se le da la manifestación del Espíritu, para lo que es útil (Ibid. 4, ss.). En el presente discurso se entiende una cuádruple significación, cuando en la división de dones es el mismo Espíritu, y en la división de ministerios es el mismo Señor, y en la división de operaciones es el mismo Dios, y en la dación de utilidad la manifestación del Espíritu. Y para que se conociera la dación de utilidad en la manifestación del Espíritu; inmediatamente se añade: A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu, a otro fe en el mismo Espíritu, a otro don de curaciones en el mismo Espíritu, a otro operación de milagros, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus, a otro géneros de lenguas, a otro interpretación de lenguas (Ibid., 8 ss.).

30. Manifestación del Espíritu.---Y ciertamente lo que dijimos que es cuarto, es decir, en la dación de utilidad la manifestación del Espíritu, tiene una comprensión absoluta. Pues se ha mencionado, por qué utilidades de daciones es esta manifestación del Espíritu. En estas virtudes de divisiones no hay una muestra incierta de este don, del cual el Señor había dicho a los Apóstoles, ordenándoles que no se apartaran de Jerusalén; sino que esperen, dice, la promesa del Padre, que oísteis de mi boca, Porque Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo, que recibiréis no muchos días después. Y de nuevo: Pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea, y Samaria, y hasta el último de la tierra (Hech. I, 4, ss.). Ordena esperar la promesa del Padre, que se oyó de su boca. Ciertamente también ahora es el discurso de esa promesa paterna. Por estas eficacias de virtudes es la manifestación del Espíritu. Pues no está oculto el don del Espíritu, donde está la palabra de sabiduría, y se oyen las palabras de vida: o donde está la ciencia del conocimiento divino, para que no ignoremos al autor de nuestra vida como las bestias por ignorancia de Dios: o por la fe de Dios, para que no creyendo el Evangelio de Dios, estemos fuera del Evangelio de Dios: o por el don de curaciones, para que testifiquemos la gracia de aquel que concede estas cosas, con la curación de enfermedades: o por la operación de milagros, para que lo que hacemos se entienda que es virtud de Dios: o por la profecía, para que por la inteligencia de la doctrina se entienda que somos instruidos por Dios: o por el discernimiento de espíritus, para que no seamos ignorantes de si alguien habla por espíritu santo o perverso: o por géneros de lenguas, para que en señal del Espíritu Santo dado se conceda el don de lenguas (I Cor. XIV, 6): o en la interpretación de lenguas, para que la fe de los oyentes no peligre por ignorancia, cuando el intérprete de la lengua absuelve a los que no entienden la lengua. En todas estas cosas, divididas para utilidad de cada uno, es la manifestación del Espíritu, por estas admiraciones de utilidad dada a cada uno, no ocultándose el don del Espíritu.

31. Estos dones los concede uno y otro, y sin embargo un solo Espíritu.---Pero el bienaventurado apóstol Pablo ha mantenido en este misterio tan difícil para la inteligencia humana de los sacramentos celestiales, tanto una demostración absoluta como una cautela diligente, para mostrar que estos dones de divisiones se dan por el Espíritu y en el Espíritu (pues no es lo mismo ser dado por el Espíritu que en el Espíritu): porque la dación del don, que se obtiene en el Espíritu, sin embargo, es concedida por el Espíritu. Consuma estas divisiones de daciones de este modo: Pero todas estas cosas las opera un solo y mismo Espíritu, distribuyendo a cada uno como quiere (I Cor. XII, 11). Ahora pregunto, ¿quién opera estas cosas el Espíritu, distribuyendo a cada uno como quiere: si aquel por quien, o en quien es la división de dones? Pero si alguien se atreve a decir que se ha significado a sí mismo, el Apóstol contradirá, para que el lector no entienda erróneamente: pues dice más arriba: Y hay diversidad de operaciones, pero el mismo Dios que opera todo en todos. Por tanto, es otro el que distribuye, y otro en quien se concede la división. Y entiende que Dios opera todas estas cosas, de tal manera que Cristo opera, que el Hijo realiza la obra paterna. Y si confiesas a Jesús como Señor en el Espíritu Santo; entiende la virtud de la triple significación en el Apóstol (es decir, en lugar del Apóstol), cuando en las divisiones de dones es el mismo Espíritu, y en las divisiones de ministerios es el mismo Señor, y en las divisiones de operaciones es el mismo Dios: y de nuevo, un solo Espíritu operando todo y distribuyendo como quiere. Y comprende, si puedes, al Señor en la división de ministerios, y a Dios en la división de operaciones, que este mismo único Espíritu es el que opera y distribuye.

32. Cristo distribuye los carismas.---O si desagrada en Dios y en el Señor este mismo Espíritu de la divinidad, por el sacramento de la natividad: muestra qué espíritu, y en qué espíritu estas divisiones nos las opera y distribuye. Pero no mostrarás otra cosa que lo que es de

nuestra fe; porque el Apóstol ha mostrado quién debe ser entendido, diciendo: Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros; pero todos los miembros de un solo cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo: así también Cristo (I Cor. XII, 12). Por tanto, las divisiones de los carismas son de un solo Señor Jesucristo, que es el cuerpo de todos, significa: porque habiendo mostrado al Señor en el ministerio, también ha mostrado a Dios en las operaciones, sin embargo, demuestra que un solo Espíritu opera y distribuye todas estas cosas, dividiendo estos miembros de gracias en la perfección de un solo cuerpo.

33. Dios establece operaciones y ministerios. También los establece Cristo.---A menos que se piense que el Apóstol no ha mantenido la razón de la unidad en lo que dijo: Y hay diversidad de ministerios, pero el mismo Señor; y hay diversidad de operaciones, pero el mismo Dios (I Cor. XII, 5, 6): para que, porque refirió los ministerios al Señor, y las operaciones a Dios, no se entienda que es uno y lo mismo en los ministerios y en las operaciones. Recibe cómo estos miembros de ministerios son miembros de operaciones, cuando dice: Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros. Y a algunos puso Dios en la Iglesia, primero apóstoles (Ibid., 27, 28), en quienes está la palabra de sabiduría; en segundo lugar profetas, en quienes está el don de ciencia; en tercer lugar maestros, en quienes está la doctrina de la fe; luego virtudes, en quienes están las curaciones de enfermedades, poderes de auxilios, gobernaciones proféticas, y dones de géneros de lenguas o de hablar o de interpretar. Ciertamente estos son ministerios y operaciones de la Iglesia, en los que está el cuerpo de Cristo; y Dios ha establecido estas cosas. O confiesa que no han sido establecidas por Cristo, porque Dios las ha establecido. Pero oirás a él mismo diciendo: Pero a cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo. Y de nuevo: El que descendió, es el mismo que también ascendió por encima de todos los cielos, para llenar todas las cosas. Y él mismo dio a algunos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros, para la perfección de los santos, para la obra del ministerio (Efes. IV 7, 10, etc.). ¿Acaso los dones de los ministerios no son de Cristo, aunque también sean dones de Dios?

34. Pablo, al hablar del Padre como DIOS y del Hijo como SEÑOR, no los distinguió por naturaleza. Pero si la impiedad se ha apropiado de esto, argumentando que, porque dijo "el mismo Señor" y "el mismo Dios" (I Cor. XII, 5, 6), no están en unidad de naturaleza, añadiré a tu entendimiento, como crees, apoyos más firmes. Pues el mismo Apóstol dice: "Para nosotros, sin embargo, hay un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas, y nosotros en él, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por él" (I Cor. VIII, 6). Y de nuevo: "Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos nosotros" (Efes. IV, 5, 6). Por lo que se dice "un solo Dios" y "un solo Señor", parece que se atribuye a Dios como propio de un solo Dios que sea Dios, ya que la propiedad de uno no admite la asociación de otro. ¡Oh, verdaderamente raros y difíciles dones de los carismas, y verdaderamente en esta distribución de utilidades se ha establecido la manifestación del Espíritu! Y con razón se ha mantenido aquí el orden de las gracias a distribuir, para que el principal sea el discurso de sabiduría; pues verdaderamente es aquello de "Y nadie puede decir que Jesús es el Señor, sino por el Espíritu Santo" (I Cor. XII, 3), porque sin esta palabra de sabiduría, Cristo el Señor no podría ser entendido, y luego seguiría el discurso de ciencia; para que lo que entendemos, lo hablemos con conocimiento, de modo que entendamos la palabra de sabiduría: el tercer don sería en la fe; porque aquellos principales y superiores dones perderían su utilidad si no se creyera que Dios es: de modo que ahora, en el sacramento de esta máxima y bellísima expresión apostólica, los herejes no tienen ni palabra de sabiduría, ni discurso de ciencia, ni fe religiosa; porque la impiedad, que no capta la inteligencia, está fuera del conocimiento del discurso y fuera de la simplicidad de la fe. Pues nadie habla lo que no entiende: ni puede

creer lo que no puede hablar. Así que el Apóstol, proclamando un solo Dios, viniendo de la Ley y llamado al Evangelio de Cristo, mantuvo la confesión de la fe perfecta. Y para que la simplicidad de su discurso no ofreciera a los herejes alguna ocasión para negar la natividad del Hijo por la proclamación de un solo Dios, confesó un solo Dios bajo el significado de propiedad, diciendo así: "Un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas, y nosotros en él" (I Cor. VIII, 6): para que quien es Dios, también se crea que es Padre. Luego, porque creer en un solo Dios Padre no sería suficiente para la salvación, añadió: "Y un solo Señor nuestro Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por él"; demostrando la sinceridad de la fe salvadora en la proclamación de un solo Dios y un solo Señor: para que para nosotros haya un solo Dios Padre y un solo Señor Jesucristo en la fe. Pues no ignoraba lo dicho por el Señor: "Esta es la voluntad de mi Padre, que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna" (Juan VI, 40). Pero estableciendo el orden de la fe eclesiástica, y situando nuestra fe en el Padre y el Hijo, habló del sacramento de esa unidad inseparable e indisoluble de fe, diciendo: "Un solo Dios, y un solo Señor".

35. Si se niega que Cristo es Dios, porque hay un solo Dios Padre; tampoco el Padre es Señor, porque hay un solo Señor Cristo. —Y primero, viviendo fuera del espíritu apostólico, entiende tu necedad, hereje. Si usurpas la profesión de un solo Dios para que Cristo no sea Dios; porque donde hay uno, se entienda que está solo, y que lo que es uno, le es propio y singular a quien es uno: ¿qué profesarás sobre el hecho de que Jesucristo es un solo Señor? Pues si según tú, porque hay un solo Padre Dios, no dejó a Cristo ser Dios: es necesario que también según tú, un solo Señor Cristo no deje a Dios ser Señor; porque lo que es uno, quieres que sea propio de quien es uno. Si, por lo tanto, niegas que un solo Señor Cristo sea también Dios, también negarás que un solo Dios Padre sea Señor: y ¿qué habrá en el poder de Dios, si no es Señor, y en el poder del Señor, si no es Dios; cuando tanto a Dios lo perfecciona ser Señor, como al Señor lo constituye ser Dios?

36. Ambos son uno en espíritu, no en persona. —Pero el Apóstol, manteniendo el sacramento de la palabra del Señor, que es: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30), mientras profesa que ambos son uno, significa así que ambos son uno, no en la soledad de lo singular, sino en la unidad del espíritu: porque un solo Dios Padre y un solo Cristo Señor, aunque ambos son Señor y Dios, no permiten que en nuestra fe sean dos dioses ni dos señores. Por lo tanto, ambos son uno: y aunque ambos son uno, no está solo. Ni podremos hablar del sacramento de la fe sino con voz apostólica. Porque un solo Dios, y un solo Señor: y por el hecho de que hay un solo Dios y un solo Señor, en Dios se demuestra al Señor, así como en el Señor se demuestra a Dios. No mantienes la unión, para que Dios sea singular: ni divides el espíritu, para que ambos no sean uno. Ni podrás discernir el poder en un solo Dios y en un solo Señor: para que quien es Señor, no sea también Dios; o quien es Dios, no sea también Señor. Pues el Apóstol evitó, a través de las palabras de los nombres, predicar dos dioses o dos señores. Y por eso usó ese tipo de doctrina, para que en un solo Señor Cristo significara uno y Dios, y en un solo Dios Padre significara uno y Señor; sin embargo, no nos traería una unión impía para destruir la natividad del unigénito de Dios, habiendo profesado tanto al Padre como a Cristo.

37. Pablo enseñó que Cristo no solo es Señor, sino también Dios. —A menos que quizás el furor de la desesperación extrema se atreva a estallar, para que, porque el Apóstol dijo que Cristo es Señor, nadie deba confesarlo como otra cosa que Señor, y teniendo la propiedad de Señor, no tenga la verdad de Dios. Pero Pablo no ignora que Cristo es Dios, diciendo: "De quienes son los padres, y de quienes es Cristo, que es sobre todas las cosas, Dios" (Rom. IX, 5). Aquí no se considera a la criatura como Dios: sino que es el Dios de las criaturas, que es sobre todas las cosas Dios.

38. Lo distinguió del Padre, no lo dividió. —Cuán verdaderamente sobre todas las cosas es Dios e inseparable del Padre es el Espíritu, aprende también de esta misma expresión del Apóstol de la que ahora se trata. Pues confesó un solo Dios Padre de quien son todas las cosas, y un solo Señor Jesucristo por quien son todas las cosas: pregunto qué diversidad ha traído, diciendo de Dios todas las cosas, y por Cristo todas las cosas (I Cor. VIII, 6)? ¿Acaso puede entenderse que la naturaleza y el espíritu de quien son todas las cosas, y por quien son todas las cosas, sean separables de sí mismos? Pues todas las cosas por el Hijo subsistieron de la nada, y el Apóstol refirió a Dios de quien son todas las cosas, y al Hijo por quien son todas las cosas. Y no encuentro qué diferencia hay, cuando por ambos es obra de la misma virtud. Pues si para la sustancia del universo fuera propio y suficiente para las criaturas que son de Dios; ¿qué necesidad había de recordar que lo que es de Dios, es por Cristo, sino que es lo mismo ser por Cristo y ser de Dios? Pero así como a ambos se les atribuye ser Señor y Dios, para que sea mutuo: así de quien y por quien se refiere a ambos, y para la demostración de la unidad de ambos, no para la comprensión de lo singular. El discurso no está abierto a la ocasión de la impiedad, y la fe apostólica no está fuera de la diligencia de la predicación. Pues se moderó con las propiedades de las palabras, para que no se entendiera que significaba dos dioses, ni uno solo: mientras detesta la unión, no separa la unidad, pues de quien son todas las cosas, y por quien son todas las cosas, aunque no constituya en el poder de la virtud lo singular, no obstante no demuestra diversidad en la eficiencia; pues de quien son todas las cosas, y por quien son todas las cosas, demuestra al autor de la misma naturaleza. Sin embargo, declara que ambos son propios de la misma naturaleza. Pues después de haber proclamado la profundidad de las riquezas y la sabiduría y el conocimiento de Dios, y confesado la incomprensibilidad de sus juicios (Rom., XI, 33), y demostrado la ignorancia de sus caminos inescrutables, usando el oficio de la fe humana, rindió este honor a la profundidad de los sacramentos celestiales investigables e inescrutables, diciendo: "Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas, a él sea la gloria por los siglos, amén" (Ibid., 36): refiriendo esto ahora a la significación de una sola naturaleza, que no puede ser sino obra de una sola naturaleza.

39. Epílogo: qué se ha concluido de los pasajes de Pablo mencionados. —Pues cuando especialmente atribuyó a Dios que de él son todas las cosas; y atribuyó a Cristo que por él son todas las cosas; y ahora es honor de Dios que de él y por él y en él son todas las cosas; y cuando el Espíritu de Dios es el mismo que el Espíritu de Cristo; o cuando en el ministerio del Señor y en la operación de Dios un solo Espíritu obra y divide, no pueden no ser uno, cuyas propiedades son de uno; pues en el mismo Señor Hijo, y en el mismo Dios Padre, un solo y mismo Espíritu en el mismo Espíritu Santo dividiendo, perfecciona todas las cosas. ¡Oh, digno aquel de la conciencia de los grandes y celestiales misterios, y asumido y elegido partícipe de los secretos divinos, callando necesariamente con el silencio del discurso ilícito, y verdaderamente Apóstol de Cristo, cómo concluyó con la predicación de su discurso absoluto los ingenios de la perversidad humana, confesando un solo Padre Dios, y un solo Señor Jesucristo; para que entre estos nadie pueda predicar ni dos, ni uno solo: aunque quien no es uno solo, no se convertiría en dos; ni quien no son dos, podría entenderse como solitario; y entre estos el Padre demostrado mostraría la perfecta natividad de Cristo!

40. A los herejes ni fe, ni esperanza, ni bautismo. —Extiendan ahora sus lenguas vibrantes con silbidos, herejes serpientes, ya sean sabelianos, o fotinianos, o quienes ahora proclaman que el unigénito Dios es criatura. Escuchará un solo Dios Padre, quien niega al Hijo: porque cuando el Padre no es Padre sino por el Hijo, el Hijo se significa en el Padre. Quien le quita al Hijo la unidad de naturaleza indiferente, reconozca un solo Señor Jesucristo. Pues si no es por la unidad del Espíritu que hay un solo Señor, no se dejará al Dios Padre ser Señor. Pero quien

considera al Hijo como de tiempo y de carne, reconozca que por él son todas las cosas, y nosotros por él; y que fuera de los tiempos está la inmensidad intemporal que crea todas las cosas. Y mientras tanto, relea que hay una sola esperanza de vocación, y un solo bautismo, y una sola fe. Y después de esto, oponiéndose a la predicación del Apóstol, él mismo constituido anatema, ya que piensa de manera diferente según su propio sentido, ni es llamado, ni bautizado, ni fiel: porque en un solo Dios Padre, y en un solo Señor Jesucristo hay una sola fe de una sola esperanza y bautismo. Ni la diversidad de doctrinas podrá gloriarse en estas cosas, que son de un solo Dios y Señor y esperanza y bautismo y fe.

41. Fe en el Padre y el Hijo. —Por lo tanto, una sola fe es confesar al Padre en el Hijo y al Hijo en el Padre por la unidad de naturaleza inseparable, no confusa, sino indiscreta: ni mezclada, sino indiferente; ni adherente, sino existente; ni incompleta, sino perfecta. Pues es natividad, no división; y es hijo, no adopción; y es Dios, no creación. Ni es Dios de otro género, sino que el Padre y el Hijo son uno: pues no se ha renovado la naturaleza al nacer, para que sea ajena a la propiedad de su origen. Por lo tanto, el Apóstol, proclamando que un solo Dios Padre y un solo Señor Cristo son para él, mantiene esta fe del Hijo permaneciendo en el Padre y del Padre en el Hijo: pues en el Señor Cristo está Dios, y en el Dios Padre está el Señor; y ambos son uno en lo que es Dios, y ambos son uno en lo que es Señor: porque es imperfecto tanto para Dios, si no es Señor, como para el Señor entenderse, si no es Dios. Y así, cuando ambos son uno, y uno se significa en ambos, y no está ninguno sin uno; el Apóstol no excede la predicación evangélica enseñando, ni hablando en Pablo Cristo es diferente de lo que (después de la ascensión al cielo) habló permaneciendo corporalmente en el mundo.

42. El Hijo del Hombre da vida eterna, porque ha sido sellado por el Padre. —Pues el Señor había dicho en los Evangelios: "Trabajad no por la comida que perece, sino por la comida que permanece para vida eterna, la cual el Hijo del Hombre os dará. Porque a éste el Padre, Dios, ha sellado". Entonces le dijeron: "¿Qué haremos para realizar las obras de Dios?" Y él les dijo: "Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel a quien él ha enviado" (Juan VI, 27 y ss.). El Señor, exponiendo el sacramento tanto de su encarnación como de su divinidad, también habló de la doctrina de nuestra fe y esperanza: para que trabajemos por la comida que no perece, sino que permanece para siempre, para que recordemos que esta comida de eternidad nos la dará el Hijo del Hombre, para que sepamos que el Hijo del Hombre ha sido sellado por Dios Padre, para que sepamos que esta es la obra de Dios, creer en aquel a quien él ha enviado. ¿Y quién es aquel a quien el Padre ha enviado? Sin duda, aquel a quien Dios ha sellado. ¿Y quién es aquel a quien Dios ha sellado? El Hijo del Hombre, evidentemente, ofreciendo la comida de vida eterna. ¿Y quiénes son, entonces, aquellos a quienes se la ofrece? Aquellos que trabajarán por la comida que no perece. Y así, lo que es obra de la comida, es la misma operación de Dios, es decir, haber creído en aquel a quien él ha enviado. Pero esto lo dice el Hijo del Hombre. ¿Y cómo dará el Hijo del Hombre la comida de vida eterna? Pero no conoce el sacramento de su salvación quien no sabe que el Hijo del Hombre, dando la comida para vida eterna, ha sido sellado por Dios Padre. Ahora pregunto, ¿cuál es el sentido de la inteligencia, que el Hijo del Hombre ha sido sellado por el Padre Dios?

43. Dios acomoda su palabra a nuestro sentido. El Hijo es igual al Padre. Dios es incompuesto. —Y primero, es necesario conocer que Dios no habló para sí mismo, sino para nosotros, y que tanto moderó el discurso de su palabra a nuestra inteligencia, cuanto la debilidad de nuestra naturaleza puede comprender para sentir. Pues cuando anteriormente había sido reprendido por los judíos por haberse hecho igual a Dios, profesándose Hijo de Dios (Juan V, 18); había respondido que todo lo que hace el Padre, él también lo hace (Ibid., 19 y ss.); y que todo juicio lo ha recibido del Padre; incluso que él debe ser honrado como el

Padre. Y en todas estas cosas, habiéndose profesado antes como Hijo, se había igualado al Padre en honor, poder, naturaleza. Luego había dicho que, así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo (Ibid., 26): en lo cual había significado la unidad de naturaleza de la misma a través del sacramento de la natividad. Pues por lo que tiene el Padre, él mismo lo significó en tener: porque Dios no es de manera humana compuesto, para que en él sea una cosa lo que se tiene de él, y otra cosa sea él mismo que lo tiene: sino que todo lo que es, es vida, naturaleza perfecta y absoluta e infinita, y no constituida de cosas dispares, sino viviendo ella misma por completo. Lo cual, cuando se tiene tal como se tiene, tal también se da, aunque se entienda que significa la natividad de aquel a quien se da; no obstante, no trae diversidad de género, cuando se da tal como se tiene.

44. En qué sentido el Hijo del Hombre ha sido sellado por el Padre. —Después de esta tan múltiple y propia significación de demostrar en sí la naturaleza paterna, usó esta expresión: "Porque a éste el Padre, Dios, ha sellado" (Juan VI, 27). La naturaleza de los sellos es tal que explican toda la forma de la especie impresa en ellos, y no tienen menos de lo que se imprime en ellos: y mientras reciben todo lo que se imprime, muestran por completo de sí mismos todo lo que ha sido impreso. Pero esto no aprovecha como ejemplo para la divina natividad, porque en los sellos hay materia y diversidad e impresión, por las cuales se imprimen las especies de géneros más fuertes en naturalezas más blandas. Pero el unigénito Dios, y por el sacramento de nuestra salvación Hijo del Hombre, queriendo significar en nosotros la especie de la propiedad paterna en sí mismo, dijo que ha sido sellado por Dios: y esto porque el Hijo del Hombre iba a dar la comida de vida eterna; para que por esto se pudiera entender el poder en él de dar la comida para la eternidad, porque contiene en sí toda la plenitud de la forma paterna del Dios que lo sella; para que lo que Dios ha sellado, no muestre de sí mismo otra cosa que la forma del Dios que lo sella. Esto lo dijo el Señor a los judíos, incapaces de este dicho por su infidelidad.

45. Pablo explica que fue sellado por Dios diciendo en la forma de Dios. — Pero el predicador del Evangelio nos insinúa la comprensión de esta propiedad por el Espíritu de Cristo que habla por sí mismo, diciendo: "El cual, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo" (Filipenses II, 6, 7). Porque aquel a quien Dios había sellado, no podía ser otra cosa que la forma de Dios: y lo que está sellado en la forma de Dios, necesariamente debe tener en sí mismo toda la imagen de lo que es de Dios. Y por eso el Apóstol proclamó a aquel a quien Dios selló, permaneciendo en la forma de Dios, como Dios. Pues al hablar del misterio del cuerpo asumido y nacido en él, dice: "No consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo". Porque lo que estaba en la forma de Dios, permanecía como Dios por el Dios que lo sellaba. Pero porque debía asumir la forma de siervo y ser obediente hasta la muerte, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo para asumir la forma de siervo por obediencia. Sin embargo, se despojó de la forma de Dios, es decir, de lo que era igual a Dios: no obstante, no consideró ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, aunque en la forma de Dios, y siendo igual a Dios, existía como Dios sellado por Dios.

46. Cristo verdadero Dios, incluso después de asumir al hombre: cuánto más antes. — Ahora pregunto, ¿es Dios de otro tipo aquel que permanece en la forma de Dios, como vemos en los sellos según las especies selladas y sellantes, cuando el hierro impreso en el plomo y la gema en la cera forman la imagen de una figura cóncava o expresan la forma de una figura sobresaliente? Pero si alguien es tan necio y estúpido como para pensar que Dios forma de sí mismo algo diferente a Dios en Dios; y que quien está en la forma de Dios es algo distinto a

Dios en su totalidad, después de los misterios del hombre asumido y de la humildad consumada por la obediencia hasta la muerte en la cruz: escuchará, por la confesión de los celestiales, terrenales e infernales y de toda lengua, a Jesús en la gloria de Dios Padre (Ibid., 10). Por lo tanto, en esta gloria, si permanece cuando ya esté en la forma de siervo; entonces, cuando estaba en la forma de Dios, pregunto, ¿qué permaneció? ¿Acaso en la naturaleza de Dios, que se significa en la gloria, Cristo fue Espíritu; cuando en la gloria de Dios Padre Cristo Jesús, es decir, el hombre nacido, existirá?

47. Dios uno, no único. — El bienaventurado Apóstol mantiene en todo la inmutable predicación de la fe evangélica, proclamando así al Señor Jesucristo como Dios, para que la fe apostólica no se pierda por un Dios de otro tipo en dos dioses, ni el Hijo inseparable del Padre ofrezca una ocasión impía para proclamar a Dios como único y singular. Porque al decir "en la forma de Dios" y "en la gloria de Dios Padre", no enseñó que difieren, ni permitió que pensáramos que no existía. Porque quien está en la forma de Dios, ni progresa hacia otro Dios, ni tampoco él mismo no es Dios: porque no puede separarse de la forma de Dios, estando en ella; ni quien está en la forma de Dios, no es Dios. Así como quien está en la gloria de Dios, no puede ser otra cosa que Dios; y mientras en la gloria de Dios es Dios, no tiene proclamación de otro Dios y diferente de Dios; porque por lo que está en la gloria de Dios, tiene en sí mismo lo que es naturalmente de Dios.

48. Cristo como imagen de Dios, no es de otra naturaleza. — La fe única no peligra por múltiples predicaciones, para que sea una. Porque el evangelista había enseñado lo dicho por el Señor: "El que me ha visto, ha visto al Padre" (Juan XIV, 9). Pero, ¿acaso el doctor de las naciones, Pablo, ignoró o calló la virtud de lo dicho por el Señor, diciendo: "Él es la imagen del Dios invisible" (Colosenses I, 15)? Pregunto si la imagen visible es del Dios invisible: y si el Dios infinito puede ser coimaginado a la especie por la imagen de una forma circunscrita. Porque la imagen debe necesariamente representar la forma de aquel de quien es imagen. Pero quienes quieren que en el Hijo haya una naturaleza de otro tipo, determinen de qué tipo quieren que el Hijo sea imagen del Dios invisible. ¿Acaso corporal, y contemplable, y vagando de un lugar a otro por movimiento y paso? Sin embargo, recuerden, según los Evangelios y los profetas, que Cristo es espíritu y Dios es espíritu. Si circunscriben a este espíritu, Cristo, de manera formable y corporal; no será la imagen corporal del Dios invisible, ni la especie definida de lo indefinido.

49. Es imagen de Dios, en cuanto a la virtud de la naturaleza divina. — Pero ni el Señor dejó incierto: "El que me ha visto, ha visto al Padre" (Juan XIV, 9); ni el Apóstol calló cómo era: "Él es la imagen del Dios invisible" (Colosenses I, 15). Porque el Señor había dicho: "Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis" (Juan XVI, 37), enseñando que el Padre se ve en él, porque realiza sus obras; para que la virtud de la naturaleza entendida mostrara la naturaleza de la virtud entendida, por lo que el Apóstol, significando que esta es la imagen de Dios, dice: "Él es la imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles, ya sean Tronos, Principados, Potestades o Dominaciones, todo fue creado por él y en él, y él es antes de todos, y todo subsiste en él, y él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, que es el principio, el primogénito de los muertos, para que en todo tenga la primacía; porque en él complació que habitara toda la plenitud, y por él reconciliar todas las cosas en él" (Colosenses I, 15 y siguientes). Por la virtud de estas obras es la imagen de Dios. Porque ciertamente el Creador de lo invisible no está en la necesidad de la naturaleza de que la imagen del Dios invisible sea visible. Y para que no se entendiera que es imagen de la forma más que de la naturaleza; por eso es la imagen del Dios invisible, la naturaleza de Dios en él debe ser entendida por la virtud de su naturaleza, no por una cualidad invisible.

50. Quien es primogénito, quien tiene la primacía en todo. — Por tanto, es el primogénito de toda criatura, porque en él fueron creadas todas las cosas. Y para que nadie se atreva a referir que todo fue creado en él, dice: "Todo fue creado por él y en él, y él es antes de todos, y todo subsiste en él" (Ib., 17). Todo, por tanto, subsiste en él, quien es antes de todo, y en quien todo está. Y esto se refiere a los comienzos de las criaturas. Sin embargo, por la dispensación de nuestro cuerpo dice: "Y él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, que es el principio, el primogénito de los muertos, para que en todo tenga la primacía; porque en él complació que habitara toda la plenitud, y por él reconciliar todas las cosas en él" (Ibid., 18 y siguientes). El Apóstol devolvió a las operaciones corporales los sacramentos espirituales. Porque quien es la imagen del Dios invisible, también es la cabeza del cuerpo de la Iglesia: y quien es el primogénito de toda criatura, es el mismo principio, el primogénito de los muertos: para que en todo tenga la primacía, mientras que para nosotros es cuerpo, quien es la imagen de Dios; mientras que quien es el primogénito de la criatura, es el mismo primogénito para la eternidad, para que a quien las cosas espirituales deben, creadas en el primogénito, que permanezcan; también las humanas deben, que en el primogénito de los muertos renazcan eternas. Porque él es el principio, quien siendo hijo, es imagen; siendo imagen, es de Dios. También es el primogénito de toda criatura, conteniendo en sí el principio del universo. Y nuevamente él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, y el primogénito de los muertos, para que en todo tenga él la primacía. Y porque todo subsiste en él, en él complació que la plenitud consistiera; mientras en él por él en él se reconcilian todas las cosas, en quien por él en él todas las cosas fueron creadas.

51. Es imagen de Dios, en cuanto a que todo se crea en él. La creación como reconciliación es tanto del Padre como del Hijo. — ¿Sientes ya qué significa ser la imagen de Dios? Ciertamente que todo se crea en él por él. Cuando todo se crea en él, entiende también que aquel de quien es imagen crea todo en él. Pero cuando lo que se crea en él, se crea por él; en esto también, quien es imagen, reconoce que la naturaleza de aquel de quien es imagen está en él. Porque crea por sí mismo lo que se crea en él: así como por él se reconcilian en él todas las cosas. Cuando en él se reconcilian, comprende la naturaleza de la unidad paterna en él reconciliando en él todas las cosas. Cuando por él se reconcilian todas las cosas, entiende que él mismo reconcilia al Padre en sí mismo todas las cosas que por sí mismo reconciliaba. Porque el mismo Apóstol dice: "Todo es de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; porque Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo" (I Cor. V, 18, 19). Compara con esto todo el sacramento de la fe evangélica. Porque quien se ve en el visto, quien obra en el que obra, quien habla en el que habla, el mismo en el que reconcilia reconcilia (Juan XIV, 9, 10). Y por eso en él y por él es la reconciliación, porque por la naturaleza indiferente el Padre permaneciendo en él, devolvía al mundo a sí mismo por él y en él mediante la reconciliación.

52. Cristo declaró su unidad con el Padre de la manera más adecuada posible. — Por lo tanto, Dios, consultando la debilidad humana, no enseñó la fe con la incertidumbre desnuda de las palabras. Porque aunque la necesidad de creer se proporcionaba solo por la autoridad de lo dicho por el Señor, sin embargo, instruyó nuestro entendimiento mediante la razón expuesta: para que lo que había dicho: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30), lo conociéramos por la misma causa de la unidad expuesta. Porque al decir que habla por el que habla, y obra por el que obra, y juzga por el que juzga, y se ve por el que se ve, y reconcilia por el que reconcilia, y permanece en aquel que permanece en él: pregunto, ¿qué otra exposición más adecuada pudo haber usado para el sentido de nuestra inteligencia, para que se entendiera que son uno, que esta, por la cual por la verdad de la natividad y la unidad de la naturaleza, todo lo que el Hijo hiciera y dijera, eso en el Hijo el Padre también lo hablara y realizara? Esto no es, por lo

tanto, de una naturaleza ajena a sí misma, ni comparada a Dios por creación, ni nacida de una porción de Dios en Dios; sino de una perfecta natividad en Dios perfecto, de una divinidad perfecta, cuya confianza natural de conciencia es esta, para que diga: "Yo en el Padre, y el Padre en mí" (Juan XIV, 11): y nuevamente: "Todo lo que es del Padre, es mío" (Juan XVI, 15). Porque nada le falta de Dios, por lo cual obrando y hablando y viéndose, Dios también obra y habla y se ve. No son dos (suplir, distintos en naturalezas) en la operación, o en el discurso, o en la visión de uno. Ni es solitario Dios, quien en el Dios que obra y habla y se ve, Dios también ha obrado y hablado y se ha visto. Esto lo entiende la Iglesia, esto no lo cree la Sinagoga, esto no lo sabe la filosofía, uno de uno, y todo de todo, Dios e hijo, ni por la natividad ha quitado al Padre lo que es todo, ni esto mismo todo no lo ha mantenido consigo al nacer. Y quienquiera que se detenga en esta necedad de incredulidad, es o seguidor de los judíos, o de las naciones.

53. Sabiduría humana. Diferencia entre los elementos del mundo y Cristo. — Pero para que entiendas lo dicho por el Señor cuando dice: "Todo lo que es del Padre, es mío"; aprende también la doctrina y la fe del Apóstol que dice: "Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y vanas sutilezas, según la tradición de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo: porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente" (Colosenses II, 8, 9). Es del mundo, y saborea las doctrinas de los hombres, y es presa de la filosofía, quien no conoce a Cristo como verdadero Dios, quien ignora la plenitud de la divinidad en él. La mente humana solo saborea lo que entiende, y el mundo solo cree lo que puede, considerando posible solo lo que ve o hace según las naturalezas de los elementos. Porque los elementos del mundo subsistieron de la nada: pero Cristo no permanece de lo que no es sustancia, ni comenzó en origen, sino que tomó origen eterno del origen. Porque los elementos del mundo o son inanimados, o han progresado hacia el alma: pero Cristo es vida, nacido de Dios viviente en Dios viviente. Los elementos del mundo fueron instituidos por Dios, no son Dios: Cristo de Dios es Dios, él mismo es todo lo que Dios es. Los elementos del mundo, aunque están dentro, no pueden existir por sí mismos para no estar dentro: Cristo, teniendo a Dios en sí mismo bajo el sacramento, está en Dios. Los elementos del mundo, cuando generan de sí mismos su propio género hacia la vida, aunque proporcionan inicios de nacimiento a través de pasiones corporales; sin embargo, no están ellos mismos vivos en los que nacen: pero toda la plenitud de la divinidad está corporalmente en Cristo.

54. Que la plenitud de la divinidad habite corporalmente en Cristo. — Y pregunto, ¿de quién es la plenitud de la divinidad en él? Que si no es del Padre, ¿qué otro Dios me impones, falso predicador de un solo Dios, cuya plenitud de divinidad habita en Cristo? Pero si es del Padre, explica cómo habita corporalmente esta plenitud en él. Porque si crees que el Padre habita corporalmente en el Hijo; el Padre habitando en el Hijo no existirá en sí mismo. Pero si, lo que es más bien, la divinidad permaneciendo corporalmente en él significa la verdad de la naturaleza de Dios en él de Dios; mientras en él está Dios, no por dignación o por voluntad, sino por generación verdadero y todo permaneciendo con plenitud corporal según sí mismo; mientras lo que él mismo es, eso también es por la natividad de Dios en Dios nacido; ni hay algo diverso o diferente en Dios, que lo que habita corporalmente en Cristo; y lo que sea que habite corporalmente, eso mismo es según la plenitud de la divinidad: ¿por qué sigues lo humano? ¿por qué te aferras a las doctrinas de vanas sutilezas? ¿por qué me traes unanimidad, concordia, creación? La plenitud de la divinidad está en Cristo corporalmente.

55. Otro habitante, otra la habitación; ambos Dios perfecto. — Pero también el Apóstol mantuvo en esto la ley de su fe, para que enseñara que la plenitud de la divinidad habita corporalmente en Cristo: para que el discurso no cayera en una unión impía de la fe, ni el furor irreligioso estallara hacia la comprensión de una naturaleza diferente. Porque habitando

en Cristo la plenitud de la divinidad corporalmente, no es singular ni separable: mientras que no permite que la plenitud corporal se distinga de la plenitud corporal, ni la divinidad habitante puede entenderse como la habitación de la divinidad. Y así es Cristo, para que corporalmente la plenitud de la divinidad esté en Cristo; así verdaderamente está en Cristo la plenitud de la divinidad corporalmente, para que la plenitud habitante no se entienda como otra cosa que Cristo. Roba las ocasiones de las palabras que quieras, y despierta los aguijones de un ingenio irreligioso. Miente al menos de quién es la plenitud de la divinidad que habita en Cristo corporalmente. Porque Cristo es, y la plenitud de la divinidad habitante en él es.

56. Qué es la habitación corporal. De quién es. — Y si preguntas qué es la habitación corporal; entiende qué es hablar en el que habla, y verse en el visto, y obrar en el que obra, y en Dios Dios, y de todo todo, y de uno uno: y así reconoce la plenitud corporal de la divinidad. Y de quién es esta plenitud de la divinidad habitante corporalmente, recuerda que el Apóstol no calla diciendo: "Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, se ven claramente, siendo entendidas por las cosas que son hechas, su eterno poder y divinidad" (Romanos I, 20). Por lo tanto, la divinidad de este habita corporalmente en Cristo, no en parte, sino toda; ni es porción, sino plenitud: permaneciendo así corporalmente, para que sean uno; así son uno, para que Dios no difiera de Dios; así Dios indiferente de Dios, para que la perfecta natividad haya subsistido perfecto Dios; así, sin embargo, subsiste la perfecta natividad, porque en Dios nacido de Dios habita corporalmente la plenitud de la divinidad.

255, 256 LIBRO NOVENO.

Defiende y confirma la naturaleza indiferente del Padre y del Hijo afirmada en el libro anterior contra las objeciones de los herejes. Hilario, para este propósito, presenta algunas semillas de respuestas a las Escrituras que ellos objetan, primero buscando los sentidos genuinos de las Escrituras, no por lo que las palabras desnudas y separadas de las demás suenan, sino por los antecedentes y consecuentes y por las causas del discurso: luego que Cristo, de las naturalezas unidas en lo mismo, pero no confundidas, es una y la misma cosa; pues así siempre moderó sus palabras y hechos, para declararse a sí mismo como hijo de Dios y del hombre: finalmente, que se deben distinguir lo que dijo o hizo no siendo aún hombre, lo que ya siendo hombre a punto de morir, lo que inmortal. De aquí se establece ampliamente la verdad de las dos naturalezas en un solo Cristo.

Puestos estos fundamentos, a la primera objeción de los herejes, "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo Dios", responde que Cristo con estas palabras no rechaza el nombre de bueno o maestro, sino que reprende la fe de quien no creyendo que él es Dios, sin embargo, así lo llama; más bien se testifica a sí mismo como Dios y maestro, cuando promete el tesoro celestial al que lo sigue. Luego demuestra ampliamente que Cristo, dondequiera que predica a un solo Dios, significa que es otro del Padre, pero no de otra naturaleza.

El segundo objetivo, para que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado, se aclara a partir de las palabras anteriores y continuas en este lugar. Pues cuando Cristo (Juan XIV) enseñó que el Padre está en él, que al hablar él, habla el Padre, que al obrar él, obra el Padre, que al ser visto él, es visto el Padre (Juan XVI), alaba la fe de los Apóstoles que creen que él es verdaderamente nacido de Dios, y finalmente (Juan XVII), pide honor del Padre de tal manera que a su vez honrará a quien lo honra; así recibe poder para dar vida eterna a toda carne, y no tiene nada menos que el Padre: indicando con todo esto que él es nacido del Padre y uno en naturaleza con él. Luego, a partir de las mismas palabras

objetadas, concluye que Cristo no debe ser separado del Padre en naturaleza, quien no debe ser separado en fe, ni puede ser llamado Dios verdadero el Padre sin ofensa, si se cree que ha engendrado un hijo degenerado. Finalmente, a partir de las palabras continuas en el lugar objetado, expone copiosa y sutilmente que la gloria del Padre y del Hijo es una.

Después, a partir de la ocasión que dio lugar a la declaración de Cristo, "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo", demuestra la igualdad del Hijo con el Padre, y no la debilidad. Pues al responder a los judíos que le acusaban de violar el sábado, dice antes: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo"; declara que la operación es una y común a él y al Padre: así como se confirma igual a él, cuando a los que indignados porque se hacía igual a Dios, añade: "Porque todo lo que él hace, también lo hace el Hijo igualmente". También se demuestra continuamente la voluntad de ambos.

A lo que objetan en cuarto lugar, "El Padre es mayor que yo", concede que se dice verdaderamente, porque es el autor del Hijo, quien no puede ser igualado al Padre según la forma de siervo. Pero si el Padre es mayor que el Hijo, porque le da lo que es; el Hijo no es menor que el Padre, porque recibe todo lo que el Padre es.

Finalmente, rechaza con varios argumentos la ignorancia que los herejes atribuyen a Cristo. Pues no pudo ignorar el día del juicio el creador de todos, autor y Señor de ese día en particular, a quien el Padre no oculta nada, en quien están todos los tesoros de la ciencia. Sin embargo, porque están ocultos, dice correctamente que no lo sabe, lo que no debe ser revelado. Por lo tanto, solo el Padre sabe el día del juicio, porque solo a él no se lo oculta al Hijo: pero el Hijo no lo sabe, porque no lo revela a nadie.

1. Lo que se concluyó en el libro anterior. Lo que se refutó. — Tratando en el libro anterior sobre la naturaleza indiferente de Dios Padre y Dios Hijo, y lo que se dijo, "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 38), demostrando que no se refiere a un Dios solitario, sino a la unidad de la divinidad según la generación indiscreta; ya que Dios no ha nacido de otro que de Dios, y Dios no puede no ser lo que Dios es: habiendo recorrido, aunque no todos, los testimonios divinos y apostólicos suficientes para la comprensión, que enseñaban la naturaleza inseparable y el poder del Padre y del Hijo, llegamos hasta este lugar de la fe apostólica, donde dice: "Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y vanas sutilezas, según la tradición de los hombres, según los elementos del mundo, y no según Cristo: porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad" (Colosenses II, 8, 9). En el cual, por la plenitud de la divinidad que habita corporalmente en él, enseñamos que se demuestra que es el verdadero y perfecto Dios de la naturaleza paterna: de tal manera que la plenitud que habita no se entiende que signifique ni diverso, ni único: ya que la habitación corporal del Dios incorpóreo enseña la propiedad de la unidad natural en Dios que ha subsistido de Dios; y el Dios que habita en Cristo, muestra la natividad del Cristo subsistente, mientras es su habitador. Por lo cual creo que se ha respondido suficientemente a la impiedad de aquellos que lo que el Señor dijo: "El que me ha visto, ha visto al Padre" (Juan XIV, 9); y "El Padre está en mí, y yo en el Padre" (Juan X, 38); y "Yo y el Padre somos uno" (Ibid., 30); y "Todo lo que el Padre tiene, es mío" (Juan XVI, 15), lo refieren a la unidad y concordia de la voluntad: para que, aunque la fe de lo dicho permanezca, la inteligencia de lo dicho, corrompida por la falsa doctrina, no pueda negar el consenso de las voluntades en lo que se predica la unidad de la naturaleza, pero para abolir esa unidad que es según la natividad, se crea solo en la sociedad de la concordia. Pero al bienaventurado Apóstol, después de muchos testimonios no ambiguos de la verdad natural, enseñando la plenitud de la divinidad que habita corporalmente en Cristo, se le corta toda afirmación de temeridad impía, cuando la habitación corporal de la divinidad incorpórea efectúa la unidad natural: para que lo que no es

solo el Hijo, sino lo que en él permanece el Padre; y no solo permanece, sino que también obra y habla; y no solo obra y habla, sino que también se ve, no sean nominales, sino verdaderos, mientras tiene en sí por el sacramento de la natividad tanto la virtud de la virtud, como el poder del poder, y la naturaleza de la naturaleza; manteniendo por la natividad lo que es suyo, y refiriendo por la imagen lo que está en él, mientras es tanto imagen del autor como verdad; porque la natividad perfecta proporciona una imagen perfecta, y la plenitud de la divinidad que habita corporalmente obtiene la verdad natural.

2. Escrituras que abusan los arrianos. Por qué no alcanzan su sentido. — Y aunque estas cosas son como son, porque el Dios natural de Dios no puede ser sino en la naturaleza de su natividad en la que es Dios, y la unidad indiferente de la naturaleza viviente es inseparable de sí misma bajo la natividad de la naturaleza viviente: sin embargo, por la confesión saludable de la fe evangélica, los herejes se infiltran para la destrucción de la verdad, para quitar al Hijo la unidad natural, mientras componen de manera diferente y para otro fin lo que se ha dicho, de manera diferente y para otro fin debe ser entendido. Negando así al Hijo de Dios, usan la autoridad con la que dijo: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo Dios" (Marcos X, 18): para que, porque su profesión habló de un solo Dios, cualquier cosa que sea en el nombre de Dios, ya no permanezca en la naturaleza de Dios, porque Dios es uno. Y para que lo que se dice Dios, sea más por denominación que por verdad; intentan confirmarlo porque dijo: "Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero" (Juan XVII, 3). Y para que esté fuera de la propiedad del verdadero Dios, añaden: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre" (Juan V, 19). También intentan aquello: "El Padre es mayor que yo" (Juan XIV, 28). Finalmente, ya como con una profesión indisoluble de la divinidad negada, se glorían de haber subvertido la fe de la Iglesia, cuando leen: "Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre" (Marcos XIII, 32). Pues no parece que la naturaleza sea igual por natividad, que es diversa por necesidad de ignorancia; y el Padre sabiendo y el Hijo no sabiendo manifiestan la disimilitud de la divinidad: porque Dios no debe ignorar nada, y el ignorante no debe compararse con el que sabe. Pero todas estas cosas, sin entenderlas con razón, ni discernir los tiempos, ni aprehender los sacramentos evangélicos, ni sentir las virtudes de lo dicho, hablan con furia necia e ignorante contra la naturaleza de la divinidad, para llenar los oídos de los ignorantes, recordando solo estas cosas y desnudas, o con sus absoluciones tácitas, o causas: cuando la inteligencia de lo dicho debe buscarse ya sea de lo que precede o de lo que sigue.

3. Cristo es tanto Dios como hombre. Atiendan Nestorio y Eutiques. — Y aunque estamos dispuestos a proporcionar la razón de lo mencionado anteriormente a partir de las mismas profesiones evangélicas o apostólicas, creemos que todos deben ser advertidos de la fe común: para que en la confesión en la que está la eternidad de la vida, esté también la inteligencia de la eternidad. Ciertamente no conoce su vida, no conoce, quien ignora a Cristo Jesús como verdadero Dios y verdadero hombre. Y es asunto del mismo peligro negar a Cristo Jesús ya sea como Espíritu Dios, o como carne de nuestro cuerpo. Por tanto, todo el que me confiese delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Pero el que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos. Esto lo hablaba el Verbo hecho carne, y el hombre Jesucristo, Señor de la majestad, enseñaba: Mediador constituido en sí mismo para la salvación de la Iglesia, y en ese mismo sacramento de mediador entre Dios y los hombres, siendo uno de ambos, mientras él mismo de las naturalezas unidas en lo mismo, es la misma cosa de ambas naturalezas; sin embargo, de tal manera que no carezca de ninguna en ambas, no sea que al nacer deje de ser Dios, y el hombre de nuevo no sea Dios permaneciendo. Esta

es, por tanto, la verdadera fe de la felicidad humana, predicar a Dios y al hombre, confesar al Verbo y a la carne: ni que Dios ignore que es hombre, ni que la carne ignore que es Verbo.

4. Que el hombre nacido permanezca Dios, el sentido ya no lo rehúye. — Pero cuando, contra la naturaleza de nuestro sentido, Dios permaneciendo nace hombre; ya no es contra la naturaleza de nuestra esperanza, que el hombre nacido permanezca Dios: cuando la naturaleza superior nacida proporciona fe a la inferior, que la inferior pueda nacer en la naturaleza superior. Y ciertamente, según la ley y costumbre del mundo, es más pronta nuestra esperanza que el efecto del sacramento divino. Pues el mundo en lo que nace tiene la virtud del incremento, no tiene el poder de la disminución. Observa los árboles, las siembras, los ganados. Mira también al hombre, partícipe de la razón: siempre progresa en aumento, nunca se contrae por disminución; ni se carece a sí mismo, lo que ha crecido en sí mismo. Pues aunque se marchite por la edad, o muera; tiene ciertamente o una mutación en el tiempo, o un fin en la constitución de vivir: sin embargo, esto que es no tiene en virtud no ser, para que se renueve a sí mismo por disminución de lo mismo, es decir, para que de anciano pase a ser niño. Por tanto, la necesidad de nuestra naturaleza siempre llevada al aumento por la ley del mundo, no espera imprudentemente el progreso de la naturaleza superior: a la cual tanto el incremento es según la naturaleza, como la disminución es contra la naturaleza. Por lo tanto, fue propio de Dios, ser otra cosa de lo que permanecía, sin dejar de ser lo que permanecía; nacer Dios en el hombre, sin dejar de ser Dios; contraerse hasta el concepto y la cuna y la infancia, sin dejar de ser por el poder de Dios. Esto no es para él, sino para nosotros un sacramento. Ni la asunción nuestra es progreso para Dios: sino que la voluntad de su humillación es nuestro progreso; mientras él no pierde lo que es Dios, y al hombre le adquiere ser Dios.

5. Cristo mostró con palabras y hechos que es hijo de Dios y del hombre. De dónde surge la ocasión de la herejía. — Nacido, por tanto, el unigénito Dios de la Virgen hombre, y según la plenitud de los tiempos en sí mismo a punto de elevar al hombre a Dios, mantuvo este modo en todo el discurso evangélico, para enseñar que se le crea hijo de Dios, y advertir que se le predique hijo del hombre: hablando y actuando como hombre en todas las cosas que son de Dios, hablando luego y actuando como Dios en todas las cosas que son del hombre; sin embargo, de tal manera que en ese mismo discurso de ambos géneros nunca habló sino con la significación tanto del hombre como de Dios; sin embargo, mostrando siempre al único Dios Padre, y profesándose en la naturaleza de un solo Dios por la verdad de la natividad; sin embargo, no dejando de someterse al Padre Dios tanto con el honor del hijo como con la condición del hombre: ya que toda natividad se refiere a su autor, y toda carne se profesa débil según Dios. De aquí, por tanto, surge la ocasión para los herejes de engañar a los simples e ignorantes, para que lo que se ha dicho por él según el hombre, mientan que se ha dicho según la debilidad de la naturaleza divina: y porque uno y el mismo es el que habla todo lo que habla, sostienen que todo lo ha dicho de sí mismo.

6. Hay palabras de Cristo antes de nacer, otras de nacido y a punto de morir, otras de eterno. — Y ciertamente no negamos que todo lo que permanece de él es discurso de su naturaleza. Pero si Jesucristo es tanto hombre como Dios; y ni cuando es hombre, entonces primero es Dios; ni cuando es tanto hombre, entonces no es también Dios; ni después del hombre en Dios no es todo hombre todo Dios: es necesario que el sacramento de sus palabras sea el mismo que el de su género. Y cuando en él según el tiempo distingues al hombre de Dios, distingue entonces el discurso de Dios y del hombre. Y cuando confieses a Dios y al hombre en el tiempo, juzga las palabras de Dios y del hombre en el tiempo. Pero cuando entiendes el tiempo de todo el hombre, todo ya Dios, de hombre y Dios, si algo se ha dicho para la demostración de ese tiempo, adapta lo que se ha dicho al tiempo: para que cuando sea una

cosa antes del hombre Dios, otra cosa sea hombre y Dios, otra cosa sea después del hombre y Dios todo hombre todo Dios; no confundas el sacramento de la dispensación en los tiempos y géneros, cuando por la calidad de los géneros y naturalezas, es necesario que haya sido otro discurso en el sacramento del hombre no nacido, otro aún a punto de morir, otro ya eterno.

7. Cristo que se comportó como hombre, que se comportó como Dios. Por qué quiso nacer, por qué sufrir, por qué morir. — Por nuestra causa, por tanto, permaneciendo todas estas cosas Jesús Cristo, y hombre de nuestro cuerpo nacido, habló según la costumbre de nuestra naturaleza: sin embargo, no omitiendo que es de su naturaleza lo que es Dios. Pues aunque en el parto y la pasión y la muerte realizó las cosas de nuestra naturaleza; sin embargo, realizó todas esas cosas por el poder de su naturaleza, mientras él mismo es el origen de su nacimiento, mientras quiere sufrir lo que no le es lícito sufrir, mientras muere quien vive. Y sin embargo, cuando Dios hace estas cosas por el hombre, nacido de sí mismo, sufrido por sí mismo, y muerto de sí mismo; no dejó de comportarse como hombre, mientras nació, sufrió y murió. Pero estas cosas ya antes de la creación del mundo son sacramentos constituidos de los misterios celestiales, para que el unigénito Dios quisiera nacer hombre, permaneciendo para siempre en Dios el hombre: para que Dios quisiera sufrir, no sea que el diablo, desatado en las pasiones de la debilidad humana, retuviera la ley del pecado en nosotros, con Dios asumiendo nuestra debilidad: para que Dios quisiera morir, no sea que alguna insolente potestad fuera contra Dios, ni pudiera usurpar la naturaleza de la virtud creada en sí misma, cuando el Dios inmortal se hubiera contenido dentro de la ley de la muerte. Por tanto, Dios nace para nuestra asunción, sufre para nuestra inocencia, finalmente muere para nuestra venganza: mientras nuestro hombre permanece en Dios, y las pasiones de nuestras debilidades son compañeras de Dios, y las potestades espirituales de la malicia y la iniquidad son sometidas por el triunfo de la carne, con Dios muriendo por la carne.

8. Los fieles llenos de Dios en Cristo. — Por tanto, consciente de este sacramento el Apóstol, y habiendo adquirido la ciencia de la fe por el mismo Señor, cuando no ignoraba que el mundo, los hombres y la filosofía son incapaces de ello, dice: "Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y vanas sutilezas, según la tradición de los hombres, según los elementos del mundo, y no según Jesucristo: porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad, y estáis en él llenos, que es cabeza de todo principado y potestad" (Colosenses II, 8 y ss.). Expuesta, por tanto, la plenitud de la divinidad que habita corporalmente en él, inmediatamente añadió el sacramento de nuestra asunción, diciendo: "Estáis en él llenos". Pues así como en él está la plenitud de la divinidad, así nosotros estamos llenos en él. Y ciertamente no dice, estáis llenos, sino, "en él estáis llenos": porque por la esperanza de la fe regenerados y a regenerar todos ahora permanecen en el cuerpo de Cristo; llenándose después ellos mismos, no ya en él, sino en ellos mismos, según el tiempo de lo que el Apóstol dice: "Que transformará el cuerpo de nuestra humillación, conforme al cuerpo de su gloria" (Filipenses III, 21). Ahora, por tanto, estamos llenos en él, es decir, por la asunción de su carne, en quien la plenitud de la divinidad habita corporalmente. Y de esta esperanza nuestra no es pequeña la potestad en él. Pues lo que estamos llenos en él, esto es cabeza y principio de todo poder, según aquello: "Para que en su nombre se doble toda rodilla, de los celestiales, y de los terrenales, y de los infernales; y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre" (Filipenses II, 10, 11). Por tanto, esta será la confesión: Jesús en la gloria de Dios Padre, y nacido en el hombre ya no permanece en la debilidad de nuestro cuerpo, sino en la gloria de Dios. Y esto toda lengua lo confesará. Y cuando los celestiales y los terrenales doblen la rodilla: esto es cabeza de todo principado y potestad, para que a él todo se le someta doblando la rodilla, en quien estamos llenos, y quien

por la plenitud de la divinidad que habita corporalmente en él, debe ser confesado en la gloria de Dios Padre.

9. Dios es el mismo autor de nuestra regeneración y de la resurrección de Cristo. — Habiendo demostrado el misterio tanto de su naturaleza como de nuestra asunción, cuando en Él permanece la plenitud de la divinidad, y nosotros en Él somos llenados por el hecho de que nació como hombre: prosigue con la restante dispensación de la salvación humana, diciendo: "En quien también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, en el despojo del cuerpo de carne, sino en la circuncisión de Cristo, sepultados con Él en el bautismo, en el cual también resucitasteis con Él mediante la fe en la operación de Dios, que lo levantó de los muertos" (Colosenses II, 11-12). Somos circuncidados, por tanto, no con la circuncisión carnal, sino con la circuncisión de Cristo, es decir, renacidos en el nuevo hombre. Pues cuando somos sepultados con Él en el bautismo, es necesario que muramos al hombre viejo; porque la regeneración del bautismo es la virtud de la resurrección. Y esta es la circuncisión de Cristo, no despojarnos de la carne del prepucio, sino morir completamente con Él, y por ello vivir completamente para Él. En Él resucitamos por la fe en Dios, quien lo levantó de los muertos. Por lo tanto, debe creerse en Dios, cuya operación levantó a Cristo de los muertos: porque esta fe resucita con Cristo.

10. El mismo Cristo muere como hombre, se resucita como Dios. — Luego se consuma así todo el misterio del hombre asumido: "Y vosotros, estando muertos en vuestros delitos y en la incircuncisión de vuestra carne, os vivificó juntamente con Él, perdonándoos todos los delitos, borrando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria: y la quitó de en medio, clavándola en la cruz: despojando la carne, y exhibiendo a las potestades, triunfando sobre ellas en sí mismo" (Colosenses II, 13 y ss.). El hombre no comprende la fe apostólica del siglo, y ninguna otra palabra explica sus dichos más que su propio discurso. Dios levanta a Cristo de los muertos, y a Cristo en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad. Pero nos vivificó con Él, perdonándonos los pecados, y borrando el acta de la ley del pecado, que por sentencias anteriores nos era contraria, quitándola de en medio, y clavándola en la cruz, despojándose de la carne, exhibiendo a las potestades, triunfando sobre ellas en sí mismo. Y sobre las potestades triunfadas en sí mismo, y exhibidas, y el acta borrada, y nosotros vivificados, ya tratamos anteriormente (lib. I, n. 13). Pero ¿quién comprenderá o expresará este misterio? La operación de Dios resucita a Cristo de los muertos, y esta misma operación de Dios nos vivifica con Cristo, y esta misma operación perdona los pecados, borra el acta, y la clava en la cruz: se despoja de la carne, exhibe a las potestades, y triunfa sobre ellas en sí mismo. Tienes la operación de Dios que levanta a Cristo de los muertos: tienes también a Cristo operando en sí mismo lo que Dios opera. Porque Cristo murió, despojándose de la carne. Por tanto, mantén que Cristo hombre fue levantado de los muertos por Dios, mantén que Dios operó la salvación nuestra en Cristo cuando iba a morir: para que cuando Dios opera estas cosas en Cristo, aunque Dios opere, Cristo, despojándose de la carne, muera: y cuando Cristo muere, aunque Dios opere antes de la muerte, la operación de Dios levante a Cristo muerto; siendo el mismo (siendo el mismo) quien levanta a Cristo de los muertos, quien antes de la muerte operó en Cristo, y es el mismo quien se despoja de la carne para morir.

11. La carne despojada y quien se despoja de la carne es un solo Cristo. — ¿Entiendes ya el misterio de la fe apostólica? ¿Conoces ya a Cristo? Pues pregunto, ¿quién es el que se despoja de la carne, y cuál es esa carne despojada? Porque tengo del Apóstol la significación de doble inteligencia, de la carne despojada, y de quien se despoja de la carne: y entre estas cosas oigo a Cristo resucitado de los muertos por la operación de Dios. Y siendo Dios quien

resucita a Cristo de los muertos, y siendo también Cristo resucitado de los muertos: pregunto quién es el que se despoja de la carne, y quién es el que resucita a Cristo de los muertos, y nos vivifica con Cristo. Pues si no es el mismo Cristo muerto, quien es la carne despojada; muestra el nombre de la carne despojada: y luego expón la naturaleza de quien se despojó de la carne. Encuentro que es el mismo Dios Cristo resucitado de los muertos, quien se despojó de la carne, y nuevamente la carne despojada es Cristo resucitado de los muertos: luego encuentro que es quien exhibe y triunfa sobre los principados y potestades en sí mismo. ¿Entiendes que triunfa sobre las potestades en sí mismo? ¿Sientes que no se diferencia de sí mismo la carne despojada, y quien se despoja de la carne? Porque triunfa en sí mismo, es decir, en aquella carne de la que se despojó. ¿Ves cómo se predica a Dios y al hombre: para que la muerte se atribuya al hombre, y la resurrección de la carne a Dios; no obstante, no sea otro quien murió, y otro por quien el muerto resucita? Porque la carne despojada es Cristo muerto: y nuevamente quien resucita a Cristo de los muertos, es el mismo Cristo quien se despoja de la carne. Entiende la naturaleza de Dios en la virtud de la resurrección: reconoce la dispensación del hombre en la muerte. Y aunque ambas cosas se realicen en sus propias naturalezas, recuerda que es un solo Cristo Jesús quien es ambos.

12. Cristo es resucitado por su propia virtud: ¿por qué atribuye esta obra a Dios Padre con Pablo? — Aunque recuerdo que frecuentemente se refiere a Dios Padre por el Apóstol, que Cristo fue resucitado de los muertos: pero el Apóstol no es contrario a la fe evangélica con sus palabras, especialmente cuando el Señor dice: "Por esto me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla; y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre" (Juan X, 17-18). O cuando se le pidió que mostrara una señal para creer en Él, dijo sobre el templo de su cuerpo: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan II, 19; ver tratado Salmo CXLI, num. 6). Pues al enseñar que Él mismo es Dios de su propia resurrección, tanto por el poder de tomar su vida como por la virtud de levantar el templo, sin embargo, refiriendo todo esto a la autoridad del mandamiento paterno: el Apóstol no se entiende contrariamente, proclamando a Cristo como el poder de Dios y la sabiduría de Dios, refiriendo toda la magnificencia de su obra a la gloria del Padre, porque todo lo que Cristo realiza, lo realiza el poder de Dios y la sabiduría; y todo lo que realiza el poder de Dios y la sabiduría, sin duda lo realiza Dios, de quien Cristo es tanto sabiduría como poder. Finalmente, ahora Cristo es resucitado de los muertos por la operación de Dios: porque Él mismo operó por naturaleza las obras del Padre Dios, no diferenciándose de Dios. Y en eso está la fe de la resurrección en Dios, quien resucitó a Cristo de los muertos.

13. Dos naturalezas en Cristo según Pablo. — Por tanto, el bienaventurado Apóstol mantuvo esta predicación de la doble significación en Cristo para enseñar tanto la debilidad del hombre en Él, como la virtud y naturaleza de Dios, según lo dicho a los Corintios: "Porque aunque fue crucificado por debilidad, vive por el poder de Dios" (II Cor. XIII, 4), mostrando la muerte de la debilidad humana, pero la vida del poder de Dios: y aquello a los Romanos, "Porque en cuanto murió al pecado, murió una vez; pero en cuanto vive, vive para Dios. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús" (Rom. VI, 10-11): atribuyendo la muerte al pecado, es decir, a nuestro cuerpo, pero la vida a Dios, a quien es natural vivir, y por ello debemos morir a nuestro cuerpo, para vivir para Dios en Cristo Jesús, quien asumiendo el cuerpo de nuestro pecado, ya vive completamente para Dios, unida la sociedad de nuestra naturaleza en comunión con la inmortalidad divina.

14. Una es la forma de Dios, otra la de siervo: el mismo Cristo. La forma de Dios se ocultó, no desapareció. — Estas cosas, por tanto, debían ser demostradas por mí brevemente, para que recordáramos que en el Señor Jesucristo se trata la persona de ambas naturalezas: porque

quien permanecía en la forma de Dios, tomó la forma de siervo, por la cual fue obediente hasta la muerte. Porque la obediencia de la muerte no está en la forma de Dios, así como la forma de Dios no está en la forma de siervo. Pero por el misterio de la dispensación evangélica no es otro en la forma de siervo, que quien está en la forma de Dios: aunque tomar la forma de siervo, y permanecer en la forma de Dios no es lo mismo; y aunque tomar la forma de siervo no pudo ser sino por su propia evacuación, quien permanecía en la forma de Dios, no siendo compatible la concurrencia de ambas formas. Pero no es otro y diferente quien se vació a sí mismo, y quien tomó la forma de siervo. Porque tomar no puede ser de quien no es; porque es de quien subsiste, tomar. Por tanto, la evacuación de la forma no es abolición de la naturaleza: porque quien se evacua, no carece de sí mismo; y quien toma, permanece. Y aunque (el mismo) sea quien evacua y quien toma, tiene en ello un misterio, que se evacua y toma; pero no tiene destrucción, para que no exista quien evacua, y para que no sea quien toma. Así que la evacuación progresa para que progrese la forma de siervo, no para que Cristo, quien estaba en la forma de Dios, no permanezca siendo Cristo; ya que la forma de siervo no la tomó sino Cristo. Quien al vaciarse a sí mismo, para que permaneciendo Espíritu Cristo, el mismo Cristo fuera hombre; en el cuerpo la mutación del hábito y la asunción de la naturaleza, no destruyó la naturaleza de la divinidad que permanece: porque es uno y el mismo Cristo, tanto quien cambia el hábito, como quien asume.

15. Se examinan las objeciones de los herejes. Cristo no se acusa de ser llamado bueno. — Mostrada, por tanto, la dispensación de los misterios, por la cual los herejes engañaban a los ignorantes, para que todo lo que se decía y hacía por la naturaleza del hombre asumido, lo atribuyeran a la debilidad de la divinidad, y lo que es propio de la forma de siervo lo atribuyeran a la forma de Dios: ahora se debe responder a sus proposiciones. Pues ya con seguridad se juzgarán los géneros de cada uno de los dichos, cuando la sola fe confiese al Verbo y a la carne, es decir, a Dios y al hombre Jesucristo. Por tanto, los herejes piensan que se debe negar a nuestro Señor Jesucristo como Dios por naturaleza, porque dijo: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino solo Dios" (Marcos X, 18). Toda razón de las respuestas debe necesariamente proceder de las causas de las preguntas. Pues se responderá a aquello de donde se pregunte. Y primero pregunto al calumniador de este dicho, si cree que el Señor se acusa de ser llamado bueno, y que hubiera preferido ser llamado malo. Pues parece que esto se significa con el dicho: "¿Por qué me llamas bueno?" No creo que haya alguien tan insensato que quiera atribuirle la profesión de malicia a quien dijo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga ligera" (Mateo XI, 28 y ss.). Se profesa manso y humilde: ¿y se creerá que se irrita porque se le llama bueno? Esta diversidad de profesiones disiente, para que el testigo de su bondad acuse el nombre de bondad en sí mismo. Por tanto, no se entiende que se irrita por ser llamado bueno. Y se debe preguntar qué otra profesión de sí mismo acusa, quien no debe creerse que acusa el nombre de bondad en sí mismo.

16. Acusa la fe del interrogante, no las palabras. — Veamos, por tanto, qué más dijo el interrogante además de bueno: pues dijo: "Maestro bueno, ¿qué bien haré?" (Marcos X, 17). Por tanto, mencionó dos cosas: y bueno, y maestro. Y porque no acusa ser llamado bueno; es necesario que acuse esto, que fue llamado maestro bueno. Pero lo acusa de tal manera que acusa más bien la fe del interrogante, que el nombre de maestro o de bueno en sí mismo. Pues el joven insolente, por la observancia de la ley, y desconociendo el fin de la ley que es Cristo, y creyéndose justificado en las obras, y no entendiendo que Él vino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo XV, 24), y que es imposible que la ley salve a los creyentes por la fe de

la justificación (Romanos VIII, 3), pregunta al Señor de la ley y unigénito Dios como si fuera un maestro de preceptos comunes y escritos en la ley. Por tanto, el Señor, detestando esta profesión de fe irreligiosa sobre Él, porque se le preguntaba como maestro de la ley, respondió: "¿Por qué me llamas bueno?" Y para significar en qué medida debía ser entendido y profesado como bueno, añadió: "Nadie es bueno, sino solo Dios"; no rechazando el nombre de bondad, si se le atribuyera esto como a Dios.

17. Se mostró a sí mismo como bueno y maestro. — Finalmente, mostrando que acusa el nombre de maestro bueno en sí mismo, por la fe de quien le preguntaba como a un hombre, después de la jactancia del joven y la gloria de la ley cumplida, respondió así: "Una cosa te falta: ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme" (Marcos X, 21). No rehuyó el nombre de bondad en sí mismo, quien promete un tesoro celestial: ni quiere no ser visto como maestro, quien se muestra como guía de esta perfecta bienaventuranza. Pero acusa la fe de la opinión terrenal sobre Él, enseñando que la bondad está solo en Dios. Y para significar que Él es tanto Dios como bueno, usó los oficios de la bondad, revelando tesoros celestiales, y mostrándose como guía hacia ellos. Así, detesta lo que se le atribuía como a un hombre solamente; y no se profesa ajeno a lo que atribuía a Dios: pues confesando a un solo Dios bueno, Él mismo hablaba y hacía lo que son de la virtud, bondad y naturaleza de un solo Dios.

18. Aceptó el nombre de maestro con fe. — Por tanto, que no rehuyó el nombre de bondad, ni tampoco rechazó el honor de maestro, sino que acusó la fe de quien no entendía en Él nada más que corporal y carnalmente; se entiende de aquí, que de otra manera habló a los Apóstoles que lo confesaban como maestro, diciendo: "Vosotros me llamáis maestro y Señor, y decís bien; porque lo soy" (Juan XIII, 13), y cuando en otro lugar dijo: "No os llaméis maestros, porque uno es vuestro maestro, el Cristo" (Mateo XXIII, 10). Donde es maestro con fe, allí tanto alaba, que también profesa este nombre: pero aquí no reconoce el nombre de maestro bueno, donde ni se entendió que era Señor, ni Cristo: proclamando que solo un Dios es bueno, no separándose de Dios, quien se profesó tanto Señor como Cristo, y se mostró como guía del tesoro celestial.

19. En todas partes el Señor ni se profesa el mismo que el Padre ni diferente. Con el honor de la fe, y por tanto, por naturaleza, se igualó al Padre. — Sin embargo, el Señor siempre mantuvo esta medida de la fe eclesiástica, para que proclamando a Dios Padre como uno, no se separara del misterio de un solo Dios, ya que por la naturaleza de la natividad ni se profesara a sí mismo como otro Dios, ni a Él mismo: porque la naturaleza de un solo Dios en Él no permite que sea un Dios de género diferente, ni la natividad admite que no sea perfecto lo que es hijo. Así que no puede ser separable de Dios, ni es Él mismo. Por lo cual, así templa toda la significación de su discurso, que cualquier honor que se profese a Dios Padre, lo muestra también como propio con la más modesta confesión. Pues cuando dice: "Creed en Dios, y creed también en mí" (Juan XIV, 1), pregunto en qué se ha diferenciado en naturaleza, quien no se ha diferenciado en honor. Pues diciendo: "Y creed también en mí", cuando dijo: "Y creed en Dios": ¿acaso por lo que dice, "en mí", no se entiende que también ha significado su propia naturaleza? Separa la naturaleza, si separas la fe. Si creer en Dios sin Cristo es vida, separa a Cristo del nombre y propiedad de Dios. Pero si creer en Cristo perfecciona la vida de aquellos que creen en Dios; el lector diligente debe considerar la virtud de la palabra: "Creed en Dios, y creed también en mí". Pues diciendo: "Creed en Dios, y creed también en mí", uniéndose a la fe de Dios, unió su naturaleza con la de Él, cuando enseñó que se debía creer tanto en el Dios mencionado, en quien se debía creer, como en Él: enseñando que es Dios, cuando se debe creer en Él por aquellos que creen en Dios. Sin

embargo, excluyó la ocasión de una unión irreligiosa: porque aunque profesó que se debía creer tanto en Dios como en Él, no dejó la fe sobre Él en solitario.

20. El Padre testificó sobre el Hijo y no fue escuchado. Testimonio del Padre entre los judíos; obras de Cristo.---Aunque en muchas y casi todas las palabras de este sacramento se ha dado la absolución, para que al confesar a Dios Padre, no se separara de su unidad; ni colocándose en su unidad, profesara sin embargo que Él era uno y solitario: sin embargo, también de esto se entiende principalmente que se enseña el sacramento de la unidad y de la natividad, cuando dice: "Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan. Porque las obras que el Padre me dio para que las cumpliera, esas mismas obras que hago, dan testimonio de mí, porque el Padre me envió. Y el Padre que me envió, Él mismo ha testificado de mí. Ni habéis oído jamás su voz, ni habéis visto su figura, y su palabra no permanece en vosotros: porque a quien Él envió, a este no creéis" (Juan V, 36 y ss.). ¿Cómo se entiende verdaderamente que el Padre testificó sobre el Hijo, cuando ni Él fue visto, ni su voz fue escuchada? Recuerdo que se oyó una voz desde los cielos, diciendo: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco: escuchadle" (Mateo III, 17). ¿Y cómo no se oyó la voz de Dios, cuando la significación de la voz paterna está contenida en la voz escuchada? Pero tal vez los que estaban en Jerusalén no la oyeron, porque en el desierto solo Juan la oyó. Por lo tanto, hay que preguntar en Jerusalén cómo testificó el Padre. Pues no usa ya el testimonio de Juan que oyó la voz desde el cielo, sino que tiene un testimonio mayor que el de Juan, y lo que esto sería, lo añadió inmediatamente: "Porque las obras que el Padre me dio para que las cumpliera, esas mismas obras que hago, dan testimonio de mí, porque el Padre me envió". Reconozco la autoridad del testimonio: pues nadie sino el Hijo enviado por el Padre haría estas cosas. Por lo tanto, su obra es testimonio. Pero, ¿qué sigue entonces? "Y el Padre que me envió, Él mismo ha testificado de mí. Ni habéis oído jamás su voz, ni habéis visto su figura, y su palabra no permanece en vosotros". ¿Están entonces fuera de culpa los que ignoran el testimonio del Padre, que nunca fue oído ni visto, y en quienes no permanece su palabra? Pero no están exentos de culpa por desconocer su testimonio: porque el testimonio del Padre sobre sí mismo es el testimonio de sus obras. Por lo tanto, las obras testifican de Él que fue enviado por el Padre; pero este testimonio de las obras es del Padre. Y como la operación del Hijo es testimonio del Padre, es necesario entender que la naturaleza que obra en Cristo es aquella por la cual el Padre es testigo. Y así, Cristo obrando, y en su obra el Padre testificando, se muestra que son inseparables según la naturaleza de la natividad; cuando el testimonio de Dios sobre Cristo se significa que es la misma operación de Cristo.

21. Los judíos no vieron ni oyeron al Padre, porque no creyeron en Cristo. De aquí la naturaleza de ambos es una. ---No están, por lo tanto, fuera de culpa por no conocer su testimonio; ya que la obra de Cristo es el testimonio del Padre sobre Él. Ni en el hecho de que no hayan oído la voz del testigo, ni visto su figura, ni tenido su palabra permaneciendo en ellos, por eso están sin conciencia del testimonio. Pues a lo que se dijo: "Ni habéis oído su voz, ni habéis visto su figura, y su palabra no permanece en vosotros" (Juan V, 37 y 38); para que cuando el Padre hubiera testificado sobre Él, sin embargo, la causa de no haber oído la voz, ni visto la figura, y de que la palabra no permaneciera en ellos pudiera entenderse, añadió inmediatamente: "Porque a quien Él envió, a este no creéis" (Ibid. 38): demostrando que, creyendo en Él, la voz de Dios sería oída, la figura de Dios vista, y su palabra estaría en aquellos que creyeran; ya que por la unidad de la naturaleza en Él, el Padre hablaba, era visto, y estaba presente. ¿Acaso no significa también al Padre, cuando fue enviado por Él? ¿Acaso se distingue de alguna diferencia de naturaleza del Padre, cuando el Padre testificando sobre Él, ni fue oído, ni visto, ni entendido, porque al enviado por el Padre no se le creyó? Por lo tanto, el Dios unigénito no se separa de Dios, confesando al Padre Dios: sino que por la

significación del Padre, al demostrar que Dios es Padre, también se establece a sí mismo en el honor de Dios.

22. El honor debe buscarse de Dios. Carecen del amor de Dios quienes no reciben a Cristo en el nombre de Dios.---Pues en este mismo discurso, en el que enseña que por sus obras se testifica que fue enviado por el Padre, y significa que el Padre testifica que fue enviado por Él, cuando dijo: "Y no buscáis el honor de aquel que es el único Dios" (Ibid. 44), no dejó sin preparar antes para la fe de la unidad lo que dijo. Pues anteriormente dijo: "No queréis venir a mí para que tengáis vida. No recibo honor de los hombres; pero os he conocido, que no tenéis el amor de Dios en vosotros. Yo he venido en el nombre de mi Padre, y no me habéis recibido: si otro viene en su propio nombre, a ese recibiréis. ¿Cómo podéis creer, vosotros que recibís honor de los hombres, y no buscáis el honor de aquel que es el único Dios?" (Ibid. 40 y ss.). Desaprueba el honor de los hombres: porque el honor debe buscarse de Dios, y es de los infieles recibir honor de unos a otros. ¿Qué honor puede impartir el hombre al hombre? Por lo tanto, dice que ha conocido que el amor de Dios no está en ellos: y enseña que la causa de que el amor de Dios no permanezca en ellos es que no lo reciben viniendo en el nombre de su Padre. ¿Qué significa, pregunto, venir en el nombre del Padre? ¿Acaso no es lo mismo que en el nombre de Dios? ¿O acaso no es por eso que el amor de Dios no está en ellos, porque no fue recibido viniendo en el nombre de Dios? ¿O acaso no significó en sí mismo también la naturaleza de Dios, diciendo: "No queréis venir a mí para que tengáis vida"? Pues en el mismo discurso ya había dicho: "Amén, amén os digo, que viene la hora, y ahora es, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán" (Ibid. V, 35). Cuando viene en el nombre del Padre; ni es el Padre mismo, ni sin embargo está fuera de la naturaleza de la divinidad en la que está el Padre: porque es propio tanto del Hijo como de Dios venir en el nombre de Dios Padre. Luego debe ser recibido otro que viene en el mismo nombre. Pero este es un hombre, de quien los hombres esperarán honor, y a quien devolverán honor recíprocamente; aunque se engañará a sí mismo diciendo que viene en el nombre del Padre. Y aquí, ciertamente, no es oscuro que se signifique al anticristo, jactándose falsamente del nombre paterno. Y cuando lo honren, y sean honrados por él (pues recibirán este espíritu de error); no buscarán el honor de aquel que es el único Dios.

23. El honor de Dios y de Cristo es inseparable.---¿Acaso, cuando por esto no tienen el amor de Dios, porque no lo recibieron viniendo en el nombre del Padre, y nuevamente recibiendo a otro que viene en el mismo nombre, y recibiendo honor unos de otros, no buscan el honor de aquel que es el único Dios, se puede entender que Cristo se separa del honor del único Dios; cuando por eso no se busca el honor del único Dios, porque al recibir al anticristo no fue recibido Él? Pues cuya repudio es la omisión del honor del único Dios; en su honor es necesario que esté el honor del único Dios, en cuya recepción si hubieran permanecido, habrían buscado el honor del único Dios. Y este mismo discurso es testigo para nosotros, en cuyo comienzo se contiene: "Para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió" (Juan V, 23). Nunca se igualan en honor sino las cosas naturales: ni el honor igualado separa a los que deben ser honrados. Sin embargo, con el sacramento de la natividad se pide la igualdad del honor. Cuando el Hijo debe ser honrado así como el Padre, y cuando no se busca el honor de aquel que es el único Dios; no está fuera del honor del único Dios, cuyo honor es el mismo y uno con el de Dios: porque así como no honrando al Hijo, no honra también al Padre (Ibid.); así también no buscando el honor del único Dios, no busca también el de Cristo. Por lo tanto, el honor de Cristo es inseparable del honor de Dios. Y cuán uno y el mismo es de ambos, también lo enseña cuando dice, al serle anunciada la enfermedad de Lázaro: "Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella" (Juan

XI, 4). Lázaro muere para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por Lázaro. ¿Acaso se duda de que en la gloria del Hijo de Dios está la gloria de Dios; cuando la muerte de Lázaro, que es gloriosa para Dios, está destinada a producir la gloria del Hijo de Dios? Y así se enseña la unidad natural por la natividad del Dios Padre en Cristo, cuando la enfermedad de Lázaro es para la gloria de Dios; y se retiene el sacramento de la fe, cuando por Lázaro debe ser glorificado el Hijo de Dios: entendiendo a Dios por eso en el Hijo de Dios, y no entendiendo a Dios de tal manera que no se confiese también al Hijo de Dios; cuando glorificando a Dios por Lázaro, el Hijo de Dios es glorioso.

24. Cristo se declara Dios donde profesa que solo hay uno. Dios es uno. El escriba asiente.--- La natividad de la naturaleza divina es inseparable del viviente al viviente por el sacramento, ni el Hijo de Dios sufre cambio de género, para que no permanezca en él la verdad de la naturaleza paterna. Pues incluso en estas mismas significaciones, en las que al confesar un solo Dios, parece haber negado en sí la naturaleza de Dios bajo la demostración de uno solo, sin embargo, se colocó en la unidad de la naturaleza paterna, sin perturbar la fe en el único Dios. Preguntado por el escriba, cuál era el principal mandamiento en la ley, respondió: "Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es un solo Señor: y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente. Este es el primer mandamiento. El segundo es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay mandamiento mayor que estos" (Marcos XII, 29 y ss.). Se piensa que se ha alejado de la naturaleza y religión del único Dios, cuando esta es la profesión del principal mandamiento: "Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es un solo Señor": luego (añade, cuando) ni siquiera se establece en la religión del mandamiento siguiente, cuando la ley nos llama al amor del prójimo, así como a la fe en el único Señor. Y la respuesta del escriba no debe ser descuidada, diciendo: "Bien has dicho, maestro, en verdad, que uno es Dios, y no hay otro fuera de Él: así debe ser amado con todo el corazón y con todas las fuerzas y con toda el alma: y amar al prójimo como a uno mismo. Esto es mayor que todos los holocaustos y sacrificios" (Marcos XII, 32 y 33). La respuesta del escriba parece coincidir con las palabras del Señor, profesando el amor íntimo e interno de un solo Dios, pero prometiendo el amor al prójimo según la verdad del amor propio, y entendiendo que el amor a Dios y al hombre está por encima de los holocaustos y sacrificios. Pero hay que ver qué sigue.

25. Este no está lejos del reino de Dios, mientras tiende al amor. ---Viendo Jesús que había respondido sabiamente, le dijo: "No estás lejos del reino de Dios" (Ibid. 34). ¿Qué significa la profesión de una respuesta tan moderada (añade, para que), cuando esta fe consuma al hombre para el reino de los cielos, creer en un solo Dios, y amarlo con toda el alma y con todas las fuerzas y con todo el corazón, y amar al prójimo como a uno mismo, este escriba no está ya en el reino de Dios, sino que no está lejos del reino de Dios? Esto se da a aquellos que visten lo desnudo, alimentan al hambriento, dan de beber al sediento, visitan al enfermo, y frecuentan al encarcelado: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mateo XXV, 34). O a aquellos para quienes esta es la recompensa del pobre de espíritu: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mateo V, 3). Este es el fruto perfecto, y la posesión absoluta, y no es una entrega incierta del reino preparado (Marcos X, 20). ¿O acaso el joven confesaba menos que esto? Pues igualando el amor al prójimo al amor propio, ¿qué no había hecho en la consumación de la buena obra? A veces, ser indulgente y servicial no es de perfecta caridad: pero la caridad perfecta ha cumplido todo deber de cualquier tipo de indulgencia, cuando no ha dejado nada que deba al otro, quien da tanto al otro como a sí mismo. Pero el escriba, detenido por la ignorancia del sacramento consumado, el Señor alabando la profesión de fe, y respondiendo que no está lejos del reino de Dios, sin embargo, no lo establece ya en la

posesión de la esperanza bienaventurada. Pues tendía con feliz curso, aunque ignorante, y habiendo puesto el amor a Dios por encima de todo, y el amor al prójimo igualado al amor propio. Sin embargo, habiendo puesto el amor a Dios por encima de ese mismo amor al prójimo, ya no estaba contenido por los preceptos de los holocaustos y sacrificios. No estaba lejos de ese sacramento evangélico.

26. Aún no está en el reino de Dios, porque aún no está en la fe de Cristo Dios.---Y por qué no está lejos del reino de Dios, más que cómo estará en el reino de Dios, debe entenderse por las mismas palabras del Señor. Pues sigue: "Y nadie se atrevía ya a preguntarle. Y respondiendo Jesús, enseñando en el templo, dijo: ¿Cómo dicen los escribas que Cristo es hijo de David? Pues el mismo David dice en el Espíritu Santo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies" (Salmo CIX, 1). El mismo David lo llama Señor; y ¿cómo es su hijo? (Marcos XII, 34). Por lo tanto, el escriba que confiesa un solo Dios, que debe ser amado sobre todo, no está lejos del reino de Dios. Pero se le advierte por su propia profesión, por qué ignora el sacramento de la ley, y no sabe que Cristo el Señor debe ser confesado como Hijo de Dios por la naturaleza de la natividad en la fe de un solo Señor. Y porque por la profesión de un solo Señor según la ley, no parecía que se dejara al Hijo de Dios, para que permaneciera en el sacramento de un solo Señor; el escriba es advertido de cómo dice que Cristo es hijo de David, cuando David lo profesó como su Señor; ni la naturaleza permitiría que quien fuera hijo de tan gran patriarca, fuera también Señor. Esto es para que el escriba, entendiendo solo que Él es según la carne y el parto de María que era de David, recordara que es Señor más bien según el Espíritu, que hijo; y que lo que se dijo: "Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es un solo Señor" (Marcos XII, 29), no separara a Cristo del sacramento de un solo Señor, cuando tan gran patriarca y profeta lo profesara como Señor, quien había sido engendrado del vientre del Señor antes del lucero: no ciertamente ignorante de la ley, ni ignorando que no se debe confesar otro Señor, sino que aquel que por el sacramento de la natividad natural había sido establecido del vientre del Dios incorpóreo, debía ser entendido como Señor sin violar la fe de la ley; cuando uno de uno, por la naturaleza de un solo Señor, tenía en sí lo que es naturalmente Señor.

27. Epílogo.---¿Qué lugar queda ahora para la duda? El mismo Señor enseñando que el principal mandamiento de la ley es la confesión y el amor de un solo Señor, no usó su propio testimonio al escriba, sino el del profeta, para ser Señor: sin embargo, siempre significando que es Señor por el hecho de que es Hijo de Dios. Pues por eso permanece en el sacramento de un solo Dios por la natividad, porque la natividad de Dios manteniendo en sí la naturaleza de Dios, no excede en diversidad de naturaleza a otro Dios; y la verdad de la generación ni quita al Padre para que no sea Señor, ni al Hijo no lo perfecciona para que no sea también Señor. Y así, ni el Padre pierde autoridad, ni el Hijo no retiene la naturaleza: por lo cual ni Dios Padre no es un solo Señor, ni el Dios unigénito Señor se separa del uno; cuando de un solo Señor Él mismo subsiste en Señor: enseñando un solo Señor así de la ley, para que también se confirme a sí mismo como Señor con el testimonio del profeta (David Salmo CIX).

28. De los mismos argumentos de los herejes se confirma la naturaleza de Dios en Cristo. Argumento de los herejes.---Que la respuesta de la fe evangélica se extienda a través de las demás proposiciones del impío furor, y resista con las mismas que se impugna: y venciendo con las armas de su propia destrucción, demuestre que las palabras de un solo Espíritu son también la doctrina de una sola fe. Pues no hay otro Cristo, que el que ha sido predicado, Dios verdadero, y permaneciendo en la gloria del único Dios verdadero: y así como se profesó Señor de la ley, mientras parecía negarlo; así también en los Evangelios mostrando que es verdadero Dios, mientras se piensa que no lo confiesa. Pues este es el dicho que los

herejes excusan para no confesar que Él es verdadero Dios: "Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan XVII, 3). Pues en lo que dice, "a ti, el único Dios verdadero", se piensa que se separa de la verdad de Dios por la excepción de uno solo; cuando el único Dios verdadero no permite ser entendido como solitario. Y verdaderamente esta fe apostólica no permite creer en dos dioses verdaderos; porque nada ajeno a la naturaleza del único Dios debe ser igualado a su verdad. Pues no será Dios uno en la verdad del único Dios, si fuera de la naturaleza del único Dios verdadero, existe un Dios verdadero de otro género y no natural según la natividad.

29. Se disipa con las palabras adjuntas. Los Apóstoles reconocen a Cristo como Dios de Dios por naturaleza. — Pero para que con esta misma declaración se entienda sin ambigüedad que Él mismo se ha profesado como verdadero Dios en la naturaleza del único Dios verdadero, el discurso de nuestra respuesta desciende desde las profesiones superiores, continuadas y unidas a esta declaración: para que, a través de los grados de la fe demostrada, nuestra confianza en la libertad repose ya en el ápice del verdadero Dios, Cristo. Después del sacramento de su discurso, en el que dijo: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"; y: "¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo; sino que el Padre, que mora en mí, él hace sus obras. Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras" (Juan XIV, 9 y ss.). Después de este múltiple discurso de grandes misterios, sigue este discurso de los discípulos que responden: "Ahora sabemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte; en esto creemos que has salido de Dios" (Juan XVI, 30 y 31). En las virtudes de Dios en él, también entendieron la naturaleza de Dios: pues no podría ser enviado de Dios, sino nacido, el que sabe todas las cosas y conoce los pensamientos del corazón. Por tanto, profesan creer en esto, que ha salido de Dios, porque el poder de la naturaleza de Dios está en él.

30. El nombre de salida lo significa adecuadamente. Esa salida dice nacimiento, no alienación del Padre. — Alabando el Señor su entendimiento, respondió, no que había sido enviado, sino que había salido de Dios, testificando el progreso del nacimiento desde el Dios incorpóreo bajo el significado de salida (V. lib. VI, n. 30). Pues él mismo había expresado su nacimiento bajo la demostración de salida, diciendo: "Vosotros me amáis, y creéis que he salido de Dios, y he venido del Padre a este mundo" (Ibid. 27 y 28). Porque había venido del Padre a este mundo, porque había salido de Dios. Pues para que se entendiera que había significado su nacimiento en la salida, añadió que había venido del Padre. Y como por eso había venido del Padre, porque había salido de Dios; su salida de Dios es un nacimiento absoluto, al que siguió la confesión del nombre paterno. Por tanto, a los Apóstoles que entendieron este sacramento de la salida, les dijo: "Ahora creéis. He aquí que viene la hora, y ya ha llegado, en que seréis dispersados cada uno por su lado, y me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo" (Ibid. 32 y 33). Para enseñar que esa salida no era alienación del Dios Padre, sino un nacimiento que retenía en sí la naturaleza del Dios Padre al nacer; añadió que no estaba solo, sino que el Padre estaba con él, ciertamente por la virtud y unidad de la naturaleza: ya que el Padre permanecía en él, estando con él, hablando y obrando, y él mismo obrando y hablando. Luego, para mostrar la causa de todo este discurso suyo, añadió: "Os he hablado estas cosas para que en mí tengáis paz. En este mundo tendréis tribulación; pero tened ánimo, porque yo he vencido al mundo" (Ibid. 33). Habló estas cosas para que permanecieran pacíficos en él, y no se dividieran por el afán de disensiones sobre las discusiones de la fe; ya que el que sería dejado solo, no estaría solo; y el que había salido de Dios, tendría en sí a Dios, de quien había salido: luego, siendo afligidos en el mundo, serían pacientes de sus promesas, quien había vencido al mundo saliendo de Dios y teniendo a Dios consigo.

31. La petición de gloria no prueba que el Hijo sea débil, ni la aceptación de poder. Todo poder es congénito al Hijo. — Finalmente, para hablar de la fe de todo el misterio, alzando los ojos al cielo, dijo: "Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Como le has dado poder sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le has dado" (Juan XVII, 1 y 2). ¿Te parece débil, cuando pide ser glorificado? Que sea débil, a menos que pida ser glorificado para que él mismo glorifique al que lo glorifica. Sobre recibir y devolver honor, hemos tratado en otro libro (Lib. III, n. 12), y repetir lo mismo es bastante ocioso. Ciertamente no se duda que se pide gloria para que se glorifique al que la imparte. Pero tal vez es débil en que ha recibido poder sobre toda carne. Que también la aceptación de poder sea débil, a menos que sea poderoso para otorgarles vida eterna a aquellos que ha recibido. Pero en eso mismo que ha recibido, se argumenta alguna debilidad de naturaleza. Que la aceptación sea debilidad, a menos que Cristo sea verdadero Dios por nacimiento, más que por innascibilidad. Pero si la aceptación de poder es solo una significación de nacimiento, en la que ha recibido lo que es; no debe atribuirse a debilidad la concesión que completa todo esto naciendo como lo que Dios es. Pues cuando el Dios innascible es autor del nacimiento del Dios unigénito para la perfecta bienaventuranza divina, ser autor del nacimiento es un sacramento paterno. Por lo demás, no tiene deshonra, que se completa como imagen de su autor por un nacimiento genuino. Pues haber dado poder sobre toda carne, y haberlo dado para que dé vida eterna, tiene tanto en el que da que es Padre, como en el que recibe que es Dios: ya que se significa que es Padre en que ha dado; y el Hijo permanece Dios en que ha recibido el poder de dar vida eterna. Por tanto, todo poder es natural y congénito al Hijo de Dios: que, aunque dado, no lo aliena de su autor porque ha sido dado; ya que lo que es del autor, eso ha sido dado, a saber, dar vida eterna, y cambiar la corrupción en incorrupción. Así que el Padre ha dado todo, y el Hijo ha recibido todo: y no hay duda, cuando dijo: "Todo lo que el Padre tiene, es mío" (Juan XVI, 15). Y aquí ciertamente no se significa la especie de las creaciones, ni las diversas sustituciones de los elementos (V. infra n. 72): sino que, desplegando para nosotros la gloria de la divinidad bienaventurada y absoluta, muestra que Dios debe ser entendido en estas cosas que son suyas, en virtud, en eternidad, en providencia, en poder: no que Dios tenga estas cosas, como si se creyera que hay algo fuera de ellas: sino que en estas cosas se ha significado a sí mismo para la opinión de nuestro sentido. Por tanto, enseñando que él, el Unigénito, permanece en estas cosas que son del Padre, cuando dijo que el Espíritu Santo tomaría de lo suyo, añadió: "Todo lo que el Padre tiene, es mío; por eso dije, tomará de lo mío" (Ibid.). Todo lo que el Padre tiene, es suyo, ciertamente entregado y recibido. Pero lo dado no debilita la divinidad, que lo constituye en estas cosas en las que el Padre es.

32. Es inseparable del Padre. — Por tanto, ahora ha usado estos grados de la inteligencia previa sobre sí mismo, para que cuando enseñó que había salido de Dios, y profesó que el Padre estaba con él, y testificó que había vencido al mundo (Juan XVI, 28, 32, 33), y que siendo honrado por el Padre honraría al Padre, y que usando el poder recibido daría vida eterna a toda carne, entonces finalmente concluyera todo esto con tal absolución: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Ibid. XVII, 1-3). Aprende, hereje, a hablar o a creer en la fe de la vida eterna. Y separa a Cristo de Dios, si puedes, al Hijo del Padre, al Dios verdadero sobre todo de Dios, al único del solo (porque un solo Señor es Jesucristo, I Cor. VIII, 6); si la vida eterna es haber creído en el único Dios verdadero sin Cristo. Pero si, separado Cristo del solo Dios verdadero, no se alcanza la vida eterna en la confesión del solo Dios verdadero; no entiendo cómo debe separarse de la fe en el Dios verdadero, quien no es separable para la salvación.

33. En el lugar objetado se insinúa que Cristo es verdadero Dios. — Aunque sé que las resoluciones morosas de cuestiones difíciles son gravosas para los deseos de los lectores; sin embargo, alargando un poco la demostración de toda la verdad, creo que se me concede no sin algún progreso de fe, luchando contigo, hereje, con estas mismas palabras evangélicas. Oyes la profesión del Señor diciendo: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". Pregunto, ¿qué es lo que mueve el sentido, para que Cristo no sea verdadero Dios? Pues no hay ahora alguna otra significación que te demuestre qué creerías de Cristo. No tienes nada más que a Jesucristo; no al hijo del hombre, como suele decir de sí mismo; no al hijo de Dios, como le es habitual profesar de sí mismo; no al pan vivo descendido del cielo, que con escándalo de muchos frecuenta de sí mismo (Juan VI, 61). Pero diciendo: "a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan XVII, 3), omitió toda la costumbre de sus prenombres y apellidos, ya sean naturales o asumidos: para que cuando el único Dios verdadero y Cristo Jesús proporcionen eternidad, sin duda en eso Jesús Cristo sea en la significación en que es Dios.

34. No se opone que se diga que el Padre es el único verdadero. — Pero tal vez lo que dice "a ti, el único", separa su comunión y unidad de Dios. Que lo separe, si no añadió inmediatamente a lo que dijo, "a ti, el único Dios verdadero", "y a Jesucristo, a quien has enviado". Y pregunto al sentido del oyente, ¿qué debe creerse que es Jesucristo; cuando a lo que se debe creer que el Padre es el único Dios verdadero, también se debe creer en Cristo? Pero tal vez el Padre, siendo el único Dios verdadero, no deja a Cristo ser Dios. Que no lo deje, si el único Dios Padre no dejó a Cristo ser el único Señor (I Cor. VIII, 6). Pero si el único Dios Padre no le quita a Cristo ser el único Señor, así el único Dios Padre verdadero no le quita a Jesucristo ser verdadero Dios: ya que esto avanza al mérito de la vida eterna, que cuando se cree que el Padre es el único Dios verdadero, también se cree en Cristo.

35. No hay lugar para que Cristo sea creído como algo distinto de Dios. — ¿Qué ahora, pregunto, atribuyes al sentido de tu necedad a Cristo, hereje, para que se crea que es; y a Cristo, que otorga vida eterna, que siendo honrado por el Padre honró al Padre, que venció al mundo, que siendo dejado solo no está solo, sino que tiene al Padre consigo, que salió de Dios y vino del Padre? ¿Qué le imputas en tan grandes virtudes de Dios nacido por naturaleza y verdad? Pues en vano creemos en el Padre como el único Dios verdadero, si no creemos también en Jesucristo a quien envió. ¿Qué dudas? Enseña qué debe confesarse que es Cristo. Pues tú que niegas lo que está escrito, ¿qué queda, sino que creas lo que no está escrito? ¡Oh voluntad infeliz, y falsedad que se opone a la verdad! Cuando en la fe y confesión del verdadero Dios Padre Cristo está unido, pregunto con qué fe se dirá que el verdadero Dios negado es una criatura, cuando no hay fe en haber creído en el único Dios verdadero sin Cristo. Pero el sentido de las palabras celestiales no se acerca a ti, hereje, estrecho e incapaz del Espíritu divino: e inspirado por el error viperino, no sabes que Cristo es verdadero Dios en la fe del único Dios verdadero para la vida eterna.

36. Porque el Padre es el único Dios verdadero, Cristo también es verdadero Dios. Decir lo contrario al Padre es injurioso. — Pero la fe de la Iglesia, confesando al Padre como el único Dios verdadero, confiesa también a Cristo. Ni confesando a Cristo como verdadero Dios, no confiesa también al Padre como el único Dios verdadero: ni confesando al Padre como el único Dios verdadero, no confiesa también a Cristo. Pues por eso ha confesado a Cristo como verdadero Dios, porque ha confesado al Padre como el único Dios verdadero. Así que el hecho de que el Padre sea el único Dios verdadero, confirma que Cristo es verdadero Dios. Pues la natividad natural no ha introducido una alteración de naturaleza al Dios unigénito: ni el que subsiste como Dios según la naturaleza de la generación divina, es separable de aquel que es el único Dios verdadero por la verdad de la naturaleza. Sin embargo, la naturaleza de

su verdad ha mantenido el orden, para que la verdad de la natividad introduzca la verdad natural, y no produzca un Dios de otro género. Así, el sacramento de Dios no consiste ni en soledad ni en diversidad: ya que no se considera otro Dios, quien ha subsistido de Dios con la propiedad de su naturaleza; ni permanece en unión, quien la verdad de la natividad enseña que debe confesarse como Padre. Por tanto, el Dios nacido no ha abandonado la propiedad de su naturaleza: y está en él con la virtud natural, cuya naturaleza tiene en sí por natividad natural. Pues en él Dios no es ni alterado ni degenerado; ya que si alguna falta hubiera introducido la natividad, más bien traería deshonra a la naturaleza por la cual subsistía la natividad, al dejar de ser lo que es suyo: y así no lo corrompería la alteración, que subsistía en una nueva sustancia por natividad; sino a aquel que, impotente para mantener la constancia de su naturaleza en la natividad del Hijo, hubiera engendrado algo externo y ajeno a sí mismo.

37. La unidad del Padre y del Hijo no debe pensarse al modo humano. La natividad del Hijo. — Pero, como ya hemos mencionado muchas veces, no hay defecto de opiniones humanas en la unidad de Dios Padre y Dios Hijo: para que haya extensión, o serie, o flujo; para que la fuente vierta un arroyo desde el origen, o el árbol sostenga una rama en el tronco, o el fuego emita calor en el espacio. Pues estas cosas permanecen más bien detenidas por una extensión inseparable de sí mismas, que son para sí mismas: mientras que el calor está en el fuego, y la rama está en el árbol, y el arroyo está en la fuente. Y estas mismas cosas son más bien una sola cosa para sí mismas, que una cosa subsistiendo de otra cosa: porque el árbol no puede ser otra cosa que la rama, ni el fuego que el calor, ni la fuente que el arroyo. Pero en verdad el Dios unigénito subsistiendo como Dios por una natividad perfecta e inenarrable, es la verdadera progenie del Dios innascible, y la generación de naturaleza incorpórea es incorpórea, y Dios vivo y verdadero del Dios vivo y verdadero, y Dios de naturaleza inseparable de Dios: mientras que la natividad subsistente no ha perfeccionado a Dios de otra naturaleza, ni la generación que promovía la sustancia ha alterado la naturaleza de la sustancia en el género.

38. La unidad de la naturaleza paterna negada a Cristo como hombre. Se le devuelve por la gloria. — Pero por la dispensación de la carne asumida, y por la obediencia de vaciarse a sí mismo de la forma de Dios, Cristo nacido como hombre había introducido una novedad de naturaleza para sí mismo, no por daño de virtud y naturaleza, sino por cambio de hábito. Por tanto, vaciándose a sí mismo de la forma de Dios, había tomado la forma de siervo al nacer: pero esta asunción de carne no la había sentido la naturaleza del Padre, con la que tenía unidad natural: y la novedad temporal, aunque permanecía en la virtud de la naturaleza, había perdido, sin embargo, con la forma de Dios, la unidad de la naturaleza de Dios según el hombre asumido. Pero esta era la suma de la dispensación, que ahora todo el Hijo, es decir, hombre y Dios, por la indulgencia de la voluntad paterna, estuviera en la unidad de la naturaleza paterna: y el que permanecía en la virtud de la naturaleza, también permaneciera en el género de la naturaleza. Pues eso se adquiría para el hombre, que fuera Dios. Pero permanecer en la unidad de Dios el hombre asumido de ningún modo podía, sino que por la unidad de Dios en la unidad de Dios natural escapara: para que por esto, que en la naturaleza de Dios era el Verbo, el Verbo hecho carne también estuviera de nuevo en la naturaleza de Dios: y así el hombre Jesucristo permaneciera en la gloria de Dios Padre, si la carne asumida estuviera unida a la gloria del Verbo: y entonces el Verbo hecho carne regresara a la unidad de la naturaleza paterna también según el hombre, cuando la carne asumida hubiera retenido la gloria del Verbo. Por tanto, debía devolverse en sí mismo al Padre su unidad, para que la natividad de su naturaleza residiera de nuevo glorificada en sí misma: porque la novedad de la dispensación había introducido una ofensa a la unidad; y la unidad, como antes había sido

perfecta, ahora no podía ser, a menos que la asunción de la carne hubiera sido glorificada en sí misma.

39. La gloria del Padre es la gloria del Hijo, y esto resuena en ti. Esto no se concede al hombre asumido, sino que se pide una vez completada la dispensación. Y por eso, con un sentido preparado mucho antes para la comprensión de esta fe, cuando dijo: "Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan XVII, 3); añadió según la obediencia de su dispensación: "Yo te he glorificado en la tierra, he acabado la obra que me diste que hiciera" (Ibid. 4). Después de esto, para que entendiéramos el mérito de la obediencia y el sacramento de toda la dispensación, añadió: "Y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo, con la gloria que tenía contigo antes de que el mundo existiera" (Ibid. 5). Quien niega que Cristo permanece en la naturaleza de Dios, y no cree que es inseparable e indistinto del único Dios verdadero, que responda cuál es la razón de esta petición: "Y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo". ¿Cuál es la causa para que el Padre lo glorifique junto a sí mismo? ¿O cuál es el significado de esta palabra? ¿Y cuál es el efecto de su significado? Porque el Padre no necesita gloria, ni se ha vaciado de la forma de su gloria. ¿Cómo, entonces, va a glorificar al Hijo junto a sí mismo, y con la gloria que tenía con él antes de la creación del mundo? Pero, ¿qué significa tener con él? No dijo la gloria que tenía antes de que el mundo existiera, cuando estaba contigo; sino la gloria que tenía contigo. Estar contigo significa permanecer; pero tener contigo enseña el sacramento de la naturaleza. Glorifícame junto a ti, no es lo mismo que glorifícame. No pide ser glorificado solo para sí mismo, como si algo de gloria le fuera propio; sino que ruega ser glorificado por el Padre junto a sí mismo. Porque para que permaneciera en su unidad como había permanecido, el Padre lo iba a glorificar junto a sí mismo; porque la unidad de su gloria había excedido por la obediencia de la dispensación: es decir, para que estuviera de nuevo en esa naturaleza por la glorificación, en la que estaba unido por el sacramento de la divina natividad, y fuera glorificado por el Padre junto a sí mismo: para que lo que tenía con él permaneciera, y la asunción de la forma de siervo no alienara la naturaleza de la forma de Dios; sino que glorificara la forma de siervo junto a sí mismo, para que permaneciera siendo la forma de Dios: porque quien permaneció en la forma de Dios, era el mismo en la forma de siervo. Y como la forma de siervo debía ser glorificada en la forma de Dios, debía ser glorificada junto a aquel en cuya forma la forma de siervo debía ser honrada.

40. Las palabras de Dios son tales. Cristo no buscó gloria para la carne, sino para el Verbo. No son nuevas estas palabras, ni por primera vez consignadas en las doctrinas evangélicas es la voz del Señor: y este mismo sacramento de glorificar al Hijo junto a sí mismo, el Padre de Dios, lo atestiguó con aquella bellísima gratulación de su esperanza, cuando Judas salió para la traición, lleno de gozo por la consumación de su dispensación, dijo: "Ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre, y Dios ha sido glorificado en él. Si Dios ha sido glorificado en él, Dios también lo glorificará en sí mismo, y Dios lo glorificará inmediatamente" (Juan XIII, 31, 32). ¿Por qué las almas pesadas de cuerpos fangosos, y las mentes fétidas y cenagosas por la conciencia manchada de pecados, nos inflamamos hasta el juicio de la profesión divina sobre sí mismo? Y, considerándonos árbitros de la naturaleza celestial (es decir, divina), ¿rebelamos con nuestras disputas de calumnia impía contra Dios? Porque el Señor habló con la mayor simplicidad de palabras la fe evangélica: y adaptó sus discursos a nuestra comprensión en la medida en que la debilidad de nuestra naturaleza lo permitía; sin embargo, no para hablar algo menos digno de la majestad de su naturaleza. Y no considero ambigua la primera significación de su dicho, cuando dice: "Ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre". Porque toda la gloria no se adquiría para el Verbo, sino para la carne: es decir, no para la natividad de Dios, sino para la dispensación del hombre nacido.

41. Cuál es la gloria mutua del Padre y del Hijo. Qué significa que Dios sea glorificado en el Hijo del Hombre. Dios glorificado en el Hijo del Hombre, que Dios glorifique en sí mismo. Porque en el Hijo del Hombre, que también es el Hijo de Dios, Dios ha sido glorificado, veamos qué significa esto que se añade en tercer lugar: "Si Dios ha sido glorificado en él, Dios también lo glorificará en sí mismo". ¿Qué misterio de sacramento es este, pregunto? Dios, en el Hijo del Hombre glorificado, glorifica al Dios glorificado en sí mismo. En el Hijo del Hombre está la gloria de Dios, y la gloria de Dios en la gloria del Hijo del Hombre. Dios glorifica en sí mismo. El hombre, ciertamente, no se glorifica por sí mismo. Ni tampoco, quien es glorificado en el hombre, aunque reciba gloria, es otra cosa que Dios. Pero cuando, habiendo sido glorificado el Hijo del Hombre, Dios glorificante glorifica a Dios en sí mismo; encuentro que la gloria de la naturaleza es asumida en la gloria de la naturaleza del que glorifica. Porque Dios no se glorifica a sí mismo: sino que glorifica en sí mismo al Dios glorificado en el hombre. Pero lo que glorifica en sí mismo, aunque no se glorifique a sí mismo, sin embargo, asume en la gloria de su naturaleza la naturaleza que glorifica. Y cuando Dios glorificante, porque ha sido glorificado en el hombre, glorifica en sí mismo; demuestra que el Dios que ha glorificado está en él, cuando lo glorifica en sí mismo. Ahora trae, quienquiera que seas, hereje, las cuestiones inextricables de tu doctrina tortuosa: que aunque se enreden en sus propios nudos, no contendrán molestia alguna de adherirse en ninguna línea. Porque el Hijo del Hombre es glorificado, y Dios es glorificado en él: y Dios, habiéndolo glorificado en el hombre, lo glorificó en sí mismo. Porque no es lo mismo glorificar al Hijo del Hombre, que glorificar a Dios en el Hijo del Hombre, o glorificar en sí mismo al Dios glorificado en el hombre. Habla esto según el sentido de tu impiedad con tus palabras, qué quieres que sea glorificar a Dios en el Hijo del Hombre. Ciertamente, o es necesario que Cristo sea quien es glorificado en la carne, o el Padre quien es glorificado en Cristo. Si es Cristo; ciertamente Cristo es Dios, quien es glorificado en la carne. Si es el Padre, es el sacramento de la unidad, cuando el Padre es glorificado en el Hijo. O confesando a Cristo, hablas de Dios incluso a regañadientes: o entendiendo al Padre como Dios, no negarás la naturaleza del Padre Dios en Cristo. Y estas cosas se han dicho sobre el Hijo del Hombre glorificado, y sobre Dios glorificado en el mismo. Pero sobre lo que Dios glorificado en el Hijo del Hombre, Dios lo glorifica en sí mismo, ¿en qué facultad te queda para ejercer la impiedad, para que según la verdad de la naturaleza Cristo no sea el verdadero Dios? Porque Dios glorifica en sí mismo al Cristo nacido hombre: ¿acaso está fuera de sí lo que glorifica en sí mismo? Devuelve en sí mismo a Cristo la gloria que tenía con él: y cuando en la forma de Dios se asume la asunción de la forma de siervo, en sí mismo se glorifica al Dios glorificado en el hombre, quien antes de la dispensación de la vacuidad estaba en sí mismo, y unido por la forma de siervo y por la naturaleza de la natividad. Porque la natividad no hizo a Dios de una naturaleza nueva ni ajena, sino que el hijo natural subsistió al padre por generación natural. Y cuando después de la natividad del hombre, glorificado en el hombre, resplandece de nuevo en la gloria de su naturaleza; Dios lo clarifica en sí mismo, cuando es asumido en la gloria de la naturaleza paterna, de la cual fue vaciado por la dispensación.

42. No hay otra gloria del Padre y del Hijo. La vida no es conocer a Dios sin Cristo, quien también es el verdadero Dios. Pero la fe apostólica concluye el furor audacísimo de tu impiedad, para que no te extravíes con la licencia de una inteligencia libre, cuando dice: "Y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Filipenses II, 11). Porque a quien el Padre ha glorificado en sí mismo, en su gloria debe ser confesado. Y quien debe ser confesado en la gloria del Padre, y a quien el Padre ha glorificado en sí mismo, sin duda debe ser entendido en aquellos a quienes el Padre es; ya que lo ha glorificado en sí mismo, y en su gloria debe ser confesado. Porque no está ahora solamente en

la gloria de Dios, sino en la gloria de Dios Padre. Ni lo ha glorificado con gloria exterior, sino que lo ha glorificado en sí mismo. Al reasumirlo en la gloria que es suya, y la gloria que tenía con él, lo glorifica tanto en sí mismo como en sí mismo. Y así se entiende inseparable de la conjunción de esta fe, incluso bajo la humildad del hombre, diciendo así: "Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan XVII, 3): ya que sin Cristo, con solo conocer al Dios Padre, no hay vida eterna, y Cristo ha sido glorificado en el Padre. Pero si esta es la vida eterna, conocer al único Dios verdadero, y a quien enviaste, Jesucristo; no se piense que Cristo es verdaderamente Dios, si la vida es haber creído en Dios sin Cristo. Y que solo el Dios Padre es el verdadero Dios; no se refiera a Dios Cristo, a menos que toda la gloria de Cristo esté en el único Dios verdadero Padre. Porque si el Padre lo glorifica en sí mismo, y solo el Padre es el verdadero Dios, Cristo no está fuera del único Dios verdadero: porque el Padre verdadero Dios glorifica en sí mismo al Cristo glorificado en Dios. Y lo que es glorificado en sí mismo por el único verdadero, no se aliena del único verdadero; porque en sí mismo es glorificado por el verdadero.

43. Objeto III contra la deidad del Hijo. Pero tal vez a esta nuestra fe piadosa, tu impía perfidia se oponga con la afirmación; para que esta confesión de necesidad no esté ajena a la inteligencia del Dios verdadero: "Amén, amén, os digo, el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre" (Juan V, 19). A menos que la doble indignación de los judíos exija una doble respuesta; que esta sea claramente una profesión de debilidad, que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Pero si a los judíos que le acusaban de violar el sábado, y no soportaban la igualdad de Dios en Cristo por haber profesado a Dios como su Padre, bajo el mismo dicho se respondió a ambos; ¿crees que por la confesión de la respuesta puede haber verdad en los ojos de los dichos? Y aunque en otro librito (Lib. VII, n. 7) este lugar ha sido tratado por nosotros: sin embargo, porque no solo no perjudica, sino que también aprovecha a la religión, que la fe sea reconsiderada, volvamos a lo mismo, porque la causa lo exige.

44. El crimen de violar el sábado. Cómo se elimina. No hay otra obra del Padre y del Hijo. Otro crimen por la presunta igualdad con Dios. De aquí surgió primero la necesidad de la respuesta: "Y por esto los judíos perseguían a Jesús, y buscaban matarlo, porque hacía estas cosas en sábado" (Juan V, 16). Así que su ira se encendía hasta el deseo de matarlo, por las obras hechas en sábado. Pero veamos qué respondió el Señor: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo" (Ibid. 17). ¿Qué obra del Padre es esta, hereje, demuéstralo? Porque por el Hijo y en el Hijo son todas las cosas, visibles e invisibles. Y tú, que sabes más allá de los Evangelios, es necesario que hayas adquirido el conocimiento de la obra paterna por otras doctrinas de los arcanos, para que nos muestres al Padre trabajando. Pero si el Padre trabaja en el Hijo, según lo que él mismo dice: "Las palabras que os hablo, no las hablo por mí mismo; sino que el Padre, que mora en mí, él hace sus obras" (Juan XIV, 10). ¿Ves qué significa esto: "Mi Padre hasta ahora trabaja"? Porque dijo esto para que se entendiera el poder de la naturaleza paterna en él, usando la naturaleza de su poder en la obra del sábado. Porque cuando trabaja en él el Padre que trabaja, él necesariamente trabaja con el Padre trabajando: y por eso dice: "Mi Padre hasta ahora trabaja" (Juan V, 17), para que esta misma obra presente de las palabras y hechos se considerara la operación de la naturaleza paterna en él. Porque lo que "hasta ahora trabaja", es un solo y mismo momento de dicho y tiempo; para que no se creyera que hay otra obra del Padre, que esta suya que hace: ya que por eso, que "hasta ahora el Padre trabaja", esta misma era la operación del Padre bajo el mismo tiempo del discurso. Y para que la fe, dejada solo en el conocimiento del Padre, no estuviera ausente de la esperanza de la vida eterna; inmediatamente añadió: "Y yo trabajo": para que esto mismo, que "hasta ahora trabaja el Padre", lo trabaje también el Hijo. Y así enseñó la fe

perfecta, cuando lo que es ahora, es obra del mismo tiempo; y lo que trabaja el Padre, lo trabaja también el Hijo, fuera de la unión singular. Pero el dolor de los oyentes se duplicó: porque sigue: "Por esto los judíos buscaban más matarlo, porque no solo violaba el sábado, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios" (Ibid. 18). Y aquí nuevamente recordaré, tanto por el juicio del evangelista, como por el común consentimiento del género humano, que el hijo está en la igualdad de la naturaleza paterna: pero la igualdad no es sino de la misma naturaleza; porque la natividad no tiene de otro lugar lo que permanece, y toda generación no es ajena a quien la genera; ya que para lo que permanece, subsiste de lo mismo. Por tanto, a esta doble indignación veamos qué respondió el Señor: "Amén, amén, os digo, el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Porque todo lo que hace el Padre, lo mismo hace el Hijo de igual manera" (Juan V, 19).

45. Respuesta al crimen de violar el sábado. Ese "no puede" muestra autoridad, no debilidad. Qué significa "a menos que vea". Respuesta al otro crimen. A menos que las palabras sean propias de la proposición; imponemos fuerza a las palabras por la presunción de nuestra propia e infiel inteligencia. Pero si la respuesta está sujeta a las causas de las iras; nuestra fe habla más bien lo que se enseña, que la irreligiosa perversidad defiende el error de su impiedad. Busquemos, pues, si esta es una respuesta propia a la obra del sábado: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre". Porque dijo antes: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo" (Ibid. 17). Si lo que hace, lo hace por la autoridad de la naturaleza paterna en él, trabajando el Padre que hasta ahora trabaja en sábado; el Hijo está fuera del crimen de la obra, en quien se muestra la autoridad de la operación paterna. Porque no refirió a la debilidad, "no puede", sino a la autoridad; porque no puede por sí mismo, a menos que vea. Porque el ver no otorga virtud: y como el ver no otorga virtud, no debilita la naturaleza el no poder sin ver, sino que muestra autoridad por el ver. Porque lo que dice, "a menos que vea", significa conciencia en el ver, así como dice a los Apóstoles: "He aquí os digo, levantad vuestros ojos, y ved los campos, porque ya están blancos para la siega" (Juan IV, 35). Por tanto, la conciencia de la naturaleza paterna en él, que trabaja en él, para que el Señor del sábado no se creyera que había violado el sábado, dice: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre" (Juan V, 19): para que lo que trabajara, lo mostrara por la conciencia de la naturaleza que trabaja en él, ya que trabajando él en sábado, hasta ahora el Padre trabaja en sábado. Pero al dolor de la otra indignación, refirió la causa del dicho siguiente: "Porque todo lo que hace el Padre, lo mismo hace el Hijo de igual manera" (Ibid.). Reprocha la debilidad al Hijo de Dios, quita también la igualdad de la naturaleza, si no todo lo que hace el Padre, lo mismo hace el Hijo de igual manera, si se admite alguna diferencia en la virtud y operación paterna, si lo que es propio de la igualdad de virtud y naturaleza, no se exige la igualdad de honor. Porque él mismo dice en lo continuo: "Para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió" (Ibid. 23). Distingue la igualdad en el honor no desigual: debilita la naturaleza en la misma operación de la virtud.

46. Epílogo. ¿Por qué invades la causa de la respuesta para la injuria de la divinidad? Respondió a la operación del sábado, que no podía hacer nada por sí mismo, sino lo que había visto hacer al Padre: pero para la demostración de la igualdad, confesó que todo lo que hace el Padre, lo hace él. Toma (suplemento, respuesta) lo que pertenece al sábado para la afrenta de la debilidad, si no todo lo que hace el Padre, lo mismo hace el Hijo de igual manera. Pero si son sin excepción todo lo que son; ¿en qué finalmente se encontrará la debilidad, cuando en nada de lo que el Padre puede, no puede también el Hijo? ¿O en qué finalmente se niega la igualdad por la intercesión de la debilidad, cuando se exige un mismo

honor para ambos? Porque si la misma es la virtud de obrar, y la misma es la religión de honrar; no entiendo en qué finalmente se deja la injuria a la naturaleza débil, cuando la misma es en el Padre y en el Hijo tanto el poder de la virtud, como la igualdad del honor.

47. Qué significa que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, se confirma en otro lugar. Mérito.---Y aunque estas cosas se han tratado con la misma resolución de los asuntos, sin embargo, para que lo que dice el Señor: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre" (Juan 5, 19), no sirva más para debilitar la naturaleza de Él con impiedad, que para demostrar la conciencia de la naturaleza paterna en Él, por la cual actuó con autoridad en el sábado; también debe demostrarse el conocimiento de lo dicho por el Señor al respecto, cuando dice: "Y yo no hago nada por mí mismo, sino que hablo lo que el Padre me enseñó. Y el que me envió está conmigo, y no me ha dejado solo, porque yo siempre hago lo que le agrada" (Juan 8, 28-29). ¿Entiendes qué significa que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre? ¿Y con qué sacramento se dice: "Y yo no hago nada por mí mismo"; y de nuevo, "No me ha dejado solo, porque yo siempre hago lo que le agrada" (Ibid. 29)? Pues si no hace nada por sí mismo porque el Padre permanece en Él; ¿cómo es que el Padre no lo ha dejado solo porque hace lo que le agrada? No concuerda, según tu sentido, hereje, la diversidad de las palabras, que no haga nada por sí mismo sino enseñado por el Padre que permanece en Él: y de nuevo, por eso el Padre permanece en Él, porque hace lo que le agrada. Pues si no hace nada por sí mismo debido al Padre que permanece en Él; ¿cómo es que ha merecido que el Padre permanezca en Él porque hace lo que le agrada? No hay mérito alguno en no hacer por sí mismo lo que hace. Y al contrario, ¿cómo es que lo que el Hijo hace le agrada al Padre, si el mismo Padre que permanece en el Hijo lo hace? Estás en un aprieto, impiedad, y la piedad de nuestra fe te rodea firmemente. El Hijo hace algo, o no lo hace: si no lo hace, ¿cómo agrada en lo que hace? pero si lo hace, ¿cómo lo hace en lo que no hace por sí mismo? ya que es propio haber hecho lo que agrada, y no hay mérito en no haber hecho por sí mismo lo que ha hecho.

48. El Hijo que actúa por sí mismo, que no actúa por sí mismo.---Pero esta es la unidad de la naturaleza, a la que te opones, que actúe por sí mismo de tal manera que no actúe por sí mismo; y que no actúe por sí mismo de tal manera que actúe por sí mismo. Entiende al Hijo actuando, y al Padre actuando a través de Él. No actúa por sí mismo, cuando se debe mostrar que el Padre permanece en Él. Actúa por sí mismo, cuando actúa según la naturaleza del Hijo lo que es agradable. No sea que no actúe por sí mismo, a menos que Él mismo actúe de tal manera que lo que hace sea agradable. No sea que en la unidad de la naturaleza, si no lo que Él mismo hace, y en lo que agrada, no actúe por sí mismo, sino que el Padre que permanece en Él enseñe a actuar. Así, el Padre enseña permaneciendo, y el Hijo actuando no actúa por sí mismo, y el Hijo no actuando por sí mismo, cuando hace lo que es agradable, Él mismo actúa. Y así se retiene la unidad de la naturaleza en el actuar: mientras que Él mismo operando no opera por sí mismo, y Él mismo no operando por sí mismo opera.

49. Dice que no hace su voluntad, sino la del Padre. No por necesidad de actuar, sino por unidad.---Añade también a esto lo que usas para reprochar la debilidad: "Todo lo que el Padre me da, viene a mí, y al que viene a mí no lo echo fuera; porque he descendido del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Juan 6, 37-38). Pero tal vez el Hijo esté sin libertad de voluntad, para que la debilidad de la naturaleza le imponga necesidad. Sin embargo, está sujeto a la necesidad, no a la voluntad, para que no rechace a los que le son dados por el Padre. Pero el Señor, significando la unidad del sacramento en estas cosas, mientras no rechaza a los que le son dados, mientras no hace su voluntad, sino la del que lo envió, después de repetir esta misma voz a los judíos murmuradores, confirma el

sentido de nuestra inteligencia, diciendo: "Todo el que oye al Padre y aprende, viene a mí, no que alguien haya visto al Padre, sino el que es de Dios, este ha visto al Padre. Amén, amén os digo, el que cree en mí, tiene vida eterna" (Ibid. 45 y ss.). Y pregunto primero, ¿dónde ha sido oído el Padre, dónde ha enseñado a los oyentes? Pero nadie ha visto al Padre, sino el que es de Dios. ¿Y cómo alguien lo ha oído, a quien nadie ha visto? Por lo tanto, oyendo del Padre, viene al Hijo. Y cuando el Hijo es oído y enseña, se muestra la propiedad de la naturaleza paterna en Él tanto del que oye como del que enseña: para que lo que enseña el Hijo y es oído, se entienda como la audición de la doctrina paterna. Pues cuando nadie ha visto al Padre, y viniendo al Hijo, oye y aprende del Padre para venir: se nos advierte entender qué significa que en el Hijo que habla el Padre enseña, y en el Hijo visto el Padre, que por nadie ha sido visto, es oído; porque la propiedad de la naturaleza paterna la contiene en sí la perfecta natividad del Hijo. Por lo tanto, queriendo el unigénito Dios testificar la autoridad paterna, salvando en sí la unidad de la naturaleza, y no rechaza a los que le son dados por el Padre, y hace la voluntad no suya, sino de aquel que lo envió, no porque no quiera lo que hace, o porque no sea Él mismo quien es oído cuando enseña: sino para que tanto el que lo envía, como Él mismo que es enviado, bajo la propiedad de la naturaleza indiferente lo muestre: cuando lo que quiere, hace, y habla, eso mismo significa que tanto la voluntad como las obras y las palabras son del Padre.

50. Cristo con voluntad libre. No disidente de la voluntad del Padre.---Pero que sea de voluntad libre, lo muestra sin ambigüedad cuando dice: "Porque como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere" (Juan 5, 21). Cuando se manifiesta en el Padre y en el Hijo tanto el poder de la virtud como la dignidad del honor, allí también se muestra la libertad de la voluntad: pero cuando se demuestra la unidad, allí se significa el afecto de la voluntad paterna. Porque lo que el Padre quiere, eso hace el Hijo. Pero hacer es más que obedecer a la voluntad: porque obedecer a la voluntad, tiene la necesidad de lo exterior; hacer la voluntad, es propio de la unidad, cuando se ha hecho la voluntad. Y cuando el Hijo hace la voluntad del Padre, enseña por la indiferencia de la naturaleza, que la voluntad natural es suya con el Padre: cuando su voluntad es todo lo que hace. Claramente el Hijo quiere todo lo que el Padre quiere, ni la voluntad natural disiente. Pues cuando esta es la voluntad del Padre, que muestra diciendo: "Esta es la voluntad de mi Padre, que todo el que ve al Hijo, y cree en Él, tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día" (Juan 6, 39): escucha ahora si la voluntad del Hijo disiente del Padre, cuando dice: "Padre, quiero que los que me has dado, estén conmigo donde yo estoy" (Juan 17, 24). No se duda, por tanto, que el Hijo quiera. Pues cuando el Padre quiere que los creyentes en el Hijo tengan vida eterna, el Hijo quiere que los creyentes estén donde Él está. A menos que tal vez cohabitar con Cristo no sea eternidad (vida eterna): o que Cristo no otorgue perfecta y bienaventurada a los creyentes en Él, diciendo esto: "Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo" (Mateo 11, 25). ¿Acaso no está en la libertad de la voluntad queriendo otorgarnos la conciencia de ese secreto paterno? Y tanto es su voluntad libre, que imparte el conocimiento de sí mismo y del Padre a quienes quiere? Y así entre el Padre y el Hijo se ha demostrado la naturaleza tanto de la natividad como de la unidad: cuando así de libre en la voluntad es el Hijo, que lo que hace queriendo, es hecho de la voluntad paterna.

51. Sin fe no hay esperanza. El Padre y el Hijo en sí mismos. El Padre como autor, mayor que el Hijo, que también es menor como hombre. En Cristo permaneció la naturaleza de Dios con la forma vaciada.---Desconociendo claramente la dispensación de la fe, está fuera de la comprensión de los sacramentos: y no habiendo alcanzado la doctrina del Evangelio, peregrina lejos de la esperanza del Evangelio. Se debe creer en el Padre en el Hijo, y en el

Hijo en el Padre, por la unidad de la naturaleza, por el poder de la virtud, por la igualdad del honor, por la generación de la natividad. Pero tal vez esto sea contrario a nuestra profesión, el testimonio del Señor, cuando dice: "El Padre es mayor que yo" (Juan 14, 28). ¿Es esto, hereje, el arma de tu impiedad? ¿Son estas las armas de tu furia? ¿Acaso se te ha olvidado que la Iglesia no conoce dos innascibles, y no confiesa dos padres? ¿Has olvidado la dispensación del Mediador, y en ella el nacimiento, la cuna, la edad, la pasión, la cruz, la muerte? Y renaciendo, ¿no has confesado (en el Credo) que el Hijo de Dios nació de María? Si en todas estas cosas el Hijo permaneciendo dice: "El Padre es mayor que yo"; ¿piensas que se debe ignorar que esta dispensación de tu salvación es la vaciamiento de la forma de Dios? y que el Padre, fuera de esta asunción de las pasiones humanas, permaneció en aquella bienaventurada eternidad de su naturaleza incontaminada sin la asunción de nuestra carne? Pues nosotros profesamos que el unigénito Dios permaneciendo en la forma de Dios permaneció en la naturaleza de Dios, ni inmediatamente refundimos la unidad de la forma servil en la naturaleza de la unidad divina: ni de nuevo proclamamos al Padre corporalmente insinuado en el Hijo, sino que naturalmente la naturaleza engendrada del mismo género tenía en sí la naturaleza engendrante: que permaneciendo en la forma de la naturaleza engendrante, asumió la forma de la naturaleza y debilidad corporal. Pues era propiedad de la naturaleza: pero ya no era la forma de Dios, porque por su vaciamiento se había asumido la forma de siervo. Pues no había desaparecido la naturaleza, para que no existiera: sino que permaneciendo en sí la naturaleza de Dios había asumido la humildad de la natividad terrena, ejerciendo el poder de su género en el hábito de la humildad asumida. Y nacido de Dios Dios, encontrado hombre en forma de siervo, actuando como Dios por sus virtudes, ni era no Dios, a quien enseñaba por sus obras; ni el hombre, en cuyo hábito fue encontrado, no permanecía.

52. El Padre visto en el Hijo.---Y por eso en este mismo discurso anterior, habiendo testificado su unidad de naturaleza con el Padre, había dicho: "El que me ha visto, ha visto al Padre" (Juan 14, 9); y, "El Padre en mí, y yo en el Padre" (Juan 10, 38). Que ciertamente no tienen diferencia por la igualdad de la naturaleza; cuando la contemplación del Hijo compensa la visión del Padre, y uno permaneciendo en uno no distingue uno de uno. Y para que no se pensara que por la contemplación corporal se refería de sí mismo la visión de la contemplación paterna, había añadido: "Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí: si no, creed por las obras" (Juan 14, 11-12): para que cuando la virtud de la naturaleza es cosa, y la operación misma de la virtud es poder; por el poder de la virtud, se conociera la unidad de la naturaleza paterna en sí: cuando en cuanto alguien conociera a Dios en la virtud de la naturaleza, en tanto conociera a Dios Padre en el poder de la naturaleza: y cuando tanto como es el Padre, el Hijo proporcionara ver al Padre en sí mismo en las obras, se conociera al Padre indiferente del Hijo, por la inteligencia del indiferente por el poder de la naturaleza.

53. Por qué, y qué dijo Cristo con la igualdad de naturaleza salvada, "El Padre es mayor que yo".---Por lo tanto, el unigénito Dios, a punto de cumplir la dispensación de la carne, y de consumar el sacramento de la forma servil asumida, usó la profesión de fe que debía demostrarse, diciendo: "Habéis oído que os dije, Voy, y vengo a vosotros. Si me amarais, os alegraríais de que voy al Padre; porque el Padre es mayor que yo" (Juan 14, 28). Por lo tanto, con estas cosas que pertenecen a la naturaleza de la divinidad explicadas en este mismo discurso anterior, ¿acaso esta profesión quita al Hijo la igualdad de naturaleza, que la genuina natividad consuma? ¿O acaso es una afrenta para el unigénito Dios que el Padre sea para Él un Dios innascible; cuando de un Dios innascible la natividad unigénita subsiste en una naturaleza unigénita? Pues el Hijo no es de su propia origen, ni Él mismo se procuró una natividad inexistente de la nada: sino que de una naturaleza viviente una naturaleza viviente existente, tiene en sí el poder de la naturaleza, profesando la autoridad de la naturaleza, para

que tanto testifique el honor, como la gracia de la natividad asumida en el honor. Y esto ciertamente rindiendo al Padre lo debido, para que su obediencia la atribuya a la voluntad del que lo envía, no obstante, para que la obediencia de la humildad no debilite la unidad de la naturaleza; hecho obediente hasta la muerte, no obstante, después de la muerte no está sobre todo nombre.

54. El Padre como autor del don, mayor: el Hijo, a quien se le da todo lo que es, no menor.--- Pero si tal vez por esto parece desigual, porque después del vaciamiento de la forma de Dios se le da este nombre, esta calumnia ignora el sacramento de la humildad asumida. Pues si la natividad del hombre introdujo una nueva naturaleza, y la humildad cambió la forma bajo la asunción servil; ahora la donación del nombre devuelve la igualdad de la forma. Pues busca qué se ha donado. Pues si se ha donado esto, que es de Dios; el don de esta naturaleza no introduce ignominia a esa naturaleza divina. Por lo tanto, ahora este nombre que se le dona, aunque tenga el sacramento del don, no obstante no tiene en el don del nombre un nombre ajeno. Pues se le dona a Jesús, para que a Él se doblen las rodillas de los celestiales y terrenales e infernales, y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre (Filipenses 2, 10). Por lo tanto, se le dona el honor de esta confesión para que sea confesado en la gloria de Dios Padre. ¿Escuchas, por lo tanto: "El Padre es mayor que yo" (Juan 14, 28)? Sabe que a Él, por el mérito de la obediencia, se le ha dicho: "Y le dio un nombre que es sobre todo nombre" (Filipenses 2, 9). Escucha de nuevo: "Yo y el Padre somos uno" (Juan 10, 30); y, "El que me ha visto, ha visto al Padre" (Juan 14, 9); y, "Yo en el Padre, y el Padre en mí" (Ibid. 11). Entiende el honor de la confesión donada, porque el Señor Jesús en la gloria de Dios Padre. ¿Cuándo, por lo tanto, es aquello, "El Padre es mayor que yo"? Sin duda, cuando se le dona un nombre sobre todo nombre. Pero al contrario, ¿cuándo es, "Yo y el Padre somos uno"? Sin duda, cuando toda lengua confiesa que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre. Si, por lo tanto, por la autoridad del donante el Padre es mayor, ¿acaso por la confesión del don el Hijo es menor? Por lo tanto, el donante es mayor; pero ya no es menor aquel a quien se le dona ser uno. Si no se le dona esto a Jesús, para que sea confesado en la gloria de Dios Padre; es menor que el Padre. Pero si en esa gloria se le dona estar, en la que está el Padre; tienes tanto en la autoridad del donante que es mayor, como en la confesión del don que son uno. Por lo tanto, el Padre es mayor que el Hijo: y claramente mayor, quien dona tanto ser, cuanto Él mismo es; a quien imparte por el sacramento de la natividad la imagen de la innascibilidad, a quien genera de sí mismo en su forma, a quien de nuevo renueva de la forma de siervo en la forma de Dios; a quien en su gloria según el Espíritu Cristo Dios nacido, dona de nuevo estar en su gloria según la carne Jesús Cristo Dios muerto. Por lo tanto, muestra la causa, por la cual si lo amaran, se alegrarían de que va al Padre, porque el Padre es mayor.

55. El sentido en el que el Padre es llamado mayor se deduce de lo dicho antes y después. Enseñando que esta alegría proviene del amor, porque el amor se alegraría de que Jesús esté en la gloria del Padre, y confesando el mérito de recuperar esta gloria, dice: "Viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada" (Juan 14, 30). El príncipe de este mundo no tiene nada en él, porque, hallado en forma de hombre, permanecía sin pecado en la semejanza de la carne del pecado, condenando el pecado en la carne (Rom. 8, 3). Todo esto lo refiere a la obediencia del mandato del Padre, añadiendo: "Pero para que el mundo sepa que amo al Padre, y como el Padre me ha dado mandamiento, así hago; levantaos, vamos de aquí" (Juan 14, 31). Para consumar el sacramento de la pasión corporal, se apresura a levantarse por el amor de cumplir el mandato del Padre: revelando inmediatamente el misterio de la asunción corporal, por el cual estaríamos en él como sarmientos en la vid, no dándonos fruto útil como sarmientos si él no se hubiera hecho vid (Juan 15, 1 y ss.). Y por eso nos exhorta a

permanecer en él por la fe en el cuerpo asumido, para que, ya que el Verbo se hizo carne, estemos en la naturaleza de su carne como sarmientos en la vid: separando la forma de la majestad del Padre de la asunción de esta humildad corporal, cuando, profesándose vid en unidad con los sarmientos, muestra al Padre como el agricultor cuidadoso de esta vid, que cortará los sarmientos inútiles y estériles para ser quemados. Diciendo así: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"; y, "Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo, sino que el Padre que mora en mí, él hace sus obras" (Juan 14, 9 y 10); y, "Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí" (Ibid. 11), para manifestar tanto el sacramento de la natividad como el misterio del cuerpo asumido, llegando a ello por la continuidad de sus palabras, dice: "Porque el Padre es mayor que yo" (Ibid. 28). Y enseguida, para que la razón de lo dicho quede clara, añade el ejemplo del agricultor, la vid y el sarmiento, mostrando por ello la asunción de la humildad corporal. Y de aquí enseña que debe haber causa de ir al Padre y alegría de amor al ir al Padre, porque el Padre es mayor que él: de quien, ciertamente, habría de recuperar la gloria; en quien y con quien sería glorificado, no con un honor nuevo, sino con el antiguo; no con uno ajeno, sino con el que tenía con él. Si, pues, no ha de ser glorificado en sí mismo, es decir, para estar en la gloria de Dios Padre; atribuye la injuria a la naturaleza: si, en cambio, el ser glorificado por él es autoridad; reconoce al Padre como mayor en la autoridad de glorificar.

56. El Padre es mayor, pero el Hijo no es menor. ¿Por qué tomas la dispensación como impiedad? ¿Por qué invades el sacramento de nuestra salvación para la muerte? El Padre, al glorificar al Hijo, es mayor: el Hijo, glorificado en el Padre, no es menor. ¿O cómo es menor, quien está en la gloria de Dios Padre? ¿O acaso el Padre no es mayor? Por tanto, el Padre es mayor, mientras es Padre: pero el Hijo, mientras es Hijo, no es menor. La natividad del Hijo establece al Padre como mayor: pero la naturaleza de la natividad no permite que el Hijo sea menor. El Padre es mayor, mientras se le ruega que devuelva la gloria al hombre asumido: el Hijo no es menor, mientras recupera la gloria con el Padre. Y así se cumple tanto el sacramento de la natividad como la dispensación de la encarnación. Pues el Padre, mientras es Padre y glorifica ahora al Hijo del hombre, es mayor: y el Padre y el Hijo son uno, mientras el Hijo, nacido del Padre, después de la asunción del cuerpo terrenal, es glorificado en el Padre.

57. La innascibilidad y la natividad no son de otra naturaleza. El Hijo nacido no comenzó. Por tanto, la natividad no tiene la ignominia de la naturaleza: porque está en la forma de Dios, porque nace de Dios. Y aunque se considere que la innascibilidad difiere en significado de la natividad; sin embargo, la natividad no está fuera de la naturaleza de la innascibilidad, porque no tomó de otro lo que subsiste. Pues aunque no haya conseguido ser coinnascible; sin embargo, recibió de Dios innascible ser lo que es Dios. Por tanto, nuestra fe, aunque no aprehenda el inicio de la natividad, profesa siempre que Dios es unigénito; porque la naturaleza no permite que se confiese que alguna vez comenzó, cuya natividad excede todo tiempo de inicio. Pero a quien siempre confiesa ser y antes de los tiempos, no duda que nació en la infinitud intemporal, confesando sin embargo su natividad de la inteligencia ininiciable.

58. Se objeta contra él la ignorancia del día. Pero esto lo toman los herejes para la injuria de la naturaleza, porque se dijo: "El Padre es mayor que yo"; o aquello, "Pero del día y la hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre solo" (Marcos 13, 32). Por tanto, se objeta la ignorancia del día y la hora al unigénito Dios: para que Dios nacido de Dios no esté en esa perfección de naturaleza en la que es Dios, cuando, dominando la necesidad de no saber, ya alguna fuerza exterior sea más poderosa que él, que lo retenga en la debilidad de la ignorancia como si fuera débil ante ella. Además, el furor de los herejes nos obliga con cierto derecho de confesión necesaria a esta impiedad de inteligencia, para que así

se crea; porque también el Señor lo dijo así, y podría parecer irreligioso que la protesta de su profesión sobre sí mismo se corrompa por la opinión de nuestra inteligencia diversa.

59. El autor de todo no puede ignorar nada. Quien sabe lo que no está en sí ni por sí, mucho más lo que está en sí y por sí. El día del Señor está constituido por él y en él. Y primero, antes de que se mencione la razón y causa de lo dicho, debe sentirse con el sentido del juicio común si puede ser creíble que algo de todo lo que es y será, lo ignore quien es autor de todo. Pues si todo es por Cristo y en Cristo, y así por él, que todo está en él; lo que no está fuera de él ni no es por él, ¿cómo no está también en su conocimiento, cuando a menudo su conocimiento, que no es ignorante por la virtud de la naturaleza, aprehende lo que no está en sí ni por sí? Pero lo que no toma causa sino de él, y no capta movimiento hacia lo que es y será sino dentro de sí; ¿cómo está fuera del conocimiento de su naturaleza, por la cual y en la cual se contiene lo que ha de hacerse? Pues Cristo el Señor no ignora los pensamientos humanos no solo incitados por el movimiento presente, sino también los que serán agitados por el instinto de la voluntad futura, como testifica el evangelista: "Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién lo iba a entregar" (Juan 6, 65). Por tanto, la virtud de su naturaleza, que capta el conocimiento de las cosas no existentes, y no ignora las inquietudes futuras de los ánimos aún tranquilos, ¿se pensará que no sabía lo que está por sí y en sí? Y siendo poderoso en lo ajeno, ¿es impotente en lo suyo? Recordemos lo que se dijo: "Todo fue creado por él y en él, y él es antes de todos" (Colosenses 1, 16); o aquello, "Porque en él complació que habitara toda la plenitud, y por él reconciliar todas las cosas en él" (Ibid., 19). Pues si toda plenitud está en él, y todo se reconcilia por él y en él, y ese día es la expectativa de nuestra reconciliación: ¿ignora él ese día, cuyo tiempo está en él, y es por su sacramento? Pues ese día es el de su venida, del cual el Apóstol dice: "Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros os manifestaréis con él en gloria" (Colosenses 3, 4). Por tanto, nadie ignora lo que está por sí y en sí: ¿Cristo vendrá y no sabrá el día de su venida? Es su día, según el mismo Apóstol, "porque el día del Señor vendrá como ladrón en la noche" (1 Tesalonicenses 5, 2): ¿y se entenderá que está retenido por ignorancia de él? Las naturalezas humanas, lo que definen hacer, en cuanto está en ellas, lo presienten, y el conocimiento de lo que se ha de hacer sigue a la voluntad de hacer: ¿y Dios nacido no sabe lo que está en sí y por sí? Pues por él son los tiempos, y en él está el día; porque por él es la constitución de lo futuro, y en él está la dispensación de su venida: ¿y estará en tal torpeza que lo que le concierne lo ignore por el sentido de una naturaleza torpe, como las fieras y bestias, que animadas fuera de la razón de un consejo providente, ignoran lo que hacen, llevadas con un cierto movimiento de voluntad estúpida, se dirigen fortuitamente a algo con un ingreso incierto?

60. Es injurioso para el Padre atribuir ignorancia al Hijo como si le hubiera envidiado. ¿Cómo también el Señor de la gloria, con un día de su venida ignorado, será creído de naturaleza descompuesta e imperfecta, que tenga necesidad de venir, y no haya adquirido el conocimiento de su venida? Por lo cual la ignorancia será más poderosa que Dios, que le quite la virtud de tener conocimiento. Ya cuánta ocasión de impiedad se duplica; si además de la debilidad de Cristo también se atribuirá un defecto a Dios Padre; que haya privado al unigénito Dios, y a su hijo de amor, del conocimiento de este día, y con un afecto de malignidad le haya envidiado el conocimiento de la futura consumación: y cuando no quiso que le fuera desconocido el día y la hora de su pasión; le haya negado el día de su poder, y la hora de ser glorificado en sus santos, y le haya quitado el conocimiento de la bienaventuranza, a quien le concedió la presciencia de la muerte. La conciencia humana no puede soportar esta trepidación, para que se atreva a presumir tal juicio sobre Dios, y le

atribuya los vicios de la mutación humana; que el Padre niegue algo al Hijo, o que Dios nacido ignore algo.

61. Como Dios, está libre de envidia; como Padre, no deja de dar lo que tiene, especialmente siendo simple. Como Dios, así al hijo de Dios, le es propio prever el futuro. Pero Dios no sabe ser otra cosa que amor, ni otra cosa que Padre. Y quien ama, no envidia: y quien es Padre, no es también no Padre en parte. Este nombre no admite porción, para que sea Padre en algo, y en algo no lo sea. Pues el Padre es Padre de toda la totalidad que está en él, teniéndose todo en él, a quien no le es por porción lo que es Padre: no que él mismo sea Padre de lo que es suyo, sino que en aquellos a quienes él es, es todo Padre para quien es de él. Y aunque según las naturalezas de los cuerpos humanos, que se componen de dispares y consisten de compuestos, no puede uno ser Padre sino de todos sus propios, mientras lo que hay en cada uno de los géneros y partes, eso conserva la natividad perfecta en los hijos: por tanto, uno es Padre de todos sus propios, mientras la natividad permanece de todos y en todos. Y como en Dios no hay cosas corporales, sino absolutas; ni particuladas, sino totales y universales; no vivificadas, sino vivas; todo viviente, y todo Dios es uno, mientras no está compuesto por porción, sino que es perfecto por simplicidad: es necesario que según lo que es Padre, él mismo sea todo Padre de todos sus propios para quien ha engendrado de sí, mientras la natividad perfecta del hijo lo consuma como Padre de todos sus propios. Si, pues, el Padre es propio del Hijo; es necesario que el Hijo permanezca en esa propiedad en la que el Padre es. Pero, ¿cómo se pensará que permanece, si está fuera de la naturaleza de la presciencia, y algo le falta a su natividad de su autor? Pues le faltará casi todo, si no tiene lo que es propio de Dios. Pero, ¿qué otra cosa es propia de Dios que el conocimiento de lo futuro; para que la naturaleza capaz contenga las cosas que aún no existen y que existirán después, de géneros invisibles y aún no existentes?

62. Nada le oculta a él en quien están todos los tesoros de la ciencia, aunque ocultos. Pero el doctor de las naciones, Pablo, no nos permite esta profesión de error impío, para que se piense que el unigénito Dios ignoró algo; pues dice: "Instruidos en amor, en todas las riquezas de la plenitud del entendimiento, en el conocimiento del sacramento de Dios, Cristo, en quien están todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento ocultos". Dios Cristo es sacramento, y en él están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Pero no puede convenir a la porción y a la totalidad: porque ni parte se entiende todo, ni todo se entiende parte. Pues si el Hijo no sabe el día, ya no están en él todos los tesoros de la ciencia: no ignora el día, conteniendo en sí todos los tesoros de la ciencia. Pero conviene que recordemos que estos tesoros de la ciencia están ocultos en él, y no por eso, porque estén ocultos, no están en él: pues por lo que es Dios, están en él; pero por lo que es sacramento, están ocultos. No es oculto, ni ignorado para nosotros el sacramento de Dios Cristo, en quien están ocultos todos los tesoros de la ciencia. Y porque él mismo es sacramento; veamos si en lo que no sabe, es ignorante. Pues si en lo demás la profesión de ignorar no tiene la inteligencia de no saber; tampoco ahora lo que no sabe lo ignora. Pues cuando su ignorancia, según que todos los tesoros de la ciencia están ocultos en él, es más bien dispensación que ignorancia; tienes la causa de ignorar sin la inteligencia de no saber.

63. Dios que no sabe o ya sabe qué se dice. Pues en todo lo que Dios dice que ignora, profesa ignorancia, pero no está retenido por ignorancia: mientras que lo que no sabe, no es por la debilidad de no saber, sino que es o tiempo de no hablar, o dispensación de no actuar. Dios habla a Abraham diciendo: "El clamor de Sodoma y Gomorra se ha llenado, y sus pecados son muy grandes. Descenderé, pues, y veré si según el clamor de ellos se han consumado; y si no, para que sepa" (Gén. 18, 20 y 21). Por tanto, tenemos a Dios que no sabe, lo que sin embargo no ignora. Pues cuando sabe que los pecados son muy grandes, y nuevamente

desciende para ver si se han consumado, y si aún no se han consumado, para que sepa: entendemos que no ignora, porque no sabe; sino que sabe cuando es tiempo de actuar. Por tanto, saber de Dios, no es una mutación de ignorancia, sino plenitud de tiempo. Pues aún se espera para que sepa: y cuando no podemos entender de él que no sabe; sin embargo, cuando aún espera para que sepa, es necesario que lo que sabe sin saber, y no sabiendo sabe, no sea otra cosa que o dispensación de hablar, o de actuar.

64. Dios se dice que sabe ahora lo que ahora profiere. Por tanto, no se puede dudar que el conocimiento de Dios es más bien de tiempo que de mutación, cuando lo que Dios sabe, es más bien tiempo de profesar conocimiento que de adquirirlo: para que también de esto seamos enseñados, lo que se dijo a Abraham: "No extiendas tu mano sobre el niño, ni le hagas nada: porque ahora sé que temes a tu Dios, y no has perdonado a tu hijo amado por mí" (Gén. 22, 12). Por tanto, Dios sabe ahora: pero saber ahora es una profesión de ignorancia anterior. Lo cual, cuando no cae en Dios, ni para que se entienda que antes ignoraba que Abraham le era fiel, de quien se dijo: "Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia" (Gén. 15, 6; y Rom. 4, 3): esto que ahora conoció, es el tiempo en que Abraham recibió testimonio, no también (en el que) Dios comenzó a saber. Pues Abraham, con el holocausto de su hijo, había mostrado el amor que tenía a Dios: Dios lo conoció entonces, cuando habla. Y porque antes no se debe entender que ignoraba; es necesario que entonces se entienda que conoció, porque habla. Y de muchas cosas, que en el Antiguo Testamento se contienen sobre el conocimiento de Dios, estas solo se han demostrado por nosotros como ejemplo: para que lo que Dios no sabe, no se entienda ser por causa de ignorancia, sino de tiempo.

65. Se dice que no conoce a los indignos de su conocimiento, a los obradores de iniquidad, a las vírgenes necias. En los Evangelios encontramos al Señor sabiendo muchas cosas que no sabe. A los obradores de iniquidad, gloriándose en muchas virtudes y en su nombre, no los conoce diciendo: "Y entonces juraré, que no os conozco. Apartaos de mí, todos los que obráis iniquidad" (Mateo 7, 23). Incluso con juramento no conoce a quienes no ignora que son obradores de iniquidad. Por tanto, no los conoce, no porque no sepa, sino porque son indignos de su conocimiento por la iniquidad de su obra: confirmando la fe de lo dicho también con la religión del juramento, y teniendo en la virtud de la naturaleza que no ignore, y reteniendo en el sacramento de la voluntad que no sepa. También el unigénito Dios no conoce a las vírgenes necias: y a las que no se preocupan de procurarse aceite, al entrar en el tálamo de su gloriosa venida, las ignora. Pues también se acercan y ruegan, y hasta tal punto no son ignoradas, que se les responde: "En verdad os digo, que no os conozco" (Mateo 25, 12). Pues tanto el encuentro como la súplica no permiten que sean ignoradas: pero la respuesta de no conocer no es más bien de la naturaleza que de la voluntad; mientras que para él, que no ignora nada, son indignas de ser conocidas. Finalmente, para que no se pensara que por debilidad ignoraba, enseguida habló así a los apóstoles: "Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora" (Ibid., 13): para que, cuando les advierte que velen por la ignorancia del día y la hora, se supiera que las vírgenes eran desconocidas por él, porque, adormecidas y negligentes, indignas de la entrada a su tálamo, habían permanecido necesitadas de aceite.

66. Cristo, que nada ignora, habla como si no supiera por razón de la dispensación. El conocimiento del día está oculto: por eso se presenta como desconocido. No es, por tanto, el Señor Jesucristo, quien escudriña los corazones y los riñones y es Dios, quien está en esa debilidad de la naturaleza, como para no saber, cuando se entiende que lo que no sabe es por la ciencia de la naturaleza. Si alguien le atribuyera ignorancia, tema que se le diga por aquel que conoce sus pensamientos. ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? (Mateo IX, 4). Pues cuando el conocedor no ignorante de pensamientos y acciones a veces pregunta como si

no supiera sobre pensamientos y acciones, como sobre el toque del borde de la mujer, o sobre la disputa de los Apóstoles, o sobre el sepulcro de Lázaro llorando: no debe entenderse que no sabe, sino que habla. Porque no es natural que quien sabe que Lázaro ha muerto y ha sido sepultado, no sepa el lugar del sepulcro; y quien ve los pensamientos, no conozca la fe de la mujer, y quien no necesita preguntar a nadie (Juan XVI, 30), ignore la disputa de los Apóstoles. Pero para aquel que sabe todo, lo que no sabe es a veces una dispensación de hablar como si no supiera: ya sea cuando la ciencia se disimula en el tiempo con Abraham, o cuando el conocimiento se niega a las vírgenes necias y a los obradores de iniquidad, o en el sacramento del Hijo del Hombre, la pregunta del ignorante es desde el hombre: en todas estas cosas acomodándose a la verdad de la naturaleza corporal, en las cuales la debilidad de nuestra naturaleza está contenida; no para que quien es Dios sea débil por naturaleza, sino para que Dios nacido hombre asumiera las debilidades de los hombres, pero lo asumiera de tal manera que la naturaleza inmutable no se redujera a una naturaleza débil, sino que en la naturaleza inmutable hubiera un sacramento de asunción: mientras que quien era Dios, es hombre; y no dejó de ser Dios quien es hombre. Actuando así y confirmando al hombre nacido, permaneciendo Dios Verbo, muchas veces está en esa profesión en la que es hombre, aunque la protesta de Dios sea a menudo la misma que la de los hombres: cuando no sabe lo que no debe confesarse en el tiempo, o no se reconoce por mérito.

67. Cuán sabiamente está oculta. Debe entenderse, por tanto, por qué profesó no saber el día. Si se cree que no sabe en absoluto, el Apóstol contradice así: En quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Colosenses II, 5). Por lo tanto, el conocimiento está oculto: porque debe estar oculto, a veces también debe confesarse la ignorancia, para que pueda estar oculto. Pues si está en la protesta, no permanecerá en secreto. Niega, por tanto, saber: para que el conocimiento pueda estar oculto. Pero si por eso no sabe, para que el conocimiento permanezca oculto; no por naturaleza no sabe todo lo que sabe, sino solo para que esté oculto, no sabe. Y no está en la oscuridad por qué el conocimiento del día está oculto. Pues advirtiéndonos que permanezcamos siempre atentos con fe inquebrantable, quitó la seguridad del conocimiento definido: para que la mente, preocupada por la incertidumbre de la expectativa pendiente, apresurándose y siempre esperando el día de la venida, siempre esperara esperando; y la vigilancia cuidadosa retuviera esa misma incertidumbre, no obstante, del tiempo, no de la duda. Así dice el Señor: Por tanto, también vosotros estad preparados, porque no sabéis a qué hora vendrá el Hijo del Hombre (Mateo XXIV, 44). Y de nuevo: Bienaventurado aquel siervo a quien su Señor, cuando venga, lo encuentre haciendo así (Ibid., 46). La ignorancia no fue necesaria para el error, sino para la perseverancia. Ni se negó para detrimento lo que, ignorado, otorga incremento, para que la seguridad del conocimiento no despertara la negligencia de la fe disimulada, sino que la preparación inquebrantable retuviera la expectativa indefinida: que ahora, por el temor del ladrón, siempre temiera el advenimiento, eligiendo aquel el tiempo del sueño para el robo: el padre de familia, en verdad, de la casa, vigilando siempre por el temor al daño.

68. No quieren que Cristo penetre lo paterno como inferior, aunque penetre lo humano como superior. Aunque, por tanto, no esté oscuro que la ignorancia de Dios no es ignorancia, sino sacramento: mientras que por la dispensación de actuar, protestar o demostrar, no sabe como si supiera; y así no sabe como si no supiera: sin embargo, debe considerarse si tal vez es tan débil que no puede saber lo que el Padre sabe: aunque pueda conocer los pensamientos de los corazones humanos: porque la naturaleza superior se mezcla con los movimientos de la naturaleza inferior, y como débil es atravesada por la fuerza vehemente; pero es incapaz de penetrar la naturaleza más vehemente que la suya, porque así como lo ligero es permeable a lo pesado, lo raro a lo denso, y lo líquido a lo sólido; así, por el contrario, lo pesado no cede a

lo ligero, lo denso a lo raro y lo sólido a lo líquido; porque aunque lo fuerte no sea accesible a lo débil, lo débil es penetrado por lo fuerte. Por eso, el Hijo es dicho por los impíos que ignora los pensamientos de Dios Padre, porque siendo él débil, no se acerca al más poderoso, ni el débil atraviesa al fuerte.

69. Las Escrituras no permiten que se diga que Cristo es inferior al Padre. El Padre y el Hijo son espejo mutuo. Si alguien no solo se atreve a hablar con boca temeraria sobre el unigénito Dios, sino también a pensar con corazón impío; que reconozca que el Apóstol escribió así sobre el Espíritu Santo a los Corintios: Pero a nosotros nos lo reveló Dios por su Espíritu. Porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios (I Cor. II, 10, 11). Pero despreciando estos ejemplos vacíos de cosas corporales, estimemos a Dios de Dios, y al Espíritu del Espíritu, por sus virtudes más que por condiciones terrenales. Estimemos, sin embargo, no por nuestro sentido, sino por la profesión divina: y creamos a aquel que dijo, El que me ha visto, ha visto al Padre (Juan XIV, 9). Ni ignoremos a aquel que dijo, Creedme por las obras, porque el Padre está en mí, y yo en el Padre (Juan X, 38). Ni ignoremos a aquel que habló, Yo y el Padre somos uno (Ibid. 30). Pues si nuestro sentido confirma los nombres de las cosas según la inteligencia humana: no tiene diferencia de naturaleza aquel en quien se ve por la inteligencia; ni difiere en género aquel que, teniendo al que permanece en sí, está en el que permanece; ni son diferentes aquellos que son uno. Entiende la unidad, mientras la naturaleza no es dividida. Aprehende el sacramento de la naturaleza indivisa, mientras como un espejo uno es del otro. Pero espejo de tal manera que no emite el esplendor de una especie imaginada de naturaleza exterior; sino mientras la naturaleza viviente es indiferente a la naturaleza viviente, ya que de todo es toda, que aunque unigénita tiene al Padre en sí, y permanece en el Padre mientras es Dios.

70. Los herejes tergiversan lo dicho sobre la unidad de la naturaleza hacia la unidad de la voluntad. Estas cosas, por tanto, predicadas por el Señor para significar el sacramento de la natividad, los herejes, porque no pueden negarlas, intentan eludirlas refiriéndolas a la concordia de la voluntad; para que en Dios Padre y en Dios Hijo no haya unidad de divinidad, sino de voluntad: como si el discurso de la doctrina divina fuera pobre, y no pudiera decir el Señor, Yo y el Padre queremos lo mismo: o fuera de la misma inteligencia, Yo y el Padre somos uno: o el inexperto en hablar no hubiera dicho, Quien ha visto mi voluntad, ha visto la voluntad de mi Padre: y eso mismo sea, Quien me ha visto, ha visto al Padre: o ciertamente no hubiera estado en uso del discurso divino, La voluntad de mi Padre está en mí, y mi voluntad está en mi Padre; pero conveniente a este dicho sea, Yo en el Padre, y el Padre en mí (Juan XIV, 11). Aunque todas estas cosas sean feas, ineptas e impías, ni el sentido humano concede a esta opinión de necia sentencia, que o el Señor no pudo hablar lo que quería, o habló otra cosa de lo que habló: quien aunque se encuentre que usó de dichos parabólicos y alegóricos, pero es otra cosa afirmar con ejemplos lo dicho, o satisfacer la dignidad de las cosas con significaciones proverbiales, o adaptarse a las profesiones de los tiempos: sin embargo, este mismo lugar de unidad, del que se trata, no permite que se crea en los dichos otra cosa que lo que las palabras suenan. Pues si por eso son uno, porque quieren lo mismo; pero querer lo mismo no pueden las naturalezas separables, que por la diversidad de género disidente en diversas voluntades necesariamente disienten por la diversidad de naturaleza: ¿cómo pueden querer lo mismo, aquellos para quienes saber no es lo mismo; cuando la ciencia y la ignorancia impiden la unidad de una voluntad? Por tanto, cuando la ignorancia es contraria a la ciencia, no pueden querer lo mismo las cosas contrarias.

71. El Padre solo sabe el día porque no lo oculta al Hijo: el Hijo no lo sabe porque no lo revela a nadie. Pero tal vez lo que el Hijo dice que solo el Padre sabe, confirme que el Hijo, que dijo no saber, no sabe. A menos que claramente hubiera dicho que solo el Padre sabe, la cosa de gran peligro se dejaría a nuestra inteligencia, no sea que se pensara que él mismo no sabe. Pues cuando en lo que no sabe, es más bien una dispensación de ciencia oculta que una naturaleza de no saber; también ahora, por lo que solo el Padre sabe, no debe creerse que no sabía: porque, como enseñamos antes, el conocimiento en Dios no es la inteligencia de conocer lo que no sabía, sino de hablar. Y por lo que solo el Padre sabe, el Hijo no se entiende que no sabe; ya que el Hijo dice que no sabe para que otros no sepan: y dice que el Padre solo sabe para que él mismo no ignore. Pues si entonces se dice que Dios conoció que Abraham lo amaba, cuando no lo ocultó a Abraham (Gén. XXII, 12); es necesario que también se diga que el Padre sabe el día porque no lo ocultó al Hijo, no tomando Dios el conocimiento de un conocimiento repentino, sino manifestándolo en el tiempo. Por tanto, si el Hijo no sabe el día según el sacramento para callar; por el contrario, es necesario que el Padre solo se muestre saber el día porque no calla.

72. Dios es simple, y no debe pensarse de manera humana. No cambia. Todo lo puede. Pero lejos esté que se piense en el Padre y el Hijo las novedades de cambios corporales, como si alguna vez el Padre hablara o callara al Hijo. Recordamos ciertamente que a veces se envió una voz del cielo; para que el sacramento del Hijo entre nosotros confirmara el significado del dicho paterno, como dice el Señor: No por mí vino esta voz del cielo, sino por vosotros (Juan XII, 30). Sin embargo, la naturaleza de Dios no necesita las composiciones de las necesidades humanas, el movimiento de la lengua, el temperamento de la boca, el esfuerzo del espíritu, el pulso del aire. Dios es simple, debe ser entendido por nuestra religión, profesado por piedad: no debe ser perseguido por el sentido, sino adorado; porque la naturaleza moderada y débil no debe ocupar con la opinión el sacramento de la naturaleza infinita y poderosa. No es, por tanto, diverso en partes de divinidad compuesta: para que haya en él o voluntad después del estupor, o palabra después del silencio, o obra después del ocio: para que no se piense que quiere algo, a menos que se mueva a querer; o que no pueda hablar algo, a menos que las palabras suenen después del silencio; o que no se entienda que hace algo, a menos que salga a la obra. No está sujeto a las leyes de la naturaleza, de quien toda naturaleza recibe la ley: ni está detenido en algo por la debilidad o el cambio de hacer, quien está fuera del límite del poder, según el dicho del Señor: Padre, todo es posible para ti (Marcos XIV, 36): para que tanto como el sentido humano no capta, tanto pueda Dios. Pero ni siquiera se privó a sí mismo de la virtud de la omnipotencia, diciendo, Todo lo que hace el Padre, lo mismo hace el Hijo de igual manera (Juan V, 19). No hay dificultad, donde no hay debilidad; porque la dificultad está sujeta al poder impotente de hacer. Pues la naturaleza de la dificultad está en la debilidad de la virtud: que cuando no tiene medida de poder, no está sujeta a la ley de la debilidad.

73. No pudo alguna vez no saber el día. La naturaleza del Hijo es una con el Padre. Esto ha sido demostrado por nosotros para que no se piense que Dios habló al Hijo después del silencio, o que el Hijo supo después de la ignorancia: sino que nuestra inteligencia debe ser instruida por las significaciones de nuestra naturaleza, que no entendería que algo se demuestra a menos que sea por un hablante, y no se pensaría que algo no se sabe a menos que se sepa. Por tanto, el Hijo no sabe el día porque calla: y dice que el Padre solo sabe porque solo a él no le calla. Pero no espera, como dije, estas dificultades de la naturaleza, para saber entonces cuando deje de ignorar, para oír entonces cuando el Padre comience a hablar. No ambiguamente enseñó la unidad de su naturaleza con él, como unigénito, diciendo: Todo lo que el Padre tiene, es mío. Pues no habló ahora de obtener; porque una cosa es ser por su

subsistencia externa, otra cosa es ser en sus propias cosas y ser él mismo: de las cuales una cosa es poseer el cielo, la tierra y todo el mundo, otra cosa es significarse a sí mismo en estas cosas que son suyas, pero de tal manera que no están sujetas como externas, sino que él mismo subsiste de sus propias cosas. Ahora, por tanto, cuando todo lo que el Padre tiene, es suyo; significa la naturaleza de la divinidad, no la comunión de lo obtenido. Pues a lo que hablaba de que el Espíritu Santo tomaría de lo suyo, dijo, Todo lo que el Padre tiene, es mío; y por eso dije, tomará de lo mío: para que mientras toma de lo suyo, no se pensara que no toma también del Padre; o cuando toma del Padre, no se entendiera que no toma también de lo suyo. Pues el Espíritu Santo no tomaba de las criaturas, que es el Espíritu de Dios; para que no se vea que toma de estas, porque todas estas cosas son de Dios. Pero no por eso todo lo que el Padre tiene, es suyo, para que lo que toma del Hijo, no se vea que también toma del Padre; cuando todo lo que es del Padre, se entiende que es también del Hijo.

74. Cuya voluntad, y por tanto conocimiento, es la misma con el Padre. Esta naturaleza, por tanto, no necesitó ni de cambio, ni de interrogación, ni de alocución, para saber después de la ignorancia, para preguntar después del silencio, para oír después de la interrogación: sino que permaneciendo perfecta en el sacramento de su unidad, como tuvo la natividad de Dios, así tuvo también la universalidad. Teniendo la universalidad, no dejó de tener también lo que es de la universalidad, a saber, el conocimiento o la voluntad: para que lo que el Padre sabe, el Hijo lo sepa por interrogación; o lo que el Padre quiere, el Hijo lo quiera por significación. Pero cuando todo lo que el Padre tiene, es suyo; estaba en esa propiedad de naturaleza, para que no quisiera o supiera algo diferente de lo que el Padre. Para la demostración de la natividad, a menudo se ha añadido la demostración de la persona, cuando se dice: No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió (Juan VI, 38). Hace la voluntad del Padre, no la suya: mientras por la voluntad de aquel que lo envió, significa también al Padre. Pero que él mismo quiera eso mismo, no ambiguamente lo muestra diciendo: Padre, quiero que aquellos que me has dado, estén conmigo donde yo estoy (Juan XVII, 24). Por tanto, cuando el Padre quiere que estemos con Cristo, en quien según el Apóstol nos eligió antes de la fundación del mundo, y el mismo Hijo quiere eso mismo, a saber, que estemos con él (Efesios I, 4); la voluntad es la misma en la naturaleza, que se distingue en la voluntad para la significación de la natividad.

75. Los Apóstoles entendieron que no era ignorante, sino que callaba por dispensación. Por tanto, el Hijo no ignora lo que el Padre no ignora; ni porque solo el Padre sabe, por eso el Hijo no sabe: cuando el Padre y el Hijo permanecen en la unidad de la naturaleza; pero lo que el Hijo no sabe, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento, es una dispensación de callar: como el mismo Señor testificó, cuando respondió a los Apóstoles que preguntaban sobre los tiempos: No os corresponde a vosotros saber los tiempos o momentos que el Padre ha puesto en su potestad (Hechos I, 7). Se niega el conocimiento: y no solo se niega, sino que también se prohíbe la preocupación por el conocimiento, cuando saber estos tiempos no es de ellos. Ciertamente ahora, después de la resurrección, preguntan sobre los tiempos, a quienes antes se les dijo que ni siquiera el Hijo sabía: ni pueden parecer haber entendido según el oído que el Hijo no sabía; cuando ellos mismos lo interrogan de nuevo como sabiendo. Pero entendiendo que el sacramento de no saber es una dispensación de callar, ahora después de la resurrección juzgan que es tiempo de hablar, preguntan. Y el Hijo no dice ya que no sabe; sino que no es de ellos saber, porque el Padre lo ha puesto en su potestad. Por tanto, si los Apóstoles entienden que lo que el Hijo no sabe del día es una dispensación, no una debilidad; ¿decimos que el Hijo no sabe el día solo para que no sea Dios? cuando el Padre Dios ha puesto el día en su potestad para que no llegue al conocimiento de la cognición humana: y el Hijo, antes interrogado, diciendo que no sabe,

ahora de nuevo no responde que no sabe, sino que es de ellos no saber; y el Padre no ha puesto los tiempos en su conocimiento, sino en su potestad. Pues cuando el día y el momento están dentro del nombre de los tiempos; no puede parecer que el mismo que va a restaurar el reino a Israel, ignore el día y el momento de restaurarlo. Pero enseñándonos a la inteligencia de su natividad por la excepción de la potestad paterna, no respondió que no sabía: y demostrando que la facultad de conocimiento no les fue concedida, profesó que eso mismo consiste en el sacramento de la potestad paterna.

Por tanto, no porque el Hijo diga que no sabe el día y el momento, debe creerse que no sabe, así como tampoco cuando según el hombre llora, duerme o está triste, debe confesarse que Dios está sujeto a lágrimas, temor o sueño: sino que, salvando la verdad del Unigénito en sí, según la debilidad de la carne, el llanto, el sueño, el hambre, la sed, el cansancio, el miedo, es necesario que se entienda que profesó la ignorancia del día y la hora según la naturaleza humana.

Totus est adversus eos, que no quieren reconocer en Cristo ninguna sustancia que no haya sufrido en la pasión, ninguna que haya estado libre de hambre, sed, tristeza o miedo, olvidando la profesión y naturaleza divina, y han tomado los hechos y dichos de la dispensación como argumento de su impiedad (Lib. I, n. 32). Algunos de ellos afirmaban que Cristo era un mero hombre, en cuya alma no un simple, sino un DOMINANTE miedo a la tristeza inminente había caído, quien había sido consternado por la NECESIDAD de la pasión, y a quien había dominado la fuerza del dolor (Ibid., n. 33). Otros, confundiendo el Verbo con la carne, proclamaban que había cumplido la función del alma. No faltaban quienes, separándolo completamente del hombre, no admitían ninguna presencia de él en Cristo, salvo la que reconocemos en los profetas. Nuevamente, abarcaban opiniones discrepantes, considerando que no solo la carne de Cristo, sino también su alma, provenían de Adán, para eludir las Escrituras que indican que descendió del cielo, interpretando ese descenso no como el Verbo asumiendo carne, sino como la carne misma traída del cielo.

Contra esos herejes, Hilario utiliza principalmente un tipo de argumento en el que sus propias opiniones no les ofrecen respuesta. Lo que pide al inicio de otras Obras, es que no se le juzgue antes del final. Pues si los inicios producen algún tropiezo, el final lo levantará. Aunque, expuesta la opinión de los adversarios, se juzga fácilmente, ya sea eximiendo solo a la divinidad de Cristo del dolor, miedo y tristeza; o defendiendo su naturaleza humana solo de las pasiones dominantes y forzadas de este tipo. También debe considerarse lo que Gregorio de Nisa, en el Or. V contra Eunomio, citado por Teodoreto en el Diálogo III, dice: Pues cuando hay una opinión doble y ambigua, si la divinidad o la humanidad ha sufrido: el rechazo de una será la confirmación de la otra.

Así, Hilario, en el número 9, comenzando a exponer y perseguir las insanas opiniones de los herejes contra la divinidad de Cristo, desde entonces, hasta el número 36, diserta sobre su maravillosa concepción, de modo que demuestra que la verdad de nuestra naturaleza fue asumida por el Verbo sin abolirse a sí mismo, sin nuestros vicios. De lo cual concluye que Cristo, siendo uno y el mismo, aunque no concebido por ley humana, sin embargo, existió como verdadero hombre y verdadero Dios: como verdadero hombre, se le permitió las naturalezas de las pasiones; como concebido sin los vicios de nuestro origen, no fue afectado por las injurias de nuestras pasiones; como verdadero Dios, estuvo completamente ajeno a ellas.

Desde allí hasta el número 43, examinando las causas de su tristeza, oración y ministerio angélico, defiende que no estaba triste por sí mismo, sino por los Apóstoles, que oró y fue confortado por un ángel. Luego, en los cinco números siguientes, narra los signos de la omnipotencia divina que Cristo mostró en la pasión: por los cuales fácilmente se ve que la necesidad del dolor, la fuerza y la deshonra no le convienen a quien pudo tanto; y que, según el hombre, sufrió todas las debilidades por nosotros, pero según Dios, triunfó en todas ellas (número 47).

Aquí los adversarios objetan la voz de Cristo clamando que fue abandonado. Lo que es su fe sobre Cristo, lo declara el número 49. Y luego, con muchas preguntas opuestas sobre el nacimiento temporal de Cristo, el llanto, el poder de poner y retomar el alma, la recomendación y entrega del espíritu, que no pueden conciliarse con la doctrina de los herejes, resuelve el nudo de ellas en el número 61, desde la fe de la Iglesia, que no confunde las naturalezas de Cristo, ni divide las personas, en un mismo Cristo tiene al que se queja de haber sido abandonado hasta la muerte, porque es hombre, y al que muriendo profesa reinar en el paraíso, porque es Dios. Mientras tanto, Hilario recomienda la necesidad de la fe a su manera: para refrenar la arrogancia de los herejes, 321-322 que se jactaban de comprender los misterios de Cristo. Pues como enseña Atanasio al final del libro de la Salvación contra J. C., quienes atribuyen la pasión a su divinidad, o quienes no tienen fe en su humanidad, o quienes separan uno en dos, hacen una dimensión de su carne, y definen CUÁNTO y CÓMO más allá de las sagradas Escrituras, τό πὸσον ἢ πῶς παρὰ τὰς γραφὰς λέγειν τολμῶντες.

1. Causas de las opiniones disidentes. Siguiendo la doctrina del placer, no de la razón.---No es ambiguo que todo discurso humano siempre ha estado sujeto a contradicción: porque, con los movimientos disidentes de las voluntades, también es disidente el sentido de las almas; luchando con la afección de los juicios adversarios, contradice con las afirmaciones que ofenden. Pues aunque toda declaración esté perfeccionada por la razón de la verdad; sin embargo, mientras algo parece o agrada a unos y otros, el discurso de la verdad está expuesto a la respuesta de los adversarios: porque contra la verdad, ya sea no entendida o que ofende, el error de una voluntad tonta o viciosa se opone. Pues toda obstinación de las voluntades asumidas es desmedida: y el estudio de oponerse persiste con un movimiento inflexible, donde la voluntad no se somete a la razón, ni se dedica al estudio de la doctrina, sino que buscamos la razón para lo que queremos, y adaptamos la doctrina a lo que estudiamos. Y ya no será doctrina del nombre, sino de la naturaleza, la que se finge: y ya no permanecerá la razón de la verdad, sino del placer; que la voluntad más ha adaptado para la defensa de lo que agrada, no lo que incitará el instinto de la voluntad a través de la inteligencia de la verdad razonable. Por estos vicios de las voluntades estudiosas surgen todas las contradicciones de las intenciones adversarias: y entre la afirmación de la verdad y la defensa del placer, hay una lucha obstinada: mientras la verdad se mantiene y la voluntad se defiende. Sin embargo, si la voluntad no precediera a la razón, sino que se moviera a querer lo que es verdadero a través de la inteligencia de la verdad: nunca se buscaría la doctrina de la voluntad, sino que la razón de la doctrina movería toda voluntad; y todo discurso de la verdad sería sin contradicción, cuando cada uno no defendiera que lo que quiere es verdadero, sino que comenzara a querer lo que es verdadero.

2. Qué maestros buscan.---No ignorando el Apóstol estas voluntades viciosas, entre muchos preceptos de la fe que debe testificarse y de la palabra que debe predicarse, escribiendo a Timoteo dice: Vendrá tiempo cuando no soportarán la sana doctrina, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propios deseos: y apartarán el oído de la verdad, y se volverán a las fábulas (II Tim. IV, 3). Pues donde, por el estudio de la impiedad, estarán fuera de la paciencia de la sana doctrina, entonces se amontonarán

maestros para lo que desean, acumulando instituciones de doctrinas aptas para sus deseos, no deseando ser enseñados, sino reuniendo maestros para lo que desean: para que el mismo cúmulo de maestros buscados y amontonados satisfaga las doctrinas de sus deseos ardientes. Y este furor de irreligiosidad tonta, ¿con qué espíritu, no soportando la sana doctrina, deseará la corrupta, si lo ignora; que lo sepa por el mismo Apóstol escribiendo a este mismo Timoteo: Pero el Espíritu dice claramente que en los últimos tiempos algunos apostatarán de la fe, prestando atención a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios, en hipocresía de mentirosos (I Tim. IV, 1). Pues ¿quién es el progreso de la doctrina, buscar más lo que agrada que lo que debe enseñarse? ¿O qué religión de doctrina es, no desear lo que debe enseñarse, sino amontonar doctrina para lo que se desea? Pero estos incentivos de espíritus engañadores proporcionan, y los falsos discursos de religión simulada confirman. Pues sigue a la defección de la fe la hipocresía mentirosa, para que haya piedad en las palabras, que la conciencia ha perdido. Y esa misma piedad simulada la hacen impía con toda mentira de palabras, corrompiendo la santidad de la fe con los institutos de falsa doctrina: mientras la doctrina se amontona más según los deseos de los estudios, que según la fe evangélica. Pues con los oídos incitados por la comezón, mientras se rascan a sí mismos con la nueva predicación de su deseo bajo la delectación impaciente de oír, ellos mismos, completamente ajenos al oído de la verdad, se destinan totalmente a las fábulas: para que adquieran la apariencia de verdad en lo que hablan, mientras no pueden hablar ni oír lo que es verdadero.

3. Las predicciones se aplican a los arrianos.---Ciertamente hemos caído en este tiempo más molesto de la profecía apostólica. Pues ahora, habiendo buscado maestros para predicar la criatura más que a Dios, se estudian doctrinas más para los deseos humanos que para la sana fe: y hasta tal punto la comezón de los oídos los ha excitado para oír lo que desean, que, habiendo amontonado maestros, ahora solo prevalece esta predicación, por la cual el unigénito Dios está alienado del poder y la verdad de Dios Padre, o es un Dios de otro género en nuestra fe, o no es Dios: mortal por ambas profesiones de impiedad, o hablando de dos dioses bajo la diversidad de divinidad, o negando completamente a Dios, a quien la naturaleza de Dios por nacimiento le pertenece. Esto agrada a los oídos alienados del oído de la verdad y convertidos a las fábulas: no se soporta la audiencia de esta sana doctrina, y toda ella, con sus predicadores, está exiliada.

4. Hilario en el exilio libre y feliz.---Pero aunque ahora, por muchos que amontonan maestros según sus deseos, la sana doctrina esté exiliada; sin embargo, la verdad de la predicación no estará exiliada de los santos. Hablaremos exiliados a través de estos libros, y la palabra de Dios, que no puede ser encadenada, correrá libre, advirtiendo sobre este mismo tiempo de la profecía apostólica: para que cuando se descubra la impaciencia del oído de la verdad, y se encuentren maestros amontonados según los deseos humanos, ya no haya duda sobre el tiempo; sino que se entienda que la verdad coexilia, exultando con los predicadores de la sana fe. Y no nos quejaremos de los tiempos: incluso nos alegraremos, porque la iniquidad se ha mostrado a través de este tiempo de nuestro exilio, en el que, impaciente del oído de la verdad, exilia a los predicadores de la sana doctrina, para amontonar maestros según sus deseos: regocijándonos y exultando en el Señor en nuestro exilio, que la plenitud de la profecía apostólica se ha cumplido en nosotros.

5. Cómo se comportó cautelosamente en los libros anteriores. Calumnias habituales de los arrianos contra los católicos.---Por lo tanto, en los libritos anteriores, manteniendo la profesión de fe sincera e incontaminada de la verdad, aunque según la costumbre de la naturaleza humana ningún discurso esté libre de contradicción, sin embargo, creo que hemos moderado la razón de toda nuestra respuesta, de modo que nadie pueda contradecir sin profesar impiedad. Pues la verdad de esos dichos, que los herejes presumen de los Evangelios

según el arte de su falsedad, ha sido demostrada de tal manera que ya no se puede excusar la ignorancia en la contradicción, sino que es necesario confesar la irreligiosidad. También ahora, según el don del Espíritu Santo, hemos moderado la demostración de toda la fe, para que no puedan al menos mentir algún crimen contra nosotros. Pues suelen llenar así los oídos de los ignorantes sobre nosotros, afirmando que negamos el nacimiento, cuando predicamos la unidad de la divinidad: y dicen que por esto, Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30), significamos a Dios solitario: como si el Dios innascible descendiendo en la Virgen hubiera nacido hombre, quien para la dispensación de la carne lo que así comenzó, Yo, para la demostración de su divinidad añadió, y el Padre, como si este hombre suyo fuera su padre; consistiendo de dos, a saber, hombre y Dios, habló de sí mismo, somos uno.

6. Qué se ha dicho hasta ahora sobre la generación eterna del Hijo.---Pero nosotros, proclamando la generación subsistente sin tiempo, hemos predicado a Dios Hijo no un Dios de naturaleza ajena a Dios Padre: ni coigual por innascibilidad al Innascible, sino no desigual por la generación del Unigénito: ni uno por nombres geminados de unión, sino por la generación de la naturaleza: ni dos dioses por diversidad de género en la fe, ni nuevamente singular porque solo Dios, donde debe confesarse el sacramento del unigénito Dios; sino que en el Padre se significa y está el Hijo, mientras en él está tanto la naturaleza del Padre como el nombre (es decir, de la naturaleza), en el Hijo se entiende y permanece al Padre, mientras el hijo no puede decirse sino del padre, ni ser: también siendo la imagen viviente de la naturaleza viviente, y la forma naturalmente sellada de Dios en Dios tan indiferente en poder y género, que en él ni la obra, ni el discurso, ni la visión son ajenos al Padre: sino que, teniendo naturalmente en sí la naturaleza de su autor, por su imagen natural su autor ha obrado, hablado y sido visto.

7. Qué sobre el temporal.---Y proclamando esta generación del Unigénito tanto intemporal como inenarrable y que excede todo sentido de la inteligencia humana, también hemos enseñado el sacramento de Dios nacido en hombre del parto de la Virgen: demostrando según la dispensación de la carne asumida, cuando se vació de la forma de Dios y tomó la forma de siervo, que la debilidad del hábito humano no debilitó la naturaleza de Dios, sino que, con la virtud de la divinidad en el hombre intacta, se adquirió el poder de Dios sobre el hombre. Pues cuando Dios nació en hombre; no nació para no seguir siendo Dios, sino para que, permaneciendo Dios, el hombre nacido en Dios. Pues también su nombre es Emmanuel (Mat. I, 23), que es Dios con nosotros: para que no sea una deficiencia de Dios hacia el hombre, sino un progreso del hombre hacia Dios (Juan XVII, 5). O cuando pide ser glorificado, no es para la naturaleza de Dios, sino para la asunción de la humildad que esto beneficia. Pues pide esta gloria que tuvo con Dios antes de la constitución del mundo.

8. Qué sobre la hora desconocida.---Respondiendo también a sus profesiones más tontas, hemos descendido a la demostración de la hora desconocida: que aunque, según ellos, no hubiera sido aprehendida (percibida) por el Hijo, sin embargo, no se referiría esto a la deshonra de la divinidad del unigénito; porque la naturaleza no permitiría que la natividad lo retrotrajera a la ininitiable subsistencia de la innascibilidad, reservando el Padre el momento de definir el día aún a la demostración de la autoridad innascible: ni podría entenderse débil la naturaleza en la que tanto hay de la natividad de la naturaleza, cuanto puede cumplir la perfecta natividad: ni debe atribuirse al unigénito Dios la ignorancia del día y la hora para diferenciar la divinidad, cuando para demostrar la innascible e ininitiable potestad en el Padre contra los herejes sabelianos, esta excepción de potestad innascible está en él. Pero porque hemos enseñado que esta profesión de día desconocido no es una debilidad de ignorancia, sino una dispensación de silencio: también ahora debe purgarse toda ocasión de impía

afirmación, y deben recorrerse todas las predicaciones de blasfemia herética, para que la verdad del Evangelio brille a través de lo mismo que parece oscurecerse.

9. El miedo y el dolor de la pasión se objetan contra la igualdad del Hijo.---Pues muchos de ellos quieren, del miedo a la pasión y de la debilidad de sufrir, que no estaba en la naturaleza de Dios impasible: para que quien temió y dolió, no estuviera en esa seguridad de poder que no teme, ni en esa incorruptibilidad del Espíritu que no duele; sino que, de naturaleza inferior a Dios Padre, tembló de miedo a la pasión humana, y gimió ante la atrocidad del dolor corporal, y se esfuerzan con esta afirmación de su impiedad, porque está escrito: Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38); y nuevamente: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Ibid., 39); pero también aquello: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mat. XXVII, 46); añaden esto también: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lucas XXIII, 46). Pues todas estas profesiones de nuestra fe piadosa las llevan a la usurpación de su impiedad: para que haya temido, quien está triste, quien también ha rogado que se le pase el cáliz; para que haya dolido, quien se ha quejado de haber sido abandonado por Dios en la pasión; para que también haya sido débil, quien ha encomendado su espíritu al Padre, y la ansiedad no admite semejanza con la naturaleza igualada a Dios en la natividad del Unigénito que testifica su debilidad y diversidad con la súplica del cáliz, la queja de desolación y la confesión de encomienda.

10. No se dice correctamente que temió la muerte, que enseñó a no temer.---Y primero, antes de demostrar por estas mismas palabras que no cayó en él ninguna debilidad de temer, ni de doler: se debe preguntar qué parece haber podido temer, para que en él haya caído el miedo al dolor intolerable. Y creo que no se presenta aquí otra causa para temer que la pasión y la muerte. Y pregunto a aquellos que así lo piensan, si tiene razón que haya temido morir, quien, apartando todo terror de muerte de los Apóstoles, los exhortó a la gloria del martirio, diciendo: Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí: y quien halla su vida, la perderá: y quien la pierda por mí, la hallará (Mat. X, 38, 39). Pues si morir por él es vida; ¿qué se piensa que dolió en el sacramento de la muerte, quien da vida a los que mueren por él? Y cuando advierte que no deben temerse a los que matan el cuerpo (Ibid., 28); ¿le aterrorizó la muerte misma al temor de la pasión corporal?

11. Que también la enfrentó voluntariamente con el poder de revivir.---Luego, ¿qué dolor de muerte temería, muriendo con la libertad de su poder? Pues la muerte para el género humano, o una fuerza exterior, es decir, fiebre, herida, accidente, ruina, acelerada en el cuerpo; o la misma naturaleza de nuestro cuerpo vencida por la vejez cede a esa misma muerte. Pero el unigénito Dios, teniendo así el poder de poner el alma, como de retomarla, para llevar a cabo en sí el sacramento de la muerte, cuando habiendo bebido vinagre testificó haber consumado toda la obra de las pasiones humanas, inclinando la cabeza entregó el espíritu (Juan XIX, 30). Si este derecho se ha dejado a la naturaleza del hombre, para que expirando por sí mismo descanse en la muerte, y no disuelto el cuerpo, el alma debilitada se retire, o los miembros rotos o perforados o aplastados, el espíritu como en su sede violado estalle o fluya: que caiga en el Señor de la vida el miedo a la muerte, si porque entregó el espíritu, no usó el poder de su libertad para morir. Pero si murió por sí mismo, y por sí mismo entregó el espíritu; no hay terror de muerte en el poder de morir.

12. Ni al cuerpo ni al espíritu la muerte fue terrible. — Pero tal vez, por la ignorancia y el temor humano, temió en sí mismo el poder de morir; de modo que, aunque murió por su propia voluntad, temió el hecho mismo de que iba a morir. Y si acaso hay quienes piensen así, que determinen a qué se refieren al considerar la muerte como terrible, al Espíritu o al

cuerpo. Si al cuerpo; ¿acaso ignoran que el Santo, que no vería corrupción (Sal. XV, 10), resucitaría el templo de su cuerpo en tres días? Si, en cambio, la muerte es terrible para el Espíritu; ¿Cristo temería el infierno mientras Lázaro se regocijaba en el seno de Abraham? Estas ideas son absurdas y ridículas, como si temiera morir teniendo el poder de poner y retomar su alma, dispuesto a morir bajo la libertad de su voluntad para el sacramento de la vida humana. No hay temor a la muerte en la voluntad y el poder de quien muere y no permanece muerto por mucho tiempo: porque tanto la voluntad de morir como el poder de revivir están fuera de la naturaleza del temor, ya que la muerte no puede ser temida cuando se tiene la voluntad de morir y el poder de vivir.

13. Si temió los castigos. — Pero tal vez el dolor del cuerpo colgado en la cruz, las violentas ataduras de las cuerdas y las crudas heridas de los clavos fueron motivo de temor. Veamos de qué cuerpo es el hombre Cristo, para que el dolor permaneciera en la carne suspendida, atada y traspasada.

14. De dónde proviene el sentido en los cuerpos. — La naturaleza de los cuerpos es tal que, animados por la asociación con el alma, adquieren una cierta sensibilidad del alma que siente, y no son materia insensible e inanimada: sino que, al ser tocados, sienten; al ser heridos, duelen; al tener frío, se congelan; al ser confortados, se alegran; al ayunar, se debilitan; y al comer, engordan. Por un cierto tránsito del alma que los penetra y los posee, según las circunstancias, se deleitan o se dañan. Así, cuando los cuerpos son heridos o perforados, el sentido del dolor es admitido por el sentido del alma que se ha infundido en ellos. Finalmente, el cuerpo duele hasta el punto de la herida, y los fragmentos de uñas cortados de los dedos no sienten. Y si alguna parte de los miembros se corrompe por un defecto y pierde el sentido de la carne viva, cuando se corta o se quema, no se sentirá dolor, ya que no permanece en ella la mezcla del alma. O cuando la grave necesidad de amputar el cuerpo persiste, el vigor del alma se adormece con una bebida medicada, y la mente, ocupada por jugos más fuertes, se sumerge en el olvido de su sentido moribundo. Entonces, los miembros insensibles al dolor son cortados, y el sentido de la carne muerta escapa de toda herida profunda, mientras el sentido del alma en sí mismo se adormece. Así, el dolor es causado por la mezcla del alma débil en su sentido débil, en el cuerpo animado.

15. De dónde provienen el cuerpo y el alma de Cristo. — Si, por lo tanto, el hombre Jesús Cristo vivió en el cuerpo a través de los principios de nuestro cuerpo y alma, y no de tal manera que Dios, el príncipe de su cuerpo, fuera también el de su alma, constituido en la semejanza del hombre y hallado en forma de hombre, nació; sintió el dolor de nuestro cuerpo, animado en el cuerpo por el alma de nuestra alma y cuerpo, como en la concepción, así también en el principio. Si, al asumir para sí mismo la carne de la Virgen, él mismo se adaptó el alma del cuerpo concebido por sí mismo; según la naturaleza del alma y del cuerpo, es necesario que también haya existido la naturaleza de las pasiones. Pues, vaciándose de la forma de Dios y tomando la forma de siervo, y siendo el Hijo de Dios también el Hijo del hombre al nacer, sin perder su propia virtud, el Verbo de Dios perfeccionó al hombre viviente. Porque, ¿cómo será el Hijo de Dios el Hijo del hombre nacido; o permaneciendo en la forma de Dios, tomó la forma de siervo: si no es que el Verbo de Dios, poderoso, asumió de sí mismo la carne dentro de la Virgen y otorgó el alma a la carne, el hombre Cristo Jesús nació perfecto para la redención de nuestra alma y cuerpo; y asumió el cuerpo de tal manera que, concebido de la Virgen, lo hizo ser la forma de siervo? Pues la Virgen no engendró sino de su propio Espíritu Santo lo que engendró. Y aunque solo dio a la natividad de la carne tanto como una mujer da a los cuerpos que han de nacer, al asumir sus orígenes; sin embargo, Jesús Cristo no se formó por la naturaleza de la concepción humana. Pero toda la causa del

nacimiento, introducida por el Espíritu, mantuvo en la natividad del hombre lo que es de la madre; aunque tenía en la virtud del origen lo que es de Dios.

16. Cristo, quien es del cielo, y el Hijo del hombre, y en el cielo. — De aquí, por tanto, el Señor mismo mostró el gran y hermoso sacramento del hombre asumido, diciendo: Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo (Juan III, 13). Lo que descendió del cielo es la causa del origen concebido del espíritu. Pues María no dio origen al cuerpo: aunque contribuyó con todo lo que es natural a su sexo para el crecimiento y parto del cuerpo. Pero lo que es el Hijo del hombre es el parto de la carne asumida en la Virgen. Y lo que está en los cielos es el poder de la naturaleza siempre permanente: que, iniciada y constituida por sí misma en la carne, no se limitó a sí misma dentro de la región de un cuerpo definido por su virtud infinita. Permaneciendo en la forma de siervo por el poder del Espíritu y del Verbo de Dios, el Señor del cielo y del mundo no estuvo ausente de ningún círculo dentro o fuera del cielo y del mundo. Por esto, pues, descendió del cielo, y es el Hijo del hombre, y está en los cielos: porque el Verbo hecho carne no dejó de ser lo que es el Verbo. Pues mientras es Verbo, está en los cielos; mientras es carne, es el Hijo del hombre: mientras el Verbo hecho carne, es del cielo, es el Hijo del hombre, y está en el cielo: porque la virtud del Verbo, no permaneciendo en modos corporales, no faltó de donde había descendido; y la carne no tomó origen de otro lugar que del Verbo; y el Verbo hecho carne, siendo carne, no dejó de ser también Verbo.

17. De la tierra, como de la Virgen; como del Verbo, del cielo. — Pero el bienaventurado Apóstol también habló absolutamente del sacramento de esta inenarrable natividad corporal, diciendo: El primer hombre de la tierra, hecho de polvo, el segundo hombre del cielo (I Cor. XV, 47). Al decir hombre, enseñó la natividad de la Virgen: que, usando el oficio materno, cumplió la naturaleza de su sexo en la concepción y parto del hombre. Y cuando dice el segundo hombre del cielo, testificó su origen del acceso del Espíritu Santo que vino sobre la Virgen; y así, siendo hombre, y del cielo; el parto de este hombre es de la Virgen, y la concepción es del Espíritu. Y esto es lo que dijo el Apóstol.

18. La carne del Hijo del hombre porque es de la Virgen, el pan del cielo porque es del Espíritu Santo. — Pero el mismo Señor, revelando el misterio de su natividad, habló así: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo: si alguno come de mi pan, vivirá para siempre (Juan VI, 51, 52), llamándose a sí mismo pan; pues él mismo es el origen de su cuerpo. Y para que no se pensara que la virtud y naturaleza del Verbo se había desvanecido en la carne, dijo nuevamente que su pan era suyo: para que, al descender del cielo como pan, no se pensara que el origen de su cuerpo era de la concepción humana, mientras se muestra que el cuerpo es celestial. Pero cuando es su pan, es la profesión del cuerpo asumido por el Verbo; pues añadió: A menos que comáis la carne del Hijo del hombre, y bebáis su sangre, no tendréis vida en vosotros (Ibid., 54): para que, siendo lo que es el Hijo del hombre, y el pan del cielo él mismo descendió: por su pan descendido del cielo, y por la carne y sangre del Hijo del hombre, y concebida del Espíritu Santo, y nacida de la Virgen, se entienda la asunción de la carne.

19. Cristo perfecto Dios, perfecto hombre. — Por tanto, el hombre Jesús Cristo, tanto Hijo de Dios como Hijo del hombre, vaciándose de la forma de Dios, tomó la forma de siervo. No es otro el Hijo del hombre que el Hijo de Dios: ni otro en la forma de Dios que el que nació perfecto hombre en la forma de siervo: para que, así como por la naturaleza constituida por Dios, el príncipe de nuestro origen, nace el hombre de cuerpo y alma, así Jesús Cristo, por su virtud, sea hombre y Dios de carne y alma, teniendo en sí todo lo verdadero que es el hombre, y todo lo verdadero que es Dios.

20. Enseñando que Cristo asumió la carne y el alma de Adán. El alma obra de Dios. — Aunque muchos, con el arte de confirmar su herejía, suelen engañar los oídos de los ignorantes, diciendo que, como el cuerpo y el alma de Adán estaban en pecado, el Señor también asumió de la Virgen la carne y el alma de Adán, y que la Virgen no concibió al hombre entero del Espíritu Santo. Si entendieran el sacramento de la carne asumida, también entenderían el sacramento del mismo Hijo del hombre y del Hijo de Dios. Como si, al asumir solo de la Virgen, también hubiera asumido de ella el alma: cuando toda alma es obra de Dios, mientras que la generación de la carne siempre es de la carne.

21. Queriendo que Cristo sea un sonido de voz, y negando a los católicos que sea hombre. — Pero queriendo que el unigénito Dios, que en el principio era el Verbo con Dios, no sea un Dios sustantivo, sino un discurso de voz emitida, como lo es el verbo propio de los que hablan, así sea el Hijo para el Padre Dios; quieren astutamente insinuar que el Verbo Dios subsistente y permaneciendo en la forma de Dios no nació como hombre Cristo: para que, cuando ese hombre sea animado más bien por la causa de origen humano que por el sacramento de la concepción espiritual, no sea Dios Verbo quien se hizo hombre del parto de la Virgen, sino que, como en los profetas el Espíritu de profecía, así en Jesús fue el Verbo de Dios, y suelen acusarnos de que decimos que Cristo nació no como hombre de nuestro cuerpo y alma: cuando nosotros proclamamos que el Verbo hecho carne, y vaciándose de la forma de Dios, Cristo, y tomando la forma de siervo, nació hombre perfecto según el hábito de la conformación humana, y verdadero hombre de nuestra semejanza: para que el verdadero Hijo de Dios sea verdadero Hijo del hombre: ni no nacido de Dios hombre, ni porque nacido de Dios hombre, por eso deficiente en ser Dios.

22. El alma de Cristo de Dios. Uno es en dos naturalezas perfectas. — Pero así como asumió para sí mismo de la Virgen el cuerpo, así asumió para sí mismo el alma; que ciertamente nunca se proporciona al hombre por los orígenes de los que engendran. Pues si la concepción de la carne no la tuvo la Virgen sino de Dios; mucho más es necesario que el alma del cuerpo, si no es de Dios, no sea de otro lugar. Y siendo el mismo Hijo del hombre el mismo que es Hijo de Dios, porque todo el Hijo del hombre es todo el Hijo de Dios; qué ridículo sería proclamar a otro, no sé quién, como profeta animado por el Verbo de Dios, cuando el Señor Jesús Cristo es tanto Hijo del hombre como Hijo de Dios. Por lo que, siendo su alma triste hasta la muerte, y teniendo el poder de poner y retomar su alma, quieren considerar que el alma es externa, no del Espíritu Santo, como el cuerpo fue concebido de él: cuando el Verbo Dios, permaneciendo en el sacramento de su naturaleza, nació hombre. Pero nació, no para ser otro y otro: sino para que, siendo Dios antes del hombre, al asumir al hombre, pudiera ser entendido como hombre y Dios. Pues, ¿cómo Jesús Cristo, Hijo de Dios, nació de María, sino porque el Verbo se hizo carne: es decir, que el Hijo de Dios, estando en la forma de Dios, tomó la forma de siervo? Pero haber tomado la forma de siervo, quien estaba en la forma de Dios, se compara con los contrarios: para que tanta verdad haya en permanecer en la forma de Dios, como en haber tomado la forma de siervo. Para entender la propiedad de la naturaleza, somos impulsados por la significación común de la palabra. Pues está en la forma de siervo, quien también está en la forma de Dios. Y aunque esto sea de la naturaleza, aquello es de la dispensación; sin embargo, está en la propiedad de la misma verdad, lo que es ambos: para que sea tan verdadero en la forma de Dios, como verdadero en la forma de siervo. Así como haber asumido la forma de siervo no es otra cosa que haber nacido hombre; así estar en la forma de Dios no es otra cosa que ser Dios, profesando que es uno y el mismo, no por la deficiencia de Dios, sino por la asunción del hombre, y en la forma de Dios por naturaleza divina, y en la forma de siervo por la concepción del Espíritu Santo, se halló según el hábito del hombre. Por tanto, siendo Jesús Cristo nacido, y padecido, y muerto, y sepultado; y

resucitó. No puede en estas diversidades de sacramentos ser tan dividido de sí mismo, que no sea Cristo: pues no es otro Cristo que el que estaba en la forma de Dios, tomó la forma de siervo; ni otro que el que nació, murió; ni otro que el que murió, resucitó; ni otro que el que resucitó, está en los cielos; y en los cielos no es otro que el que descendió antes de los cielos.

23. Cristo sujeto a la pasión, ¿acaso también al dolor? Prerrogativas de Cristo en la carne. — Por tanto, el hombre Jesús Cristo, unigénito Dios, por la carne y el Verbo como Hijo del hombre y Hijo de Dios, asumió al hombre verdadero según la semejanza de nuestro hombre, sin deficiencia de sí mismo Dios: en el cual, aunque cayera un golpe, o descendiera una herida, o se encontraran los nudos, o se elevara la suspensión, ciertamente traen el ímpetu de la pasión, pero no infunden el dolor de la pasión: como un arma que perfora el agua, o el fuego que es herido, o el aire que es perforado, todas estas pasiones infligen a su naturaleza, para que perfore, para que hiera, para que perfore; pero la pasión infligida no retiene su naturaleza, ya que no está en la naturaleza perforar el agua, herir el fuego, o perforar el aire, aunque es de la naturaleza del arma herir y perforar y perforar. El Señor Jesús Cristo ciertamente padeció, mientras era golpeado, mientras era suspendido, mientras era crucificado, mientras moría: pero la pasión que irrumpió en el cuerpo del Señor, no dejó de ser pasión, pero no mostró la naturaleza de la pasión: mientras el ministerio penal se desataba, y la Virtud del cuerpo, sin el sentido del dolor, recibía la violencia de la pasión que se desataba en él. Que el cuerpo del Señor haya tenido la naturaleza de nuestro dolor, si nuestro cuerpo tiene la naturaleza de caminar sobre las olas y andar sobre las aguas, y no se hunde al caminar, ni las aguas ceden a los pies que las pisan, también penetra lo sólido, y no es detenido por los obstáculos de una casa cerrada. Pero si esta es la única naturaleza del cuerpo del Señor, que por su propia virtud, su propia alma se mueve en lo húmedo, y se sostiene en lo líquido, y atraviesa lo construido: ¿qué juzgamos de la carne concebida del Espíritu, la carne humana? Esa carne, es decir, ese pan es del cielo; y ese hombre es de Dios. Teniendo un cuerpo para sufrir, y sufrió; pero no teniendo la naturaleza para dolerse. Pues ese cuerpo es de su propia y propia naturaleza, que se conforma en gloria celestial en el monte, que con su toque ahuyenta las fiebres, que con su saliva forma ojos.

24. ¿Las pasiones humanas en Cristo? — Pero tal vez, en quien permaneció la afección de llorar, de tener sed, de tener hambre, también es necesario que en él esté la naturaleza de las demás pasiones humanas. Quien ignora el sacramento del llanto, de la sed y del hambre, sepa que vivifica al que llora, y no llora por la muerte de Lázaro (Juan II, 15), sino que se regocija, y ofrece ríos de agua viva al sediento (Juan VII, 38), ni se seca de sed, quien puede dar de beber a los sedientos, y condena al árbol que no dio sus frutos al hambriento (Mat. XXI, 19), ni la naturaleza es vencida por el ayuno, que cambia la naturaleza de la verdor por la aridez al ser ordenada (Ibid.). Pero si, además del misterio del llanto, la sed y el hambre, la carne asumida, es decir, el hombre entero, se permitió a las naturalezas de las pasiones: sin embargo, no de tal manera que se consumiera por las injurias de las pasiones; para que llorando no llorara por sí mismo, para que sediento no apagara su sed al beber, y hambriento no se llenara con el alimento de alguna comida. Pues ni cuando tuvo sed o hambre o lloró, se mostró que el Señor bebió o comió o sufrió: sino que, para demostrar la verdad del cuerpo, se asumió la costumbre del cuerpo, de modo que con la costumbre de nuestra naturaleza se satisfizo la costumbre del cuerpo. O cuando recibió bebida y comida, no se lo dio a la necesidad del cuerpo, sino a la costumbre.

25. En Cristo la verdad del cuerpo humano, no los vicios. No carne de pecado, sino semejanza. — Porque tuvo un cuerpo, pero propio de su origen; no existiendo a partir de los vicios de la concepción humana, sino subsistiendo en la forma de nuestro cuerpo por el poder

de su virtud: llevando ciertamente nuestra forma de siervo, pero libre de los pecados y vicios del cuerpo humano; para que nosotros estuviéramos en él por la generación de la Virgen, pero nuestros vicios no estuvieran en él por la virtud de su propio origen: siendo nacido hombre, no nació con los vicios de la concepción humana. El Apóstol sostuvo el sacramento de esta natividad a demostrar, cuando dijo: "Pero se humilló a sí mismo tomando forma de siervo, hecho a semejanza de hombre, y hallado en condición como hombre" (Fil. II, 7): para que al tomar forma de siervo, se entienda que nació en forma de hombre; pero al ser hecho a semejanza de hombre y hallado en condición como hombre, la apariencia y la verdad del cuerpo testifiquen al hombre, pero ignore las naturalezas de los vicios, que al ser hallado en condición como hombre, no las tenga. Porque en la semejanza de la naturaleza, no en la propiedad de los vicios es la generación. Pues porque en lo que tomó forma de siervo, parecía significarse la naturaleza de la natividad, añadió que fue hecho a semejanza de hombre y hallado en condición como hombre: para que no se creyera que la verdad de la natividad también era propiedad de la naturaleza por los vicios de los débiles, cuando en la forma de siervo había verdadera natividad; y hallado en condición como hombre, había semejanza de naturaleza. Él mismo, nacido hombre de la virgen, y hallado en semejanza de carne de pecado viciosa. Lo cual el Apóstol testificó escribiendo a los Romanos, cuando dijo: "Porque lo que era imposible para la ley, en lo que se debilitaba por la carne, Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y por el pecado condenó al pecado" (Rom. VIII, 3). No fue aquella condición como de hombre, sino como hombre; ni aquella carne carne de pecado, sino semejanza de carne de pecado: mientras que la condición de la carne está en la verdad de la natividad, y la semejanza de carne de pecado está ajena a los vicios de la pasión humana. Así, el hombre Cristo Jesús está en la verdad de la natividad mientras es hombre, y no está en la propiedad del pecado mientras es Cristo: porque el que es hombre, no pudo no ser hombre lo que nació; y el que es Cristo, no pudo perder lo que es Cristo. Y así, mientras el hombre Cristo Jesús es, tiene la natividad del hombre, que es hombre; ni está en la debilidad viciosa del hombre, que es Cristo.

26. Cristo verdadero hombre sin los vicios del hombre permaneció verdadero Dios. Se examinan los hechos de la Pasión. — Aunque la fe apostólica nos instruya en la comprensión de este sacramento, que testifica que Cristo Jesús fue hallado en condición como hombre, y enviado en semejanza de carne de pecado: para que cuando está en condición como hombre, esté en forma de siervo, y no esté en los vicios de la naturaleza; y cuando está en semejanza de carne de pecado, sea ciertamente Verbo hecho carne, pero esté más bien en semejanza de carne de pecado, que sea carne misma de pecado: y cuando el hombre Cristo Jesús es, sea ciertamente hombre, pero en el hombre no pueda ser otra cosa que lo que es Cristo: y así, nacido de la natividad del cuerpo, sea nacido hombre, ni esté en los vicios del hombre, que no esté en el origen; porque el Verbo hecho carne no pudo no ser carne lo que fue hecho, y el Verbo aunque hecho carne, no obstante no perdió ser lo que es Verbo; y mientras el Verbo hecho carne no puede carecer de la naturaleza de su origen, no pudo sino permanecer en el origen de su naturaleza lo que es Verbo, ni no ser verdaderamente entendido que el Verbo es carne lo que fue hecho; así, sin embargo, que porque habitó entre nosotros, no sea aquella carne Verbo, sino carne del Verbo habitante en la carne: que aunque así sean las cosas, veamos si todo el orden de la Pasión permite entender la debilidad del dolor corporal en el Señor. Pues diferidas por un momento las causas de aquellas palabras, de las cuales la herejía atribuye miedo al Señor; comparemos las cosas mismas como fueron hechas. Pues no puede ser que se signifique su miedo en palabras, cuya confianza se contiene en los hechos.

27. ¿Hubo miedo de la Pasión en Cristo? — ¿Te parece, oh hereje, que el Señor de la gloria temió la pasión? Pero por el error de esta ignorancia, tanto Satanás como Pedro le son

escándalo (Mat. XVI, 23). Y él, por el amor de Cristo, a quien no la carne ni la sangre, sino el Padre que está en los cielos le había revelado, detestando el sacramento de la pasión, fue confirmado en la fe con tal sentencia de severidad. ¿Qué esperanza seguirás tú, negando a Cristo Dios, y añadiéndole miedo a la pasión? ¿Acaso temió, quien salió al encuentro de los armados para prenderlo (Juan XVIII, 6)? ¿Y hubo debilidad en su cuerpo, al cual al acercarse cayeron consternadas las tropas de los perseguidores, y no soportando la majestad del que se entregaba a las cadenas, cayeron de espaldas? ¿Qué debilidad crees que dominó el cuerpo de aquel cuya naturaleza tuvo tanta virtud?

28. ¿Hubo dolor? — Pero tal vez temió el dolor de las heridas. ¿Qué horror, pregunto, tuvo del clavo que penetraba en la carne, quien restituyó la carne de la oreja cortada con solo tocarla (Luc. XXII, 51)? Explícanos tú, defensor de la debilidad del Señor, esta obra de la carne debilitada en el mismo tiempo de la pasión. Pues mientras Pedro desenvainaba y blandía la espada, el siervo del sacerdote estaba con el tronco de la oreja. ¿Cómo, del corte de la oreja, al tocar Cristo, fue restituida la carne de la oreja? ¿De dónde, entre la sangre que fluía y tras las mismas huellas de la espada que cortaba, y en la misma calumnia del tronco del cuerpo, salió lo que no es, y sigue lo que no existe, y se repone lo que falta? ¿La mano que produce así la oreja, siente el clavo? ¿Y siente la herida quien no deja el dolor de la herida a otro? ¿Está triste por el miedo de la carne que ha de ser perforada, quien al tocar puede dar carne después de la herida? Si esta fue la virtud en el cuerpo de Cristo, ¿con qué fe se defiende que fue naturalmente débil, a quien le fue natural inhibir toda la naturaleza de las debilidades humanas?

29. ¿Por eso estaba triste? — Pero tal vez con necia e impía perversidad se presumirá la afirmación de la naturaleza débil en él, porque su alma estaba triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38). Aún no te acuso, hereje, de por qué no entiendes la virtud de lo dicho. Sin embargo, por ahora te pregunto, ¿por qué no recuerdas que al salir Judas a la traición se dijo: "Ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre" (Juan XIII, 31)? Pues si la pasión lo iba a glorificar; ¿cómo el miedo de la pasión lo había hecho triste? A menos que tal vez fuera tan irracional, que temiera sufrir lo que lo iba a glorificar al sufrirlo.

30. ¿Pidió que se apartara de él el cáliz? — Pero tal vez se pensará que temió hasta el punto de pedir que se apartara de él el cáliz, diciendo: "Abba Padre, todas las cosas te son posibles, aparta de mí este cáliz" (Marcos XIV, 36). Para no calumniar sobre otras cosas, ¿no habrías refutado la torpeza de tu impiedad al menos por esto, porque leíste: "Vuelve tu espada a su lugar: el cáliz que me ha dado el Padre, ¿no lo beberé?" (Juan XVIII, 11)? Pues ¿cómo pediría que se apartara de él por miedo a sufrir, lo que por el deseo de la dispensación se apresuraba a cumplir? No conviene, pues, que no quisiera sufrir, quien quería sufrir. Y cuando supiste que quería sufrir; hubiera sido más religioso confesar la falta de entendimiento de lo dicho, que lanzarte con furia de impía necedad a afirmar que oró para no sufrir, a quien supiste que quería sufrir.

31. ¿Se quejó de haber sido abandonado? — Pero, creo, te armarás para la lucha de tu impiedad también con la palabra de la voz del Señor: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Marcos XV, 34). Después de la afrenta de la cruz, tal vez pienses que la dignación del auxilio paterno se apartó de él, y de ahí surgió la queja de su debilidad desolada. Si, pues, para ti en Cristo el desprecio, la debilidad y la cruz son afrenta; debiste no haber olvidado esta palabra: "En verdad os digo, desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del poder, y viniendo con las nubes del cielo" (Mat. XXVI, 64).

32. Recapitulación. — ¿Dónde, pregunto, en la pasión está el miedo? ¿Dónde la debilidad? ¿Dónde el dolor? ¿Dónde la afrenta? ¿Se dice que temió de los impíos? Pero él mismo proclama que quiere sufrir. ¿Se sostiene que es débil? Pero muestra que es poderoso, mientras no es sostenido al salir al encuentro de los consternados perseguidores. ¿Se le acusa de dolerle las heridas de la carne? Pero en lo que devuelve la carne de la oreja del corte, siendo él mismo carne, sin embargo, se encuentra fuera de la naturaleza carnal del dolor de la herida: porque mientras toca con la mano la oreja truncada, esa mano es del cuerpo, y mientras la mano produce la oreja del corte, no se significa que esa mano es del cuerpo débil.

33. ¿La cruz le es afrenta? — Pero se dice que la cruz le es afrenta. Sin embargo, por esta el Hijo del Hombre ha de ser visto sentado a la derecha del poder, y nacido hombre del parto de la virgen ha de regresar en su majestad con las nubes del cielo. No comprendes, irreligioso, las causas de las cosas naturales: y mientras lleno del espíritu de impiedad y error no entiendes el sacramento de la fe, te extravías con torpeza herética desde el mismo sentido del mundo. Pues todo lo que se teme, es necesario evitarlo mientras se teme; y lo que es débil, toma terror de la debilidad; y todo lo que duele, tiene en sí la naturaleza inmutable del dolor; y todo lo que es afrenta, siempre es deshonroso: pero tú, ¿con qué sentido de razón entiendes que nuestro Señor Jesucristo teme lo que se apresura a hacer; y que, consternando a los fuertes, tiembla de debilidad; y que, no permitiendo el dolor de las heridas, sufre herido; y que es deshonrado por la afrenta de la cruz, a quien la cruz es asiento junto a Dios, y regreso al reino?

34. Descendiendo a los infiernos no se apartó del cielo. La fe del ladrón es distinta a la de los herejes. — Pero tal vez piensas que le queda esta ocasión impía, que temió la necesidad de la muerte misma y el descenso a los infiernos, mientras parece testificar esto mismo con esta palabra: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Luc. XXIII, 46). Leyendo esto, y no entendiendo, o hubieras callado piadosamente, o incluso hubieras orado religiosamente por su entendimiento: no más bien, por impudente afirmación, vagaras con furia necia incapaz de la verdad. ¿Acaso crees que temió el caos infernal y las llamas torrenciales y todo el abismo de los castigos vengadores, diciendo al ladrón en la cruz: "En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso" (Ibid. 43)? No encerrarás con miedo, ni siquiera con la región de la sede infernal, el poder de esta naturaleza, que descendiendo a los infiernos, no falta en el paraíso (así como el Hijo del Hombre hablando en la tierra, permanece también en el cielo), prometiendo a su mártir el paraíso, y ofreciendo las delicias de la bienaventuranza consumada. No tiene este miedo corporal, penetrando ciertamente los infiernos, pero extendido en todas partes por la virtud de su naturaleza. Y esta naturaleza, señora del mundo, y con la libertad de la inmensa virtud espiritual, no se la reclama el caos del infierno con el terror de la muerte, de la cual las delicias del paraíso no pueden carecer. Pues el Señor, estando en los infiernos, también estará en el paraíso. Separa para el miedo del castigo la porción de la naturaleza indecible: y de Cristo y en los infiernos pon lo que duele, y en el paraíso deja lo que reina. Pues el ladrón ruega que se acuerde de él en su reino. Y, creo, el gemido al pasar el clavo por las palmas lo encendió en esta fe de confesión bienaventurada: y aprendió el reino de Cristo por el dolor del cuerpo debilitado en Cristo. Él pide la dignación de ser recordado en el reino: tú atribuyes la muerte de la cruz al miedo. El Señor le promete inmediatamente la comunión del paraíso: tú encierras a Cristo en los infiernos bajo el terror del castigo. Esta es una fe de esperanza diversa. El ladrón mereció el paraíso bajo la cruz, confesando a Cristo colgado en el reino: pero atribuyendo a Cristo el dolor del castigo y el miedo de la muerte, es necesario que también tú carezcas del paraíso y del reino.

35. Epílogo, cómo es el cuerpo de Cristo. — Comparadas, pues, las virtudes de las palabras y los hechos, no es ambiguo demostrar que en la naturaleza de su cuerpo no hubo debilidad de

la naturaleza corporal, a quien en la virtud de la naturaleza le fue dado repeler toda debilidad de los cuerpos; y aquella pasión, aunque infligida al cuerpo, no obstante no introdujo la naturaleza del dolor en el cuerpo: porque aunque la forma de nuestro cuerpo estaba en el Señor, no obstante no estaba en el cuerpo de nuestra debilidad viciosa, que no estaba en el origen, lo que la Virgen engendró del Espíritu Santo: lo cual, aunque lo engendró por el oficio de su sexo, no obstante no lo concibió con los elementos de la concepción terrena. Engendró de sí un cuerpo, pero que fue concebido del Espíritu; teniendo ciertamente en sí la verdad de su cuerpo, pero no teniendo la debilidad de la naturaleza: mientras que aquel cuerpo es la verdad del cuerpo que se genera de la virgen; y está fuera de la debilidad de nuestro cuerpo, lo que tomó el principio de la concepción espiritual.

36. Qué significa estar triste hasta la muerte. — Pero los herejes parecen apoyarse contra la demostración de la fe apostólica con esta palabra: "Mi alma está triste hasta la muerte" (Mat. XXVI, 38), para que la confesión de aquel que dice estar triste, testifique la debilidad de la naturaleza, por cuya conciencia comenzó a estar triste. Y primero interrogo el sentido de la inteligencia humana, qué significa estar triste hasta la muerte. Pues no es de la misma significación estar triste por la muerte, y estar triste hasta la muerte: porque donde la tristeza es por la muerte, allí la misma muerte es causa de la tristeza; pero donde la tristeza es hasta la muerte, la muerte ya no es causa de la tristeza, sino el fin. Quien, pues, no está triste por la muerte, sino hasta la muerte, es necesario preguntar de qué está triste. Pero no está triste en un tiempo incierto ni indefinido de la ignorancia humana, sino hasta la muerte. Y tanto no es por la muerte que se toma la tristeza, que se deja por la muerte.

37. Causa de la tristeza de Cristo. A quién pide que pase el cáliz. Dos voluntades de Cristo. — Y para que podamos entender la causa de la tristeza, veamos qué precedió o siguió a esta confesión de tristeza. Pues el misterio de toda la pasión y la fe fue consumado por el Señor en la cena de Pascua. Y después enseña el escándalo de todos en él (Mat. XXVI, 31 y 32), pero promete precederlos en Galilea (Ibid. 33). Pedro, aunque los demás se escandalicen, prometió con constante fe que él no se escandalizaría. Pero el Señor, por la naturaleza de Dios no ignorante de lo que ha de suceder, le respondió que lo negaría tres veces: para que se entendiera el escándalo de los demás por Pedro, cuando él, negándolo tres veces, cayera en tan grave peligro de fe. Entonces él, tomando a Pedro, Santiago y Juan (Ibid. 37), dos elegidos para el martirio, y a Juan para la predicación del Evangelio, se confesó triste hasta la muerte. Luego, avanzando, oró diciendo: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz: pero no como yo quiero, sino como tú quieres" (Ibid. 39). Pide que pase de él el cáliz, ciertamente ya estando con él: que entonces se consumaba en la sangre del Nuevo Testamento derramada por los pecados de muchos. Pues no pide que no esté con él, sino que pase de él. Luego pide que no se haga su voluntad: y lo que quiere que se haga, eso mismo no quiere que se le conceda. Pues dice: "Pero no como yo quiero, sino como tú quieres": significando con la voluntad de pedir que pase el cáliz la participación de la preocupación humana en él, no separaría de sí la sentencia de la voluntad unida y común con el Padre. Pero para que no se entendiera que oraba por sí mismo, y la razón de la voluntad significada y la petición de no obtenerse no estuviera en absoluto; comenzó todo esto con el exordio de su petición: "Padre mío, si es posible". ¿Se deja, pues, algo al Padre, que le sea incierto si es posible? Y si nada es imposible para el Padre, es necesario entender a qué condición se dejó lo que, si es posible, se dejó. Pues después de la oración de esta petición sigue: "Y vino a sus discípulos, y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: ¿No pudisteis velar una hora conmigo? Velad y orad, para que no entréis en tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil" (Ibid. 40 y 41). ¿Acaso aún está en oscuro la causa de la tristeza, y la petición de que pase el cáliz? Pues manda velar con él y orar para que no entren en tentación, con el espíritu dispuesto, pero la

carne débil. Pues quienes prometieron no escandalizarse por la constancia de la conciencia fiel, estaban por caer en escándalo por la debilidad de la carne. No está, pues, triste por sí mismo, ni ora por sí mismo; sino por aquellos a quienes advierte orar vigilantes, para que no les sobrevenga el cáliz de la pasión: que pide que pase de él, para que no permanezca en ellos.

38. Por qué dice "si es posible". — Por eso, pues, pidió que se apartara de él, si fuera posible: porque aunque nada es imposible para Dios, como él mismo dijo: "Padre, todas las cosas te son posibles" (Marcos XIV, 36); sin embargo, es imposible para el hombre no ser vencido por el terror de la pasión, ni puede conocerse la fe sino por la prueba. Y por eso, también por los hombres como hombre quiere que pase el cáliz, y como Dios de Dios la voluntad se une al efecto de la voluntad paterna. Y lo que dijo, "si es posible", lo enseñó claramente en lo que dijo a Pedro: "Mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo: pero yo he rogado por ti, para que no falte tu fe" (Luc. XXII, 31 y 32). Pues por este cáliz de la pasión del Señor todos iban a ser tentados. Y por Pedro se ruega al Padre, para que no falte su fe: para que a la debilidad del que niega no le faltara al menos el dolor del arrepentimiento; que la fe en él no faltara, porque se arrepentiría.

39. Qui tristis usque ad mortem.---La tristeza, por tanto, es hasta la muerte para el Señor: porque en la muerte, con el movimiento de la tierra, las tinieblas del día, la rasgadura del velo, la apertura de los sepulcros y la resurrección de los muertos, la fe de los apóstoles debía ser confirmada, la cual también sería conmovida por el terror de la guardia nocturna, y en los azotes, bofetadas, escupitajos, la corona de espinas, la carga de la cruz, y la burla de toda la pasión, y finalmente la condena de la maldita cruz. Sabiendo, por tanto, el Señor que todo esto cesaría después de su pasión, por eso está triste hasta la muerte: y sabe que este cáliz no puede pasar, a menos que lo beba, diciendo: Padre mío, si este cáliz no puede pasar de mí sin que yo lo beba, hágase tu voluntad (Mat. XXVI, 42): consumada en sí la pasión, el temor del cáliz pasará, que no podría pasar a menos que lo bebiera: el fin de su terror no sucederá sino con el terror de la pasión consumada en sí; porque después de su muerte, por la gloria de las virtudes, el escándalo de la debilidad apostólica sería expulsado.

40. Cur apostolos dormire jam sinat.---Y aunque en lo que dice: Hágase tu voluntad, permitiendo a los apóstoles el escándalo del cáliz, es decir, de su pasión, al arbitrio de la voluntad paterna; sin embargo, también usó de la oración repetida por tercera vez: después de decir: Dormid ya, y descansad (Ibid. 45). Pues no fuera de la conciencia interna de alguna razón, quien antes los había reprendido por dormir, ahora les ordena dormir y descansar. Pero se considera que Lucas nos ha dado la comprensión de esta exhortación: quien, habiendo dicho que Satanás había pedido zarandear a los apóstoles como trigo, y que el Señor había orado por la fe de Pedro para que no desfalleciera; añadió que después de mucha oración del Señor, un ángel se le apareció confortándolo; y con su asistencia comenzó a orar más intensamente, de modo que el sudor de su cuerpo caía como gotas de sangre (Luc. XXII, 43 y 44). Pues enviado un ángel para la protección de los apóstoles, y confortado el Señor por él, para que no estuviera triste por ellos, ya sin temor de tristeza dice: Dormid ya, y descansad. De hecho, Mateo y Marcos no hablaron del ángel ni de la petición del diablo: pero después de la tristeza del alma, después de la reprensión de los que dormían, después de la súplica para que pasara el cáliz, la exhortación a dormir no siguió sin razón, sino que, como iba a estar ausente de ellos, y confortado por la ayuda del ángel concedido, permitía que fueran custodiados en el sueño con la seguridad de la custodia.

41. De sudore sanguinis et adventu angeli nil in pluribus libris. Infirmitas Christi perperam inde colligitur.---No debemos ignorar que en muchos códices griegos y latinos no se encuentra escrito nada sobre la llegada del ángel o el sudor de sangre. Por lo tanto, a los que dudan si esto falta o es superfluo en varios libros (pues esto nos queda incierto por la diversidad de los libros), ciertamente si alguna herejía se halaga a sí misma con esto, afirmando que era débil aquel que necesitaba la ayuda de un ángel confortante; recuerde que el Creador de los ángeles no necesitó el auxilio de su creación; y luego que fue confortado necesariamente de la misma manera que estaba triste. Pues si está triste por nosotros, es decir, está triste por nosotros, es necesario que sea confortado por nosotros y para nosotros: porque quien está triste por nosotros y es confortado por nosotros, es confortado en la misma condición en que está triste. Nadie se atreverá a atribuir el sudor a la debilidad: porque es contra la naturaleza sudar sangre. No es debilidad lo que el poder no realizó según el hábito de la naturaleza: ni podrá de ninguna manera pertenecer a la herejía de la debilidad, lo que, contra la herejía del fantasma mentiroso, avanza hacia la verdad del cuerpo a través del sudor de sangre. Por lo tanto, ya que la tristeza es por nosotros, y la oración es por nosotros, no se puede entender que todo se hizo por nosotros, ya que todo lo que se temía fue orado por nosotros.

42. Tristitiam, calicis deprecationem, etc. Apostolos spectare.---Los Evangelios se prestan mutuamente plenitud: mientras que unos se entienden a partir de otros, porque toda la predicación es de un solo Espíritu. Esta oración silenciosa del Señor por los Apóstoles, Juan, el predicador de las causas más espirituales, la muestra, diciendo que el Señor oró así: Padre santo, consérvalos en tu nombre. Cuando estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre: los que me diste, yo los guardé (Juan XVII, 11 y 12). Por lo tanto, esa oración no fue para sí mismo, sino para los apóstoles: ni está triste por sí mismo, quien les advierte que oren para no ser tentados: ni se envía un ángel para sí mismo, quien si quisiera, podría traer doce mil legiones del cielo: ni teme a la muerte, quien está ansioso hasta la muerte: ni ruega para que el cáliz pase de él; sino que ruega para que el cáliz pase de él, que sin embargo no puede pasar, a menos que lo beba. Pasar no es dejar el lugar, sino no existir en absoluto: lo cual el mismo lenguaje evangélico y apostólico significa, cuando se dice, El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Marcos XIII, 31). Y también el Apóstol: He aquí, las cosas viejas pasaron, y todas son hechas nuevas (II Cor. V, 17). Y también cuando dice, Y la figura de este mundo pasará (I Cor. VII, 31). Por lo tanto, el cáliz por el que ora al Padre para que pase, no puede pasar a menos que sea bebido: y lo que el Señor ora; ciertamente ora por aquellos a quienes, permaneciendo con ellos, él mismo salvó, y a quienes dejó al Padre para que los salvara. Ahora bien, a punto de llevar a cabo el sacramento de la muerte, ora al Padre para que sea su guardián: y el ángel enviado en esto, si es así, no es una presencia ambigua; y la seguridad manifiesta de la oración obtenida es, cuando con la oración consumada los exhorta al sueño. El efecto de la oración obtenida, y la seguridad de la exhortación al sueño, el Evangelista ya lo demuestra en la misma obra de la pasión, cuando dice que todos los apóstoles escaparon de las manos de los perseguidores: Para que se cumpliera la palabra que había dicho, que de los que me diste, no perdí a ninguno de ellos (Juan XVIII, 9). Se cumple por sí misma la súplica de la oración, y todos son salvos. Pero se ora al Padre para que, habiéndolos salvado por sí mismo, ahora los salve en su nombre. Y los salva de tal manera, que la fe de Pedro, con el arrepentimiento subsiguiente, no desfallece, aunque aterrada.

43. Epilogus.---Demostrada, por tanto, tanto por Juan la oración del Señor, como por Lucas la petición del diablo, y lo que está en Mateo y Marcos, y la tristeza hasta la muerte, y la reprensión del sueño, y nuevamente la exhortación, no dejan lugar a dudas: cuando a través de la oración en Juan, en la que encomienda los apóstoles al Padre, la causa de la tristeza y la

súplica para que pase el cáliz están resueltas; no pidiendo el Señor que se aleje de sí la pasión, sino orando al Padre para que proteja a los apóstoles mientras él sufre: y a través de Lucas, mostrada la oración contra el diablo, ya hay una segura permisión de confianza para el sueño prohibido anteriormente.

44. Christus ab humanis vitiis liber. Sensus unde.---No hay, por tanto, en esa naturaleza que está por encima del hombre, ansiedad de temor humano: y está fuera de los males del cuerpo terrenal, no habiendo sido formado el cuerpo con elementos terrenales, aunque el Espíritu Santo introdujo el origen del hijo del hombre a través del sacramento de la concepción. Ciertamente, la virtud del Altísimo mezcló la virtud del cuerpo, que la virgen engendraba por la concepción del Espíritu. Pues cuando, a través de la comunión del alma infundida en el cuerpo, el sentido del cuerpo animado vive, y el mismo cuerpo vivifica el alma mezclada al cuerpo para el dolor de los que lo infligen; cuando, con la esperanza celestial y el calor bendito de su fe, desprecia el comienzo de su origen terrenal en su cuerpo, su cuerpo también se convierte en el sentido y espíritu del dolor, de modo que deja de sentir que sufre lo que sufre: ¿y qué diremos de la naturaleza del cuerpo del Señor, y del hijo del hombre descendiendo del cielo? Los mismos cuerpos terrenales a veces no saben temer ni doler lo que es necesario doler y temer.

45. Tres pueri flammas non timent. Multo magis Christus.---Pregunto si los jóvenes israelitas temieron las llamas alimentadas para avivar el horno de Babilonia, y si el cuerpo de nuestra concepción temió el fuego tan grande (Dan. III, 23). Pregunto también si sintieron dolor al ser rodeados por las llamas. Pero tal vez por eso, porque no fueron quemados, no sienten dolor; y entonces se pensará que la naturaleza de quemar estuvo ausente de los fuegos. Ciertamente, esta era la naturaleza del cuerpo, que tanto temía ser quemado como podía ser quemado. Pero si por el espíritu de fe los cuerpos terrenales, es decir, iniciados según los elementos de las causas comunes, no pudieron ser quemados ni temer: lo que es contrario a la naturaleza en el hombre por la fe de Dios, no debe ser considerado naturalmente en Dios según el poder del Espíritu. Los jóvenes atados están en medio del fuego: no temen el fuego, mientras suben; no sienten las llamas, mientras oran; no pueden ser quemados, mientras están en el fuego. Tanto los cuerpos como el fuego pierden su naturaleza en ellos; pues ni aquellos son quemados, ni este quema: y sin embargo, en los demás, tanto el fuego como el cuerpo están en su naturaleza; pues los que están alrededor arden, y los ministros del castigo están en el castigo. No quieres, impío hereje, que al pasar el clavo por la palma Cristo no haya sentido dolor, ni que esa herida haya infligido ninguna amargura del arma punzante. Pregunto por qué los jóvenes no temieron ni sintieron dolor por los fuegos: o qué había en sus cuerpos que excediera la naturaleza del fuego. Si ellos, por el calor de la fe y la gloria del martirio bendito, no saben temer lo que se teme; ¿Cristo, aunque hubiera sido concebido por el origen de nuestros vicios, sin embargo, permaneciendo Dios a través de la cruz, y juzgando al mundo, y siendo el rey de los siglos eternos, estaría triste por el miedo a la cruz? ¿Y olvidando tantas recompensas, temblaría de ansiedad por un miedo vergonzoso?

46. Fidei vis ad arcendum dolorem.---El profeta Daniel, alimentado por un almuerzo, no teme el foso de los leones. Los apóstoles se alegran de ser golpeados y sufrir por el nombre de Cristo. La libación de Pablo es su corona de justicia. Los mártires tienden sus cuellos para ser decapitados por los verdugos con himnos, y suben a las hogueras construidas para ellos con cánticos. Hasta tal punto el sentido de la fe, al eliminar el miedo natural de la debilidad en los cuerpos, transforma los mismos cuerpos en el sentido de no sentir dolor, que a través de la firmeza del propósito del alma, se introduce la fortaleza del cuerpo, y el cuerpo animado solo siente lo que el estudio del alma lo mueve a sentir; de modo que lo que el ánimo desprecia sufrir por el deseo de gloria, el cuerpo animado no siente que lo sufre. Si esto es natural en

los hombres por el calor del alma ardiente por la gloria, para que no conozcan sus pasiones, ni sus heridas, ni entiendan sus muertes: ¿cómo no será el Señor de la gloria Jesucristo, cuya misma orla es poder, cuya saliva y palabra es la naturaleza del cuerpo, mientras el manco ya no es manco cuando se le ordena extender la mano, y el ciego de nacimiento no siente los defectos de su nacimiento, y el sordo no es sordo, será considerado en la debilidad de un cuerpo punzado y doliente, en la que el espíritu de su fe no dejó a los hombres gloriosos y benditos?

47. Passiones nostras quomodo susceperit Christus. Qui peccata portet.---El unigénito Dios sufrió, por tanto, todas las debilidades de nuestras pasiones que recaen sobre él; pero sufrió por el poder de su naturaleza, así como nació por el poder de su naturaleza: pues aunque nació, no dejó de tener en su nacimiento la naturaleza de su omnipotencia. Porque aunque nació según la ley de los hombres, no fue concebido según la ley de los hombres: teniendo en sí tanto la constitución de la condición humana en el parto, como él mismo fuera de la constitución de la condición humana en el origen. Según lo cual, sufrió en el cuerpo la debilidad de nuestro cuerpo, de modo que asumió las pasiones de nuestro cuerpo por el poder de su cuerpo. Y el mismo discurso profético es testigo de esta fe nuestra, cuando dice: Él lleva nuestros pecados, y sufre por nosotros: y nosotros lo consideramos en dolores, y en herida, y en aflicción. Pero él fue herido por nuestras iniquidades, y debilitado por nuestros pecados (Isaías LIII, 4 y 5). Por lo tanto, se equivoca la opinión de la estimación humana, pensando que él sufre lo que padece. Porque llevando nuestros pecados, es decir, asumiendo el cuerpo de nuestro pecado, sin embargo, él mismo no peca. Porque fue enviado en la semejanza de la carne del pecado; llevando en la carne los pecados, pero nuestros. Y sufre por nosotros, no sufre con el sentido de nuestro dolor: porque aunque fue hallado en forma de hombre, teniendo en sí el cuerpo del dolor, pero no teniendo la naturaleza de doler, mientras que es en forma de hombre, y su origen no es de hombre, habiendo nacido de la concepción del Espíritu Santo. Por lo tanto, se le consideró estar en dolores y en herida y en aflicción. Porque tomó la forma de siervo: y nacido de una virgen como hombre, nos introdujo la opinión de un dolor natural en su pasión. Pero él fue herido; pero por nuestras iniquidades. Porque aunque fue herido, no es una herida de su iniquidad: y lo que sufre, no lo sufre para sí mismo. Porque no nació hombre para sí mismo, ni es iniquo por sí mismo. El Apóstol testifica la causa de esta dispensación diciendo: Rogando por Cristo reconciliarse con Dios: a aquel que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros (II Cor. V, 20). Porque condenando el pecado en la carne por el pecado, aunque sin pecado, él mismo se hizo pecado, es decir, condenando el pecado en la carne por la carne, aunque sin conocer la carne, pero hecho carne por nosotros: y por eso fue herido por nuestras iniquidades.

48. Christi virtus in passione emicat. Passio Christi triumphus.---Sin embargo, el Apóstol no conoce en Cristo la trepidación del dolor. Porque al hablar de la dispensación de la pasión, la predicó en el sacramento de la divinidad, diciendo: Perdonándoos todos los pecados, borrando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio, y clavándola en la cruz, despojándose de la carne, y exhibiendo públicamente a los principados y potestades, triunfando sobre ellos en sí mismo (Col. II, 13 y ss.). ¿Te parece, entonces, que esta Virtud sucumbe al clavo de la herida; y aterrada por el golpe del que la hiere, se ha transformado en la naturaleza de doler? Pero el Apóstol, hablando Cristo en él, y recordando la obra de nuestra salvación por el Señor, significó la muerte de Cristo de tal manera que se despoja de la carne, y deshonra a las potestades con confianza, y triunfa sobre ellas en sí mismo (II Cor. XIII, 3). Si en su pasión hay necesidad, y no es un don de tu salvación; si en la cruz hay dolor de ser punzado, y no la fijación de lo que en ti está escrito como muerte; si en la muerte hay fuerza de muerte, y no son las exuvias de la carne por el

poder de Dios; si finalmente la misma muerte es otra cosa que la deshonra de los poderosos, que la confianza, que el triunfo: atribuye debilidad, si allí hay necesidad y naturaleza, si allí hay fuerza y desconfianza y deshonra. Pero si estas cosas, por el contrario, se predican en el sacramento de la pasión; ¿qué locura es, pregunto, repudiar la fe de la doctrina apostólica para cambiar el sentido de la religión, y llevar todo esto a la contumelia de una naturaleza débil, lo que es tanto voluntad como sacramento, lo que es tanto poder como confianza y triunfo? Es ciertamente un triunfo, ser llevado a la cruz, y no ser sostenido al ofrecerse; estar de pie en la sentencia de muerte, pero desde allí sentarse a la derecha del poder; ser clavado con clavos, pero orar por los perseguidores; beber vinagre, pero consumar el sacramento; ser contado entre los inicuos, pero dar el paraíso: ser elevado en el madero, pero hacer temblar la tierra; colgar en la cruz, pero hacer huir al sol y al día; salir del cuerpo, pero devolver las almas a los cuerpos; ser sepultado muerto, pero resucitar como Dios; sufrir todas las cosas débiles según el hombre por nosotros, pero triunfar en todas estas cosas según Dios.

49. Derelictum objiciunt. Quam nihil inde conficiant.---Nos queda aún, como parece a los herejes, una gran y grave confesión de debilidad confesada, y especialmente pronunciada por las mismas palabras del Señor, cuando dice: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mat. XXVII, 46). Lo cual se entiende como la protesta de una gran queja, quejarse de ser abandonado, y entregado a la debilidad? Pero esta presunción violenta de una inteligencia impía se contradice a sí misma en todo el género de las palabras del Señor: para que quien se apresura a la muerte, quien ha de ser honrado por ella, quien después de ella se sentará a la derecha del poder, en todas estas causas de bienaventuranza temiera morir, y por eso se quejara de ser abandonado por su Dios a la necesidad de morir, cuando en esas bienaventuradas cosas iba a permanecer al morir!

50. Commenta eorum varia de Verbi et hominis conjunctione.---Además, las mentes heréticas se esfuerzan por llegar a esta irreligiosidad como a un camino preparado para ellos, porque quieren que el Verbo de Dios haya fallado completamente en el alma del cuerpo, de modo que Jesús Cristo, el hijo del hombre, no sea el mismo que el Hijo de Dios; y que el Verbo de Dios haya fallado de sí mismo, mientras vivifica el cuerpo con la función del alma; o que Cristo no haya sido en absoluto un hombre nacido, porque en él el Verbo de Dios habitó como el espíritu profético. Pero el error de esta ridícula perversidad se extiende a una mayor audacia de impiedad, para que Jesús Cristo, antes de nacer de María, no sea Cristo: mientras que no fue quien era el que nació, sino que entonces comenzó a ser lo que nació. Por lo cual también se añade ese vicio, que el Verbo de Dios, como si fuera una parte de las virtudes de Dios, extendiéndose en una cierta continuidad, habitó en aquel hombre que comenzó a ser de María, y lo instruyó con las virtudes de la operación divina; viviendo, sin embargo, por el movimiento y la naturaleza de su alma.

51. Errores que se derivan de aquí.---Por esta sutil y pestilente doctrina se llega al error de que o bien el Verbo de Dios se convirtió en alma del cuerpo por una transformación de la naturaleza debilitante, y el Verbo dejó de ser Dios; o bien, por el contrario, que en aquel hombre, animado solo por la vida del alma, habitó el Verbo de Dios, es decir, una especie de poder de voz extendida, y así se abre de todo modo la puerta a la más impía inteligencia, de modo que o bien el Verbo de Dios se convirtió en alma y no permaneció como el Verbo de Dios; o bien Cristo no existió antes del parto de María; porque Jesús Cristo, hombre solo de alma común y cuerpo, tiene su inicio en el momento en que comenzó a ser hombre, al que el poder de un discurso extendido desde fuera fortaleció para las obras de virtud; quien ahora, abandonado por el Verbo de Dios al retraerse nuevamente, clama: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? o ciertamente, cuando se transformó en el alma del cuerpo por la

naturaleza del Verbo de Dios, habiendo usado en todo la ayuda paterna, ahora, desprovisto de ella y entregado a la muerte, se queja de su soledad y acusa a quien lo abandona: y de todo modo se prepara un peligro mortal para la fe engañada, si se piensa que en el Verbo de Dios se significa la debilidad de la naturaleza por la queja; o si en absoluto no fue el Verbo de Dios, mientras que para Cristo Jesús el parto de María es solo el inicio.

52. La verdadera fe se opone a la herejía.---Pero entre estas impías y débiles opiniones, la fe de la Iglesia, impregnada de las doctrinas apostólicas, reconoce en Cristo la natividad, pero ignora el inicio. Conoce la dispensación, pero no la división. No permite que Cristo Jesús no sea él mismo Cristo: ni distingue al hijo del hombre del hijo de Dios, para que el hijo de Dios no se entienda como no siendo también hijo del hombre. No absorbe al hijo de Dios en el hijo del hombre. Ni divide a Cristo en una fe tripartita, cuya túnica tejida de arriba abajo no fue rasgada (Juan XIX, 23): para que no se divida a Jesús Cristo en Verbo, alma y cuerpo, ni tampoco absorba al Verbo de Dios en alma y cuerpo. Todo para él es el Verbo de Dios, todo para él es el hombre Cristo; reteniendo esto en el sacramento de su confesión como uno, ni cree que Cristo sea otra cosa que Jesús, ni predica a Jesús como otra cosa que Cristo.

53. En las cosas de Dios, la mente humana falla. Se aturde queriendo ver más de lo que se le da.---No ignoro cuánto la magnificencia del misterio celestial impide la debilidad de la inteligencia humana, de modo que no podemos fácilmente expresar con palabras, juzgar con sentido, ni siquiera abarcar con la mente. Sabiendo el Apóstol que esto es arduo y dificilísimo para la naturaleza terrena, concebir la eficacia de las cosas divinas con nuestro juicio, como si fuera más aguda para entender que para realizar, escribe así a su legítimo hijo según la fe, que toma las sagradas escrituras desde la infancia: Como te exhorté a permanecer en Éfeso, cuando iba a Macedonia, para que mandaras a algunos que no enseñaran otra doctrina, ni atendieran a fábulas y genealogías interminables, que más bien provocan cuestiones que la edificación de Dios que es en la fe (1 Tim. I, 3 y 4). Prohíbe tratar las palabras de genealogía y tocar las fábulas de cuestión interminable. Enseña que la edificación de Dios es en la fe: para que la religión de la omnipotencia de Dios concluya el límite de la verdadera modestia humana, y nuestra debilidad no se extienda a percibir aquellas cosas que embotan la naturaleza de percibir. Porque si al contemplar la claridad del sol, la fuerza de la luz intensa se asombra, de modo que si alguna vez la agudeza de la contemplación curiosa indaga más diligentemente la causa de la luz radiante, la naturaleza de los ojos se retrae hasta el sentido muerto de la visión, y sucede que al esforzarse más por ver, no se vea; ¿qué debemos esperar en las cosas de Dios y en el sol de justicia? ¿No caerá la necedad sobre los que quieren ser más sabios de lo que deben? ¿No ocupará la estupidez de la necedad el mismo agudo resplandor de la inteligencia? Porque la naturaleza inferior no entenderá la causa de la naturaleza superior: ni la razón celestial (es decir, divina) está sujeta a la concepción humana. Pues dentro de la condición de la debilidad estará todo lo que se somete a la conciencia del débil (en el caso 3). Por lo tanto, el poder de Dios excede la mente humana: a la cual si la debilidad se extiende, se volverá más débil, mientras pierde lo que obtiene, por la naturaleza superior de las cosas celestiales que la embota; porque toda su obstinación que se sigue a sí misma, la misma grandeza de su abrazo la debilita. Así que el sol debe ser visto de tal manera que pueda ser visto, y debe ser recibido con tanta luz como se admite; para que si queremos esperar más, también logremos menos de lo que podemos; así también la razón celestial debe ser entendida en la medida en que se permite ser entendida; debe ser esperada en la medida en que se ha dado a ser aprehendida; para que si no estamos contentos con la moderación de la indulgencia, perdamos lo concedido. Hay, por lo tanto, en Dios lo que puede ser percibido: ciertamente hay, si deseas lo que puede. Porque así como hay en el sol lo que puedes ver, si deseas ver lo que puedes; pero pierdes lo que puedes ver, mientras te esfuerzas por lo que no

puedes: así también en las cosas de Dios tienes lo que puedes entender, si deseas entender lo que puedes. Pero si esperas más allá de lo que puedes; tampoco podrás lo que pudiste.

54. En el mismo nacimiento temporal de Cristo, el hombre se ciega.---Aún no moveré el sacramento de su nacimiento intemporal: ese tratado es de lugar competente. Por ahora, el misterio de la carne asumida está en las palabras. Ahora consulto a esos escrutadores de los secretos celestiales, para que hablen del sacramento de Cristo nacido de una virgen según su naturaleza. ¿De dónde dirán que fue concebido por la virgen? ¿De dónde el parto de la virgen? ¿Qué causa de origen genital disputarán que es esta? ¿Y qué se formó dentro de los senos maternos? ¿De dónde el cuerpo? ¿Y de dónde el hombre? Ahora bien, después de esto, ¿qué significa que el hijo del hombre haya descendido del cielo permaneciendo en el cielo? Porque no es lo mismo, según las causas corporales, descender y permanecer: de las cuales una es la transmutación de la partida, la otra es la imperturbabilidad de permanecer. Llora el niño, pero está en el cielo: el niño crece, pero permanece Dios en plenitud. Ahora bien, cuando asciende a donde estaba antes, y desciende quien permanece, ¿con qué sentido de la inteligencia humana se contendrá? Porque el Señor dice: ¿Qué si vierais al hijo del hombre ascender a donde estaba antes? (Juan VI, 63). Asciende el hijo del hombre a donde estaba antes; y ¿quién entenderá esto? Desciende del cielo el hijo del hombre que está en el cielo; y ¿qué razón proporcionará esto? El Verbo se hizo carne; ¿qué palabras dirán esto? El Verbo se hace carne, es decir, Dios hombre: y quien es hombre, está en el cielo; y quien es Dios, es del cielo. Asciende descendiendo: pero desciende no descendiendo. Es quien era, y lo que es no era. Corremos por las causas, y fallamos en la razón: vemos la razón, y no entendemos las causas. Pero entendiendo así a Cristo Jesús, sabremos; y pensando más que entendemos, no sabremos.

55. El misterio de las lágrimas de Cristo.---Ahora bien, cuán grande es ese sacramento de las palabras y los hechos, que Cristo llore, y que por la angustia del alma las lágrimas fluyan de los ojos (Lucas XIX, 41). ¿De dónde estos defectos de su alma, para que la tristeza y el dolor provoquen lágrimas en el cuerpo? ¿Y qué amargura de las cosas, y qué intolerancia del dolor disuelve en lágrimas al hijo del hombre que desciende del cielo? ¿Qué es lo que lloró en él? ¿El Verbo de Dios, o el alma de su cuerpo? Porque aunque el oficio de las lágrimas está en el cuerpo; sin embargo, el alma las exuda, como una especie de tristeza, en el ministerio del cuerpo. Entonces, ¿cuál es la causa de su llanto? ¿Acaso acompaña con el debido honor de lágrimas a la impía y parricida Jerusalén, que no sufrirá nada digno de la muerte de tantos profetas y apóstoles y de su propio Señor? ¿Y así como se lloran las calamidades de las muertes humanas, se lamenta la caída de esta nación perdida y desesperada? ¿Y cuál es este, pregunto, sacramento del llanto? El alma que está triste, llora. Pero, ¿acaso esta envió a los profetas? ¿Acaso esta tantas veces quiso reunir a sus polluelos bajo el abrigo de sus alas (Mateo XXIII, 37)? Pero no cae en el Verbo de Dios la tristeza, ni en el Espíritu las lágrimas. Pero tampoco conviene al alma haber hecho algo antes del cuerpo. Y sin embargo, no hay duda de que Jesús Cristo lloró verdaderamente.

56. ¿Qué lloró en Lázaro? ¿Fue llanto de Dios, del alma, o del cuerpo?---Con igual verdad de lágrimas también se lloró a Lázaro (Juan XI, 35). Y primero pregunto, ¿qué se llora en Lázaro? No ciertamente la muerte, que no es hasta la muerte, y es para la gloria de Dios. Porque el Señor dice: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el hijo de Dios sea glorificado por ella (Juan XI, 4). Por lo tanto, la muerte que es causa de glorificar a Dios, no traía tristeza de llanto. Pero tampoco existía la necesidad de llorar porque hubiera estado ausente cuando Lázaro murió. Porque él dice claramente: Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros, para que creáis, que no estaba allí (Juan XI, 14-15). Por lo tanto, su ausencia no tuvo causa de llanto, que contribuía a la fe de los apóstoles: cuando la

muerte del enfermo fue pronunciada por la conciencia de la divina cognición estando ausente. Por lo tanto, no queda necesidad de llanto: y sin embargo, se lloró. Y sin embargo, pregunto, ¿a quién se le atribuirá ese llanto? ¿A Dios, al alma, o al cuerpo? Pero el cuerpo por sí solo no tiene lágrimas, que derrama por el dolor del alma que sufre. Pero es mucho menos probable que Dios haya llorado, quien ha de ser glorificado en Lázaro. Pero no conviene que el alma llame a Lázaro del sepulcro, y que al mandato y poder del alma unida al cuerpo, el alma ya disuelta de él sea llamada de nuevo a su cuerpo muerto. ¿Duele quien ha de ser glorificado? ¿Llora quien ha de vivificar? No es propio del que vivifica llorar, ni del que ha de ser glorificado dolerse: y sin embargo, vivifica quien también lloró y se dolió.

57. ¿Quién en Cristo pone y retoma el alma? ¿El cuerpo o el Verbo?---No por necesidad de escasez, ni por ignorancia de lo dicho, recordamos de muchas cosas pocas; sino para que la razón no morosa recomiende la exposición completa. El Señor lleva a cabo y actúa lo que con conciencia se desconoce, lo que ni se ignora ni es ignorable, mientras la verdad está en las cosas, y en el poder está el sacramento, como también de estas cosas que dice, enseñaremos claramente: Por esto me ama el Padre, porque yo pongo mi alma, para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para tomarla de nuevo: este mandamiento recibí de mi Padre (Juan X, 17-18). Pone su alma de sí mismo: y pregunto quién la pone. Porque no dudamos que Cristo es el Verbo de Dios: ni ignoramos que el hijo del hombre está constituido de alma y cuerpo, como el ángel confirmó a José: Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a la tierra de Israel; porque han muerto los que buscaban el alma del niño (Mateo II, 20). Por lo tanto, pregunto de quién es esta alma, ¿del cuerpo o de Dios? Si del cuerpo; ¿qué poder tiene el cuerpo, que es animado a la vida por el movimiento del alma? Luego, ¿si el cuerpo ha recibido algún mandamiento, que sin alma es torpe y muerto? Pero si alguien piensa que el Verbo de Dios pone su alma, para retomarla de nuevo; que muestre al Verbo de Dios muerto, es decir, que permaneciera sin sentido y vida, como un cuerpo muerto, que de nuevo asumió su alma para vivir, por la cual fue vivificado de nuevo.

58. Dios no tiene alma.---Pero nadie que participe de la razón atribuirá alma a Dios: aunque frecuentemente se ha escrito que el alma de Dios odia los sábados y las neomenias (Isaías I, 14; XLII, 1), y también en algunos se complace. Pero esto se menciona por la misma significación por la cual se enumeran en Dios corporalmente las manos, los ojos, los dedos, el brazo y el corazón. Porque cuando el espíritu, según la palabra del Señor, no tiene carne ni huesos (Lucas XXIV, 39); a aquel que es y no cambia (Malaquías III, 6), no le convienen miembros de partes corporales para su solidez; sino que la naturaleza simple y bienaventurada permanece siendo todo lo que es. Por lo tanto, Dios no es animado a la vida por modos corporales con el oficio del alma interior, sino que él mismo vive para sí mismo.

59. Ni Dios pone el alma, ni el cuerpo la retoma.---¿Y cómo pone su alma, o la retoma puesta? ¿O cuál es la razón de este mandamiento? Por lo tanto, Dios ni pone para la muerte ni retoma para la vida. Pero tampoco el cuerpo tiene el mandamiento de retomar: porque tampoco retoma por sí mismo. Porque se ha dicho del templo de su cuerpo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II, 19). Por lo tanto, Dios resucita el templo de su cuerpo. ¿Y quién pone el alma para retomarla? Porque el cuerpo no retoma por sí mismo, sino que es resucitado por Dios. Pero se resucita lo que está muerto, y no pone el alma lo que vive. Por lo tanto, Dios ni murió ni fue sepultado: y sin embargo, se dijo de él: Porque al derramar este ungüento sobre mi cuerpo, lo hizo para mi sepultura (Mateo XXVI, 12). Lo que se derramó sobre su cuerpo, se hizo para su sepultura, y no es lo mismo ser él mismo, y ser suyo: y no es lo mismo hacerse para su sepultura, y ungir su cuerpo: ni conviene que sea su cuerpo, y que él mismo sea sepultado.

60. De dónde depende la solución de la cuestión propuesta.---Pero la inteligencia de este sacramento divino es no ignorar a Dios, a quien no desconoces como hombre; no desconocer al hombre, a quien no ignoras como Dios; no dividir a Jesús Cristo, porque el Verbo se hizo carne; no pensar que fue sepultado, a quien entiendes que resucitó; no dudar que resucitó, a quien no te atreves a negar que no fue sepultado. Porque Jesús Cristo fue sepultado, porque también murió. Pero murió quien también dijo que iba a morir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Marcos XV, 34). Pero quien dijo esto, también dijo: En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso (Lucas XXIII, 43); prometiendo también el paraíso, clamó con gran voz: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, expiró (Lucas XXIII, 46).

61. Contra aquellos que dividen a Cristo en tres partes o lo reducen a uno. Varias cuestiones sobre la muerte de Cristo.---Vosotros ahora, ya sea dividiendo a Cristo en Verbo, alma y cuerpo, o reduciendo todo Cristo, el Verbo de Dios, a un hombre de género común, reveladnos este gran sacramento de piedad, que se manifestó en la carne (1 Tim. III, 16): quién entregó el espíritu de Cristo, y quién encomendó su espíritu al Padre, y quién estuvo en el paraíso el mismo día, y quién se quejó de ser abandonado por Dios. Porque la queja del abandonado que muere es debilidad: pero la promesa del paraíso es el reino del Dios viviente. La encomienda del espíritu es la confianza del que encomienda: la entrega del espíritu es la salida del que muere. Por lo tanto, pregunto, ¿quién muere? Sin duda quien entrega el espíritu. Luego, ¿quién entrega el espíritu? Ciertamente quien encomendó su espíritu al Padre. Y si el mismo que encomendó, el mismo entregando el espíritu murió: pregunto si el cuerpo encomienda el alma, o Dios el alma del cuerpo. Porque no hay duda de que frecuentemente se significa el alma por el espíritu: y por esto mismo, que Jesús al morir entregó el espíritu. Si, por lo tanto, alguien piensa que el alma es encomendada por el cuerpo, viviendo al disolverse, eterna al corromperse, permaneciendo al resucitar; y no hay duda de que el mismo que encomendó el espíritu al Padre, fue el mismo que estuvo en el paraíso el mismo día con el ladrón: y pregunto si, recibido en el sepulcro, permaneció en el paraíso; o si, permaneciendo en el paraíso, se quejó de ser abandonado por Dios.

62. Solución.---Porque uno y el mismo es el Señor Jesús Cristo, el Verbo hecho carne, significándose a sí mismo a través de todas estas cosas: quien mientras significa que es abandonado a la muerte, es hombre; mientras que siendo hombre, en el paraíso reina como Dios, reinando en el paraíso, el hijo de Dios encomienda el espíritu al Padre; pero el hijo del hombre entrega el espíritu encomendado al Padre a la muerte. ¿Qué hacemos ahora con el sacramento, hacemos una injuria? Tienes en el que se queja de ser abandonado a la muerte, porque es hombre: tienes en el que muere, confesando que reina en el paraíso, porque es Dios. ¿Por qué retenemos solo para la impiedad lo que nos dijo para la inteligencia de su muerte; y callamos lo que el mismo confesó para la demostración de su inmortalidad? Si esta es la voz y el discurso del mismo, que se queja de ser abandonado, y que confiesa que reina: ¿con qué razón de infidelidad dividimos nuestra fe, para que no sea el mismo en el mismo tiempo quien muere, que también reina; cuando el mismo testificó de sí mismo ambas cosas, y encomendando el espíritu, y expirando? Porque si el mismo encomendando el espíritu y entregándolo, y reinando muere y muerto reina; tenemos en el sacramento del hijo del hombre y del hijo de Dios, y al que muere reinando, y al que reina muriendo.

63. Epílogo.---Por lo tanto, que se aleje toda infidelidad irreligiosa e incapaz del divino sacramento (Confer. Ambros., lib. X, in Luc., n. 56): que no sabe que Cristo no llora por sí mismo, sino por nosotros, para que la verdad del hombre asumido también sea proclamada por el mismo afecto asumido de la costumbre humana: que ignora que Cristo no muere por sí

mismo, sino por nuestra vida, para que por la muerte del Dios inmortal, la vida de los mortales sea renovada: que no entiende la queja del abandonado, y la confianza del que reina; para que lo que Dios reina, y lo que se queja de morir, esté en nuestra inteligencia, y el hombre muerto, y Dios reinando. Porque no es otro el que muere y reina, ni es otro el que encomienda el espíritu y expira, ni es otro el que es sepultado y resucita, ni no es uno el que desciende y asciende.

36664. Cristo indiviso. Esto escapa a los prudentes del siglo. Escucha en esto la fe instruida de la doctrina apostólica, no por el sentido de la carne, sino por el don del Espíritu, cuando habla a los griegos que buscan sabiduría y a los judíos que piden señales: Nosotros predicamos a Cristo Jesús crucificado, para los judíos ciertamente un escándalo, para los gentiles una necedad; pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo Jesús, poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor., I, 23 y 24). ¿Acaso está dividido Cristo, para que uno sea Jesús crucificado y otro Cristo, poder y sabiduría de Dios? Pero esto es escándalo para los judíos y necedad para los gentiles: para nosotros, en cambio, Cristo Jesús es poder de Dios y sabiduría de Dios; pero una sabiduría no conocida por el mundo, ni entendida por los prudentes del siglo. Y cuán no entendida está, aprende del mismo bienaventurado Apóstol que dice: Pero hablamos de la sabiduría de Dios, que está oculta en el misterio, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, que ninguno de los príncipes de este siglo conoció: porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor., II, 7 y 8). ¿Acaso ignora el Apóstol que esta sabiduría de Dios está oculta en el misterio y es desconocida para los príncipes del siglo? ¿Acaso divide a Cristo, para que uno sea el Señor de la majestad y otro Jesús crucificado? Pero contradice a esta opinión tan necia e impía, diciendo: No he juzgado saber entre vosotros cosa alguna, sino a Cristo Jesús, y a este crucificado (Ib. 2).

65. Contra los que dividen a Cristo; lo que en Él parece opuesto se concilia. El Apóstol no sabe otra cosa, ni juzga saber otra cosa: pero nosotros, tanto los de ingenio débil como los de fe más débil, desgarramos, dividimos, duplicamos a Cristo Jesús, árbitros de los misterios y calumniadores del sacramento oculto. Pues para nosotros uno es Cristo crucificado, otro la sabiduría de Dios; uno sepultado, otro descendente; y uno el hijo del hombre, otro el hijo de Dios. No entendiendo, enseñamos, y sin saber, argumentamos, y corregimos las palabras de Dios como hombres: y no nos dignamos creer según el Apóstol: ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica: ¿quién es el que condena? Cristo, el que murió, más aún, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros (Rom. VIII, 33 y 34). ¿Acaso otro intercede por nosotros que el que está a la diestra de Dios? ¿O el que está a la diestra de Dios no es el mismo que resucitó? ¿O el que resucitó no es el mismo que murió? ¿O el que murió no es el mismo que condena? ¿O el que condena no es el mismo que justifica a Dios? Separemos, pues, si es lícito, al Cristo que justifica de Dios del Cristo que condena, al Cristo que condena del Cristo muerto, al Cristo muerto del Cristo que está sentado a la diestra, y que ora por nosotros. Si, por tanto, todas estas cosas son un solo Cristo; ni otro es el Cristo muerto, otro el sepultado; ni otro el que desciende a los infiernos, y otro el que asciende a los cielos, según aquello del Apóstol: Ascendió, ¿qué es, sino que también descendió a las partes inferiores de la tierra? El que descendió, es el mismo que también ascendió por encima de todos los cielos, para llenarlo todo (Efes. IV, 9 y 10): ¿hasta dónde extendemos la ignorante necedad de nuestra impiedad, para que lo que está oculto en el misterio de Dios, pretendamos que puede ser explicado por nosotros? El que descendió, es el mismo que también ascendió. ¿Acaso se duda de que Jesús Cristo, hombre resucitando de entre los muertos, ascendiendo por encima de todos los cielos, está a la diestra de Dios? ¿Acaso se dirá que el cuerpo que yacía en el sepulcro descendió a los infiernos? Si,

por tanto, el que descendió, es el mismo que también ascendió, y no se cree que el cuerpo descendió a los infiernos, y no se duda que resucitando de entre los muertos el cuerpo ascendió a los cielos: ¿qué queda aquí, además de la fe del sacramento oculto y desconocido para el mundo y los príncipes del siglo, para que, siendo uno y el mismo el que desciende y asciende, también sea uno para nosotros Jesús Cristo, y el hijo de Dios, y el hijo del hombre, y el Verbo Dios, y hombre carne, y padecido, y muerto, y sepultado, y resucitado, y recibido en los cielos, y sentado a la diestra de Dios: teniendo en sí mismo, por disposición y naturaleza, en la forma de Dios y en la forma de siervo, sin ninguna partición de lo que es hombre, y división de lo que es Dios?

66. En un solo Cristo como hombre la debilidad, como Dios la virtud. El Apóstol, formando la fe de nuestra opinión incauta e ignorante, habló así del sacramento de esta confesión: Porque aunque fue crucificado por debilidad, vive por el poder de Dios (I Cor. XIII, 4). Predicando al hijo del hombre como hijo de Dios, que aunque por disposición era hombre, permanecía sin embargo por naturaleza Dios; dijo que el mismo fue crucificado por debilidad, que vive por el poder de Dios: para que, siendo la debilidad de la forma de siervo, y permaneciendo la naturaleza de la forma de Dios, y el que siendo en forma de Dios asumió la forma de siervo; no fuera ambiguo en qué sacramento padeció y vivió: para que, siendo en el mismo, tanto la debilidad para la pasión, como la virtud de Dios para la vida; no fuera otro y dividido de sí mismo, el que padeció y vivió.

67. Regla para captar los misterios de Cristo. El unigénito Dios padeció lo que los hombres pueden padecer: pero usemos de la fe y dicho del Apóstol: Porque os he entregado en primer lugar, que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día según las Escrituras (I Cor. XV, 3 y 4). No usó de definiciones desnudas para ocasión de error, sino que advirtió que el modo de la muerte y resurrección no debía confesarse tanto por los nombres de las cosas, como por las virtudes de las Escrituras: para que nuestra inteligencia en su muerte fuera la que está en la significación de las Escrituras. No dejando pensamientos débiles y calumnias escrupulosas de la fe, añadió este fin solo según las Escrituras de la muerte y resurrección a predicar: para que, llevados por el viento de disputas vanas, o impedidos por las ineptas sutilezas de cuestiones engañosas, no nos debilitáramos: sino que esa fe siempre nos devolviera al puerto de su religión, para que creyera y confesara la muerte y resurrección del hijo del hombre y del hijo de Dios Jesucristo según las Escrituras; con la seguridad de resistir piadosamente contra la calumnia, cuando así debía entenderse que Cristo Jesús moría y resucitaba, como está escrito. No tiene la fe peligro: y toda piadosa profesión está segura en el oculto sacramento de Dios. Cristo nació de la Virgen: pero según las Escrituras fue concebido del Espíritu Santo. Cristo lloró: pero según las Escrituras; para que en lo que lloró, se alegrara. Y Cristo tuvo hambre: pero según las Escrituras, Dios obró en el árbol que no tenía frutos sin alimento. Cristo padeció: pero según las Escrituras entonces se sentará a la diestra del Poder. Se quejó de ser abandonado a la muerte: pero según las Escrituras entonces recibió a su confesor consigo en el reino del paraíso. Murió: pero según las Escrituras resucitando se sentó a la diestra del Señor. En la fe de este sacramento está la vida: esta confesión no recibe calumnia.

68. Recomendación de la fe. Ciertamente el Apóstol no deja que se dude y se diga: ¿Cristo nacido, padecido, muerto, resucitado de qué modo, con qué poder, con qué división, con qué partes? ¿quién es el que llora, quién el que se alegra, quién el que se queja, quién el que desciende, quién el que asciende? Pero mostrando el mérito de la fe en esto por la confesión de una religión sin vacilación, dice, La justicia de la fe dice así: No digas en tu corazón, ¿quién subirá al cielo? esto es, hacer descender a Cristo. O ¿quién descenderá al abismo? esto es, hacer subir a Cristo de entre los muertos. Pero ¿qué dice la Escritura? Cerca de ti está la

palabra en tu boca y en tu corazón, esta es la palabra de fe que predicamos: porque si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo (Rom. X, 6 y ss.). La fe perfecciona al justo, según lo que está dicho: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gen. XV, 6; Rom. IV, 3). ¿Acaso Abraham calumnió a Dios, cuando le prometía la herencia de las naciones, y según la multitud de las estrellas y la arena la numerosidad de la descendencia que permanecería de él? Porque la Fe Religiosa no dudando de la omnipotencia de Dios, no está detenida por las naturalezas de la debilidad humana; sino que despreciando lo que en sí era caduco y terrenal, recibió la fe de la promesa divina más allá de la medida de la constitución corporal: porque de ninguna manera la ley humana puede moderar las virtudes de Dios, tanto en la eficacia de la liberalidad de Dios al realizar, cuanto en la voluntad que mostraba al prometer. Nada, por tanto, es más justo que la fe: porque aunque la equidad y moderación de los actos terrenales sea probable, nada sin embargo es más justo para el hombre, que haber creído en la omnipotencia de Dios con la inteligencia de un poder indefinido.

69. Se exige la fe en el descenso y ascenso de Cristo. Esperando, por tanto, el Apóstol esta justicia que es de la fe en nosotros, removió la irreligiosidad de la ambigüedad incierta e infiel, prohibiendo que se admita la preocupación de un pensamiento solícito en el corazón, mostrada también por la autoridad del dicho profético. Dice: No digas en tu corazón, ¿quién subirá al cielo? (Rom. X, 6). Estas cosas dichas así por el Profeta, las prosigue con la absolución de la sentencia sujeta, diciendo: Esto es hacer descender a Cristo. Porque el sentido de la mente humana no se extiende a la ciencia celestial (divina): pero tampoco la fe religiosa duda de las obras divinas. Cristo no necesitó del auxilio de la virtud humana, para que de aquella sede de su beatitud fuera descendido por la ayuda de alguno que ascendiera al cielo: no lo llevó una potestad exterior a la tierra. Debe creerse que vino tal como vino: y es verdadera piedad confesar que Cristo no fue descendido, sino que descendió. Es su sacramento, tanto en el tiempo como en la obra. Ni porque vino ahora, debe creerse que fue descendido por otro: ni debe entenderse que su venida temporal está sujeta a la potestad del que desciende. Pero tampoco se permite la infidelidad de otra ambigüedad. Pues inmediatamente se añade del dicho profético, O ¿quién descenderá al abismo? Y enseguida se añade la razón dicha, esto es hacer subir a Cristo de entre los muertos (Rom. X, 7). La libertad de volver al cielo, es de la libertad de descender a la tierra. Pero se ha quitado la vacilación de dudar: la ciencia está en la fe, la razón está en la virtud, el efecto está en las cosas, la causa está en el poder.

70. La fe debe ser del corazón y de la boca al mismo tiempo. Breve y fácil camino a la salvación, la fe. Pero no se necesita una conciencia vacilante para esto. Porque el Apóstol, ejecutando todo el misterio de la Escritura, dice: Cerca de ti está la palabra en tu boca y en tu corazón (Rom. X, 8; Deut. XXX, 14). No se necesita una palabra de confesión tardía y buscada lejos, ni se deja algún intervalo entre el corazón y la boca, para que lo que debe decirse para la protesta de la religión, se piense por una ambigüedad infiel. Pero debe estar cerca de nosotros, y en nosotros: para que no haya alguna demora entre la región del corazón y la boca, no sea que nuestra fe no esté en el sentido como en las palabras; sino que unida al corazón y a la boca, tenga una religión sin vacilación tanto de sentir como de hablar. Y el Apóstol, como en las demás cosas, ha añadido la razón de este dicho profético: Esta es la palabra de fe que predicamos: porque si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo (Rom. X, 8 y ss.). La piedad es no dudar, y la justicia es creer, y la salvación es confesar. No difluir en lo incierto, ni efervescer en necedades, ni ventilar las virtudes de Dios con alguna razón, ni circunscribir el poder con un modo, ni investigar las causas en los sacramentos inescrutables,

confesar al Señor Jesús y creer que fue resucitado por Dios de entre los muertos es salvación. ¿Qué insensatez es, cuál y de qué tipo es calumniar a Jesús: cuando la salvación es solo saber esto, que es el Señor? Entonces, ¿qué error de la vanidad humana es, mover disputas sobre su resurrección: cuando basta para la vida, haber creído que fue resucitado por Dios? Por tanto, en la simplicidad está la fe, en la fe está la justicia, en la confesión está la piedad. Dios no nos llama a la vida bienaventurada por cuestiones difíciles, ni nos solicita con un género múltiple de elocuente facundia. En lo absoluto y fácil está la eternidad para nosotros, creer que Jesús fue resucitado de entre los muertos por Dios, y confesar que Él es el Señor. Nadie, por tanto, use lo que se ha dicho por nuestra ignorancia como ocasión de irreligiosidad. Porque Jesús Cristo debía ser conocido muerto, para que en Él viviéramos.

71. La enseñanza de nuestra fe es lo que parece debilidad de Cristo. Si, por tanto, para la inteligencia de su muerte dice: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? y, Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Marc. XV, 34; Luc. XXIII, 46): ¿acaso consultando nuestra confesión, se confesó más bien débil, que no nos dejó ambiguos? Porque al estar a punto de resucitar a Lázaro ora al Padre: ¿acaso necesitó de oración diciendo: Padre, te doy gracias porque me has oído: y yo sabía que siempre me oyes, pero lo dije por la multitud, para que crean que tú me enviaste (Juan XI, 41 y 42)? Oró, por tanto, por nosotros, para que no se ignorara al hijo: y aunque el discurso de la súplica no le aprovechara a él, sin embargo hablaba para el provecho de nuestra fe. No es, por tanto, entonces indigente de auxilio: sino que nosotros somos indigentes de doctrina. También ruega ser glorificado, y enseguida se oye la voz del Padre glorificándolo. Pero a la admiración de la voz oída dice: No vino esta voz por mí, sino por vosotros (Juan XII, 30). El Padre es rogado por nosotros, el Padre habla por nosotros: todo es para el efecto de nuestra confesión. Y cuando la respuesta de la glorificación no es concedida a la súplica de la claridad, sino a la ignorancia de los oyentes, ¿cómo se entenderá que la queja de la pasión, en la suma exultación de padecer, no fue concedida para la enseñanza de nuestra confesión? Cristo ruega por los perseguidores, porque no saben lo que hacen. Cristo desde la cruz promete el paraíso (Lucas XXIII, 34, 43), porque Dios reina. Cristo en la cruz se alegra de haber consumado todo con el sorbo de vinagre (Juan XIX, 30), porque muriendo cumplió la profecía. Nació para nosotros, padeció para nosotros, murió para nosotros, resucitó para nosotros. Y cuando esta es nuestra única propiedad para la salvación, que confesemos al hijo de Dios resucitado de entre los muertos; ¿por qué, pregunto, morimos en esta irreligiosidad, para que cuando Cristo, permaneciendo dentro de la confianza de su divinidad, mostró que moría por la significación del hombre asumido con la seguridad del que muere, esto principalmente sirva para negarlo como Dios, que se profesó a nosotros como hijo de Dios y del hombre y muerto?

1. Así como hay un solo Señor, también hay una sola fe en Dios. El Padre y el Hijo son un solo Dios. El Apóstol, al tratar de manera diversa el sacramento completo y absoluto de la fe evangélica, pronunció estas enseñanzas sobre el conocimiento divino a los Efesios: "Así como ustedes fueron llamados en una sola esperanza de su vocación. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos nosotros" (Efesios IV, 4, etc.). No nos dejó a merced de estudios ambiguos y erráticos de doctrinas indefinidas, ni permitió que las mentes humanas se perdieran en opiniones inciertas, sino que, estableciendo límites por sí mismo y oponiendo obstáculos, concluyó la libertad de la inteligencia y la voluntad: para que no nos permitiera pensar más allá de lo que él mismo había predicado, ya que, a través de la constitución definida de una fe inmutable, no se permitía creer de otra manera. Así, proclamando un solo Señor para nosotros, menciona una sola fe; luego, al recordar la fe única de un solo Señor, también demuestra un solo bautismo: para que, siendo una la fe en un solo Señor, también sea uno el bautismo. Y porque

todo sacramento, tanto del bautismo como de la fe, está en un solo Dios, concluyó la consumación de nuestra esperanza con la profesión de un solo Dios: para que un solo bautismo y una sola fe sean, como del único Señor, también del único Dios. Ambos son uno, no por unión, sino por propiedad: mientras que a cada uno le es propio ser uno, ya sea al Padre ser lo que es el Padre, o al Hijo ser lo que es el Hijo; y lo que cada uno es en su propiedad, es el sacramento de la unidad para ambos: porque un solo Señor Cristo no puede quitarle al Dios Padre lo que es Señor, y un solo Dios Padre no se entiende que niegue al único Señor Cristo lo que es Dios: ya que si por el hecho de que Dios es uno, no parece ser propio de Cristo ser Dios; es necesario que por el hecho de que Cristo es un solo Señor, no se entienda que es debido a Dios ser Señor; si lo que es uno no es una significación del sacramento, sino una excepción de la unión. Por lo tanto, del único Señor, como del único Dios Padre, hay un solo bautismo y una sola fe.

2. No hay una sola fe entre los que disienten de Cristo.---Sin embargo, ya no hay una sola fe si no se retiene en la profesión de conciencia un solo Señor y un solo Dios Padre. ¿Cómo confiesa una fe que no es una sola a un solo Señor y un solo Dios Padre? Y ya no será una en tanta diversidad de predicaciones, si uno cree que el Señor Jesucristo, al ser atravesado por un clavo en las palmas, gimió por el dolor de nuestra debilidad, y temió con terror la muerte inminente por la carencia de su naturaleza y poder; si también niega que lo principal es nacido, y más bien predica que es creado; si dice que es Dios más de lo que entiende: porque es religioso decir dioses, y es conciencia de la naturaleza divina entender a Dios. Por lo tanto, ya no es un solo Señor Cristo si para algunos no sufre como Dios, para otros teme como débil; para algunos es Dios por naturaleza, para otros por nombre; y para algunos es hijo por generación, para otros por apelación. Y por eso tampoco hay un solo Dios Padre en la fe, si para algunos es Padre por poder, para otros por generación, porque Dios es Padre de todos. ¿Quién dudará ya de que todo lo que está fuera de la fe única está fuera de la fe? Porque en una sola fe hay un solo Señor Cristo y un solo Dios Padre. Un solo Señor Cristo no es uno por nombre, sino por fe, un solo hijo: pero si es Dios, si es inmutable, si nunca ha dejado de ser Dios o hijo. Por lo tanto, quien predique a Cristo de manera diferente a como es, es decir, que no es ni hijo ni Dios; predicará a otro Cristo. Pero tampoco hay una sola fe en el bautismo único: porque según la doctrina apostólica, la fe de ese único bautismo es una, cuyo único Señor y Hijo de Dios es Cristo, y es Dios.

3. Cristo ya no puede ser negado: por qué. Debe ser predicado tal como se cree en la fe.---Cristo ya no puede ser negado como Cristo, ni puede ser desconocido para el mundo. Los volúmenes de profecías lo señalan, la plenitud de los tiempos que avanza diariamente lo testifica, las tumbas de los Apóstoles y Mártires hablan de él a través de las obras de virtudes, el poder de su nombre lo prueba, los espíritus inmundos lo confiesan, los mugidos de los demonios castigados resuenan por él. Pero en todo esto está la dispensación de su poder. Sin embargo, en nuestra fe debe ser predicado tal como es; para que no sea solo por nombre, sino por confesión, en la fe de un solo bautismo, un solo Señor para nosotros: porque según un solo Señor Cristo, hay un solo Dios Padre.

4. Los arrianos predican a otro Cristo, como a otro Padre. Exaltan al Padre de manera engañosa para rebajar al Hijo.---Pero ahora estos nuevos predicadores de Cristo, negando todo lo que es de Cristo, predican a otro Señor Cristo como a otro Dios Padre: porque ni este engendró, sino que creó; ni aquel nació, sino que fue creado, y por eso Cristo es Dios fuera de la verdad, a quien no le es propio por nacimiento ser Dios; y Dios Padre está fuera de la conciencia de la fe, a quien no le es propio en la generación ser Padre. Alabando con razón a Dios Padre como es digno, es decir, que es de naturaleza inaccesible, inconspicua, inviolable, inenarrable, infinita, providente, poderosa, benigna, móvil, que transcurre, permanece dentro

y fuera, y siente todo en todos: pero cuando añaden a la supereminencia de la alabanza, que es el único bueno, el único poderoso, el único inmortal, ¿quién no entenderá que esta religión de alabanza tiende a que el Señor Jesucristo, permaneciendo fuera de esta bienaventuranza que se atribuye solo a Dios por excepción, sea él mismo mortal, débil y malo, mientras que en estas cosas el Padre es el único? Y por eso se le niega la naturalidad de la generación del Dios Padre, para que a través de la generación no permanezca en él la bienaventuranza que es natural al Dios Padre; porque la generación está en la virtud de su naturaleza, que engendró.

5. Al Hijo como imagen le convienen todas las cosas que al Padre.---No instruidos por las predicaciones apostólicas ni evangélicas, exaltan la magnificencia del Dios Padre para la usurpación de su profesión impía, no por la fe de la religión, sino por el arte de la impiedad: para que, mientras explican que todas las cosas son incomparables a su naturaleza, afirmen por excepción de comparación que el unigénito Dios es de naturaleza degenerada y débil: Dios (digo, añado) imagen viva del Dios viviente, y forma plenísima de la naturaleza bienaventurada, y generación unigénita de la sustancia innascible: que si no tiene la gloria perfecta de la bienaventuranza paterna, y no refleja la especie completa de toda la naturaleza, no es en verdad imagen. Pero si el unigénito Dios es imagen del Dios innascible, en él está la verdad de la naturaleza perfecta y absoluta, por la cual se hace imagen de la verdad. El Padre es poderoso: pero si el Hijo es débil, ya no es imagen del poderoso. El Padre es bueno: pero si el Hijo es de una divinidad de diferente género, la naturaleza mala no refleja la imagen del bueno. El Padre es incorpóreo: si el Hijo está circunscrito en cuerpo según el Espíritu, ya no es forma del incorpóreo siendo corpóreo. El Padre es inefable: si el Hijo es abarcado por el discurso, está fuera de la imagen de la naturaleza inenarrable siendo narrable. El Padre es verdadero Dios: si el Hijo está en la falsedad de Dios, ya no es imagen del verdadero quien es falso. El Apóstol no predica que sea imagen en parte ni forma en porción de Dios: sino que dice que es imagen del Dios invisible y forma de Dios (Colosenses I, 15). No puede ser predicada más expresamente la naturaleza de la divinidad en el Hijo de Dios por el Apóstol, que al decir que Cristo es imagen del Dios invisible: quien ciertamente en sustancia visible no reflejaría la imagen de la naturaleza invisible.

6. Lo que es del hombre, lo toman para injuria del Verbo. La distinción de la doble naturaleza ha diluido hasta ahora las objeciones.---Pero como enseñamos en los libros anteriores, toman la dispensación del cuerpo asumido para la injuria de la divinidad: y toman las causas de la impiedad del sacramento de nuestra salvación. Si fueran tenaces de la fe apostólica, entenderían que quien estaba en la forma de Dios asumió la forma de siervo; y no usarían la forma de siervo para la deshonra de la forma de Dios, cuando la forma de Dios contenía en sí la plenitud de Dios: y tratarían con piadosa razón lo que es de los tiempos y el misterio, para que ni la divinidad recibiera injuria, ni la dispensación trajera error. Pero habiendo demostrado ya, como creo, de manera muy completa, y mostrada la virtud de la naturaleza divina bajo la generación del cuerpo asumido, no queda lugar para la duda de que el unigénito Dios y hombre realizó todas las cosas con las virtudes de Dios, y perfeccionó todo con la verdad del hombre en las virtudes de Dios: teniendo en sí tanto la naturaleza de Dios poderoso en los hechos, al ser nacido de Dios; como la perfección del hombre perfecto, al ser nacido de la Virgen: y subsistiendo con la verdad del cuerpo en la naturaleza de Dios, y permaneciendo con la naturaleza de Dios en la verdad del cuerpo.

7. Lo que queda; y de dónde debe ser refutado.---Aunque, por tanto, nuestro discurso de respuesta ha descendido hasta la misma gloria de la muerte, y a cada una de las proposiciones de la profesión impía se ha contradicho con doctrinas evangélicas y apostólicas: sin embargo, porque incluso después de la gloria de la resurrección algunos se han atrevido a presumir para demostrar la debilidad de la naturaleza degenerada, ahora se debe responder a estas mismas.

Y así, como hemos observado en los demás, se debe traer la razón de sus propias palabras de las mismas palabras: para que la verdad se encuentre donde se niega. Porque lo que ha sido dicho divinamente de manera simple y para la instrucción de la fe, es necesario que haya sido dicho así, para que lo que ha sido dicho no se confirme con ejemplos de cosas ajenas y externas.

8. Quieren que sea débil, a quien Dios y Padre es el mismo que a nosotros, a quien está sujeto.---Entre sus otras impiedades, los herejes suelen usar también esta palabra del Señor: "Subo a mi Padre y a su Padre, y a mi Dios y a su Dios" (Juan XX, 17): para que por el hecho de que su Padre es su Padre y su Dios es su Dios, no esté en la naturaleza de Dios: mientras que profesa que Dios Padre es lo mismo para los demás que para él; cesando el privilegio en la comunión tanto de la naturaleza como de la natividad, por la cual es nacido Dios, y es Hijo. También sostienen aquella del Apóstol: "Pero cuando diga que todas las cosas están sujetas, excepto aquel que le sujetó todas las cosas. Y cuando todas las cosas le estén sujetas, entonces él mismo estará sujeto a aquel que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos" (1 Corintios XV, 26, etc.): para que, porque esa sujeción se considerará testimonio de la debilidad de la naturaleza, no esté en la virtud de la naturaleza paterna, a quien la debilidad natural, sujeta a un poder superior, ha sometido. Tomen, pues, esta defensa de toda su impiedad como la más fortificada e inexpugnable, para abolir la verdad de la natividad: para que, porque por la sujeción no es Dios; y por el Dios y Padre común a él y a nosotros esté en la comunión de la criatura; él mismo también sea más bien creación de Dios que generación; porque la creación subsiste de la nada, mientras que la generación tiene al autor natural de la natividad.

9. El misterio de nuestra salvación es sacramento de piedad, no ofensa de divinidad.---Toda calumnia es impropia, porque la falsedad contradice a la verdad, cuando ya está sin freno de pudor: pero, sin embargo, a veces presenta algún velo de excusa ambigua, para que lo que está impúdicamente en el sentido esté con vergüenza en la defensa. Pero ahora en estas cosas, que han sido presumidas impíamente para debilitar la divinidad de nuestro Señor, se ha excluido el lugar de la vergüenza o de la excusa falsa: cuando, cesando ya la venia de la ignorancia, se descubre solo la voluntad de la inteligencia irreligiosa. Pues para diferir un poco la demostración de la misma palabra evangélica: ¿acaso era ignorada esta predicación del Apóstol que dice: "Y por confesión de todos, grande es el misterio de la piedad, que fue manifestado en carne, justificado en espíritu, visto por los ángeles, predicado a las naciones, creído en este mundo, asumido en gloria" (1 Timoteo III, 16)? ¿Hay alguien todavía tan torpe de inteligencia que no entienda que la dispensación de la carne asumida por el Señor es otra cosa que un sacramento de piedad? Y primero está fuera de la fe de Dios, quien estará fuera de esta confesión. Porque el Apóstol no duda de que esto debe ser confesado por todos, que el misterio de nuestra salvación no es una injuria a la divinidad, sino un gran sacramento de piedad: y un sacramento ya no oculto en misterio, sino manifestado en carne; ni aún débil por la naturaleza de la carne, sino justificado en espíritu: para que por la justificación del espíritu esté ausente de nuestra fe la debilidad de la carne, y por la manifestación de la carne no sea oculto el misterio, y por la causa ignorada del misterio sea solo confesión de gran piedad en el sacramento. Y así el Apóstol mantuvo el orden de toda la fe, para que mientras es piedad, sea sacramento; mientras es sacramento, sea conocimiento en carne; mientras es conocimiento en carne, sea justificación en espíritu; porque el sacramento de piedad, que se manifiesta en carne, para que sea verdaderamente sacramento, se manifiesta en carne por la justificación del espíritu. Y para que no se ignorara qué tipo de manifestación en carne es la justificación en espíritu; el sacramento, que se manifestó en carne, y se justificó en espíritu, fue visto por los ángeles, predicado a las naciones, creído en este mundo, y asumido en

gloria: para que en todo sea un gran sacramento de piedad, mientras se manifiesta en carne, mientras se justifica en espíritu, mientras es visto por los ángeles, mientras se predica a las naciones, mientras se cree en este mundo, mientras se asume en gloria. Porque la predicación sigue a la visión, y la fe sigue a la predicación, y la asunción de la gloria consuma todo: porque la asunción de la gloria es también un gran sacramento de piedad; y por esta fe de la dispensación, nos preparamos para ser conformes a la asunción de la gloria del Señor. Por lo tanto, la asunción de la carne es un gran sacramento de piedad: porque por la asunción de la carne, la manifestación del sacramento es en carne. Pero sin embargo, la manifestación en carne no debe ser confesada como otra cosa que un gran sacramento de piedad: porque su manifestación en carne es justificación del espíritu, y asunción de la gloria. ¿Y con qué esperanza en nuestra fe es el misterio de la dispensación piadosa una debilidad de la divinidad; cuando por la asunción de la gloria, debe ser confesado como un gran sacramento de piedad? Y porque ya no es debilidad, sino sacramento; ni necesidad, sino piedad: ahora se debe buscar la razón de la palabra evangélica, para que lo que es misterio de nuestra salvación y gloria, no se deje como ocasión de predicación impía.

10. Quieren que Cristo sea creado y siervo, porque Dios y Padre es común a él y a nosotros.---Es una autoridad grave para ti, hereje, e indisoluble la profesión del Señor sobre sí mismo, cuando dice: "Subo a mi Padre y a su Padre, y a mi Dios y a su Dios" (Juan XX, 17); para que por el hecho de que tanto para nosotros como para él uno es Padre y Dios, esté en la misma debilidad en la que estamos; mientras que por el mismo Padre nos igualamos en hijos, y por el mismo Dios nos comparamos en siervos: y siendo nosotros creación por origen, y siervos por naturaleza, sin embargo, mientras el Padre y Dios es común a nosotros, sea para él también común la creación y la servidumbre. Y aquí el furor de la predicación impía también usa esta palabra profética: "Te ungió, Dios, tu Dios" (Salmo XLIV, 8): para que no esté en la virtud de la naturaleza en la que es Dios, mientras que ungiéndose Dios a sí mismo sea Dios ante su lado.

11. Dios es para él y Padre, porque es nacido; y porque es nacido, por eso es Dios.---Ignora a Dios Cristo, quien ignora a Dios nacido. Pero nacer Dios no es otra cosa que estar en la naturaleza en la que es Dios: porque nacer, aunque muestra la causa de la natividad, no deja de existir en el género del autor. Pero lo que no deja de existir en el género, debe al autor la causa de su natividad, sin embargo, no ha perdido de sí mismo la naturaleza del autor: porque la natividad de Dios no es ni de otro lugar, ni otra cosa. Si es de otro lugar, no es natividad; si es otra cosa, no es Dios. Pero siendo Dios de Dios; por eso también Dios Padre es Dios del Hijo de Dios y Padre de su natividad: porque la natividad de Dios es tanto de Dios, como está en la naturaleza del género en la que es Dios.

12. Cristo moderó sus palabras de tal manera que reveló tanto su nacimiento como su divinidad. — El Señor, en todo lo que habló, moderó el modo de esta piadosa y debida profesión, para que la confesión de su nacimiento no trajera deshonra a su divinidad, ni la devoción del servicio ofendiera la naturaleza de su majestad. Así, el nacimiento debía profesar el honor debido a su autor, y la confianza natural debía mostrar la conciencia de la naturaleza que subsistía en Dios al nacer. De ahí que diga: "Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre", y también: "Las palabras que hablo, no las hablo por mí mismo" (Juan 14, 9-10). Pues al no hablar por sí mismo, es necesario que deba al autor lo que dice; y cuando al verse a él se ve al Padre, es la conciencia de la naturaleza que, para demostrar a Dios en sí mismo, no es ajena a Dios al nacer en Dios. O aquello: "El Padre que me dio es mayor que todos" (Juan 10, 29); y de nuevo: "Yo y el Padre somos uno" (Juan 10, 30). Pues la dádiva paterna es la profesión del nacimiento asumido, y el hecho de que sean uno es una propiedad de la

naturaleza por el nacimiento. O aquello: "El Padre ha dado todo juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre" (Juan 5, 22-23). Pues al darse el juicio, no se oculta el nacimiento; y al igualarse el honor, se retiene la naturaleza. O aquello: "Yo en el Padre, y el Padre en mí"; y de nuevo: "El Padre es mayor que yo" (Juan 14, 11 y 28). En lo que están en sí mismos, reconoce la divinidad de Dios de Dios; y en lo que el Padre es mayor, entiende la confesión de la autoridad paterna. Como también aquello: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo" (Juan 5, 19). Al no hacer nada por sí mismo, el Padre es el autor de lo que hace según el nacimiento; y sin embargo, cuando todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo, no subsiste en otra cosa que en Dios, para hacer todo lo que hace Dios Padre, subsistiendo en sí mismo la naturaleza de la omnipotencia paterna. Estas cosas, por tanto, según la unidad del espíritu y la propiedad de la naturaleza que es según el nacimiento, se han demostrado de tal manera que el nacimiento confesara a Dios de su sustitución, y la sustitución de la naturaleza no callara la conciencia: profesando para sí al Padre Dios, el Hijo Dios al nacer de él; teniendo, además, en lo que ha nacido, todo lo que es natural de Dios.

13. A quien tenía como Padre por nacimiento, comenzó a tener como Señor al hacerse siervo. — La dispensación de este gran y piadoso sacramento hizo al Padre de la divina natividad también Señor de la condición asumida: mientras que quien estaba en la forma de Dios, fue hallado en la forma de siervo. Pues no era siervo cuando, según el espíritu, era Dios Hijo de Dios. Y según el juicio común, donde no hay siervo, tampoco hay señor. Dios es ciertamente el Padre de la natividad del unigénito Dios; pero en cuanto a lo que es siervo, no podemos sino entonces considerarlo su señor, cuando es siervo: porque si antes por naturaleza no era siervo, y después comenzó a ser lo que no era según la naturaleza; no se debe entender otra causa de dominio que la que existió de servidumbre; teniendo entonces un señor por la dispensación de la naturaleza, cuando se mostró siervo por la asunción del hombre.

14. En la forma de siervo dijo: "SUBO", etc. — Permaneciendo, por tanto, en la forma de siervo, quien antes permanecía en la forma de Dios, el hombre Cristo Jesús habló: "Subo a mi Padre y a vuestro Padre, y a mi Dios y a vuestro Dios" (Juan 20, 17). Si, por tanto, esto lo dijo el siervo, y a los siervos; ¿cómo esta profesión no es del siervo, y se transferirá más bien a aquella naturaleza que no está en la naturaleza del siervo; cuando para aquel que permaneciendo en la forma de Dios asumió la forma de siervo, la comunión con los siervos no puede ser sino por el hecho de que es siervo? Por tanto, el Padre es para él como lo es para los hombres, y Dios es para él como lo es para los siervos. Y cuando estas cosas las dice a los hombres siervos el hombre en la forma de siervo Jesús Cristo; no se duda que el Padre es para él como para los demás en la parte en que es hombre, y Dios es para él como para todos en la naturaleza en que es siervo.

15. En esa forma dijo que nos llama hermanos. Cristo, ¿por qué gusano? — Finalmente, comenzó este mismo discurso de esta profesión con el inicio, diciendo: "Ve, sin embargo, a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, y a mi Dios y a vuestro Dios" (Juan 20, 17). Y ahora pregunto, ¿se debe entender que son hermanos para él según la forma de Dios, o según la forma de siervo? ¿Y tendrá nuestra corporación alguna comunión con él según la plenitud de la divinidad que habita en él, para que seamos considerados hermanos para él en cuanto a lo que es Dios? Pero el espíritu profético no ignora de qué parte son hermanos para el unigénito Dios: pues esto no lo dijo tanto el hombre como el gusano, "Narraré tu nombre a mis hermanos" (Salmo 21, 23). Y este gusano, ya sea no viviendo por el concepto de orígenes comunes, o emergiendo vivo de las profundidades de la tierra, para significar la carne asumida y vivificada por sí misma incluso desde el infierno, lo profesó: y en todo el salmo de su pasión, habiendo predicho los sacramentos con el espíritu profético, es

necesario que tenga hermanos por la misma dispensación por la que sufrió. El Apóstol también conoce el sacramento de los hermanos (Romanos 8, 29), proclamándolo primogénito de entre los muertos, así como primogénito entre muchos hermanos. Por tanto, es primogénito entre muchos hermanos según lo que es primogénito de entre los muertos; y siendo el sacramento de la muerte en el cuerpo, también el sacramento de la fraternidad está en la carne. Por tanto, son hermanos en la carne para Dios; porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros: pero el unigénito Dios, en la excepción del unigénito, está sin hermanos.

16. Dios es Padre de Cristo tanto por razón propia como común. — Él mismo, conteniendo en sí la naturaleza de nuestra universalidad por la asunción de la carne, era lo que nosotros somos, sin haber perdido ser lo que permanecía; teniendo entonces por nacimiento, y ahora por constitución, a Dios como Padre. Según la constitución ahora, porque de Dios Padre son todas las cosas. Pues Dios es Padre de todos, ya que de él y en él son todas las cosas. Pero para el unigénito Dios, porque el Verbo se hizo carne, no es solo por esto que es Padre: es Padre en cuanto a lo que en el principio era el Verbo Dios con Dios. Pero cuando el Verbo se hizo carne; permanece tanto en el nacimiento del Verbo de Dios, como en la constitución de la carne lo que es Padre. Pues Dios es Padre de toda carne; pero no en cuanto es Padre del Verbo Dios. Sin embargo, el Verbo Dios, ni dejó de ser Verbo, ni dejó de ser carne. Pues el Verbo, que se hizo carne y habitó entre nosotros, ni mientras habita deja de ser verdaderamente Verbo, ni mientras el Verbo es carne deja de ser verdaderamente Dios hombre: porque habitar, necesariamente es de aquel que permanece; y hacerse carne, debe entenderse de aquel que nace. Y lo que habita entre nosotros, es la asunción de nuestra carne: porque por el hecho de que el Verbo hecho carne habita entre nosotros, Dios está en la verdad de nuestro cuerpo. Si, por tanto, el hombre Cristo Jesús, según la carne, le quita la naturaleza al Verbo Dios, o no es Dios Verbo hombre Cristo Jesús según el sacramento de la piedad; sea para la deshonra de la naturaleza, que para él según nosotros tanto el Padre es padre, como Dios es Dios. Pero si Dios Verbo hombre Cristo Jesús no dejó de ser Dios Verbo; la comunión para nosotros y para él con el Padre y Dios es solo de esa naturaleza, en la que es hermano: porque "subo a mi Padre y a vuestro Padre, y a mi Dios y a vuestro Dios", no por lo que es unigénito Dios Verbo, sino por lo que el Verbo se hizo carne, se anunció a los hermanos.

17. Para Cristo como Verbo quien es Padre, y como Jesús y siervo es Dios. — Pero el discurso apostólico no habla con significados inciertos para los incautos ni para ocasión de impiedad. Así, ahora el Evangelista, comenzando el dicho del Señor con la profesión de los hermanos, enseñó que toda la profesión del dicho pertenece a la comunión de su naturaleza, de la cual es hermano, porque el discurso está destinado a los hermanos: para que no se considere una deshonra para la divinidad lo que se predicaba como sacramento de piedad; ya que nuestra comunión con él, por la cual el Padre es para nosotros y para él Padre, y Dios es para nosotros y para él Dios, existe según la dispensación de la carne, siendo nosotros hermanos para él por el nacimiento del cuerpo. Nadie, por tanto, duda que Dios es Padre también del Dios de nuestro Señor Jesucristo: pero esta nuestra piadosa profesión no se abre para ocasión de impiedad. Dios es suyo: no por eso, para que sea Dios de un género diferente al suyo. Sino porque de Dios Padre es nacido Dios, y por la dispensación es siervo; tenga tanto al Padre, mientras de él es Dios; como a su Dios, mientras de la Virgen es carne. Lo que el Apóstol consigna con breve y absoluto discurso, diciendo: "Recordando en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación" (Efesios 1, 16-17). Pues donde está Jesús Cristo, allí está su Dios: donde está la gloria, allí está el Padre. Así que quien es Padre para Cristo según la gloria, es también Dios

para Cristo según Jesús. Pues el Ángel llama a Jesús Cristo el Señor, a quien María iba a dar a luz (Mateo 1, 21). Pero el Espíritu profético habla de Cristo el Señor. Y a muchos, según el latín, este dicho parece más oscuro: porque el latín no usa pronombres, que el griego usa siempre con uso honesto y necesario. Así se escribe: ὁ θεὸς τοῦ Κυρίου ἡμῶν Ἰησοῦ Χριστοῦ, ὁ πατὴρ τῆς δόξης. Como con nosotros, si siempre hubiera costumbre de pronombres, se pronunciaría así: "Aquel Dios de aquel Señor nuestro Jesucristo, aquel Padre de aquella gloria". Pues por el hecho de que aquel Dios es de aquel Jesucristo, y aquel Padre es de aquella gloria, se ha expresado una cierta propiedad de inteligencia según la capacidad de nuestro sentido: para que donde está la gloria de Cristo, allí esté Dios su Padre; y donde está Cristo Jesús, allí esté su Padre Dios; teniendo a su Dios en la dispensación cuando es siervo, y al Padre en la gloria cuando es Dios.

18. De Cristo como hombre se dijo: "Te ungió", etc. — Pero los tiempos o edades no traen diversidad del Espíritu, para que no sea el mismo Cristo en el cuerpo, que permaneció en el Espíritu en los profetas. Pues hablando por boca del santo patriarca David: "Te ungió, Dios, tu Dios con óleo de alegría sobre tus compañeros" (Salmo 44, 8), no habló según otro sacramento, sino según la dispensación del cuerpo asumido. Pues quien ahora, mandando a los hermanos, dice que su Padre es su Padre y su Dios es su Dios, también entonces hablaba de ser ungido por su Dios sobre sus compañeros: para que, mientras no hay partícipe para el unigénito Cristo Dios Verbo, se conociera que es partícipe con él por la asunción en la que es carne. Pues aquella unción no benefició a la bienaventurada e incorrupta natividad que permanece en la naturaleza de Dios, sino al sacramento del cuerpo y a la santificación del hombre asumido, testificando el apóstol Pedro, cuando dice: "Porque verdaderamente se reunieron en esta ciudad contra tu santo hijo Jesús, a quien ungiste" (Hechos 4, 27). Y de nuevo: "Vosotros sabéis lo que se hizo palabra por toda Judea, comenzando desde Galilea después del bautismo que predicó Juan, a Jesús de Nazaret, cómo Dios lo ungió con el Espíritu Santo y con poder" (Hechos 10, 37-38). Jesús, por tanto, es ungido para el sacramento de la carne regenerada. Y no es ambiguo cómo fue ungido con el Espíritu de Dios y poder, cuando al subir él del Jordán se oyó la voz de Dios Padre: "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy" (Salmo 2, 6): para que por este testimonio de la carne santificada en él, se conociera la unción de la virtud espiritual.

19. No se puede entender lo mismo dicho del Verbo. Cuando no hay causa para ello. Cuando ungido es por naturaleza Dios. — Sin embargo, cuando en el principio era el Verbo Dios con Dios, la unción no tiene ninguna causa o explicación de su naturaleza, que no anuncia otra cosa que ser en el principio. Ni tuvo ciertamente Dios necesidad de ungirse por el Espíritu y poder de Dios: quien era Espíritu y Poder de Dios. Por tanto, Dios es ungido por su Dios sobre sus compañeros. Y si antes de la dispensación de la carne hay muchos Cristos según la ley; Cristo ahora, que es ungido sobre los partícipes, es posterior en el tiempo, mientras se prefiere a los ungidos compañeros. Finalmente, el discurso de la profecía muestra esta unción posterior, que sería en el tiempo, diciendo: "Amaste la justicia y odiaste la iniquidad; por eso te ungió, Dios, tu Dios con óleo de alegría sobre tus compañeros" (Salmo 44, 8). La causa consecuente y posterior nunca se refiere como anterior: porque merecer algo es posterior a ser quien puede merecer. Pues merecer es de aquel que es autor para sí mismo de adquirir mérito. Si, por tanto, atribuimos la unción a la natividad del unigénito Dios, que la unción fue concedida por el mérito de la justicia amada y la iniquidad odiada; el unigénito Dios será entendido más bien como avanzado por la unción que como nacido: y ya por incrementos y avances será consumado Dios, quien no nació Dios, sino que fue ungido en Dios por mérito; y ya por causa será Dios Cristo, y no toda causa por Dios Cristo. ¿Y dónde estará aquello del Apóstol: "Todo por él, y en él, y él es antes de todos, y todo en él subsiste" (Colosenses 1, 16-

17)? Pues Dios Señor Jesucristo, no es Dios por algunas cosas, ni por algunas cosas; sino que es Dios nacido. Y quien es Dios por generación, no avanzó en Dios por causa después del nacimiento: sino que en lo que nació, no es otra cosa al nacer que Dios. Pero cuando es ungido por causa; el progreso de la unción no se refiere a lo que no necesita incremento, sino a lo que por el incremento del sacramento necesitó el progreso de la unción, es decir, para que por la unción el hombre nuestro Cristo fuera santificado. Si, por tanto, ahora también por el profeta se demuestra la dispensación del siervo, por la cual es ungido por su Dios sobre sus compañeros; y por eso, porque amó la justicia y odió la iniquidad, es ungido: ¿por qué no se referirá el discurso del profeta a esa naturaleza de Cristo, en la que tiene compañeros por la asunción de la carne? especialmente cuando el Espíritu de la profecía se moderó de tal manera que mientras Dios es ungido por su Dios, tiene en la dispensación de la unción lo que es su Dios, y en la naturaleza lo que es Dios. Por tanto, Dios es ungido: pero pregunto si lo que en el principio era el Verbo Dios fue ungido. No ciertamente; pues la unción es posterior a Dios. Y cuando no se ungió la natividad del Verbo, que en el principio era el Verbo Dios con Dios; es necesario que se unja en Dios lo que es posterior en la dispensación en la que es Dios. Y cuando Dios es ungido por su Dios; se unge lo que sea asumido en el misterio de la carne servil.

20. Hasta qué punto tenemos comunión con Cristo. — Nadie, por tanto, viole con sentido impío el gran sacramento de la piedad, que se manifestó en la carne, ni nadie se iguale al Unigénito por la sustancia de la divinidad. Sea para nosotros él tanto hermano como partícipe según que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, según que es Mediador de Dios y de los hombres hombre Jesús Cristo. Sea para nosotros según los siervos y común Padre y común Dios: y ungido sobre los partícipes en esa naturaleza, aunque ungido con privilegio, en la que los partícipes son ungidos. Sea en el sacramento del Mediador, como verdadero hombre, así también verdadero Dios, Dios mismo de Dios, teniendo en común con nosotros al Padre y Dios en esa comunión en la que es hermano.

21. Se objeta la sujeción, la entrega del reino y el fin. — Pero tal vez aquella sujeción, la entrega del reino, y luego el fin, se deba entender como abolición de la naturaleza, defecto del poder o debilidad de la divinidad. Pues muchos quieren que, o bien cuando todo está sujeto a Dios, él mismo se sujeta, por la condición de la sujeción no sea Dios; o bien cuando entrega el reino, no esté en el reino; o bien cuando es el fin, el fin lo siga con defecto.

22. Modo de responder.---Es conveniente, por tanto, tratar todo el sentido del discurso apostólico sobre estos temas: para que, expuesta y publicada la razón de cada una de las palabras, seamos capaces de comprender todo el sacramento a través de la inteligencia universal. Dice así: Porque por un hombre vino la muerte, y por un hombre la resurrección de los muertos. Así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida; después el fin, cuando entregue el reino a Dios Padre, cuando haya destruido todo principado y toda potestad. Porque es necesario que él reine hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. Porque Dios ha sometido todo bajo sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte. Y cuando diga que todo está sometido, se exceptúa a aquel que le sometió todo. Y cuando todo le esté sometido, entonces también el mismo Hijo se someterá a aquel que le sometió todo, para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 21 y ss.).

23. Hay cosas que el hombre no comprende de inmediato.---El Apóstol, maestro de los gentiles elegido no por hombres ni por hombre, sino por Jesucristo, demuestra con la mayor claridad posible el significado de los misterios celestiales. Y habiendo sido arrebatado hasta

el tercer cielo para escuchar cosas inefables, reveló al entendimiento humano solo aquellas que la naturaleza humana podía comprender, sabiendo, sin embargo, que algunas cosas no pueden ser comprendidas de inmediato al ser escuchadas, porque nuestra debilidad recibe más tarde en el juicio verdadero y absoluto de la mente aquellas cosas que se transmiten a los oídos; dejadas más bien al sentido que al oído por una demora más prolongada en la reflexión, ya que escuchar es del oído, pero entender es de la razón, aunque Dios revele la inteligencia a los que desean entender. Pues escribiendo a Timoteo, instruido desde la infancia en las sagradas escrituras por la gloriosa fe de su abuela y madre, añadió también esto: Entiende lo que digo, porque Dios te dará entendimiento en todo (II Tim. II, 7). La advertencia de entender proviene de la dificultad de la inteligencia. Y el don de la inteligencia de Dios es un don de fe, por el cual la debilidad del sentido merece la gracia de la revelación. Si, por tanto, Timoteo, hombre de Dios según el testimonio apostólico (I Tim. VI, 11), y legítimo hijo de Pablo en la fe, es advertido para que entienda, porque el Señor le dará entendimiento en todo; recordemos también que somos advertidos por el Apóstol para la inteligencia, sabiendo que el Señor nos concederá entendimiento en todo.

24. No debe avergonzar cambiar un sentido erróneo al percibir la verdad.---Y si por error de la condición humana sostenemos algo con nuestro sentido, no rechacemos el progreso de la inteligencia por la gracia de la revelación: No sea que haber entendido algo una vez con su propio sentido sirva para que le avergüence cambiar a un sentido más correcto. Por lo cual, prudentemente y con consulta, el mismo bienaventurado Apóstol escribe esto también a los Filipenses: Todos los que somos perfectos, sintamos esto: y si en algo sentís de otra manera, Dios os lo revelará también. Pero en lo que hemos avanzado, en eso caminemos (Filip. III, 15 y 16). El sentido anterior no prejuzga la revelación de Dios. Pues el Apóstol advirtió en qué deben pensar los que piensan perfectamente: y espera la revelación de Dios para aquellos que piensan de otra manera, para que piensen lo que es perfecto. Si, por tanto, algunos han entendido de otra manera esta profunda dispensación de la ciencia arcana, y por nosotros se aporta algo recto y probable; no les avergüence, según el Apóstol, saber perfectamente por la revelación de Dios: Ni amen más no haber conocido la verdad que odien haber permanecido en lo no verdadero. Pues a aquellos que piensan de otra manera, y a quienes Dios lo ha revelado, les advierte que se apresuren en aquello en lo que han entrado: para que, dejando el sentido de la ignorancia primera, según el ingreso de la prisa propuesta, alcancen la revelación de la inteligencia perfecta. Entremos, pues, en lo que hemos avanzado. Y si por casualidad el error del camino desviado retrasa nuestra prisa; sin embargo, por la revelación de Dios, entrando de nuevo en aquello en lo que nos hemos apresurado, no cambiemos el ingreso de nuestra prisa. Pues nos hemos apresurado hacia Cristo Jesús, Señor de la gloria y rey de los siglos eternos, en quien todas las cosas han sido restauradas en los cielos y en la tierra, en quien y con quien siempre permaneceremos. En estas cosas, pues, entrando, sabemos perfectamente: y si en algo pensamos de otra manera, Dios nos revelará lo que se sabe perfectamente. Así que, según la fe apostólica, revisemos el sacramento de las palabras presentes; y de la manera en que anteriormente hemos tratado todo, para que expongamos todo sentido de voluntad impía bajo las palabras apostólicas, según la misma verdad de la fe apostólica.

25. Tres cuestiones planteadas.---Tres cosas, por tanto, según el orden de las palabras, se plantean en cuestión: primero el fin, luego la entrega, luego la sujeción: para que a través de estas cosas Cristo termine en el fin, o al entregar el reino no lo retenga, o esté sujeto a Dios fuera de la naturaleza de Dios.

26. Conexión de las palabras de Pablo objetadas.---Y primero debe conocerse que este no es el orden de la doctrina apostólica. Primero es la entrega del reino, luego la sujeción,

finalmente el fin. Pero a cada una de las causas se le han asignado los géneros propios de cada una de las causas: de modo que, mientras las cosas individuales terminan en otras cosas, la causa precedente siempre tiene una causa subyacente a sí misma. Pues habrá un fin; pero cuando haya entregado el reino a Dios. Entregará el reino; pero cuando haya destruido todo principado y toda potestad. Destruirá todo principado y potestad, porque es necesario que él reine. Reinará, sin embargo, hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. Pondrá a sus enemigos bajo sus pies; porque Dios le ha sometido todo bajo sus pies. Dios lo ha sometido de tal manera que el último enemigo, la muerte, sea vencido por él. Luego, cuando todo le esté sometido, excepto aquel que le sometió todo; entonces él mismo se someterá a aquel que le sometió todo, para que Dios sea todo en todos. El fin, por tanto, es que Dios sea todo en todos.

27. Qué argumentan los herejes.---Y ahora, antes que nada, debe preguntarse si el fin es deficiencia, si la entrega es pérdida, si la sujeción es debilidad. Si no están sujetas a estas cosas contrarias a ellas, estarán en la verdad de la inteligencia en la que fueron dichas.

28. Se les quita que el fin sea abolición. Qué es el fin. ---El fin, por tanto, de la ley es Cristo: y pregunto si la abolición de la ley es Cristo, o más bien la perfección. Pero si Cristo, que es el fin de la ley, no la disuelve, sino que la cumple, según lo que dice: No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla (Mat. V, 17); el fin no es deficiencia, sino perfección consumada. Pues todas las cosas tienden al fin, no para no ser, sino para permanecer en aquello a lo que han tendido. Y todo es por el fin; de lo contrario, el fin no se refiere a otra cosa. Pero cuando el fin es todo, permaneciendo él mismo es todo para sí mismo. Y porque no excede de sí mismo a ningún otro tiempo o cosa más que a sí mismo; toda la intención de la esperanza se extiende siempre hacia el fin mismo. Y por eso el Señor exhorta así a la paciencia de la fe religiosa que se reserva para el fin: Bienaventurado el que persevere hasta el fin (Mat. X, 22), no para que la deficiencia sea bienaventurada, y no ser sea el fruto, y la recompensa de la fe de cada uno se constituya en abolición: sino porque el fin es el modo inmutable de la bienaventuranza propuesta, son bienaventurados los que permanecen hasta el fin de la bienaventuranza consumada, sin que la expectativa de la esperanza fiel se extienda más allá de sí misma. El fin, por tanto, es el estado inmutable al que se tiende. Finalmente, el Apóstol, advirtiendo sobre el fin de la impiedad para el temor de dejar de ser, dice: Cuyo fin es la perdición, pero nuestra expectativa está en los cielos (Filip. III, 19 y 20). Si, por tanto, tanto para los bienaventurados como para los impíos hay un fin, y el fin se entiende como deficiencia: la religión y la impiedad son igualadas por el fin, porque ambas, por el fin establecido, no son en común. Y ¿dónde está nuestra expectativa en los cielos, si por el fin dejamos de ser según los impíos (a semejanza de los impíos)? Pero si se dice que para los santos hay expectativa, y para los impíos el fin debido: sin embargo, ni siquiera así se cree que el fin sea deficiencia; porque ¿cuál es la pena de la impiedad, si no ser en absoluto es la causa de sufrir el sentido vengador de las penas por deficiencia de sí mismos? El fin, por tanto, es la perfección duradera de una constitución inmutable: que está reservada tanto para la bienaventuranza como preparada para la impiedad.

29. La entrega del reino no es deficiencia de reinar. ---Ahora, pues, ya que no puede haber duda de que en el fin no se debe entender deficiencia, sino una constitución que no excederá, aunque aún quedan algunas cosas reservadas en la absolución de la palabra misma: sin embargo, demostradas solo estas cosas para la significación del sentido, veamos si la entrega del reino debe entenderse como deficiencia de reinar; para que lo que el Hijo entrega al Padre, al entregarlo no lo retenga. Si alguien, por tanto, contendiera con la furia de una impiedad insensata; debe admitir que el Padre, cuando entregó todo al Hijo, lo perdió al entregarlo, si entregar significa carecer de lo entregado. Pues el Señor dice: Todo me ha sido

entregado por mi Padre (Luc. X, 22); y de nuevo: Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra (Mat. XXVIII, 18). Si, por tanto, entregar es carecer; el Padre también careció de lo que dio. Pero si el Padre no careció al entregar; tampoco puede entenderse que el Hijo carezca de lo que entrega. Por tanto, si entregar todo no parece ser carecer de lo entregado; queda que en la entrega se conozca la causa de la dispensación, por la cual ni el Padre carece al entregar, ni el Hijo carece al dar.

30. La sujeción de Cristo no denota humildad, sino dispensación.---Sobre la sujeción, sin embargo, para que no se impute nada deshonroso al Hijo, aunque otras cosas no pocas ayudan a nuestra fe, especialmente este mismo lugar estará presente. Y primero pregunto al sentido común, si ahora debemos entender la sujeción como servidumbre al dominio, o debilidad a la virtud, o deshonor al honor, sometiendo cualidades contrarias, para que el Hijo, según estas cosas, esté sujeto a Dios Padre por la diversidad de una naturaleza disidente. Pero si se pensara así, la cautela del discurso apostólico prohibirá este error de la opinión humana. Pues dice que cuando todo le esté sometido, entonces él mismo se someterá a aquel que le sometió todo: y por eso, que entonces se someterá, significó la dispensación en el tiempo. Pues si entendemos la sujeción de otra manera, aunque entonces se someterá, ciertamente ahora no está sujeto: y haremos de él un disidente e insolente e impío, a quien la necesidad del tiempo, como si fuera por la ruptura y compresión del tumor de la impiedad tiránica, someterá a una obediencia tardía. Y ¿dónde quedará aquello: No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió (Juan VI, 38); y de nuevo: Por eso el Padre me ama, porque hago siempre lo que le agrada (Juan VIII, 29); pero también aquello: Padre, hágase tu voluntad (Mat. XXVI, 40); o esto del Apóstol: Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte (Filip. II, 8)? Y quien se humilla, tiene esto en su naturaleza para no ser humilde; y quien se hace obediente, asume por voluntad lo que obedece, mientras que por eso, que se humilla, se hace obediente. Por tanto, el Unigénito Dios, humillándose a sí mismo y obedeciendo al Padre hasta la muerte de cruz, ¿de qué manera, cuando todo le esté sometido, se entenderá que él mismo debe ser sometido al Padre? sino que esta sujeción no es de nueva obediencia, sino de dispensación del sacramento; porque ya permanece la obediencia, y en el tiempo debe emprenderse la sujeción. Por tanto, ahora la significación de la sujeción no es otra cosa que la demostración del misterio.

31. Ya están sujetas a Cristo las cosas que se dicen que deben ser sujetadas. ---Y lo que es, debe entenderse según esta misma esperanza de nuestra fe. Pues no es desconocido que el Señor Jesucristo, resucitado de entre los muertos, está sentado a la diestra de Dios, también testificando el Apóstol, cuando dice: Según la operación del poder de su fuerza, que operó en Cristo, cuando lo resucitó de los muertos, y lo sentó a su diestra en los cielos, sobre todo principado y potestad y virtud y dominación, y todo nombre que se nombra no solo en este siglo, sino también en el venidero, y sometió todo bajo sus pies (Efes. I, 19 y ss.). Pues el discurso apostólico, según el poder de Dios, significa ya como hechos los futuros. Pues las cosas que deben realizarse por el cumplimiento de los tiempos, ya están en Cristo, en quien está toda la plenitud: y las cosas que serán futuras, en ellas es más bien el orden de la dispensación que la novedad. Pues Dios ha sometido todo bajo sus pies, aunque aún deben ser sujetadas: para que en eso, que están sujetas, sea inmutable el poder de Cristo; en eso, que deben ser sujetadas, según la plenitud de los tiempos sucesivos hasta el fin de las edades, sea el progreso.

32. Qué es la evacuación. Diferencia de esta con la sujeción. ---No es un conocimiento oscuro que toda virtud contraria debe ser evacuada, y que este príncipe del aire y potestad de la maldad espiritual debe ser entregado a la eterna perdición, según aquello: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 41). Pero la

evacuación no es lo mismo que la sujeción. Pues evacuar el poder adverso es quitar el derecho de poder para que no permanezca, y por la evacuación del poder, es abolir el dominio del reino. De lo cual también el Señor testificó diciendo: Mi reino no es de este mundo (Juan XVIII, 36): habiendo testificado antes a este mismo poderoso del reino de este mundo, cuyo poder cesará con la evacuación del dominio de su reino (Juan XVI, 21). Pero la sujeción, que es tanto de la obediencia como de la fe, es la misma demostración de concesión o de cambio.

33. En qué medida lo que Cristo se sometió, el Padre se lo sometió a él.---Por tanto, evacuados los principados, se someterán a él bajo sus pies sus enemigos. Pero se someterán de tal manera que él mismo se los someta. Pero se los someterá de tal manera que Dios se los someta a él. ¿Acaso ignoró el Apóstol la virtud del dicho evangélico, cuando dice: Nadie viene a mí, si el Padre no lo atrae a mí (Juan VI, 41); aunque está escrito: Nadie va al Padre, sino por mí (Juan XIV, 6)? para que ahora él mismo se someta a sus enemigos, y sin embargo Dios se los sometió; testificando que toda su obra es obra de Dios en él. Y cuando no se va al Padre sino por él; sin embargo, no se viene a él si el Padre no lo atrae. Pues mientras se entiende al Hijo de Dios, se aprende la verdad de la naturaleza paterna en él. Y así, tanto conociendo al Hijo, Dios Padre nos atrae, como creyendo en el Hijo, el Padre nos recibe: porque la significación y el conocimiento del Padre en el Hijo es por la significación en sí del Dios Padre, llevándonos a él con religión paterna. Por tanto, el Padre atrae así, mientras que lo que es principal se cree del Padre. Pero nadie va al Padre sino por el Hijo: porque cesando en nosotros la fe del Hijo, el Padre es desconocido, no yendo a la religión paterna, a menos que primero se haya recibido la veneración del Hijo. Y así, conociendo al Hijo, el Padre nos atrae y nos recibe a la eternidad de la vida: y ambas cosas son por el Hijo, mientras que por la predicación del Padre a través de él, tanto el Padre nos atrae como el Hijo nos lleva al Padre. Por tanto, para una inteligencia más completa del dicho presente, fue necesaria la conmemoración de este sacramento, para que por el Hijo sea que el Padre nos atrae y nos recibe: y por esto entendamos en qué medida lo que él mismo se sometió, Dios se lo sometió a él. Permaneciendo, por supuesto, la naturaleza de Dios en él por la natividad, y actuando en él las cosas que él mismo hace: mientras que así actúa, que Dios las hace; y sin embargo, él mismo hace las cosas que Dios ha hecho: así, sin embargo, que en lo que él mismo hace, se entienda que el Hijo de Dios actúa; pero en lo que Dios actúa, se sienta que existe la propiedad de la naturaleza paterna en él como en el Hijo.

34. Qué enemigos deben ser sometidos a Cristo.---Por tanto, evacuados los principados y potestades, se someterán a él bajo sus pies sus enemigos. Y qué enemigos deben entenderse, el mismo Apóstol lo enseñó, diciendo: Según el Evangelio, son enemigos por causa de vosotros, pero según la elección, son amados por causa de los padres (Rom. XI, 28). Recordamos, por tanto, a estos enemigos de la cruz de Cristo: pero porque son amados por causa de los padres, sabemos que están reservados para la sujeción, según lo que está dicho: No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis sabios en vuestra propia opinión: que el endurecimiento ha venido en parte sobre Israel, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y así todo Israel será salvo, como está escrito (Isa. LIX, 20 y ss.), Y vendrá de Sion el que libere, y apartará las impiedades de Jacob, y este es mi pacto con ellos, cuando quite sus pecados (Ibid. 25 y ss.). Por tanto, los enemigos se someterán bajo sus pies.

35. Se someten, en la medida en que se conforman a la gloria de Cristo. ---Pero es necesario entender qué sigue a esa sumisión, a saber, aquello de que la última enemiga en ser vencida es la muerte (I Cor. XV, 26). La victoria sobre la muerte no es otra cosa que la resurrección de los muertos: cuando cesa la corrupción de la destrucción, se establece la eternidad de una naturaleza ya viva y celestial, según lo que está dicho: Porque es necesario que esto

corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? (Ibid. 53). En la sumisión de los enemigos, la muerte es vencida: y vencida la muerte, la vida de la inmortalidad sucede. Pero cuál sea esa perfecta propiedad de la sumisión después de la sumisión de la fe, el mismo Apóstol lo ha testificado, cuando dice: Él transformará el cuerpo de nuestra humillación para que sea conforme al cuerpo de su gloria; según la eficacia de su poder, por el cual puede someter a sí mismo todas las cosas (Filip. III, 24). La sumisión, por tanto, es también aquella que es una concesión de naturaleza a naturaleza: cesando de ser según lo que es, se somete a aquel cuya forma concede. Sin embargo, cesa no para no ser, sino para progresar: y se hace sujeto por transformación, pasando a la apariencia de otro género asumido.

36. La sumisión del Hijo, participación en la gloria del Padre.---Finalmente, para que la razón de este sacramento sea absoluta, después de que la muerte sea vencida por último, dice: Cuando haya dicho que todas las cosas están sujetas, excepto aquel que le sujetó todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos (I. Cor. XV, 26 y ss.). El primer grado del sacramento es que todas las cosas estén sujetas a él; y entonces él mismo se hará sujeto a aquel que le sujeta todas las cosas: para que así como nosotros estamos sometidos a la gloria de su cuerpo reinante, de la misma manera, por el mismo sacramento, él mismo, reinando en la gloria del cuerpo, se someta a aquel que le sujeta todas las cosas. Estamos sometidos a la gloria de su cuerpo, para que estemos en esa claridad en la que reina en el cuerpo: porque seremos conformes a su cuerpo.

37. La gloria del cuerpo de Cristo.---Y ciertamente, los Evangelios no callan la gloria de su cuerpo reinante. Así está escrito, diciendo el Señor: En verdad os digo que hay algunos de los que están aquí presentes que no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del Hombre viniendo en su reino (Mat. XVI, 28). Y sucedió que después de seis días, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto, y se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras se hicieron blancas como la nieve (Mat. XVII, 1 y 2). La gloria del cuerpo que viene en el reino fue demostrada a los Apóstoles: pues el Señor se mostró en el esplendor de su transformación gloriosa, revelando la claridad de su cuerpo reinante.

38. Promesa de participación en esa gloria.---Y prometiendo a los Apóstoles la participación en esta gloria suya, dice: Así será en la consumación del siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre: el que tiene oídos para oír, que oiga (Mat. XIII, 40 y ss.). ¿Acaso no tienen todos oídos naturales y corporales para escuchar lo dicho, de modo que sea necesario escuchar la advertencia del Señor? Pero insinuando el Señor el conocimiento del sacramento, exigió la audición de la doctrina fiel. En la consumación del siglo, los escándalos son quitados de su reino. Tenemos, por tanto, al Señor reinante según la claridad del cuerpo, hasta que los escándalos sean quitados. Tenemos nuevamente que seremos conformes a la gloria de su cuerpo en el reino del Padre, brillando como en la claridad del sol: en la cual mostró a los Apóstoles en el monte la apariencia de su reino transformado.

39. Impartiendo gloria, nos entrega el reino a Dios sin pérdida de su reino. El reino entregado, nosotros. Cristo entregando, y esto en cuanto hombre.---Entregará, por tanto, el reino a Dios

Padre: no así, como si al entregar concediera el poder, sino que nosotros, hechos conformes a la gloria de su cuerpo, seremos el reino de Dios. Pues no dice: Entregará su reino; sino Entregará el reino (I Cor. XV, 24), entregándonos a Dios como reino por la glorificación de su cuerpo. Nos entregará, por tanto, en el reino, según lo dicho en los Evangelios: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo (Mat. XXV, 34). Resplandecerán, por tanto, los justos como el sol en el reino de su Padre. El Hijo entregará a Dios el reino, a aquellos que llamó al reino, a quienes también prometió la bienaventuranza de este sacramento diciendo: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Reinando, por tanto, apartará los escándalos, y entonces los justos en el reino del Padre resplandecerán como el sol. Entregará, sin embargo, el reino a Dios Padre: y entonces aquellos a quienes entregue el reino a Dios, verán a Dios. Y qué reino, él mismo testificó diciendo a los Apóstoles: Porque el reino de Dios está en vosotros (Luc XVII, 21). Reinando, por tanto, entregará el reino. Y si alguien pregunta quién es este que entrega el reino, escuchará: Cristo resucitó de entre los muertos, primicias de los que durmieron; porque por un hombre vino la muerte, y por un hombre la resurrección de los muertos (I Cor. XV, 21). Todo este discurso presente sobre la cuestión es del sacramento del cuerpo, porque Cristo es las primicias de entre los muertos. Pero por qué misterio resucitó Cristo de entre los muertos, lo sabremos por lo que dice el Apóstol: Recuerda que Cristo resucitó de entre los muertos, de la simiente de David (II Tim. II, 8): enseñando, por tanto, que la muerte y la resurrección de ella son solo por la dispensación en la que es carne.

40. La causa de la sumisión de Cristo, para que Dios sea todo en todos. Cómo se hace esto.---Reina, sin embargo, en este mismo cuerpo glorioso suyo, hasta que, habiendo sido eliminados los principados, y vencida la muerte, someta a sus enemigos. Y ciertamente el Apóstol ha mantenido este modo, para que la eliminación sea atribuida a los principados y potestades, y la sumisión a los enemigos. Con estos sometidos, se someterá a aquel que le sujeta todas las cosas, el Señor, para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 28), la naturaleza de nuestro cuerpo asumido llevada a la naturaleza de la divinidad paterna. Por esto será Dios todo en todos, porque según la dispensación de Dios y hombre, el Mediador de los hombres y de Dios, teniendo en sí por la dispensación lo que es de la carne, adquirirá en todos por la sumisión lo que es de Dios, para que no sea Dios en parte, sino Dios en su totalidad. No hay otra causa de la sumisión, que para que Dios sea todo en todos, sin que ninguna parte de la naturaleza terrena del cuerpo resida en él, para que antes conteniendo en sí dos, ahora sea solo Dios; no desechando el cuerpo, sino trasladado por la sumisión; ni abolido por defecto, sino cambiado por la clarificación; adquiriendo para sí al hombre en Dios, más que perdiendo a Dios por el hombre. Sometido, sin embargo, por esto, no para no ser, sino para que Dios sea todo en todos; teniendo en el sacramento de la sumisión ser y permanecer lo que no es, no teniendo en el defecto así carecer de sí, para que no sea.

41. Lo predicho confirmado por los Evangelios.---Y aunque para la seguridad religiosa de esta inteligencia nos baste la autoridad apostólica, que el Señor Jesucristo, primicias de los que durmieron, debe ser sometido en el tiempo y por la dispensación, para que Dios sea todo en todos: por lo cual no es debilidad de la divinidad, sino progreso de la asunción, mientras que Dios es, y hombre es, ya Dios es todo: sin embargo, no sea que, porque creemos que está glorificado en el cuerpo mientras reina en él, y después debe ser sometido para que Dios sea todo en todos, no se piense que lo hemos presumido también de los Evangelios; el testimonio de nuestra fe debe ser sostenido no solo por la profesión de las palabras apostólicas, sino también por las del Señor; para que lo que Cristo habló por Pablo, antes de Pablo Cristo mismo ya lo haya hablado.

42. Sobre la gloria del Hijo del Hombre.---Demostrando, por tanto, a sus Apóstoles la dispensación de esta gloria con absoluta significación de palabras, dice: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también lo glorificará en sí mismo, y Dios lo glorificará inmediatamente (Juan XIII, 31 y 32). Tenemos primero la gloria del Hijo del Hombre, luego en el Hijo del Hombre la gloria de Dios, en lo que está dicho: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Esto primero se refiere a la gloria del cuerpo, que por la asociación de la naturaleza divina mutuará gloria. Luego sigue el progreso de una gloria más plena, a ser alcanzada por el incremento de la gloria ya concedida al cuerpo: Si Dios es glorificado en él, Dios también lo glorificará en sí mismo, y Dios lo glorificará inmediatamente (Juan XIII, 32). Por esto Dios lo glorificó en sí mismo, porque ya en él Dios ha sido glorificado. Pues que Dios ha sido glorificado en él, se refiere a la gloria del cuerpo, por la cual la gloria de Dios es entendida a través del cuerpo, la gloria de Dios debe ser entendida a través de la gloria del Hijo del Hombre. Pero porque Dios ha sido glorificado en él, y por eso Dios lo glorificó en sí mismo; por el incremento del Dios glorificado en él, Dios lo glorificó en sí mismo, para que ya que reina en la gloria, que es de la gloria de Dios, él mismo de allí pase a la gloria de Dios. En sí mismo Dios lo glorificó, es decir, en la naturaleza en la que Dios es lo que es: para que Dios sea todo en todos, permaneciendo ya todo en Dios por la dispensación en la que es hombre. Y ciertamente no calló sobre el tiempo diciendo: Y Dios lo glorificó en sí mismo, y Dios lo glorificará inmediatamente (Ibídem): para que, al salir Judas a la traición, significara en el presente la gloria que le seguiría después de la pasión por la resurrección futura; reservando para el futuro aquella en la que Dios lo glorificaría en sí mismo; la gloria de Dios en él mostrada por la virtud de la resurrección, él mismo permaneciendo en la gloria de Dios, es decir, en Dios todo en todos por la dispensación de la sumisión.

43. Se reprende a los que entienden mal la sumisión.---Y en esto, cuánta es la necedad de la furia herética, desesperar de Dios lo que halaga con sus esperanzas humanas; para que lo que en el hombre Dios puede, en sí mismo sea incapaz de realizarlo. Ni palabra ni sentido de razón lo dice, que por una cierta necesidad natural Dios, obligado a cuidar de nosotros, no pueda aportarse a sí mismo nada de bienaventuranza: no porque necesite progreso, quien es de naturaleza y virtud inalterable, sino porque por la dispensación y el sacramento de la gran piedad, quien es Dios y hombre, sea incapaz de darse a sí mismo todo lo que es Dios; cuando no ambiguamente nos concederá también ser lo que no somos. Pues el fin de la vida humana y de la muerte es la resurrección: y la recompensa más segura de nuestra milicia es la eternidad incorrupta, no permaneciendo para la perseverancia del castigo, sino para el fruto de la gloria perpetua y la alegría que no cesa. Por tanto, cuando esta nuestra origen de cuerpos terrenales exceda al estado de una naturaleza superior, y se haga conforme a la gloria del cuerpo del Señor; Dios hallado en forma de siervo, aunque ya glorificado en el cuerpo según lo que es en forma de siervo, sin embargo, no será conforme a Dios; para que quien nos otorgará la forma de su cuerpo glorificado, él mismo no pueda más allá de lo que nos concede a nosotros y a sí mismo en común. Pues esto que está dicho: Entonces se someterá a aquel que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos (I Cor., XV, 28); muchos de los herejes afirman así: que por eso el Hijo debe ser sometido a Dios Padre, para que el Padre por la sumisión del Hijo sea Dios todo en todos; como si aún le faltara perfección a Dios, que por la sumisión del Hijo la alcanzará: por lo tanto, debe entenderse que carece de la divinidad absoluta y bienaventurada, si Dios será todo en todos por el progreso de los tiempos.

44. A Dios pleno nada le falta, nada se le añade.---Y a mí, que entiendo a Dios solo con veneración, me parece impío responder a esto, tanto como estar presente; y sobre la naturaleza, que excede la concepción del sentido humano, confiar en poder expresar con

palabras cuya significación es aún más estrecha que la inteligencia, y primero dudar, si falta algo a Dios, o si él mismo es pleno, o si ya pleno queda algo para ser más pleno. Porque si Dios, a quien no le viene de otro lugar lo que siempre es Dios, tiene progreso, para que alguna vez sea más; sin embargo, no puede llegar a eso, para que no le falte nada: porque a quien le queda progreso de naturaleza, nunca se entiende que haya progresado sin algún incremento residual; mientras que la naturaleza que tiende al progreso, aunque siempre progrese, siempre queda abierta al progreso. Pero lo que permanece en perfecta plenitud, y siempre es, no se deja a sí mismo para ser más pleno: porque la adición de una plenitud más plena no cabe en la plenitud perfecta. Y esta es la especie de piadosa inteligencia de Dios, que a Dios no le falta nada, y que es pleno.

45. Ejemplo de los Apóstoles en pensar las cosas de Dios.---Sin embargo, el Apóstol no ignora qué tipo de voz de confesión debe testificar sobre Dios, diciendo: ¡Oh profundidad de las riquezas y de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero, para que le sea recompensado? Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas; a él sea la gloria por los siglos de los siglos. (Rom., XI, 33, etc.) Dios no está circunscrito por la mente terrena (V. lib. IV, n. 14), ni se alcanza este profundo de su sabiduría con el sentido de la inteligencia penetrante, ni se aprehenden sus juicios por el ingenio de los que los escrutan, ni sus caminos de conocimiento se dejan investigar por los estudios de los que los siguen. Todo está sumergido en el profundo incomprensible, y nada de sus cosas se encontrará, nada se seguirá. Pues nadie conoció su mente: y no necesitó consejo externo. Pero ahora todo este discurso es sobre nosotros, no también sobre él, por quien son todas las cosas, que es el Ángel del gran consejo (Isa., IX, 6), quien también dice: Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar (Mat., XI, 25). Pero contra las mentes débiles nuestras, y que se sumergen en definir y circunscribir la naturaleza divina, debe usarse la confesión de la protesta apostólica: para que la opinión temeraria no se arrogue algo de Dios, más allá de lo que se enseña.

46. Lo que cae en el entendimiento humano.---Esta es la inteligencia común de las causas naturales, que nada cae en el sentido, sino lo que está sujeto al sentido, de modo que o alguna cosa se propone a los ojos, o cada obra es posterior a nuestro sentido y mente: de las cuales una, lo que se toca o se ve, se concede dentro de la sentencia de nuestra opinión, para ser moderada por el mismo tacto y vista; la otra, lo que se hace en el tiempo, y que de alguna manera se engendra o se constituye por nosotros con un principio más joven, porque no precede al sentido de la inteligencia, también está sujeta al juicio del sentido que juzga. Pues ni nuestra vista juzga lo invisible, que no discierne sino solo lo visto: ni nuestra mente se extiende en el tiempo en el que no existió, y rastrea lo anterior a su nacimiento, cuando no se le deja más que la opinión de aquellas cosas de las que es más antigua: que a menudo, por la necesidad de su propia debilidad natural, no tiene certeza, no mantiene el conocimiento absoluto en la cognición de las causas; mucho menos ahora de aquellas que son antes de sí mismas por razón eterna, percibiendo con el sentido que retrocede más allá de su nacimiento.

47. Dios, profundidad inescrutable. No necesita de nadie.---Y por eso el Apóstol, porque nunca caen en el conocimiento sino aquellas cosas que suceden posteriores al sentido, habiendo mencionado la profundidad de la sabiduría de Dios, y la infinitud de sus juicios inescrutables, y el secreto de sus caminos investigables, y la ignorancia de su mente desconocida, y la ininteligencia de su consejo no comunicado, añadió: ¿Quién le dio primero, para que le sea recompensado? Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas; a él sea la gloria por los siglos de los siglos (Rom., XXI, 35 y 36). Dios, que siempre es, no está sujeto

al modo, ni es prevenido por algún movimiento anterior de mente o inteligencia. Y por eso él mismo es todo un profundo investigable e inescrutable. Todo él, sin embargo, de modo que no está definido en modo, sino que es entendido en lo inmenso: porque de nadie tomó lo que es, ni nadie le dio primero, para que deba retribuirse el oficio al dador. Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas. No necesita de lo que permanece de sí mismo y por sí mismo y dentro de sí mismo; ni quien es origen, ni quien es artífice, ni quien es continente, y externo a lo interno, y creador de los efectos: y él mismo nunca necesita de los suyos. Nada es antes, nada es de otro lugar, nada es fuera de sí mismo. ¿Qué progreso de plenitud le falta, para que por el tiempo Dios sea todo en todos? ¿O de dónde tomará, fuera de quien no hay nada? nada, sin embargo, de modo que siempre él mismo sea. Y quien él mismo siempre es, y fuera de quien no hay nada, ¿con qué incremento será llenado, o con qué aumento será cambiado, diciendo: Yo soy, y no cambio (Malac., III, 6): cuando no queda lugar para el cambio, ni causa para el progreso, ni anterioridad para la eternidad, ni otra cosa para Dios más que Dios mismo? No será, por tanto, por la sumisión del Hijo que Dios será todo en todos: ni será consumado por causa, de quien y por quien y en quien toda causa consiste. Permanece, por tanto, como siempre es Dios, ni necesita progreso quien para lo que es, de sí mismo y para sí mismo siempre es.

48. El Hijo inmutable. Al vaciarse a sí mismo, no fue alterado. Que Dios sea todo en todos es nuestro progreso. — Pero ni siquiera en el unigénito Dios recae la necesidad de cambiar de naturaleza. Porque Dios es lo que el nombre de plena y perfecta divinidad significa. Pues como enseñamos anteriormente, tanto la repetición de la gloria como la causa de la sujeción es para que Dios sea todo en todos; pero que Dios sea todo en todos es un misterio, no una necesidad. Permaneciendo en la forma de Dios, asumió la forma de siervo, no alterado, sino vaciándose a sí mismo, ocultándose dentro de sí mismo y vaciándose dentro de su propio poder: mientras se moderaba hasta la forma del hábito humano, para que la debilidad no soportara la inmensa y poderosa naturaleza de la humildad asumida; sino que la virtud ilimitada se moderara a sí misma en la medida en que fuera necesario obedecer hasta la paciencia del cuerpo unido a sí mismo. Pero al vaciarse a sí mismo dentro de sí, no trajo detrimento al poder; ya que dentro de esta humildad de vaciarse a sí mismo, sin embargo, usó todo el poder vaciado dentro de sí.

49. Que Dios sea todo en todos es el progreso de nuestra asunción. Porque quien, siendo en forma de Dios, fue hallado en forma de siervo, nuevamente debe ser confesado en la gloria de Dios Padre: para que no se entienda ambiguamente que permanece en su forma, en cuya gloria debe ser confesado. Por lo tanto, es solo una dispensación, no una alteración: porque está en lo que estaba. Pero cuando hay un medio que comenzó a ser, es decir, nacido hombre; todo se adquiere para él de la naturaleza que antes no era Dios, cuando Dios se muestra siendo todo en todos después del misterio de la dispensación. Estos son, por lo tanto, nuestras ganancias y nuestro progreso, haciéndonos conformes a la gloria del cuerpo de Dios. Sin embargo, el unigénito Dios, aunque también nació hombre, no es otra cosa que Dios todo en todos. Porque aquella sujeción del cuerpo, por la cual lo que es carnal para él es devorado en la naturaleza del espíritu, lo constituirá como Dios todo en todos, quien además de Dios es hombre: pero ese hombre nuestro progresa en eso. Sin embargo, nosotros progresaremos en la gloria conforme de nuestro hombre, y renovados en el conocimiento de Dios, seremos reformados a la imagen del Creador, según el dicho del Apóstol: Despojados del viejo hombre con sus actos, y revestidos del nuevo, que se renueva en el conocimiento de Dios según la imagen de aquel que lo creó (Colosenses III, 9 y 10). Así se consuma el hombre imagen de Dios. Porque hecho conforme a la gloria del cuerpo de Dios, excede en la imagen del Creador, según la disposición de la figura del primer hombre. Y después del pecado y del

viejo hombre, hecho nuevo hombre en el conocimiento de Dios, obtiene la perfección de su constitución, reconociendo a su Dios, y por eso su imagen: y progresando en la religión hacia la eternidad, y por la eternidad permaneciendo imagen de su Creador.

407-408 LIBRO DUODÉCIMO.

Contra las solemnes afirmaciones de los herejes, "No fue antes de nacer" y "Hecho de lo que no existía", defiende la eterna y divina natividad de Cristo. Y aunque ellos quieren que sea una criatura, porque en nombre de la Sabiduría dijo de sí mismo, "El Señor me creó", Hilario se opone; primero, porque Cristo es adorado, cuando está prohibido el culto a la criatura; segundo, porque todo fue creado por él, y el nombre de Creador le es propio; tercero, porque en él no recae esperar, servir, no estar sujeto voluntariamente, ser liberado: a lo que está sujeta, según el Apóstol, toda criatura; cuarto, porque siendo la forma de Dios la naturaleza de Dios, si Cristo permaneciendo en la forma de Dios es criatura, también el Padre será criatura; quinto, porque al Padre y al Hijo se debe rendir igual honor; sexto, porque el Padre con el nombre de útero indica que lo engendró de su propia sustancia: finalmente, porque en ninguna parte el Padre lo llama sino su propio Hijo, ni él llama a Dios sino su propio Padre. En cambio, otros son significados como hijos hechos, no nacidos; y en ninguna parte se les otorga el nombre de propiedad. Porque donde Dios dice, "He engendrado hijos", no añade "míos". Así dice, "Mi primogénito Israel", de modo que "mío" recae en primogénito, no en Hijo.

Luego aborda la eternidad de la natividad de Cristo, diferente del origen de las demás cosas, porque estas son hechas por una causa que es de la nada, y después de un tiempo en que no existieron; pero él, siendo de aquel que es, nunca estuvo sujeto a no ser, ni a una causa de la nada.

A los que objetan, "Si nació, alguna vez no fue; porque no fue antes de nacer": Responde que el Hijo nacido del eterno Padre, es igualmente eterno.

A lo que replican, "Todo lo que nació, no fue; porque nació para ser": concede esto sobre las cosas humanas, pero lo niega sobre las divinas, en las que así como siempre es el Padre, así también siempre es el Hijo: cuya natividad, siendo antes de los tiempos eternos, no está sujeta al tiempo, ni a nuestro sentido.

Insisten: "Si no se percibe que no fue antes de nacer, debe entenderse que nació siendo". A lo que se responde, que aquel que se predica nacido, no se percibe que fue antes; así como tampoco se entiende que alguna vez no fue, quien siempre se siente nacido.

Tampoco imaginan eficazmente que Dios no siempre fue padre; ya que de las palabras de Salomón, David y Pablo, la eternidad del Hijo no es ambigua. Esta la demuestra tan evidentemente la Sabiduría, cuando no solo se declara fundada antes de los siglos, sino que también estuvo presente en la preparación eterna de las cosas, y por tanto se declara coeterna con las eternas: de modo que el judío puede ser fácilmente convencido de que Cristo existió antes que María.

Podría causar inquietud que se diga creada, si no se enseñara que también fue engendrada. Y no debe pensarse que significó lo mismo con dos palabras, ya que profesa ser creada por una causa, pero engendrada antes de la causa.

Así también, mientras enseña que el Padre es el creador del mundo, aniquila ese impío sentido, por el cual se interpreta que fue creada en la obra, de modo que Cristo fue hecho

primero para la causa de hacer el siglo: ya que Cristo fue dicho creado en la obra, no por su natividad, sino por su dispensación; la cual ciertamente cumplió desde el principio del siglo, al presentarse visible a Adán, Caín, Abel, Noé, Agar, Abraham, Moisés, Jacob y otros Padres, a través de la apariencia asumida de varias creaciones. Aquí se toca, y no se rechaza como impía, sino como ignorante, la interpretación de algunos, que piensan que también la eterna natividad se dice creada allí en casi la misma razón, por la cual Pablo predicó a Cristo verdaderamente nacido de María, pero hecho: para que toda opinión de pasión en su generación sea removida. Finalmente, Hilario concluye este libro y toda la obra con la confesión de su fe sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

1. 409 Los mismos objetos de los herejes conducen a la verdad. — Finalmente nos dirigimos, ya con el Espíritu Santo acompañándonos, hacia el puerto seguro y tranquilo de la fe segura. Y así como a menudo sucede a los que han sido sacudidos por el mar y el viento, que cuando las olas pesadas y obstaculizadoras a veces los retienen cerca de las costas de los puertos, finalmente el mismo oleaje de la gran y terrible ola los impulsa hacia un refugio conocido y seguro. Lo que espero que nos suceda en este duodécimo libro luchando contra la tempestad herética: que cuando enfrentamos la ola de la impiedad más grave, esa misma ola nos lleve al seno de la paz deseada. Porque para todos los que son llevados por el incierto viento de la doctrina, de aquí viene el miedo, de aquí el peligro, de aquí incluso a menudo el naufragio, porque el unigénito Dios bajo la autoridad profética es defendido como criatura: para que en él no haya natividad, sino creación, porque se dijo en persona de la Sabiduría, "El Señor me creó al principio de sus caminos" (Proverbios VIII, 22). Esta es la mayor ola de su invierno, esta es la pesada ola del torbellino tortuoso: que recibida por nosotros, y rota en un viaje seguro, nos lleva hasta el puerto más seguro de la costa deseada.

2. Cierta verdad de fe sobre el Hijo. — No nos apoyamos en esperanzas inciertas ni ociosas, como los marineros: que a veces navegando más con deseos que con confianza, los vientos vagos e inestables los abandonan o los desvían. Sin embargo, a nosotros nos acompaña el Espíritu inseparable de la fe, permaneciendo por el don del unigénito Dios, y llevándonos con un curso inmutable a la tranquilidad: Porque no al Señor Cristo como criatura, porque ni él mismo lo es; ni como hecho, porque de todas las obras él mismo es el Señor: sino que lo conocemos como Dios, la generación propia de Dios Padre. Todos nosotros, según la dignación de la bondad, hemos sido llamados y asumidos como hijos de Dios; pero él es el verdadero único hijo de Dios Padre, y la verdadera y absoluta natividad, permaneciendo solo en el conocimiento de ambos. Esta es nuestra única religión, confesar al Hijo no adoptivo, sino nacido; ni elegido, sino engendrado. No proclamamos que fue hecho, ni no nacido: porque no comparamos al Creador con las criaturas, ni mentimos sobre la natividad sin generación. No es por sí mismo, quien es por natividad. Ni no es nacido, quien es hijo. Ni quien es hijo, puede ser de otra manera que naciendo lo que es hijo.

3. En los arrianos el espíritu profético y evangélico lucha consigo mismo. — No hay duda para nadie de que las causas de la impiedad siempre son contrarias y opuestas a las causas de las religiones: ni puede ser piadosamente aceptado lo que se determina que fue impíamente aceptado: para que estos nuevos correctores de la fe apostólica dividan el espíritu evangélico y profético en disputas, y lo repartan en contiendas; o que estos profetizaron de una manera, y aquellos predicaron de otra: porque Salomón nos llama a la veneración de la criatura, pero Pablo reprende a los que sirven a la criatura. Que ciertamente no parecen convenir entre sí según la inteligencia de la impiedad (Gálatas I, 15), para que el Apóstol, tanto enseñado por la ley como segregado por la predefinición (II Corintios XIII, 3), y hablando por Cristo que habla en él, ignorara o disolviera la profecía no ignorada: y no supiera que Cristo es criatura, a quien llamó creador; y prohibiera la religión de la criatura, quien aconsejó servir solo al

Creador diciendo: "Cambiaron la verdad de Dios en mentira, y sirvieron a la criatura en lugar del Creador, que es bendito por los siglos de los siglos" (Romanos I, 25).

4. Cristo propiamente llamado creador. — ¿Acaso no acusa suficientemente esta impiedad de falsedad, hablando en Pablo Cristo Dios? ¿No condena suficientemente la mentira de la verdad alterada? Porque por el Señor Cristo todas las cosas fueron creadas: y por eso su nombre propio es ser creador. No recae en él la naturaleza y la denominación de su eficiencia. Nos es testigo Melquisedec, proclamando a Dios creador del cielo y de la tierra: "Bendito sea Abraham del Dios Altísimo, que creó el cielo y la tierra" (Génesis XIV, 19). También es testigo el profeta Oseas diciendo: "Afirmando el cielo, y creando la tierra, yo soy el Señor tu Dios, cuyas manos crearon todo el ejército del cielo" (Oseas XIII, 4). También es testigo Pedro escribiendo: "Encomendando vuestras almas al fiel creador" (I Pedro IV, 19). ¿Por qué imponemos el nombre de obra al artífice? ¿Por qué llamamos a Dios con nuestros nombres? Nuestro creador es, creador de todo el ejército celestial es.

5. Cristo no puede ser llamado criatura. — Estas cosas, cuando se refieren al Hijo, por quien todas las cosas fueron hechas, deben ser entendidas con la fe apostólica y evangélica; ¿cómo se le igualará a estas mismas cosas que realizó, y estará en la misma denominación de naturaleza que todas ellas? En primer lugar, el sentido de la inteligencia humana rechaza esto, que el creador sea criatura; porque la creación es por el creador. Si él es criatura; está sujeto a corrupción, y está sujeto a expectativa, y está sujeto a servidumbre. Porque dice el mismo bendito apóstol Pablo: "Porque la expectativa ansiosa de la creación espera la revelación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad no por su voluntad, sino por causa de aquel que la sujetó en esperanza. Porque también la misma creación será liberada de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios" (Romanos VIII, 19 etc.). Si Cristo es criatura, es necesario que esté incierto bajo la esperanza de una expectativa lejana, y que su larga expectativa espere más bien por nosotros, y estando sujeto a la vanidad, y por la sujeción de necesidad no esté sujeto voluntariamente. Pero estando sujeto no voluntariamente, es necesario que también sea siervo; y siendo siervo, también permanece en la corrupción de la naturaleza. Porque el Apóstol enseña que todas estas cosas son propias de la criatura: de las cuales, siendo liberada por la expectativa lejana, brillará según la gloria humana. ¡Y oh imprudente e impía profesión sobre Dios, asignarle a él estos ludibrios por la contumelia de la criatura, para que espere, para que sirva, para que sea forzado, para que sea conocido, para que sea liberado en nuestra, no en su, cuando de sus cosas nos elevamos a algo!

6. Si es criatura, igualmente es criatura el Padre: porque el Hijo es naturaleza del Padre. La exinanición del Verbo es abolición. — Pero nuestra impiedad avanza con un gran incremento de perfidia por esta audacia de voz ilícita: que porque el Hijo es criatura, el Padre tampoco difiere de la criatura. Porque Cristo permaneciendo en la forma de Dios, tomó la forma de siervo: y quien está en la forma de Dios, si es criatura, Dios no estará lejos de la criatura, porque está en la forma de Dios. Pero estar en la forma de Dios, no es otra inteligencia que permanecer en la naturaleza de Dios: por lo cual también Dios es criatura, porque en su naturaleza está la criatura. Pero quien estaba en la forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; porque de la igualdad con Dios, es decir, de su forma, descendería a la forma de siervo (V. lib. IX, n. 14). Pero descender de Dios a hombre, no pudo ser sino vaciándose Dios de la forma de Dios. Pero vaciándose a sí mismo no fue abolido, para que no fuera; cuando fue algo diferente de lo que había sido. Porque no se desvaneció de sí mismo, quien se vació en sí mismo: cuando el poder de la virtud permanece incluso en el poder de vaciarse a sí mismo; y pasar a la forma de siervo no es perder la

naturaleza de Dios, cuando vaciarse de la forma de Dios no es otra cosa que la virtud del poder divino.

7. Al Hijo se le debe honor igual al Padre. — Tanto es así que estar en la forma de Dios, no es otra cosa que ser igual a Dios: que al Señor Jesucristo, quien está en la forma de Dios, se le debe igual honor, diciendo él mismo: "Para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió" (Juan V, 23). Nunca hay diversidad de cosas, a menos que también haya diversidad en el honor. Porque las mismas cosas son de la misma veneración: porque o el honor supremo se otorgará indignamente a los inferiores, o los inferiores se igualarán a estos en honor con la contumelia de los superiores. Pero si el Hijo es para que sea creación más bien que natividad, será igualado en honor al Padre; no tenemos ninguna religión de honor hacia el Padre, cuando se nos impone tanta veneración hacia él como hacia la criatura: pero porque es igual a Dios Padre en lo que es nacido de él como Dios; también es igual en honor. Porque es Hijo, no criatura.

8. Dios, sin partes, se dice que engendró desde el útero, porque es de sí mismo. A los que quieren que el Hijo sea de la nada, no les basta el sentido del lugar dicho. — Y esta es la voz clara del Padre sobre él, "Desde el útero antes del lucero te engendré". Pero no se prejuzga a Dios, como ya hemos dicho muchas veces, por la debilidad de nuestra inteligencia; para que por eso, que se dice que engendró "desde el útero" (Salmo CIX, 5), consista en partes internas y externas unidas por miembros, como si fueran orígenes de causas corporales: cuando, libre y absoluto fuera de la causa de las necesidades naturales, permaneciendo señor de toda la naturaleza, significa la propiedad de la natividad de su Unigénito desde la virtud de su naturaleza inmutable. Porque el espíritu naciendo del espíritu, aunque nazca de la propiedad del espíritu, por la cual él mismo es espíritu: sin embargo, no hay otra causa para él que la causa de causas perfectas e inmutables para lo que nace. Y naciendo de una causa perfecta e inmutable, es necesario que nazca de la causa en la propiedad de la misma causa. Pero la propiedad de las necesidades humanas se contiene dentro de las causas del útero. Pero para Dios, perfecto no por partes, sino inmutable por el espíritu, porque Dios es espíritu (Juan IV, 24), no hay necesidad natural de causas internas. Pero porque nos predicaba la natividad del espíritu del espíritu, instituyó nuestro sentido por el ejemplo de nuestras causas; no como ejemplo de natividad, sino para la inteligencia de la generación; para que ese ejemplo no sirva para la necesidad, sino para el sentido. Si, por lo tanto, el unigénito Dios es creación: ¿y qué significa la significación de la inteligencia, que por la costumbre de la natividad humana muestra la inteligencia de la generación divina?

9. Por los miembros de nuestro cuerpo se significan las operaciones de Dios. — Porque a menudo, por estos miembros de nuestros cuerpos, Dios significando los momentos de sus operaciones para nosotros, nos enseñó el sentido por el uso de la inteligencia común, cuando dice: "Cuyas manos crearon todo el ejército del cielo" (Oseas XIII, 4); o nuevamente, "Los ojos del Señor están sobre los justos" (Salmo XXXIII, 16); o de nuevo, "He hallado a David hijo de Jesé, un hombre conforme a mi corazón" (Hechos XIII, 22). Porque cuando se significa la voluntad en el corazón, por la cual David complació por la probidad de sus costumbres, y el conocimiento de la universalidad por el cual nada está fuera del conocimiento de Dios, se enuncia bajo el nombre de ojos, y la eficiencia de las obras, porque nada no es de Dios, se entiende por el nombre de manos: queriendo y previendo y actuando Dios todas las cosas, bajo la significación de causas corporales debe ser entendido sin ministerio corporal, como ya en eso, que engendró desde el útero, no por causa corporal del origen humano; también se aporta el sentido de la natividad espiritual a ser entendido; cuando por las demás significaciones de los miembros, también se demuestra el efecto de las demás eficiencias en Dios.

10. Se dice "EX UTERO" para mostrar la verdadera naturaleza del nacimiento. ---Porque, por lo tanto, se propone el corazón para la voluntad, los ojos para la visión, las manos para la acción, aunque más allá de la comparación de las partes, Dios quiera, provea y realice, y estas mismas cosas se expresen a través del corazón, los ojos y la mano: ¿no es la significación de que ha engendrado "ex utero" una manifestación de la verdadera naturaleza del nacimiento? No porque haya engendrado "ex utero", así como tampoco actúa a través de la mano, ni ve a través de los ojos, ni quiere a través del corazón: sino porque a través de la significación de estas cosas realmente actúa, ve y quiere, así a través de la significación del útero, realmente ha engendrado de sí mismo a quien ha engendrado, no por causa del útero, sino para la profesión de la verdad: así como tampoco por las causas de los cuerpos quiere, ve o actúa, sino que utiliza estas denominaciones de las partes, para que a través de los ministerios corporales se perciba la virtud de las eficiencias incorpóreas.

11. El profeta no llama creación a quien Dios testifica como hijo.---Por lo tanto, la naturaleza de la costumbre humana no permite, ni la sentencia de la doctrina del Señor sufre, que el maestro esté subordinado al discípulo, o el siervo gobierne al amo: lo cual uno está sujeto al otro por ignorancia, como el ignorante al sabio; y por condición es débil, como el servicio al dominio. Siendo este el juicio común; ¿con qué ejemplo de temeridad diremos y pensaremos que Dios es una criatura, y el hijo una creación? cuando en ninguna parte el Maestro y Señor nos ha hablado de sí mismo como siervo y a sus discípulos, ni ha enseñado su nacimiento como creación o fabricación. Sino que el Padre nunca ha testificado otra cosa que un hijo, y el Hijo nunca ha profesado otra cosa que a Dios como su propio Padre. Afirmando que ha nacido, no hecho o creado, como dice: "Todo el que ama al Padre, ama también al Hijo, que ha nacido de él" (Juan 5, 1).

12. El nombre de hijo no conviene a la obra.---Las obras son creaciones, no el nacimiento de la generación. Porque el cielo no es hijo, ni la tierra es hijo, ni el mundo es nacimiento, de los cuales se ha dicho: "Todo fue hecho por él" (Juan 1, 3), y por el Profeta, "Las obras de tus manos son los cielos" (Salmo 101, 26): y por el mismo, "No abandones las obras de tus manos" (Salmo 137, 8). ¿Acaso la pintura es hijo del pintor, o la espada del herrero, o la casa del arquitecto? Estas son obras de los que las hacen; pero al padre solo, quien nace de él, es hijo.

13. Nosotros hechos hijos de Dios, no nacidos, y por eso no propios.---Y nosotros ciertamente somos hijos de Dios, pero hijos por creación. Porque alguna vez fuimos "hijos de ira" (Efesios 2, 3); pero hechos hijos de Dios por el espíritu de adopción, y merecemos ser llamados así más que nacidos. Y porque todo lo que se hace, antes de hacerse, no existía; nosotros, cuando no éramos hijos, somos hechos lo que somos. Porque antes no éramos hijos: pero después de que lo merecimos, lo somos. Somos, sin embargo, no nacidos, sino hechos; ni generados, sino adquiridos. Porque Dios adquirió para sí un pueblo (1 Pedro 2, 9): y por esto engendró. Pero nunca conocemos que Dios haya engendrado hijos con el significado de propiedad. Porque no dice: "He engendrado y exaltado a mis hijos", sino solo: "He engendrado y exaltado hijos" (Isaías 1, 2).

14. Objeción de que Israel es llamado tanto propio como hecho. ---A menos que tal vez en lo que dice: "Mi hijo primogénito es Israel" (Éxodo 4, 22), alguien entienda que lo que dijo "mi primogénito" se refiere a quitarle al Hijo la propiedad de la generación; para que, porque también de Israel dijo "mi", la asunción de los hijos hechos se haya usurpado en lugar de la propiedad del nacimiento? y por eso no es propio del nacimiento de Dios lo que se ha dicho

de él: "Este es mi hijo amado" (Mateo 17, 5); cuando "mi" también se dice que es propio de aquellos que no nacieron. Que no nacieron, aunque se diga que nacieron, se enseña cuando se dice, "Al pueblo que nacerá, que hizo el Señor" (Salmo 21, 32).

15. Israel no es hijo propio, sino primogénito propio. No es propiamente hijo quien es cuando no fue. ---Por lo tanto, el pueblo de Israel nace, para hacerse: ni por el hecho de que se dice que nace, no se entiende que también se hace. Porque es hijo por adopción, no por generación; ni es propiedad, sino denominación. Porque aunque está escrito "mi primogénito", sin embargo, difiere mucho y ampliamente, "mi hijo amado", y "mi hijo primogénito". Donde hay nacimiento, allí "mi hijo amado": pero donde hay elección de entre las naciones, y adopción por voluntad, allí "mi hijo primogénito". Aquí lo que es suyo, es respecto al primogénito: allí lo que es suyo, es respecto al hijo. Y en el nacimiento, primero es su hijo y así amado; y en la elección, primero es su primogénito, y así después suyo: para que, al ser adoptado de entre todos los pueblos, Israel sea propio en cuanto a que es primogénito; pero al nacer para el único Dios, sea manifiesto que es propio en cuanto a que es hijo. No es, por lo tanto, un verdadero y perfecto nacimiento, donde se considera más que se genera: porque no es ambiguo que el pueblo que nace como hijo, también se hace. Pero lo que se hace cuando no fue, y por lo que se dice que nace; no es un verdadero nacimiento, porque antes fue otra cosa que lo que nació. Y por eso no fue antes de que naciera, es decir, antes de que se hiciera: porque quien es hijo de entre las naciones, es nación antes que hijo: y por eso no es verdaderamente hijo, porque no es siempre hijo. Pero el Unigénito Dios nunca fue no hijo, ni fue algo antes que hijo, ni es algo más que hijo. Y así, quien siempre es hijo, no deja a la inteligencia que alguna vez no lo haya sido.

16. Es común a las cosas humanas no haber sido alguna vez y ser de la nada.---Y los nacimientos humanos tienen en el tiempo no haber sido: primero porque todos nacen de aquellos que antes no fueron. Porque aunque cada uno de los nacidos tiene su origen de aquel que fue; sin embargo, aquel mismo de quien nace, no fue antes de que naciera. Luego, aquel que nació, después de que no fue, nació, permaneciendo el tiempo antes de que naciera. Porque naciendo hoy, en lo que fue ayer no fue; y en lo que es, comenzó de lo que no fue, y está dentro de nuestra inteligencia, que lo que nace hoy no fue ayer. Y así su nacimiento, por el cual es, permanece después de lo que no fue; porque hoy primero después del tiempo de ayer es necesario que sea, para que tenga en el tiempo no haber sido. Y estas son cosas comunes en el origen de las cosas humanas, para que todo reciba su comienzo, cuando antes no fue: primero, como hemos enseñado, por el tiempo, luego por la causa. Y por el tiempo no es ambiguo, que las cosas que ahora comienzan, antes no fueron: por la causa, porque no consta que estas cosas permanezcan por causa. Revisa todas las causas de los orígenes, y convierte la inteligencia hacia lo anterior: encontrarás que nada comenzó por causa, mientras todo es creado por la virtud de Dios para lo que son, no también nacen de algo. Por lo cual también es natural para cada género por la misma sucesión, que no haya sido y haya comenzado, mientras también después del tiempo está en el tiempo: y como siempre todas las cosas están después del tiempo, toman su causa de lo que no existía antes, mientras nacen de lo que no fue: el mismo primer padre del género humano, Adán, de la tierra, que es de la nada, y después del tiempo, es decir, después del cielo, la tierra, el día, el sol, la luna y las estrellas formadas, quien no tuvo origen de nacimiento y comenzó cuando no fue.

17. El Unigénito nunca no fue, ni es de la nada.---Pero al Unigénito Dios, a quien no precede un tiempo anterior, no se le deja que alguna vez no haya sido, porque ese mismo "alguna vez" ya es anterior, luego "no haber sido" ya es del tiempo: y no comenzará a ser después de él el tiempo, sino él ser después del tiempo, a quien en lo que antes de que nazca no fue, eso mismo en lo que no fue se le antepondrá. Luego, quien ha nacido de aquel que es, no puede

entenderse que ha nacido de lo que no fue: porque aquel que es, es causa para que sea; no también lo que no es, es origen de nacimiento. Por lo tanto, a quien no está en el tiempo, para que alguna vez no haya sido; ni en el padre, es decir, en el autor, para que subsista de nada: no deja de sí ocasión, para que haya nacido de la nada, o no haya sido antes de que naciera.

18. Las argucias de los arrianos contra la eternidad del Hijo.---No ignoro que muchos de aquellos, cuya mente obtusa por impiedad no capta el sacramento de Dios, o por la dominación de un espíritu adverso bajo la apariencia de religión tienen un furor inclinado a denigrar a Dios, suelen afirmar a los oídos de los más simples: que cuando decimos que el Hijo siempre ha sido, y que nunca ha habido algo que no fue; lo proclamamos sin nacimiento por el hecho de que siempre ha sido: porque la opinión del sentido humano no permite que lo que siempre ha sido, haya nacido; «la causa de nacer es que sea lo que no era: pero ser lo que no fue, no es otra cosa bajo el sentido común que nacer.» Añaden estas cosas bastante ingeniosas y agradables al oído: «Si, dicen, ha nacido, ha comenzado; y cuando ha comenzado, no fue; y cuando no fue, no permite que haya sido.» Y por eso sostienen que es un discurso de pía inteligencia, «No fue antes de que naciera: porque para que fuera quien no era, no quien era ha nacido.» Ni necesitó nacimiento quien era, ya que para que fuera quien no era ha nacido.

19. El veneno de las cuestiones capciosas. A estas se debe preferir la fe. ---Y primero habría sido necesario que los hombres que prefieren el conocimiento religioso de las cosas divinas, donde la verdad de la predicación evangélica y apostólica prevalecía, desecharan las tortuosas cuestiones de la filosofía astuta, y siguieran más bien la fe que está en Dios: porque el sentido débil fácilmente se despojaría del sofisma de la interrogación silogística con el apoyo de su fe, cuando la proposición capciosa despojara de respuesta simple, y conforme a la interrogación de las cosas, al final ya despojara de su sentido con la interrogación; para que lo que había perdido por profesión, ya no lo retuviera por conciencia. Porque ¿qué tan necesario es para la interrogación obedecer, que cuando se nos pregunte, ¿Hay algo antes de que nazca? En nuestra profesión esté, no haber sido antes lo que nace? Porque ni en la naturaleza ni en la necesidad está, que lo que es nazca: ya que nacer es necesario solo para que sea, no porque era. Lo cual, cuando se nos haya concedido, porque se concede correctamente; despojados de la conciencia de la fe, ya cautivos por estudios impíos y ajenos, nos aquietamos.

20. Estas no solo deben evitarse, sino también refutarse. Lo que la fe instruida ofrece a la no instruida.---Lo cual previendo antes el bienaventurado Apóstol Pablo, como hemos mostrado frecuentemente, nos advirtió para que tuviéramos cuidado, diciendo: "Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y vanas sutilezas, según la tradición de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo, en quien habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad" (Colosenses 2, 8-9). Por lo tanto, se debe tener cuidado contra la filosofía, y no solo deben evitarse los estudios de las tradiciones humanas, sino refutarse. Porque no se les debe conceder así, como si vencieran más que engañaran: porque nosotros, predicando a Cristo como poder de Dios y sabiduría de Dios, es justo no tanto huir de las doctrinas humanas, como refutarlas; y a los más simples, para que no sean despojados por ellas, tanto obstruir como instruir. Porque aunque Dios puede todo, en eso mismo puede todo sabiamente, ni la razón se opone a su poder, ni el poder a la razón; es necesario que aquellos que predican a Cristo al mundo, se opongan a las doctrinas irreligiosas e imperfectas del mundo por el conocimiento de la sabiduría omnipotente, según lo dicho por el bienaventurado Apóstol: "Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, destruyendo argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios" (2 Corintios 10, 4-5). El Apóstol no dejó la fe desnuda y desprovista de razón: que aunque es la más poderosa para la salvación, sin

embargo, a menos que sea instruida por la doctrina, tendrá entre las adversidades un refugio seguro para huir, pero no retendrá una seguridad constante para resistir; y será como los campamentos son para los débiles después de la fuga, no también como los campamentos tienen una fortaleza intrépida para los que los poseen. Por lo tanto, deben ser aplastadas las insolentes disputaciones contra Dios, y destruidas las fortalezas de argumentos engañosos, y las mentes elevadas a la impiedad deben ser quebrantadas, no con armas carnales, sino espirituales; no con doctrina terrena, sino con sabiduría celestial: para que cuanta es la distinción entre las cosas divinas y humanas, tanto la razón celestial exceda los estudios terrenales.

21. El Hijo, aunque nacido, siempre es, porque es del Padre que siempre es.---Cese, por lo tanto, la preocupación de la infidelidad: ni piense que negamos, porque ella no entiende, lo que solo por nosotros es bien entendido y creído. Porque con la misma enunciación de las palabras cuando profesamos que ha nacido, no obstante no proclamamos que no ha nacido. Porque no es lo mismo no nacido que nacer: porque aquello es de otro, esto es de nadie. Y es una cosa ser siempre eterno sin autor, otra cosa es ser coeterno con el padre, es decir, con el autor. Porque donde el padre es autor, allí también hay nacimiento; pero donde el autor es eterno, allí también hay eternidad del nacimiento: porque así como el nacimiento es del autor, así también del autor eterno es el nacimiento eterno. Pero todo lo que siempre es, también es eterno. Sin embargo, no todo lo que es eterno, también es innato. Porque lo que nace del eterno, tiene ser eterno lo que ha nacido. Pero lo que no ha nacido, eso con la eternidad no ha nacido. Pero lo que ha nacido del eterno, si no es eterno nacido, ya no será el padre autor eterno. Si algo, por lo tanto, le falta a aquel que ha nacido del padre eterno, de la eternidad, no es ambiguo que eso mismo le haya faltado al autor: porque lo que es infinito para el que engendra, es infinito también para el que nace. Porque ni la razón ni el sentido admiten algo intermedio entre el nacimiento del Hijo de Dios y la generación del Padre de Dios: porque tanto en la generación hay nacimiento, como en el nacimiento hay generación. Lo cual es sin intervalo de sí mismo, porque sin ambos no hay ninguno. Lo que, por lo tanto, no consiste sino de ambos, eso en todo no permanece sino ambos: porque en algo no se deja uno, que eso mismo no puede ser sin el otro.

22. Objeción, Lo que ha nacido, no fue.---Pero alguien dirá, incapaz de este divino sacramento, Todo lo que ha nacido, no fue: porque ha nacido para que sea.

23. En el Hijo siempre nacido no cabe no haber sido.---¿Y quién, por lo tanto, dudará de que las cosas que han nacido en las cosas humanas, alguna vez no fueron? Pero es una cosa nacer de aquel que no fue, otra cosa es haber nacido de aquel que siempre es. Porque toda infancia, cuando antes no fue, comenzó en el tiempo. La cual, creciendo de nuevo en la niñez, también llevó a la adolescencia a ser padre. Y no siempre es padre quien antes ha progresado en la adolescencia a través de la niñez, y en la niñez a través de la infancia comenzada. Por lo tanto, quien no siempre es padre, no siempre ha engendrado. Pero donde siempre es padre, siempre también es hijo. Si, por lo tanto, tienes en mente o sentido a Dios, en cuyo sacramento de conocimiento es propio que el padre es, no siempre el padre del hijo engendrado; tienes también en inteligencia y en conocimiento, no siempre el hijo que es engendrado. Pero si siempre es propio del Padre que siempre es padre; es necesario que siempre sea propio del Hijo que siempre es Hijo. Y ¿cómo caerá en nuestro discurso e inteligencia, que no fue antes de que naciera, a quien es propio siempre ser lo que ha nacido?

24. Así como el Hijo tiene todo en común con el Padre, también siempre es. Es propio del Padre ser. Es propio del Hijo también ser. Por lo tanto, el unigénito, que es Dios, conteniendo

en sí la forma e imagen del Dios invisible, se iguala en todas las cosas que son propias de Dios Padre, por la plenitud de la verdadera divinidad en sí mismo. Pues, como enseñamos en libros anteriores, por virtud y veneración, al igual que el Padre, es digno de honor y poderoso: así también en lo que el Padre siempre es, al Hijo, en lo que es Hijo, le es común siempre ser. Porque según lo dicho a Moisés, "Me envió a vosotros el que es" (Éxodo 3, 14), es propio de Dios ser lo que es, sin que haya duda en el sentido: porque lo que es, no puede ser entendido ni dicho que no es. Ser y no ser son contrarios: ni estas diversas significaciones se unen en uno y lo mismo; porque permaneciendo una, la otra no será. Por lo tanto, donde está, no puede ni en sentido ni en palabra entrar en no ser. Nuestro sentido, retrocediendo y siempre volviendo a la inteligencia de aquel que es, de él mismo solo eso, que es, le es siempre anterior: porque lo que es infinito en Dios, siempre se sustrae al retorno de nuestro sentido infinito: de modo que antes de lo que es propio de Dios, siempre ser, ninguna otra intención retroacta puede captar; porque nada más allá de la inteligencia de Dios, en la eternidad de proceder, que Dios siempre ser siempre se presenta. Lo que, por tanto, tanto por Moisés de Dios se significó, como por el sentido común no se nos permite entender otra cosa, eso mismo los Evangelios testifican que es propio del unigénito Dios: cuando en el principio era el Verbo, y con este estaba con Dios (Juan 1, 1), y cuando era la luz verdadera (Juan 1, 18) y cuando el unigénito Dios está en el seno del Padre, y cuando Jesucristo es sobre todas las cosas Dios (Romanos 9, 5).

25. Es eterno desde la eternidad: por lo tanto, no es de la nada, ni alguna vez no fue. Por lo tanto, era y es: porque es de aquel que lo que es siempre es. Ser de él, es decir, ser del Padre, es natividad. Ser siempre de aquel que siempre es, es eternidad: pero la eternidad no es de sí misma, sino del eterno. Del eterno, sin embargo, nada más que eterno. Si no es eterno; ya ni el Padre, que es el autor de la generación, es eterno. Porque cuando es propio de aquel que el Padre siempre sea, y de este que el Hijo siempre sea, y en lo que es, se significa eternidad; por lo que también, a quien lo que es propio es, es propio también ser eterno. A nadie le cabe duda de que la generación significa natividad, y la natividad enseña que permanece (ya que de donde toma origen el nacido), no también que no permanece. Además, no puede haber duda de que nadie que era nace. Pues la causa de nacer no avanza hacia aquel que por sí mismo permanece eterno. Pero el unigénito Dios, que es también la Sabiduría de Dios y el Poder de Dios y el Verbo, cuando nace, testifica al Padre como autor. Cuando nace de aquel que permanece, no nace de la nada. Cuando nace antes de los tiempos eternos, es necesario que preceda todo sentido al nacer. No dejó en palabras, que no fue antes de nacer. Pues si se somete a nuestro sentido, que no fue antes de nacer; ya por su natividad nuestro sentido y el tiempo son anteriores: porque todo lo que no fue, ya está sujeto al sentido y al tiempo en el mismo significado en que no fue; porque no haber sido, es parte del tiempo. Pero aquel que es desde la eternidad, y siempre fue, ni está sin natividad, ni no fue; mientras que siempre haber sido está por encima del tiempo, y ser nacido es natividad.

26. La razón humana impíamente se esfuerza contra la natividad eterna. Por lo tanto, confesamos que el unigénito Dios nació, pero nació antes de los tiempos eternos; porque es necesario confesarlo, en lo que las palabras de las predicaciones apostólicas y proféticas nos encierran: aunque el sentido humano no aprehenda la inteligencia de la natividad intemporal, porque no es conveniente que algo en las naturalezas terrenales nazca antes de los tiempos. Dado que así será predicado por nosotros; ¿cómo diremos de nuevo en el abrazo de la misma inteligencia que no fue antes de nacer, cuando según el Apóstol antes de los tiempos eternos es el unigénito Dios (II Timoteo 1, 9, y Tito 1, 2)? Si, por lo tanto, nacido antes de los tiempos eternos, no es la razón de la inteligencia humana, sino la profesión de la prudencia fiel; porque tanto la natividad es por el autor, y lo que excede los tiempos es eterno, y fuera

del sentido terrenal está lo que antes de los tiempos eternos ha nacido: ciertamente ya con voluntad impía elevamos el sentido de la razón humana, para que por la inteligencia del mundo no haya sido antes de nacer, cuando más allá del sentido humano y de la inteligencia del mundo nace el eterno. Pero es eterno, todo lo que excede el tiempo.

27. No se puede decir del nacido antes de los tiempos, ANTES DE QUE NACIERA, ni NO FUE ALGUNA VEZ. Pues abarcamos todos los tiempos ya sea por opinión o por conocimiento: cuando lo que ahora es, sabemos que no fue también ayer, porque lo que fue ayer, ahora no es: pero lo que ahora es, solo ahora es, no también fue ayer. Por opinión medimos así lo pasado, que antes de que alguna ciudad fuera fundada no se duda que hubo un tiempo en que la ciudad no fue fundada. Por lo tanto, cuando los tiempos están sujetos a nuestra ciencia o a nuestra opinión, juzgamos con el sentido de la inteligencia humana; para que se nos considere haber dicho con razón sobre alguna cosa, no fue antes de nacer, porque el origen de cada uno siempre es precedido por tiempos anteriores. Pero en las cosas de Dios, es decir, en la natividad de Dios, nada no es antes del tiempo eterno; no cae en ello, que antes de que naciera, a quien antes de los tiempos eternos se le prometió eterno, según la palabra del bienaventurado Apóstol en la esperanza de la vida eterna, que prometió el Dios que no miente antes de los tiempos eternos (Tito 1, 2), se diga alguna vez que no fue: porque no se puede entender que comenzó después de algo, quien debe ser confesado que es antes de los tiempos eternos.

28. Estamos obligados a creer sobre la natividad del Hijo de manera diferente que sobre la nuestra. Al escuchar que siempre ha nacido, nunca sentimos que no haya sido. Si, por lo tanto, nacer algo antes de los tiempos eternos, ni está en las naturalezas humanas, ni en la inteligencia; y sin embargo, en esto se cree por las profesiones de Dios sobre sí mismo: ¿cómo lo que sin sentido de la inteligencia eterna ha nacido siempre, es decir, antes de los tiempos eternos, la fe apostólica cuando ha hablado; eso de nuevo no fue antes de nacer, por el sentido de la inteligencia humana, la infidelidad de nuestro tiempo lo expresa? cuando lo que ha nacido antes del tiempo, siempre ha nacido: porque lo que es antes del tiempo eterno, esto siempre es. Pero lo que siempre ha nacido, no admite que alguna vez no haya sido: porque alguna vez no haber sido, ya no es siempre ser. Pero siempre ser, excluye no siempre haber sido. Y excluido eso, por lo que siempre ha nacido, no siempre haber sido; no cae en el sentido, que no haya sido antes de nacer: porque quien ha nacido antes de los tiempos eternos, nacer siempre está en el sentido; aunque antes de los tiempos nacer no entra en el sentido. Pues si, lo cual ciertamente conviene, antes de la criatura ya sea invisible o corporal, y antes de todos los siglos y tiempos eternos, y antes de todo sentido debe ser confesado que ha nacido, quien por eso, que así ha nacido, siempre es; tampoco se permite concebir con ningún sentido, que no haya sido antes de nacer; porque también está antes de todo sentido, quien ha nacido antes de los tiempos eternos, y en el sentido nunca está que, quien debe ser confesado que siempre es, no haya sido.

29. Responden, Entonces, ¿quién era, nació? Pero se antepone astutamente la calumnia de esta interrogación: "Si, dice, no cae en el sentido no haber sido antes de nacer, esto queda al sentido, que quien era nació."

30. Es diferente siempre haber nacido, que ser antes de nacer. Y responderé al calumniador: ¿Acaso recuerda que yo haya dicho otra cosa que nacido? ¿O acaso ser antes de los tiempos eternos es lo mismo que es, que quien era nazca? porque nacer lo que era, ya no es nacer, sino cambiarse a sí mismo al nacer. Pero siempre haber nacido es esto, adelantarse al sentido de los tiempos al nacer, ni estar abierto a la inteligencia que alguna vez no haya sido nacido. Por lo tanto, no es lo mismo, haber nacido antes de los tiempos eternos siempre, y ser antes de

nacer. Pero haber nacido antes de los tiempos eternos siempre, excluye no haber sido antes de nacer.

31. El Hijo ni es, ni no fue antes de nacer. Sin embargo, no deja ser antes de nacer: porque quien está más allá del sentido, en nada está sujeto al sentido. Pues si está más allá del sentido, siempre haber nacido, ya no se permite ser después del sentido, no haber sido antes de nacer. Por lo tanto, siempre haber nacido, nada más debe ser confesado que haber nacido, eso al sentido, antes de nacer ya sea haber sido o no haber sido, no está sujeto: porque nada más al sentido, que antes de los tiempos eternos haber nacido, siempre lo precede. Por lo tanto, ha nacido, y siempre es: quien no permite que de sí mismo se entienda y diga otra cosa, sino nacido. Pues siendo anterior al tiempo mismo de los sentidos, (porque antes del sentido el tiempo eterno es;) no admite un sentido que juzgue sobre sí mismo, ser o no haber sido antes de nacer: porque ser antes de nacer, no es de la natividad; y no haber sido, ya es del tiempo. Por lo tanto, tanto la infinitud de los tiempos eternos consume lo que es del tiempo, es decir, no haber sido: y la natividad no permite lo que no es suyo, es decir, ser antes de nacer. Pero si ya sea ser o no haber sido estará sujeto al sentido, ya la misma natividad está después del tiempo: porque quien no siempre es, es necesario que haya comenzado a ser después de algo.

32. Siempre nacido, siempre ser se siente en el alma. El fin, por lo tanto, tanto de la fe como del discurso y del sentido es, que el Señor Jesús y ha nacido, y siempre es: porque si la mente retroacta busca algo sobre el Hijo, nada más al sentido del que busca, que haber nacido y siempre ser, siempre se presentará. Así como es propio de Dios Padre ser sin natividad, así también al Hijo le es debido por natividad siempre ser. Pero la natividad no enunciará otra cosa que al Padre, ni el Padre otra cosa que la natividad. Pues estos nombres, o la naturaleza, no permiten nada intermedio. O no siempre Padre, si no siempre también Hijo; o si siempre Padre, siempre también Hijo: porque cuanto tiempo se le niegue al Hijo, para que no siempre haya sido hijo, tanto le falta al Padre, para que no siempre sea padre: de modo que aunque siempre Dios, no obstante no también padre en esa infinitud, en la que es Dios.

33. Dios para los arrianos no siempre es padre. También la profesión de impiedad se extiende a esto, para que no al Hijo los tiempos de la natividad, sino al Padre se le atribuya la generación: porque el modo de la generación está constituido dentro de los tiempos de la natividad.

34. Refutados. Los tiempos según los arrianos. ¿Te consideras piadoso y religioso, hereje, al confesar a Dios siempre, pero no siempre padre? Si es piadoso sentir así, es necesario que condenes a Pablo de impiedad, diciendo que el Hijo es antes de los tiempos eternos (Tito 1, 2), también acusarías a la misma Sabiduría testificando de sí misma, que fue fundada antes de los siglos: que estaba con el Padre cuando preparaba el cielo. Pero tú, para atribuir a Dios un inicio por el cual es padre, primero decreta un inicio para los tiempos en los que comenzaron: que si comenzaron, el Apóstol es mentiroso, quien los profesó eternos. Soléis contar los tiempos desde la creación del sol y la luna, porque está escrito sobre ellos: "Y sean para señales y tiempos y años" (Génesis 1, 14). Pero quien está antes del cielo, que según vosotros también está antes del tiempo, es también antes del siglo. Y no solo está antes del siglo, sino también antes de las generaciones de generaciones que preceden a los siglos. ¿Por qué encierras las cosas divinas e infinitas con cosas caducas, terrenales y estrechas? Pablo no conoce en Cristo sino la eternidad de los tiempos. La Sabiduría no habla de sí misma después de algo, sino antes de todo. Contigo los tiempos fueron instituidos desde el sol y la luna: pero David significa que Cristo permanece antes del sol diciendo: "Antes del sol su nombre" (Salmo 71, 17). Y para que no pensaras que las cosas de Dios comenzaron con el origen de

este mundo, el mismo dice: "Y antes de la luna generaciones de generaciones" (Salmo 71, 5). Aquí son despreciados los tiempos por tan grandes hombres y dignos del espíritu de profecía: y nada se deja al sentido humano, en lo que se extienda antes de la natividad, que excede los tiempos eternos: sino que la fe de la opinión religiosa tenga solo este modo, que al Señor Jesucristo unigénito Dios, y recuerde nacido para la confesión de la natividad perfecta, y en la veneración de la divinidad no ignore eterno.

35. Se objeta que la Sabiduría testifica de sí misma ser creada. Pero somos acusados de mentira, y junto con nosotros se acusa la doctrina de la predicación apostólica, confesando la natividad, pero profesando la eternidad de la natividad: para que tanto la natividad testifique al autor, y la eternidad en el sacramento de la natividad divina exceda el sentido de la opinión humana. Pues se presenta contra nosotros la declaración de la Sabiduría sobre sí misma, que se enseñó creada con estas palabras: "El Señor me creó en el principio de sus caminos" (Proverbios 8, 22).

36. Lo que fue creado desde el siglo, lo mismo fue fundado antes del siglo. ¡Y oh tú, miserable hereje, que invades las armas concedidas a la Iglesia contra la Sinagoga, contra la fe de la predicación eclesiástica: y tomas la inteligentísima doctrina de la salvación contra la salvación de todos, contendiendo que Cristo es criatura por estas palabras, no más bien un judío, negando la divinidad de Cristo antes de los siglos eternos y extinguiendo en todas las obras y doctrinas la eficacia de Dios por estas palabras de la Sabiduría subsistente! que ahora se dijo creada en el principio de los caminos de Dios y en sus obras desde el siglo; para que no se pensara que no permanece antes de María: ni tampoco se refiriera creada a la inteligencia de la natividad; porque fue creada en el principio de los caminos y en las obras; pero para que este principio de los caminos, que ciertamente es el comienzo de la cognición humana de las cosas divinas, no se atribuyera a someter la natividad infinita al tiempo (Proverbios 8, 22 según LXX), se profesó fundada antes de los siglos: para que mientras una cosa es ser creada en el principio de los caminos y en las obras, y otra cosa es ser fundada antes de los siglos, se entendiera que la fundación es anterior a la creación: y esto mismo, que fue fundada en las obras antes del siglo, mostrara el sacramento de la creación; porque la fundación antes del siglo, y la creación en el principio de los caminos y en las obras es después del siglo.

37. No precede al siglo por tiempo, sino por eternidad. Pero para que la creación y la fundación no ofendieran la fe de la natividad divina, sigue: "Antes de que hiciera la tierra, antes de que estabilizara los montes, antes de todos los collados me engendró" (Proverbios 8, 25 y 26). Ya ha sido engendrado antes de la tierra, quien fue fundado antes del siglo: y no solo antes de la tierra, sino también antes de los montes y collados. Y en estas cosas, porque la Sabiduría habla de sí misma, habla más de lo que se escucha. Pues todas las cosas, que se significan para la inteligencia de la infinitud, deben ser de este modo, para que no sean segundas en tiempo a ninguna cosa o género. Sin embargo, para la demostración de la eternidad no se ajustarán las cosas temporales: porque por lo que son posteriores a las demás, por sí mismas no manifiestan el comienzo de la infinitud; cuando ellas mismas han obtenido un comienzo temporal. Pues ¿qué grande es que Dios haya engendrado al Señor Cristo antes de la tierra; cuando el origen de los ángeles se encuentra más antiguo que la creación de la tierra? ¿O por qué quien se diría engendrado antes de la tierra, también se manifestaría nacido antes de los montes, y no solo antes de los montes, sino también antes de los collados: cuando la significación de los collados es después de los montes, pero la inteligencia de los montes es después de la tierra? Por lo cual no se puede pensar que estas cosas se hayan dicho para que se entendiera que es antes de los collados y montes y tierra, quien por la eternidad de su infinitud supera aquellas cosas que son antes de la tierra y montes y collados.

38. Explicó su infinitud cuanto es posible, no pudo ser comprendida por lo creado. Pero el discurso divino no dejó nuestro sentido falto de razón; pues mostró la causa de lo dicho por estas cosas que siguen: "Dios hizo las regiones, y los inhabitables, y las cimas que se habitan bajo el cielo. Cuando preparaba el cielo, yo estaba con él, y cuando separaba su sede. Cuando sobre los vientos fuertes hacía en lo alto las nubes, y cuando ponía fuentes ciertas bajo el cielo, y cuando hacía fuertes los fundamentos de la tierra, yo estaba con él componiendo" (Proverbios 8, 26, según LXX). ¿Cuál es aquí el lugar de los tiempos? ¿O hasta dónde se permite al sentido de la inteligencia humana extenderse más allá de la infinita natividad del unigénito Dios? Pues no puede ser comprendida la generación de aquel que es anterior a todas estas cosas por estas cosas cuya creación concebimos con la mente, para que aunque prevalezca en el tiempo, no obstante no sea infinito, a quien solo se le atribuye esto, que ha nacido antes de las cosas temporales. Pues cuando aquellas cosas están sujetas al tiempo en su constitución, sin embargo, él, aunque sea anterior a todas estas cosas, no está libre del tiempo: porque la constitución temporal de estas cosas muestra el tiempo de la natividad de aquel que ha nacido antes, mientras que esto mismo es tiempo para él, que se antepone a las cosas temporales.

39. Se enseñó a sí misma como coeterna con lo eterno. --- Pero la palabra de Dios y la doctrina de la verdadera sabiduría hablan de manera perfecta y absoluta, enseñando que no es anterior a las cosas temporales, sino a las infinitas. Pues cuando se preparaba el cielo, estaba presente con Dios. ¿Acaso la preparación del cielo es temporal para Dios, como si un repentino movimiento de pensamiento se infiltrara en su mente, antes adormecida y estupefacta, y buscara de manera humana los gastos e instrumentos para fabricar el cielo? Sin embargo, el sentido de los profetas sobre las obras de Dios es diferente, cuando dice: "Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y todo su ejército por el aliento de su boca" (Salmo 32, 6). Sin embargo, los cielos necesitaron el mandato de Dios para ser firmados; pues su preparación y fuerza existen en esta firmeza de su constitución imperturbable, no por la mezcla de alguna materia, sino que surge del espíritu de la boca divina. ¿Qué significa entonces que la sabiduría, engendrada por Dios, esté presente cuando Él prepara el cielo, si la creación del cielo no consiste en preparación, ni es propio de la naturaleza de Dios detenerse en la preparación de una obra pensada? Pues nada de lo que existe no ha estado siempre con Dios: aunque las cosas comenzaron a ser creadas, no comenzaron a ser conocidas o poderosas para Dios. Y el profeta nos da testimonio diciendo: "Dios, que hiciste todas las cosas que han de ser" (Isaías 45, 11, según los LXX). Pues lo que ha de ser, aunque aún esté por ser creado, ya está hecho para Dios, para quien nada es nuevo o repentino en la creación de las cosas: mientras que la disposición de los tiempos es para que sean creadas, y ya están creadas en la eficiencia previsora de la virtud divina. Y por eso ahora la Sabiduría, enseñando que nació antes de los siglos, se muestra anterior no solo a las cosas creadas, sino coeterna con las eternas, a la preparación del cielo y a la disposición del trono de Dios. Pues el trono no fue dispuesto cuando fue hecho: porque una cosa es disponer el trono, otra cosa es componerlo. Ni el cielo fue preparado cuando fue dispuesto: pues estaba con quien lo preparaba y disponía. Después, sin embargo, lo componía con quien lo preparaba: mostrando su eternidad con quien lo preparaba, y su ministerio cuando lo componía con quien lo preparaba. Por eso ahora también dice que fue engendrada antes de la tierra, los montes y las colinas, porque también enseñaría que estuvo presente en la preparación del cielo: para demostrar que estas cosas ya entonces, cuando se preparaba el cielo, fueron hechas por Dios, porque nada es nuevo para Dios.

40. Dios preparó el mundo desde la eternidad junto con Él mismo. --- La preparación de las cosas por crear es perpetua y eterna: ni el cuerpo de este universo fue hecho por partes de pensamientos, como si primero se pensara en el cielo, y luego Dios se ocupara y tratara de la tierra, y se pensara en cada cosa, para que primero se extendiera en una llanura, luego se elevara con mejor consejo en montes, y nuevamente se variara con colinas, y finalmente se hiciera habitable incluso en las cumbres, y se separara el cielo preparado y el trono de Dios, y las exhalaciones de los vientos contuvieran nubes fuertes en lo alto; entonces, bajo el cielo, fluyeran fuentes ciertas, y finalmente la tierra se afirmara con fuertes fundamentos. Pues la Sabiduría profesa ser anterior a todas estas cosas. Pero como todo lo que está bajo el cielo fue hecho por Dios, y Cristo estuvo presente componiendo el cielo, y precede la eternidad del cielo preparado; esto no permite que se piense en Dios como pensamientos fragmentados de cosas pequeñas, porque toda esta preparación es coeterna con Dios. Pues aunque tenga su disposición, según Moisés (Génesis I), la solidificación del firmamento, la desnudez de la tierra, la congregación del mar, la constitución de los astros, la generación de las aguas y de la tierra al expulsar de sí mismos los seres animados: pero la creación del cielo, la tierra y los demás elementos no se distingue ni siquiera por un leve momento de operación; porque su preparación ha consistido en la infinita eternidad de Dios.

41. Epílogo. --- Por lo tanto, estando Cristo presente en estas cosas infinitas y eternas en Dios, solo nos permitió la conciencia de su nacimiento: para que tanto como la natividad de Dios entendida avanzara en la fe, tanto valiera para la religión asumida el conocimiento de la eternidad de la natividad: porque del Padre eterno, ni la razón ni el sentido admiten que se predique sino un hijo eterno.

42. El nombre de creación en Cristo se objeta en vano. --- Pero el nombre de creación nos mueve y la profesión. Que nos mueva ciertamente el nombre de creación, si no se predica la natividad antes de los siglos, y la creación en el inicio de los caminos de Dios y en las obras. Pues la natividad no puede tomarse por creación: ya que la natividad es antes de la causa, pero la creación es por causa. Pues antes de la preparación del cielo estaba y antes del siglo fundado, quien en el inicio de los caminos de Dios y en las obras es creado. ¿O acaso es de la misma inteligencia ser creado en el inicio de los caminos de Dios y en las obras, y nacer antes de todo? de los cuales uno tiene tiempo en los hechos, pero el otro contiene una inteligencia intemporal.

43. Se objeta erróneamente que fue creado como ministro para la creación del mundo. --- O tal vez quieras que lo que se crea en las obras, deba entenderse de tal manera que fue creado para las obras: es decir, que Cristo fue creado como causa de las obras a realizar, para que él mismo permaneciera como siervo y operador del mundo, no nacido Señor de la gloria; y que fuera creado para el ministerio de hacer el siglo, no también para ser siempre el hijo del amor y rey de los siglos? Pero aunque este sentido impiísimo tuyo lo extinga la inteligencia común; porque una cosa es ser creado en el inicio de los caminos de Dios y en las obras, otra cosa es nacer antes de los siglos: sin embargo, este mismo lugar, para que no mintieras que el Señor Cristo fue creado por la operación del mundo, se anticipa, mostrando a Dios Padre como el hacedor y operador del universo. Con seguridad, porque él que preparaba todo estaba presente componiendo. Pero cuando toda la Escritura iba a hablar del creador del mundo, el Señor Jesucristo; ahora, sin embargo, la Sabiduría, para eliminar la ocasión de impiedad, y profesando a Dios Padre como el creador del mundo, no enseñó que estuvo ausente del que lo fabricaba, ya que estaba presente incluso con el que lo preparaba: y cuando el Padre preparaba, y la Sabiduría componía con el que preparaba, y estaba presente incluso con el que lo preparaba; por eso mismo se entendía que fue creada para las obras, porque había estado

presente en la preparación eterna de las obras futuras, y no constituiría la Escritura mentirosa, porque componía con el que preparaba.

44. La Sabiduría dice que fue creada, refiriéndose a lo que hizo después del siglo. --- Pero finalmente, por la revelación de la doctrina católica, conoce al principio, oh hereje, qué significa que Cristo fue creado en el inicio de los caminos de Dios y en las obras, y aprende de las palabras de la misma Sabiduría la necedad de tu impía torpeza. Comenzó así: "Si os declaro lo que es cotidiano, recordaré enumerar lo que es desde el siglo" (Proverbios VIII, 21, según los LXX): pues después de haber dicho antes: "Vosotros, oh hombres, os ruego, y emito mi voz a los hijos de los hombres. Entended, simples, la astucia, y vosotros, indoctos, aplicad el corazón" (Ibid., 4, 5); y de nuevo: "Por mí reinan los reyes, y los poderosos escriben justicia. Por mí se magnifican los príncipes, y por mí los tiranos poseen la tierra" (Ibid., 15, 16); y de nuevo: "En los caminos de la equidad camino, y en medio de las sendas de la justicia me muevo: para repartir a los que me aman sustancia, y llenar sus tesoros de bienes" (Ibid., 20, 21). La Sabiduría no calla su obra cotidiana. Y primero, exhortando a todos, advierte, y a los simples que entiendan la astucia, y a los indoctos que apliquen el corazón, para que el lector vehemente y diligente examine las virtudes distintas y discretas de las palabras. Enseña, por lo tanto, que todas las cosas se hacen, se entienden, se alaban, se obtienen (o se mantienen) por sus propios modos, por sus propias constituciones: y muestra que dentro de sí contiene los reinos de los reyes, la prudencia de los poderosos, las obras famosas de los príncipes, y el derecho de los tiranos que poseen la tierra: también que no se mezcla con iniquidades, ni participa en injusticias; y esto para que, intercediendo en todas las obras de equidad y justicia, suministre a los que la aman la opulencia de los bienes eternos y de los tesoros incorruptibles. Por lo tanto, habiéndose profesado a sí misma que declarará lo que se hace diariamente, también promete que recordará enumerar lo que es desde el siglo. Y ahora, ¿qué sentido de torpeza es pensar que lo que se ha recordado que es desde el siglo, se hizo antes del siglo? porque en estas cosas, que son desde el siglo, toda obra es después del siglo: pero lo que es antes del siglo, precede a la constitución del siglo posterior a sí mismo. Habiéndose profesado, por lo tanto, la Sabiduría que recordará decir lo que es desde el siglo, dice: "El Señor me creó en el inicio de sus caminos en sus obras" (Ibid., 22). Por lo tanto, esta es la significación de las cosas hechas desde el siglo: y no es la doctrina de la generación predicada antes de los siglos, sino de la dispensación iniciada desde el siglo.

45. Nacido antes de los siglos, creado desde el siglo, qué. Quien es el inicio del camino de las obras de Dios. Cuándo y por qué fue creado. --- Y se debe preguntar qué significa que Dios nacido antes de los siglos, nuevamente es creado en el inicio de los caminos de Dios y en sus obras. Porque donde la natividad es antes del siglo, hay eternidad de generación infinita: pero donde la creación es desde el siglo en los caminos de Dios y en sus obras, la causa de la creación se adapta a las obras y caminos. Y primero, porque Cristo es sabiduría, se debe ver si él mismo es el inicio del camino de las obras de Dios. Y no creo que haya duda: pues dice, "Yo soy el camino" (Juan XIV, 6); y, "Nadie va al Padre, sino por mí" (Ibidem). El camino es el guía de los que van, el curso de los que se apresuran, la seguridad de los ignorantes, y una especie de maestra de las cosas desconocidas y deseadas. Por lo tanto, es creado en el inicio de los caminos en las obras de Dios: porque es el camino, y conduce al Padre. Pero se debe buscar la razón de esta creación, que es desde el siglo. Pues es el sacramento de la última dispensación, por el cual incluso creado en el cuerpo, se ha profesado a sí mismo como el camino de las obras de Dios. Sin embargo, fue creado en los caminos de Dios desde el siglo: cuando, sometido a la especie visible, asumió el hábito de la creación.

46. Caminos de Dios desde el siglo, especies asumidas por el Verbo. Por qué asumió varias. --- Veamos, por lo tanto, en qué caminos de Dios, y en qué obras desde los siglos fue creada,

la Sabiduría nacida antes de los siglos de Dios. Adán oyó la voz de quien paseaba en el paraíso (Génesis III, 8). ¿Acaso no se oyó el paso de quien paseaba sino en la especie de la creación asumida: para que en alguna creación consistiera quien fue oído paseando? No pregunto cómo habló a Caín y Abel y Noé, y también cómo asistió bendiciendo a Enoc (Génesis V, 24). Un ángel habla a Agar (Génesis XVI, 9, 13): y ciertamente es el mismo Dios. ¿Acaso es de la misma especie cuando se ve un ángel, que cuando es en esa naturaleza en la que es Dios? Ciertamente se muestra la especie del ángel, donde después se menciona la naturaleza de Dios. Pero ¿qué diré del ángel? Un hombre viene a Abraham (Génesis XVIII, 2). ¿Acaso según el hombre en el hábito de esta creación Cristo asiste tal como es Dios? Pero el hombre habla, y asiste corporalmente, y se alimenta de comida: sin embargo, Dios es adorado. Ciertamente quien antes era ángel, ahora también es hombre: para que la diversidad de esta misma creación asumida no permitiera entender que esta es la especie natural de Dios. Sin embargo, también asiste a Jacob hasta el abrazo de la lucha en hábito humano, y se aferra con la mano, y se esfuerza con los miembros, y se dobla con los costados, y consiste en todo nuestro movimiento y paso (Génesis XXXII, 24). Pero el mismo después también se muestra a Moisés como fuego (Éxodo III, 2): para que aprendieras que la fe de la naturaleza creada era más bien para la especie que para la sustancia de la naturaleza. Entonces tenía en sí el poder de arder, pero no asumiendo la necesidad natural de quemar: porque la conflagración del fuego apareció sin daño del arbusto.

47. Sin daño de la eternidad asumió. Con esa virtud con la que asumió, consumió. --- Corre a través de los tiempos, y entiende cómo fue visto, ya sea por Josué, el profeta de su nombre, o por Isaías incluso con el testimonio evangélico que predica haberlo visto (Juan XII, 41), o por Ezequiel hasta la conciencia de la resurrección asumida (Ezequiel XXXVII), o por Daniel confesando al hijo del hombre en el reino eterno de los siglos (Daniel VII, 13, 14), y por otros, a quienes se presentó en el hábito de una creación variada, en los caminos de Dios y en las obras de Dios, para el conocimiento de Dios y el progreso de nuestra eternidad. ¿Qué hace ahora esta dispensación de la salvación humana que trama una tan impía injuria a la natividad eterna? Esta creación es desde los siglos: pero antes de los siglos hay una natividad infinita. Acusa ciertamente que forzamos las palabras, si el Profeta, si el Señor, si el Apóstol, si alguna palabra ha referido el nombre de la criatura a la natividad de la divinidad eterna. Pues en todas estas cosas Dios, que es fuego consumidor, está presente creado de tal manera que con la virtud con la que asumió, consumió la creación: capaz de abolir nuevamente lo que solo existió para la causa de la contemplación.

48. Pablo dijo que Cristo fue hecho como hombre. También dijo que fue creado. --- Pero aquella bienaventurada y verdadera natividad de la carne concebida dentro de la virgen, porque entonces nacía la especie y naturaleza de nuestra creación, el Apóstol la llamó criatura y hechura. Y ciertamente con él (según él) este es el nombre de la verdadera natividad según el hombre, cuando dice: "Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción de hijos" (Gálatas IV, 4). Por lo tanto, su Hijo es, quien es en el hombre y de hombre hechura; y no solo hechura, sino también criatura, como se dice: "Como es la verdad en Jesús, despojaos del viejo hombre según la conversación anterior, que se corrompe según las concupiscencias del engaño. Renovad el espíritu de vuestro entendimiento, y vestíos del nuevo hombre, que según Dios es creado" (Efesios IV, 21 y ss.). Por lo tanto, se debe vestir al nuevo hombre, que según Dios es creado. Pues quien era hijo de Dios, nació también hijo del hombre. Porque no era natividad de divinidad, sino criatura de carne; el nuevo hombre recibió la significación de su género, creado según Dios, nacido antes de los siglos. Y muestra por qué el nuevo hombre fue creado según Dios, añadiendo según

esto: "En justicia, y santidad, y verdad" (Ibid. 24). Pues en él no hubo engaño: y fue hecho para nosotros justicia y santificación, y él mismo es la verdad. Por lo tanto, este Cristo, que según Dios el nuevo hombre es creado, lo vestimos. [Según Dios, sin embargo, es creado: porque según la justicia de Dios, y la santificación, y la verdad, el hombre es creado sin pecado.]

49. La creación no puede ser atribuida a la natividad eterna. --- Si, por lo tanto, la Sabiduría, diciendo que recordará lo que se ha hecho desde el siglo, dijo que fue creada en las obras de Dios y en los caminos de Dios; y así creada, para que enseñara que fue fundada antes de los siglos, para que el sacramento de aquella creación asumida de manera variada y frecuente no pareciera haber cambiado la naturaleza, ya que la firmeza de la fundación no recibiría perturbación de estado; pero para que la fundación no pareciera mostrar otra cosa que la natividad, profesó antes de todo ser engendrada: ahora bien, ¿por qué se atribuye la creación a la natividad, cuando lo que fue engendrado antes de todo es lo mismo que fue fundado antes de los siglos; pero lo que fue fundado antes del siglo es lo mismo que fue creado en el inicio de los caminos de Dios y en sus obras desde los siglos: para que se entendiera que la creación desde los siglos difiere de aquella que es la natividad antes de los siglos y antes de todo? La impiedad no tiene al menos excusa para pretender el error de la impiedad.

50. En qué sentido, aunque de manera ignorante, no obstante, no impíamente podría ser atribuida. --- Pues aunque la debilidad de la inteligencia impidiera el sentido de la opinión religiosa, para que ahora no pudiera comprender cuál es la propiedad de la creación; sin embargo, al menos según la palabra del Apóstol, atribuyendo la hechura a la verdadera natividad, también la creación, aunque ignorante, no obstante, no impíamente, debería haber sido considerada para avanzar en la fe de la generación. Pues el Apóstol parece, al predicar la natividad de uno de uno, es decir, del Señor de la virgen sin el concepto de pasiones humanas, no haber hablado fuera de razón de "hecho de mujer", a quien sabía nacido, y lo habría dicho frecuentemente: para que la natividad mostrara la verdad de la generación, y la hechura de uno de uno protestara la natividad; porque el nombre de hechura excluye el concepto de mezcla humana, cuando se aprendía que fue hecho de la virgen, quien más bien no se dudaba que había nacido. Pero mira tú, cuán impío eres, oh hereje. Ninguna palabra profética, evangélica o apostólica ha dicho que Jesús Cristo fue creado de Dios más bien que nacido: tú, sin embargo, niegas la natividad, y afirmas la creación, no según la significación del Apóstol, diciendo que fue hecho para que no se dudara que había nacido uno de uno; sino para el sentido impiísimo, para que Dios no subsistiera por natividad natural, cuando más bien la criatura subsistiera de la nada. Este es el primer veneno de tu mente infeliz, no llamar creación a la natividad, sino adaptar la fe a la creación en lugar de la natividad. Aunque eso ciertamente sería de un ingenio pobre, pero no muy irreligioso, haber dicho creado por eso, para que se conociera la natividad impasible de Dios como uno de uno.

51. Fe constante sobre la eterna natividad del Hijo.---Pero nada de esto permite la fe constante y apostólica. Pues sabe en qué dispensación del tiempo Cristo fue creado, y en qué eternidad de los tiempos nació. Nacido de Dios, es Dios, y en Él la divinidad de la verdadera natividad y de la generación perfecta no es ambigua. No confesamos nada en las cosas de Dios que no sea nacido y eterno. Nacido no después de algo, sino antes de todo: para que la natividad solo testifique al autor, no signifique algo desordenado en sí por el autor. Y ciertamente, en confesión común, la natividad es segunda del autor, porque es de Dios; sin embargo, no es separable del autor, porque en cuanto nuestro sentido intenta exceder la inteligencia de la natividad, en tanto es necesario que también exceda la generación. Por tanto, esta es la única piadosa palabra sobre Dios, conocer al Padre: conocer también con Él a

aquel que de Él es Hijo. Ni ciertamente se nos enseña otra cosa de Dios, excepto que es el padre del unigénito Dios y creador. Por tanto, que la debilidad humana no se extienda más allá de sí misma: y hable solo esto, en lo que solo está su salvación, antes del sacramento de la carne en el Señor Jesucristo, que siempre sepa esto, que ha nacido.

52. Hilario profesa adherirse a esto, lo cual no define con su propio sentido.--- Yo, en cuanto con el espíritu concedido por ti, oh santo Padre omnipotente Dios, viva, confesaré que eres eterno Dios, así como eterno Padre. Y nunca estallaré en tal necedad e impiedad, que como árbitro de tu omnipotencia y de tus sacramentos, eleve este sentido de mi debilidad más allá de la religiosa opinión de tu infinitud, y de la fe de eternidad que me ha sido significada: para que alguna vez te defina sin tu Sabiduría y Virtud y Verbo, tu unigénito Dios, mi Señor Jesucristo. Pues no prejuzga sobre ti mi sentido, débil e imperfecta es nuestra naturaleza; para que la fe no estrangule en silencio por falta de elocuencia. Porque cuando la palabra y la sabiduría y la virtud en nosotros es obra de nuestro movimiento interior, sin embargo, contigo, Dios perfecto, que es también tu Verbo y Sabiduría y Virtud, es generación absoluta; para que siempre sea inseparable de ti, quien en estos nombres de tus propiedades eternas se muestra nacido de ti: nacido de tal manera, que no significa otra cosa que a ti como su autor; no pierde tampoco la fe de infinitud por aquello, que se recuerda haber nacido antes de los tiempos eternos.

53. En muchas cosas naturales, cuya causa está oculta, la fe acude, cuánto más en las divinas. ---Muchas cosas de este tipo has dispuesto en las cosas humanas, cuya causa se ignora, pero el efecto no se desconoce. Y la fe es religiosa, donde también hay ignorancia natural. Pues cuando levanté hacia tu cielo estos mis ojos débiles de luz, creí que no era otra cosa que tu cielo. Observando en él estos círculos estrellados, y los recorridos anuales, y las Pléyades, y el septentrión, y el lucero, asignados a diferentes oficios de sus ministerios, te entiendo a ti como Dios en estas cosas, cuya inteligencia no comprendo. Cuando vi las maravillosas elevaciones de tu mar; no solo no alcancé el origen de las aguas, sino tampoco el movimiento de esta medida alternante, sin embargo, aprehendiendo la fe de la razón, aunque me sea impenetrable, en estas cosas que ignoro, no te desconozco. Ahora bien, cuando vuelvo mi mente a la tierra, que por la virtud de causas ocultas disuelven todo lo sembrado que han recibido, lo disuelto vivifican, lo vivificado multiplican, lo multiplicado confirman; no encuentro en estas cosas, que pueda entender con mi sentido: pero mi ignorancia me lleva a entenderte, mientras, ignorante de la naturaleza que me sirve, solo te entiendo por el uso de mi utilidad. También a mí mismo, ignorándome, así lo siento: que más te admiro por lo que ignoro de mí. Pues no entiendo el movimiento o la razón o la vida de mi mente que juzga, y sintiéndolo, te lo debo a ti, quien más allá de la inteligencia del origen natural, impartes el sentido de la naturaleza que deleita. Y aunque te entienda ignorándote, y te venere entendiéndote: no relajaré mi fe en tu omnipotencia en tus cosas, porque no sepa; para que mi sentido ocupe el origen de tu Unigénito, y se someta a sí mismo, y haya algo en mí, que yo extienda más allá de mi Creador y Dios.

54. El Hijo nacido de la sustancia del Padre, por lo tanto, segundo de Él, pero eterno e indivisible.---Su natividad es antes de los tiempos eternos. Si hay algo en las cosas que precede a la eternidad; habrá algo, ciertamente, que exceda el sentido de la eternidad. Pues es tu asunto, y es tu Unigénito: no una porción; no una extensión, no un nombre vacío según la opinión de las eficiencias; sino hijo, hijo de ti Dios Padre, verdadero Dios, y de ti en la unidad de tu naturaleza engendrado; después de ti así confesado, como contigo: porque eres el autor eterno de su origen eterno. Pues mientras es de ti, es segundo de ti; mientras es tuyo, no eres separable de él: porque tampoco se debe confesar que alguna vez fuiste sin él, para que no se te acuse de imperfecto sin generación, o superfluo después de la generación. Y así,

la natividad eterna solo logra esto, que sepamos que eres el padre eterno del unigénito Hijo de ti antes de los tiempos eternos.

55. El Espíritu Santo no es criatura.---Y para mí ciertamente es poco, en el deber de mi fe y de mi voz, negar que mi Señor y Dios, tu unigénito Jesucristo, sea criatura: no permitiré la asociación de este nombre ni siquiera en tu Espíritu Santo, procedente de ti, y enviado por él. Pues tengo gran reverencia hacia tus cosas. Y aunque sabiendo que solo tú eres innascible, y que el unigénito nació de ti, no diré que el Espíritu Santo es engendrado, nunca diré que es creado. Temo las contumelias que se arrastran hacia ti de esta expresión, que me es común con los demás que has establecido. Tu Espíritu Santo, según el Apóstol (I Cor. II, 10), escudriña y conoce tus profundidades, y como intercesor por mí te habla cosas inefables: ¿y yo no solo lo expresaría con el nombre de creación, sino que también lo difamaría? Nada te penetra sino lo que es tuyo: ni la causa de la virtud ajena y extraña a ti mide la profundidad de tu inmensa majestad. Es tuyo todo lo que te inicia: ni es ajeno a ti, lo que está en virtud del que escudriña.

56. Es inefable.---Para mí, sin embargo, es inefable, cuyas palabras inefables por mí son para mí. Pues así como en lo que tu Unigénito nació de ti antes de los tiempos eternos, cesando toda ambigüedad del discurso y dificultad de la inteligencia, solo permanece que ha nacido: así lo que de ti por él es tu Espíritu Santo, aunque no lo perciba con el sentido, sin embargo lo sostengo con la conciencia. Pues en tus cosas espirituales soy torpe, diciendo tu Unigénito: No te maravilles de que te dije, es necesario que nazcáis de nuevo. El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz; pero no sabes de dónde viene, ni a dónde va. Así es todo el que ha nacido del agua y del Espíritu Santo (Juan III, 7, 8). Sosteniendo la fe de mi regeneración no sé: y lo que ignoro, ya lo sostengo. Pues sin mi sentido renazco, con la eficiencia de renacer. Pero no hay modo para el Espíritu, hablando cuando quiere, lo que quiere, donde quiere. ¿Y referiré la naturaleza de aquel cuya causa de venir y de irse; aunque bajo la conciencia del asistente, se desconoce, entre las criaturas, y moderaré con la definición de su origen? Todo fue hecho por el Hijo, que en el principio estaba con Dios, el Verbo de Dios, dice tu Juan (Juan I, 1, 3). Pero Pablo enumera todas las cosas creadas en él en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles (Col. I, 16). Y cuando recordaba que todo fue creado en Cristo y por Cristo; consideró suficiente la significación de que este es tu Espíritu. Con estos hombres especialmente elegidos por ti, siento así, que así como no digo nada más allá del sentido de mi inteligencia según ellos sobre tu Unigénito, que ha nacido; así tampoco digo nada más allá de la opinión del ingenio humano según ellos sobre tu Espíritu Santo, que es tu Espíritu. Y que no sea para mí una inútil lucha de palabras, sino una constante profesión de fe sin vacilación.

57. Oración.---Conserva, te ruego, esta religión incontaminada de mi fe, y hasta el exceso de mi espíritu dame esta voz de mi conciencia: para que lo que en el Símbolo de mi regeneración, bautizado en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, he profesado, siempre lo mantenga: que te adore a ti como nuestro Padre, a tu Hijo junto contigo: que merezca tu Espíritu Santo, que es de ti por tu unigénito. Porque para mí es un testigo idóneo para la fe, diciendo: Padre, todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío (Juan XVII, 10), mi Señor Jesucristo, permaneciendo en ti y de ti y contigo siempre Dios: que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.